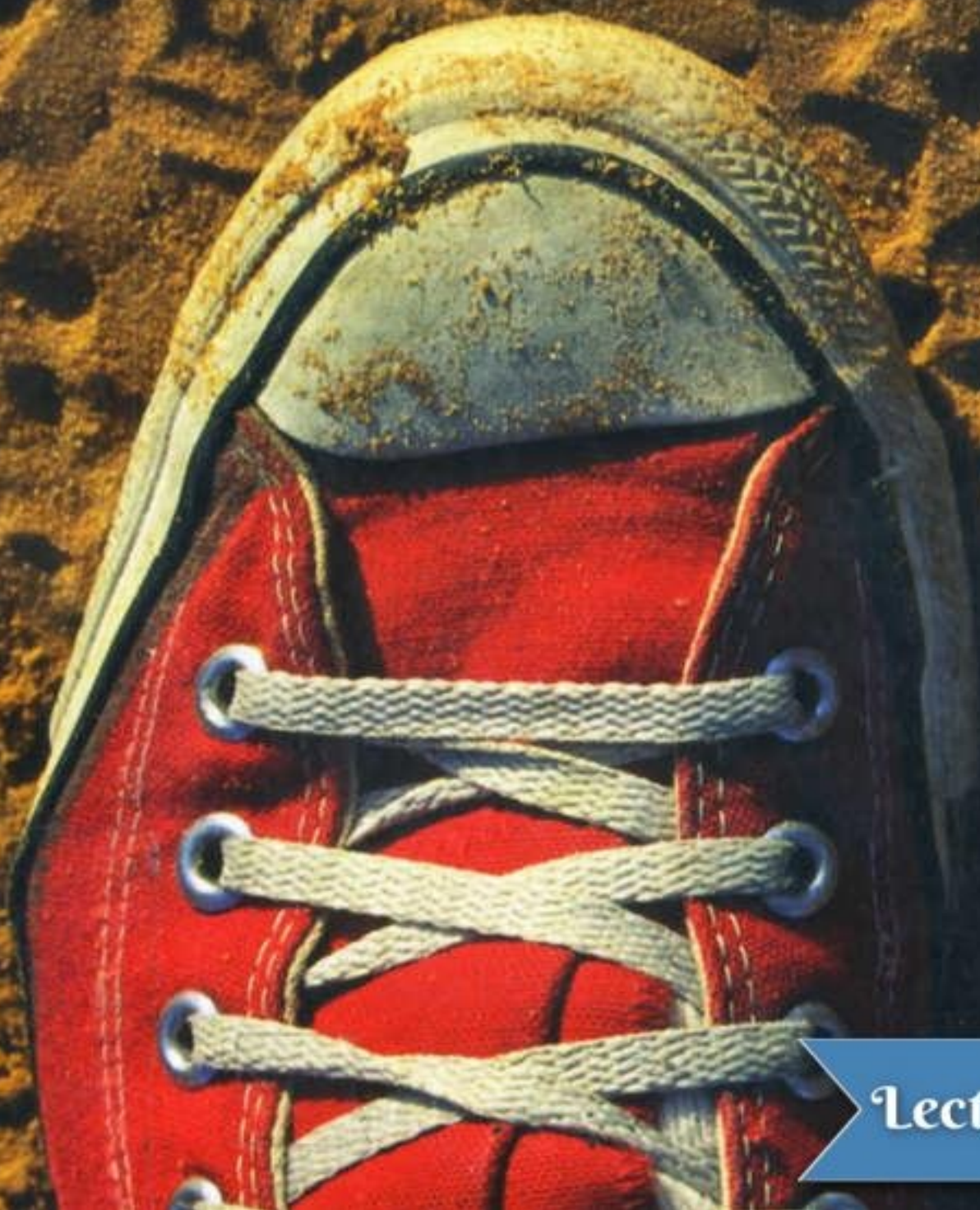


FERNANDA EBERSTADT Furias



Lectulandia

Gwen Lewis tiene 31 años, un puesto de trabajo interesante, es rica, atractiva, mantiene una relación con un banquero y pasa el tiempo libre en los lugares de moda de Manhattan. Una tarde, en Central Park, Gwen fija su mirada en un par de zapatillas Converse de color rojo agujereadas que lleva un hombre que está dormido en un banco.

Dos semanas después, en Novosibirsk, antigua Rusia, descubre que esos zapatos pertenecen a Gideon Wolkowitz, un artista de marionetas del Lower East Side. En el momento en que sus vidas se cruzan, una atracción incontrolable, en parte alimentada por la diferencia entre sus mundos, les lleva a rayar la obsesión. Sin poder remediarlo, Gwen empieza un proceso intimísimo e imparable a partir del cual las creencias y valores que fundamentaban su vida, que hasta entonces creía ideal, empiezan a venirse abajo.

Con una gran precisión psicológica, Eberstadt disecciona la naturaleza humana y aporta una nueva mirada a temas universales como el peso de nuestros orígenes, los conflictos entre clases sociales y la diferencia de géneros.

Lectulandia

Fernanda Eberstadt

Furias

ePub r1.0

Titivillus 17.04.17

Título original: *The furies*
Fernanda Eberstadt, 2003
Traducción: Antonio Padilla Esteban
Primera edición en español: febrero de 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Alastair

Y tú, muchacha áspera. Andas en busca de... ¿absolución?

LIBRO UNO

CAPÍTULO UNO

1

Domingo en Central Park.

A primera hora de la tarde de un día ventoso de septiembre, desapacible y frío para la época del año. El viento agita las hojas amarilleantes de los robles y los plátanos. El otoño está en el aire.

Este domingo por la tarde en particular, a mediados de la década de los noventa, Gwendolen Lewis estaba sentada junto al estanque para los barcos de juguete, donde tenía previsto encontrarse con una amiga. Gwen, como era su costumbre, había llegado con antelación; su amiga se estaba retrasando.

Gwen se había tragado hasta el último suplemento de los diarios dominicales (carentes de noticias y plagados de estúpidos reportajes de fin de semana sobre los mejores modos de gastarse el dinero); había estado haciendo anotaciones relacionadas con el viaje de negocios que iba a emprender a la mañana siguiente; había oído los mensajes de su correo de voz, uno de los cuales procedía de Constance, quien innecesariamente le avisaba de que llegaría tarde. Se había bebido un café de un trago, y lo único que ahora podía hacer era seguir esperando y aburrirse como una ostra.

Practicantes del jogging que pasaban corriendo con la piel reluciente de sudor. Patinadores que tropezaban los unos con los otros. Carritos de bebés cuyas superestructuras eran tan caprichosas como las de los antiguos carros romanos, manejados por padres con los rostros inquietos. Y perros. Perros que se olisqueaban mutuamente, se ladraban y copulaban, cuyos dueños se mostraban bienhumorados y a la vez daban la impresión de pedir disculpas con sus miradas, resignados a la temporal intimidación con unos extraños cuyo único punto en común radicaba en que a su perro le había dado por lamer el impertérrito ojo del culo de tu perro.

Malditos domingos. Constance, la tardona. Este parque detestable de neutras geometrías, ideado para aplacar a unos seres —perros, niños pequeños, deportistas— que para empezar hacían mal en vivir en una ciudad.

Constance, una inglesa que vivía en Singapur, estaba alojada en el hotel Carlyle, a tres cuartos de allí. ¿Por qué no podían haberse citado en la planta baja del hotel, en

el bar Bemelmans, aquella especie de oscuro confesionario en el que no estaba permitida la entrada a los animales, ni a quienes eran ya demasiado mayorcitos para andar sobre patines? Por si fuera poco, estaba a punto de llover a base de bien.

En ese momento, veintidós minutos después de la hora concertada, por fin llegaba Constance.

Gwen la divisó en lo alto de la loma y la contempló descender entre el gentío: con una larga trenza rubio-rojiza azotándole un hombro, vestida de manera informal al estilo de una colegiala, con holgados pantalones de pana blanca, provocadora en cierto modo indefinido, desdeñosa en el meneo de su trasero. Una despreocupación sonriente que afirmaba: Tan sólo me importan una docena de personas del universo...

Un largo beso, un abrazo estrecho, las caras sumergidas en los cabellos de la amiga, como si les fuera imperioso abstraerse de la tragedia que suponía vivir a doce mil kilómetros de distancia la una de la otra y no encontrarse más que tres veces al año.

—¿Cómo es que llegas tan tarde?

Constance se dejó caer a su lado.

—Cometí el error de llamar a los niños. Están en casa de mis padres. Ruby insistió en que le leyera un cuento de Noddy. Le dije: «Cariño, son cosas que pasan: me he olvidado traer los libros de Noddy a Nueva York». Y entonces ella respondió: «Pues aquí tienes el libro. Cógelo. Y léeme un cuento». Es difícil explicarle a una niña de dos años que el teléfono es un instrumento que te permite oír pero no ver. ¿Qué te apetece? ¿Otro café?

Las dos mujeres compraron *capucemos* en el kiosco y deambularon en torno al estanque en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Hasta hacer alto frente a la estatua de Alicia en el País de las Maravillas, a la que Gwen y su hermano menor se habían subido de niños. Hacía unos veinte millones de años. La Gwen adulta contempló la Alicia de bronce, impresionada —a su pesar— por el porte colosal de aquella gigante con delantal. Una esfinge vertical, con los ojos del tamaño de pelotas de béisbol. Nuestra Alicia que estás en el País de las Maravillas, con niños aferrados a sus extremidades, cual efigies de condenados y salvados.

—¿Te parece que nos sentemos? —Constance, que a todas luces echaba de menos a sus pequeños, quería ver jugar a los niños ajenos.

Se sentaron. En el banco de al lado, un hombre barbado estaba tumbado durmiendo con un periódico sobre la cabeza. ¿Un vagabundo sin hogar o un juerguista que estaba durmiendo la resaca? Lo segundo, decidió Gwen. En la ciudad ya no se veían tantas personas sin techo. El alcalde Giuliani los había mandado a todos a... ¿adónde? A colonizar alguna nueva Australia, acaso.

—Así que mañana sales para Rusia. Me alegro de haberte pillado.

A medio sorbo, Gwen asintió con la cabeza.

—Yo también. Te echo de menos; se diría que ya no me quedan amigos. A veces me descubro hablándole en voz alta al ordenador.

—¿Cómo va el trabajo?

—De aquella manera. —Gwen era directora de un instituto establecido para ayudar a la democratización de la antigua Unión Soviética—. Acabamos de enterarnos de que nuestro contable de Moscú —a quien yo contraté personalmente, como es natural— lleva tiempo distrayendo fondos.

—Vaya rollo. ¿Hay forma de dar con el dinero?

—El dinero no lo vamos a recuperar. Pero el problema no es el dinero. El problema es que... ¿Qué otra cosa se puede esperar? Hace años que la sociedad entera es una verdadera cleptocracia. No es fácil convencer a la gente de que los tiempos han cambiado, de que se trata de su propio país, de que no hace falta que sigan violando a sus mujeres, de que a lo mejor sería buena idea intentar hacer el amor con ellas...

—¿Pero te sigue gustando?

—¿Rusia? ¿Mi trabajo? Sí, claro, las dos cosas. Ya sabes que me van los callejones sin salida. ¿Y tú qué tal, Constance? ¿Te has adaptado a la vida en Asia? ¿No echas en falta el trabajo?

Constance era una abogada que se había especializado en fusiones y adquisiciones en un bufete londinense de primerísimo orden. Durante años parecía cosa segura que iba a triunfar en lo suyo a lo grande, hasta que, quemada por las interminables jornadas al servicio de las grandes corporaciones, primero se pasó al campo de los derechos humanos, y después, tras tener el segundo hijo, lo dejó todo.

—Lo dirás en broma. El derecho me da una pereza tremenda; mucho mejor resulta quedarse en casa y cotillear con las niñeras. —Constance hizo una pausa—. La verdad, Singapur tiene muy poco de asiático. Es una pena. Los que formamos parte de la comunidad extranjera vivimos en una especie de cuarentena, como inmigrantes muy bien pagados... Como sabes, los chinos de Singapur detestan a todos los que no son como ellos. Pero Roger me ha jurado que dentro de un año estaremos otra vez en Londres...

Constance asomó el rostro; sus hombros estrechos se encogieron contra el viento. Con una benevolencia no dirigida a nadie en particular, sonrió a los niños y niñas que se arracimaban sobre el bruñido bestiario de Alicia.

—Echas de menos a tus hijos. —Gwen, celosa.

A modo de respuesta, Constance trasladó aquella sonrisa a su amiga.

—Tú no quieres tener hijos, ¿verdad? Te parece que todo eso de la maternidad es una chorrada y un aburrimiento tremendo, ¿no? —Sin acusar; por el contrario, contenta de que su amiga, contara con su propia, solitaria libertad, su licencia para disfrutar de la vida—. Los placeres que te procuran los niños pequeños —tus propios niños pequeños— son más bien imposibles de expresar.

Gwen meditó (brevemente) sobre la tiranía de los niños, sus voces cantarinas y demasiado altas, como si todos ellos fueran sordos. Lo tedioso que resultaba tener que fingir interés en Noddy cuando una lo que quería era que la dejaran leer el

periódico en paz y hacer su vida.

—Eso supongo. —Al momento avergonzada, se aprestó a la defensa—: Ya sabes que me paso media vida de viaje. En lugares en los que no hay teléfonos o... O en cuyos aeropuertos no saben lo que son las normas de seguridad. Quiero decir que a una persona con familia ni se le ocurriría meterse en una de esas cafeteras volantes que despegan de... De Murmansk, por ejemplo. A veces me digo que todo sería más fácil si yo fuera el padre y me bastara con pasarme por casa de vez en cuando para darle un besito al niño acostado en la cama...

—Pero tú eres feliz...

—Oh, venga ya. La felicidad implica una ausencia de mala conciencia y de disgusto con una misma que yo estoy lejos de sentir, pero digamos que mi trabajo me gusta. A la vez, cuando no estoy trabajando me gusta tener tiempo para mí misma. Para leer un libro con calma y encender la lámpara cuando me apetece. La idea de estar en un cuarto de baño con otro a la vez, el uno cepillándose los dientes y el otro meando, me da verdadero...

—¿Y qué pasa con Campbell?

—Campbell es estupendo, pero...

—Qué apasionamiento, chica.

—¿Qué quieres que te diga? Me estoy convirtiendo en una solterona. ¿Que igual de aquí a diez o quince años me arrepiento de no haber tenido hijos? Es posible. Pero yo nunca hago planes a tan largo plazo... Ni tampoco descarto nada; igual soy de esas mujeres que a los setenta y tres años adoptan un niño por encargo.

Sin decir lo que era obvio. Que, a juzgar por lo que ella había visto, casi todos los matrimonios venían a traducirse en un compendio de mentiras, traiciones, destrucción. En el mejor de los casos, en la lenta erosión de aquello de lo que una antaño estuviera más orgullosa.

—¿Has tratado de imaginarte lo que sería pasar la vida con él?

—¿Con Campbell? Yo no me aguanto ni a mí misma, así que no veo cómo podría aguantar a otra persona. Supongo que llevo una vida demasiado ajetreada y complicada para hacer feliz a otro.

Mi marido... Gwen había oído a las mujeres de su edad pronunciar esta pomposa expresión como si el individuo así denominado midiera más de dos metros, se afeitara con navaja de barbero y aquella misma mañana les hubiera echado el polvo de sus vidas. Cuando, de hecho, la mayoría de los maridos que Gwen conocía eran unos mequetrefes infantiloides, caprichosos, tediosos, quejicas. ¿Mi marido? De eso, nada.

—¿Cómo le va a Roger? —De mala gana. El irredentismo aparecía de repente y por donde una menos se lo esperaba: oye guapo, yo compartía cama con tu mujer cuando ésta llevaba fijaciones en los dientes y me obligaba a escuchar el *Heart of Glass* de Blondie cinco veces antes del desayuno. Tengo fotografías tuyas completamente espontáneas que te morirías por ver. A los quince años, a los

diecisiete, a los veintiuno, en la playa, de hurto en una tienda, durante su primer viaje de ácido. Cuando Constance era una de las pocas alumnas extranjeras internas en los colegios de Nueva Inglaterra. Un patito feo, todo pecas y piernas escuchimizadas. Una cuasi-empollona, lo mismo que la propia Gwen.

—¿Roger? Es un cielo —dijo Constance con ironía—. Lo que cobra en incentivos al año supera el producto nacional bruto de la mayoría de los países del Tercer Mundo. Supongo que ésa es otra razón por la que no me apetece trabajar: ni siquiera puedo dárme las de que nos hace falta el dinero.

—Claro —dijo Gwen—. Y pensar que en los años ochenta la gente se lamentaba de la mucha codicia que había, del nuevo culto al dinero...

—Ja. Los ochenta fueron años de estrecheces y pobretonería en comparación con lo que hay ahora.

—¿Verdad que sí?

Los niños se arremolinan en torno a Alicia en el País de las Maravillas. Pisoteando al *Dormouse*, estrangulando al Sombrero Loco y al Gato de Cheshire. En remolinos, en remolinos, arracimándose en torno a la estatua como los asaltantes a una fortaleza.

En el banco vecino a Gwen y Constance, el hombre dormido se giró en sueños y encogió las largas piernas bajo el trasero. Gwen reparó en que calzaba unas zapatillas deportivas rojas Converse All Stars y en que el dedo gordo le salía por el agujero de una de ellas. Gwen detectó la incomodidad de su amiga: el ojo avizor de la Constance-madrazca ante peligros eventuales. ¿Qué hace aquí este posible perverso? Yo pensaba que en los parques de juegos estaba prohibida la presencia de adultos sin acompañamiento. Quizá Constance llevaba demasiado tiempo viviendo en Singapur...

Gwen advirtió que Constance no era la única que estaba contemplando a su dormido vecino. Mientras escalaba el reluciente brazo de Alicia, un niño vestido con una camiseta de los Atlanta Braves asimismo lo espiaba de vez en cuando por el raballo del ojo.

Un fuerte viento que alborota las hojas de los plátanos hacia arriba, unas nubes que se han vuelto oscuras y amenazadoras por efecto de su carga, un primer retumbar de tormenta.

Gwen se levantó.

—Mejor que nos vayamos.

Los padres asimismo empezaban a meterle prisa a los niños, a echar mano a los carritos de los bebés, a sacar impermeables de las mochilas.

Y en ese momento —como si las miradas de todos finalmente lo hubieran despertado— el hombre que estaba durmiendo se irguió en el banco y se despertó. Miró a su alrededor y reparó en Constance y en Gwen, que tardaron un poco más de la cuenta en desviar la mirada.

El hombre bostezó, se levantó, miró a Alicia con gesto casual. Dirigiéndose al

niño vestido con la camiseta de béisbol, indicó:

—Vámonos. Es hora de irse a casa.

Gwen lo vio tirar su periódico a una papelera, acercarse a la barandilla metálica y abrir el candado de una bicicleta grande y oxidada. Se montó en ella, ayudó al niño a subirse al cuadro y se marchó pedaleando, bamboleándose.

Por una u otra razón, Gwen de pronto vino a sentirse excluida. No estaba muy segura de qué era lo que envidiaba: la desenfadada maña del ciclista o la confianza que el niño le mostraba al sentarse encajonado entre sus rodillas pedaleantes.

Constance y ella se levantaron también, subieron ladera arriba a toda prisa y fueron a salir a la Quinta Avenida. La lluvia que caía a mares, inundando los huecos inscritos como nidadas en el pavimento octagonal. Relámpagos blanquísimos en la hosca oscuridad del cielo.

Gwen y Constance cruzaron Madison Avenue a paso rápido bajo el chaparrón purulento. A punto estuvieron de ser atropelladas por un autobús, y al llegar a la acera salpicaron del agua de los charcos a un grupo de personas que se habían cobijado bajo la marquesina del hotel Carlyle.

—¿Te apetece tomar un té en mi habitación? Roger debe de estar al caer.

—No puedo... Tengo que pasarme un momento por el despacho.

—¿Y qué haces por la noche? Tenemos previsto encontrarnos con Christopher y su nuevo...

—Ya lo sé. Es una lástima, pero he quedado con mi padre para cenar. Para nuestra cena de cada tres años. Mi padre sólo me llama cuando Jacey está fuera de la ciudad.

—Los hay peores.

—Eso supongo.

2

El Instituto Lavrinsky se encontraba en un palacio gótico construido durante el cambio de siglo y emplazado en la esquina sureste de la calle 79 con la Quinta Avenida. Gwen alguna vez se había preguntado si su jefe, Edward Lavrinsky, habría visto su rostro reflejado en alguna de las acuclilladas, simiescas figuras humanas en piedra caliza que chorreaban agua desde cada una de las esquinas del edificio. Lavrinsky era un inversor que había decidido traducir su fortuna personal en filantropía política. Como había tenido ocasión de conocer a los hijos del magnate, Gwen casi lo entendía.

Durante los últimos años setenta y primeros ochenta, Lavrinsky estuvo subvencionando con fondos propios la red neoyorquina de escuelas públicas, de la que él mismo era un producto graduado de forma estelar. Pero Lavrinsky a todas luces había terminado por aburrirse de la educación y sus teóricos: ahora estaba mucho más interesado en moldear la política exterior estadounidense, labor de la que en épocas más audaces se había ocupado el propio gobierno estadounidense. Al acabar la Guerra Fría, Lavrinsky fundó un instituto orientado a la rehabilitación de la

antigua Unión Soviética, de cuyos confines meridionales él mismo había huido mucho tiempo atrás, siendo un niño pequeño.

Quinientos millones de dólares se gastaba Lavrinsky al año en la compra de transmisores para emisoras independientes de televisión en Bielorrusia; en el reciclaje profesional de los bioquímicos residentes en las ciudades en guerra del Kazajstán; en vacunar a los niños contra la tuberculosis; en devolver el agua al mar de Aral.

Gwen estaba al cargo de la carpeta de proyectos en Rusia. Se trataba de un trabajo divertido y estimulante, lo bastante subversivo para que ella gustara de él. Cada año, como un obispo medieval empeñado en la difusión del cristianismo, Gwen ponía en marcha un nuevo proyecto en Kazán, en Stavropol o Arjángelsk; cada pocos meses viajaba a inspeccionar el funcionamiento de sus antiguas parroquias, regidas por misioneros con cuentas bancarias. Era corriente que por la calle la siguieran desconocidos; en sus oficinas ponían micrófonos; a los empleados nativos a veces los detenían mientras que a los expatriados se les denegaba la renovación de sus visados. Por lo demás, Gwen de vez en cuando entendía con una lucidez fatal que el proyecto global no estaba funcionando en absoluto; que Rusia y sus retoños seguían siendo un mundo aparte. Pero aquello era mejor que su anterior empleo, en el Departamento de Estado.

Gwen hoy se quedó en la oficina hasta las siete, preparándolo todo para su inminente ausencia de tres semanas.

3

Clip, clip, clip.

Steve le estaba cortando el pelo a Martin Lewis. Sus dedos del color del té masajearon los músculos en tensión que Martin tenía en el cuello y los hombros. El crepitar del aparatito eléctrico con que le estaba chamuscando los pelos de las orejas y fosas nasales.

Fascinada a pesar suyo, Gwen contempló la pelusa rizada que crecía en las rosadas orejas de su padre. Los cabellos abundantes, ondulados y de un castaño rojizo que hoy se estaba tornando entre gris y óxido, el único rasgo físico atractivo de este hombre bajo y compacto como un toro, pecoso y rubicundo. Cabellos de chica, un pelo con pretensiones aristocrático-británicas, largo en exceso.

Estaban sentados en el nuevo vestidor que su padre tenía en casa.

Su mujer actual, Jacey, decoradora de profesión, había hecho construir el vestidor aprovechando el espacio sobrante del dormitorio vecino y lo había decorado al estilo de un club londinense tradicional: sillones de cuero, un tocador de caoba con un juego de cepillos de carey, paredes con unos espejos tan cubiertos de pátina instantánea que una apenas podía ver su imagen en ellos. Armarios grandes y nuevos, camuflados tras un *trompe l'oeil* que representaba una gran biblioteca con los estantes poblados de libracos encuadernados en añeja piel roja o dorada.

El padre de Gwen había dado al traste con el efecto de conjunto al meter en el

vestidor su máquina StairMaster para fitness y musculación, así como un televisor de sesenta pulgadas y alta definición.

En el tocador, fotografías familiares en marcos de plata. Martin en la terraza de su casa en Connecticut. Jacey había escogido dicha imagen porque en ella aparecía bastante más delgado y con aspecto más relajado de lo habitual, sin merecer la descripción: *Retrato de un plutócrata finisecular que ya lleva tres matrimonios y dos ataques al corazón.*

Jacey y los dos hijos que había tenido con Martin, en una lancha rápida a motor en las islas griegas: Alexander al timón, Serena con pinta de estar a punto de vomitar.

Una descolorida polaroid de Gwen y Maddock, un cuarto de siglo atrás, asimismo de carácter náutico, tomada por el fotógrafo de a bordo en el comedor de un crucero en aguas del Caribe: los dos niños están mirando desde las faldas del mantel como sendos perrillos hambrientos. Gwen con minifalda, Maddock con blancos pantalones de campana y con el pelo cortado al estilo paje. Sendas sonrisas tristes que imploran cariño sin disimulo y sin obtener respuesta.

El recuerdo amargado de la propia niñez formaba parte del contemporáneo espíritu quejica que a Gwen tanto le fastidiaba. Su padre, que nunca hacía mención a la propia infancia y que consideraba una pérdida de tiempo retrotraerse a cuanto fuera más allá de la semana próxima, sin duda estaba de acuerdo. Los padres siempre hacían lo que podían; ¿qué sentido tenía darle vueltas y más vueltas a lo que estaba muerto y enterrado? Cuando Gwen y Maddock eran pequeños, él era un abogado joven y que empezaba a buscarse la vida, convencido de que sus hijos tenían que quererlo por el simple hecho de que él era su padre. Y cómo él creía en el progreso, era natural que Serena y Alexander disfrutaran de mayores privilegios: de vacaciones más molonas, de escuelas más elitistas, de un padre menos ocupado.

Astrólogo aficionado, Steve estaba leyéndole el signo a Lewis.

—Tu luna se traslada a Escorpio el veintiséis —decía—. Eso significa que durante las dos próximas semanas te vas a encontrar a tope, hecho un fiero de cuidado... Las personas con las que trates al momento detectarán tu carisma, tus vibraciones de lo más potente. Es una época propicia para disfrutar de una sensualidad sin límites...

Su padre captó la mirada de Gwen en el espejo.

—No sé para qué le pago a este tío. No hace más que venirme con pésimas noticias. Steve es famoso porque practica el sexo tántrico como nadie...

Con el móvil encajado entre la oreja y el hombro, Gwen estaba hojeando el *Economist*. Había un reportaje sobre Rusia que en principio tendría que interesarle lo bastante como para recortarlo. Las habituales estadísticas hechas con los pies... Como si alguien pudiera estimar el PNB de un país cuya economía estaba a medio camino entre el trueque y la servidumbre de la gleba. El blip-blip-blip del buzón del móvil. Tiene cuatro mensajes nuevos. El recuerdo de cómo la segunda mujer de su padre una vez le dijo, media borracha y como justificándose, que el matrimonio de

los padres de Gwen había fracasado por la concreta razón de que la madre de Gwen no quería dormir más con Martin. Cuando ella a su vez se lo contó a Maddock, su hermano comentó:

—Yo tampoco dejaría que papá me follara. Huele que apesta y tiene la espalda cubierta de pelos.

—La verdad, no sé mucho sobre el sexo tántrico —dijo ella ahora a su padre.

—Creo que es cuando el tío se pasa horas y horas metido en faena pero sin llegar a correrse nunca... ¿No es eso, Steve? A mí me suena a sinónimo de viejo decrépito, pero Steve dice que a las mujeres les encanta y que los tíos que lo practican no se mueren nunca en la vida.

—La eyaculación del semen es lo peor que uno puede hacerle al cuerpo —confirmó Steve—. Peor que el tabaco, peor que comer carne, peor que el estrés. —Steve, un joven de origen chino que andaba vestido con un pijama negro de artes marciales, llevaba su propio pelo largo. Clip, clip, clip.

Steve, el del pijama negro y la trenza que le llegaba por los hombros, sostenía que la mayoría de los problemas de la humanidad tenían su origen en la dieta. En la actualidad era posible tropezarse con adultos con cabeza que suscribían semejante reduccionismo. ¿Es que el carácter personal ya no contaba para nada? Una ya nunca oía mencionar que una persona fuera débil o, mucho menos aún, perversa. ¿El troyano Paris acaso fue un adicto al sexo? ¿Era posible que Aquiles hubiera sufrido de un desorden de atención?

—Por cierto, hablando de cosas estresantes, esta noche teníamos previsto ir a una cena de caridad. —Lo de «teníamos» parecía designarle a él y a Jacey en exclusiva.

—¿Ah, sí? —Gwen estaba escuchando sus mensajes.

Campbell, desde Ginebra, diciéndole que la echaba de menos y que lo llamase si volvía a casa durante la próxima hora. Hotel Ambassade, habitación 401. Constance, para recordarle el nombre de cierto libro cuyo título se le había olvidado. *Le Rivage de Syrtes*. Su madre. Mijail Becker, que la semana que viene llegaba a Nueva York e iba a alojarse en el Helmsley Palace. ¿Le apetecería salir a cenar con él? Bip. No hay más mensajes. Borrar mensajes.

—...La idea de la cena era recaudar fondos para ese grupo teatral con el que Suzy Goldfarb anda involucrada. Le dije a Melanie que llamara para cancelar. A Jacey le chiflan estas galas de caridad, pero lo que soy yo prefiero comer en casa.

—¿Cuándo vuelve Jacey?

—¿Que cuándo vuelve? El miércoles pasado, en teoría. Pero parece que surgió un problema con la piscina. —Jacey, que había convertido su dúplex de Manhattan en una casa señorial de Wiltshire, ahora andaba ocupada en transformar su casa rural de Nueva Inglaterra en una villa toscana.

Aquello era lo que Gwen nunca terminaba de entender: que uno se pasara media vida rompiéndose los cuernos a fin de ganar una fortuna que luego otros dilapidaban en cosas que a uno le daban lo mismo.

—¿Qué problema hay con la piscina?

—Las baldosas —respondió él en tono sardónico—. Llegaron rotas de Italia, o eso dice ella. Los decoradores suelen decir cosas así para no reconocer que la culpa la tiene el constructor de turno. Gustave, en este caso. Por si las moscas, nunca en la vida se te ocurra hacer tratos comerciales con un sujeto que se llame Gustave...

—Hmm —musitó Gwen. Mientras se preguntaba cuál de los distintos árboles genealógicos con los números de las firmas de importación, los holdings empresariales y los teléfonos móviles de coche propiedad de Mijail Becker seguiría siendo operativo de cuantos almacenaba en su agenda de ejecutiva. Lo más seguro era que no llegase a ver a Mijail.

—Así que otra vez te marchas a Rusia. Tengo entendido que por allí uno tiene que hervir el agua antes de beberla. Cuando tiene que ir a Rusia, Chandler siempre lleva consigo un frasco de mantequilla de cacahuete y una tetera eléctrica. Pero luego vuelve cuatro o cinco kilos más delgado.

Steve ahora estaba ocupado en tareas de limpieza, en sacudir el polvo de los nudosos hombros de su padre.

—Pues yo no estoy para ir hirviendo el agua.

—Tienes que cuidarte, Chugga. Se te ve cansada.

Tal como su padre lo veía, las mujeres necesitaban tener maridos. Si una vivía sola, acababa por perder la salud. Gwen no dijo nada. Lo que su padre no quería admitir era que ella tenía treinta y un años (seis años menos que su madrastra actual) y los aparentaba. Cosa que a ella le parecía bien. No tenía ningún interés en contar con una cara juvenil, carente de las marcas dejadas por la experiencia. Su vida había sido intensa —complicada, por así decirlo—, y se alegraba de que su rostro indicara tal cosa.

—Oye, tengo entendido que vas a hablar en el Consejo de Relaciones Exteriores.

—Bueno, tanto como hablar... Voy a participar en una mesa redonda.

—Buena jugada por tu parte, Chugga. ¿Cuándo?

—En noviembre... El quince.

—Llama a Melanie y dale la fecha exacta. ¿Me harás ese favor?

¿Y esto? Como si se tratara de una función escolar.

—No es más que una mesa redonda.

—Me parece que esa semana tengo que estar en Los Ángeles. Pero no te olvides de que tengo previsto organizar ese almuerzo contigo y con Jim Lawrence.

—No creo que vaya a tener tiempo.

—¿Y por qué no? El dinero extra nunca está de más.

Si se hubiera decidido a estudiar derecho, ahora estaría forrándose. Las cosas como son: el trabajo para grupos sin ánimo de lucro era para los rentistas con el futuro asegurado o las mujeres casadas con maridos ricos. ¿Y cómo está Campbell? (en tono afectuoso).

Bien... Steve ahora moviéndole el sillón a su padre para que éste pudiera admirar

la parte de atrás. El pelo todavía un poco demasiado largo para los gustos de hoy. Ricitos dorados. Ya de pie, Martin Lewis le apretó el brazo a Steve con afecto y le pasó un talón. Gwen admiró la coreografía empleada por su padre: con la izquierda acarició y apretó ligeramente el bíceps de Steve; con la derecha le metió el talón con habilidad en el bolsillo de la chaquetilla. Tras despedirse del peluquero con gesto afable, acompañó a su hija al despacho del piso inferior. Allí conectó el televisor, donde Joe Pepitone estaba preparándose para debatir el partido de la velada. Atlanta contra los Blue Jays. La melancolía contra la rabia.

—Estaba pensando que podríamos ver esta nueva película de Robin Williams que Billy Guttman me ha enviado. —Martin Lewis había formado parte del millón de abogados brevemente involucrados en la adquisición de Miramax por parte de Disney. Cogió el teléfono y pulsó la tecla del ama de llaves—. Sabine, ¿puede traernos la cena a la biblioteca?

Y Gwen, irritada (podría haberse ido a un restaurante con Constance) al descubrir que de nuevo la habían llamado para cenar ante el televisor. Porque Jacey estaba fuera de la ciudad, porque a su padre no le apetecía embutirse en un traje formal y arrastrarse por su cuenta a la cena de caridad organizada por Suzy Goldfarb. La irritación se veía atemperada por el alivio de que ella ahora también podía abstraerse del juego en el que los dos acostumbraban a enfrascarse, el juego de que ambos eran gente de mundo, triunfadores y felices, de que se llevaban estupendamente, de que la vida siempre les sonreía y de que de nada tenían que arrepentirse.

4

Gwen Lewis vivía en un alto y lujoso edificio del Upper West Side que tenía nombre propio, como si de un transatlántico se tratara.

El edificio de marras se llamaba el Vanderveer.

El Vanderveer contaba con puertas giratorias doradas, un vestíbulo de mármol pulimentado color verde oscuro, conserjes con galones dorados y un gimnasio de última tecnología en el sótano, en el que ella todavía no había puesto los pies. Gwen había comprado el apartamento cuando volvió a la ciudad tres años atrás, y el piso seguía teniendo aspecto de no haber sido nunca verdaderamente habitado.

Tras llegar al apartamento aquella noche, Gwen hizo los últimos preparativos para el vuelo de la mañana. Encargar que un coche pasara a recogerla para llevarla al aeropuerto, dejar dinero en efectivo para la mujer de la limpieza. Revisar los billetes: los de los vuelos internacionales y, encajados entre éstos, los de los mortíferos domésticos: vuelos de Aeroflot a San Petersburgo, Kazán, Novosibirsk.

Se preguntó si no estaría olvidándose de algo. ¿Había cancelado las suscripciones a los periódicos durante su último viaje? Por mucho que una viajara, cada nueva partida suponía una pequeña muerte. Se preguntó si algún día lograría encontrarse con su padre sin más tarde verse asañada por la pena, la rabia, el dolor.

A la una, Gwen, que durante toda la noche no había bebido más que agua, se

metió en la cama con un vaso corto de Jack Daniel's. Una imagen, mientras se sumía en el sueño, de un hombre barbado en Central Park, pedaleando ladera arriba con su hijo entre las rodillas. Una figura desastrada y angulosa, como de eremita metropolitano: San Juan Bautista a lomos de una herrumbrosa bicicleta Raleigh. ¿Por qué se acordaba de él? Acaso porque su figura venía a apuntar que tener hijos podía implicar otras cosas que los libros de Noddy, las niñeras o el soborno de los remordimientos por medio de caros juguetes. Que en el fondo era posible disfrutar de cierta maliciosa soberanía dentro de los límites impuestos por la paternidad...

CAPÍTULO DOS

1

Era una ciudad de frontera y sin ley, más fea que un pecado, nueva pero feísima, una Las Vegas ultracongelada y con grilletes en los tobillos. Cada mes un político del gobierno autónomo, un pez gordo local del petróleo o un hombre de negocios extranjero aparecían muertos en su automóvil ZIL; había más guardaespaldas que maestros de escuela. Era Novosibirsk cuatro años Después del Comunismo (4 d.c.), y también era el lugar preferido de Gwen en el mundo, la tierra de nadie por ella voluntariamente elegida.

La primera vez que vino a Rusia, el verano precedente a su primer curso en Moscú, se dirigió a Siberia de buenas a primeras. Pasó tres semanas en Novosibirsk, familiarizándose con el Este ruso: duro, generoso, un enfermo mellizo del Oeste americano. Mil quinientos kilómetros de ciénaga y permafrost habitados por baptistas, seguidores del rito ortodoxo tradicional, tribus aborígenes y antiguos convictos. Gente que no creía en ninguna institución cuyos miembros no cupieran en una cocina, sabedores de que la única igualdad de veras tiene lugar a los ojos de Dios. Una población entera que podía considerarse en fuga. Un lugar en el que uno podía perderse para siempre, si eso era lo que quería. A finales de los ochenta (los últimos días del imperio, por mucho que eso entonces no se supiera), Novosibirsk casi parecía una ciudad que nadara en la abundancia. Las calles estaban atestadas de contrabando procedente de China y Corea, y los sábados por la noche los estraperlistas y jefes del partido tenían su corte establecida en el Hotel Sibirsk, donde el dólar reinaba y la gente bebía, fumaba, follaba, vomitaba y se metía dólares por la vena.

Pero, en términos de libertad, parecía como si la ilegalidad fuese el máximo al que se podía aspirar en Rusia. Hacía dos siglos que Siberia tenía fama de ser el lugar más libre del imperio, un manicomio al aire libre en el que los convictos de tercera generación eran tenidos por aristócratas. Una notaba la diferencia, la (relativa) falta de miedo en el porte y los modales de la gente: Gwen había conocido al descendiente de un decembrista que estaba casado con una tataranieta de polacos deportados a raíz del levantamiento de 1848, y la impresión que tuvo fue la de que ningún político washingtoniano ni miembro de la vieja guardia bostoniana lograría jamás igualar en

arrogancia a aquel matrimonio cuyas familias llevaban ciento cincuenta años al otro lado de la ley. Como decía el chiste: ¿y qué pensáis hacer al respecto? Ya nos habéis deportado a Siberia. La misma actitud justa que tenía Algis.

Gwen había conocido a Algis al segundo día de encontrarse en Novosibirsk.

En autobús fue al Museo de Pueblos Aborígenes, al que llegó justo antes de la hora del cierre. Oscuros corredores en los que se alineaban las túnicas confeccionadas con pieles de pescado y las máscaras ornadas con cornamentas, cuya única presencia humana resultó ser la de un rubio ceniciento con las mejillas chupadas que, vestido con una camiseta de redecilla, estaba ocupado en fregar el suelo.

Entre ambos surgió una conversación que se prolongó... durante años enteros. Algis era lituano y se había pasado ocho años en Perm 36 convicto del doble crimen de profesión de fe cristiana y emigración frustrada: lo habían pillado cuando estaba cruzando la frontera en dirección a Polonia. Después de su puesta en libertad (Lavrinsky a día de hoy estaba financiando la transformación del campo en un museo del GULAG), no fue más allá de Novosibirsk, donde se quedó para siempre.

Aquel domingo, Algis lo invitó a su hogar —un pequeño sótano en una *izba* de las afueras de la ciudad, con un huerto en la parte trasera donde criaba abejas en una conejera vertical. Al aprender sobre Rusia, Gwen ya había reparado en que la apicultura encajaba de forma natural con el cristianismo, como si la colmena fuese una traslación más perfecta de la humanidad creada por Dios, cuyas integrantes se contentaban con zumbiar y aplicarse ordenadamente a sus tareas, con la miel como resultado final, a años luz de los tiranos, las carnicerías o las innovaciones científicas de cariz aterrador.

Al final de aquel verano vio cómo Algis metía sus frutas en frascos de conservas y le prometió volver para comerlas en Año Nuevo (el invierno era la mejor época en Siberia, o tal decían siempre los entusiastas del lugar).

Gwen volvió a Novosibirsk diez años después con cuenta de gastos en el bolsillo y el encargo de cimentar el capitalismo democrático en este permanente basurero con permafrost cuyos habitantes bien podrían enseñarles a los de las islas Caimán unos cuantos trucos sobre el dinero negro. Gwen no estaba muy segura de si su nuevo empleo revelaba más sobre ella misma o sobre la ex Unión Soviética.

La Unión Soviética no era la única desaparecida por entonces. Algis había muerto el verano anterior. Su casera entregó a Gwen la cesta de la compra en que Algis guardaba sus pertenencias menos perecederas: una Biblia en lituano con flores secas entre sus hojas, una dentadura postiza, una traducción de Maupassant al ruso. Gwen trató de dar con su olor en la camiseta de nylon de futbolista, en los pijamas, pero tan sólo olían a moho, como si el hombre a quien amó y que a ella la había amado llevase cien años muerto. La carta a su hijo —profesor de autoescuela en Kaunas— le fue devuelta. Destinatario desconocido. Una vida desaparecida sin dejar huellas.

Aquel año, el año posterior a la Caída, Gwen alquiló una suite en el hotel Sibirsk y se pasó dos semanas de gira por Siberia. Se reunió con gobernadores regionales,

ecologistas, académicos del derecho, cineastas. A continuación, tras negociar un presupuesto con la oficina central, contrató a su personal. Alquiló tres habitaciones en un edificio de pisos del centro y en ellas instaló teléfonos, ordenadores, faxes. Abrió una cuenta en la sucursal de Novosibirsk del banco Lavrinsky, con cuyo director había cenado y le parecía el menos susceptible de darse a la fuga con el dinero.

Gwen volvía dos veces al año, para enterarse de quién había robado qué cosa. Hacía de la oficina su cuartel general y recibía a quienes venían con peticiones, examinaba solicitudes de trabajo, escuchaba las quejas de sus empleados y trataba de leer entre líneas: Vladimir Levin, el director, era un déspota que ponía a todo el mundo de los nervios; Ira Grushinskaya ya no se presentaba a trabajar, por mucho que siguiera cobrando el salario; diez mil dólares destinados a la compra de manuales y libros de texto se habían esfumado sin dejar rastro; Tatiana Kuzlova estaba trabajando a tiempo parcial para el alcalde, de quien se rumoreaba que había usado fondos del ayuntamiento para financiar los pechos artificiales de su amante. Y, por supuesto, los planes del gobierno ruso para transformar Akademogoroduk en un nuevo Silicon Valley se habían venido abajo con estrépito.

Gwen escuchaba, elogiaba, regañaba, tomaba notas y miraba su reloj. Con remordimientos a la vez que felicidad por saber que en veinticuatro horas estaría de regreso en Moscú, bajo los dedos pulgares del masajista del hotel Metropol, antes de cenar en casa de Bill y Jamila. ¿No era ésa la definición de «hogar»: un lugar en el que era imposible respirar?

Todo cuanto amo de Rusia está destinado a desaparecer, pensaba a veces contra su voluntad, pues el capitalismo —incluso el pseudocapitalismo, el capitalismo de pirámide inversora, el capitalismo sin capital— conseguía eliminar las diferencias culturales con mucha mayor efectividad que el comunismo. Pero a la vez, la aparente uniformidad siempre será espúrea, pues en su prisa por convertirse en «nosotros», «ellos» van a perderse todo cuanto de nosotros vale la pena conservar...

2

Nieve en el aire. Setas en el mercado de los campesinos. Grúas de construcción como agujas de iglesia articuladas, ya detenidas —pronto oxidarán y morirán— en atención al invierno. El fiscal de la ciudad, con quien Gwen estaba almorzando en este momento, desgranaba las ironías del poscomunismo: el magnate del estaño a quien justo había acusado de malversar los beneficios de exportación de su fábrica resultaba ser a la vez el más inteligente y hábil de los nuevos «reformistas» de la región. Junto a la puerta, una mesa de ruidosos aventureros alemanes que tenían previsto dirigirse a las montañas Altai a la captura de mastodontes y leviatanes. La Nueva Rusia había vuelto atrás a su economía medieval: caza mayor, miel, cera de abejas, esclavos...

Tras marcharse de la oficina, Gwen se acercó al mercado para decirle adiós a su amiga Lidia, una etnóloga de formación que ahora se dedicaba al trueque de bienes al otro lado de la frontera china.

La rubia oxigenada estaba vendiendo zapatillas de andar por casa a cuadros escoceses, un par de palas de ping-pong y un despertador; la mujer con los dientes de acero ofrecía un par de gafas de leer y un gran oso de peluche color rosa. Una multitud se apiñaba en desorden alrededor de un joven pálido y con acné en el rostro que ofrecía toallas de playa con estampado de piel de tigre.

Gwen estaba paseando, contemplando las atracciones de aquella feria medieval. Mirando a los vendedores —estoicos con los ojos muertos que hasta dormidos se sabían las tasas del día en lo tocante al cambio de cuatro divisas, los horarios finisemanales de autobús entre Jabarovsk y Harbin, itinerantes narcolépticos cuyos hogares eran estaciones marítimas, vagones de trenes, habitaciones de hotel que se alquilaban por horas en todas las ciudades fronterizas de Turquía, Rumanía e Irán. Y un poco más allá, apartados, los tipos duros, bigotudos e hinchados, vestidos con abrigos de cuero, cuyo trabajo era el de pasar el platillo y hacerse con las comisiones de la mañana para sus jefes. Patria, sangras hasta la muerte por cada uno de tus poros. Rusia, ¿quién va a salvarte cuando tus mentes más despiertas están durmiendo en el suelo de hormigón de una estación de autobuses de Bucarest?

Gwen divisó al hijo adolescente de Lidia, quien, uniformado con pantalones anchos, zapatillas deportivas sin cordones y una gorrilla de béisbol puesta del revés, estaba examinando con otros muchachos un pequeño objeto de brillo plateado —¿un encendedor?, ¿una navaja automática?—, objeto que desapareció como por arte de magia cuando ella se acercó al corrillo. Su madre seguía de viaje, le dijo Román: la habían parado en la frontera y no estaba previsto que volviera hasta mañana.

—¿Te importaría darle un mensaje de mi parte?

Sin demasiada confianza, Gwen sacó del bolso un bloc de notas del hotel y garabateó unas palabras mientras Román la miraba con aire impasible.

Por Dios, se estaba olvidando de escribir en ruso, o acaso sucedía que Rusia estaba cambiando tan deprisa —bajo el influjo inescapable de los bienes, valores, sistemas y tecnologías extranjeras que estaban siendo metidas a presión en el país— que una ya ni sabía dónde se encontraba, de un modo u otro se sentía frustrada por la insustancial implausibilidad de los caracteres cirílicos. Al fin y al cabo, Gwen había sido educada por disidentes soviéticos, por personas conscientes de que estaban luchando por la libertad pero que aún no sabían que la libertad iba a significar la posibilidad de elegir entre cincuenta marcas comerciales de cereales para el desayuno. El lenguaje de esas personas, carente de palabras para describir el dinero y sus placebos, ahora le parecía tan meramente decorativo como pudiera serlo el eslavo eclesiástico antiguo.

En el extremo del mercado había una pequeña multitud cuyos integrantes estiraban los cuellos para mirar sobre los hombros de sus vecinos. ¿Chándales de procedencia china? Fue entonces cuando Gwen oyó un ruido incongruente. Risas.

Gwen descubrió el origen de las risas de los espectadores: un espectáculo de marionetas ejecutado por un marionetista invisible que se hacía entender en ruso chapurreado. Un americano viajero, se dijo.

La historia era una sátira semipolítica. Inicialmente disfrazado como un comisario político comunista, el Diablo visita un pueblo siberiano, envenena las aguas de su río y envía al chamán de la aldea al GULAG. El Diablo más tarde se presenta en el mismo pueblo vestido de banquero del FMI y tocado con el sombrero de copa del Tío Sam, prometiéndoles a los aldeanos que se convertirán en millonarios. Pero el truco esta vez no le funciona: recién puesto en libertad de su cautiverio, el chamán convierte al Diablo en un gallo y se lo come.

Carcajadas de satisfacción entre el público.

—¡Amigos, amigas! —exclamaba el chamán—. En este país hay los suficientes demonios como para que comamos pollo todos los días. ¡A encender los fuegos y afilar los cuchillos se ha dicho!

La representación se había terminado: el marionetista salió por debajo de su jaula de cartón. Era de brazos y piernas largas, barbado, un poco al estilo hippy, vestido con una camiseta violeta de los Grateful Dead. El titiritero hizo una reverencia al público y anunció en ruso memorizado que esperaba que nadie se hubiera sentido ofendido por el espectáculo y que quienes hubieran disfrutado de él aquella noche harían bien en pasarse por la Pequeña Taiga, donde iban a efectuar el estreno mundial de una obra de marionetas escrita por ellos mismos.

Gwen conocía la Pequeña Taiga. Su director, Ilya Rupnik, hijo de una poetisa muerta en Magadán, era un astuto empresario que muy pronto había hecho buenas migas con el Nuevo Orden Mundial de Patrocinio Corporativo o, lo que venía a ser lo mismo, con el Instituto Lavrinsky, que ahora le pasaba cinco mil dólares al año para la organización del festival internacional de marionetistas Pequeña Taiga (tal era el desespero del Instituto por promover empresas cooperativas que no tuvieran nada que ver con drogas, blanqueo de dinero, extorsión o violencia armada).

El titiritero hizo una última reverencia, y el gentío empezó a dispersarse. Todos excepto Gwen, que se quedó donde estaba, fingiendo evaluar con la mirada una pitillera de latón ornada con la imagen de la torre radiofónica de Moscú mientras el otro empezaba a recoger su teatrillo.

Había dos cosas que despertaban su interés. Una era la rápida, experimentada economía de gestos con que el marionetista estaba volteando los costados del teatrillo hasta doblarlo como si fuese un mapa de carreteras. Una habilidad que, como solía suceder, lograba que ella, por comparación —¡la muy llorica!— se sintiera torpe, desmañada. La otra eran sus zapatillas, unas altas Converse rojas de baloncesto agujereadas en una de sus puntas de lona. Había visto estas mismas zapatillas antes, no hacía ni dos semanas, en un parque de Central Park. No era posible, doctor Watson, pero ahí estaba la evidencia. El hombre del monumento a Alicia resurrecto en un marionetista transiberiano que le tenía ganas al FMI. Gwen advirtió que él se

había dado cuenta de que lo estaba mirando.

—*Zdrastvuchiye* —dijo él en su ruso de pena, guiñándole un ojo a modo de saludo.

A continuación entonces concentró la mirada con aire cómico en el calzado de la propia Gwen, unos zapatos bajos de piel verde de cocodrilo (en Rusia, una se vestía bien para salir a trabajar. Las muestras andantes de riqueza siempre eran tenidas en consideración).

Con un gesto aparatoso, el marionetista vino a confesarse de lo más impresionado.

—*Haroshi tufli. Ochen zilyoni.*

Fantásticos zapatos. Verdes a más no poder. Tras de lo cual añadió que le gustaría robarlos para su espectáculo, convertirlos en dos cocodrilos gemelos adeptos a los bailes de marineros. No fallaba: era raro que un americano reconociese a otro americano a la primera.

—Gracias —dijo ella en inglés, dejando la pitillera en su sitio—. Pero no voy a dártelos.

El titiritero tenía los ojos castaños, arremolinados como sendos caleidoscopios. Un rostro curioso, con la tez del color de la nuez y unas arruguillas bajo la mirada que ahora expresaban cierto perruno asombro divertido. Era más joven de lo que ella lo había tomado en Central Park. Era calvo, y por eso parecía mayor a primera vista.

—Lo que me faltaba por oír. Una paisana —dijo—. Tendría que haberlo adivinado al ver esos zapatos tuyos sacados de *El mago de Oz*. ¿De qué parte del país?

—De Nueva York.

—¿De Nueva York-Nueva York? Pues no me pareces de Nueva York, compañera. Más bien tienes pinta de jovencita de buena familia que se ha equivocado de tren. ¿Es que tus padres te mandaron a estudiar en el GULAG antes de ingresar en la universidad? —Su propio acento neoyorquino era áspero, con el regusto a salitre de Coney Island que llevaba a pensar en algodón de azúcar y *knishes*.^[1]

Gwen se encogió de hombros.

—En Nueva York hay muchos mundos.

—Oye, pues a mí no me importaría vivir en el tuyo.

El titiritero se echó al hombro el teatrillo, que de pronto parecía enorme. Lo llevó junto a una furgoneta blanca y lo dejó apoyado en ella mientras rebuscaba las llaves en sus bolsillos.

—A ver si lo adivino... ¿Trabajas para...? ¿Para el Banco Mundial? ¿Para la AID? —Estaba claro que en el extranjero se había tropezado con numerosos banqueros, que en los años noventa eran algo así como el equivalente a los turistas mochileros de toda la vida.

—Caliente, caliente —respondió ella—. Trabajo para el Instituto Lavrinsky.

—Ja. El enemigo.

—¿Por qué? ¿Qué tienes contra Lavrinsky? No me extrañaría que te hubiésemos ayudado a viajar hasta aquí.

—Rusia me gustaba más bajo el comunismo. Antes se lo montaban mejor.

—Lo dirás en broma. ¿Por qué se lo montaban mejor? ¿Porque había agentes del KGB que lo seguían a uno a todas partes? ¿Porque eran especialistas en grabar conversaciones ajenas?

—A la gente de veras le gustaba el teatro. En los viejos tiempos me presentaba aquí con veinte actores y hacíamos una gira por ocho ciudades. Billetes de avión, cenas regadas con vodka para cuarenta personas, todo pagado... —Con falso, exagerado acento ruso, agregó—: Mis amigos hoy me dicen: «Tú pillar avión y venir aquí a vernos. Dormir en suelo de nuestra casa, con demás gente del teatro de la antigua Unión Soviética».

Gwen abrió la boca para machacar a este ignorante de las verdades más elementales, pero se detuvo en el último segundo.

Mientras hablaba, el marionetista se había puesto de puntillas para desenganchar el seguro interior de la puerta trasera de su furgoneta. Al hacerlo, su camiseta se le había subido torso arriba, dejando al descubierto sus buenos veinte centímetros de un estómago liso y bronceado (surcado, nada menos, por un estrecho río de pelos negros y brillantes). Gwen de pronto se encontró... mirando. Obnubilada. El espectáculo le llevó a acordarse de un verano de mucho tiempo atrás transcurrido en Plum Island. Después de bañarse, medio escondido entre unos arbustos, su primo Rich se desvistió de su bañador mojado para ponerse los pantalones vaqueros. Gwen recordó haber sentido un vuelco en el estómago ante aquel primer atisbo de masculina perfección encarnada en un quinceañero de piel quemada por el sol.

Y ahora, en el tramo que se extendía entre los vaqueros y la camiseta —pura chulería, pues en Siberia estaban a tres grados sobre cero—, Gwen estaba admirando el liso vientre del marionetista, la carne lustrosa, del color de la miel. En el fondo, había cosas que nunca cambiaban. Habían pasado dos décadas desde aquel verano, pero a la corroída, cegadora luz del sol que caía de un feo cielo siberiano, medio ictérica, medio ignorante, medio quemada, medio cruda, este estúpido comunista que de la nada había aparecido en dos sitios impensados situados a decenas de miles de kilómetros el uno del otro, en aquel momento la estaba aniquilando con el destello de su estómago oliváceo. Una se quedaba de piedra.

El marionetista dejó de estar de puntillas, y Gwen volvió a respirar. Mientras ella mantenía abierta la puerta de la furgoneta, insertó el plegado teatrillo entre unas cajas de cartón.

—Gracias, amiga mía. Queda una cosa más.

A todas luces divertido por el hecho de que esta señorita calzada con zapatos de piel de reptil estuviera haciéndole de ayudante. Normalmente eran dos, explicó, pero su compañero hoy se había quedado en la Pequeña Taiga, donde tenía ciertos negocios que tratar.

—¿Te importa vigilar la furgoneta un momento? Estos rusos son como las mofetas, muy capaces de robarle a uno la mismísima basura.

Inusualmente dócil, Gwen esperó a que el de las Converse volviera con una nueva remesa de carga entre los brazos. Un chaval medio borracho —con la piel del rostro arrugada, sin los dos dientes frontales— aprovechó la ocasión para trabar conversación y tratar de venderles un cartón de mecheros conmemorativos del abandonado proyecto de línea ferroviaria Baikal-Amur. Cuando sus halagos empezaron a adquirir un tinte amenazador, Gwen le compró un encendedor y le dijo que se largara.

El marionetista suspiró y dijo:

—Oye, hablas como una de esas verduleras de por aquí. ¿Es que tu madre es rusa?

—No. Pero el idioma me gusta mucho. Cosas de la adolescencia. Hay chicas que se vuelven locas por los caballos, pero a mí me dio por aprender ruso durante las vacaciones de verano.

El titiritero confesó que él nunca había conocido a ninguna chica que estuviera loca por los caballos, aunque sí había visto una película con Elizabeth Taylor al respecto.

—¿Cómo te llamas?

—Gwen.

—¿Gwen? Eso viene de la reina Guinevere, ¿no? Pues yo soy Lancelot.

Anda ya, expresó ella con un gesto.

—Tienes razón. Me llamo Gideon.

En la trasera de la furgoneta había una caja de cartón atestada de marionetas. En lo alto reinaba un lobo con el rostro de papier-mâché, afilado y expresivo.

Gwen se acercó.

—¿Puedo ver?

El otro desenredó los cordeles y le pasó el asa.

—Prueba.

Gwen vaciló un momento.

—Ésta es una de las primeras marionetas que hice en la vida. Una madre que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado. Esta noche hará de mafioso checheno. Prueba.

En silencio se había situado a sus espaldas y sus manos estaban guiando las de ella, mostrándole cómo se manejaba el embrollo de cordeles, cómo conseguir que la marioneta hiciese una reverencia o diese un brinco. Gwen sentía su aliento cálido en la parte posterior del cuello.

Gwen se dijo que era demasiado mayorcita para sentir aquel acaloramiento que empezaba a irradiar por la parte frontal de su cuerpo. Porque las manos del titiritero —carentes de anillo de casado, como advirtió— ¿quién era el mocosito que iba con él en el cuadro de la bicicleta en Central Park? —estaban sosteniendo las suyas. Porque

sentía el cuerpo del titiritero a sus espaldas.

Gwen se dio la vuelta y le puso el muñeco en las manos.

—Las marionetas no me gustan nada.

En un intento de recuperar el equilibrio, de ponerle coto a aquella calidez desarmante. De respirar. Aquello era lo que la belleza masculina —no, ni siquiera se trataba de belleza, sino de simple masculinidad masculina— le hacía sentir a una. Patético a más no poder.

—Me parece bien —repuso Gideon en tono amable—. Mi especialidad consiste en convertir a los que detestan las marionetas. —Tras devolver el muñeco a la caja, echó el seguro de la puerta trasera—. Ven a vernos esta noche a la Taiga y verás como cambia de opinión sobre las marionetas. Las marionetas no son muñecas. Son... Espíritus. Siempre que la mano que las maneja sea la adecuada. La voz de Dios hablando a través del hombre. Demonios. Nosotros mismos.

—No puedo. Salgo para Moscú a primera hora de la tarde.

Él se la quedó mirando, con visible decepción.

—Tienes suerte. El lugar de nuestra próxima actuación está a doce horas de viaje en autobús... En dirección al este, nada menos.

—¿Dónde?

—En cierto agujero sin nombre habitado por leñadores a los que se supone que les gusta el teatro. A saber cómo se llama ese sitio. Dile a Lavrinsky que la próxima vez quiero billetes de avión. ¿Te parece que Lavrinsky se dignaría darnos una beca, o sólo reparte su dinero entre comunistas renegados?

—¿Cómo? ¿Quieres decir que sigues siendo comunista? Después de cincuenta millones de muertos, y todavía...

El titiritero otra vez metió la mano en la trasera de la furgoneta y le entregó un folleto.

—Alguien tiene que mantener el pabellón ondeando. Pero no. En realidad no termino de creerme todo eso... No sé... Tengo algunas ideas propias sobre la forma en que el mundo tendría que funcionar. Lo cierto es que siguen gustándome todos esos eslóganes sobre la fraternidad que los mismos comunistas se encargaron de desacreditar... Pero, bueno, en realidad no estoy con nadie.

De pie donde estaba, Gwen leyó el folleto. Con lentitud, retraduciendo del ruso al inglés.

—¿Calzones ardientes?

—Pantalones que se queman.^[2]

—Ah... —Gwen entonces reparó en la versión inglesa del texto. El Teatro de Marionetas Pants on Fire del Lower East Side... Gideon Wolkowitz. Ese era él. Gwen alzó la mirada y consultó su reloj. Al momento levantó la mano para despedirse del otro con rápida formalidad.

—Quédate —dijo él. Tomándola de la mano y sin soltarse.

—Mi avión sale a las...

—Ya me lo has dicho. Y me da lo mismo. Olvídate del avión. Los aviones carecen de sentimientos. Ven a ver nuestro espectáculo esta noche. Preséntate con esos fantásticos zapatos de esmeralda y aporta un poco de categoría a la función. Luego podemos ir al Tonka... Tú y yo, con mis compañeros. Haznos de traductora, y así no nos emborracharemos tanto durante la cena.

Así que ésta era su vida: el ligue con desconocidas durante las giras, un abigarramiento de amistades instantáneas e intercambiables. Gwen de nuevo miró el folleto, antes de devolvérselo. Repentinamente irritada. ¿Es que era tonta? ¿Iba a dejar que la palabrería de este calvo que en Nueva York dormía en los bancos del parque le llevase a perder un avión?

—Gracias. La oferta es tentadora, pero tengo que volver a Moscú.

—Vale, vale —dijo él, sentándose frente al volante, abriéndole la portezuela del otro lado—. Por lo menos permíteme que te lleve al aeropuerto.

Gwen vaciló. Pensando... Bueno, tenía que pasarse por el hotel para recoger la maleta y pagar la cuenta. Pensando... La verdad era que el titiritero le gustaba, por raro que fuese, y ella sentía... ¿qué? Que había cosas —su ignorancia política, entre otras— de las que le gustaría hablar con él. A todo esto, ella todavía no había echado mano a su arma secreta.

—Yo a ti te he visto antes —informó, mientras se subía a la furgoneta—. En Central Park.

El otro se la quedó mirando con el rostro en blanco.

—Te vi junto a la estatua de Alicia, hace un par de semanas. Estabas con tu hijo.

Un parpadeo de inquietud, de paranoia sexual, masculino a más no poder. Quien hasta el momento se había creído el cazador ahora resultaba ser la presa. La mujer a la que le estaba tirando los tejos igual resultaba ser una psicópata. Su anónima camaradería del fin del mundo acababa de adquirir un significado incómodo.

—Te reconocí por las zapatillas de basket —explicó ella para tranquilizarlo.

Gideon puso en marcha el motor, que rugió de forma desagradable y se caló al momento.

—Qué coño. El chaval no es mi hijo. Yo no tengo hijos —dijo—. Mis únicos hijos son éstos —declaró, señalando las marionetas con el mentón.

El alivio —pues Gwen le creía— empezó a irradiar de su estómago e hizo que le temblaran las rodillas.

4

Hay una ciencia que especifica quién tiene que abandonar el hogar en caso de ruptura de pareja. Se trata de una ciencia basada en la crueldad y el poder.

Cuando Martin Lewis decidió poner fin a su primer matrimonio, fue la madre de Gwen quien se marchó, con los niños. «Y a causa de nuestros pecados fuimos exiliados de nuestra tierra...». Pero acaso Katrina no lo viera de aquel modo; quizá, al marcharse, de nuevo volvió a sentir que ejercía cierto control sobre su propia vida,

pues su marido apenas si había confiado en ella lo bastante para dejarle las llaves de la casa. Katrina más tarde explicó a su hija que siempre había detestado aquel piso cuyas habitaciones minúsculas daban a un angosto patio interior y que Martin en su momento escogió por su emplazamiento de buen tono, en una dirección del Upper East Side.

Su Babilonia fue una suite en el hotel Belleclaire, a cinco cuabras del apartamento. Así Gwen y Maddock podían seguir yendo a pie al colegio, mientras su madre le daba vueltas a la cuestión de qué hacer con sus horas libres del resto del día. Según parecía, la rutina era importante para los niños. Más importante que un padre, cuya función principal, según insistía el propio papá de Gwen, era la de pagar las facturas y recibos.

Gwen y Maddock pasaban las tardes escondidos en el bar del Belleclaire, metiéndole mano a los platillos de cacahuets y galletitas saladas, bebiéndose los fondos de las copas no terminadas por los adultos. Altas columnas de hielo medio fundido con un regusto amargo rosáceo o acaramelado. Jugaban a la pelota en los pasillos del hotel; expoliaban de abrillantador de zapatos y gorros de ducha los carritos de las camareras. Exploraban las dependencias del servicio y hacían lo posible por subir al terrado. Las cenas también eran de broma: sopa para llevar y emparedados de la Olympic Deli. Cenaban en pijama, mirando la tele. En relación con aquella época, no era mucho lo que Gwen recordaba de su madre, excepto lo muy temprano —y abruptamente— que se quedaba dormida.

Los dos hermanos lo tenían más complicado a la hora de dormir. En casa —en su antiguo apartamento de la calle 93 Este— Gwen y Maddock habían compartido habitación. Una litera; ella en el camastro superior, él en el inferior. Maddock era de los que se orinaba en la cama. Cuando se despertaba, llorando, empapado, Gwen lo desvestía y en brazos lo subía a su propio camastro. El blanco cuerpecillo de su hermano, viscoso como el de un sapo, se aferraba al suyo; en torno a su cuello se ceñían los bracitos con la piel de gallina. Se ponían a hablar hasta que les entraba el sueño, haciendo ver que eran dos polizones ocultos en un transatlántico. Cuando fueran mayores, se casarían —el uno con el otro— y estarían al frente de un circo cuya principal atracción sería la de los osos montados en monociclos. Tal era su plan.

Sin embargo, en el Belleclaire, Maddock dormía en la salita de estar mientras Gwen compartía el dormitorio con su madre. Vestido en pijama, Maddock encontraba su exilio en un sofá-cama; Gwen lo hacía en la cama gemela separada de la de Katrina por una mesita de noche. Sentada en la cama con la espalda muy erguida, las rodillas en alto y las manos en los tobillos, el miedo no le dejaba conciliar el sueño. Mientras escuchaba la respiración de su madre, estaba convencida de que Katrina en cualquier momento podía irse para siempre, sin remisión. La ansiedad que la reconcomía no le permitía ir a ver cómo estaba Maddock.

Gwen hoy pasaba en hoteles la mayor parte de su existencia ligada al trabajo, o eso parecía. Empero, cada vez que entraba en el vestíbulo, el bar o una habitación de

hotel, cierta compleja alarma de tipo olfativo le producía una aprensión casi insoportable. De nuevo se sentía trasladada a aquella época desolada —que en realidad no superó las seis semanas de duración— de su niñez compartida, de las tardes empleadas en afanar cacahuetes y probar los restos de los cócteles en el bar del Belleclair, de las noches en las que no sabía si Maddock, al otro lado de la puerta, estaba despierto y necesitaba de ella.

Todas las veces tenía que reprimir el mismo lunático impulso de pedirle a alguien —a quien fuera— que viniera a dormir con ella. Pero se supone que las mujeres, incluso las mujeres solteras en viajes de negocio, no deben pedirle a los desconocidos que duerman con ellas, así que Gwen había dado con otros medios para conseguir que su nocturna soledad le resultara tolerable. Y hasta bienvenida.

Se había convertido, y estaba orgullosa de ello, en la persona más solitaria del mundo. Porque aquello era lo que había que hacer: aferrarse con ahínco a lo que una más temía. Correr en pos de la fatalidad para abrazarse a ella.

5

Iban en la furgoneta por el bulevar Lomonosov.

Novosibirsk en un atardecer de otoño, gris como el hollín, intranquilo. Empleados de oficina que se dirigían a sus casas apiñados en las paradas de autobús, borrachos arremolinados en torno a los kioscos en los que se vendía *kvass*. Las primeras fulanas de la noche, con sus abrigos de retales de pieles y sus botas de plataforma. Y tras enfilarse la autovía que llevaba al aeropuerto, crudos bloques de apartamentos, más endebles que el teatrillo de cartón de Gideon, sin terminar pero ya pudriéndose. ¿Y qué pensáis hacer al respecto? Ya nos habéis deportado a Siberia.

Dentro de un par de horas Gwen estaría volando hacia el oeste, contemplando desde las alturas la taiga y los hilillos luminosos que denotaban los asentamientos, sus baldíos más vastos, sus campos de trabajo en desuso. La taiga, la taiga ardiente, brillante. El hechizo de una alienación dislocada —nadie sabe que estoy aquí, este lugar podría ser cualquier otro lugar— que era lo más cercano al alivio que Gwen conocía. Y el hombre al volante, según sospechaba, parecía estar igualmente ligado al movimiento, a la sorpresa, al influjo de un destino mutable.

Estaban continuando la conversación iniciada en el hotel.

Gwen le estaba hablando de su primera visita a la Unión Soviética, explicándole que la ponzoña del comunismo iba a durar cien años, y tenía la impresión de que tras hablar con este hombre nunca más iba a ser capaz de hablar con nadie más, pues —a pesar de sus bromas constantes, de lo verde que él estaba en cuestiones políticas— entre ellos se daba una receptividad y una comprensión que parecía ser intravenosa, como si él no sólo supiera quién era ella, sino que él mismo fuera ella. Su propia persona, en un plano ideal.

Tras llegar al aeropuerto y detenerse ante la acera donde bajaban los pasajeros, Gideon acercó su rostro al de ella. Puso la cabeza en su hombro, suspirando con

dulzura.

Y ella —petrificada— se sumió por un momento en su olor (a leña quemada, a sudor y a cierto efluvio entre perruno y caballuno procedente de su camiseta) antes de tartamudear, presuntuosa como una imbécil, su última advertencia, su última defensa.

—Eh... Yo tengo... Estoy con alguien.

El titiritero miró a su alrededor.

—No me vengas con cuentos. ¿Dónde se esconde ése?

—Quiero decir que tengo novio.

—No me lo puedo creer. ¿Qué habrá visto en ti?

Gideon salió de la furgoneta, rodeó el vehículo y se acercó a su puerta para ayudarla a salir, cogió la bolsa de viaje para ella.

—Lo digo en serio. Tienes pinta de ser una mujer costosa de contentar. ¿Se porta bien contigo? ¿Es atento?

—Mucho. Trabaja en un banco —añadió, casi regodeándose cuando él torció el gesto.

—Espero que no se le haya ocurrido invertir en Siberia. —Gideon examinó su bolsa de viaje, cuya cremallera, sometida a la presión de un exceso de ropas, estaba rota por las costuras—. Podría haberte comprado una bolsa menos birriosa.

Se agachó, entró en la trasera de la furgoneta y reapareció con un rollo de cinta adhesiva de embalar. Después de asegurar bien la bolsa con la cinta, levantó la cabeza y la miró. En sus ojos brillaba una diversión infinita.

—Igual me voy contigo.

—¿A Moscú? —dijo ella, echándose a reír.

—Claro. Adonde sea. Seguro que lo pasamos bien.

Seguían allí plantados, junto a la acera de hormigón, los taxistas que discutían entre sí, los vendedores que cargaban con bolsas de plástico a cuadros escoceses. Dos extranjeros que no querían separarse.

Él le tendió la mano con jovial formalidad.

Y lo que ella quería, incluso en tan temprano momento, no era darle la mano sino escurrirle los vaqueros culito respingón abajo, cogerle las pelotas con las manos y obligarlo a entrar en ella por toda la maldita eternidad. Encontrar refugio en su barba como un pájaro en el nido.

¿Por qué? Como siempre sucedía, porque a una le gustaba la nariz curvada de una persona, sus ojos en danza, porque a una le gustaba el relámpago en las entrañas que sentía cuando la palma del otro se posaba en su mano. Por la satisfacción de ver cómo la bolsa de viaje de una acababa de ser suturada y envuelta en refuerzo de plástico marrón. En el fondo somos animales: sentimos el contacto ajeno, y éste o bien nos repugna o bien provoca que nos estremezcamos de placer.

CAPÍTULO TRES

1

La desazón del regreso. La vuelta a casa después de una ausencia significativa: a medias satisfacción, a medias consternación. ¿Así era su vida, tan gélida y superficial?

Contenta de ver a Mirko, el conserje, alarmada por los montones de cartas. Incapaz de recordar quiénes eran sus amigos o por qué vivía en esta ciudad inamistosa. El apartamento, frío y descuidado: un lugar ni querido ni verdaderamente habitado. Una nota de Mimi pidiéndole que comprara limpiacristales, jabón de aceite Murphy, limpiador para el hogar Lemon Pledge. Un enrollado fajo de papeles térmicos de fax. Una especie de astillero de rosas que llegaba al techo enviado por Campbell en conmemoración de su tercer aniversario, con una tarjeta que decía «Nos vemos el sábado». Time Warner amenazaba con cortar el servicio de televisión por cable. La cama, hecha pero con las sábanas frías como un sudario.

A la mañana siguiente Gwen salió a la oscuridad, antes del amanecer, cuando en la calle no circulaban más que los camiones de la basura. Compró provisiones por un tubo en el colmado coreano de la esquina. Recién vuelta de Rusia, volvía a sentirse atónita ante la profusión, el astuto sentido comercial, la opulencia reluciente de los zumos de frutas, el papel higiénico, los champús.

Volvió a casa y se metió en la cama con tres periódicos. Contempló el amanecer azul pálido, las palomas de color rojizo oxidado que gemían en el balcón, el Empire State y su nariz plateada que apuntaba al cielo. Escuchando la puesta en marcha del tráfico matinal, empezó a recordar por qué había escogido esta vida, por qué este lugar venía a ser el suyo.

Tras la segunda lavadora y la tercera taza de café, de nuevo estaba lista para tratar con voces y seres de carne y hueso.

2

Gwen llegó a la oficina a las ocho. Reunión con Gerald y Kalman para informarlos, la mañana entera al teléfono, el correo. Sentada en un escritorio sin dueño ante su ordenador portátil, transformando sus notas de viaje en la formal presentación que

mañana iba a hacer en la reunión de los directores, en la que estaría presente Lavrinsky.

Almuerzo en el café Three Guys con un antiguo colega del Departamento de Estado que estaba en la ciudad para participar en un seminario sobre la expansión de la OTAN. Éste le preguntó si sabía de posibles inversiones prometedoras. Ni idea, dijo ella. La verdad, me pongo de los nervios ante este país cuyos principales hombres de negocios insisten en preguntarte si sería mejor emigrar a Canadá o a Estados Unidos.

Después del trabajo se acercó un momento a la galería de su amigo Christopher d'Aurilhac, su mejor amigo, junto con Constance, desde que se conocieron en el colegio preuniversitario. Declinó (por el dichoso *jet-lag*) la invitación a cenar de un fotógrafo japonés especializado en tomar imágenes de salas de cines vacías de público.

Tras llegar a casa aquella noche, Gwen cenó sushi de encargo en la pequeña cocina americana mientras hacía lo posible por vadear una propuesta de privatización de la seguridad social rusa, que amenazaba con la bancarrota por obra de una edad de jubilación inferior incluso a la esperanza de vida.

Luchando por mantenerse despierta hasta las diez.

Mientras pensaba —o trataba de no pensar— en Gideon, quien en aquellos momentos estaba con sus marionetas en una gira de dos semanas por el antiguo bloque soviético. Mientras se preguntaba qué pasaría si ella de improviso apareciera en el teatro de marionetas de Tiflis, por poner un ejemplo. ¿Se alegraría él de verla? ¿Qué le diría? ¿Que se escapara con él, que juntos se convirtieran en prisioneros del Cáucaso, que se perdieran para siempre en el monótono camuflaje de las estepas?

Gwen se lo preguntaba. Era muy competente a la hora de preguntarse cosas. Su trabajo en el fondo se reducía a hacerse constantes preguntas (por ejemplo, ¿qué probabilidades había de transformar en un país normal lo que hasta muy poco atrás había sido una máquina imperial de guerra con la tierra quemada y una población dotada de hígados en putrefacción, tendencias cleptómanas y un fatalismo colectivo de tintes suicidas?). También podía olvidar, lo que de hecho sería mejor. A Gwen le parecía que durante la tarde que habían pasado juntos le había confesado al titiritero cosas que apenas había formulado hasta entonces, ni en privado ni para sí. Una faceta de su personalidad —la frágil mujercita dada a la verborrea— se había dado a la fuga con aquel izquierdista calvo y carente de estudios. El frágil gólem de sus recuerdos prohibidos ahora estaba recorriendo a saltos el antiguo imperio soviético en busca de su público, y ella lo quería a su lado.

3

A todo esto, estaba la cuestión de su novio.

El novio intermitente y a todas luces muy adecuado para ella, cuya presencia de tres años en su vida Gwen era incapaz de justificar con entusiasmo verdadero. Con

una salvedad: era de lo más adecuado para ella. La llevaba a esquiar en el Sun Valley; paseaban juntos en torno al estanque de Central Park; le divertía acompañarla de compras a Prada o Robert Clergerie; sabía cómo había que hablar con sus padres (su propio padre era miembro del consejo de una fundación junto con el padrastro de Gwen). Le reconfortaba escuchar su respiración regular por las noches mientras ella daba vueltas y más vueltas en el lecho, paseaba nerviosamente por el dormitorio y mascullaba imprecaciones, cuando sus demonios del día se convertían en monstruosidades homicidas que le devoraban las entrañas y la sumían en el desespero.

Y sin embargo, había algo que les impedía unir sus destinos de forma inequívoca: Campbell seguía manteniendo su refugio en la calle 63, en el piso que compartía con otro bancario que pasaba la mayor parte de la semana en el Lejano Oriente; ambos salían a cenar por separado con sus amistades respectivas; cuando hablaban de tener hijos, la conversación terminaba por apagarse sin que llegaran a decisión alguna, pues Campbell (que contaba con cuatro hermanos) quería tener muchos hijos, y ella no quería tener ninguno, jamás en la vida.

Una o dos veces, desalentados por su propia tibieza, habían roto la relación. Campbell entonces volvió a liarse con una antigua novia; Gwen se lo montó con un surafricano analista de cuestiones de defensa. Pero invariablemente volvían a juntarse.

A veces Gwen comprendía con certeza absoluta que acabarían siendo marido y mujer, y que ello estaría bien, pues él la quería, era bondadoso, tenía buena salud, era rico, responsable —todo lo que convenía—, y porque el respetuoso Campbell siempre se abstendría de explorar los recovecos más profundos de su alma.

Entonces, ¿por qué seguían dándole largas al asunto?

Aunque entendía que él podía ser el perfecto marido para ella, Gwen a la vez sabía que por su parte anularía la personalidad de Campbell sin remisión. Lo que en el fondo era una excusa de mojigata, útil para justificar su propia reticencia.

4

Las once y diez de un sábado por la mañana.

El ruido de una llave en la cerradura. El roce de unas bolsas de viaje sobre el parquet de madera de roble barnizada.

—¿Cariño?

Y aquí estaba. Por Dios. Qué blanco.

Gwen no recordaba que fuera tan blanco de piel. El pelo rizado y las pestañas de un rubio clorado, unas manos anémicas con las venas azules y en relieve. Prácticamente albino. Y limpito a más no poder. Las uñas manicuradas, el pañuelo planchado y doblado en el bolsillo de la americana. Un patricio de la Costa Este, vuelto a casa después del enésimo viaje de negocios, recién aterrizado de la clase business, oloroso a equipaje y loción del afeitado.

—Hola, ratoncita —empezó, estrechándola entre sus brazos, sonriendo con ternura.

Aunque reconocía que en momentos más lúcidos lo había encontrado elegante, varonil, hoy no tenía ganas ni de besarlo siquiera. No quería sus bolsas de viaje —su maleta de T. Anthony, su arsenal de productos libres de impuestos, en el recibidor de su casa.

Gwen soltó la primera trola del día:

—Campbell, estoy haciendo una llamada de larga distancia. ¿Te importa si...?

—Ven a saludarme cuando termines —dijo él, mientras colgaba su gabardina de trinchera en el armario.

La seguridad en sí mismo implícita en su tacto —él estaba acostumbrado a los momentos ariscos de Gwen y no tenía reparo en acomodarse a ellos— consiguió que a Gwen todavía le entraran más ganas de asesinarlo.

5

Era infernal, para los dos por igual.

Todo lo que él quería era meterla en la cama —ambos estaban cansados por igual después de tanto viaje fatigoso—, y todo lo que ella quería era que él la dejara en paz.

Campbell la tomó por el talle e hizo que Gwen se sentara en su rodilla. Ella lo besó en la frente como una vieja solterona que besara a su ahijado y al momento se levantó para regar las plantas del balcón.

Campbell asimismo se levantó, se quitó la americana y sacó las llaves, un billete de transporte, el pasaporte y las tarjetas de crédito del bolsillo del pantalón. Como si fuera a tumbarse en la cama. Cosa que hizo. Al momento tendió sus brazos hacia ella en un gesto que estaba entre una orden y una súplica.

Si no hubiera estado hecha de cuarzo y tierra compactada, Gwen se habría fundido.

En lugar de ello tartamudeó:

—Campbell, ¿te importa si...? Lo siento, pero acaba de salirme una cosa... Voy a tener que pasarme por la oficina. ¿Por qué no duermes un poco y nos vemos después?

Combinación de santo y bancario, Campbell le sonrió con indulgencia, como si su rechazo fuera otra de sus adorables travesuras —como la de hurtarle las hojas de afeitar— o un síntoma, genuino pero en mal momento, del entusiasmo por el trabajo que ambos compartían.

6

Campbell, quien sabía cómo conseguir las mejores mesas en los sitios de moda, había hecho reserva para almorzar en el Calico, un restaurante abierto aquella misma semana en Greenwich Street.

Empalados por los rayos del sol de primera hora de la tarde, estaban bebiendo

sauternes a sorbitos y comiendo un risotto de calabaza con foie-gras presentado en sendas minúsculas calabazas ahuecadas al estilo de Halloween. Mientras, Gwen trataba de explicarse. En el restaurante de paredes punteadas en tonos rojizos, las calabazas enanas llevaban a pensar en el divino botín del que sus antepasados habían venido a América a disfrutar. Fuera, el dorado glaseado del sol otoñal caía sobre un almacén del barrio de TriBeCa mientras aquel hombre bondadoso le cogía de la mano mientras ella trataba de herirlo y expulsarlo de su vida.

Gwen se dijo que iba a detestar la buena comida durante el resto de su vida.

Campbell finalmente habló. Uniendo sus dedos a los suyos, implorante.

—En el mundo hay tanto dolor... Mi ratoncita, ¿no te das cuenta de lo gratuito que resulta afanarse en destruir lo que estamos compartiendo? Dos personas que tienen los mismos valores, que se hacen reír mutuamente, que disfrutan de una vida sexual maravillosa... Lo que me cuentas no tiene sentido. Dices que me quieres, y yo sé que tú me quieres. ¿Lo que andas buscando es que nos casemos? ¿Es eso?

Campbell suspiró y pidió la cuenta. De forma casual, imperdonable, Gwen se preguntó: ¿sin probar la tarta de enebrina y chocolate? Y es que, después de todo, conocía los gustos de Campbell a la perfección.

Aquella noche se despertó y encontró que Campbell estaba sollozando quedamente. Durante largo rato permanecieron tumbados el uno al lado del otro en la oscuridad que no terminaba de serlo. Él finalmente hundió su rostro húmedo en el hombro de Gwen.

7

Y después, con insistencia mayor. ¿Es que en Rusia te ha pasado algo? O sea, ¿a quién has conocido? (¿Se trataba de un jerarca mafioso con dientes de oro que te fascinaba por el glamour de su muerte inminente? ¿De un pastor mongol transhumante, de un adolescente niño prodigio del ajedrez?)

El monarca recién envenenado que exigía saber: ¿quién es mi sucesor? El estratega que hacía sus cálculos a largo plazo: si me está dejando pero no hay otro, el tiempo está de mi lado; si me está dejando por otro, entonces estoy perdido.

Pero la gente no te deja si no hay otro.

Y ella, que nada tenía que decir, no decía nada.

CAPÍTULO CUATRO

1

Gwen aquel otoño andaba desbordada de trabajo. Se estaba produciendo una nueva crisis, en Bielorrusia esta vez, donde el presidente amenazaba con cerrar la central de Minsk amparándose en falsas acusaciones de trapicheos con divisas.

Bielorrusia, junto con Ucrania y Moldavia, era problema de Tim Greenstock. Y con doble motivo, pues, tal como Gwen lo veía, era Tim quien había provocado el amago de expulsión al persuadir a Lavrinsky de la conveniencia de financiar de forma un poco demasiado abierta a la oposición (cuando el altruista *modus operandi* del instituto era el de respaldar procesos, que no personalidades...). Pero Tim, un fanfarrón tendente al matonismo y las jugadas peligrosas, estaba de baja con hepatitis. Lo que significaba que sus problemas ahora eran los de Gwen.

El instituto había invertido dieciocho millones en Bielorrusia, y ahora los estaban amenazando con la expulsión.

Una mañana Gerald se acercó al escritorio de Gwen y apuntó:

—Oye, Gwen, ¿a que no sabes qué estoy pensando regalarte por Navidad?

—¿Qué?

—Un jarrón de la dinastía Minsk.

—Ja, ja. Casi prefiero que me traigas carbón.

—Oye, guapa, si logras que no nos expulsen de Bielorrusia, te prometo que a fin de año te caerá algo bastante mejor que el carbón. Te recuerdo que Eddie es originario de ese agujero. Y sé que no le gustaría que lo expulsaran de allí por segunda vez.

—Creía que él era de Kishinev.

—Sí, tontita, pero Kishinev...

—Está en Besarabia, que hoy forma parte de la actual Moldavia.

—Si será pedante la niña... —gruñó Gerald, haciendo amago de desnudar su gordo trasero y mostrárselo en las narices—. No sé qué hago hablando con una chica a la que sólo le divierte el atlas de geografía. Me lo estoy pensando mejor, y por Navidad pienso regalarte uno de esos calendarios del *Playboy* en los que en el póster central aparece la cordillera de los Cárpatos tocada con un sombrero de Papá Noel...

Gwen se llevaba muy bien con Gerald. Gwen había dejado un empleo mucho más interesante en Radio Liberty para trabajar a sus órdenes en la apocada administración Bush; después se había ido de Washington (con alegría) para seguirlo al Instituto Lavrinsky. Gerald era un sureño alto, torpón y entre resabiado y tímido que le había amargado la vida a su padre al convertirse en un intelectual. Gwen llevaba trabajando para él lo bastante para haberse dado cuenta de lo manazas que era en realidad, cosa que no le importaba en lo más mínimo.

Largas jornadas de diplomacia, comunicados de prensa, amenazas; cortas noches transcurridas con la vista fija en el luminoso reloj despertador.

En momentos sueltos —en el asiento trasero de un taxi, o medio hipnotizada por el azul eléctrico de la pantalla del ordenador—, Gwen se sorprendía echándole un nuevo vistazo al ajado papelito de notas del hotel Sibirsk que guardaba en un pliegue interior del monedero. Lo manoseaba igual que haría el polizón de un barco que tuviera familia en el Nuevo Mundo. Endeble para ser un documento fundamental, pero tan inevitable como la misma fuerza de la gravedad. Un nombre de seis letras escrito en mayúsculas, un número de siete cifras que a esas alturas se sabía de memoria, una dirección en una calle encajada en medio del vientre abombado del Lower Manhattan, junto al East River... Una región que ella tan sólo conocía, atisbada desde la autopista FDR, como una monótona masa beige de bloques de pisos construidos décadas atrás para los obreros de los sindicatos.

Soñando con una barba rizada, unas zapatillas rojas, un estómago color marrón. Preguntándose si existiría alguna excusa que le permitiera aventurarse por Attorney Street.

Una mañana, calculando que Gideon debía de llevar varios días ya en la ciudad, Gwen marcó el arrugado número de teléfono.

Un breve pasaje musical por la cítara de *El tercer hombre* y un mensaje grabado. Una voz de mujer, alegre: Compañía de Marionetas Pants on Fire, anunciando las opciones electrónicas que Gwen tenía, ninguna de las cuales la convenció. Dejó un mensaje más bien forzado, mientras se preguntaba porqué el de las Converse la había engañado dándole un número de trabajo. Acaso porque él —lo mismo que ella— era dado a entusiasmarse en demasía al establecer contactos cuando estaba en el extranjero: el rumano que se dedicaba a la importación-exportación con el que te emborrachaste en el tren a Bolonia; Andrei, el monitor de gimnasia de Stavropol; Gwendolen Lewis, del Instituto Lavrinsky... Unos contactos que luego quizá no conviniera recibir en casa.

Su suposición se confirmó cuando él después no le devolvió la llamada. Ni al día siguiente ni al segundo día, ni al tercero ni al cuarto. Pues vaya. Debía de haberle caído fatal al titiritero. Gwen por entonces había recibido dos correos electrónicos de Ilya Rupnik, de la Pequeña Taiga. ¿Por qué su colega no podía hacer otro tanto?

Recuerda que detestas las marionetas, se decía. Desde la fiesta de cumpleaños que Gail Lefever celebró en cuarto curso del colegio. ¿Cómo se podía respetar a un adulto

que elegía ganarse la vida meneando los pulgares y hablando con voz de pito? Tal parecía ser el destino de las mujeres que se convertían en demasiado varoniles: la bifurcación entre el deseo y el respeto.

Entretanto, volvió a verse con Campbell: una, dos veces. Como adultos, para salir en pareja. Follando, pero sin pasar ya la noche entera juntos: las nuevas normas que venían a señalar una nueva etapa, un interregno. La forma de herir a otra persona, no por mala fe, sino por indecisión.

Entretanto viajó a Vilnius para plantarles cara a los bielorrusos allí presentes en un encuentro de las antiguas repúblicas soviéticas.

Entretanto vendió algunos paquetes de acciones para pagar la declaración, fue con su hermanastra al ballet, hizo planes para pasar la Navidad en Estambul con su amigo Christopher. Entretanto se cerró un poco más al mundo.

2

El teléfono a veces te arranca del sueño a una hora inhumana. Y siempre hay una víctima en potencia, una amenaza crónica que una lleva en el subconsciente, un instante en el que un conocimiento supersticioso te dice sobre a qué responde esa llamada concreta.

En el caso de Gwen, la aprensión tenía que ver con su hermano Maddock y seguía bien latente, por mucho que éste fuera ya mayorcito. Si el teléfono sonaba demasiado pronto o demasiado tarde, Gwen estaba segura de que una voz desconocida iba a informarla de que a Maddock lo había atropellado un coche o estaba en la cárcel. No porque Maddock siguiera sin ser capaz de cuidar de sí mismo, sino porque así era ella y lo continuaría siendo hasta el final de los tiempos: su cuidadora, su guardiana chapucera.

El reloj digital marcaba las 12.47 de la noche, y ella no sólo se había puesto al teléfono cuando aún estaba dormida, sino que de pronto se vio sumida en plena conversación. Campbell era un bulto cubierto con sus mantas a su lado.

Una voz rasposa al otro lado de la línea. Gwen le estaba hablando a la voz de Moscú, de lo que había estado haciendo desde... No, no, pues claro que no estaba durmiendo, simplemente estaba... ¡Estaba mintiendo en sueños! (¿Qué hubiera tenido de malo reconocer que sí que la había despertado? ¿Qué es lo que la mayoría de la gente está haciendo a la una de la noche?) Su voz y la de él, unidas en un murmullo entrecortado, tendido como un cabo deshilachado sobre el golfo del espacio aéreo de la noche. El teléfono, normalmente tan antiséptico, tan reductor, nunca había resultado un receptáculo tan aterradoramente íntimo. (En el futuro Gideon la llamaría y le pediría que se tocara, que se acariciara el clítoris, que se imaginara que él mismo se estaba tocando mientras hablaban. Pero incluso tales episodios no resultarían tan excitantes sexualmente, tan mortificantes como su voz en este momento.) Él. Gideon. El hombre a quien había renunciado a seguir esperando. El que no le gustaba. El que no le interesaba en lo más mínimo.

Había estado fuera de la ciudad, en la parte rural del estado. Llevando un taller con el hombre que le había enseñado el oficio. Jerome Drexler. El fundador de Infernal Combustion.

—¿De qué?

—De Infernal Combustion.

Se suponía que ella tenía que conocer a la compañía. Según parecía, el arte de las marionetas contaba con sus propios linajes, escuelas diversas, tendencias opuestas y sectas renegadas. Como si se tratara de un campo adulto, del psicoanálisis o el marxismo. Lo que son las cosas.

—Ah —dijo Gwen—. ¿Lo has pasado bien?

—¿Bien? Drexler es un perfeccionista. ¿Alguna vez has tenido que tratar con un perfeccionista? De pasarlo bien, nada.

Un silencio, durante el cual volvió a quedarse medio adormilada.

—¿Al final leíste el libro de S. Anski?

—¿De quién?

—El que escribió el *Dybbuk*, la obra de la que te hablé.

Esto es: los cimientos del amor, su construcción piedra a piedra. El uno le habla al otro de los libros que le gustan, el otro entonces los lee. «He visto la película de Pasolini...». «He leído *La princesa de Clèves*...». El «no» significa que a una no le importa. El «no» implica que no estás interesada en la fusión de vuestras almas.

Gwen admitió que sí. Que lo había leído. Nada más volver de Rusia fue a la Society Library, a dos pasos de la oficina, y se hizo con una desvaída traducción fechada en los cuarenta de la obra que Gideon le había dicho que iba a estrenar este otoño, en un intento de ingerir sus gustos, para ver si encajaban con los suyos, para aprender quién era a partir de las cosas que le gustaban.

—¿Quieres venir a verla? —preguntó la voz.

—¿A ver qué?

—*El Dybbuk*. Estrenamos mañana noche. ¿Tienes un boli? Te doy la dirección.

La voz por fin dejó de oírse, y Gwen sintió un nudo de aprensión en el estómago.

A su lado, Campbell le tendió un brazo adormilado y preguntó:

—¿Quién era?

—Un marionetista que he conocido. Quiere que vaya a ver un espectáculo suyo.

—¿Un espectáculo de marionetas?

—Pues sí.

—¿Vas a ir?

—Eso supongo.

—¿Cuándo es?

—Mañana por la noche. Mejor dicho, esta noche próxima. ¿Por qué? ¿Quieres venir?

—¿A ver un espectáculo de marionetas? Tengo cena con unos clientes.

3

Se abre el telón de terciopelo rojo. Una sinagoga desvencijada.

La cantarina letanía de los rezos hebreos.

Las cotillas de la sinagoga —representadas por tres grandes cucharas soperas— están que no caben en sí de excitación porque el Pobrecito, el niño prodigio de la aldea, tras haberse memorizado medio Talmud, justo está empezando a adentrarse en la Cábala. Después de haber probado el fruto del Árbol del Conocimiento Prohibido, se ha convertido en un intelectual rebelde y con la cabeza de un ángel que ya ni come ni duerme, pues se pasa las noches experimentando con las letras del Nombre Sagrado de Dios. Según se nos dice, sus especulaciones numerológicas tienen por objetivo dar con los poderes mágicos adecuados para frustrar los planes que el comerciante local tiene de encontrar un marido adinerado para su hija única la Reinita.

Al enterarse de que la Reinita se ha comprometido a distancia con el Milloncejos, el Pobrecito cae muerto ante los mismos pies de la muchacha. Los textos ocultistas salen a presión de su mano como si ésta fuera la jeringa de un yonqui.

El día de la boda. Un grupo de *klezmer*^[3] aparece entre los espectadores y cruza el teatro: música entre siniestra y disonante interpretada por dos violinistas, un acordeonista y una damisela que toca el dulcemele. La Reinita invita a su boda a los espíritus de los amantes que han muerto jóvenes.

El novio llega con su gente. Cuando le presentan al Milloncejos, la Reinita exclama con una rasposa, terrible voz de barítono:

—¡Satán!

La Reinita ha sido poseída por el espíritu del Pobrecito, quien la declara su mujer para toda la eternidad.

Un exorcismo en la corte del rabino taumaturgo. Pero el amante demoníaco se niega a ser expulsado del cuerpo de la doncella. La Reinita es suya, ruge, todos los órdenes angelicales y seculares han sido dispuestos en su contra, el cielo y la tierra son sus enemigos: no tiene ningún otro lugar al que ir.

El comerciante declara que la boda debe seguir adelante.

Al final, mientras de nuevo empieza a resonar la música de la boda del Milloncejos, las almas de la Reinita y el Pobrecito se encuentran en un teatrillo de sombras chinescas.

—¡Ven conmigo, mi amado, mi marido...! —jadea la sombra de la Reinita.

—Ya voy, ya voy... —responde él—. He abandonado tu cuerpo a fin de entrar en tu alma.

—¡Ven conmigo, mi querido, el que me ha sido destinado!

En el momento preciso en que el novio entra con su séquito, la Reinita cae desplomada. Las sombras de los dos amantes suben al cielo. La obra termina con el baile frenético de dos rollos de la Torá.

La producción no está mal. Los marionetistas se las han arreglado para representar el dualismo característico de los judíos de Europa oriental: un pueblo sombrío y perpetuamente amenazado con el pogrom, materialmente famélico y a la vez mentalmente enrarecido, aprisionado como las ratas en una trampa, cuya única salida consiste en la ascensión.

La heroína es una muñeca victoriana de cera envuelta en un vestido de terciopelo marrón.

Su padre es un centauro.

El Pequeño Richie es un lápiz con los ojos de mina, saltones y vivos.

El héroe Pobrecito es una marioneta flaca y larguirucho, un punki con los rizos color morado, vestido con ropas de vinilo negro: un soñador del ghetto que, imposibilitado de lograrlo por las buenas, trata de alcanzar el paraíso al estilo de Bonnie y Clyde.

4

Hay que disculpar a Gwen por su tendencia a la literalidad.

Gwen era una persona libresca y con fijación por la palabra que raramente contemplaba cuadros, escuchaba música o iba al teatro. En consecuencia, la versión del *Dybbuk* de la compañía Pants on Fire para ella no pasaba de ser una simple puesta en escena del texto que había leído, sin que ella reparase en el modo en que los marionetistas habían sabido explotar su medio inanimado y tontorrón. Aunque a Gwen le faltaban elementos para reparar en lo habilidoso de la producción, la historia en sí no dejó de emocionarla. Hasta tal punto que cuando cayó el telón y se encendieron las luces, seguía encontrándose absorta, inmovilizada.

Los tres marionetistas salieron de la parte trasera del teatrillo y saludaron con reverencias: Gideon; una chica con el peinado en rastas de un color rubio sucio; una mujer gorda. Los músicos hicieron reverencias. La gorda pronunció un pequeño discurso en relación con los esfuerzos que el ayuntamiento estaba haciendo para cerrar su teatro y pidió a los miembros del público que aún no eran Amigos de La Merced que firmaran una petición dirigida al alcalde. Un breve anuncio de las próximas obras que iban a ser representadas, y el público se levantó, echó mano a sus abrigos, empezó a agolparse en los estrechos pasillos.

Era la hora en que el público de los teatros se marchaba a los bares o los clubes, o bien a casa a acostarse. La función se había acabado.

Pero Gwen seguía vacilando. Estiró las piernas, metió el manuscrito en su cartera. Haciéndose la remolona. Un grupo de gente se había quedado para saludar a los artistas. ¿Y si se ponía en la cola para saludar a Gideon? Pero si apenas lo conocía. No, mejor iba a ser llamarlo mañana, dejarle un mensaje de felicitación en el alegre contestador del teléfono.

Gwen se dirigió hacia la salida, pero entonces —todavía bajo el influjo de la dulce melancolía de la obra— cambió de idea una vez más y volvió sobre sus pasos

para unirse al grupo de entusiastas a la espera de ofrecer sus felicitaciones. Vio que Gideon estaba a un lado, hablando con un hombre de mayor edad. El gentío se arremolinó a los lados cuando alguien que llevaba una mesa se abrió paso en su camino. Como sucedía cuando sonaba la ambulancia de una sirena y el tráfico se abría para dejar paso, Gwen al momento se vio empujada hacia adelante por la multitud.

—Eh, hola —saludó Gideon, acercándose a ella y abrazándola por el costado. El titiritero llevaba puesta la misma camiseta de los Grateful Dead color violeta que luciera en Novosibirsk.

El interlocutor de Gideon, un hombre bajo y con patillas, seguía soltándole un rollo a éste en un tono entre cantarín y gimoteante. Vitebsk... Kishinev... Belistok... Berdichev... Los bosques... El patilludo parlante parecía decidido a no dejar en paz a Gideon, a no incluir a Gwen en su arenga. No paraba de hablar sobre Abba Kovner, sobre el YIVO, sobre la investigación que decía estar efectuando en los archivos de historia oral referente a los partisanos judíos que lucharon en Polonia durante la Segunda Guerra Mundial. Según le pareció a Gwen, lo que el hombre quería era que Gideon reconociera que no todos los judíos de Europa oriental se habían dejado transportar al matadero con docilidad, que un contingente importante había estado combatiendo en los bosques junto con la resistencia polaca, sin que su papel nunca hubiera sido adecuadamente reconocido en la posguerra, en Polonia porque eran judíos, en Estados Unidos porque eran comunistas.

Ya que ella tampoco estaba siendo adecuadamente reconocida, Gwen no se sentía obligada a fingir que estaba a la escucha. De pronto se encontró perdida en ensoñaciones. Su ensoñación de repente adquirió un carácter dudoso y —de nuevo— sintió que estaba enrojeciendo. Pues Gideon, quien seguía rodeándole la cintura con el brazo, se estaba apretando a él mientras continuaba asintiendo demasiado rápidamente con la cabeza.

—Hmm... Hmm... Hmm... Hmm...

En su rostro estaba pintada una sonrisa torcida y no muy adecuada para la ocasión. De forma invisible, ambos estaban unidos, como si los hubieran fijado con pegamento extra-fuerte, encajando el uno con el otro como lo harían dos cucharas, si bien con una eléctrica agitación en los bajos. Relámpagos, llamas. Como si el alma de él estuviera al acecho de la oportunidad de entrar en su cuerpo. Como si estuvieran a punto de volar unidos hacia el éter de terciopelo azul, hacia el cielo de la música *klezmer*.

En ese instante el movimiento de la gente a través de las puertas varió y fue disminuyendo, hasta formar una burbuja espacial de aire, y de pronto Gwen se encontró a solas.

De repente había salido al frío aire de la noche, a una calle sombría con talleres de reparación de automóviles, solares vacíos en los que crecían pequeñas selvas de zumaque. Gwen no recordaba haberse despedido; tan sólo recordaba que, escapando

por un segundo al radar del admirador de Abba Kovner, él le había invitado a visitar el teatro a la luz del día. Nuestro taller está en el tercer piso, si vienes mañana puedes comer conmigo, y ella entonces le dijo que mañana no podía. Ya, ¿y qué tal pasado mañana? Bien, el jueves me va bien.

En su mente resonaba cierta frase de la obra, dicha por el rabino taumaturgo: «Todas las cosas del mundo cuentan con un corazón, y el mismo mundo también tiene su propio corazón». Durante la noche entera Gwen sintió los latidos del colosal corazón del mundo, cuyo sonido llevaba a pensar en unas quiebras regulares de la barrera del sonido.

Al día siguiente, mientras tomaban una copa en el Polo Bar, le dijo a Campbell que ya no lo quería. Y en esta ocasión Campbell ni la trató de «ratoncito» ni protestó en absoluto. Gwen tuvo la impresión de que incluso se sentía bastante aliviado al librarse para siempre de esta mujer que no sabía lo que quería —lujo éste que a quienes la rodeaban le hacía la vida imposible—, pero no tuvo el valor de decirle que en realidad sabía perfectamente qué era lo que quería, que había visto sus diez dedos bailando ante un cielo pintado la noche anterior...

CAPÍTULO CINCO

1

Gideon W. vivía justo encima de una minúscula iglesia pentecostalista para hispanos, en un piso que compartía con una colega, Dina Gribetz-Pinto, y con el hijo de once años de edad que ésta tenía, Ethan.

El piso —un apartamento de tres habitaciones en un edificio sin ascensor que era de renta limitada y les salía por 695 dólares al mes— formaba parte de los restos del naufragio del matrimonio de Dina: el alquiler seguía estando a nombre de su marido y, lo que años atrás resultaba espacioso —la cocina de buen tamaño en su momento albergó el primer teatrillo de la compañía *Pants on Fire*—, ahora se quedaba pequeño, sin que ni Gideon ni Dina estuvieran en disposición de mudarse a otro lugar más cómodo.

Dina se quejaba, de vez en cuando, de lo inadecuado que resultaba para un niño compartir dormitorio con su madre; Gideon refunfuñaba, de vez en cuando, por tener que habitar tan pequeño espacio con una mujer y un niño a los que no estaba unido ni por sangre ni por matrimonio; y sin embargo, estas revueltas intestinas en general se veían acalladas por la superior vergüenza que les producían tan burgueses melindres: al fin y al cabo, así era como vivía la mayor parte de la gente. ¿Por qué tenían ellos que vivir de forma mejor?

Gideon conoció a Dina y a su hermano Dan cuando los tres eran aprendices en la Cooperativa de Marionetas *Infernal Combustion* en Lubeck, en el Nueva York rural. Fundada por un antiguo activista de los años sesenta llamado Jerome Drexler, la compañía funcionaba de modo comunal. Todos compartían el trabajo: la iluminación, la escenografía, la elaboración de marionetas, el sonido, la organización de las giras. Criaban patos y una cabra, horneaban su propio pan y cortaban leña para la estufa que caldeaba el granero donde dormían los alumnos, en el altillo para la paja que había sobre el espacio donde actuaban.

Durante varios años, Gideon estuvo dirigiendo la compañía al alimón con los Gribetz. Hasta que, tras una de las periódicas rupturas entre Jerome y sus acólitos, Dina se marchó, muy pronto secundada por Dan. Dina después se licenció como asistente social, se casó con un compañero de estudios y emigró a Israel; Dan se

trasladó a Boston, donde dio clases de violín y tocó en una banda de música *bluegrass*.

Gideon fue el único que se quedó en Lubeck, de donde todos los otoños salía de gira con la compañía. Hasta que él mismo se las tuvo con Jerome. Luego pasó seis meses en Jerusalén y un par de años viviendo a salto de mata y a caballo entre el norte del estado de Nueva York, Amherst y Portland, en Maine. Trabajando como carpintero, enseñando en talleres, dirigiendo cursillos de teatro para jóvenes con problemas. Lo que él mismo era, y más que nadie.

A finales de los años ochenta volvió a contactar con Dina y Dan, que por entonces vivían en Manhattan, en la ciudad más cara del mundo: ¿qué os parece si formamos nuestra propia compañía de marionetas?

Dan, que asimismo andaba a la busca de una causa a la que dedicarse, se mostró de acuerdo; Dina, madre y divorciada a aquellas alturas, estaba empleada como asistente social del Kings County, pero se ofreció a aportar sus fines de semana, sus noches, su ordenador, su máquina de coser. Su gran corazón. El resultado fue *Pants on Fire*, una compañía sin apenas fondos dignos de tal nombre, vagamente judía, gestionada desde el piso que Dina tenía en un edificio sin ascensor de Rivington Street: Gideon, Dan, Dina y Andrea —la compañera de Dan—, un cambiante grupo de aprendices y voluntarios, así como Ethan, el hijo de Dina, que hacía las funciones de mascota e hijo colectivo.

Los demás también tenían sus empleos de a diario: Andrea trabajaba para la ONG *Legal Aid*; Dan era encargado en una tienda de discos de la cadena *Tower*. Gideon, que se empleaba como carpintero cuando era necesario, cuidaba de Ethan mientras Dina estaba en el trabajo.

Llevaban viviendo juntos, a rachas, desde el final de la adolescencia, y en dicho arreglo se daba una mezcla de alegría y frustración, pues todos trabajaban en aras de un propósito más elevado sin conseguir lo que cada uno o cada una necesitaba por su cuenta. Y a todo esto, la compañía fue expandiéndose. Actuaban en bares, en iglesias y en escuelas de toda la ciudad. Hacían giras rurales y por el extranjero, apareciendo en muchos de los locales que Gideon ya conocía de su época de *Infernal Combustion*; a efectos legales se convirtieron en una organización sin ánimo de lucro y encontraron unos patrocinadores lo suficientemente fiables como para que Gideon empezara a pagarse un salario a sí mismo.

Tres años atrás, *Pants on Fire* dio con un espacio propio en una vieja escuela parroquial, *Nuestra Señora de la Merced*, propiedad del ayuntamiento y en desuso que un activista del Lower East Side llamado Sancho Vázquez dirigía tras su transformación en un taller ocupado por diversos artistas. Una gran sala, combinación de despacho/taller/zona de ensayos; alquiler gratuito, teatro gratuito y electricidad gratuita a cambio del trabajo como carpinteros de Gideon y Dan, y la perpetua amenaza del desalojo inminente...

Así fue como la compañía creció, pasó por problemas, las pasó canutas, se

estancó, creció. Sus miembros sentían en relación con ella una mezcla de orgullo, ansiedad y fatiga. La primavera siguiente iban a celebrar ocho años desde que representaran un primer espectáculo en la cocina de Dina. Ocho años es mucho tiempo para quienes viven juntos sin dinero, privacidad o reconocimiento público. Sin que ellos —y Gideon en particular— lo supieran, estaban a punto de caramelo para un cambio en sus vidas.

2

Es la mujer más impresionante que él ha visto en la vida.

Alta, con los hombros tan anchos como los de una *drag queen*. Una nariz grande y ancha (¿rota?). Una gran caja torácica que sin duda encierra un gran corazón (¿roto?). Un corazón que se imagina como un rojo pájaro enfurecido que aletea contra la minicaja torácica que serían sus propias manos ahuecadas.

Una barbilla cuadrada y con hoyuelo que se proyecta hacia delante cuando describe —ah, qué maravillosa pedagogía— las maravillas del mercado libre, lo perverso del socialismo. Mientras él acercaba su rostro al de ella furtivamente y suspiraba, casi dispuesto a perdonar al malvado capitalismo, que al fin y a la postre había generado el maravilloso beneficio de sus largas piernas y espalda, el espesor en cuatro capas de sus cabellos oro viejo.

Una niña rica, una chica de clase alta. El dinero efectivamente está detrás de este beneficio por entero carente de remordimientos (escasamente leal, Gideon se acuerda entonces de los rizos escasos y arratonados de Dina). Estos cabellos oro oscuro, estos ojos entre grises y azules, esta piel de tafetán uniformemente leonado, esa mirada con matices verdosos, grisáceos avellanados.

Y sin embargo, Gideon, tú no querías volver a saber de ella. No era tu intención volver a verla. Sabías bien que las mujeres con abrigos de *tweed* que hablaban de caballos y tenían novios banqueros no eran tu tipo, que tú, tú que eras capaz de dar voz a Punch en doce idiomas, estarías sordo por completo a las ambigüedades de su lengua nativa. Querías soñar con ella, intensamente, y después enterrar esos sueños en lo más hondo de tu ser.

3

Tras escuchar su voz en el contestador, Gideon se pasó varios días con su modulación en la mente a todas horas, asustado. Se diría que tú, Gideon, sabías perfectamente lo que iba a pasar después. Y que por su mensaje envarado —Gwen Lewis, del Instituto Lavrinsky, querría hacerle una pequeña pregunta a Gideon Wolkowitz— reconociste que ella también se sentía atrapada y vulnerable en razón de lo enorme, de lo irreversible del paso que acababa de dar. Así pasaron varios días, maravillado. Asustado. Hasta que por fin te decidiste: la invitaré a ver la obra, y si viene, la invitaré a almorzar. Si ella aceptaba, iba a ser la primera vez que almorzabas

formalmente sentado a una mesa desde que eras pequeño y tu abuela te invitó a su casa allá por 1974. Para que las cosas les resultaran difíciles a los dos por igual.

Incluso entonces, Gideon, comprendiste que, por mucho que complicaras las cosas con manteles a cuadros y camareros a plena luz del día, entre las dos y las tres, la señorita Gwendolen Lewis acabaría siendo tuya. Sus ropas elegantes, tiradas por el suelo. Sus lápiz escarlata de labios, corrido, hecho un desastre. Su bolso, abandonado de cualquier manera. Su móvil en APAGADO. Sus citas previstas para la tarde —si es que tenía alguna cita prevista y no había reservado el día para estar contigo—, CANCELADAS. Así iban a suceder las cosas, de forma poco prudente pero inevitable.

Jueves por la mañana. Así fue como te preparaste para lo que estaba por venir, estremecido en la sangre, en los nervios, en el intestino inferior; mientras te enjabonabas a conciencia con lo que quedaba de la pastilla de Silver Spring, mientras revolvías entre el naufragio de tu ropa sucia. Te dijiste que hoy sería mejor no recurrir a los calzoncillos color nicotina con elástico a los que echabas mano cuando el resto de tu ropa interior estaba por entero fuera de combate. Avergonzado de tu descuido y tu mezquindad: ante la generosidad de aquella chica que tanto interés mostraba por tu persona, ni se te había ocurrido pasar por la lavandería. Pero el verdadero problema no radicaba en la ropa interior, sino en la posibilidad de que hubiera alguien en el taller aquella tarde, pues estaba claro que a una mujer como aquella no podías llevarla al piso de Rivington Street. ¿Y quién se iba a ocupar de Ethan?

Un mensaje en el contestador de Andrea: Andy, acaba de salirme un coñazo inesperado; ¿te parece que podrías acompañar a Ethan a su clase de karate de esta tarde? ...Una agitación interior próxima al pavor.

4

Gideon la oyó subir los tres tramos de escalera que llevaban al taller.

Oyó el sonido tranquilo y decidido de las plantas de sus pies sobre el piso de linóleo gastado, y de pronto apareció, santo Dios del cielo, enmarcada por el umbral de la puerta como una mariposa gigantesca, un ángel vengador, más alta incluso de lo que la recordaba, vestida como una profesora de literatura clásica de la universidad de Bryn Mawr, de forma tan anticuada y formal que el efecto resultaba irónico, con una falda de *tweed*, un cárdigan y unos leotardos de lana, todo ello de una tonalidad verde-gris que provocaba que su piel bruñida pareciera amarillenta, el único toque provocador de los botines grises con hebillas plateadas, lustrados hasta echar destellos. ¿Quién te lustra las botitas, grandullona?

5

Gwendolen Lewis estaba sentada sobre el borde de un caballete de carpintero en el taller de la compañía de marionetas de Gideon. ¿Por qué se llamaría *Pants on Fire*?,

se preguntaba. ¿Quién sería el mentiroso al que el nombre hacía implícita referencia? Sus ojos trataban de no mirar los sucios platos de espaguetis que ambos habían estado demasiado nerviosos para comer.

La estancia era grande y con el techo alto. Unas ventanas catedralicias, forradas con plástico transparente para resguardar del frío.

La pared orientada al oeste estaba enteramente cubierta de rejillas y chiribitiles con martillos, alambres, alicates, cinta adhesiva, cepillos, frascos de pintura y cola. Más arriba había unos estantes cubiertos de cartones con etiquetas como *purimspiel*^[4] o «Dogman».^[5] Junto a la pared septentrional había una mesa de dibujo con una sierra para madera y metal, una sierra de mesa y una sierra circular. Un cubo lleno de recortes de metal. Detrás del ordenador, sobre una mesa sostenida con caballetes estaban alineadas varias cabezas y manos delicadamente confeccionadas. Rollos de grueso terciopelo, de gasa blanca. (Esto era lo que Gwen hacía cuando se ponía nerviosa: efectuar inventarios con la mente, como si Dios el día del Juicio fuera a preguntarle: ¿cuántos frascos de cola de carpintero había en el taller de Gideon Wolkowitz? Como si el darse cuenta de ello fuera un trastorno de naturaleza compulsiva. Retener las minucias para abstraerse de lo importante...)

Y este hombre vestido con un peto de trabajo, mucho más cercano a ella físicamente que de costumbre. Gwen había imaginado que se quedaría decepcionada al ver a Gideon en su entorno habitual. Pero no. Seguía mostrándose tan aniñado y desarmante, tan íntimo y perturbador en el trato como ella lo recordaba. Como la primera vez que lo vio, dormido en un banco del parque, bajo las miradas de desaprobación de los padres que el domingo habían salido a pasear con sus niños. Una voz en su interior que exclamaba: que sí, que sí que es él. Este chico vestido con peto de trabajador es el que estaba esperando encontrarme.

—¿Tienes frío?

—No...

—¿De verdad? Si tienes frío, me lo dices, y yo...

—Estoy bien.

—Pensaba que vendrías con tu amigo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, con deje un tanto burlón. Irritada por todo este juegucito—. Mira, te voy a decir la verdad... Eh... Hemos decidido separarnos. —Esperando que no pensase que había sido por su culpa.

Gideon sirvió el café —turco y negro como la tinta— en dos tazas amarillas que exhibían unas manchas de grasa comparables a los radios en el tronco de un árbol.

Sendos montículos aparecieron sobre las cejas de Gideon. Preocupado. O disgustado.

—¿Me estás diciendo que has dejado a aquel chico tan majo? ¿Al que estaba forrado?

—¿Cómo sabes que no fue él quien me dejó? Y sí que era majo. Es majo.

—No hay que subestimar a los tipos majos. Su condición a veces les ahorra tener

que aguantar según qué mierdas.

—Lo sé. Campbell me lo dijo una vez. Con palabras un tanto más elegantes.

La frase resonó un poco desvaída al final, pues mientras estaban hablando, Gideon con delicadeza había dejado su taza de café en la mesa, ascendido con la mano bajo su falda y le había bajado los leotardos hasta los tobillos. Cogió sus muslos desnudos con la mano y los apretó con tanta fuerza que a Gwen se le escapó un grito.

Y ahora acababa de abrirle los labios y estaba insertando los dedos en su interior. Explorando, probando; hasta que de pronto se olisqueó los dedos empapados con los ojos entrecerrados y una particular expresión de éxtasis que sin duda se había repetido mil millones de veces antes, en otras exploraciones similares. Esos dedos que habían estado metidos en a saber cuántos pasteles.

Siempre fuiste un buen comedor de coños, Gideon, ésa era tu especialidad.

Haciendo una horquilla con el índice y el pulgar en su interior, haciendo cunitas con el útero, como si se tratara de un rito ejecutado en atención a su propio placer exclusivo, como si todo lo que ella tuviera que hacer fuese tumbarse de espaldas y dejarlo hacer.

No me distraigas, parecía advertir el ceño de Gideon, si algo sé hacer es esto. Su trabajo al fin y al cabo era pura habilidad digital: la manipulación de las entrañas de las marionetas, el manejo despiadado de los puntales internos de sus muñecos hasta que éstos se veían obligados a suplicarle que se detuviera.

Esta maestría adquirida, esta destreza de ciego, este dominio del TIEMPO —la conciencia de cuándo era necesario echar el freno, dejarla respirar cuando el placer amenazaba en convertirse absolutamente insoportable—, tal era la recompensa que a Gwen le ofrecía la profesión un tanto cutre de aquel hombre. Pero cuando ella —con torpeza, ciega de placer— trató de agarrarle el peto y abrir la inusual botonadura, él la obligó a soltar la prenda.

—Espera un momento, guapa. Todavía no he terminado.

Exultante, con suavidad le anunció sus planes, cosquilleándole el oído.

—Voy a chupar esa trompetilla que tienes por clítoris igual que una abeja chupa el néctar. Ven aquí, nena...

Y ahora se había agachado sobre sus largas ancas, mientras las piernas de ella le rodeaban los hombros. Lamiendo, aspirando sus jugos con fuerza.

Hablando en voz alta, pero no hablándole a ella, sino a su clítoris.

—Mi escupiña querida, te voy a comer viva...

Chupando, hasta que sus labios vaginales se cerraron por la hinchazón, tan sensibles y doloridos como unas orejas martilleadas por un boxeador.

Hasta que ella no pudo seguir más a flote, sino que se vio arrastrada a las profundidades y enteramente envuelta por la mar, mientras las olas y sus crestas se hacían con ella por entero, ¡por Dios!, hasta que las algas se enredaron en torno a su cabeza.

Un barrio de hispanos pobres, cuyo aspecto era todavía más desastrado por obra de la lluvia otoñal.

Al este, altos bloques de pisos de renta limitada tocando la autopista FDR.

Al sur y al oeste, edificios con apartamentos de protección oficial, de cuatro o cinco plantas y construidos con ladrillo rojizo.

En Clinton Street, una cuadra atestada de tiendas de artículos para fiestas y de broma, cuyos rótulos de neón bailaban perezosos en la bruma húmeda. Aquí y allá se veían vestigios judíos: una sinagoga rumana, tiendas de monumentos funerarios con rótulos en yiddish, si bien ahora se veían superados en número por los tabernáculos baptistas con cruces de neón. *Templo adventista del Séptimo Día.*^[6] Bodegas en las que se venden santos de escayola y ungüentos para el vudú. Cafeterías dominicanas. Comida china para llevar.

Un barrio pobre de veras. Jardines de la comunidad. Un solar vacío reconvertido en cancha de baloncesto, otro más en el que los vendedores de perritos calientes almacenan sus carros.

Al oeste, bajo la lluvia que cae con fuerza —justo antes de llegar al antiguo distrito judío, hoy ocupado por tiendas de venta de ropa al mayor regentadas por hispanos—, se llega a Ludlow Street, calle que últimamente se ha puesto de moda, frecuentada por los recién salidos de la universidad, niños de los suburbios hoy aficionados a la música *ragamuffin*.

En Ludlow Street es donde podríamos encontrar a Gwendolen Lewis y Gideon Wolkowiz el jueves por la tarde, sentados en un reservado del Red Hen, un restaurante macrobiótico con decoración a medio camino entre lo retro y el *grunge*, plagada de sillones de vinilo color turquesa, mesas de formica, mobiliario dispar comprado en algún mercadillo de cosas usadas.

Un tablón de anuncios en la pared: tiras de papel escritas a mano en las que se ofrecen bajos eléctricos, futones casi nuevos, apartamentos para compartir; folletos varios, uno de los cuales anuncia el *Dybbuk* de *Pants on Fire*, obra que se representa durante dos semanas en La Merced.

En la máquina de discos suena el *Rum and Coca-Cola*, pero aquí no se sirven licores fuertes: la muchachada del local bebía malteados. Dos técnicos de sonido del club Arlene Grocery estaban jugando al scrabble en un rincón, y Wendy miró a Gwen con altanería en el momento de tomarles la nota.

Gideon se maldecía, un poco, por haber traído a Gwen a este lugar. Hector, Sally o alguno de los demás aprendices podían entrar en cualquier momento, y aunque no se tratara de una catástrofe, sí que la ocasión resultaría demasiado temprana: no quería explicar su relación con Gwen el Primer Día. (Aunque a saber si se daría un Segundo Día. Estaba claro que la chica muy bien podía largarse por donde había venido). Reventada su burbuja de frenesí, Gideon ahora de pronto se sentía

desalentado por lo insensato de esta aventura. Tenía demasiados años y era demasiado frágil para afrontar las complicaciones de una relación amorosa interclasista.

Liquidado su batido de plátano, Gwen ahora estaba dando buena cuenta de un bocadillo de pan integral con aguacate, brotes de soja y queso suizo fundido. La madre judía inscrita en la personalidad de Gideon se estaba diciendo: así que no te gustaban mis espaguetis. A saber dónde metía las calorías la Señorita Palillo.

—El viernes me voy a Minsk —anunció ella. Mientras acuchillaba el hielo fracturado que había en el fondo de su vaso.

—¿A Minsk? —repitió Gideon.

Al fin y al cabo, apenas si acababa de regresar de lo que su madre denominaba La Otra Punta del Mundo cuando quería burlarse de sus mayores. Y Minsk no era precisamente un lugar con encanto. La mayoría de sus ancestros se habían roto los cuernos a fin de largarse para siempre de Minsk y sus andurriales, todavía menos proclives a la elevación de los espíritus.

¿Qué se cuece en Minsk?, quiso saber, y ella se lo dijo, pero Gideon no la estaba escuchando con atención.

En aquel momento más bien estaba pensando en el manantial suntuoso y vivo de sus paredes interiores, en cómo el chorreante monedero de seda que era su vulva — ésta acaso fuera la palabra inglesa de origen latino preferida de Gideon— se había cerrado con fuerza en torno a su dedo.

Preguntándose si podía volver con ella a La Merced... ¿Podía contar con que nadie se presentase durante una hora o así? Ciscándose en la ética colectivista que le había llevado a no poner una cerradura en la puerta. Tratando de recordar a qué hora había convocado a la gente para el ensayo de la función de la noche. ¿A las cinco media o a las seis? Y todavía tenía que recoger las luces de J&M...

—Creo que me he enamorado de ti —dijo ella, con los ojos clavados en el suelo.

Y ante tan capital confesión, su respuesta fue:

—Shh...

Como si se estuviera dirigiendo a un bebé intranquilo. Shh. No tan deprisa.

7

El niño que anduviera montado en el cuadro de la bicicleta de Gideon en Central Park era el hijo de su asociada en la compañía. (Gwen al momento trató de acordarse de las marionetistas femeninas: ¿se estaba refiriendo a la rubia con trenzas a lo rasta, o a la gorda?)

Los tres vivían juntos: él, el chaval y la madre del chaval. Llevaban viviendo juntos desde que Ethan era poco más que un bebé. Tal es lo que Gwen aprendió cuando él y Gideon se encontraron para almorzar en el Three Guys.

Dos mujeres de la edad de Gwen con sendos carritos de niños y demasiadas bolsas de las tiendas llevaban un rato rondando con insistencia en torno al reservado

de los dos, haciendo gala de aquel novedoso oportunismo neoyorquino propio de aves de carroña: la obsesión de que en ningún local había plazas libres, como si para sentarse en un restaurante hoy fuera necesario encargarse a la Mafia el asesinato del parroquiano precedente. Cuando ella era niña, ¿en el ambiente también se respiraba aquel aire de superpoblación y competitividad despiadada? Si tal era el caso, ¿cómo era que Maddock, ella y su madre acostumbraban a salir al Nectar, al Stark's o al Soup Burg para pedir emparedados gratinados con queso y batidos bicolores, comandas que luego tardaban lo suyo en llegar, hasta el punto de que mataban el rato contando cuántos autobuses número 4 llegaban subiendo por la Madison Avenue? Por la época en que en las cafeterías aún no te clavaban lo mismo que en el restaurante del hotel Carlyle por la simple razón de que estaban enclavadas en la misma cuadra de casas.

Así que Gideon vivía con alguien. Al enterarse, Gwen sintió un tirón en el estómago. Gideon reparó en su cara larga. No se trata de una relación romántica, clarificó, ni siquiera ex romántica. Simplemente eran colegas: colegas y compañeros de apartamento que habían tenido que buscarse la vida y apañárselas juntos por culpa de la especulación inmobiliaria, del mercado de alquiler dominado por los tiburones.

Gwen, que llevaba viviendo sola desde los veinte años, trató de imaginarse cómo sería compartir un piso con Gerald y Alice y sus dos hijos, o a su propio padre y a Jacey viviendo con los Goldfarb, pero no llegaba a hacerse a la idea. Quizá en la Rusia soviética, pero ésa era una de las razones por las que la gente derrocaba gobiernos.

—El mundo del teatro es distinto —explicó Gideon—. Piensa que nos pasamos doce meses al año juntos, metidos en una caja de cartón. Que a veces nos metemos todos dentro de un disfraz de dragón y nos ponemos a bailar. Yo, Dan, Andrea. Dina. Y todo aquél a quien hayamos hipnotizado y persuadido de venir a trabajar con nosotros sin recibir un chavo a cambio. Si uno de nosotros ha comido ajo durante el almuerzo o ha olvidado cambiarse los calcetines, pues mala suerte. Llevamos viviendo así desde que éramos adolescentes. Tres o cuatro Houdinis encerrados en un mismo baúl, por decirlo de alguna manera. Y la verdad, uno se olvida del sexo. O bien estás casado con alguno de los otros o bien te olvidas del asunto. Porque el espacio es muy reducido, y al final vienen los problemas.

Y sin embargo, Gideon seguía encontrándose extraño las escasas veces que salía de noche por su cuenta. Y además tenía que llevar a Ethan a la escuela por las mañanas.

—¿Y tú? ¿Tú cómo lo llevas?

—¿Que cómo lo llevo?

—¿Estás casado o es que te has olvidado del asunto?

—¿A ti qué te parece?

—No sabría decirte.

—¿No? ¿En serio? ¿Y por qué no? —Gideon la miró a los ojos un segundo—.

¿No vas a comerte la ensalada? —Sin hacer caso a las madres carroñeras, que hacían complaciente vista gorda ante la insistencia con que una de las niñas estaba clavando su miniparaguas infantil en el pie de Gwen.

—Te quiero dentro de mí. —A Gwen no le importaba que la oyesen.

—¿Es que no te gusta la ensalada de esa clase?

—He dicho que te quiero dentro de mí.

—Ya te he oído. ¿Te importa si me como tu ensalada? No soporto a la gente que deja comida en los platos. Y además —agregó, clavando el tenedor en un pequeño amasijo de ensalada—, soy un amante muy caro de mantener. Es indispensable que mi pareja me financie la cinta adhesiva y los puritos que me fumo. Dejando aparte a los de la compañía, no sé si hay quien pueda aguantarme.

—Yo creo que sí que puedo —dijo ella.

Mirando su reloj, consultando la nota, rebuscando para ver si tenía el efectivo justo. Gwen estaba acostumbrada a ser la persona difícil, la que de antemano avisaba a los chicos. Mejor que no te hagas muchas ilusiones conmigo. No te convengo. Soy una mujer peligrosa. (Y cuando protestaban asegurando que a ellos les gustaban las mujeres peligrosas, se daban cuenta demasiado tarde de que justo acababan de renunciar al derecho a volverse atrás, a quejarse incluso.) Había encontrado la horma de su zapato, se dijo, y esta vez ella iba a ser la tranquila de los dos, la fiable, la que tenía las cosas muy claras. Había llegado el momento de aprender que el compromiso no estaba reñido con la calentura.

LIBRO DOS

CAPÍTULO UNO

1

Cuando Gideon se despertó, era de noche y el costado de Gwen se apretaba con calidez contra el suyo. Volvió a dormirse. Cuando se despertó por segunda vez, hacía calor y el costado de ella se apretaba oscuramente contra el suyo. De nuevo volvió a dormirse. Y cuando se despertó por tercera vez, era de noche y ella se había ido. ¡Se había ido! Un sobresalto, sintiéndose abandonado.

Entonces comprendió que la oscuridad era de pega y tenía su origen en las gruesas cortinas del dormitorio, cuyo estampado era de una cachemira rojo oscura, y que en la calle reinaba un mediodía de tonalidad pálida, que el tráfico estaba cantando su rutinaria canción de los días laborables y que los alumnos de la escuela estaban aprovechando para jugar durante la hora del almuerzo.

Como si él y Gwen no se hubieran encontrado nunca, como si él nunca hubiera navegado hasta este alto edificio de apartamentos de lujo, como si nunca hubiera entrado por las puertas de bronce de las torres desnudas de este Ilio posmoderno, como si nunca hubiera subido en el ascensor con espejos hasta llegar a este dormitorio sin retorno.

Las once cincuenta y siete, decían los rojizos ojos de la radio-despertador digital de Gwen. Un momento de pánico, hasta que se acordó. Ethan se había ido de excursión escolar a Bear Mountain. Tranquilo, hombre.

Gideon se levantó y de un salto salió de la enorme cama doble de Guinevere — derribando un pequeño montón de documentos encuadernados en plástico y redactados en letra cirílica— y se envolvió en el batín de cachemira rojo oscura de ella. Todo era rojo oscuro en este apartamento-útero, como una liebre despellejada, como una Gwen desollada, y de nuevo volvió a pensar en lo que suponía adentrarse en sus entrañas cálidas como la sangre, en su manguito caliente y húmedo. Podría vivir y morir dentro de esta mujer.

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que Gideon se despertó en el piso de un extraño en Manhattan. Y el piso de Gwen era... extraño. Gideon se sentía desconcertado, repelido por la banalidad entre anónima y costosa de esta especie de suite de hotel que era el hogar de Gwen.

Mientras meaba reparó en la descerebrada opulencia de su cuarto de baño que llevaba a pensar en un balneario: ¡uno de los dos cuartos de baño de que disfrutaba esta mujer soltera!, las extensiones de mármol pulimentado, los espejos del suelo a la pared, los armarios con iluminación interna atestados en cantidades farmacéuticas de aceites de baño con eucalipto; lociones a la flor de azahar; jaleas procedentes de niños nunca llegados a nacer; limo del Mar Muerto. Abrió un frasco, metió la nariz en un fango entre gris y verdoso, divertido por la circunstancia de que el único contacto que esta chica tenía con la religión de sus padres (y acaso también con la de los de ella) se redujera a una crema facial carísima.

No sin cierto remordimiento, asimismo metió la nariz en el estante superior de la cómoda que había en el vestidor, sintiéndose como un sacrílego de la mitología clásica, una Pandora o un Acteón al que sólo le faltaba recibir el merecido castigo de turno. Medio buscando algún rastro de su predecesor, alguna carta de amor escrita por aquel patricio dechado de virtudes, y es que no terminaba de creerse que ella le hubiera dado la patada. En su lugar se encontró con pirámides en forma de cirro formadas por pantaloncitos cortos, bragas, blusas de tirantes, picardías... Unas prendas de complejidad ritual que llevaban a pensar en la túnica de un sumo sacerdote o en la armadura de un caballero. Empezaba a intuir que esta chica para vivir precisaba de la labor constante de un complejo militar-industrial formado por corseteros, sastres, farmacéuticos.

Más tarde le confesó que había estado mirando sus cosas.

—Ya lo sé.

En el rostro de él debió de pintarse la sorpresa.

—Me dije que o habías sido tú o había sido una mofeta —dijo ella, traviesa.

2

Tras dirigirse a la cocina —hambriento por obra de la calentura no culminada en vista de toda aquella huérfana lencería—, Gideon se encontró con que la nevera estaba vacía en inversa proporción al abigarramiento del armarito de los medicamentos.

En el congelador, vodka aromatizado con hierba de bisonte y un litro de helado Ben & Jerry's de plátano y chocolate, y arriba condimentos: mostaza, encurtidos. Cosas que no se pasaban. Fue la nevera la que por primera vez le permitió contemplar desde una perspectiva humanizadora a la señorita Gwendolen Lewis. De pronto se dio cuenta de que esta chica bien situada en la vida e instruida en exceso que con tanta ferocidad organizaba su lencería, a quien apenas hacía tres semanas que conocía (menos, sin contar su viaje a Bielorrusia), estaba tan sola como él mismo: pero mientras su propia soledad era de índole meramente personal, una especie de intermitente languidez agravada, la de ella era escabrosa, inmencionable y había alcanzado dimensiones cósmicas, como una úlcera que se hubiera convertido en purulenta. En ese momento decidió, con la demencial resolución que uno a veces siente a primera hora de la mañana cuando tiene resaca y ha dormido poco: puedo

arreglar su vida, puedo llenarla y puedo curarla de su mal. Yo solo. Se trataba de una promesa secreta de la que ella nunca iba a enterarse.

Repentinamente sumido en el remordimiento al pensar en Dina. Otro corazoncito solitario. La llamó al trabajo y se sintió medio aliviado al escuchar el contestador con su voz. Llamó a La Merced. Hector al aparato.

—Oye, socio, ¿anda Carlos por ahí? Tenemos que hablar con él sobre la caldera de la calefacción.

Deseoso de que Gwen volviera. Deseoso de que no se hubiera ido. Preguntándose si se molestaría si la llamaba a la oficina. Mientras soñaba que se pasaba los próximos cuarenta años en la cama junto a Gwen, formando con ella un bulto alargado bajo las mantas, mirando cómo se fruncía su boca dormida, cómo sus pestañas color oro viejo descansaban sobre el rubio cubrecama de su mejilla. Deseoso de que un día fueran enterrados bajo la misma lápida: dos nombres en una sola lápida. Su nombre y el de él. Una cama. Una lápida.

Durante aquellos primeros días, el hambre de cimentar sus destinos, de compensarla por lo que Gideon *sabía* que había sido una niñez amoral y carente de cariño, estaba en constante interacción con una ansiedad que lo empujaba a desaparecer para siempre de su vida, una desconfianza de sus diferencias que tenía que ver con el dinero, con su propio desconocimiento del lenguaje y la ética vinculados al dinero que para ella resultaba natural. El miedo a que lo pisotearan.

La noche posterior, Gideon se burló de Gwen en relación con la nevera vacía y le recordó que a dos cuadras de su piso había un supermercado D'Agostino. Igual podían acercarse un día y comprar comida de verdad, para que no tuvieran que seguir muriéndose de hambre por las noches a la espera de que llegara el sushi encargado por teléfono. Y ella —considerando que la propuesta se debía al primario instinto masculino tendente a imponerse en el hogar— respondió sin alterarse:

—Yo ceno fuera casi todas las noches.

Para Gideon, en cuya existencia «cenar fuera» significaba engullir un emparedado de atún con una lata de Coca-Cola en un banco del parque, dichas palabras venían a implicar otro mensaje: Yo soy quien tiene el dinero y soy quien establece las normas.

Y ella por entonces no lo conocía lo bastante para darse cuenta de que la sonrisa radiante de amor con que él le respondió no expresaba sino la voluntad tan férrea como subrepticia de cambiar todas aquellas cosas.

CAPÍTULO DOS

1

Pants on Fire aquel otoño iba a efectuar una representación sobre la historia del día de Acción de Gracias llamada *Gracias, pero no* con participación de alumnos de un colegio alternativo del Lower East Side; la compañía también estaba tomando parte con un sketch satírico en la función de marionetas que su amiga Fran Neuhaus presentaba cada final de mes en el Aktion Room; y tenían previsto reestrenar *Hombre subterráneo*, con *Infernal Combustion* y una actriz del Teatro Checo de Marionetas en el Theater for the New City.

Gwen trabajaba durante el día; Gideon por las noches, o bien estaba ensayando o bien tenía función. Lo que significaba que, como dos vampiros, los amantes tan sólo se encontraban pasada la medianoche, circunstancia que preservaba la desgarradora, íntima ilicitud de sus primeros encuentros. En ocasiones, si Gwen había salido a cenar con amigos o compañeros de trabajo, acaso se reunían en alguno de los bares de los hoteles situados en el Midtown —el Rialto, el Bedford—, locales que apenas diez años atrás tan sólo eran frecuentados por comerciales de visita en la ciudad o turistas venidos en grupo y más bien escasos de fondos, pero que ahora volvían a estar de moda. Paneles de teca; un pianista que tocaba *Miss Otis Regrets*; hiperambiciosos jóvenes de veintiséis años que consumían cócteles y canapés.

Y Gwen y Gideon en un rincón, fumando y besuqueándose. Compartiendo uno de los puritos que Gideon tan sólo fumaba cuando se sentía verdaderamente feliz.

Terminado su trabajo, Gideon la mayoría de las noches se iba en bici al apartamento de Gwen en el Vanderveer. La ataba con candado y saludaba a los porteros del turno de noche. Hola Tony, hola Viada, ¿cómo va eso? Llamaba al timbre, hacia la medianoche. Gwen a esa hora todavía estaba sentada ante la pantalla del ordenador, vestida con un pijama de satén blanco, flotando en el ciberespacio eslavo. Seguían despiertos hasta bien entrada la noche, hablando, amándose. Hablando. Hasta que el amanecer gris arratonado se hacía con el cielo de Manhattan, cada vez más tarde, a medida que os ibais adentrando en el minúsculo, atrofiado corazón del invierno.

A las 6.30 se duchaban, se enjabonaban mutuamente los cuerpos entre ansiosos y

soñolientos, se tomaban el café volando y bajaban por el ascensor acristalado que se detenía en cada planta para que fueran subiendo los tempraneros conquistadores de Wall Street. Clones armados con maletines todos ellos, con la sola excepción de Gideon, quien —vestido con el abrigo ajado y brillante por el uso, y calzado con las Converse agujereadas— también se dirigía al centro, pero no para subir a la oficina de Morgan Stanley en el piso 84, sino para recoger a Ethan y volver con él al Upper West Side, donde estaba situada la escuela progresista judía de la que el pequeño era alumno.

Los dos —Gideon y Gwen— eran muertos vivientes durante el día. Gwen se mostraba alegre y simpática en el trabajo. Pero tenía abandonados a los amigos, que no cesaban de enviarle mensajes en serie. Y Gideon seguía sin explicarle sus nocturnas ausencias a Dina, quien se tomaba a broma la cosa pero no hacía preguntas.

2

Y tú Gwen, nunca imaginaste que fuera posible tropezarse con semejante felicidad.

Un domingo de finales de octubre por la tarde, anocheciente a las cinco y media, un día que ya se ha esfumado del todo sin que hayáis salido del piso, ni de la cama casi. El neón del edificio Hitachi anuncia que en el exterior la temperatura es de menos dos grados. En la radio universitaria suena Big Walter Horton cantando *Kansas City Women*.

Tú y tu amado cabalgando sobre las sábanas blancas como la sal. La felicidad: la mente por una vez deja de darle vueltas a las cosas, el corazón se desborda. Cuando él, él y sus dedos color rosado, de nuevo emerge de tus profundidades, su barba y su nariz curva relucientes, chorreantes de tu crema. Así que esto era la felicidad: despertarse tres, cuatro horas después, con tu brazo dormido bajo su cabeza, repentinamente hambrienta. Cuando hace demasiado frío para salir de la cama.

Y Gideon, con el edredón sobre los hombros como si fuera un superhéroe de pega, luego trajo de la cocina un rascacielos temblequeante formado por la comida china para llevar que anoche comprásteis en el Shun Lee, crepitante tras su paso por el microondas. Ñam, ñam, dijiste. Guisantes en las sábanas y la berenjena que sabía exactamente igual que tú. Igual que la roja chalota de tu coñito, dijo Gideon.

—Te voy a comer con palillos y salsa de soja —aseguró.

Y a continuación puso manos a la obra, mientras tú tratabas de quitártelo de encima, riendo hasta no poder más.

—Con los palillos no hago más que pillar pelos —se quejó—. Mejor usar los dedos.

Os habíais pasado durmiendo casi el todo el día y ahora no teníais sueño, por mucho que fuese la medianoche pasada, así que os sentasteis en la cama y os pusisteis a hablar. Sentados, con las piernas unidas. Se la contaste, y él te la contó. Le contaste la historia de tu vida, que había sido una existencia sin Gideon, y le explicaste que habías estado esperando encontrarte con él durante toda la vida.

—Yo iba tirando —explicó Gideon—. Tendrías que haberme visto de joven: era flacucho, enclenque. Y llevaba el pelo a lo afro, si puedes creerlo. Lo que pasó es que las chicas de mayor edad se compadecían de mí. Mi primera novia tenía dos años más que yo. Jenny Randazzo, una chica lista y con ideas propias, nos liamos cuando yo tenía catorce años. Su familia no estaba muy contenta, pero estuvimos cinco años juntos. Lo que se dice toda una vida. Jenny Randazzo.

Seguían sentados en la cama. A las cinco de una madrugada de principios de noviembre. Ahora le tocaba hablar a él, mientras tú escuchabas, hasta que se le pasara la necesidad de confesarse.

—Jenny me enseñó a leer. Antes de conocerla, me pasaba el día pegado a la tele. Jenny me dio a conocer la jerga del marxismo, el teatro de protesta política... Nos pasábamos la vida leyendo a Gramsci y a Strindberg, y por las tardes seguíamos cursos de teatro. El teatro es uno de los pocos ámbitos en los que los chicos y las chicas de esa edad se pueden relacionar de forma normal, como compañeros.

—Yo estaba hecho todo un histrión. Me di cuenta de que uno se mete a la gente en el bolsillo si consigue que se rían. O que lloren. Me acuerdo de que una vez le dije a Jenny que mi madre tenía cáncer, simplemente para que me hiciera cariños. Luego me sentí como un cabronazo, pero la cosa era superior a mí: yo nací para ser actor, y los actores no tienen escrúpulos.

—¿Que por qué me dio por las marionetas? Porque son pequeñas y fáciles de manejar... Porque a la gente le dan lástima. Un poco como sucede con los perros. ¿Alguna vez has visto un espectáculo circense con perros? A los perros se les perdona todo, aunque lo hagan todo mal.

—La madre de Jenny era profesora de teatro en la universidad Rutgers. Estaba muy metida en la cuestión de las máscaras y las marionetas en cierto sentido antropológico... Nos animó a que escribiéramos nuestras propias obras. Nuestra primera función la hicimos en el centro comercial Paramus. Los guardias jurados nos echaron antes del fin de la obra. Quizá ahora entiendas por qué no me gustan los centros comerciales, por qué los progres como yo nos pasamos el día quejándonos sobre la desaparición de los espacios públicos. La madre de Jenny un verano nos consiguió trabajo temporal con los de Infernal Combustion. Me tocó conducir un viejo autobús escolar durante la gira que los veinticinco miembros del grupo hicieron por Centroamérica. Recorrimos seis países y estuvimos en aldeas que se encontraban a tres días de caminata de la carretera asfaltada más cercana. En Guatemala representamos *Antígona* una noche, iluminados por antorcha, en una aldea junto al río en la que el ejército recién se había presentado por sorpresa. Los militares mataron a todos los varones de la aldea, cuyos cuerpos luego tiraron a una fosa común. Ni dejaron que fuesen debidamente enterrados... En casa las cosas no marchaban muy bien, pero cuando uno tiene dieciséis años, le basta y sobra con contar con un empleo,

una novia y un autobús escolar que conducir...

—¿Qué problemas había en tu familia?

—Mi madre se estaba muriendo. Y mi hermana estaba lo que se dice loca.

Las cinco y veinte de la mañana. Gwen no había visto un amanecer en Manhattan desde que era estudiante de secundaria. Gideon estaba sentado con la espalda apoyada en una almohada, desnudo, su cuerpo tan terso como si fuera de tafetán estirado, surcado por unos músculos largos y planos desarrollados al aserrar madera o acarrear piezas de atrezzo, no hinchados en un gimnasio o inflados mediante la ingesta de carbofluidos. Unas costillas bien visibles, curvadas desde el pecho a la columna vertebral, elegantes como la espiguilla. Cuando sea viejo tendrá tripita, y no le sentará mal, se dijo ella. Y su verga, ahora en descanso sobre su pantorrilla... Gwen se fijó en el modo en que se la colocaba entre las piernas, sin reparar en el gesto. De chaval, según explicó, sus amigos y él se habían recortado los bolsillos de los pantalones para poder tocarse cuando estaban en el colegio. Para ver si eran capaces de correrse en mitad de clase, sin que nadie se diera cuenta. ¿Y eran capaces? Sí. Te recuerdo que yo iba a la escuela pública, y en la escuela pública nadie se fija en lo que haces. ¿Y luego no te quedaban las manos pringosas? Bueno, y qué. Eramos chavales, y a esa edad te haces tantas pajas que siempre andas medio pringoso. Con una capa de aislamiento térmico para el invierno, por así decirlo.

—¿Tu madre de qué se estaba muriendo?

—De cáncer de ovarios —respondió él, levantándose para traer una botella de agua mineral de la cocina.

4

Un despertar marcado por el deseo puro y sin aleaciones, tan primitivo como el instinto de un bebé. Una boca que busca la teta materna. El día y la noche en reverso, denegados. La luz se transforma en oscuridad, el exterior es invisible, lo invisible se hace con todo. Ahora su verga de nuevo apunta hacia ti: una flecha entre rojiza y marrón con la punta color lavanda, lustrosa y reluciente como el petróleo en el mar. La cogiste con la mano, y su textura llevaba a pensar en algún material ultramoderno de la NASA que fuera elástico y a la vez más delicado y suave que un corderito todavía no nacido. Un misil guiado por el calor, ciego pero de extrema precisión, un cometa cálido y carnal que se asoma al techo de tu mundo e insiste en subrayar su presencia.

Y cuando, mucho después, él se salió sin querer de tu interior —porque tú tosiste y él estornudó—, sentiste un abandono que parecía una puñalada, un instante de dolor y melancolía verdaderamente inconsolables. Las extremidades que se entrelazan con fuerza aún mayor, las piernas que se enganchan con desespero para compensar esta (involuntaria) retirada.

Habías olvidado cómo era, Gwen. O más bien nunca habías llegado a experimentar aquella absoluta desaparición del mundo. Ni Gazprom, ni tasas de

interés, ni Microsoft, ni la Duma, ni los presidentes muertos ni tu familia. Tan sólo una interioridad anhelante: los hambrientos espejos de los ojos, el cegador refugio de los brazos, el sofocante golfo del amor. El galopar de tu mente: Gideon, Gideon, Gideon, Gid... El impulso compulsivo de decirlo todo, de abrirse el uno al otro y mezclar los resultados, de confesarse y hallar el perdón, de confundirse en una sopa siamesa, un plato novedoso que podría llamarse Gwideon.

Te encontrabas a los vecinos en el ascensor, tomabas una copa con los compañeros después del trabajo, almorzabas con tus amigos antiguos disidentes en las cafeterías del centro y los restaurantes macrobióticos del East Village, ibas a la ópera con Christopher, charlabas con la higienista en la consulta del dentista, con tu contable y tu agente de bolsa, y te preguntabas: ¿Ellos también lo saben?

5

Por supuesto, el hogar del que Gideon se había fugado era incluso más triste de lo que quería dar a entender a su nueva novia.

Gwen, tú no conoces a ese tipo de gente, o eso piensa él: familias que se trasladan de una a otra horrorosa ciudad de provincias cuando el trabajo va mal o hay que pagar el mes de alquiler. Cuando tienen que sufrir las consecuencias de sus hábitos poco recomendables.

Su nombre real era otro. «Wolkowitz» era el apellido de su padrastro; el «Gideon» lo había adoptado después, en honor a un tío-abuelo de Berdichev que había sido muerto por el ejército alemán en retirada. No conocía a su padre carnal, pues hacía décadas que nada sabían de él.

Cuando su madre lo conoció, su padre trabajaba como vendedor de electrodomésticos en los almacenes Whelan's Wharf de Harmsboro. Leonard Brager. Ya conoces el tipo: el pelo negro y rizado cada vez más escaso, la palabrería de comercial, la masculina vanidad sin límites. Buen bailarín. Propenso a soltarle algún bofetón a las mujeres de vez en cuando.

Se conocieron en un bar. Paula estaba con unas amigas, Lenny había venido con sus colegas del trabajo. Chistoso durante unos cuantos asaltos previos, hasta que llegó el momento de entrar en faena y emparejarse. Yo me quedo con la flaca, sin duda dijo.

(Gideon ha tratado de imaginarse cómo era la vida de sus padres antes de que él viniera al mundo y les chafara la relación de pareja. A ella le encantaba bailar y salir de noche. Gideon sospechaba que se habían casado por la pura atracción sexual y el común gusto por las sustancias ilegales: la pseudococaína o heroína industrial que se pudieran encontrar en los poblachones de mala muerte durante los años sesenta, las anfetaminas y barbitúricos que se pudieran obtener tras previo soborno a algún medicucho capacitado para recetar medicamentos.)

Durante sus años de recién casados, deambularon por New Jersey, Pennsylvania, Delaware, Virginia... Paula se empleó en la cantina de un hospital, en un hotel de la

cadena Howard Johnson's, en un restaurante de aeropuerto, en una cafetería de la cadena IHOP, mientras Lenny tenía otros empleos o no, o hablaba de meterse en negocios. En invertir en esto o aquello. Lenny con frecuencia desaparecía del hogar, hasta que se marchó para siempre, dejando a su familia en una casita de verano alquilada en Rehoboth, cuando Gideon —entonces Gary— todavía era un bebé y su hermana Sheryl tenía tres años. A su madre años más tarde se le escapó la confesión de que su embarazo de Gideon fue la gota que colmó el vaso.

Siempre de un humor de perros, así era como Gideon recordaba a su madre. A medias exhausta, a medias con un cabreo de mil demonios. Y tenía buenas razones para estarlo: dos niños pequeños, varios meses atrasados de alquiler, un coche que creía haber pagado de su bolsillo pero que un día fue recuperado por dos empleados del concesionario a la vista de todo el vecindario...

Su madre espabiló. Dejó las pastillas y las píldoras. Envió a los niños a vivir con su madre y se apuntó a un curso de formación profesional —¡de setecientas horas lectivas!— para sacarse el diploma de quiromasajista.

Cuando Gideon estaba en segundo curso de la escuela, su madre y ellos otra vez estaban viviendo juntos, en un piso de propiedad, en Passaic esta vez, sin que el humor general hubiera mejorado mucho por ello. Gideon recordaba haberse asomado más de una vez a la cocina en mitad de la noche —porque tenía miedo de dormir solo o ganas de orinar— y haberse encontrado a su madre fumando un cigarrillo y con aquella expresión en el rostro... De amargada. Mirando la tele con aire de estar furiosa consigo misma. Tirando la ceniza en su lata de Diet Pepsi, circunstancia de la que a veces se olvidaba, de forma que luego se echaba más Pepsi al colete.

Si la rabia puede matarte —y eso es lo que dicen los oncólogos—, su madre no daba la impresión de que ello le preocupara en particular. Y lo mismo podía decirse de su hermana. Y así fue como Gary, el pequeño, el retoño menor de su mamá, se vio condenado a hacer constantes payasadas, en un intento digno de Sísifo por alegrarles un poco la vida a aquellas dos mujeres de uñas con el mundo. (Las tres cuartas partes de la producción artística mundial ha sido realizada por hombres que de niños constantemente se esforzaban en hacer reír a sus madres.)

6

Gwen se sorprendió cuando la voz de Gideon se convirtió en un murmullo sollozante al hacer referencia a su padrastro. Ella más de una vez había escuchado a viejos aficionados a los deportes referirse a figuras como Ted Williams o Joe Di Maggio, hombres que describían como cachazudos, modestos, con un encanto sin parangón: caballeros. Por lo visto, Sonny era de la misma estirpe. El señor Solomon Wolkowitz, semijubilado propietario de una tienda de deportes.

—¿Cómo se conocieron los dos?

—Sonny sufría de constantes calambres musculares. El médico lo envió a la clínica de mamá. Sonny se presentó medio arrastrándose, dejó al descubierto su

espalda peluda y se tumbó en la camilla como si fuera un bistec.

—Muy romántico.

—A más no poder. Por lo demás, Sonny era de la clase de hombres que jamás se hubieran sentido cómodos al tumbarse desnudos ante una mujer desconocida.

Gideon suponía que luego debieron de estar hablando sobre sus familias respectivas. Sonny era viudo y tenía dos hijas adultas; una vivía en Saint Paul, y la otra en Phoenix. Seguramente fue entonces cuando descubrieron que ambos eran seguidores del equipo de los Yankees. Sonny debió de explicarle que él incluso tenía carnet de socio.

Después de tres o cuatro sesiones de masaje, Sonny la invitó a ver un partido con él. Aquella fue la primera vez que Sonny y Paula se citaron... Con Gary haciendo de carabina y de morros toda la tarde.

—¿En serio?

—Eso dicen, aunque yo no me acuerdo. La mayoría de los niños no terminan de creerse que sus madres se puedan haber liado con otros hombres...

(Acaso se tratara de cierto instinto propio de Telémaco, de la sensación de que el padre físico en cualquier momento podía hacer acto de presencia y masacrar a los tortolitos.)

La relación entre ambos discurrió sin prisas, al estilo marcado por Sonny. Cada vez que venía a casa de visita traía algún juguete de la tienda: un yo-yó que relucía en la oscuridad, un monopatín para Sheryl.

Se casaron. Algo después, Sonny adoptó oficialmente a los niños.

El futuro omnipotente manipulador de marionetas empezaba a dejar atrás su nombre de esclavo: de Gary Brager pasó a ser Gary Wolkowitz.

Y Sonny —tesorero de la sinagoga de su barrio, bienintencionado pilar de la comunidad, auténtico Abraham de la ciudad de Teaneck— a la vez rescató a su nueva familia de la deprimente vida en el deprimido centro urbano y la trasladó al otro lado del río, a una casa construida con ladrillos y de estilo colonial en la que acababa de instalar un aro de baloncesto sobre la puerta del garaje. En el sótano recién pintado puso un moderno sofá con relleno de cuentas de poliestireno, así como un tocadiscos: para que los chavales tuvieran donde divertirse con sus amigos.

Gwen, ¿tú sabes lo que eso significa para una rata urbana crecida entre estrecheces? Espacio, luz, respeto... (Antes de la entrada en escena de Sonny, a nadie se le había ocurrido pensar que Gary pudiera tener sus propios amigos.) Maestros que no eran analfabetos, libres del miedo por fin. Jardines con césped y flores. Representaciones teatrales en la escuela después de clase.

Su madre ahora era otra: vestida con su negro abrigo de visón, en invierno lucía un bronceado obtenido en las playas de Florida y cuando se sentaba en el asiento de cuero del Lincoln Continental de la familia, mostraba un aire de satisfacción profunda, como un gato al sol. (Quizá por eso detestas el capitalismo de tal forma, Gideon, porque de pequeño viste cómo para tu madre el dinero venía a significar lo

mismo que el amor.) El amor más tarde adoptó otra forma: sentado junto a Jenny Randazzo en la luminosa cocina de la casa de ésta, daban buena cuenta de un paquete de galletas Pepperidge Farm mientras la madre de Jenny les pegaba sus rollos inofensivos sobre el mito y el ritual. Gary había pasado demasiada hambre para no encontrar de su gusto la vida en un barrio residencial de las afueras.

Y en cuanto a Paula... Puede decirse que seguramente vivió unos cuantos años más, de forma incomparablemente más feliz, gracias a los cariñosos cuidados de Sonny. (Tendrías que haber visto cómo a los dos se les iluminaba el rostro, cómo se alegraban al verse; cómo, hacia el final, los ojos de Paula, mortecinos por la morfina, se iluminaban de alegría, cómo el pellejo amarillento que tenía por carcasa se relajaba de forma visible cuando Sonny estaba junto a la cama, cuando las manos cálidas y cuadradas de Sonny tomaban las suyas. El pánico que le entraba a Paula cuando él se iba un momento a mear.)

Gracias a Sonny, Gideon aprendió que un hombre podía ser más delicado de sentimientos que una mujer. Lo bastante delicado y paciente para ganarse a una chiflada como Sheryl y a un mocoso malcriado como Gary, quien en absoluto estaba acostumbrado a que un tipo con pelos en las orejas y calzado con chanclas de goma le dijera que tenía que sacar la basura o hacer los deberes como estaba mandado. Lo bastante intuitivo, también —pues era demasiado formal, sufría calambres en la espalda y en definitiva era demasiado viejo para jugar al béisbol o al fútbol americano con Gary—, para pensar en el judaísmo como en un hobby a compartir con su hijastro.

Gary tenía once años cuando su madre conoció a Sonny, y por entonces su primera y única vinculación con el judaísmo había consistido en una circuncisión efectuada en el hospital. Sonny al año siguiente lo inscribió en una escuela hebrea. Los fines de semana ensayaban juntos en preparación para el inminente Bar Mitzvá, a fin de que el muchacho recordara las ásperas palabras, las flameantes letras totémicas de rigor, cada una de las cuales comportaba su propia melodía. Sonny fue muy listo al vincular el judaísmo de forma simultánea a la transformación de Gary en hombre.

Y cuando Paula finalmente murió, estos dos hombres libraron sus oraciones de duelo como señales de humo al cielo de Nueva Jersey. A aquellas alturas Gideon estaba más interesado en el dios de los tótems y los chamanes que en el yo-soy-el-que-soy del Sinaí: más interesado en las formas de oración que tenían que ver con el *gospel* y el patear de pies desnudos sobre el polvo. Ya había decidido lo que quería hacer en la vida, pero Dan y Dina todavía no le habían mostrado cómo detrás de un telón de terciopelo era posible reconciliar a los judíos y los demiurgos sujetos por cordeles a la espalda.

No fue sino años más tarde, después de que el propio Sonny hubiera pasado a mejor vida, cuando Gideon llegó a comprender las sólidas dimensiones de lo que aquel hombre le había otorgado: no sólo había aportado un apellido honorable a dos niños abandonados, sino que también les había dado su fe, que era una forma de ser

adultos en la vida. Una forma de poner la propia casa interior en orden. Y entonces se sintió, oh... Sumido en un dolor absoluto. Perdido por completo. Sin rumbo ni norte.

Pero éstos eran unos hechos que por el momento prefería no divulgar: la historia en dos partes de su transmutación de Gary Brager en Gideon Wolkowitz, empresario teatral. De cómo, año a año, había ido cambiando de una piel asustada a otra, para acabar así: un bufón impecable, la creación de otros (de Jenny Randazzo y Sonny), su propia creación a la vez. Aún no estaba en disposición de contárselo a Gwen, todavía no, lo más probable era que nunca lo estuviese. Hay historias que son tristes del modo inadecuado; quien las escucha se plantea salir por piernas cuanto antes.

7

—Córrete, niña, córrete, córrete encima mío, mi alma, mi reina, mi muñeca dorada...
—estaba murmurando Gideon, con el rostro encima de la almohada, riéndose mientras la miraba desde abajo: los ojos castaños orgullosos de su triunfo, del modo en que su cuerpo estaba cabalgando las olas del cuerpo masculino como una lancha en el mar, su quilla perlada surcando las olas, encabritándose, encabritándose, un grito, el azote de la espuma que sale despedida, hasta que Gwen sintió que se disolvía por entero, hasta que se hundió y de nuevo salió a flote sobre el cuerpo de Gideon. Todo se fundía, todo batía sobre una nada anonadante de éxtasis detenido, fundiéndose en la nihilidad divina y universal de... El dios de las olas devuelto a su reino por los caballitos de mar, mientras la corriente acababa de depositar a Gwen en el puerto que era el pecho de Gideon, vaciada y estremeciéndose de alegría gastada.

8

Gwen dijo:

—Tengo la impresión de que toda la vida he estado enamorada de ti.

—Pues te llevó tu tiempo dar conmigo.

—Porque estaba esperando que fueras tú quien me encontrara a mí.

—No me lo parece. No es ésa la idea que yo tengo de estar esperando a alguien —dijo él, celoso. Gwen (craso error) le había hablado de sus predecesores—. Podríamos habernos ahorrado mucho tiempo. Cuando tú tenías siete años, y yo ocho. Aunque imagino que a esa edad ni debías de saber que existía un lugar llamado New Jersey. —Gideon se ladeó.

—No te muevas.

—Tengo que mear.

—Y yo también. De hecho, tengo la vejiga a punto de reventar.

Gideon la sujetó con fuerza con las pantorrillas.

—¿Y quién te lo impide?

—No quiero apartarme de ti.

—¿Te atreves a mear conmigo dentro? ¿Te parece que no? Pues bien, voy contigo

al baño.

Gwen se sentó en la taza con las piernas abiertas mientras Gideon se reía y orinaba entre ellas. Cuando terminó, agitado, impaciente, jugueteó con el regulador de las luces que formaban un halo en torno al espejo del armarito de los medicamentos. De nuevo echó un vistazo a su costoso contenido y dijo:

—Oye, sin todos estos potingues tienes que estar feísima.

Todavía sentada en la taza con las piernas abiertas, Gwen tenía la boca entreabierta y se había perdido en ensoñaciones. ¿En qué estaba soñando? («Las mismas tigresas siberianas, cuando sueñan, a veces sueñan con placeres que son inofensivos...»)

—Pensaba que tenías ganas de mear.

—Y las tengo.

Estaba claro que la anterior represión de las ganas intensísimas ahora le impedían soltarse. La vejiga de esta chica tenía que haber sido forjada en Stalingrado. Estaba claro que aquello debía de ser lo primero que enseñaban en los internados para señoritas de Nueva Inglaterra: cómo aguantarse el pis.

—Oye, que no te oigo. —Gideon acababa de agazaparse en el suelo entre las pantorrillas de Gwen—. Vamos, pequeña. Tengo ganas de oír cómo te sueltas. Déjate ir.

La risa burbujeante, de niña, que brotó de Gwen cuando lo salpicaste hacia arriba. El recuerdo de su imagen en el mercado de Novosibirsk, alta y con el ceño fruncido, vestida con su abrigo de *tweed* color violeta, calzada con los zapatos de cocodrilo. Una figura que recordaba... ¿a quién? A una señora Sherlock Holmes. Cascarrabias, imperiosa. Y algo en el interior de Gideon, quien desde su más tierna infancia había tratado con mujeres cascarrabias, de pronto despertó y se encontró como en casa. Pues sabía que dentro de aquella cascarrabias tan alta se escondía una niñita cuyas risas le impedían orinar.

9

A Gwen le gustaba contemplarlo mientras trabajaba, cantando improvisados retazos de viejas canciones *folk* mientras cortaba las cebollas o le arreglaba el grifo de la ducha, como si fuese un peón napolitano o un pastor de los Cárpatos en lugar de un señor de Teaneck en las puertas del Tercer Milenio de Vuestro Señor. A Gwen también le gustaba, de un modo algo perverso, contemplar cómo se desvaía toda aquella energía repentina. Cómo él de pronto dejaba de cantar a media frase.

Cuando estaba cansado, consumido o irritado a más no poder ante la arrogancia de clase o las ideas derechistas de Gwen, Gideon se encerraba en sí mismo y de pronto parecía tener cien años de edad. Derrotado. Exudando negrura. Viniendo a decir en silencio que tú tenías la culpa de todo, que había hecho lo posible por convertirte en medio humana, pero que tú no tenías remedio, y que ahora se disponía a morir, cuando por fin te largaras de una vez.

CAPÍTULO TRES

1

¡Lavrinsky! La buena nueva llega por los altavoces, encajada entre la música ambiental de la oficina: Lavrinsky, cuya verdadera oficina está en el Downtown, quien últimamente ya se acerca con tanta frecuencia a visitar su particular Departamento de Estado, quien —según se rumorea— lleva algún tiempo flirteando con otras causas más de moda, como la fundación y el establecimiento de un Tercer Partido en el espectro político estadounidense, agrupación para la que está buscando potenciales candidatos asociado a tres de las otras principales fortunas del país, Lavrinsky, quien hace poco salió en todos los periódicos después de haber invitado y llevado en avión al Caribe a trescientos de sus mejores amigos con ocasión del quincuagésimo cumpleaños de su mujer, Lavrinsky está AQUÍ.

En la oficina. ¡AQUÍ!

Visitando a Gerald, charlando con Kalman, y ahora se acerca con paso desenfadado al escritorio de Gwen, en el momento preciso en que ésta le dice adiós en la puerta a Oleksa Kirilenko, periodista de Kiev.

Lavrinsky exhibe un aura resplandeciente de veras. Es dado a repartir elogios (Gwen nunca lo ha visto sumirse en una de sus famosas pataletas), se dirige a ti por tu nombre de pila a cada frase, como si fuera el presentador de un magacín televisivo, echa la cabeza hacia atrás cuando celebra con risas uno de tus pseudochistes malos.

Una vez, mientras estaba haciendo jogging en Central Park, Gwen de pronto se tropezó con el Papa, que pasaba por allí a bordo de su papamóvil a prueba de balas, radiante como un dios en su blanca sotana y su gorro blanco. Lavrinsky asimismo proyecta idéntica brillantez sideral: su pelo es de una implausible tonalidad de hilo de oro, como si hubiera sido elaborado por un maestro repostero, su piel tersa y brillante muestra un color rosado no menos implausible, sus dientes son más blancos que el acrílico. Un Apolo vestido con un traje azul de raya diplomática, masajeado tras el afeitado con una loción que Gwen reconoce como... ¿Guerlain?

Lavrinsky conoce personalmente a Martin y Jacey, que son vecinos suyos en Connecticut, de forma que Gwen de vez en cuando se tropieza con él en las fiestas organizadas por su hija, que es vieja amiga de Christopher, o la vez en que estaba

cenando con Campbell en Le Bernardin, y Lavrinsky insistió en que se sentaran a su mesa para tomar una copa con él y su mujer (una antigua cantante de ópera oriunda de Leningrado). Tales encuentros hacen que Lavrinsky la trate con un atisbo de familiaridad, circunstancia que a ella le produce embarazo —por el demérito que supone para su independencia profesional—, pero que otros colegas del trabajo contemplan verdes de envidia.

Lavrinsky acomoda su flaco trasero en el escritorio, juguetea con una goma elástica y dirige la mirada a la ventana como si ésta fuese un espejo.

—Una vista muy bonita señorita Lewis.

No está mal —la Quinta Avenida, Dog Hill, pero estamos en un segundo piso, de forma que, si haces el esfuerzo de abrir la ventana cuyo marco se ha pegado por la pintura, al momento te asalta el monóxido de los autobuses.

—Si quiere, le cambio su escritorio por el mío —Gwen ha estado una vez en su oficina del Downtown, desde la que se contempla la Estatua de la Libertad, New Jersey y Staten Island, abierta a la vista como el coño de una fulana...

—Ja, ja. La otra noche me encontré a su querido padre en el Adler's.

—Ya me lo dijo.

—Me pegó una bronca por dejarla marchar a todos esos países medio salvajes. — Ambos se echan a reír. Ja, ja, ja. La risa es cómplice, pues ambos sienten pasión por esos países que la gente normal tiene por medio salvajes.

—Y bien, ¿cómo andan las cosas por allí? —«Por allí» significa Rusia y compañía.

—No tengo idea —dice ella—. Hace un mes que no he estado. Pero nos van a echar de Bielorrusia, eso está claro.

(Y el maldito gobierno estadounidense no iba a mover un dedo al respecto. Aquello era lo que Gwen no podía soportar: el provincianismo autocomplaciente. Y no sólo el de un Congreso cuya tercera parte de integrantes ni siquiera tenían pasaporte, sino también la del Departamento de Estado, cortísimo de miras por obra de la arrogante cobardía de unos trepas que sólo pensaban a corto plazo. ¿Cómo era posible que, tras el fin de la guerra fría, todas las ramas del gobierno hubieran sido subsumidas por el Departamento de Comercio? ¿Que todos los ideales establecedores del país hubieran sido reemplazados por la novedosa mentira de que el país tenía que ser dirigido como si fuera una empresa? Con el añadido de que en el mundo empresarial la gente se tomaba la cosas bastante más en serio.)

—La noche pasada cené con los Rostropovich —le está explicando Lavrinsky—. Como sabrás, Gala sigue teniendo familia en Rusia. Según dice, la situación sanitaria es increíble, peor que nunca. Hace poco llevó a su madre, que sufre del corazón, al hospital. Estamos hablando de Moscú, de la suegra de Rostropovich... Pues bien: no pudieron hacerle una ecografía. Le dije a la mujer que tenía que habérselo dicho, y habríamos donado medio millón de dólares a la Meditsina. Al día siguiente hice que el responsable del departamento de cardiología llamara a su madre de inmediato.

(A Lavrinsky le gusta hacer mención a sus amistades de postín; como le sucede al padre de Gwen, así se siente más seguro. Lo normal es que en su conversación salgan a relucir la Madre Teresa o el Dalai Lama. El Dalai comentó que tenía pinta de que iba a llover, así que le dije a mi chófer que le trajera el paraguas especial que tengo contra la lluvia...)

—Es verdad que la situación demográfica pone los pelos de punta —conviene Gwen—. El hombre más inteligente que conozco en Rusia acaba de publicar un estudio sobre la correlación entre la salud y el poder económico. Como explica, el deterioro de la situación sanitaria en todos los grupos de edad es... No tiene precedentes en tiempo de paz. Aquello es como la Europa del siglo XIV. Dentro de veinticinco años, el país va a tener tanto peso en el mundo como el que pueda tener Perú.

—Un Perú con armas nucleares —apunta Lavrinsky, cuya expresión de tedio no ha hecho sino acentuarse a medida que ella le iba pegando su rollo sobre... Sobre cuestiones demográficas, nada menos.

—Un Perú con armas nucleares —repite él—. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —secunda ella como un loro.

Se trata de la última ingeniosidad: una compara Rusia con el país más mísero que se le ocurre y a continuación añade: «Un Burkina Faso con armas nucleares», «un Afganistán con armas nucleares». Ja, ja, ja. Gwen y Lavrinsky se ríen porque ambos están al cabo de la calle sobre la situación en el mundo, pero en realidad ninguno de los dos encuentra divertida la perspectiva. Lavrinsky, porque ha invertido billones en el saneamiento de la economía y el estado rusos; Gwen, porque está enamorada de ese país jodido.

—Un Perú con armas nucleares —repite Lavrinsky—. Ja, ja, ja. En fin, menos mal que les estamos comprando esas armas nucleares.

(Otro proyecto en el que Lavrinsky estaba invirtiendo más fondos que el propio gobierno de Estados Unidos. Es curioso que este ególatra caprichoso y podrido de vanidad a la vez pueda ser tan clarividente y patriótico.)

2

La sinagoga es de estilo neomudéjar: pilares retorcidos y bulbosos, doradas arañas de luces, carpetas rojizas. Uno podría encontrarse en cualquier lugar del mundo, en Milán o en Cincinnati, pero de hecho se trata de la sinagoga adyacente a la escuela de Ethan, a la que Gideon acaba de presentarse (en sustitución de Dina) para un *shabbos* de Acción de Gracias.

La escuela a la que asiste Ethan pone de los nervios a Gideon, que no soporta el aire entre adinerado y políticamente correcto que en ella se respira. (Pues Gideon, la verdad sea dicha, preferiría que todos los ricos fueran de natural directamente asesino.) Pero en la escuela judía del Upper West Side a la que asiste Ethan, los

alumnos son retoños de familias con dos madres o de inversores de Wall Street, mientras que las clases de historia nacional pasan de la esclavitud a la masacre de My Lai sin transición (y Gideon se pregunta por qué el «progresismo» tiene que implicar que uno se sienta constantemente avergonzado). Los viernes, los alumnos sirven comidas a los sin techo a modo de penitencia por la circunstancia de que sus padres están más que forrados. Todos, menos los del propio Ethan. Por mucho que Eeth tenga beca, Dina no sabe cómo va a financiarle el curso, pues Michael otra vez lleva tiempo sin pagar la parte que le corresponde por la educación del niño.

Ethan señala a Gideon los enemigos que tiene dispersos por la escuela: Aaron Kirschbaum, Damian Horowitz, Jay Shatner, quienes se divierten asaltando a Ethan en los rellanos poco frecuentados de la escalera para poner en práctica llaves de judo a su costa. Matones de estatura de amalequita, jivita o hunamita, enanos de once años de edad vestidos con cárdigans y peinados con el pelo hacia atrás bajo las yarmulkas. Por eso será que Dina manda a su hijo al colegio judío: porque los matones escolares aquí son de menor tamaño.

Ethan y él están codo con codo, como dos caballos en un establo. Con aire furtivo, Ethan está comiéndose los pistachos de color verde marciano que se ha traído de la casa de sus abuelos paternos en Bay Ridge, donde ha estado pasando el fin de semana. Dina dejó al chaval con los Pinto no sin cierto complejo de culpabilidad, a modo de ofrenda familiar: no me diréis que vuestro nieto mayor no está hecho una ricura, eso sí, hay que ver cómo se le marcan las costillas, sin duda estaréis encantados de cuidar de él como es debido... Pero en lugar de ello, Nissim y Sylvie se limitaron a devolverlo a casa armado con una bolsa de pistachos y una fotografía de Michael con su hijo recién nacido, a quien Ethan nunca ha visto en persona. (Omisión ésta que es una de las cien razones por las que Michael querría asesinar a Michael Pinto.) Una vez más, le preguntaron al chaval que por qué Dina no se casaba otra vez. También le preguntaron si había algún hombre en su vida.

Ethan es un alfeñique, un enano de ojos almendrados, moreno al estilo indostánico (la gente lo toma por paquistaní). Le gusta vestir ropas con estilo. Hoy lleva puesto el casquete uzbeko que Gideon le compró en un mercadillo de Moscú, casquete que el chaval ha teñido al estilo hippy y cuyo actual estampado atigrado lleva a pensar en los gorros con que se cubren algunos dictadores africanos.

Dina tiene la teoría de que hoy día tan sólo los pobres visten ropa costosa. Y es cierto que mientras el mejor amigo de Ethan, Noah Liebman, que es hijo del cirujano plástico favorito de quienes viven en la Quinta Avenida, se contenta con vestir baratas sudaderas de la cadena Old Navy, Ethan —al igual que los delincuentes juveniles en potencia que viven en los bloques de pisos de Brooklyn—, ansia lucir parkas North Face de quinientos dólares y carísimos pantalones holgados de la marca Phat Farm. Por suerte, Ethan asimismo tiene un talento especial (el instinto de mercader de los Pinto) para dar con saldos y ofertas tiradas de precio en Chinatown.

Tal es lo que sus amigos y él hacen después del colegio, acompañados por algún

padre o hermano mayor: pillar el metro, bajarse en Canal Street e ir de compras. Estos chicos que viven en apartamentos dúplex con vistas a Central Park y mansiones de verano en los Hampton están convencidos de que Ethan tiene toda la suerte del mundo al vivir en el Lower East Side: ¡él puede ir a las tiendas de ropa militar usada siempre que le venga en gana!

¿Que Ethan está en desventaja con respecto a sus compañeros? Pues el chaval asume su desventaja con tranquilidad. En el país de los niños con dos mamás, el hijo de unos divorciados es rey.

Ethan ofrece a Gideon los pistachos que tiene en la palma de su mano a estas alturas rebozada en sal. Ambos se esfuerzan en abrir las cáscaras con una mano sola mientras con la otra sujetan los libros de oraciones, en llevarse las verdes golosinas a la boca, mientras mastican en silencio. Pistacho en hebreo se dice *haleb*, que significa Alepo.

Los Pinto son sefardíes. Nissim, el abuelo de Ethan, nació en Siria y llegó a Brooklyn tras pasar por un asentamiento de mala muerte en el Negev, y Gideon se imagina a los ancestros de Ethan como comerciantes otomanos vendedores de pistachos de Alepo, olivas, higos. Alfombras del Cáucaso. Esclavas circasianas. Ñam, ñam.

En este momento acaban de llegar a la parte del servicio que da paso a la lectura de la Torá, y Gideon, se levanta un poco y trata de ver mejor el arca de la ley. El arca semeja una juguetería victoriana en miniatura: rollos de pergamino envueltos en paños de terciopelo bordado en oro y chucherías que cuelgan de los Árboles de la Vida.

Doreen y Michael Shulevitz —los padres de los gemelos Judah y Sam— están ayudando a subir los rollos ornados en exceso a los hombros de un rabino y cantor; los rollos finalmente son paseados en marcha triunfal por el pasillo, y la congregación —mujeres tocadas con yarmulkas, hombres vestidos con americanas— acerca los rostros para besarlos.

E incluso Gideon, cuando levanta la voz al cantar *Kumah Adonai v'yafootzoo oyvaycha...* (la delicadeza de la melodía está en delicioso contrapunto con la infantiloides paranoia vengativa de la letra: Levántate, Dios, y pon en fuga a tus enemigos, que todos quienes te odian salgan huyendo), experimenta una sacudida de satisfacción en lo más hondo de su alma al encontrarse de nuevo a merced de la salitrosa, espumeante ola gigante de la liturgia. Como ha aprendido con los años, esto es lo mejor del *shul*: por muy repelentes que sean los demás congregantes, con la letra nunca podrán...

Gideon desde siempre ha considerado que su condición de judío constituye un regalo maravilloso que en verdad no se merece. Un regalo que ha cambiado el rumbo de su existencia más de una vez. A través de Sonny primero, después por medio de Dan y Dina, crecidos en el seno de una familia judía ortodoxa de Toronto antes de su conversión en hippies teatreros en la parte rural del estado de Nueva York. Gideon

con el tiempo llegó a sumirse en un judaísmo de fusión, mitad *mishnah* y mitad *progre*. La bendición del *shabbos* antes de comer el pan *anadama*, Dan y los *tzitzis* que llevaba bajo su camiseta con la leyenda «Yah Rasta». A modo de síntesis, estas dos tradiciones —la judaica y la de las marionetas— se han entrelazado de forma subliminal en la mente de Gideon: para él son dos campos importantes que vale la pena explorar y en los que es posible perderse, dos campos que le ayudan a dejarse de tonterías, a ser plenamente consciente de sus propios orígenes.

Sin esta familia, sin estos ritos, a saber cómo por dónde andaría ahora. Perdido en la vida, probablemente. Más perdido todavía.

Gideon se pregunta si alguna vez conseguirá explicarle a Gwen —tan segura de su propio origen, tan complaciente ante su propia condición de niña rica, tan episcopaliana ella— lo que el judaísmo significa para él, el impulso que lo lleva a tener hijos algún día —si Dios quiere—, pues, por mucho que piense que el planeta está criminalmente superpoblado de imbéciles, él siente la genética compulsión de contribuir al engrose de su raza, una etnia que de modo perverso se aferra a la supervivencia.

¿Qué sentido puede tener la tradición judía para Gwen? Gwen es una persona sin tradición, con el dinero metido en fondos de inversión, al tiempo sabedora de que en el futuro cobrará dos herencias sustanciosas, cuya madre es la típica anglosajona de clase alta por completo ajena al cutre convencimiento de la propia superioridad de quienes provienen del ghetto, a su duplicidad impuesta por la historia. Pero, en el fondo, ahí está la gracia del amor: en la oportunidad de explicarte, de explicarlo todo desde el principio, de exonerar, de inculpar, de insertarte en el riego sanguíneo y el banco de recuerdos de la otra persona.

Los días en que es particularmente consciente de estas cosas —cuando se encuentra entre los suyos— Gideon siente que tiene casi el deber cívico de instruir a la señorita Lewis —a este pura-sangre manhattaniano carente de tradiciones— sobre las hiperhipotecadas penas, vergüenzas y efímeros placeres del joven estadounidense habitante de las afueras urbanas y de origen entre proletario y no anglosajón. Pero cuando llega el momento de poner manos a la obra, durante las noches preciosas robadas al sueño, las ventosas tardes de sábado, Gideon se encuentra con que prefiere besar los dedos de los pies de su amada a recordar la historia de los grupos de juventudes sionistas y la primavera que pasó en el kibbutz de Kfar Blum.

CAPÍTULO CUATRO

Gwen estaba en el auditorio del instituto Rigoberta Menchú, contemplando el ensayo de *Gracias, pero no*, cuyo estreno iba a tener lugar la noche siguiente. Para ella se trataba de una forma natural de conocer a los compañeros de Gideon, de atisbar la faceta de Gideon de la que más orgullosa se sentía.

En el escenario, entre bambalinas y en el vestíbulo estaban diseminados los diversos miembros de *Pants on Fire*, cada uno de los cuales se aplicaba a dirigir una parte distinta de la obra. Los marionetistas eran fáciles de reconocer por su aspecto a medio camino entre Jesús y unos apóstoles suyos que residieran en comunas campestres: pañuelos astrosos al cuello, pelambreras grasientas y botas de trabajo cosidas a mano y tan bastas como zuecos. (Mientras que los alumnos y alumnas del instituto iban a la última moda de estilo tecno: pantalones de campana confeccionados en pseudoterciopelo y con estampado de leopardo, zapatillas deportivas con plataforma...) Ahí estaba Andrea, ocupada en dirigir el coro sacerdotal azteca, una joven con la voz ronca y los dientes frontales separados entre sí, sudorosa y dorada, moviendo las trenzas de rasta de un lado a otro, con el culo enorme saliéndosele de los vaqueros raídos y cubiertos de retales, con las tetas y los sobacos peludos escapándosele de la camiseta. (Aquella gente sudaba la gota gorda; su trabajo era muy físico, a años luz de los empleos de oficina.)

En el vestíbulo, Dan, el compañero de Andrea, pálido y con una rala perilla negra en la barbilla, tocado con una gorra bordada color azul turquesa, estaba dirigiendo el ensayo de la banda de metales, cuya música a ratos sonaba a procesión fúnebre de Louisiana y a ratos a boda de gitanos.

En el centro del escenario, Sally —una de las aprendizas—, descalza y con las plantas de los pies sucias, estaba dirigiendo la parte en la que Moctezuma, en litera y acompañado por sus sacerdotes y guerreros, se encontraba con Lenin, Zapata y la virgen de Guadalupe. La multitud azteca estaba representada por una serie de figuras de cartón-piedra con las cabezas, los brazos y las piernas móviles. Lenin, Zapata, Moctezuma y la virgen eran unos gigantescos rostros de marionetas, de tres metros de altura.

Detrás se encontraba Dina, majestuosamente gorda en su vestido color morado de campesina mientras llevaba el baile de Quetzalcoatl, quien no era sino un gran disfraz

de serpiente en cuyo interior estaban Hester y Julio.

¿Y Gideon?

Gideon estaba en todas partes, supervisando, haciendo retoques. Dirigiendo el tráfico. Dirigiendo los movimientos de unos cuerpos que estaban demasiado agarrotados, ajustando una túnica que no terminaba de cubrir los zapatos del actor. Felino, sinuoso, repartiendo ánimos y correcciones sin cesar.

—Ése es tu pie, jaguar, ahí es donde sales a escena. Cuando terminan de cantar ¡Ayúdame! Acuérdate de entrar cuando suena la nota final.

—No os agrupéis junto a la escalera, pues Julio sólo tiene veinte segundos para salir de escena, quitarse el traje de jaguar, entrar otra vez y subir por la escalera.

—Chicos, hay que darse más brío al salir de escena, pues los dioses son demasiado altos y pueden darse en la cabeza con la viga del techo. Que no se os olvide agacharos y salir uno a uno, sin apelonarse. Natalie, tú te encargas de dirigir la salida de escena. —Natalie, una rolliza adolescente haitiana, medio subnormal, asintió con el orgullo pintado en el rostro.

Los actores volvieron a ponerse los trajes: túnicas confeccionadas con retales que llegaban a los tobillos, con pequeñas aberturas cuadradas de redecilla a la altura de los ojos. Gwen reparó en que las máscaras estaban sujetas por unos largos palos, delgados troncos de arbolillos en realidad, cuyos extremos inferiores descansaban en el interior de una lata de café amarrada en torno a la cintura del actor de turno con una especie de cabestro hecho con telas viejas.

Entre los alumnos y los marionetistas se daba una excitación nerviosa mezclada con la fatiga. Su trabajo era muy duro y los obligaba a acarrear pesos durante horas seguidas y en posiciones de contorsionistas. Todo lo que la gente de *Pants on Fire* estaba exigiendo a sus actores implicaba fluctuantes compromisos entre la capacidad de aguante físico y los movimientos al trote. El hecho de que las rodillas te dolieran a la que llevabas un rato largo de rodillas, de que los focos te cegaran o fuera la máscara la que dejara sin visión al corrérsete rostro abajo, de que quien estaba contigo se quedara rezagado o no cesase de tropezar con tu cuerpo, se convertía en una minucia sin importancia ninguna en comparación con la empresa común, esfuerzo que daba la impresión de crear una eufórica camaradería, una solicitud, un espíritu de sacrificio que estaba a mitad de camino entre el colocón pillado en grupo y el establecimiento de una nueva nación.

—Me muero por un café —dijo Julio.

—Me muero por una cama bien blandita —dijo Hester.

—Pues yo me muero por un masaje.

—¡Tú sí que sabes!

Siguieron largo rato con los ensayos, incidiendo en las escenas más problemáticas. Dina finalmente anunció un descanso de quince minutos, y los alumnos se dispersaron. Los unos se quedaron charlando en el vestíbulo, los otros fueron a telefonar a sus novias o novios, o salieron a la calle a echar un pitillo.

Gideon estaba de pie en el centro del escenario, rodeado de actores, sonriente a través de la barba. Estaba comiéndose a mordiscos una hogaza de pan (horneado por Andrea); tras echar mano a una navaja que llevaba en uno de los múltiples bolsillos de pintor, cortó varias rebanadas, que untó con *taramasalata* y distribuyó a su alrededor.

Los chicos se quedaron alucinados ante la *taramasalata*. Un muchacho sobre cuyo pecho pendía un medallón de Jesús grande como un puño cerrado expresó su asombro por el hecho de que los peces tuvieran huevas; él creía que se reproducían dando a luz pequeños pececillos. Su novia trató de animarle a probar el exótico alimento:

—No sabe a pescado. Tiene sabor a eso, cómo lo llaman... A esa especie de salsa rusa...

Gideon estaba sonriendo anchamente, de forma que los alumnos comprendían que estaba satisfecho por el trabajo común, que se lo estaba pasando bien con ellos. Su sonrisa ocasionalmente estallaba en radiales patas de gallo, y cuando se dio la vuelta, haciendo visera con la mano para protegerse los ojos de los focos de escena, y te buscó con la mirada, Gwen, en ese momento sentiste que estabas dispuesta a acompañarlo para siempre y adonde hiciera falta, aunque sólo fuese para disfrutar otra vez de su entusiasmo apenas disimulado, de su alegría entre astuta y perruna.

—¿Tienes hambre, Gwen? —gritó.

A su llamada, Gwen subió a escena.

—Os presento a mi amiga Gwen.

—Hola, qué tal —dijo Dina, sabedora/desconocedora de que aquella mujer con chaquetón de piel vuelta iba a amargarle la existencia.

—¿Estás de voluntaria con el grupo?

—Hola, Gwen, ¿qué pasa?

—¿Gwyn?

—Gwen.

—Ese nombre es de galeses, ¿verdad?

—¿Estás de voluntaria? —repitió Julio.

—No, yo sólo...

—Qué raro... Pensaba que estabas muerta de gana de pasarte la noche entera acarreado un árbol que pesa seis kilos.

—¿Alguien quiere un té de jengibre? —preguntó Dina—. Voy a hacer un té de jengibre. ¿Tú quieres, Janina? Es lo mejor para el resfriado.

Hicieron un nuevo ensayo, sin interrupciones, y tú, Gwen, te sentiste verdaderamente emocionada por la obra. El vestuario, las máscaras, los escenarios habían sido pintados con despreocupada libertad, y se daba una asilvestrada belleza popular en la música, el coro a capella que acaso llevaba a pensar en la magia de una misa a medianoche en alguna remota capilla alpina. Por primera vez comprendiste por qué Gideon detestaba las marionetas televisivas, sus multimillonarios efectos

especiales y sus ligazones corporativas manipuladoras de los niños a fin de que éstos ansiaran poseer todo tipo de productos-chorrada que sus padres no se permitían permitir.

No eras la única emocionada por la obra. Los alumnos también, como veías con claridad, estos alumnos encallecidos y con escasa formación originarios de los barrios proletarios del entorno, ahora amabilizados, devueltos a la niñez y al tiempo convertidos en más responsables por la ética socializante de aquel grupo teatral. Estos chavales, cuya idea de la música se reducía al *trip-hop*, al tecno o a la salsa, quienes al principio encontraban ridículo que existieran grupos musicales de carne y hueso, ahora se lo estaban pasando en grande al tocar los caseros instrumentos que Dan había manufacturado con trozos de cañerías y crines de caballos.

Gideon estaba hablando con una muchacha a la que había cogido de la mano, y eran muchos más los alumnos que se apiñaban a su alrededor, y te dijiste: todos quieren tocarlo. Es Gideon el que consigue crear esta atmósfera cálida, el que hace que todos se sientan compañeros, estén de un buen humor proclive a la risa y parezcan estar casi enamorados los unos de los otros. Era Gideon, tu desgarrado arcángel, tu visitante nocturno, quien en un momento se volvió hacia ti y te guiñó un ojo.

—¿No tienes frío? Te vas a quedar congelada.

—Estoy bien —dijiste, y lo que querías decir era: tú sí que estás bien.

CAPÍTULO CINCO

A través de las puertas de cristal, Gwen estaba mirando los rascacielos espejados del Midtown. En primer plano se extendía el paisaje del West Side, más íntimo, ajado y gastado por la climatología: terrados de ladrillo con pequeños jardines, torres del agua construidas con madera. Nubes gris oscuro por encima. Dios en el cielo, New Jersey al otro lado del río.

Gwen estaba en el despacho del apartamento, hablando con Christopher por teléfono mientras Gideon, a sus pies, hacía dibujos en su cuaderno. Los dibujos de Gideon eran enrevesados pero convincentes. Hoy estaba dibujando unos cazadores que aparecían en el catálogo que Gwen poseía del Museo de los Pueblos Aborígenes de Novosibirsk. (Un regalo que Algis le hizo al poco de conocerla, con una dedicatoria más bien envarada.) Fotografías tomadas a principios de siglo de nativos de las tribus siberianas vestidos como osos o tocados con astas de renos.

Gideon tenía un cuaderno con fotografías, dibujos, ideas para proyectos futuros. Se pasaba el día recorriendo museos y bibliotecas, y era asiduo del Museo de los Judíos o el MOMA, a los que iba para ver los diseños que Malevich hiciera para una revista soviética de aeronáutica, los decorados que Kubrick creara para 2001, a veces la llamaba desde el Met para contemplar ciertas máscaras africanas en las que acaso se podría inspirar para una obra que estaban proyectando sobre la brutalidad policial... ¿Qué te parece si luego nos vemos en el parque? Gwen sospechaba que en el fondo su Gideon del culo inquieto se impacientaba cuando estaba a solas en el taller.

Gwen tenía previsto visitar a su madre en Newburyport el próximo miércoles. Le entristecía e incomodaba la temporal separación de Gideon, dentro de cinco días. Se trataba del chantaje de las celebraciones familiares: aquel otoño ya había cancelado su asistencia a un congreso en Berlín, su habitual viaje por Rusia de inspección, pero el día de Acción de Gracias seguía siendo imposible de eludir. Además, Maddock esta vez iba a presentarse con su nueva novia.

Gwen finalmente colgó tras despedirse de Gideon, que no tenía claro si organizarse a sí mismo una fiesta de cumpleaños o celebrar el aniversario en lo de Balthazar. Entonces agachó la cabeza para estamparle a Gideon un beso del revés. Del revés, sus cejas llevaban a pensar en sendos negros ciempiés peludos.

—¿Cómo está el Marqués?

Gideon y Christopher aún no se conocían. Gideon de hecho aún no conocía a ninguno de sus amigos, sus amigos de buena posición, esto era. Gwen tan sólo le había presentado a algún que otro ruso, que él se había mostrado dispuesto a conocer. Cuando ella sugería la posibilidad de que cenaran con Christopher o fueran a una fiesta en casa de Gerald y Alice, Gideon se hacía el remolón. Según decía, se pasaba el día con gente a su alrededor y en aquel momento no le apetecía conocer a más gente todavía. Después del trabajo, lo que quería era estar a solas con ella. Siempre decía lo mismo, y ella por el momento lo dejaba pasar. A aquellas alturas ella se conformaba con hablarle de sus amigos, que eran pocos pero escogidos.

—No quiero ir a Newburyport.

—Donde está el aroma.

—¿Cómo?

—Newburyport, donde está el aroma... ¿No?

—No, es Newport.^[7]

Extrañamente, el miedo de dejar a Gideon se transmuta en el miedo de que sea él quien la deje a ella.

—Tengo miedo de que vayas a desaparecer. ¿Me dejas algo en prenda? —Llevando su mano a la entrepierna de Gideon, añadió—: Esto no te va a hacer falta de momento, ¿no?

—Conmigo lo tienes claro. Soy tu bola y cadena. —(Tus esposas, tu carga, tu maldición)—. De mí no te vas a librar fácilmente.

Gwen se sentó en la repisa de la ventana.

—Todo esto es demasiado bonito para ser verdad. ¿Tú sabías que estas cosas eran posibles?

—Lo había leído por ahí. Pero, la verdad, no esperaba experimentarlas de primera mano —dijo él. (Mentira. No has hecho más que soñar en un amor cegador, en la fusión de dos en uno, y ello desde que fuiste lo bastante mayorcito para mirar por la ventana y pedirle un deseo a las frías estrellas.)—. Hay parejas que se llevan bien, pero esto es otra cosa... Es mejor incluso que lo que había entre Dan y yo. Casi tan fantástico como lo que había entre Dina y yo. —A Gideon gustaba de tomarle el pelo sobre su relación con Dina, pues había descubierto que nada era más fácil para enfurecer a la muy celosa Gwen.

—¿Me prometes que no vas a desaparecer? —insistió ella.

—¿Y dónde quieres que desaparezca? Si no me equivoco, eres tú la que se pasa media vida viajando al Ártico en helicóptero. —Gideon en ese momento cogió su brazo y volteó la esfera del reloj de Gwen—. Mierda...

—¿Qué pasa?

—Me he olvidado de llamar a este abogado que es amigo de Andrea. Parece que el alcalde ahora habla en serio cuando dice que va a cerrar La Merced.

—¿Y puede cerrarla?

—Es propiedad del ayuntamiento. Y el alcalde no puede ni vernos. —Gideon rebuscó en su cartera de bolsillo—. En todo caso, lo que está claro es que tenemos que pillarnos un nuevo abogado. El que tenemos ahora es una especie de terrorista. —Tras dar con el papelillo que andaba buscando, echó mano al teléfono y marcó el número—. Mierda. El contestador. —Gideon marcó otro numero, mirando a Gwen con expresión de fastidio, y finalmente apuntó al altavoz—: Hola, Deen. Oye, aún no he podido hablar con Moskowitz. Lo intento otra vez mañana a primera hora. Ahora mismo estoy en el Uptown; supongo que llegaré tarde. Nos vemos por la mañana, guapa. Adiós.

Gideon volvió a sentarse en el suelo pero ahora estaba de un humor sombrío, como si sobre su cabeza flotara el negro nubarrón que los dibujantes de tebeos emplean en casos así.

Gwen, que iba a darse un baño antes de la cena, se detuvo y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—Están que trinan conmigo.

—¿Quiénes?

—Mis compañeros. En estos momentos me odian.

—¿Por qué? ¿Es que ellos saben algo que yo no sé?

—Pues sí. Lo falso y ruin que soy.

—Bueno. Yo también sé lo muy falso y ruin que eres —dijo ella.

Pero Gideon seguía sumido en sus pensamientos. Era la verdad. Sus compañeros —Dina, Dan, Andrea, incluso Sally y Hector— llevaban cierto tiempo mirándolo de forma rara, ¿y quién podía echárselo en cara? Gideon llevaba tiempo ausentándose sin dar explicaciones, y cuando estaba no estaba para nadie. No dormía lo suficiente, y en el trabajo la cagaba porque iba siempre medio dormido. De pronto nadie sabía a quién recurrir a la hora de tomar ciertas decisiones que tradicionalmente habían correspondido a Gideon. Y a él se le olvidaba llamar a Moskowitz, por mucho que Dina le hubiera dejado muy claro que el abogado iba a estar dos semanas fuera de la ciudad y que estaba a la espera de que Gideon lo telefonease antes de su marcha. Y en lugar de llamarlo, él se había pasado la tarde sentado en el suelo dibujando osos, mientras su novia no hacía más que hablar de fiestas de cumpleaños...

Por un segundo se vio poseído por un innoble resentimiento hacia Gwen, esa mujer que lo había convertido en una suerte de delincuente ajeno a su propia vida.

El domingo por la mañana (el recuerdo le resultaba casi demasiado doloroso para rememorarlo), Ethan le había pedido ayuda a la hora de completar sus deberes escolares de castellano, pero Gideon, que en ese momento se dio cuenta de que apenas contaba con hora y media para dirigirse al Uptown y disfrutar de un revolcón con Gwen antes de que ésta se fuera de *brunch* con el corresponsal en Moscú del *Financial Times*, le dijo al chaval que ahora no le iba bien. ¿Por qué no bajaba al piso del vecino y le preguntaba a Manny? Ethan sonrió con inseguridad, revelando la reluciente ortodoncia que sus abuelos finalmente le habían apoquinado, y contestó:

—No pasa nada, oye. Ya me he dado cuenta de que últimamente te caigo mal.

Gideon en aquel momento sintió el impulso de arrodillarse y besarle a Ethan los pies apestosos a calcetines, de pedirle perdón. Pero en vez de ello, mientras salía por la puerta, lo que hizo fue responder con uno de esos chistosos comentarios sin gracia que llevan a las mujeres y a los niños a detestar al género masculino.

Gideon se había jurado que, una vez que Gwen se hubiera marchado a ver a su mamá, arreglaría las cosas con Eeth. Pasarían un fin de semana juntos como antes: comida china en el Silver Phoenix, una película en sesión de tarde. Si le llegaba la pasta, incluso le compraría unos patines en línea nuevos.

Así que esto era el amor. Su presencia en el mundo era finita, como sucedía con el gas o el carbón. Tu felicidad personal se engrosaba restando de la felicidad ajena. Al querer a Gwen quería menos a Ethan.

CAPÍTULO SEIS

1

La víspera de Acción de Gracias Gwen fue a la casa de su madre en un coche de alquiler. Maddock iba a venir con su nueva novia; Gwen —a fin de dejar en evidencia la tacañería de su padre, sus resentimientos de clase— llegaba con media caja de botellas de Châteauneuf du Pape.

La mente se le desenredaba a medida que iba dejando atrás los gélidos, centros urbanos con rascacielos acristalados en miniatura de De Stamford, Bridgeport y Hartford, hasta que cruzó la frontera del estado de Massachusetts por unos cerros boscosos que parecían contar con menor población que trescientos años atrás, cuando sus primeros ancestros del Nuevo Mundo se dedicaban a la caza del conejo y el ahorcamiento del cuáquero. (En Concord se encontraba la Maddock House, hoy transformada en hogar para deficientes mentales: un palacio construido con blancos tablones, decorados con tan intrincada filigrana como si la madera de pino fuera marfil, cuyas relucientes dimensiones hablaban a las claras de la demostrada solvencia de su familia a la hora de generar mercaderes y eclesiásticos.)

A Gideon, que gustaba de detectar en Gwen cierta constante lucha maniquea entre el hedonismo y la mojigatería, le gustaba hacer burlona mención a sus ancestros puritanos, pero tal ascendencia de hecho sólo era una parte de su linaje, como Gwen siempre le respondía al momento: el resto tenía su origen en angloescoceses que se buscaron la vida como pudieron, en daneses iletrados y en judíos rusos tan decididos a borrarse del capítulo hebreo que ella no sabía ni de qué desolado rincón geográfico provenía su apellido. Los puritanos simplemente hicieron más ruido, y punto: en su momento seguramente fueran los primeros estadounidenses patológicamente adeptos al autobombo.

Justo, le dijo él una vez, acabas de confirmar mis sospechas: hipócritas dados a la autoflagelación, reprimidos temerosos del infierno, del primero al último... Lo que te hace falta es un poco de indolencia meridional, unos napolitanos sensuales en la familia. Irritada, Gwen se preguntó si acaso estaría echando de menos a Jenny Randazzo...

Hizo alto en las afueras de Lowell para tomarse un café y trató de llamar a

Gideon por el móvil. Sin respuesta; tan sólo el maldito contestador con la maldita voz de la maldita Dina y su tonillo entre mandón y superior. No dejó ningún mensaje. Echaba en falta a Gideon como quien sufre de una nefasta reacción química o de un repentino acceso de dolor. Alejarse de su lado le resultaba antinatural, y sentía como si las carnes se le desgarraran.

Llegó a Newburyport al atardecer. Cruzó la ciudad en silencio y dejó atrás el pequeño aeropuerto en dirección al Parker River Refuge. Mientras contemplaba Plum Island —una delgada línea estrellada en la noche enorme—, notó el olor del mar por primera vez. Llegó al jardín de la casa de su madre justo antes de la hora de cenar. Muy pronto le envolvieron los aromas familiares del que no terminaba de ser su hogar.

Katrina, que era bostoniana de origen, se había trasladado a vivir a Newburyport tras la separación. ¿Por qué a Newburyport? Porque su cuñada se lo dijo. Su cuñada, que no su propio hermano Richard, quien sin duda pensaba en Katrina como en la vergüenza de la familia, una fracasada merecedora de castigo (ahí sí que se notaba la huella puritana). Quien se lo dijo fue la mujer de Richard, la tía Sue, mujer convencional a más no poder, amante del hogar, con los colmillos protuberantes: una agente inmobiliaria que vivía en una granja de la época colonial con perros, marido, dos caballos y un hijo flaco y distante. Katrina había perdido el rumbo, y Sue le dijo: tengo la casa perfecta para ti; lo pasaremos muy bien juntos. Más tarde le bastó echar una primera mirada a Gwen (rechoncha, libresca) para sentenciar: esta niña tiene que ir a un internado. La tía llamó al responsable de los ingresos en Milton, donde el tío Richard había estudiado y el primo Rich (el primer amor de Gwen) estaba en último curso. Eso fue en los años setenta, época en la que una todavía podía conseguir que su sobrina ingresara en un internado de élite sin necesidad de acostarse con un miembro del consejo o comprometerse a financiar la construcción de una nueva pista de squash en el colegio.

Tras instalarse con Maddock en la casa de Addison Road, Katrina empezó a perder los nervios de forma espectacular. (Según parecía, y la cosa tenía su lógica, lo que en realidad andaba buscando tras separarse de Martin era un lugar tranquilo en el que dar rienda suelta a su locura.) Descuidaba el fuego de la cocina y las sartenes se le acababan agujereando. Tuvo un accidente con el Oldsmobile. Se bañaba desnuda en la revuelta sopa del Atlántico en pleno octubre. A su modo disparatado, aprendió a vivir sin un hombre. Aprendió lo que había que hacer (tras superar el inicial impulso de llamar a Sue) cuando se iba la luz, se atascaba una cañería o a Maddock lo pillaban hurtando un hacha en una ferretería y él alegaba que era porque tenía pensado ir a pescar bajo el hielo. La tía Sue le sugirió que adoptara un perro de compañía. Siendo como era, la tía ya tenía el cachorro preparado (la tía se llevaba a las mil maravillas con la madre del perrillo). Dicho y hecho, Snark pasó a vivir con Katrina.

Durante cierto tiempo posterior a la separación, a Katrina no había quien la

soportara. (Había que ver la cara del tío Richard cuando su hermana durante una cena le anunció que había encontrado el amor de su vida en la persona de su profesor de yoga, quien tenía las dos terceras partes de su edad y era gay.)

Martin por entonces volvió a casarse —no con la antigua Miss Costa Rica responsable de su ruptura matrimonial, ni tampoco con Jacey, sino con la de en medio, quien venía a asemejarse a una de las mujeres de Enrique VIII o al sexto pecado capital en el sentido de que una nunca se acordaba de cuál se trataba—, y fue entonces cuando ella por fin se calmó definitivamente. Se acabaron las vacaciones juntos como en los viejos tiempos, Martin ya no la llamaba para recordarle que tenía que hacer la declaración de renta. Ahora sí que se había acabado.

Recién entrada en la adolescencia y recién adscrita a la libertad en rebaño propia de los colegios de Nueva Inglaterra, Gwen a aquellas alturas no podía ni ver a ninguno de los dos. Los mensajes invitándola a llamar a casa —a ambas casas— se amontonaban en su contestador. Gwen empezó a sacar buenas notas, logro (o, mejor dicho, capitulación) que no era lo bastante cínica para confundir con una inteligencia privilegiada. Cuando visitaba la casa de Addison Road —esta casa en la que nunca había vivido—, lo hacía como quien se ve obligado a estudiar un fenómeno extraño, ansiando volver a su vida de todos los días, a sus libros. Le fastidiaba tener que andar quitándose del vestido los rubios pelos de Snark.

—Mamá, ¿la próxima vez por qué no te pillas un perro azul marino?

Una medianoche de navidad vio cómo su hermano pequeño, ciego por la mezcla de Percodan y dulzón licor Southern Comfort, estuvo en un tris de cortarse el índice derecho mientras jugaba a hockey en solitario en el estanque que había junto a la casa. Sentada en urgencias junto a las familias de los demás borrachos, decidió que la navidad próxima no iba a pasarla allí. Mejor le parecía quedarse en el colegio, donde los tutores la estaban apremiando a matricularse en la universidad con un año de adelanto, o en casa de Constance, cuyo padre era diplomático y decía estar en disposición de colocarla en las Naciones Unidas como becaria. Por entonces, Gwen asimismo había descubierto el ruso, un idioma tan difícil como el cálculo matemático o como los chicos de su edad, pero más sabroso.

2

La mañana del día de Acción de Gracias.

Gwen se despertó en el frío cuarto que Katrina nunca terminó de asignarle del todo, por mucho que en él hubieran algunas piezas de mobiliario procedentes de su antiguo dormitorio en el piso de la calle 93.

Las siete de la mañana. El dormilómetro interno de Gwen la lleva a despertarse a la hora de los días laborables, y de nada le sirve tratar de dormirse otra vez y volver a ese sueño en el que se colaba de rondón en el apartamento de Rivington Street para espiar cómo era la vida de Gideon con Dina y Ethan, momento en que se daba cuenta de que éstos últimos eran la esposa y el hijo de Gideon a todos los efectos legales.

Patético, señorita Lewis. Como si no tuvieras bastante con tus propios remordimientos, en sueños tienes que inmiscuirte en los problemas de otras personas.

Menos ocho grados, según el termómetro que hay en la ventana del baño. En la ventana hay una gruesa capa de hielo cristalizado en copos de nieve. El culo —frío después de la ducha con agua tibia— casi se le congela al sentarse en la taza. (¡Dile a Hal que arregle la caldera!) Al este, el cielo exhibe un azul de llama de gas, matizado por una baja mancha rosada.

Abajo, Maddock y su novia aún seguían durmiendo, si bien Hal ya se había encerrado en su «estudio». Su madre, descalza, fue la única que la vio rebuscar en los armarios de la cocina.

—Vaya, por Dios. Me olvidé de que tú bebes café.

—No pasa nada. Salgo un momento y compro.

—¿Te parece que te acompañe?

La oportunidad... no de hablar, pero sí de estar juntas, de rozarse los hombros. (Su madre era demasiado ausente, tenía demasiado miedo para sumirse en intimidades: si eras lo bastante cruel para contarle algo, te interrumpía preguntándose en voz alta dónde habría puesto las zapatillas o diciéndole monerías a Snark.)

Tras coger una taza de café Green Mountain y unos donuts en la estación de servicio, fueron a Plum Island para que Gwen viera el mar. El familiar traqueteo de los neumáticos sobre el puente abovedado. Inquietante, la belleza de primeros de invierno: las casas con tejados de pizarra, las dunas con hoyuelos, los juncos entre blancos y rubios. Aparcaron en un callejón sin salida y bajaron andando a la playa. Al ver el mar por primera vez, sentiste un nudo electrizante en el estómago, lo mismo que siempre.

Esta mañana tranquila, el Atlántico estaba revuelto de un color plateado y llevaba a pensar en una bobina continua de ondas metalúrgicas. Las islas Shoals eran visibles, apenas, así como la delgada, larga línea del cabo Ann en torno a ellas, muy cerca. Gwen y Katrina echaron a andar por la playa, sin apresurarse, mientras Snark las acompañaba dando vueltas a su alrededor. Hacía un frío que pelaba, y la arena se había congelado hasta formar una especie de compacto puré disparejo. Cuando Katrina se agachó para coger un palo que tirarle a Snark, Gwen no dejó de admirar su trasero alto y redondo, sus piernas largas y delgadas. Su tipo era tan delicioso que, a sus años —¿cuántos? Sesenta, eso era— parecía la hermana pequeña de alguien, ataviada como iba con zapatillas y un viejo chaquetón militar de Hal.

Era curioso: por muy tentadora que fuese su figura, cada vez que te acercabas a ella con intención de besarla, de un modo u otro ella se encogía, se quedaba petrificada o se volvía, en aquel instante decidía hacer un movimiento brusco, de forma que tus abrazos proyectados daban paso a un torpe embarazo, al fracaso.

En este momento estaba agachada, examinando lo que la resaca había dejado en la playa: un escurridor de hojalata, una cazoleta de pipa fosilizada por la sal: los objetos devueltos a tierra con los que hacía sus esculturas y collages. La arena era un

mosaico entre dorado y azul acerado de diminutas cáscaras de mejillones, trinchadas madreperlas. Almejas, patas de cangrejos azul índigo y naranja. Descoloridas ramas de árbol que semejaban astas de ciervos.

Frustrada, Gwen tiró un palo al agua y contempló cómo Snark —de cuerpo rechoncho y poderoso— se metía en el océano invernal para cogerlo. Al volver a la arena, el can se sacudió el agua de encima.

—¡No, cariñito! ¡Encima nuestro, no!

Gwen estaba estudiando último curso en Milton cuando su madre conoció a Hal. Un soltero tan pulcro como un ama de casa holandesa. Hal compraba leche en polvo por kilos porque salía más barata que la leche fresca. Horneaba su propio pan, integral de un modo agresivo. Vestía como un conserje de escuela, con pantalones que le llegaban a los tobillos de sus piernas ya cortas de por sí. (Era curioso el gusto de su madre por los hombres —pequeños terriers mandones— a los que les sacaba una cabeza entera.) Hal pasaba las vacaciones en Plum Island en una cabaña sin electricidad ni agua corriente, pero con un gran ventanal al exterior. Y fue a través de ese ventanal donde vio por primera vez a la madre de Gwen, caminando y mojándose los pies por la orilla con su labrador. Momento en que se dijo: esta chica me interesa; ella también puede vivir sin calefacción.

Hal era neurobiólogo y años atrás había realizado un trabajo de importancia en el campo de la coordinación entre ojo y cerebro. Cuando Katrina lo conoció, ya se había convertido en jefe de departamento en un instituto de investigación cercano a Boston. Gwen y Maddock desde el primer momento se sintieron unidos en la repulsión que les producía este no mamífero patológico controlador de las vidas ajenas.

Por su parte, él (que se negaba a entrar en debates cuasipaternos sobre lo que convenía hacer con Maddock) les regalaba con enigmáticas conferencias sobre el compost y los tanques sépticos. Cuando Gwen pensaba en Hal, esto era lo que veía: el desvencijado retrete exterior de su cabaña de Plum Island, que daba a un pozo sin fondo rebosante de excrementos. Un hombre que empezó pensando en el cerebro había acabado por obsesionarse con la mierda.

3

—¿Por qué será que esta costa, estas playas son tan bonitas? ¿Será porque son nuestras?

—No sabría decirte —respondió su madre—. No he estado en ningún otro sitio. Soy la persona menos viajada del mundo.

—Cuando te casaste con papá, ¿adónde fuisteis de luna de miel?

No hace mucho que puedes mencionar a Martin en su presencia. (Él, por contraste, no para de hablar de ella, de chismorrear sobre su vida con satisfacción de propietario, como si Katrina fuera una tía-abuela de carácter imposible.)

—A Paradise Island. A Martin... A tu padre le gustaba mucho jugar. Entre la medianoche y la hora del desayuno, apenas si lo veía.

(Sin quejarse, como diciendo: los hombres son así. Difíciles. Lo que una tenía que hacer era adaptarse. El padre de Katrina, un geólogo casado con una danesa, era difícil de otro modo: duro, distante, autoritario. Martin, que a primera vista era muy simpático, en su momento le debió parecer un chollo de hombre.)

—Pero, la verdad... El Caribe a mí me dejó indiferente. Demasiado verde. Demasiado calor. No es como aquí. —La insistencia inflexible de su madre, una insistencia de puritana pero también de pintora, en que el gris en realidad era el color más bonito, pues subrayaba todas las demás tonalidades—. ¿Te acuerdas de cuando la playa siempre estaba sembrada de cristales de botellas? Azules, verdosos. Los marrones eran tan corrientes como... como las botellas de cerveza. Ahora, tropezarse con un cristal es como encontrar una pepita de oro. Todo lo que hay es plástico.

—Así que Bonanno ha cerrado. —Un kiosco en el que vendían unas almejas incomibles y al que solían ir durante los años en que Katrina se negaba a cocinar.

—Qué pena, ¿verdad? Tras la muerte de Clay, Dorothy ya no podía seguir llevando el negocio a solas. Y entonces vino el incendio... Al final se ha ido a vivir a Florida. Lo que ha hecho todo el mundo, menos Hal y yo.

Su madre se agachó para recoger una concha de mejillón. El interior de madreperla era tan delicado como la pizarra y se desintegraba entre los dedos.

—¿Cómo está Sue?

—Lo lleva... lo mejor que puede. Pero ha sido muy duro para ella.

El tío Richard había muerto el año anterior, de forma muy rápida, cinco o seis meses después de que le diagnosticaran como cáncer de hígado un dolor que sentía en el costado.

—Te he dicho que Sue este año pasará Acción de Gracias en casa de Rich, ¿no?

—Sí. ¿Rich también estará?

—¿Rich estará dónde?

Rich, el apuesto adolescente hoy transformado en un geólogo parco en palabras, lo mismo que su abuelo, con el pelo prematuramente gris, empleado en una compañía petrolífera, con una mujer parlanchina como una cotorra (tan eficiente como la propia Sue, eso sí) y tres hijos. Gwen sospechaba que Rich utilizaba la geología como excusa para pasar temporadas enteras en Azerbaiyán u Omán, lo más lejos posible de su familia en Fairfax.

En la familia Maddock había cierto gen masculino predispuesto a la desaparición. A estar en un lugar y a no estar allí a la vez. Y las mujeres, a su modo peculiar, no se permitían tener presencia propia, como no se permitían establecer vínculos, una comunión real con los demás. Se contentaban con hablar en un tono forzosamente alegre y considerarse muy afortunadas por contar con un marido que pagaba los recibos y las dejaban en paz.

—¿Te he dicho que hace poco vi al padre de Campbell en una fiesta en Cambridge?

—Sí, me lo dijiste.

—En casa de los Brookhiser.

—Ajá.

Gwen se preguntó si el señor Gordon le había comunicado a su madre y a su padrastro que los chavales habían cortado su relación. A saber. ¿Campbell se lo habría dicho a su padre? ¿Los demás les decían estas cosas a sus padres? A saber.

Katrina y Campbell se llevaban bien: ambos eran personas corteses y estoicas con visión a largo plazo, dispuestos a sacrificar los peones a fin de ganar la partida final. Su madre se llevaría una verdadera decepción si se enteraba de que Gwen había mandado a Campbell a tomar viento. Ella misma no debía de tener muchos años más que Gwen cuando Martin la dejó, y el catastrófico abandono del hombre al que quería había terminado por formar una especie de quiste en su interior. La ruptura de un arreglo tan deseable no la iba a comprender jamás. Sin duda, se pondría del lado de Campbell.

—Toma, mami, aquí tienes otra —repuso Gwen, recogiendo una azulada pata de cangrejo. Con todo, no quería contarle a su madre lo de Gideon, como tampoco quería que se preocupara por el hecho de que seguía siendo soltera pasada la treintena. Así era el mundo moderno, un mundo en el que los padres se casaban y recasaban mientras los hijos insistían en seguir solteros. Como Maddock solía decir, tanto su padre como su madre habían venido a casarse repetidamente de penalti. Pues esta vez voy a ser yo quien se case de penalti, si es menester.

Al cabo de un par de minutos, la pasiva vaguedad de su madre —su negativa a mencionar según qué cosas, a reconocer que estaba enterada de cosas, una de las facetas, de origen danés acaso, de su rubia sangre mezclada— terminó por poner a Gwen de los nervios.

—Tienes que arreglarte ese diente de delante.

—Sí, claro. Me lo rompí al morder un poco de arenilla mientras comía ensalada en casa de tu tía Sue...

—Me acuerdo. Eso fue el verano pasado. Si no lo arreglas, iré a peor. Que te pongan una funda como es debido. ¿Es que el seguro médico de Hal no cubre el dentista?

—Cariño, yo ya soy vieja. Los dientes los tengo viejos. Se supone que tendría que ser yo la que te diera la lata para que fueras al médico, ¿o no?

4

Gwen no fue ni a Harvard, ni a Yale ni a Princeton, ni a ninguna de las otras universidades que el dios de los destinos adecuados hubiera podido reservarle.

Gwen se saltó el último año del bachillerato e ingresó en Ann Arbor, Michigan, universidad que contaba con uno de los mejores departamentos de ruso del país. Donde un grupo de exiliados soviéticos —filólogos, matemáticos, poetas, disidentes profesionales— la instruyeron como si Gwen estuviera destinada a convertirse en un topo de la Guerra Fría. Le enseñaron a beber vodka acompañado con arenques en la

mesa de la cocina y a contar chistes de humor negro. Un verano entró como becaria en una editorial dirigida por eslavófilos que traducían al inglés los *samizdat* irreverentes y groseros que a los rusos nativos podían costarles años de encierro. Gwen conoció personalmente a todas las figuras legendarias y se sentía como de plástico por no ser como ellas: con sesenta años, enfisema, marcapasos y una ficha policial en Rusia que ascendía a las mil páginas.

Michigan estaba todo lo lejos de Newburyport que era posible, o eso pensaba Gwen. A Maddock le llevó varios años ir a visitarla. Su hermano, que por entonces llevaba años fumando porros a diario, lucía un diente frontal medio podrido por efecto de sus anteriores devaneos con la metanfetamina.

Por entonces Maddock había sido expulsado de Abenaki y de los otros dos internados de tipo cada vez más militarizado cuyo ingreso le había procurado Sue y que Martin se había encargado de financiar. Al final dejó los estudios por completo, cuando aún le quedaban un par de años de bachillerato. Cuando se presentó a visitarla en Ann Arbor iba de camino a San Francisco, donde iba a encontrarse con una chica a la que había conocido hacía poco. Por el camino había estado durmiendo en terminales de autobuses, y olía todo lo mal que un chaval puede oler: a una mezcla ponzoñosa de jarabe de codeína, vómitos y cigarrillos mentolados. Gwen le permitió quedarse con ella varias semanas y finalmente le compró un billete de avión para San Francisco.

La siguiente vez que lo vio —en la boda de Katrina y Hal—, Maddock se había dejado unas patillas de hacha, hablaba en un tono entre confuso e irritado, y estaba empleado como constructor y reparador de tejados cerca de Hanover.

Él y su amigo Buddy hoy dirigían su propia empresa de construcción de tejados al otro lado de la frontera del estado de New Hampshire, muy cerca de la casa de Katrina. En una comarca rural y pantanosa en la que ambos se dedicaban a cazar patos en el otoño.

El Maddock de Gwen —el renacuajo flacucho, siempre con la nariz moqueante, el niño que se orinaba en la cama y por las noches tenía frío— ahora pesaba 100 kilos de sólida carne proletaria.

5

Maddock y su novia habían llegado a última hora de la noche en un Dodge Ram plagado de abolladuras.

La chica era joven: veintidós años. Tenía el pelo rubio pajizo, lucía una cinta roja en el pelo y exhibía un inquietante aire de serenidad. Se llamaba Riley de nombre, su madre era enfermera y su padre era jugador profesional de golf en Fernandina Island. Sin que la cosa terminase de estar clara —así era la vida en Estados Unidos, impredecible como una partida de ajedrez jugada por un idiota—, había ido a aterrizar en Rye, New Hampshire, donde por las noches trabajaba como camarera y durante el día estaba estudiando en la universidad del estado.

Impresionada a su pesar por el valor que suponía lucir aquella cinta roja, pensó: ¿Y ésta qué quiere de mi hermano? Poco caritativa, se preguntó si Riley se habría oído que la familia tenía dinero, el dinero que Maddock, tacaño como siempre, sin duda tendría a buen recaudo.

A Maddock, que nunca volvió al instituto para terminar sus estudios, le gustaba debatir sobre la guerra bioquímica y las economías asiáticas. Gwen tenía la impresión de que Maddock estaba empezando a parecerse a su padre, por mucho que careciera de la voluntad y la ambición de Martin. A un cruce entre su padre y Unabomber. Sin alterarse en lo más mínimo, Riley había dejado caer que por las noches, después de recogerla en el trabajo, Maddock se quedaba despierto hasta tarde mirando viejas películas de guerra. Hasta que se quedaba dormido en el sofá mientras seguían resonando las ametralladoras.

Cazadores de patos en el pantano, pescadores en el río. Cuando Gwen y Karina volvieron a casa —después de comprar más cerveza en el 7-Eleven—, era mediodía ya. Maddock seguía durmiendo. Riley estaba en la cocina, planchando las servilletas y el mantel que había encontrado en un cajón, guardados junto a las conchas para el marisco y los pinchos para las mazorcas de maíz.

Y Hal —quien desde la llegada de sus hijastros se había pasado el día entero serrando y apilando leña para la estufa de hierro que caldeaba (en teoría) la sala de estar, tras insistir ante Maddock en que no necesitaba ayuda y obligar a Gwen a quedarse sentada donde estaba absorbiendo como un lagarto el calorillo de la estufa al que ella tampoco había contribuido—, Hal ahora estaba ocupado en envolver unas codornices minúsculas (compradas por catálogo a una empresa de Carolina del Norte) en hojas de parra marinadas. Con ellas hizo una brocheta, y las codornices de pronto asemejaron calcetines tendidos a secar. Idóneo para llamar la atención ajena e higiénico a más no poder, justo lo que Hal precisaba incluso en Acción de Gracias. Era típico de él desdeñar un gran plato familiar a favor de unos micropájaros envueltos de forma individual.

—Es una receta que salió en el *Boston Globe* —explicó Katrina, con timidez—. Una receta griega.

Maddock finalmente salió del dormitorio de la planta baja vestido con pantalones militares y un calcetín pero descamisado. En busca de una cerveza. El pelo rubio oscuro y abundante. Se había convertido en un hombre de pecho fornido, como papá, aunque más alto. Ahora estaba mirando cómo Katrina preparaba la ensalada César.

—La verdad, mamá, yo no creo que los peregrinos comieran ensalada...

—¿Ah, no? —aventuró Gwen, que estaba sentada en la mesa de la cocina—. ¿No te acuerdas de lo que Jesús dijo: hay que darle al César la ensalada que es del César?

(Y a Dios las anchoas.)

—¿Y si preparo un poco de *pemmican*?^[8] Para que la comida sea un poco más especial.

—¿Pelícano?

A las dos, se sentaron a la mesa, que estaba cubierta, gracias a Riley, por el mantel de la familia de la madre de Katrina. Gwen abrió dos botellas de Châteauneuf, si bien Maddock optó por una cerveza Coors.

—¿Nadie va a decir la bendición? —inquirió Riley. No sin dirigir una mirada de reproche a su novio, quien ya tenía la cara llena de churretes de grasa de pájaro.

—Ah, me olvidaba de que con nosotros se encuentra una creyente.

Como resultaba de esperar, Hal era ateo. La mayoría de los científicos que Gwen había conocido asimismo lo eran. Ateo militante, como si la religión fuera un insulto a su omnipotencia personal. Tan sólo en Rusia había conocido a científicos lo suficientemente sardónicos y modestos para reconocer la existencia de un Creador. (¿O acaso simplemente se trataba de la esperanza de que un ser todopoderoso resolviera las pifias cometidas en la vida y transmitidas a las dos generaciones más jóvenes para que éstas se apañaran y trataran de solventarlas?)

—Venga, Riley, tienes que responderle —dijo Maddock. El nerviosismo de los remordimientos masculinos. Sin ni tan sólo saber qué había hecho mal, ya estaba dispuesto a aceptar una reprimenda.

—Es verdad. Igual podrías responder con un «abracadabra». Yo creía que las chicas jóvenes e ilustradas de hoy érais todas wiccas.

—¿Qué es eso de wicca? —preguntó Katrina.

—La palabra *new age* para denominar a una bruja —aclaró Gwen.

—¿Estás sugiriendo que Riley es una bruja? —preguntó Maddock, jovial pero con retintín.

—Nada de eso. Simplemente he leído que la adoración de las diosas vuelve a estar de moda.

6

En las celebraciones familiares hacen falta niños que aporten un refugio de alegría y de palabras, que animen las horas interminables, que justifiquen todo el montaje. Gwen y Maddock eran adultos, pero seguían siendo demasiado infantiles para haber formado sus propias familias, para haberle dado a su madre algo nuevo que amar. Era la verdad, y Gwen lo veía así: los padres en el fondo no querían a sus hijos adultos. Los hijos adultos eran irritantes, sólo traían problemas, se mostraban hoscos al verte y estaban empeñados en juzgarte constantemente y de forma nada discreta. Te echaban la culpa del confuso embrollo en que estaban convirtiendo sus propias vidas. Venían, cenaban, se molestaban, se ponían a discutir con tu marido, se mostraban condescendientes con tu trabajo, tu comida, tus amigos, te empequeñecían. Entonces se iban, dejando un desorden y un hueco a sus espaldas. Sus acusaciones seguían flotando sobre tu cabeza. Sin que pudieras responder a ellas, pues no habían sido formuladas de forma explícita.

Hal —igual de infantiloides— en este instante estaba monopolizando la atención de Katrina: con su voz que era un murmullo le estaba hablando de cierto biólogo

molecular de Stanford a quien quería fichar para el instituto, el hombre iba a venir de visita en diciembre, podían invitarlos a él y a su mujer al teatro o a un concierto. ¿Dónde había dejado el calendario del Arena? A continuación, medio en broma medio en serio, se burló de las vistosas patillas de Maddock.

Saltaba a la vista que Katrina estaba en modo de alerta roja, dispuesta a cortar de raíz el primer conato de discusión política. (Gwen se preguntó si su madre se habría fijado en las pegatinas contra el aborto que Maddock había fijado a su coche. Unos eslóganes cuya agresividad estaba de más: ¡como si a alguien le gustase matar a unos niños que nunca habían llegado a nacer!) Katrina se mostró aliviada cuando la conversación se trasladó a las cuestiones locales: un pesquero se había estrellado junto a la costa de Gloucester.

—Seguro que esos tipos estaban durmiendo —dijo Maddock—. Tendrían el barco en piloto automático. ¿Qué otra cosa iban a estar haciendo esos tres en la bodega?

—Puede ser, pero los guardacostas tendrían que haber llegado antes a socorrerlos —intervino Riley.

—Me temo que los guardacostas de por aquí andan demasiado ocupados en perseguir a los traficantes de drogas como para darse cuenta de que un barco se está hundiendo —apuntó Hal.

—¿Traficantes de drogas por aquí? —preguntó Katrina con incredulidad. Tal como ella lo veía, el tráfico de drogas era cosa que sucedía en las sucias aguas del Sur, en mares menos impecablemente grisáceos.

—No seas ingenua. Ahora que se ha acabado la pesca, ¿cómo crees que se ganan la vida los pescadores?

—Es triste, sí —confirmó Katrina a Gwen—. El bacalao se está convirtiendo en un artículo de lujo. En el súper ya sólo venden ese surimi artificial que producen en el Pacífico. La forma de vida tradicional de esta zona está desapareciendo. No sé qué va a ser de todas esas familias de pescadores portugueses e italianos de Gloucester... Ya sé que es importante proteger las reservas pesqueras, pero...

—Lo que pasará será que todo el mundo acabará trabajando para McDonald's, te lo digo. Así es la globalización —dijo Hal, mirando a su alrededor con expresión triunfal.

—Trabajar en un McDonald's no tiene nada de malo —contestó Maddock—. Mejor eso que morir ahogado a los treinta años. Nunca he entendido qué tiene de romántica la vida de los pescadores. Si algún día tengo hijos, antes prefiero verlos trabajando en la cocina de una hamburguesería.

Una posesividad inquietante cuando en ese momento fijó la mirada —con agresividad incluso— en la muchacha del pelo rubio pajizo. Riley se contentó con bajar la cabeza y concentrarse en su codorniz, cuya envoltura de hoja de parra empezó a cortar en pedacitos con el cuchillo y el tenedor, como si se propusiera dárselos a comer a un niño pequeño.

Gwen atisbó la rápida mirada que Maddock y Katrina entrecruzaron, la pregunta

hecha en secreto que de pronto se transformó en la sonrisa de quien está en el ajo. A veces daban muestras de seguir compartiendo aquel secreto entendimiento mutuo que nada tenía que ver con la palabra hablada, sino que tenía origen en los años en que vivieron juntos y a solas en esta misma casa.

Katrina se levantó para traer el pastel (horneado en casa con los arándanos del verano) de la nevera. La receta era de la tía Sue, y en principio tendría que haber salido bien, pero Katrina había hecho la masa con harina integral, y como solía suceder con sus pasteles, el resultado llevaba a pensar en una confección artística de parvulitos: cartón ornado con pegamento azul.

Gwen de pronto se puso rígida.

—Mierda. Al final no compramos café...

O sea, Katrina se había acordado de comprar nuevas remesas de la cerveza preferida de Maddock, pero otra vez se había olvidado de los gustos de su hija. Gwen de repente se quedó lívida, como si la ausencia de café fuera prueba incontestable de que a ella nunca la habían querido. En el fondo de un armario de la cocina más tarde encontró una lata de café Chock full o'Nuts pasado. Pero no había filtros. Hal empezó a darle la murga sobre lo estupendo que era el café hervido en cazo al estilo cowboy del salvaje Oeste.

Más previsora, Riley había traído su propia provisión de té de menta, que ella también bebió, con los dedos translúcidos y enrojecidos por el frío cerrados en torno a la taza hecha por la propia Katrina.

Rojas estrellas de mar sobre un fondo ocre, inspirado en los mosaicos romanos. Aquel había sido el primer amago de intento de curación, después de que Katrina se mudara a Newburyport: la alfarería que una vez por semana cocía en un horno cercano. Platos con manchones a rayas, feísimos a más no poder, que Katrina y Maddock se apresuraron a romper, como invitados a una boda griega.

Mientras miraba a Riley beberse su té, Gwen tuvo la intuición de que esta chica había venido para quedarse. ¿Algún día llegaremos a tenernos verdadero afecto? Se suponía que tal era lo que sucedía entre cuñados: que los puntos de fricción se iban limando con el tiempo. En aquel momento recordó que su madre una vez le dijo que cuando el tío Richard por primera vez le presentó a Sue, lo primero que Katrina pensó fue: Por Dios, ¿por qué no se arregla un poco los dientes?

7

—¿No estás helada? —pregunta Gwen. Más para fastidiar al roñoso de Hal que por verdadero interés personal.

—No —responde Riley—. En la casa de Maddock hace muchísimo más frío. —Lo monótono de su voz indica que no tiene ninguna intención de buscar su complicidad y ponerse a criticar a los hombres.

—Me dicen que estás en último curso de la universidad...

—Voy a licenciarme en informática y educación especial para niños con

problemas. Quiero aprender a usar los ordenadores para enseñar a los niños con problemas para aprender.

—Ajá —dice Gwen con vaguedad—. ¿Cuándo te licencias?

—En junio.

—¿Qué tienes pensado hacer entonces?

—Casarse conmigo —interviene Maddock—. Tener hijos conmigo. —¿Cómo se las ha arreglado para estar trompa tan pronto? ¿Un chaval fuerte como él, que sólo se ha bebido unas pocas cervezas?

—Me han ofrecido trabajo en una escuela que la Christian Academy tiene en Dover —responde Riley, mirando a Maddock como quien dice: qué más quisieras tú.

—Riley es un genio de las matemáticas —tercia Maddock con orgullo—. Nos lleva la contabilidad de la empresa, y lo tiene todo informatizado.

—Para Maddock, con eso basta para ser un genio de las matemáticas —dice Riley—. ¿Es cierto eso de que tuvo que repetir álgebra tres veces?

—Pues no lo sé. Yo no estaba allí.

—Tienes que venirte a trabajar conmigo y con Bud —interrumpe Maddock. Sin mirar a su hermana—. Te pagaremos mejor que esos subnormales cristianos.

Otra mirada fulminante. Riley vuelve a dirigirse a Gwen.

—Hoy día cualquiera puede llevar una contabilidad —explica—. Lo único que hay que hacer es aprenderse el programa.

—¿Cómo está Nueva York? —pregunta Maddock a Gwen de forma abrupta—. La última vez que estuve en esa ciudad asquerosa fue hace ocho años o así.

Maddock está furioso con Gwen. Todavía lo sigue estando. Está furioso con ella porque ha crecido y se ha convertido en una señorita que lleva zapatos de tacón y trabaja en una oficina. Está furioso con ella porque cree —erróneamente— que su residencia en Manhattan implica que ha tomado partido por Martin. (A su vez, ella lo desprecia a él por esconderse bajo las faldas de su madre.) Maddock le tiene tanta rabia que ni mirarla a los ojos puede, tanta que enrojece vivamente cuando (de mala gana) le habla.

Un día van a tener una pelotera con todas las de la ley. Él gritará, ella gritará, ambos llorarán un poquito, y tan sólo entonces serán capaces de contarse algunas de las cosas que les han sucedido en los años transcurridos desde que fueran co-conspiradores, compañeros temerosos, pero entretanto siguen paralizados, fingiendo que se han convertido en adultos que nada tienen en común. Que han escogido unos caminos en la vida que, lo que son las cosas, ambos desdeñan del otro.

—Las cosas han cambiado desde entonces. Tendrías que venir a visitarme —responde Gwen—. Los dos. Tengo habitación para invitados.

—Lo que soy yo, últimamente no voy ni a Boston —dice Maddock—. No vale la pena pasarse dos horas atascado en el tráfico para ir al estadio. Mucho mejor resulta ver el partido en casa por la tele. Oye, ¿es verdad eso de que en Manhattan ahora por todas partes hay muros de escalada para que los abogaduchos se relajen subiéndolos,

como si estuvieran haciendo alpinismo en las Montañas Rocosas?

—Cariño —interviene Katrina—, ¿has visto mi nuevo estudio?

Al momento se lleva a Gwen al estudio que Hal le ha construido en el antiguo cobertizo del jardín. Una celda húmeda, piensa Gwen con mala uva, con una ventana que en vez de dar al jardín da al tendedero de la colada.

8

Estaba atardeciendo cuando Gwen dejó atrás a velocidad excesiva el pequeño aeropuerto y cruzó el puente. Tras acuclillarse detrás de una duna, prendió (protegiéndolo del viento con la mano) uno de los puritos de Gideon, encontrado en el interior de una cajetilla olvidada en el bolsillo del azul tabardo de marinero que llevaba puesto en el momento preciso en que pulsaba la tecla de memoria con el número de La Merced. El contestador. Probó a llamar al piso de Rivington Street. Ring, ring. Que no se ponga Dina. O Ethan, con su voz de pito.

Alguien respondió. El crepitar de una conexión que es fatal. La voz áspera saludó con un «hola» algo desconfiado, y Gwen en ese momento sintió que se fundía, que en un tris estaba a punto de romper a llorar.

—Menos mal que te he encontrado. Estaba empezando a... a ahogarme.

—¿Ese ruido que se oye es el Atlántico, o es que la conexión es mala? Oye, no te me ahogues. —Y en voz más baja—: Mi reina del cielo, no vuelvas a marcharte y dejarme solo otra vez. No puedo volver a pasarme más tiempo desgwenado. Tienes que contarme todo lo que has hecho desde... ¿Hace frío por ahí? ¿Te están tratando bien? ¿Cómo va tu dolor de cabeza? ¿Cómo va tu coñito? ¿Cómo va el rey del compost?

—Ni tengo fuerzas para contártelo... Es demasiado deprimente. ¿Y tú?

—La verdad, no sé qué es lo que me pasa. Tendrías que haberme visto. La cena la hicimos en casa de Dan y Dina, con todos mis amigos, con los chavales del Rigoberta Menchú... También vinieron Julio y su novia, y Janina y... Y lo que yo quería era salir por piernas de la puta cena. Andaba de un humor de perros, hasta el punto de que más de uno me preguntó si estaba enfermo. No lo entiendo: parece como si el amor me llevara a detestar a la gente a la que se supone que quiero.

A su vez, ella intentó/no logró explicárselo todo. Lo mezquino de la vida que su padrastro le había impuesto a su madre, una mujer cuya previa capacidad para la alegría espontánea sin duda le ponía los cojones por corbata. Su hermano, en quien a ella le resultaba imposible pensar.

—Pero ya que estás ahí, mejor será que aguantes y te quedes —dijo él—. Dentro de tres días volveremos a estar dentro el uno del otro, y nunca más dejaré que te vayas. Tengo previsto vivir y morirme en el trigo apilado de tu estómago. Porque eres única, porque eres perfecta.

9

Para Gwen, Maddock sigue teniendo ocho o nueve años, diez como mucho: la cara pálida; grandes ojeras oscuras; una boca ancha sardónicamente conformada; siempre resoplando. Los dos siguen viviendo en Nueva York, durante el último año, aunque no se den cuenta de ello.

Y ésta es la imagen definitoria que Gwen siempre tiene en mente, nítida como un sueño: en Central Park, Gwen vuelve con su clase al colegio, y de pronto se cruzan con la clase de Maddock, que ha salido a jugar a fútbol. Entre la hilera de alumnos del grupo se encuentra Jennifer Kaplan, quien está bromeando con Jason Schwartzman, y Gwen también ve a Gilford Morrissey. Gwen está buscando a Maddock con la mirada, y por fin lo ve, bastante rezagado de sus compañeros, vestido con la camiseta azul de la escuela que ha personalizado tiñéndola de violeta. Los pantalones cortos una y otra vez hacen amago de caérsele flaco culo abajo.

Él en ese momento también la ve y le dirige una mirada entre irónica y resignada en la que también se adivina cierto infinitesimal atisbo de expectación. Dos presos en el patio de la cárcel. Que no se hablan porque no necesitan palabras para entenderse. Oh, mi Maddock, piensa ella. ¿Quién era el que se suponía que tenía que proteger al otro? Se acuerda de cuando les dio por hurtar cosas en la calle 86, salamis húngaros, una armónica Hohner y un abanico de bambú de Azuma que escondieron en los bolsillos de sus invernales parkas acolchadas. Se acuerda de la vez en que a Maddock lo pillaron echando mano a un pomo de jade en un anticuario de la Tercera Avenida, y ella, que estaba esperando fuera, tuvo que entrar en la tienda para sacarlo del apuro.

Se acuerda de Maddock y de los jueces y comerciantes con rostros angulosos de la bahía de Plymouth cuyo nombre sigue llevando, de los predicadores luteranos daneses y de los mercachifles ruso-judíos cuya sangre se mezcló para dar origen a su hermano, y entonces piensa en Maddock y en la vida que éste lleva en su casucha de hierro corrugado junto a la autopista 1A y el solar en donde están aparcados los camiones y furgonetas de una feria ambulante. Piensa en Maddock (escondido tras el solar con remolques decorados con leyendas como «¡Salchichas fritas rebozadas!» «¡Buñuelos fritos!» «¡Fiesta familiar!»), quien se queda dormido todas las noches delante del televisor como si tuviera setenta y cinco años, y a Gwen de pronto le entran ganas de morir.

Las ojeras oscuras, el trasero flacucho, las rodillas despellejadas. Ay, mi niño, el tontorrón de mi hermano.

En su momento se pusieron de acuerdo para ser malos alumnos en Dalton, a fin de que los expulsaran juntos. Pero ella lo traicionó cuando hizo que la enviaran al colegio preparatorio y ya no volvió con él. Cuando decidió tomarse las cosas en serio. Cuando aprendió un idioma desconocido para su hermano.

Mientras que él por su cuenta siguió siendo fiel al pacto establecido en la niñez. Lo detuvieron por robo y se libró gracias al tío Richard. Lo expulsaron de Abenaki tras ser falsamente acusado de violación. De un colegio de segunda fila pasó a otro de tercera, rápidamente y sin rumbo. Se dedicó a recorrer el país en autobuses de la

Greyhound. A hacerles mamadas a hombres casados tan patéticos como violentos en los retretes de las estaciones de autobús a cambio de diez dólares. La temporada que pasó en un refugio de San Francisco para adolescentes fugados de casa. Las llamadas a las dos de la madrugada o más tarde. ¿Acepta una llamada a cobro revertido de...? ¿Qué fue lo peor que te pasó? Mejor no te digo, dijo él. Pilla el billete y lárgate, dijiste tú. Mi Maddock..., dijiste.

10

Esto es lo que recitaban uno tras otro, Julio y Hester y Janina, con voces apagadas que resonaban en el auditorio en silencio. El salmo comunal de *Gracias, pero no*. Gracias por la viruela gracias por la sífilis gracias por el asfalto gracias por el amianto gracias por el edificio Chrysler gracias por las enfermedades y las curas gracias por los colores a juego gracias por la conciencia del color gracias por la ley gracias por los Moses, Robert, la abuelita y Rabeinu gracias por los dólares verdes gracias por los espaldas mojadas gracias por el alfabeto gracias por los Picapiedra gracias por crear las injusticias y eliminarlas después gracias por el violoncelo gracias por la minimización del destino en los asuntos humanos gracias por Emily Dickinson y Walt Whitman y el ferry de Staten Island y el puente de Brooklyn gracias por la doble contabilidad gracias por los Braves gracias por Rashida mi hermana pequeña que se cayó por una ventana gracias por nosotros y ellos gracias por la estrella de la noche.

LIBRO TRES

CAPÍTULO UNO

Diciembre de 1995. Lower East Side, Manhattan.

Un día en la vida de un marionetista tan versátil como impecune. Un día tranquilo; sus compañeros están trabajando en sus empleos del día mientras Gideon está pensando adónde ir con la compañía en el futuro próximo.

Después de llevar a Ethan al cole (el frenético recorrido desde la calle 79 Oeste al Lower East Side en el sur de Manhattan, otra vez para arriba hasta la 83 Oeste y para debajo de nuevo a Delancey Street; su vida transcurre en las tripas de la red neoyorquina del metro, condenado a viajar en líneas fantasma como la B y la F, a transbordos en las estaciones de la calle 34 o el Rockefeller Center), entra en un J&M para ver chequear el precio de un calentador, en un Kinko's para mirar el correo electrónico de la compañía. Llega a La Merced unos minutos antes de las diez, sube a la planta superior para ver a Sancho, quien está siendo entrevistado por un periodista de *El Pueblo* en relación con los planes que tiene el alcalde de desalojarlos del edificio. Charlan un poco y evalúan posibles estrategias legales. Gideon luego baja por las escaleras, se pone unos calzoncillos largos de felpa y unos mitones para combatir el frío. Se prepara un café, hojea los periódicos y telefonea a Abel Ibarra al New Theater. Abre el correo mientras la secretaria electrónica del New Theater informa sobre la temperatura que hace en el Midtown, el tráfico congestionado en el Cross Bronx, donde ha volcado un tractor con remolque... Gideon se dice: pero si lo que yo quiero es hablar con los del teatro. Por Dios, ni que estuviera llamando al director de la Reserva Federal.

—Hola Gideon, colega. ¿Cómo va eso? —Lo de «colega» está tan pasado de onda que casi suena a epíteto con encanto retro y presto a ser adoptado por los más modernos. Casi, pero no, Abel.

Ya son las once de la mañana, y por la puerta entreabierta aparece el primer visitante del día: un joven israelí de diecinueve años procedente de un *kibbutz*. Amnon es robusto, un tanto grosero de modales, ha estado trabajando como técnico en la producción de la versión palestino-israelí de *Barrio Sésamo*, quiere entrar como voluntario en *Pants on Fire*, pero hay el problema de que no tiene permiso estadounidense de trabajo. No pasa nada, dice Gideon, te vienes con nosotros pero oficialmente no estás trabajando. Gideon quizá sea la única persona del mundo —

junto con Dina— a quien los israelíes le caen bien, acaso por un prurito entre esnob y masoquista.

Al salir, Amnon se cruza con Emma, una alumna de Columbia con un cuerpazo espectacular que está redactando una tesis sobre *Infernal Combustion* y quiere que Gideon la ilustre sobre las andanzas de Jerome durante los años ochenta. Caitlin te lo podrá contar mejor que yo, responde él. (Caitlin tiene una mente más reflexiva y analítica, así que le dirá cosas como: Durante los ochenta Jerome estuvo frontalmente opuesto al reaganismo, pero finalmente decidió que la posibilidad de diálogo político en Estados Unidos se había terminado para siempre. Desilusionado con los movimientos de izquierda, que le parecían cada vez más irrelevantes, terminó por sumirse en la amargura...) La chica insiste, así que le da algunas respuestas mientras rebusca el número de Caitlin en sus distintas agendas. Se acuerda de que empieza por 914 783, pero de los últimos cuatro números no se acuerda.

Cuando finalmente encuentra el papelito con el número de Caitlin, Carlos de pronto entra para inspeccionar la ventana que Sally rompió. Gideon le muestra el cristal nuevo que él mismo ha puesto. Carlos, que a todas luces otra vez está de mal humor, le dice que la masilla que ha usado es una birria. Aprovecha que está allí y se pone a criticar a Sancho. Con melancolía, Gideon contempla a la chavala de Columbia marcharse por la puerta mientras se despide de él con un informal meneo de los dedos. El próximo en aparecer es un artista eslovaco cuyo nombre no recuerda con exactitud —Dushan? Duvar? Duduá?— que ha venido a visitar a Isaac Hooker, este rubio fornido y grandullón que hace películas experimentales, y aprovecha para invitarle a él y a Dina a una exposición que se celebra en el Centro de Arte Checo.

Un telefonazo de Joyce Glasher, de la Universidad de Nueva York, que ha invitado a la familia Ragusa del *Piccolo Teatro* a asistir a un festival de arte italiano. Un telefonazo de Dina, quien le explica que ha leído un artículo del *New York Press* sobre los artistas de performance del Lower East Side. En el artículo se habla de los Little Green Men y sale la pelmaza de Hillary Katzenbach haciendo declaraciones, pero a ellos ni los mencionan. Ah, no, aquí se habla de nosotros... Pero en un recuadro aparte en la página 14. Pues qué bien. Gideon, que tiene la última edición en el regazo, en todo caso subraya el nombre de la compañía con rotulador fosforescente y lo guarda con intención de hacer fotocopias para el dossier de prensa que incluirán en el próximo mailing. El periodista del *Press* asegura que el arte de las marionetas está viviendo una especie de renacimiento en Nueva York, lo que Gideon se toma como indicio seguro de que la escena está acabada y ha llegado el momento de dedicarse al tráfico de armamento o el cultivo de alfalfa.

A las doce y media se encuentra en el Red Sea con Elliott, de los Klezmofunks, que vive en una comuna en Northfield, Vermont.

Después del almuerzo toca hacer más llamadas. Subvenciones, subvenciones, subvenciones. Gideon telefona al Consejo de Artes Escénicas. ¿Qué ha pasado con nuestra solicitud? Una beca Chillingworth, irrisoria, de unos mil pavos, pero fácil de

obtener. Llama a la Aurora Foundation, ya va siendo hora de ir a almorzar con el director, como hace una vez cada año. Pero Gebler está fuera de la ciudad, y su secretaria dice que no van a enviar las solicitudes de beca hasta enero. Tras colgar el teléfono, Gideon se pregunta en voz alta: ¿qué sentido tiene ser un socialista utópico si luego tengo que pasarme la vida pensando en el puto dinero? Se da cuenta de que la única solución para no pasarse la vida entera pensando en el puto dinero consiste en ser hijo de millonarios. Incluso las pequeñas millonarias de tres al cuarto como Gwen —pues como tal la considera— tan sólo tienen que preocuparse del dinero cinco minutos cada trimestre, cuando el contable las llama para recordarles que hay que enviar un talón a hacienda.

A las cinco, Gideon coge el metro y se dirige a la casa del amigo de Ethan, Noah, para acompañar a Ethan a su clase de trompeta en Mannes, llama a Gwen para ver si quiere encontrarse junto a la estatua de Alicia media horilla en aras de los viejos tiempos, pero Gwen ha salido de la oficina.

Pide una porción de pastel de queso al *capuccino* en el café Lalo mientras trata de concentrarse en este poema de Mandelstam que Gwen le ha dado para leer, luego recoge a Ethan en la puerta de Mannes y se dirige con él Manhattan abajo a La Merced, donde los demás van llegando a las siete, todos menos Andrea, que se ha ido a visitar a una hermanastra que está en una clínica de desintoxicación en las montañas Berkshire.

Echa mano a una escoba y un recogedor para barrer la estancia, que está asquerosa. Se corta un dedo con una pequeña astilla de cristal. Sangre y pañuelos de papel... Dan se presenta con el rostro enrojecido por el frío; en la mano lleva una bolsa de papel marrón con *knishes* que están húmedos y chorrean de grasa. Calientes y grasientos, ñam, ñam. No, mejor que no. Ni se te ocurra pillar el *knish* de patata; ése es mío, dice Dina. Con un ojo en el reloj se recuerda a sí mismo: en Lansky's a la medianoche.

Así era su vida: siempre escopeteado. Una babel rebotante de cafeína pero corta de dinero y abundante en chanchullos y apaños con el teléfono, los cartones de leche, las sierras de carpintero. Siempre improvisando. De hecho, Gideon sospechaba que todo dios funcionaba igual en el mundo, y en ese sentido daba igual que uno fuera dictador del Congo o basurero municipal. El truco estaba en improvisar. En el olfato, en las mentiras imaginativas, en dejarse llevar por la corriente cuando hiciera falta. Y si tenía suerte, uno iba tirando. ¿Cómo va todo? Vamos tirando. Que se fueran a tomar por culo la creatividad, el genio, la fama y demás muestras de reconocimiento. Más importantes resultaban los tapacubos. Con tapacubos y alambres uno podía hacer instrumentos musicales, del mismo modo que Dina una vez elaboró un estupendo miriñaque Victoriano a partir de unos envases de cartón para huevos. El teatro de bajo presupuesto también tenía este aspecto creativo y de inspiración colectiva que ayudaba a sortear los apuros económicos. El recurso a los mercadillos de cosas viejas, el recurso a las bibliotecas: ése era el aspecto socializante del asunto.

En su jornada se intercalaban momentos en los que lo primero era Ethan, momentos en los que uno tenía que calmarse un instante para leer entre líneas y poner en práctica una telepatía cuasipaterna: ¿Echa de menos a su padre? ¿Lo está pasando mal en el colegio? ¿O de hecho todo marcha sobre ruedas? Y después el tiempo se comprimía otra vez: llamadas telefónicas, café, reuniones, citas, ir a Williamsburg a visitar un taller, pasarse por el Vulcan Lounge para ver el ensayo de los Katzenjammer Kids de Haide Ginelim.

El ánimo era fluctuante. Dan y Andrea eran unos currantes natos, siempre fiables y de buen humor. Dina también tenía mucha energía. Pero esta existencia que era mitad juerga de bachillerato y mitad terror a veces también podía con ellos. A Dan le salían eczemas, Dina sufría unas migrañas que la obligaban a pasarse tres días encamada, muerta a todos los efectos. Andrea acostumbraba a engullir vitaminas, ginseng, antioxidantes, a sumirse en la postura yógica del niño, a hacer ejercicios de respiración para liberar las toxinas, a beber acidófilos con sabor a frutos silvestres como si fuera un peludo alumno de instituto de los que venden marihuana en el patio. Pero nunca se sulfuraban.

A todo esto, la energía del propio Gideon era nerviosa, frenética, en danza tan constante como el vuelo de un tábano, marcada por un optimismo voluntarioso digno del trapecista que está seguro de que alguien lo sujetará antes de que se estrelle. Sin embargo, dicha energía a veces le fallaba por completo. La piel se le tornaba amarillenta, como les sucede a algunas personas de piel olivácea durante el invierno, le entraban dolores de estómago, perdía peso. Empezaba a sufrir de insomnio. A las cuatro de la madrugada era muy posible que estuviera despierto en el piso de Rivington Street, rebuscando monedas para la lavandería o con la mirada fija en su cuaderno, sin entender, incapaz de descifrar sus diagramas. Entonces se volvía malhumorado, mesiánico, acusatorio. Y anunciaba a los Demás que lo mejor iba a ser ponerle punto y final al grupo. O decirles a Andrea y Dan que se dejaran de tonterías y se casaran de una vez. Dina puede hacerle el traje de novio a Dan. De pronto les pegaba a todos unos rollos interminables sobre lo perverso de las grandes corporaciones corruptoras de cuanto tocaban o los peligros de comer soja genéticamente modificada.

Sus amigos pensaban que nada de todo aquello era grave, que una novia lo curaría de sus males. Pero no, insistía él, el problema de la ingeniería genética era de lo más serio, ¿no se daban cuenta de que las grandes empresas de biotecnología estaban lavándole el cerebro a los agricultores para que plantaran unas semillas monstruosas cuyos efectos sobre el entorno eran por entero desconocidos? Gideon: un tío muy divertido, un manojo de nervios, un payaso, un pájaro que siempre andaba de morros, querido (ésta era la palabra preferida de Dina esta semana: querido. Una palabra divertida por lo que tenía de anticuado, de británica, de tonta). Gideon se ponía hecho una furia, y, sentado como estaba, pataleaba hasta que las rodillas le llegaban al mentón, tocado con un casquete a rayas apropiado para el mono de un organillero,

con la frente arrugada y las cejas peludas fruncidas, sin verle la gracia al asunto... ¿No os dais cuenta del peligro que supone contar con un gobierno que está al servicio de las grandes corporaciones que tienen comprados a todos los políticos? Se trata de una cuestión que tiene que ver con lo que comemos y con lo que respiramos, con lo que nos dejan leer o no nos dejan leer en el periódico... A este paso acabaréis siendo ciudadanos —mejor dicho, súbditos— de Disney o Monsanto. Gidele, tú lo que necesitas es una novia. ¿Una novia? ¿Y de dónde quieres que la saque? ¿Es que queréis que me dedique al rapto de sabinas por ahí? ¿No tenéis ningún sentido de la historia? Lo que estamos viviendo es el fin del imperio romano. Vivimos en una época de monolitos decadentes y peligrosos: nuestro sistema político no funciona, nos hemos refugiado en una vida privada cuyos detalles más minúsculos nos son impuestos y monitorizados por esas mismas multinacionales cuyas demenciales fusiones y adquisiciones recortan nuestra libertad cada vez más, y la gente es demasiado perezosa para ejercer los pocos derechos democráticos que nos quedan. La libertad política ahora significa la libertad para escoger entre una marca comercial u otra, el consumismo más exacerbado. Pensadlo bien: cuando una compañía de danza tiene por esponsor a un fabricante de cigarrillos es que las cosas están jodidas. Que me busque una novia, me decís. ¿Es que me habéis tomado por una nueva Casandra? Que me eche novia. Me sorprende vuestra indiferencia y vuestra ignorancia.

¿Os parece bien que en el llamado mundo libre se hayan agudizado de esta forma las diferencias en niveles de renta entre los ricos y los pobres? ¿Os parece bien que las quinientas primeras fortunas de este país tengan un porcentaje tan increíble de la riqueza nacional? ¿Qué sentido tiene una democracia en la que no vota ni dios, en la que no existen los impuestos (si uno es rico) ni la representación política (si uno es pobre)? Una supuesta democracia en la que todos los negros son criminales a los ojos de la policía. Gideon, no te sulfures. Bébetes un vaso de agua. ¿Y vosotros queréis seguir haciendo bonitas chorradas artísticas? Pues ese momento ya ha pasado. Lo que ahora hay que hacer es echarse a las barricadas. Toma, Gideon, un poco de agua. Anda, bebe.

Cuando por fin encontró mujer —cuando ella lo encontró a él—, Gideon no quería reconocer en su fuero interno que aquella chica —la mega-Gwen— era precisamente lo que llevaba buscando desde hacía años, unos años transcurridos entre la semicastidad y la resignación. Era algo que no le había dicho a Gwen (había que ver cómo se le derretía el coñito cuando la penetraba, como el blando centro de una galleta rellena de chocolate, y cómo a pesar de su liviandad se cerraba en torno a él con un instinto doblemente conmovedor en razón de su naturaleza puramente fisiológica, cómo después soltaba una especie de sacudida eléctrica cuando ella se corría que convertía en prácticamente imposible que él no se corriera a su vez), a Gwen la mantenía a distancia con chistes malos, con evasivas típicamente masculinas. Con su infernal baile interno de san Vito que lo empujaba a aquella actividad constante, ansiosa y sin sentido. La compañía, Dina, Ethan. Lo que fuera,

mientras no fuera la propia Gwen. Los pobres retazos maltrechos de su antigua vida, de su existencia autónoma. Las cosas en las que creía, las ideas que había tenido o fusilado, subrayadas repetidamente, a partir de ajadas, amarillentas novelas de bolsillo encontradas en los librereros de viejo de toda la región del noroeste, prestadas de la biblioteca, robadas a Jerome. Unas creencias trabajadas pero que caían por su propio peso, como si una gafuda maestra de parvulario te explicara que los dinosaurios se extinguieron hace mucho.

Respira un poco, Gideon, adentro y afuera. Por fin has encontrado a esa mujer que mide uno ochenta y resulta un King Kong al lado de los demás. La has encontrado, y es tan real como las crepes con mantequilla, como el metro en la hora punta de los lunes. Real por completo, y tuya por entero.

Respira fuerte, cuenta a diez y dilo.

Hay que ser consciente del propio origen.

Lo que pasa es que sufres de alienación por el hecho de que eres el último vástago de una cadena histórica entre étnica e ideológica.

Dilo.

Dilo.

Dilo: quiero que nos entierren bajo la misma lápida.

CAPÍTULO DOS

1

—Chris, tengo que darte una mala noticia. Me vas a matar...

Chris enarcó una ceja, a la espera.

El restaurante Balthazar: pasamanos dorados, fuentes con mariscos relucientes, el ruido y el rumor de las mesas pequeñas pero atestadas de artistas y modelos. Podría haberse tratado de un café de Montmartre cien años atrás, haciendo abstracción del hecho de que las modelos —gigantas multirraciales vestidas con chándales deportivos— ganaban tanto dinero como si fueran banqueros.

Venían de presenciar un concierto en el Wooster Group. Christopher no dejaba de mirar a las otras mesas con intención de reconocer a famosos o compañeros de trabajo. Christopher se aburría con facilidad, de los humanos. Pero la música era un placer del que hubiera podido disfrutar durante toda la eternidad, y en los museos se quedaba alelado.

Hay que imaginarse a esos tres: Gwen, Constance y Christopher, en segundo curso en Milton. Vacaciones de navidad en Nueva York en 1979. Gwen las pasó en el piso de los padres de Constance en la zona de la calle 50 Este. Los chicos modernos de su edad esnifan cocaína en las limusinas customizadas que los conducen a Xenon o Studio 54. Es su primera cita, y Christopher lleva a las dos chicas a un concierto de Brendel en el Carnegie Hall. Tienen entradas de gallinero, pues la madre de Christopher le racanea la asignación mensual (cuando cumpla los veintiún años Christopher cobrará una herencia fabulosa), pero lo que él quiere hacer es pedagogía: basta con seis dólares para acceder a una porción del paraíso.

Constance y Gwen a esas alturas ya están enamoradas de él, como dos protagonistas shakesperianas que todavía no han advertido que el muchacho encantador a quien adoran en realidad es una chica. Constance y Gwen se sienten desalentadas ante la raza masculina: para ellos, los chicos han pasado de ser unos cretinos tan sólo interesados en jugar con petardos y artículos de broma a ser unos cretinos tan sólo interesados en escuchar los sonidos de sus propias voces y, muy de vez en cuando, en mirar a las mujeres de medio cuerpo para abajo. Pero éste es un chico con quien se puede hablar de veras, que lo que quiere es intimidad, afecto,

intercambio de ideas...

Terminado el concierto, se dirigen a cenar a la casa de Christopher. Donde Constance, siempre descarada, le hace la pregunta que las dos jóvenes se estuvieron preguntando durante toda la noche anterior (encerradas en el dormitorio de Constance, mientras daban buena cuenta de una provisión de galletas de chocolate, mantequilla y azúcar, alimento que, según han visto en el baremo de calorías *The Joy of Cooking*, engorda menos que un emparedado de huevo duro con ensalada): ¿Christopher sigue siendo virgen, como lo son ellas mismas?

Curiosamente, él responde sin inmutarse que dejó de serlo el otoño pasado. En una suite del Ritz parisino, a manos de un banquero belga amigo de su padre finado. (¿Quién sino un joven gay tendría el atrevimiento de citarse con las dos chicas más altaneras de la universidad?)

—¿Cómo? No me irás a decir que todavía no te has reconciliado con Campbell... Esa sí que sería una noticia nefasta.

—Lo siento, pero me temo que no voy a poder acompañarte a Estambul...

Christopher dejó una cáscara de langostino en el plato.

—Mierda. —Se chupó el dedo, en el que se había hecho un pequeño corte, y volvió el rostro hacia ella con intención—. Espero que tengas una buena excusa.

—Yo...

—Te dije que había planeado todo tipo de excursiones románticas. Un paseo en barco por el Bosforo a la luz de la luna. La Navidad la pasaríamos en el *hamam*, los dos a solas, debatiendo tonterías sobre los canales de irrigación en Kirgistán y la deuda externa bielorrusa. Y ni siquiera tienes aspecto de sentirlo.

—No... Sí que lo siento. Lo siento muchísimo.

—Espero que no se trate del trabajo. Me resulta difícil tomarme en serio tu trabajo. Tal como yo lo veo, mejor harías en dedicarte a ir de compras y salir a almorzar con las señoras. Lo mínimo que te pido es que me hayas dado la puñalada por causa de un amante.

Gwen tartamudea y se queda sin habla. Se agacha bajo la mesa en busca de su servilleta.

—Ya veo que sí. Cuéntame. Hace unos meses que le diste la patada al Hijo Pródigo. (Para consternación general, tengo que añadir.) ¿Y su sucesor es... se lo monta bien en la cama? —preguntó Christopher.

—Qué pregunta más clínica.

—¿Eso te parece?

—Eso me parece. Una persona se lo monta bien en la cama cuando siente amor por el otro, ¿no te parece?

—No —dijo Christopher—. Tal como yo lo entiendo, la persona que siente amor por el otro automáticamente empieza a montárselo fatal en la cama.

—¿Ah, sí?

—Sí. Yo siento mucho amor por mi madre, mi hermana, mis amigos y amigas de

toda la vía... Pero a la hora del sexo, prefiero montármelo con el rubio a quien me acabo de ligar en la pista de baile.

—Eso me parece un tanto... reduccionista.

—Yo no creo que haya nada reduccionista en el sexo. Lo que sí es reduccionista es que alguien me pregunte a la hora del desayuno: «¿En qué estás pensando?», mientras estoy tratando de leer el diario y hurgarme la nariz al mismo tiempo. ¿En qué estoy pensando? Estoy pensando en decirte que te largues por esa puerta ahora mismo, amiguito.

—Muy bonito —dijo Gwen. Con la mirada fija en este hombre que era apuesto de una forma medieval, a lo *Canción de Rolando*: ondas de pelo rubio oscuro que le caían sobre los ojos de miel, hombros anchos, muñecas estrechas. Todo cuanto había aprendido sobre la cultura o la amistad se lo debía a Christopher, pero la idea de pasar dos semanas con él en Turquía era tan atrayente como pasarlas en el purgatorio. Aquello era lo que el amor le hacía a una persona, decía Christopher. Era una enfermedad que te volvía indiferente hacia todo cuanto antes apreciaras.

—¿Qué importancia tiene? Tú siempre sabrás querer. Así que mejor será que me aceptes como soy —dijo él—. Como ves, ya te he perdonado, y ni siquiera te estoy haciendo preguntas. Tan sólo espero que tenga más gracia que Campbell, que siempre me pareció un poco soso y sin arrestos. Estoy seguro de que Campbell envejecerá bien, pero como espero estar muerto por entonces, la visión a largo plazo no me interesa demasiado.

2

Vacaciones con la familia, o de cómo decidí especializarme en el eslavo antiguo. Bajo este título y gracias a la cartera de papá, había numerosos capítulos. (Las familias con menos recursos tan sólo te ofrecen un lugar al que no quieres volver jamás: el propio hogar familiar. Las familias sin recursos no impregnan de malos recuerdos las estaciones de esquí o playas selectas del planeta. En el caso de Gideon, el hecho de que no quisiera volver a pisar el centro urbano de Passaic en la vida no tenía demasiada importancia.)

En el caso de Gwen, las vacaciones más instructivas acaso fuesen las que pasaron en Vail una primavera: Gwen, Martin, Lindsay, la entonces novia de Martin; y la hija de Lindsay, Tara, que tenía trece años, la edad justa de Gwen. Dos años antes de trabar amistad con Constance y Christopher, quienes le inculcarían el gusto por las partitas de Bach y los tejidos escoceses de *tweed*.

Aquel fue su primer encuentro con la etiqueta a seguir con los padres-y-sus-nuevos-amantes, encuentro que tuvo lugar a una edad en la que el sexo seguía siendo un misterio enervante (la pubertad en su caso llegó tan tarde como en el caso de los chicos). Gwen demostró ser infinitamente más corta que la misma Tara, una semiprofesional envuelta en un elástico traje de esquí, con descansos en los tobillos y dos coletas en el pelo, a la que Martin ya había reprendido después de que ella lo

tratará de «papá».

Lindsay era mujer organizada: había contratado los servicios de un apuesto instructor para que pasara la semana entera con las chicas en las pistas mientras ella y Martin, que sufría de flebitis, se quedaban en el chalet. La muy tonta de Gwen, que estaba a mitad de lectura de *Los hermanos Karamazov*, el primer día confesó que prefería no salir. Por lo visto, las palabras de Gwen constituyeron un traspies y una falta de cortesía y delicadeza sin parangón en la historia de las relaciones humanas. Lindsay se la llevó al piso de arriba y le explicó, con una voz interrumpida por los sollozos, que ella y Martin eran adultos que necesitaban disfrutar de un poco de tiempo a solas, que no iba a permitir que una mocosa mimada les fastidiara las vacaciones porque no le daba la real gana de SALIR A ESQUIAR.

Gwen no tenía claro cómo podía fastidiarles las vacaciones leyendo a Dostoyevski: si acaso hubiera insistido en leerles en voz alta pasajes de la novela a la pareja, a Martin y Lindsay, la cosa hubiera tenido su lógica... ¡Pero lo único que ella quería era quedarse leyendo en su propio cuarto!

Más tarde se enteró (por medio de Tara, naturalmente) de que Lindsay estaba embarazada y Martin se negaba a asumir la responsabilidad paterna con el argumento de que era un lujo innecesario traer otra boca no deseada a un mundo superpoblado cuando el aborto era una opción barata, segura y legal. Un hombre duro de pelar, su padre.

A su manera, Gwen también era dura de pelar. Hacía falta una determinación absoluta, rayana en el autismo, para no acordarse de aquellas vacaciones como de la vez en que, vestida como un conejito de las nieves, Tara trató de «papá» a Martin o en que una Lindsay llorosa tachó a la propia Gwen de mocosa mimada, sino como de la ocasión precisa en que decidió aprender ruso, del momento en que leyó la sentencia de Dimitri Karamazov referente a que somos responsables de la comisión de aquellos en los que alguna vez hemos tentado de caer. (¿Y en qué pecados había pensado ella en caer, con la excepción del celibato?) Aquel fue el resultado de las vacaciones de Semana Santa en Vail: la determinación a no seguir dejando que Constance Garnett siguiera interponiendo sus trasnochados anglicismos entre ella y la férvida miasma de bastardos imbéciles y santos de la sociedad ideada por Fédor Dostoyevski.

¿Así era también la vida de los demás? ¿Una relación vergonzosa con unos padres desechables, unos recuerdos tan detestables que era imposible librarse de ellos? ¿Cuántos «papás» le habrían dado la espalda a Tara a aquellas alturas? ¿Cuál era el promedio de bebés que acababan yéndose cañería abajo por los retretes antes de llegar al matrimonio?

3

Lo perfecto y justo, lo perfecto, justo y sanador que resultaba. Cuando los líquidos ojos de Gideon relucían con ternura amorosa sobre el rostro de Gwen, ésta se sentía

como una tullida que hubiera vadeado un río sagrado y se hubiera echado a andar... por completo. Gideon no había estado bromeando cuando, al principio de conocerse, le dijo que el manejo de las marionetas para él era una suerte de curación por la fe. El roce de Gideon el Baptista era un bálsamo, su voz un ungüento chirriante, cuando sonreía o fruncía las cejas, a ella le asaltaba un vacío en el estómago, y sentía como si un delfín estuviera saltando en sus entrañas. Así de fuerte: el teléfono suena en el trabajo, es Wolkowitz, y ella casi se caga en los pantalones por la excitación.

Había días en los que no soportaban estar separados durante la jornada laboral: ella entonces cancelaba su almuerzo de trabajo, él murmuraba a sus compañeros la primera excusa que le venía a la mente y se marchaba en bici volando. Paseaban, con su mano falda arriba o la lengua de Gwen en su oreja, por el ala de arte egipcio o la sala romana, mirando los dorados muertos muchos siglos atrás, el marido y la mujer entogados que yacían en su sepultura común, preguntándose: ¿sabíais lo que nosotros sabemos? Una vez, cuando ya no podían más después de tanto sobarse, Gideon la arrastró al parque un mediodía glacial, le bajó las bragas, le dobló la espalda como si fueran dos maricones que recién se hubieran encontrado, se deslizó en su interior y la taladró con salvajismo reconcentrado; ella después se limpió la viscosidad rezumante con una hoja de laurel, disfrutando del pequeño gruñido que Gideon soltó al ajustarse otra vez los pantalones militares. Fascinada por el bosque primigenio de pelo negro, el reguero que iba de su ombligo como la concha de un caracol al pubis y desapareció cuando él entonces se ajustó la camiseta.

Y sin embargo el contacto físico —este organismo femenino al completo que él había puesto en nervioso movimiento a sacudidas— no lo era todo.

De pronto, había cosas que simplemente no tenían verdadera existencia hasta que ella se las explicaba a Gideon. En la vida había esperado encontrar a un interlocutor ideal, una persona que de veras necesitaba saber si había cagado bien por la mañana, qué pensaba almorzar al mediodía, por qué creía que Gerald estaba cabreado con ella y qué habían dicho los médicos sobre la leucemia del hermano de Mandy.

Como resultado, ella —esta persona blindada a más no poder— ahora era incapaz de encargarse de un emparedado si él no la ayudaba a escoger los ingredientes. Gideon la había convertido en así de infantil, así de insegura, así de monstruosa.

Porque ella le había dicho (sin que él se lo preguntara), que no, nunca nadie la había querido, ni su madre ni su padre ni su tío ni su tía ni sus primos o su perro, y menos aún cuando más importante hubiera sido el cariño, cuando más lo necesitaba. Después de que ella le revelara tan fundamental carencia, él le prometió: pues yo voy a quererte con el amor de una madre el amor de un padre el amor de Dios y el amor del demonio, yo solo y para compensar.

No era de extrañar que, si su teléfono estaba ocupado o era Dan quien respondía y le decía que Gideon había salido y no había dejado aviso de cuándo volvería, Gwen creyera que se iba a volver loca en aquel mismo momento. No era de extrañar que gritara y agitara los puños con rabia, como un bebé cuya madre se ha levantado sin

decir palabra y se ha ido...

4

—No hay nada que hacer —dijo Gwen.

De regreso en Nueva York después de haber pasado diez días en Rusia, donde la pregunta siempre era la misma: ¿La cosa funciona? A veces una se sentía optimista, asombrada de que los rusos se hubieran deshecho del comunismo con tanta facilidad, de que existieran políticos regionales con arrestos y ambición, una joven generación de emprendedores supersónicamente sintonizados al beneficio rápido del capitalismo.

Durante este viaje Gwen había mirado a su alrededor y pensado: esta revolución no está saliendo según lo previsto. Aquí no se está «creando» ni «produciendo» nada de nada, lo que está sucediendo es el puro y simple robo de materias primas, cotidiano y a gran escala. Y los rusos tenían la suficiente formación para darse cuenta de que una vez más los habían dado por saco hasta el fondo.

—No sé para qué voy, Gideon. La gente espera cosas de nosotros que no estamos en posición de proporcionarles.

Gideon se encogió de hombros.

—Hacéis lo que podéis.

—Pero no funciona. La operación ha resultado un fracaso, y el paciente va a morirse.

Él era demasiado generoso para hacer hincapié en lo correcto de sus propios puntos de vista.

—¿Se te ocurre alguna otra cosa a la que dedicarte?

—No. Igual ha llegado el momento de que me haga mayorcita de una vez y me ponga a ganar dinero en serio.

—¿Quiénes son tus héroes?

Gwen no lo sabía. Elena Bonner, quizá. La jueza canadiense que estaba ejerciendo como fiscal contra los criminales serbios de guerra. La pregunta era muy gideónica. ¿Acaso ignoraba que estaban viviendo en un mundo posheroico? Y a la vez Gwen quería que él le animara un poco el día haciendo mención a propósitos redentores. Sí, eres una noble misionera empeñada en aportar instituciones cívicas a un estado anárquico, esclerótico y dominado por bandidos, una antigua amenaza, a lo que antes era una amenaza mundial. Sí, tendrás éxito en tu labor y un día te reconocerán los méritos. Sí, tú también eres una sanadora, una sanadora de naciones.

O quizá lo que ella quería era que él dijese: olvídate del salario, olvídate de los ascensos y los responsables de programa, conténtate con ser el amor de mi vida y ven a vivir conmigo por debajo de la línea de la pobreza. Lo que él sin embargo hizo fue mirarla con aquellos ojos que irradiaban amor y aprobación, aquellos ojos que decían: haremos lo que tú quieras. Soy tu fuente, tus aguas vivas, bébeme y serás tan enorme como un mamut y al tiempo infinitesimalmente pequeña, cabalgarás sobre los vientos y escucharás el canto de las estrellas saladas.

Tienes hambre, preguntó. ¿Quieres bañarte antes de cenar?

Gwen dijo, desde lo más profundo del deseo que sentía por él: Tú eres lo que quiero.

CAPÍTULO TRES

1

Año nuevo, 1996.

El bar Bemelmans en una noche de entre semana.

Cacahuetes y galletitas saladas en pequeños cuencos: bombas saladas similares a pepitas de oro diseñadas para darte sed.

Un pianista está cantando *Blue Moon* con voz suave.

Un japonés está sentado en diagonal con respecto a ellas dos, un solitario ejecutivo en viaje de negocios, encogido sobre su ordenador portátil en la penumbra iluminada por las velas. Una mujer japonesa vestida con un vestido de noche amarillo aparece de pronto, y el hombre, con una ancha sonrisa torcida, le ronronea con salacidad:

—¡Foxy Lady!^[9]

Gwen se esfuerza en reprimir los recuerdos entre buenos y malos que le retrotraen a la época del Belleclaire.

En la calle, los vestidos de Givenchy brillan fosforescentes en la oscuridad violácea del crepúsculo: rosas, naranjas, verdes, flotando incorpóreos en la penumbra; en el Whitney hay una inauguración, a la que no cesan de dirigirse hombres vestidos con traje de etiqueta y mujeres envueltas en abrigos de brocados y pieles. Los taxis amarillos llegan surcando Madison Avenue arriba como barracudas.

En el Bemelmans, Constance y ella están sentadas muy juntas en un banquito. Van por la segunda ronda de *bullshots*: Gwen a medias se propone emborracharse lo suficiente para hablarle a Constance de Gideon.

—Así que al final pasaste de ir a Estambul...

—Sí... No tenía ningunas ganas. Estoy harta de pasarme la vida en el avión.

—Eso es nuevo.

—Supongo que sí. —Una pausa. A punto de soltarse, pero al final no se decidió—. ¿Has visto a Christopher? —añadió con presteza.

—Mañana voy a su casa a almorzar. Quiere enseñarnos todo lo que se ha traído de allí. Para mí que lo suyo es puro atavismo: ansias de pillar botín. No me extrañaría que algún d'Aurilhac antepasado suyo estuviera presente cuando el saqueo de

Constantinopla.

—Me pregunto si cuando el saqueo también se llevaron a los jovencitos de buen ver. No sé si Christopher te ha contado...

Constance hizo un gesto con la mano como diciendo que sí y que no.

—Me parece que ese asunto suyo va bastante en serio. Tiene previsto volver a Estambul a final de mes. Está decidido a traerse al chico a Nueva York.

—Lo dirás en broma. Que yo sepa, Christopher hasta ahora nunca ha tenido una relación formal con nadie...

—*¡Alá Akbar!*

—¿Qué sabes de él?

—Nada. Que Christopher lo conoció en un club. Que vive con sus padres y es el menor de siete hermanos. No conozco Turquía, así que no sé si eso quiere decir que el chaval es religioso o es pobre.

—Ni idea. No me imagino a un chico religioso yendo a clubes gay, pero vete a saber. Oye, la cosa promete... ¿Y tú cómo andas, guapa? ¿Qué has estado haciendo? Se te ve muy bien, como si hubieras estado dando guerra por ahí...

Gwen vaciló. Otra vez estaba a punto de contarlo todo. Pero al final se echó atrás.

—Verás, al principio se me ocurrió que, para variar, iba a pasar la Navidad a solas. Mirando los dibujos animados en la tele. Me comería un perrito caliente del Papaya King y luego aprovecharía para pintarme las uñas de los pies. Me dije que era un privilegio que teníamos las hijas de padres polígamos, el de ahorrarnos el latazo familiar de las navidades. Eso fue lo que hice, más o menos... Lo pasé muy bien. Pero entonces Jacey me llamó y me pilló por banda: que si Martin no se encontraba muy bien, que si llevaba con gripe todo el invierno. Así que la víspera de san Esteban cogí el coche y me fui a Connecticut.

—Con un cabreo de narices, me imagino. ¿Lo pasaste muy mal?

—Bueno, hay que haber estado en Connecticut para hacerse a la idea. Mi padre tiene su casa en la parte de Connecticut a la que los superpastosos se mudaron cuando encontraron que en los Hamptons había demasiada chusma. La casa está en una de esas urbanizaciones valladas y con guardias de seguridad, cuyos habitantes parecen empeñados en manejar la naturaleza con un mando a distancia. Serena y Al no hacían más que quejarse de que les habían hecho muy pocos regalos, de que no les gustaban sus regalos o de que querían los regalos del otro. La única vez que no se quejaron fue cuando se pusieron a mirar la tele. Justo lo mismo que Martin hace todo el tiempo que no está trabajando. Yo les regalé a los niños unas marionetas hechas a mano. Un dragón y un marinero. —(Te olvidaste de mencionar que las dos marionetas eran el producto de las manos de Gideon. Bueno, de Dina en realidad. ¿Cómo es que no te atrevías a decírselo a tu mejor amiga?)—. Serena empezó a chillar que ella lo que quería era una Barbie interactiva. Martin se olvidó de decírmelo en su momento. ¿Sabías que todavía siguen fabricando las muñecas Barbie?

—¿Que si lo sabía? Ja. —El tono de Constance era irónico.

—La cosa es muy simple: A los hombres de sesenta años habría que prohibirles tener hijos. Martin tiene la cabeza a pájaros, y lo mismo le pasa a sus hijos. Por si fuera poco, luego resultó que él y Jacey llevaban un tiempo sin hablarse, razón por la que imagino que ella me llamó para que viniera. ¿Y tú qué hiciste? ¿Fuiste a Inglaterra?

—La verdad es que todo fue bien. Pasamos la Navidad en Norfolk, con los padres de Roger. Y el fin de año estuvimos en casa de mi amiga Sophie. Lo tenemos segmentado de esa forma, y no nos va mal: la Navidad es para los niños, y el Año Nuevo lo reservamos para la diversión adulta, para ir a fiestas y ponernos a gusto de cocaína en el cuarto de baño de la casa...

—Suenas tentador. Y yo que me creía muy retorcida por comprar un perrito caliente en el Papaya King. ¿Te divertiste?

Constance a veces tenía la costumbre de seguir con su propia charla, ignorando las preguntas ajenas.

—En la fiesta estaba Joe. —Joe había sido el novio de Constance antes de que ésta se liara con Roger—. No sé si te he dicho que tiene hepatitis C. En Londres todo el mundo tiene hepatitis C. Todo el mundo que en algún momento haya hecho uso de una aguja. Yo estaba muerta de miedo por lo que Roger pudiera pensar de él.

—¿No se conocían?

—No. Yo casi no me atrevo a hablarle de él, pues me aterroriza la perspectiva de que uno de los dos de pronto se eche a llorar o algo igualmente horroroso. —Constance tenía la mirada fija en la mesa mientras hacía trizas la servilletita del cóctel con distraída ferocidad.

—¿Y al final qué pasó?

—Cuando volvíamos a casa en taxi, Roger me preguntó si lo había pasado bien. Nerviosa, le pregunté qué pensaba de Joe. Estaba segura de que me diría que lo había encontrado repugnante. Pero no, Roger estaba encantado con él. Se habían pasado la noche hablando de Lee Kwan Yew. Incluso me dijo que teníamos que invitarlo la próxima vez que estuviéramos en Londres. Le dije que sí, pero... Y entonces Roger me preguntó si lo conocía bien.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Se había olvidado por completo. Ni se acordaba de que yo le había dicho que este hombre había sido el amor de mi vida. No se acordaba en lo más mínimo.

—No puede ser. Increíble...

Ambas rompieron a reír a carcajadas.

—Roger tiene esta idea de que, en el matrimonio, lo principal es la amistad. Siempre dice que soy su mejor amiga.

Gwen se la quedó mirando, horrorizada.

—Joder, eso es fatal. Y en todo caso, eso de mejores amigos habría que verlo. Si tú de pronto te olvidaras de quiénes son mis ex novios, no querría volver a verte en la

vida.

—Exacto.

Gwen se preguntaba qué era lo que Constance estaba viniendo a decirle. ¿Que estaba harta de su matrimonio? ¿Y quién se lo podía echar en cara? Este atisbo de lo prosaico de las vidas ajenas de pronto la llevó a sumergirse otra vez en el recuerdo de Gideon. La forma en que sus labios sedientos se buscaban mutuamente, buscando asfixiarse los unos a los otros. Era posible morir de amor, ya que vivir de él resultaba imposible. Pues la vida parecía tan sosa, tan mezquina en comparación con sus nocturnas experiencias, con el nocturno transporte a un estado próximo a la muerte. Pues estaba claro que el amor conyugal —domesticado, sancionado por la sociedad, amor de largo recorrido— se transformaba en aquello: en que te olvidaras de que el hombre con quien estabas charlando en una fiesta a punto estuvo de suicidarse cuando tu esposa lo dejó.

—Perdona, Con, tengo que hacer una llamada un momento. —Gwen rebuscó el móvil en el interior del bolso.

Constance le dedicó una mirada afectuosa.

—¿Alguien que yo conozca?

—No, aunque imagino que más tarde o más pronto lo conocerás.

—Siempre dices lo mismo, y luego te los quitas de encima antes de que me dé tiempo a conocerlos.

—A Campbell lo conociste bien.

—Sí, porque sólo me presentas a los tíos presentables pero aburridos. Estás muy guapa, pero te veo muy delgada —dijo Constance, acariciando el cabello de Gwen un segundo. En la oscuridad con cantante de piano-bar, bajo el mural del Bemelmans que mostraba a unos elefantes patinando sobre hielo en Central Park.

—Habré perdido peso por culpa de las malditas navidades en familia, no porque esté enamorada. Es lo que pasa cuando te invitan a una cena en la que los dos adultos de la casa no se dirigen la palabra un segundo... ¿Qué quieres que te diga? Será que en el fondo sigo siendo una niña de cinco años...

—¿Es alguien que yo conozca? —repitió Constance, apartándole a Gwen los mechones de la frente y poniéndolos sobre sus orejas, con una sonrisa de tan visible satisfacción y alegría que Gwen a punto estuvo de romper a llorar.

—¿Piensas que es Gerald? No, gracias a Dios. Creo que de él ya me he olvidado para siempre...

—¿Prefieres no decírmelo?

—Por Dios que me muero de ganas de decírtelo —suspiró Gwen, sonriente al tiempo que las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas...

2

Cuando volvió a casa, ebria y famélica —Constance y ella habían olvidado comer algo, y en la nevera no había más que una bandeja de plástico con brotes de soja que

estaban... brotando—, el apartamento le pareció más vacío que nunca. Vacío y sórdido. Mimi estaba de vacaciones en su Filipinas natal durante un mes entero, y el dormitorio estaba lleno de periódicos viejos, tazas de café sucias, las ropas que ayer llevó puestas. Las sábanas (donde aquella noche habían...) aparecían retorcidas, convertidas en una especie de gran fregona húmeda. Gideon no estaba. Ni el menor rastro suyo. Ni una camiseta, ni un calcetín sucio siquiera. Gwen necesitaba su presencia, pero ya. Necesitaba sus ropas sobre una de las sillas, su maquinilla de afeitar en el lavabo, su cuerpo moreno y cálido en la cama, su mano en el esternón, como la de una pareja de baile a la antigua, mientras disfrutaban de un vals entre las sábanas.

La una menos cuarto. Demasiado tarde para llamarlo a casa. Probó a telefonar a La Merced, por si se diera la remota coincidencia. Dan respondió y le puso con Gid, quien le habló en tono atropellado, amistoso pero impersonal, el tono que empleaba cuando estaba con los de su grupo.

—Te echo de menos —dijo ella—. Acabo de tomarme tres *bullshots* con Constance. Voy medio trompa, y te echo de menos.

—Vaya. ¿Cómo lo ves para pillar un taxi?

Casi habían terminado ya, agregó él, pero tenía que pasar la noche en el piso de Rivington Street, pues Ethan estaba solo: Dina se había ido otra vez a Toronto unos días, a ayudar a su madre en una mudanza.

—¿Qué te parece si nos vemos en el Sombrero?

A Gwen le complació que llegados a ese punto ya no estuvieran para tonterías, que Gideon estuviera empezando a entender que ella estaba lo bastante enamorada de él para recorrer un centenar de cuadras de casas bajo un frío polar a la una de la mañana para compartir con él un plato mexicano de judías refritas.

CAPÍTULO CUATRO

1

Sábado por la mañana. Gideon está tumbado en la cama de Gwen, apoyado en un codo mientras contempla cómo Gwen le saca lustre a sus zapatos. No a un par, sino a cinco, seis pares de zapatos, cada uno de los cuales está enclavado en su propio árbol de cedro. ¡Un bosque!

Esto es lo que la chica hace los fines de semana: limpiar los jerseys a mano, hacer balance del talonario y los gastos. Leerse planes de privatización, informes sobre el aumento de las enfermedades de transmisión sexual en la antigua URSS, encontrarse con un director de películas documentales que tiene imágenes de la guerra en Chechenia, un economista reformista que ha sido despedido en el transcurso de la enésima purga de Yeltsin. Ayudar a gente a la que apenas conoce a encontrar empleo, pillar una subvención o conseguir la tarjeta verde. Escribe cartas. Y talones. ¿Por qué no? El dinero le sobra. Si los más ricos pueden, ella sin duda también puede disfrutar de los goces del altruismo.

Nada demasiado formidable o que pueda sorprender en sociedad, por lo general setenta y cinco dólares por aquí, cien dólares por allá para las habituales causas favoritas de pijos y yuppies: la Brooklyn Academy of Music o las víctimas de las minas antipersonales, todo ello mezclado con extraños destinatarios derechistas: el Ejército de Salvación o cierto imperdonable grupo de cubanos exiliados que tienen planeado enfermar a Fidel de hemorroides. (Incluso una vez la pilló enviando un talón a Pants on Fire; pues dámelo a mí personalmente, le dijo él.) Pero hoy le ha dado por mimar a sus zapatitos. Gwen lleva puesto el pijama blanco de satén y está sentada con las piernas cruzadas en el suelo de roble barnizado, con sus cosas desparramadas por el suelo como si fueran las piezas de un tren eléctrico infantil a escala. Rub-rub-rub, frota con el trapo de franela untado en crema Meltonian color neutro. Ss-ss-ss, ahora está cepillando, tan sólo son las diez menos cinco de la mañana y ya se ha leído el suplemento de ocio y la sección de economía del periódico. Y ahora, el repaso final con un paño limpio de gamuza. En secreto, Gideon está hecho polvo, pues el lustrado de los zapatos indica que la semana que viene se marcha, a pasar otras dos semanas en Rusia, por mucho que él tenga la impresión de

que ella justo acaba de volver de allí, a las que hay que sumarle una escapada a Londres por entero gratuita, y la tempranera meticulosidad del lustrado a que se aplica es señal de que la muy perra sin corazón tiene ganas de irse de viaje.

—Por Dios —se queja él, tumbado en la cama de la que ella ha desertado—. Lo tuyo no es fetichismo; es puro fascismo. Me siento como si mi amante fuera un *marine*. Me pregunto qué sucedería si un sábado por la mañana te olvidaras de sacarle brillo a los zapatos...

Gwen levanta la mirada. Se lo piensa. Y entonces se echa a reír. Esa risa profunda que le nace en las entrañas, unas gárgaras guturales, como las de un oso disecado al que uno le apretara el ombligo sin querer. Una risa que no hace sino empujarlo a seguir con su reproche, subrepticio pero existente.

—Dímelo, mujer. ¿Qué pasaría si dejaras de lustrarte los zapatos? ¿Te volverías loca? ¿Te pasarías el resto de la vida metida en un cuarto oscuro, con la cabeza escondida bajo una almohada, expresando a gritos tu horror por la condición humana?

—Lo más seguro. Es lo que tú piensas, ¿no? Que entre mi persona y el odio furibundo a la humanidad tan sólo se interpone este frasco de crema para los zapatos... —Salta a la vista que Gwen ha interpretado mal el comentario y cree que él la está elogiando por su faceta cuidadosa.

—Lo que yo pienso es que esa crema para los zapatos es de las buenas. La mayoría de los demás tenemos que conformarnos con productos bastante más baratos. Y lo normal es que tengamos bastantes menos zapatos. Chica, estás hecha una muestra viviente del consumismo occidental...

—¿Y eso del consumismo qué es? —pregunta ella, sonriente todavía—. ¿Te refieres a comprar cosas?

Está claro que Gwen gusta de que la conversación vaya por unos derroteros que nada tengan que ver con sus propias mañas execrables, por su nihilismo de fondo. En sus mejillas han brotado sendos hoyuelos profundos. A Gwen le hacen gracia los puntos de vista políticos de Gideon.

—El consumismo se da cuando la gente no hace más que comprarse tonterías que para nada necesita, inducida por una especie de ansiedad social programada por los departamentos de marketing. Yo diría que el proyecto de Lavrinsky en realidad se reduce a eso precisamente: a conseguir que trescientos millones de rusos se convenzan de que en verdad están forrados y merecen unirse al derroche universal. A que acaben por comprarle sus productos.

—En Rusia no llegan a los trescientos millones. Igual hubieran llegado, de no ser porque tu sistema político preferido se encargó de liquidar a cincuenta millones. Y además, ¿de qué productos me estás hablando? Ni que Lavrinsky fuera el propietario de una tienda de golosinas...

—Guapa, sabes perfectamente que nuestro hombre tiene intereses en un montón de multinacionales americanas como...

—Eres demasiado simplista. Eres un cínico, y por eso eres simplista. Piensas que eres la única persona con principios en el mundo.

Es cierto. Él se cree de veras las cosas que aparecen en revistas de izquierdas como *The Nation*. Que Lavrinsky es un genio del mal. Que el intento de convertir a los antiguos comunistas en capitalistas —a seres humanos en consumidores— es una estafa vergonzosa. (Ésta es la diferencia entre los dos: Gwen cree que la expansión de la OTAN es una recompensa dictada por el altruismo y ofrecida a los valerosos europeos del este en recompensa por su lucha por las libertades y la democracia al estilo occidental; Gideon está convencido de que se trata de un manejo para mejor chantajear a unos países pequeños que mejor harían en invertir sus presupuestos en salud y educación a fin de que se vean obligados a comprar unos cazabombarderos que hasta en Arabia Saudí saben que son pura chatarra.)

Gwen es indulgente. Sabe que él se está metiendo con su trabajo porque detesta que ella se marche y lo deje, porque se preocupa por lo que pueda pasarle en un lugar remoto si él no está a su lado.

Últimamente han secuestrado a turistas en Tayikistán, decapitado a cooperantes en Chechenia. Liquidado el comunismo, la Gran Rusia se está trasladando a una barbarie troglodítica.

—No voy a estar en Chechenia —dice ella.

—¿Y eso cómo voy a saberlo? ¿Cómo vas a saberlo tú misma? Con lo cabezota que eres, basta que alguien te invite a volar a Chechenia en un helicóptero militar de transporte para que...

—¿Por qué no te vienes conmigo? (Gwen recuerda la estampa que Gideon ofrecía en el mercadillo de Novosibirsk y después junto a la entrada del aeropuerto, cuando le dijo: vente conmigo a la taiga, deja que me vaya contigo a Moscú. *Seguro que lo pasamos bien juntos*).

Gideon frunce el ceño. No puede irse con ella. Se siente como un don nadie, sin dinero, empequeñecido.

—Ven conmigo. Te pago el billete.

—Pensaba que tenías previsto trabajar sin parar día y noche.

—Ven. Te pago el billete. O, si quieres, nos encontramos en Londres y pasamos tres o cuatro días allí.

—No puedo.

—¿Por qué no? Si fueras tú quien tuviera el dinero, yo estaría encantada de que me invitaras a dar la vuelta al mundo. ¿No te apetece?

—Déjalo estar, jefa —responde él finalmente—. Mejor sigue sacándole brillo a los zapatos.

2

—Hola, nena. Tengo ganas de verte.

Gideon ahora estaba en su trabajo, mientras Gwen estaba en el suyo. Volviéndose

hacia Hector, dijo (con una voz distinta):

—Anda, Hector, cómprame algo que sea dulce. Una magdalena integral con zanahoria, o algo por el estilo. Me parece que en el estante aún quedan un par de billetes.

De nuevo al teléfono, explicó:

—Vamos a hacer el primer ensayo de *Piedad sin límites*. ¿Qué hace usted esta tarde, señorita Lewis?

—No sé... Supongo que encontrarme contigo.

—Muy bien. Me gustaría no vernos muy tarde. No puedo quedarme contigo por la noche. Tengo que irme a las diez, como mucho.

—¿En serio? —Gwen sintió una gélida punzada en el corazón. Era preciso que le dijera algo. La verdad: pero si sólo tenemos dos días para estar juntos antes de que me vaya...

—He quedado en recoger a Ethan en casa de un amigo suyo que vive en tu misma calle. Uno de esos amigos suyos ricachones: Morgan, que vive en el Beresford. O quizá sea Beresford, que vive en el Morgan...

Gwen no dijo nada. Un momento, tengo otra llamada entrante. La secretaria del doctor Makover, del Instituto para las Cuestiones Internacionales, que quería enviarle por fax las reservas de billetes, el calendario del congreso, y si Gwen por favor pudiera echarle un vistazo al currículum suyo que iban a enviar al congreso, para asegurarse de que no había ningún error... Gwen volvió con Gideon, que estaba sentado en una sala fría y grande del caserón de Attorney Street. Gwen se preguntó qué estaría él haciendo con las manos en aquel momento, aquellas manos con los dedos largos, diestras, de un moreno oliváceo, con los nudillos prominentes y rojizos. Pegar algo con pegamento, grapando algo, arreglando algo. Gideon, el culo inquieto.

—Sigo aquí —dijo Gideon. Dirigiéndose a otro, agregó—: Ammo, no uses ese rollo. Usa el blanco, que ya está empezado.

Gwen esperó a que él volviera a concentrar su atención en ella. Y entonces sugirió:

—Si te parece, no nos vemos esta noche.

—De eso ni hablar. Voy tan pronto como pueda. ¿A qué hora te parece que sales del trabajo? Es un coñazo que no pueda quedarme, pero le he prometido a Dina que iría a recoger a Ethan. Tengo la impresión de que está un poco cabreada conmigo porque ya no se me ve el pelo. —Pidiendo perdón, conciliador.

—¿Ah, sí? ¿No te parece que eres un poco mayorcito para vivir con una casera que no te deja salir por las noches?

Las palabras le salieron un tanto hirientes en exceso antes de que pudiera atemperarlas. Lo tuyo no es la diplomacia, Gwen. Te tiras a la piscina sin mirar. Y Gideon se siente demasiado herido para comprender que tras tu desdén formidable se esconden los celos de que él esté viviendo en una caja de zapatos con una mujer que no eres tú. Casi se lo imagina a primera hora de la mañana, cuando se dirige a la

ducha y pasa junto a esa Dina feúcha, con una erección de caballo en la entrepierna. ¿Es posible que durante los fines de semana se pasee por el piso tan desnudo como Patroclo cuando iba a la batalla? ¿Es posible que Dina también esté loca por él?

Picado, Gideon trató de justificar lo que en aquel momento le parecía un latazo de situación al tiempo que una última lealtad por su parte. A la defensiva, recurrió a la explicación de orden económico.

—Oye, guapa, ¿tú tienes idea de cómo vive la gente normal? ¿La gente que no tiene dinero metido en fondos de inversiones? Pues claro que es un coñazo compartir piso. Pero si me voy, a Dina le da algo. Y a mí tampoco me mola irme a según dónde. No me apetece gastarme la mitad del sueldo en un alquiler... ¿Dónde? En Flatbush o en Woodside, a dos horas de viaje del centro todos los días. Sí, ya sé que viviría mejor si dispusiera de mi propia suite en el Ritz, pero... —El mensaje de fondo estaba claro: como estás demasiado ocupada diciéndole a la puta gente de Arjángelsk lo que tienen que hacer, ni te das cuenta de cómo vive la gente de tu propia ciudad.

Un golpe bajo. El recurso más fácil. Mejor que ignores lo que te está diciendo, guapa, y trates de apelar a la súplica audible en su voz alterada. Gwen lo intentó.

—Estaba pensando en ofrecerte que vinieras a vivir conmigo —dijo, con la voz un tanto temblorosa. Esperando que Tim, quien andaba cerca, de veras estuviese totalmente absorto en aquella llamada a Kiev.

—¿Contigo? ¿Es que te has cansado de vivir tranquila y feliz con tus frascos y tus lociones? —bromeó él. Con afecto, ahora.

—Me parece que prefiero vivir contigo.

—A mí me parece que en el fondo prefieres seguir con las lociones. Pregúntamelo otra vez dentro de un año. ¿En serio quieres que nos liemos a vivir juntos? Me has pillado por sorpresa. Nunca me habían propuesto algo así. En el fondo soy un jovencito provinciano de Teaneck y no sé qué responder a según qué cosas. Tendrías que verme en este momento: me estoy ruborizando.

Gwen se irguió con un respingo cuando Tim colgó, se acercó a su escritorio y le apartó el auricular de la oreja un momento.

—¿Necesitas algo, Tim?

—¿Tienes por ahí el *Índice de la censura*?

—No, me lo he dejado en casa. A ver si me acuerdo de traerlo mañana...

Tras haber despachado así a su colega, Gwen se sumió en el desespero. Lo cierto era que nunca había pensado en decirle a Gideon que se fuera a vivir con ella —muy al contrario, las vidas separadas que llevaban siempre le parecieron el reverso exacto y deseable de una tediosa vida doméstica al uso: si se cansaba de comer sushi para llevar, Gideon era muy libre de irse a casa y cenar algo caliente con Dina. Pero ahora que ella casi por accidente le había hecho el ofrecimiento, él tenía que decirle que sí. Tenía que decírselo.

Gwen otra vez guardó silencio cuando Kalman pasó a su lado.

—Una cosa —dijo finalmente a Gideon. Una pausa—. ¿Es que...? ¿Es que no te

fías de mí?

—Tú eres quien no te fías de ti misma.

—Por esa misma razón necesitaba que tú confiaras en mí.

—Tocado. No sé si lo tuyo es casuística de jesuitas, chantaje o qué. ¿Qué es lo que me estás pidiendo? ¿Que me vaya a vivir contigo o que deje de vivir con la familia Gribetz? —incidió la áspera voz de Gideon. Bienhumorado, pues estaba disfrutando de la humillación de Gwen—. Guapa, me parece mejor que sigas viviendo sola en tu piso. No te veo muy dada a compartir las cosas; me parece que para ti lo ideal sería que una vez al mes fuera a verte a tu casa, como hacía tu novio el bancario.

Gwen se contentó con seguir a la escucha, haciendo lo posible por refrenar su temperamento, por no machacar a este niño insolente y presuntuoso que estaba al otro lado de la línea.

—Me gustas mucho. Más de lo que ninguna otra cosa me ha gustado en la vida. —Había que reconocerlo, era cierto. Era un cabrón, pero le gustaba. De arriba abajo, de los largos, ágiles dedos de los pies hasta el cráneo con la pelambreira rizada. Le gustaba el calibre limpio y radiante de sus oídos, el blanco azulado de sus ojos, su cálido aliento caballuno en la espalda por las noches.

—Ya veremos —dijo Gideon.

—Eso es lo que se le dice a los niños.

Y Gideon, repentinamente impaciente, contestó:

—Cuando esté preparado para vivir contigo, ya me encargaré yo de pedírtelo.

3

Perdóname, perdóname, perdóname. Las palabras se iban transformando en un murmullo sordo cuyo significado importaba mucho menos que la apagada frecuencia del tono. Gwen sentía que estaba ardiendo. Se había quedado dormida poco después de llegar del trabajo. No, no estoy enferma, insistía, negándose a sostenerle la mirada, sólo estaba durmiendo un poco. Perdóname... Perdóname. ¿Por qué? ¿Por haberme despertado? Y la cuestión quedó en el aire, no mencionada, de quién vivía dónde... Se marchaba a Rusia, no se marchaba a Rusia, no hasta que le bajara la fiebre. A él le daba igual vivir en un sitio u otro, a nombre de quién estuviera el alquiler, guardar las maquinillas de afeitar en uno u otro cuarto de baño, pues él era de ella, suyo y sólo suyo, me oyes, guapa, con los brazos estrechando su cuerpo con fuerza a fin de detener aquellos escalofríos. Debo de estar enferma, perdóname, cariño, y el tiempo que se ralentizaba como una gota que no termina de caerse, ganando en volumen pero sin moverse... Voy a hacer una sopa con los restos del pollo, dijo Gideon, una sopa de pollo como la que mi abuela Bella me hacía cuando estaba malo de pequeño. Eso debía de ser estupendo. Bah... La abuela era una especie de arpía que siempre andaba rezongando.

4

Enero de 1996. Nueva York.

Gélido y con el cielo azul, tan azul que uno diría que no hay una sola nube entre Idaho y esta ciudad, mientras el rojo-rojo, el azul-azul y el blanco-blanco de la bandera estadounidense se descuelga desde el piso cuarenta y nueve de los hoteles y los edificios de oficinas, tensándose bajo la luz nítida como músculos cromáticos, tan precisas como aviones a reacción.

Uno pensaría que el oxígeno tiene que ser diferente en el barrio donde vives, al sur de estos plateados Alpes de Manhattan, en lo más profundo del valle ensombrecido por el éxito de los de más arriba. Y sin embargo, en lugar de empequeñecerte, la vista consigue que tú también te sientas transportado al éter, extasiado, oh por Dios en el cielo, no hay nada imposible. Nada, si no fuera porque Gwen se marcha mañana...

5

Gideon la abraza a un paso de la cinta transportadora de la máquina de rayos X y el umbral del detector de metales que separa a los viajeros con destino internacional de la chusma que se queda en casa. Más allá se extiende una alta pendiente de mármol color beige que asciende hasta perderse de vista, un pasillo elevado que lleva a un aséptico más allá...

Guardias. Inspectores. Personal uniformado.

Cuántas personas se han separado para siempre en esta frontera, para no volver a verse nunca más.

El fin de semana pasado, Pants on Fire participó en una manifestación frente al ayuntamiento en protesta por la política de inmigración de Estados Unidos. (La apertura total de fronteras es la única causa política que Gideon y Gwen comparten.) Concluida la manifestación, ambos fueron a ver una exposición de fotografías de inmigrantes ilegales. La imagen de una trabajadora china del textil tumbada con la mirada vacía sobre un camastro en la celda que comparte con otras siete obreras. Un bebé está mamando de su pecho; su manita diminuta aferra el otro pecho de la mujer.

La mujer, cuya expresión es sombría y tiene marcas de viruela en el rostro, está amamantando a su hijo por última vez, según explica la leyenda. La mujer lo ha tenido consigo tres meses, retrasando el día de su marcha, lo ha mantenido en este inmóvil vagón de ganado que es su «hogar» entre uno y otro turno, en este garaje de varias plantas en el que aparca su carcasa durante las horas escasas y oscuras en las que no está siendo conducida. Acaba de pagar mil dólares a un desconocido para que lleve a su hijo de tres meses a China, pues no puede permitirse seguir manteniéndolo mientras trabaja en Estados Unidos. Y tú, mientras la contemplas, por la razón que sea comprendes que ese bebé que se aferra a la teta con fiereza aún no lo sabe pero está genéticamente programado para sumirse en un miedo que ni los tigres de dientes

de sable le provocarían: en unas pocas horas será arrancado al seno cálido de su madre, de su almizclado olor a mujer, del pecho dulce y conferidor de vida, para ser entregado al metálico terror del aerospacio internacional, y nunca, nunca, nunca más volverá a ver a su madre, pues el ser que él es en este momento y el ser que ella en este momento es, el fluido ser indisoluble unido por el pezón, está a punto de ser aniquilado para siempre jamás. Y, si una lo piensa, éste es el único siempre que de veras existe.

Mucho después de la marcha del pequeño, la madre seguirá despertándose cada dos horas en mitad de la noche, con los pechos inflados y doloridos rezumando la leche que el niño que está en la otra punta del mundo demanda a gritos sin dormirse. El niño que un día tendrá que superar esa ansia, si es que llega a crecer.

Y Gideon también se ve obligado a contener un gemido al verse obligado a liberar a Gwen y dejar que se marche al espacio exterior. En este momento le está acariciando las mejillas, las cejas, la nariz, por última vez. Memorizando cada arruga, cada pliegue y cada bulto. Prohibiéndose romper a llorar antes de que ella se haya perdido de vista. Pensando: esta separación es insoportable. Si pudiera tenerla a mi lado para siempre...

Amantes, ¿creéis en vuestra propia eternidad? ¿O se trata de un engaño, de una ilusión (antes se hundirán Gibraltar o las Montañas Rocosas), el irónico reconocimiento de que la única certeza es la ruptura, el desposeimiento? La negación absoluta de todo cuanto hacemos. E, incluso el espacio temporal más humano de los amantes menos jactanciosos (Agamenón al declarar que un día esperaba ver a su Clitemnestra convertida en una abuela desdentada hablando a solas ante su telar), ¿no es acaso otro sueño irrealizable?

En consecuencia, Gideon, más humilde, con mayor experiencia en el abandono, carece del vanaglorioso atrevimiento necesario para invocar eternidades. En vez de ello, Caitlin lo llama para invitarlo a llevar un taller de verano en Binghamton la última quincena de julio, y él entonces se pregunta: ¿en julio seguiré estando en contacto con Gwen? ¿Seguiremos siendo uno?

El pequeño histrión que anida en su interior y anda en pos de la fama se dice: si su avión se estrella en Finlandia —pum, suelta de pronto— nadie llegará a saber de nuestro amor. El supersticioso negociante que hay en su interior piensa: si su avión no se estrella, si tú, querubín de las Regiones Superiores, me la devuelves intacta, ello será señal segura de que seguiremos juntos, de que esto va en serio. Un último beso en sus labios contraídos, aspirando el cafeinado aliento de Gwen, una última caricia a su pelo espeso, sujeto por una cinta de terciopelo negro, una promesa frenética y murmurada, y ella de repente se ha ido de lado.

Y mientras sigue allí de pie, mirando cómo ella se aleja con ojos incrédulos y enloquecidos, como una Eurídice al revés que de tanto en tanto se vuelve para decirle adiós con la mano y empieza a embocar la montaña de siete pisos plagada de puertas de salida, Gideon (el bebé que llora con rabia y se niega a aceptar que tendrá que

crecer antes de volver a ver con su madre) se pregunta qué es lo que en realidad está pasando por la mente de Gwen después de que ésta haya doblado la esquina que lleva al aeropuerto internacional.

CAPÍTULO CINCO

1

En La Merced iban a hacer una fiesta nocturna de carnaval: estaba previsto que tocaran Bux y Strange Days (para bailar), así como los Karmanauts y un clarinetista argentino de jazz, mientras que Isaac Hooker estrenaría un corto llamado *Heliogábalo*.

La entrada iba a costar quince dólares, y los fondos irían a parar a la campaña Salvemos La Merced. Gideon no estaba para muchas bacanales, pues Gwen seguía de viaje. Su ausencia no le causaba melancolía o malhumor, sino que lo llevaba a andar medio atontado el día entero, como si el amor fuese una forma de gripe particularmente estupefaciente. Era el día de la fiesta, y estaban ensayando una versión reducida del misterio de pasión, él, Dan, Amnon, Andrea y Hector, con Ethan a la trompeta y seis chavales del barrio.

Un mediodía oscuro y húmedo: cae una especie de molesto, fangoso mestizaje de lluvia y nieve. En el suelo hay charcos que tienen su origen en los chorreantes abrigos y botas de todos los presentes, la mesa está cubierta de platos de papel con abundantes restos de mayonesa, dispersos vestigios de patatas fritas con sabor barbacoa y un barrilillo de plástico de vino barato Mountain Dew. Calzada con unas botas enormes, Andrea va de un lado para otro tocando el acordeón, Dina pregunta si alguien tiene una aspirina, Amnon y Hector por sexta vez intentan bajar el diablo de cartón piedra con ayuda de una polea, y el diablo por sexta vez se suelta del gancho que lo sujeta. Es la época del año en que todo el mundo está tosiendo o estornudando, y Gideon lleva dos días seguidos sin saber nada de Gwen.

—Vamos —indica Gideon.

La procesión empieza a cantar y a moverse; Gideon la detiene; la procesión empieza a moverse; Gideon la detiene.

—Un momento, un momento, un momento —dice—. Hacéis demasiado ruido. Los gritos y los lloros tienen que ser muy esporádicos; de lo contrario la cosa suena horrorosa. Tenéis que escuchar al compañero.

Han interpretado esta obra un millón de veces: en Costa Rica, en Bélgica, en Checoslovaquia y en Stroudsburg, Pennsylvania. ¿Qué es lo que hoy le pasa a la

gente?

—Se supone que el demonio no se mueve hasta que se cierra el telón —agrega.

—Oye, Amnon —añade—, te has equivocado de luces. Hay que iluminar a izquierda del escenario. ¿Has apagado la luz principal? Pues enciéndela y bájala un poco. Y ahora ilumina a izquierda del escenario. Y no bajes más la principal.

—Un momento, un momento —apunta—. La túnica del señor Carnaval es demasiado holgada. Andrea, ¿puedes arreglarla? Estupendo, a ver si puedes.

Ensayan y ensayan. Luego hacen una pausa, y todos se aprestan a una autocrítica colectiva que no hubiera desentonado entre el Vietcong.

—El demonio sigue sin convencerme —sostiene Amnon—. El demonio tiene que estar un poco más suelto; el demonio baja demasiado rígido desde que el otro día se nos cayó encima.

¿Son imaginaciones de Gideon, o es que algo ha cambiado? De pronto todos están tomando decisiones sin consultarlo, y hasta Dina y Andrea parecen andar recabando la autoridad de Amnon (un técnico que tiene diecinueve años). El rumbo de la compañía se ha visto alterado. Mientras él no estaba al loro. Mientras estaba en la cama con Gwen.

—Pero me parece que el demonio esta vez ha bajado un poco mejor —concluye Amnon en tono animoso.

—Pues a mí me parece una puta mierda —interviene Gideon, y todos se lo quedan mirando sorprendidos, pues normalmente es él quien siempre trata de animar a la gente.

2

Desayuno en el piso de Rivington Street. Hoy toca colegio. Oscuridad invernal en el exterior, corrientes de aire frío en el interior. Ethan se queja, Dina tiene la cara hinchada de sueño: madre hijo andan enzarzados en su perpetua batalla porque Ethan se niega a comer, y Gideon preferiría encontrarse en otro lugar.

Se imagina que está en el Uptown, en el Vanderveer (perfectamente caldeado e iluminado por un sol repentino), dándose un festín con brioches, confitura negra de cerezas y rubio coñito. Faltan un millón de días para el regreso de Gwen. Gideon contempla lo que lo rodea con un novedoso sentido crítico: ¿las cosas tienen que ser tan feas por el mero hecho de que son baratas? Mira a Dina, que está envuelta en una cutre bata almohadillada de poliéster, y siente un disgusto que al instante le produce remordimientos, como si estuviera ante una esposa ya no amada. Por primera vez se pregunta: ¿cómo puede estar tan gorda? Piensa: ¿qué clase de niñez es ésta para Ethan? Piensa: ¿y qué si sólo quiere desayunar Doritos? ¿Hay que hacer una tragedia de ello?

En el fondo de este distanciamiento yace cierta solapada sensación de hermandad no deseada, en el sentido de que tanto Dina como él son hijos del Viejo Mundo, conscientes de la Muerte amarga e implacable. Él, Dina, Dan, incluso el mismo

Ethan. Lo que implica que cada uno de ellos encierra en su interior —bajo el reluciente barniz americano— este pesimismo desconfiado que atiende a la propia protección, una promesa de descomposición acelerada. Porque «Ellos» son la verdadera familia de Gideon, porque son los únicos que lo conocen de veras, él de pronto siente el impulso incontenible de escapar a Ellos.

Mientras que la dorada Gwen, con el mentón prominente y proyectado hacia adelante, segura de las infinitas posibilidades de la vida, ignorante a más no poder, da la impresión de proceder en exclusiva del Nuevo Mundo (y ello a pesar de sus orígenes en la bahía de Plymouth): esta chica es una especie de rascacielos armado en acero. Y Gideon de repente descubre que está pensando: quiero ser arbotante de su piso número cuarenta, una gárgola con las alas abiertas sobre sus pináculos cromados; quiero vivir allí donde el aire es purísimo, y no en sótanos oscuros empeñado en encontrar unas raíces que llevan mucho tiempo atrofiadas. Y esto sólo puedo hacerlo con ella.

Una nueva contienda se desata entre madre e hijo en relación con el deseo de Ethan de ir a una fiesta de cumpleaños el viernes por la noche —Andre, de la clase de Karate, que vive en Hoboken—, y Dina le dice: No, el viernes por la noche es el *shabbos*, y lo que toca es sentarse en torno a la mesa de la cocina para cantar antiguas canciones hebreas evocadoras de los ángeles y el exilio, y no cruzar el Holland Tunnel para meterte en el sótano de la casa de un amigo a hacer *morphs* con su ordenador. Ethan insiste. Puedo ir antes de que anochezca y quedarme a dormir; puedo volver la tarde siguiente. Dina: He dicho que No. Y Ethan se la queda mirando con una expresión reconcentrada que indica: Cuando me marche de esta casa me pondré a trabajar en una hamburguesería, y estaré muy contento de currar durante el Yom Kippur.

En el escaparate de su mente Gideon piensa: No puedo hacerle esto a Dina, marcharme así como así. Dina necesita que alguien la ayude con Ethan. Pero sus pensamientos de la trastienda son otros: se ve obligado a reconocer que, a pesar de las mutuas promesas entre Gwen y él, a pesar de la perfección de su comunión de almas escrita en ellas, no acaba de estar seguro de la conveniencia de rendirle su destino a Gwen. Proceden de barrios distintos; ella en el fondo no tiene verdadera relación con su propia gente (como hubiera dicho Sonny Wolkowitz). Se trata de un atavismo, de una desconfianza que es puro instinto de supervivencia y que él todavía no está en condiciones de domeñar.

CAPÍTULO SEIS

1

—¿Qué es lo que se propone nuestro gobierno? —La pregunta es retórica y acaba de ser formulada por James Otis, un funcionario del Banco Mundial al que no le está sentando nada mal el coñac armenio que Hill y Jamila tienen en casa—. Como de costumbre, nuestro gobierno anda loco por respaldar al primer dictador con que nos tropecemos. Y yo creo que por cuestión del simple miedo a quedar mal: sólo faltaría que a estas alturas el presidente tuviera que aprenderse el nombre impronunciable de un nuevo presidente ruso.

—Claro —convino Jamila—. Razón por la que Estados Unidos le está comprando la reelección con el dinero del FMI. Con el argumento inane a más no poder de que los comunistas están al acecho. El otro día entrevisté a Stanley Fischer... En la vida he conocido a un tío más repugnante y poco de fiar... —Jamila soltó un gruñido y hace ademán de estrangular con sus manos una garganta imaginaria.

Jamila y Bill Sachs, corresponsales de prensa ambos, siempre tienen las puertas de su casa abiertas a los estadounidenses de paso, y así fue como Gwen los conoció durante su primer año en el instituto Lavrinsky: merced a un número de teléfono garabateado en un papelillo. Así fue como Dios le hizo llegar su bendición más profunda: Y de hecho había algo bíblicamente hospitalario en Jamila —una bajita, achaparrada dinamo de mujer— quien, tras llegar a las siete a casa de su despacho, había cocinado un pollo a la georgiana con salsa de nueces para sus invitados de último minuto.

Bill estaba tratando de explicarle a Gwen cómo había discurrido la fiesta de cumpleaños de Luzhkov, en la que... Pero la voz sarcástica de James Otis se interpuso en aquel momento:

—Yo no tengo nada personal contra Yeltsin, pero el tío no tiene remedio. Cuando no anda medio borracho, da la impresión de que está medio muerto. Vosotros que conocéis el paño igual podéis explicarme por qué en este país gustan de ser dirigidos por cadáveres.

—Yo no lo veo así —dijo Jamila—. Lo que pasa es que Yeltsin no puede ser más impopular. Y es una pena, pues aquí hay mucha gente decente de veras, inteligente y

con formación, pero lo que faltan son incentivos para ser honesto o cívico. Si yo fuera una joven rusa de hoy, estaría... —Jamila se llevó el índice a la sien e hizo el gesto de apretar un gatillo— ...hecha polvo.

—¿Y qué pasa con Yabloko? —preguntó Gwen. Durante su última visita a Moscú, Jamila y Bill daban la impresión de estar enamorados del partido político de Yavlinski.

—¿Yabloko? Yabloko es otra de tantas fantasías de occidente —dijo Bill—. Es como cuando tu madre insistía en que te hicieras amigo del pequeño Arthur, porque el pequeño Arthur llevaba corbatas de pajarita y gustaba de tocar el violín, pero lo que tu madre no entendía era que el pequeño Arthur también se dedicaba a martirizar animalillos durante sus ratos libres... Nosotros hacemos un poco lo mismo: le decimos a Yeltsin que si juega con el pequeño Chubáís o con el pequeño Gaidar o con el pequeño Yavlinski, le daremos billones de dólares para que haga con ellos lo que quiera. Pero hay un problema: los rusos odian a todos esos reformistas pro-occidentales. Los odian a muerte.

—Sí, ya lo sé, ¿pero por qué?

—Porque son tan corruptos como los antireformistas antioccidentales —dijo Jamila, echándose a reír.

—Porque todos ellos son judíos —repuso Bill.

—Esa no es la razón, Bill —protestó Jamila—. También son judíos la mitad de los...

—Os diré una cosa. Cuando trabajé en el Departamento de Estado tuve ocasión de observar una especie de patología... —dijo Gwen—. La política exterior a veces venía dictada por unas consideraciones propias de la prensa del corazón. Alguien tiene que explicarle al gobierno americano que el mundo real no tiene nada que ver con una columna de chismorreos sobre Hollywood. Hay que olvidarse de Yeltsin y sus...

—Claro, claro. ¿Os habéis fijado que siempre apoyamos a los políticos que tienen una buena mata de pelo? —intervino James Otis, cuyo propio cabello asimismo era muy espeso.

—...No importa a quién han nombrado primer ministro esta semana. Hay cosas mucho más importantes: unas instituciones mastodónticas que tienen que cambiar, el sistema impositivo, el gobierno regional que pueda haber en Ufá, la reforma de la seguridad social, el establecimiento de algún tipo de consejo económico regulador. ¿Os acordáis de lo que decían Raoul Hilberg y sus discípulos sobre el holocausto? Hitler o Goering en el fondo son mucho menos importantes que el anónimo burócrata que está sentado en su escritorio rellenando nuevos pedidos de Ciclón-B... ¿Qué queréis que os diga? Yo pensaba que Clinton por lo menos era listo...

—Un pajillero, eso es lo que es, y siento decirlo —terció Bill en tono sombrío.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No teno sueño!

Los grititos los había pronunciado una niña regordeta que estaba mirando por la

puerta entreabierta.

—Trata de dormir un poquito, cariño —instó Jamila.

Al ver que su madre no se mostraba enfadada, la niña cruzó corriendo el parquet de la sala de estar y se acomodó en el regazo de Jamila. Mientras acariciaba los rizos color oro oscuro de su hija, Jamila pasó a describirle a Jim Otis el fariseísmo de su editor, quien, cuando ella le propuso escribir un artículo sobre la revivificación del antiguo Gran Juego diplomático, por obra del gas del mar Caspio esta vez, se limitó a responder:

—Con que quieres escribir algo sobre el Caspio, ¿eh? Estupendo. Te propongo que envíes un bonito reportaje sobre el caviar...

Jamila añadió:

—En ese momento me dije que si lo que quería de mí eran reportajes sobre el lujo y la gastronomía, mejor habría hecho en asignarme a Viena.

A todo esto, Bill le estaba preguntando con insistencia a Gwen qué sabía ella exactamente sobre las inversiones de Lavrinsky en Rusia...

—¡Mamá, no tengo sueño! —repitió Tatiana.

—Ya lo sé, cariñito, ya sé que no tienes sueñecito... —dijo Jamila con dulzura. Volviéndose hacia Gwen, agregó—: Por Dios, tengo que dejar de hablar de esta forma infantiloides. Bill y yo a veces estamos tan cansados al llegar a casa que sin darnos cuenta nos ponemos a hablar así: Teno hambre. Teno ganas de comer pastel.

—De pena —corroboró Bill, de nuevo en tono sombrío—. Entre los políticos rusos y los niños de dos años, uno acaba por sumirse en la regresión a la infancia.

—Bill, ¿te he dicho lo que Tolya me ha contado esta tarde?

—No.

—¿Sobre quién pagó la fiesta de cumpleaños de Luzhkov...?

—No...

Cada vez que visitaba a Bill y a Jamila —cuyo único nubarrón en la vida lo constituía el hecho de que Jamila estaba ansiosa de tener un segundo hijo pero sufría un aborto tras otro—, Gwen de pronto se decía que igual sí que podría llevar una vida de casada. Pero por desgracia, no bastaba con admirar el matrimonio formado por los Sachs y formular el deseo: yo quiero uno igual. Estaba claro que Jamila había tenido que echar mano a todo su genio doméstico-erótico para convertir a Bill, un hombre tristón y con la tez amarillenta dado al humor negrísimo, en un esposo modélico, un compañero de lo más valeroso.

¿Y no era extraño el modo en que Gwen echaba de menos a Gideon con todo su corazón? ¿La forma en que su corazón de pronto parecía haberse convertido en un bulto indigerible que tenía en el pecho? Sentada en la sala de estar, se dijo: Yo no aguanto dos semanas más sin él; voy a tener que volver antes de lo previsto. Pensando, con una suerte de aprensión: ¿Y este hombre quién es? ¿Cómo acabará todo esto? (Como si el amor viniera a ser comparable a las luces con que las hadas atraían a una hacia el abismo...)

Pero después de una semana más de viaje incesante, la *saudade* que Gwen sentía por Gideon terminó por esfumarse, y de su mente se borró todo propósito de volver a casa con antelación. Y esto acaso sea lo que de veras tendría que haberte preocupado, Gwen: durante una semana lo echaste en falta de un modo mortal, pero una vez pasado el bache, la cosa quedó ahí.

2

Durante su última noche en San Petersburgo, Gwen cenó en el Zarevich con Giorgi Semionov, quien era asesor de una parlamentaria renovadora. Al igual que su amigo Bill, Gwen encontraba sospechosos a tantos de estos «reformistas»: intrigantes, inefectivos, egocéntricos que tan sólo en sí mismos confiaban. La jefa de Semionov, una antigua matemática disidente, era distinta: en su momento se puso del lado de Yeltsin cuando el asalto a la Casa Blanca, y ahora era una adversaria igualmente decidida de las diversas influencias —de la mafia, del KGB, de los nacionalistas— cuyos tentáculos envolvían el esclerótico trono de Yeltsin.

Gwen la había conocido durante los años ochenta, cuando públicamente insistía en que Gorbachov tenía que amnistiar a todos los presos políticos: una mujer de mediana edad que no parecía que fuera a cumplir los sesenta años: dos operaciones de bypass, dientes de acero, cuyo pecho le silbaba al hablar como el de un bulldog, con la salud arruinada por un régimen basado en los cigarrillos y las huelgas de hambre.

Giorgi —su subalterno— tenía veintiocho años. En este momento le estaba hablando a Gwen de amenazas de bomba e intentos de asesinato, de un coche-bomba que estalló demasiado pronto, del impresentable estado gangsteril en el que vivían, de cómo Yeltsin se había convertido en un sultán que cada semana hacía que tirasen al agua a su último visir metido en un saco con piedras. Giorgi se reía de una forma rápida, furiosa y superficial.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlos? —preguntó Gwen—. Déjense corromper por Lavrinsky. Podemos pagarles bastante más que esos piojosos de la mafia. Ya sabe la lección de la Guerra Fría: la única forma de vencer al enemigo consiste en gastar más que él.

—¿Qué pueden hacer por nosotros? —repitió Giorgi, quien soltó una risa carente de alegría—: Para empezar, pongan fin a la guerra en Chechenia. Hagan que su presidente, el FMI, el Banco Mundial y los líderes de la Unión Europea planten cara a Yeltsin y le digan con claridad: Retire a sus soldados de Chechenia, o no le damos ni un dólar más, o lo expulsamos del Consejo de Europa o...

Su letanía —puntuada por los delgados dedos de su mano— se vio interrumpida por unos balidos sordos, ahogados.

¿De qué teléfono se trataba? ¿Del de él? ¿Del de ella? Por desgracia, era el de ella.

—¿Y por qué consideran que la raíz del problema está en Chechenia? —preguntó

Gwen. Ignorando aquellos balidos.

Giorgi se la quedó mirando. Sus ojos azul claro eran inexpresivos.

—¿Está usted familiarizada con la historia de Rusia?

Gwen esbozó un gesto de impaciencia y miró el teléfono por el rabillo del ojo.

—Tal como los rusos lo ven, Rusia en último término no es sino un baluarte contra el Islam. En el mundo de hoy, los países tienen dos opciones. La número uno: amasar riqueza. La número dos: embarcarse en la guerra santa. Rusia está fracasando en la primera opción, porque los rusos somos demasiado vagos y tenemos esa mentalidad... Preferimos que se mueran todas las vacas del pueblo a ver cómo engorda la vaca de nuestro vecino. Así que ahora estamos abrazando la opción número dos. No tiene usted idea de cuántos de nuestros intelectuales están a favor de la guerra en Chechenia e insisten en que occidente tendría que darnos las gracias por aplastar a esos asquerosos musulmanes terroristas que están infiltrándose en la civilización europea cristiana. Lo mismo que los serbios dicen en relación con Bosnia: que les estamos haciendo el trabajo sucio a ustedes. No sé si se ha fijado en el apoyo que la iglesia rusa ortodoxa está prestando a Milosevic... Y le recuerdo que nuestra iglesia carece de tradición tolerante o humanista...

—Un momento, por favor —dijo Gwen, quien al consultar su reloj acaba de pensar que igual se trataba de...—. ¿Sí?

La voz de Gideon, rayana en el histerismo.

—¿Cariño? ¿Me oyes? Llevo intentando hablar contigo desde... ¿Puedes hablar?

Era imposible decirle que No. Era imposible decirle a aquella voz preñada de pánico: Hablamos más tarde. Pero lo cierto era que Gwen a la vez se sentía constreñida. No había más remedio que reconocerlo: en el fondo era una mujer de hojalata recién ensamblada, carente de la necesaria espontaneidad o seguridad necesarias para mezclar facetas personales y husos horarios, de hablar en confidencia con su pareja mientras estaba trabajando. (Gwen miró a su alrededor para ver si había algún rincón que le ofreciera un poco de privacidad, pero él y Giorgi de hecho estaban cenando en la mesa más tranquila de este ruidoso restaurante.)

—Discúlpeme —dijo a Giorgi—. Una pequeña emergencia en casa.

La voz de Gideon le llegó de nuevo, como si fuera el zumbido de un insecto.

—¿Estás ahí, guapa? Te echo tanto de menos que a veces siento que me falta el aire...

—Yo también.

—No he pegado ojo desde que te fuiste.

—Pues yo me encuentro que por las noches no me queda más remedio que ponerme a dormir... —respondió ella en voz baja. Avergonzada a más no poder de estar hablando monerías con su novio delante de este hombre a cuya cabeza le habían puesto precio y que estaba dispuesto a morir por sus convicciones políticas. Avergonzada a más no poder de sentir aquella vergüenza.

—No te oigo, cariño. ¿Podrías...? Hoy he ido a tu apartamento para... para oler

tu aroma, pero eso ha sido todavía peor.

—Hmm. Claro.

Giorgi Semionov, que era un hombre de agenda muy apretada, estaba mirando su reloj, revolviendo en su cartera en busca de unos papeles. Era demasiado joven para tener mujer e hijos, demasiado celoso de su misión para abrazar una vida amorosa que se interfiriese en su labor. Gwen hizo un gesto de disculpa. Un momento, y estoy otra vez con usted.

—¿Cariño? ¿Estás ahí, preciosa? Es que la señal se va y vuelve... ¿Me oyes?

—¡Hola!

—Creo que no puedo aguantar diez días más...

—¿Quieres que nos veamos en Londres?

—¿Cómo?

—¿Quieres que...?

—No sé. Quizá. ¿Me oyes? No lo sé. ¿Hola? ¿Me oyes? No sé si puedo...

Tenemos mucho trabajo.

Consciente de lo artificial de su propia voz, Gwen dijo:

—Te ruego que vengas. Ven a Londres. Sería magnífico. ¿Permites que yo misma me ocupe de comprar los billetes? —Ella misma se daba cuenta de lo falso de su tono, insincero y envarado. Pero era incapaz de modificar aquella disonancia.

buxvzjsgiffgftyteew3q34qxcxcf... El zumbido de aquella voz de adolescente le llegó otra vez durante un segundo, *gfdrttrtrfffxxxxsersdfxdxdsawaxdfxersreds*.

—¿Qué me estabas diciendo? Si quieres, lo hablamos más tarde.

—NO PUEDO.

—¿Me oyes?

Gideon repitió:

—No puedo irme a Londres así como así. Tengo una producción en march...

Una mezcla de alivio y remordimientos cuando la conexión se interrumpió definitivamente.

Gwen devolvió el móvil al interior de la cartera. Levantó el rostro y miró a Georgi Semionov, que puso sus papeles a un lado. Otro fantasmilla lleno de ambición. Gwen pinchó con el tenedor una fría albóndiga con eneldo antes de que el camarero se llevase los platos.

—Esta llamada ha servido para recordarme una cosa —dijo Gwen, con una sonrisa—: Vale la pena tratar de vivir en un país normal. En un país normal, las personas por las noches se ocupan de su vida amorosa, y no de andar sorteando posibles coches-bomba.

3

En East Houston Street había un pequeño parque de juegos. Como de costumbre, en él hoy no se veía niño alguno. Lo que se estaba dando en él era una pelea entre dos borrachos. Un corrillo de gente estaba contemplando cómo uno de ellos —un

rastafari alto y flaco— rompía el cuello de una botella y, armado con el astillado muñón de vidrio, echaba a correr tras el otro. La velocidad con que se presentó un coche de la policía resultó alucinante. Un día gris, oscuro, en el que el sol no había brillado un segundo. Una lluvia viscosa.

Así era su vida, pensó él. East Houston Street, la nieve a medio fundir en las aceras, almacenes de venta de lámparas al mayor junto al Bowery, locos en el parque de juegos. Si no se andaba con ojo, él mismo acabaría así: convertido en uno de los chiflados con ánimo asesino que pululaban por el Bowery. Gideon había leído que se esperaba que en 2050 la gente ya no moriría por enfermedad, pero los de su familia (el legado de la pobreza prolongada) acostumbraban a palmarla jóvenes. Y de repente quiso —con ansia— verse transportado a la opulencia centelleante que envolvía a Gwen. Los dormitorios de hotel, las limusinas en el aeropuerto, las saunas, los empleados a quienes se les pagaba para que le facilitaran las cosas.

Gideon estaba pensando en ella con tanta insistencia que hasta llegaba a olerla. Olía el algodón recién lavado de sus bragas, olía su cabello dorado y espeso, olía su desnuda piel rubia cuyo tono llevaba a pensar en una tostada, olía su aliento con recuerdo a café con leche, la ligera amargura nerviosa que formaba parte integral del complejo olfatorio de Gwen.

Gideon olió con mayor intensidad, se imaginó que hundía el rostro en sus bragas y notó una minúscula pulsión en la verga, que llevaba dos semanas en el congelador, como una especie de geriátrico apéndice al que tan sólo echaba mano cuando tenía que orinar. Se imaginó que su lengua buscaba el diminuto pececillo color rojo cereza de su clítoris y sintió que su verga empezaba a despertar de veras. Como un perro que despertara de su sueño, se estremeciera, se alzara sobre las rígidas patas, sacudiera el cuerpo y se sumiera en una alerta no del todo absoluta pero suficiente para que su amo detectara cierta espúrea resolución por su parte.

Gideon se cubrió con los faldones del impermeable los pantalones vaqueros todavía protuberantes en la entrepierna y corrió escaleras abajo para dirigirse a una agencia de viajes para hispanos que prometía ¡Viajes! ¡Viajes! ¡Viajes!^[10] Ofertas de vuelos a Santo Domingo. Y compró un billete a Londres, de Air India. El vuelo salía el martes por la noche, con regreso el domingo. La vana erección de hacía unos minutos le había salido por cuatrocientos dólares: cuatrocientos dólares que no tenía y que cargó a la tarjeta Visa que en Año Nuevo se había prometido no utilizar. Cuatrocientos dólares que, de haberlos tenido, los habría usado para pagarle a Ethan la estancia en un campamento de verano.

4

Gideon anduvo un día entero con el billete en el bolsillo, hasta que por fin se decidió y anunció a los del grupo que la próxima semana se iba a Inglaterra.

Matadme, suplicaban sus ojos perrunos, despellejadme en vida. Me voy a

Londres para retozar con mi chica en un hotel de cinco estrellas (ya que no habían hecho uso de la primera oportunidad que se les presentara en el Sibirsk en septiembre pasado) mientras vosotros seguís ateridos de frío en este caserón ocupado del Lower East Side.

Pero sus compañeros dieron la impresión de alegrarse sinceramente por él.

—Mola —dijo Hector—. Tienes que traerme un autobús de dos pisos.

—¡Vaya! —dijo Andrea—. ¿Cómo es que te vas a Londres?

Gideon no había estado muy seguro de lo que iba a decir.

—Voy a ver a una mujer que me gusta.

—¿Es Gwen?

—Es Gwen.

Dina se aprestó a formar un corrillo de felicitación que cantaba: *¡Siman tov oo-mazel tov!* Lo rodeo con los brazos, obligándolo a bailar con ella, frente contra frente. ¡Su Gid estaba enamorado!

Y ahora todo el mundo lo sabía, y era un alivio haberse librado de aquel misterio enervante.

CAPÍTULO SIETE

1

—Otra vez te has vuelto a dormir. Pensaba que esta tarde tenías que participar en una mesa redonda.

Gideon se sentó en el borde de la cama y encendió la lámpara halógena en forma de astilla.

Gwen se protegió los ojos con una mano y murmuró:

—Sí. ¿Qué hora es? —Ni la mitad de preocupada de lo que se le hubiera supuesto —. ¿Las cinco y media? ¡Jesús!

Gwen había subido a su habitación en el hotel a la hora del almuerzo, entre una sesión y otra. Era viernes, el último día del congreso. Sentía un amago de gripe. Se duchó, tomó más comprimidos de vitamina C. Se tumbó en la cama para descansar un momento, y mierda... ¿Las cinco y media? Aún estaba a tiempo de pillar la última media hora, pero en vez de ello se sumió en un aturdimiento todavía mayor. Mierda. Y había decidido que a la cena de clausura de esta noche no iba a asistir ni a tiros...

Gideon le acarició la mejilla, le apartó los cabellos espesos de la frente, preocupado. Con un matiz de reproche en la mirada.

—¿Qué has hecho esta tarde? —preguntó ella, deseosa de que él se marchase para volver a quedarse dormida.

Gideon carraspeó, con el ceño fruncido.

—Fui a ver la catedral de San Pablo, crucé el puente y me acerqué a ver una obra que están representando en el South Bank. ¿Tienes hambre?

—No. Lo que tengo es sueño.

—Venga, vamos a que nos dé un poco el aire; si no, luego no podrás dormir por la noche.

2

Gideon rebotaba de impresiones. Quería hablarle a Gwen de todo lo que había visto estos días, vagabundeando a solas por la ciudad. Lo muy impresionado que ésta lo había dejado por su grandeza impregnada de hollín: cúpulas, torrecillas, arcadas que todavía mostraban rastros de la guerra pero que... seguían siendo enormemente

evocadoras del imperio. Cómo, cuando uno cruzaba el puente de Waterloo a primera hora del crepúsculo, el Támesis relucía más abajo como una perla negra: húmedo, melancólico, envolviendo la ciudad con sus meandros intestinales. Y más abajo se erguía la torre en la que antaño decapitaran a las reinas...

Este lugar llevaba siglos siendo el centro de muchas de las cosas que a Gideon lo apasionaban. Había visitado la tumba de Marx en Highgate, y la sinagoga Bevis Marks en la City; había recorrido el canal de Camden Town a la Isleo of Dogs con un marionetista inglés al que conoció de gira el otoño pasado, un artista que dirigía su compañía desde la barcaza fluvial en la que vivía.

El hecho de que este viaje venía a constituir las primeras «vacaciones» que Gideon se tomaba desde que estudiara el bachillerato lo impulsaron a no desperdiciar ni un momento. Era cierto que no había cruzado el Atlántico para admirar la torre de Londres, sino para verla en compañía de Gwen, para pasear cogidos de la mano por esta ciudad antigua y hermosa que les resultaba familiar en grado extremo pero en la que al tiempo no conocían a nadie. Para que Gwen pudiera concentrar el rayo poderoso de su inteligencia en esta área novedosa.

Gideon se había tomado con calma la circunstancia de que Gwen primero tenía que atender sus obligaciones profesionales, pues sabía que todavía les quedaba el fin de semana por delante. Gideon había previsto hacer un montón de cosas con ella: ir a ver alguna de las obras que los grupos independientes interpretaban en los segundos pisos de los pubs a cuatro chavos la entrada, recorrer el mercado de cosas usadas de Brick Lane. Gideon incluso se prestó —y ésta fue una concesión que le costó hacer— a acompañarla a la Burlington Arcade, una especie de aviario acristalado en cuyas tiendas minúsculas y astronómicamente caras Gwen acostumbraba a comprarse americanas de *tweed* y jerseys de Shetland. Ir de compras con Gwen —mejor dicho, ir con ella en pos del Ideal— suponía la perspectiva más aterradora a la que Gideon se había enfrentado desde que conociera a esta mujer: cierta humillación social, unida a una desacostumbrada irrelevancia, hasta el punto de que uno casi se sentía en la secundaria piel de un marido. (¿Qué se suponía que uno tenía que hacer mientras una mujer se estaba probando ropas? ¿Sería de mal tono llevar un libro encima por si acaso?)

Pero desde el momento de su llegada al hotel el miércoles por la mañana, Gwen le había parecido otra. Lejos de mostrarse como la dinámica, despierta Gwen de siempre, la había encontrado... Apagada. Distante. Extrañamente fría. Estaba cansada, le explicó ella. Le parecía que había pillado una gripe. En Rusia no había parado un segundo. No tenía ganas de hablar. No tenía ganas de escuchar. No tenía ganas de explorar. Ni siquiera tenía (muchas) ganas de follar, de modo que la intensísima cachondez de Gideon de pronto vino a convertirse en casi una molestia. Lo único que ella quería era dormir.

Y Gideon no hacía más que pasearse por la habitación del hotel, como una fiera enjaulada. Sintiéndose rechazado. Escondiendo su resentimiento por medio del

movimiento nervioso, de la actividad. Volvía de la calle excitado por todo cuanto había visto y hecho sin ella, y entonces... el entusiasmo entonces se le disipaba por obra de la flagrante indiferencia de Gwen.

Gwen esta noche había logrado animarse lo suficiente para salir. Había hecho reserva (invitaba ella, como dejó muy claro) en un restaurante de moda situado Támesis arriba que Constance le había recomendado.

3

Cortinas de chintz en la oscuridad. Gideon le está acariciando la espalda a Gwen. Ésta, a quien acaba de sentarle mal el plato del día de calamares en su tinta —una delicia más bien perversa ante la que el propio Gideon también ha sucumbido y rendido sus principios dietéticos—, yace en la cama, donde sigue tiritando.

—¿Sabes una cosa, princesa?

—Hmmm... ¿Qué?

No hay respuesta.

Ella se vuelve hacia él.

—¿Qué? —repite.

—Que estoy loco por ti. ¿Y sabes otra cosa?

—No. Qué.

—Que estás embarazada. —La sonrisa de Gideon enmascara el terror que siente en este momento.

—Oh... Y una mierda. —Gwen se las compone para sentarse en el lecho. Su Gwen de siempre, presta a la lucha—. No digas chorradas, Gid. Lo que pasa es que tengo un poco de gripe; eso es todo. ¿Tú sabes cómo están las cosas en Rusia estos días? Hay tuberculosis, hay cólera, hay hasta amenaza de peste bubónica, hay todas esas enfermedades de ciencia-ficción que se pasaron la Guerra Fría incubando en sus ciudades dedicadas a la ciencia. Suerte tengo con que sólo haya pillado la gripe. Si estás en Rusia y tan sólo pillas la gripe, es como si te hubiera tocado la lotería.

—Estás preñada, guapa.

—No digas tonterías.

—Estás preñada —repite él.

—Pues tuve la regla... ¿Cuándo? Antes de salir de viaje.

—No, de eso nada. La última regla la tuviste la noche que Annie Dolores vino a ver nuestro espectáculo. Fue el primer día de la regla. Y eso sucedió a mediados de diciembre. Así que han pasado... Llevas un retraso de más de dos semanas.

—No estoy embarazada. Lo que pasa es que los calamares me sentaron mal, y ya está.

—Unos calamares perversos a más no poder. —De pronto los dos rompen a reír—. Claro: los calamares estaban malos, tienes jet-lag, el perro se te ha comido la regla. Pero lo que pasa en realidad es que te has quedado preñada. Vas a tener un niño, preciosa.

Gwen otra vez se tumba de espaldas, con una risita ahogada.

—Por Dios... Miedo me da. ¿Cómo puedo haberme quedado embarazada?

—¿Es que en Milton no os enseñaron biología?

—Nos enseñaron educación sexual. Pero si he estado usando esa especie de almohadilla...

—Los diafragmas a veces se rompen. Las compañías farmacéuticas tienen pocos escrúpulos y a veces recortan gastos en los materiales.

—Pero si tengo treinta y nueve años... Llevo usando anticonceptivos desde los veinte años, y nunca me había quedado embarazada. Creo que soy la única mujer que nunca en la vida se ha quedado... —Gwen no termina la frase, sin formular la que hasta el momento había sido una intuición que no la entristecía demasiado: que era estéril.

—Cariño, tú eres tan fértil como el limo del Nilo; hasta reproducirte por generación espontánea. Es una cosa que siempre he sabido de ti. Lo que pasa es que antes no estabas enamorada.

Gwen se lo piensa, con una aprensión que se va convirtiendo en semifuriosa. A Rusia no podría ir embarazada. De forma justificada, en Rusia se daba un promedio de cinco abortos por nacimiento. Una voz en la cabeza le dice: Pero si yo no quiero tener niños...—. No te creo —insiste, una vez más.

—No hace falta que me creas. Lo que hay que hacer es ir a una de estas farmacias británicas y comprar un test.

—Esperemos unos cuantos días más. —Sin demasiada lógica, añade—: ¿Por qué tengo que estar embarazada la única vez que nos encontramos juntos de viaje?

—Siempre podemos viajar a otros lugares más adelante. Vamos a tener ese niño.

Gwen le mira nerviosa.

—¿Cómo...? ¿Quieres que lo tengamos...? Quiero decir, si de veras estuviera embarazada, ¿tú estarías dispuesto a tenerlo? —La sorpresa es absoluta; está a punto de llorar y tiene que tragar saliva—. ¿Estás seguro? —pregunta con énfasis.

—Nena, de lo que estoy seguro es que Dios rompió el molde después de crearte. Quiero tener sesenta hijos contigo.

—Yo pensaba que lo que querías era vivir con Dina para siempre en un piso de renta limitada.

—¿Y quién ha dicho que tengamos que vivir juntos? Lo único que pido es que me dejes venir de visita de vez en cuando y sin atosigar... —bromea él. Cuando repara en la expresión de miedo que ha pintado en el rostro de Gwen, al instante agrega—: Vamos, querida, ¿es que quieres que te lo pida de rodillas? Pues te lo pediré de rodillas, si hace falta. Por favor, sé mía. Sé mi mujer, mi bola y cadena, mi *ezer-k'neged*, mi inspiración...

Pero Gwen de nuevo no parece muy convencida. Si es cierto que está embarazada, ¿cómo es que se siente enferma, como una tonta también? ¿Quién coño es responsable de lo que le está sucediendo? No es de extrañar que la gente piense en

Dios como en un macho.

4

Después de que regresaran a Nueva York y el test de farmacia se resolviera con un Sí rosado, después de que Gwen hiciera una visita a la consulta del ginecólogo de su madre en el Upper West Side, Gideon oficialmente estaba encantadísimo con los resultados. ¿Por qué no iba a estarlo?

Los niños siempre le habían gustado, y la perspectiva de convertirse en padre le resultaba fantástica. Gideon estaba orgullosa de Gwen, de su novia embarazada: ¿o es que desde el primer momento no había reparado en que tras aquellos zapatos de piel de cocodrilo que venían a obrar como barreras defensivas se escondía una mujer de verdad, fértil, tierna?

Él era feliz cuando estaba junto a Gwen, que era casi siempre. (Su fe en la capacidad personal de Gwen coexistía con el convencimiento de que si se alejaba de su lado, el resultado sería un aborto.) Sin embargo, cuando se encontraba a solas, a Gideon le entraba una aprensión profunda.

No podía ser de otra forma. Criado por tu abuela porque tu madre se había separado y estaba endeudada hasta las cejas, tras haberte pasado años contemplando los desalentadores regateos entre Dina y Michael para decidir quién le pagaba los viajes en autobús a Ethan, era inevitable que uno se volviera un tanto reaccionario. Que terminara por concluir: Los niños necesitan estabilidad. Estabilidad financiera y familiar. También necesitan de la luz del sol. Y de un espacio adecuado. Y de un padre con un salario y una madre que cuidara de ellos en casa, de un seguro de salud también. Gideon había escogido una profesión insegura y siempre malpagada, en una ciudad peligrosa, sucia y cara, lo que no dejaba de tener sus consecuencias. Quizá nunca llegara a estar en posición de tener hijos. O quizá los tuviera a los sesenta años, lo que siendo tan crueles como sinceros, era la prerrogativa de los varones.

Cuando pensaba en una vida en familia, a su mente acudía la imagen de Jerome y Bridey como modelo ejemplar: una vida en una alquería del siglo XVIII enclavada en un valle surcado por un río, criando tus propias cabras, horneando tu propio pan, enseñándoles a tus niños los nombres de las estrellas. Gideon no quería que su hijo se criase en un anónimo edificio de apartamentos de Manhattan en el que nadie conocía a sus vecinos, y en el que el gimnasio del sótano hacía las veces de espacio al aire libre.

Una y otra vez, la fecha prevista para el nacimiento rondaba por su mente, innegociable. Y con ella, un resentimiento inadmisibles por haberse visto forzado a esta paternidad de emergencia por la incompetencia anticonceptiva de Gwen, la niña rica y mimada tan acostumbrada a que los demás le resolvieran los problemas que ni tan sólo era capaz de usar un diafragma como estaba mandado. En los momentos en que más despiadado se sentía, Gideon trataba de imaginársela como su esposa, como

una abnegada compañera a la que recurrir en los malos momentos, y le era imposible hacerlo. En vez de ello, al momento se acordaba de su nevera vacía de cuanto no fueran vodka y aceitunas. (Entonces, sintiéndose culpable, se obligaba a recordar su generosidad sorprendente, se la imaginaba leyéndole a su hijo cuentos rusos de brujitas que vivían en casas erigidas sobre pilotes y pensaba: Quizá. Quizá sí que tenía las agallas necesarias, quizá lo único que le faltaba era madurar y dejarse de tonterías.)

CAPÍTULO OCHO

Hicieron un descanso en el ensayo.

—A ver, ¿qué hora es...? Las cuatro menos cuarto. Hagamos un descanso de una hora. A las cinco volvemos a ensayar, ¿vale?

—Yo tengo que ir un momento al Uptown —dijo Andrea—. Pero a las cinco y media estoy de vuelta.

—¿Y Dan? ¿A qué hora sale Dan del trabajo esta tarde? Andy, ¿puedes llamar a Dan un momento? Bueno, gente, me largo a recoger esos cables que nos hacen falta. Quedamos en que hay ensayo general a las cinco y media. ¿De acuerdo, Amnon?

En las escaleras se encontró con Dina, cuyo paraguas estaba chorreando.

—¿Adónde vas, guapo?

—Al Jem's. ¿Te vienes conmigo? Tenemos que hablar...

Dina, que tenía un resfriado de campeonato, resopló su asentimiento.

¿Qué clase de tiempo era éste? Hacía tiempo que la lluvia había perdido todo posible carácter alegre o generoso para convertirse en un eterno chirimirí lloriqueante y desagradable. Tan oscuro como la noche en Delancey Street mientras pasaban por delante de tiendas en las que se vendían iluminados rótulos para restaurantes: chillonas imágenes de pizza con pepperoni, costillas chisporroteantes cuyos rojos, naranjas y amarillos aparecían llorosos bajo la lluvia. Grupos de alumnos escolares de origen chino se dirigían a sus hogares esquivando los charcos con sus delgadas zapatillas. Gideon tenía que emplearse a fondo para esquivar los radios de los paraguas de quienes llegaban andando de frente.

El Nueva York subterráneo, el Nueva York de las cutres tiendas de saldos. El Nueva York de Gideon, el mismo que llevaba un siglo y medio oficiando como parada de ingreso en el Nuevo Mundo para los inmigrantes. El Nueva York del que uno se escapaba corriendo tan pronto como había ahorrado diez centavos. El Nueva York de los pequeños escaparates en los que se anunciaban Divorcios Rápidos, Declárese Insolvente, Extranjería. O, de vez en cuando y para variar, el Templo Pentecostal del Resplandor Celestial. El Nueva York de Gideon, reconfortante, barato, ínfimo, insalubre. Incubador de epidemias. Húmedo y chorreante.

—Me parece que la hice buena al mandarte a la calle con esta lluvia y con el resfriado que llevas encima, ¿eh?

Entraron en el Jem's, dejaron atrás los conejitos de pascua y los calcetines deportivos que se vendían en paquetes de a docena, compraron lo que necesitaban, en silencio cómplice, como si fueran un matrimonio casado desde hacía años.

—¿Vamos al Sombrero?

En el Sombrero se acomodaron en uno de los reservados del fondo. Llegó la camarera jovencita y regordeta que se pintaba los labios de color lila: la hija del propietario. Dina pidió un té. Gideon se decidió por un café y unos *huevos rancheros*.

[11] En la tele estaban dando un culebrón en español.

Las cuatro de la tarde, y ya era de noche. Dina seguía llevando puesta la gabardina: una trinchera color beige, oscurecida por la lluvia, medio pegada a su piel.

—Quítate la gabardina, Dina. ¿Es que quieres pillar una pulmonía?

Dina tenía cara de estar deprimida. Hundida. Dina trabajaba en el Kings County Hospital, donde dirigía un programa de seguimiento de adictos y sus familias. Llevaba años hablando de dejarlo. Para trabajar con niños, que era lo que le gustaba. Su jefa era una bruja de carácter pasivo-agresivo que siempre la estaba criticando a sus espaldas y no hacía ni caso de sus recomendaciones; era criminal la escasez de personal que había en su departamento; las tres cuartas partes de la jornada las malgastaba en papeleo. De pronto, a Gideon le entró mala conciencia por no haber animado a Dina a buscar un empleo más gratificante.

—¿Deen? —dijo, con ternura. Interrumpiendo sus quejas sobre la puñalada traperera que Kinshasa le había asestado al hablarle mal de ella a Mel. (Si Gideon se iba de casa, ¿a quién se quejaría? A Ethan no, desde luego. Por eso se casaba la gente: para contar con otro que asumiera las propias ansiedades de baja frecuencia: no sé si puedo comprarme una nueva máquina de coser, no tengo idea de dónde he puesto las servilletas de papel que acabo de comprar, la jefa ha hecho que me lleve trabajo a casa cuando la muy perra sabe de sobras que estoy contratada a tiempo parcial)—. Dina, ¿tú conoces a mi amiga Gwen?

Dina se quedó con la expresión en blanco. Hasta que por fin cayó en la cuenta.

—Sí, claro, la misteriosa mujer a quien conociste en Siberia. Tampoco es que la conozca de verdad, Gid. No es que la traigas mucho por aquí...

—Me gustaría que la conocieras mejor. Lo nuestro va en serio.

Dina sacó la bolsita de té Lipton de su taza. Durante un segundo contempló la imagen de un viejo lobo de mar visible en la etiqueta. Y luego puso la bolsita en el cenicero. Ambos contemplaron cómo el tanino del líquido iba impregnando el volcánico residuo de ceniza. El Sombrero era un restaurante de lo más sucio.

—Verás... Andy y yo lo hemos estado hablando y hemos llegado a la conclusión de que, o estás enamorado, o es que la CIA se está proponiendo reclutarte. De repente te llaman por teléfono desde Asia central, te vas de viaje a Londres... Yo lo tengo claro. La CIA está decidida a infiltrarse en el mundo de los marionetistas para, para... Bueno, hablemos en serio. Cuéntame cómo te va con ella. ¿Estás feliz?

—Estoy... Feliz como unas castañuelas.

Gideon carraspeó, sin acabar de lanzarse a la piscina.

—Pero, bueno... Vamos, Wolkowitz, suéltame lo que tengas que decirme. Así que fuiste a verla a Londres y... Vamos, Wolkowitz, que te conozco como si te hubiera parido. Cuando pones esa cara es porque te acabas de tirar un pedo con disimulo o porque te traes algo entre manos...

Gideon se tiró a la piscina.

—Gwen está embarazada. Vamos a tener un hijo.

Dina por fin se dejó de insistencias. Hizo un exagerado gesto de sorpresa. Se echó encima de él y lo abrazó con fuerza, estrechándolo contra su pecho húmedo y gabardinado. (Gideon se sumió en una familiar sensación de alivio-irritación al dejarse apretar por aquel abrazo húmedo y neumático.)

—«Estas sí que son alegrías, no se ven todos los días» —canturreó ella—. ¿Un niñoo? ¿Qué mi pequeño Giddy va a tener un niño? Casi no me lo puedo creer...

—Pues yo menos aún.

—Mis felicidades, para ti y para todos los de la Casa de Gideon. Que disfrutéis de felicidad y buena salud por toda la eternidad. En la compañía nos hacen falta más niños: una segunda generación de muñequitos... —Dina estaba llorando a esas alturas. Rebuscó hasta dar con un pañuelo y se sonó la nariz—. Espero que tu ejemplo anime a Dan y a Andy a cumplir de una vez. ¿Cuánto falta para que nazca?

Gideon se lo dijo y contempló a Dina hacer cálculos mentales para dilucidar cuánto tiempo llevaba él sabiéndolo y escondiéndoselo.

—Será libra, como yo. No te vendrá mal un poco de equilibrio en tu vida. Por cierto, aún conservo todas las ropitas de cuando Ethan era pequeño. Gwen se va a quedar flipada. Son de lo más bonito, y os las voy a regalar: botitas bordadas y jerseys tejidos a mano. La verdad es que los Pinto se portaron cuando Eeth era peque... Y ahora que lo pienso, tú ya eres experto en cambiar pañales, calentar biberones y todos esos coñazos que los hombres que nunca han tenido hijos necesitan dos años para aprender. Tu novia me debe un favor de los gordos...

Gideon escuchó la cháchara de Dina mientras mojaba la tostada untada en ketchup en el último de los huevos rancheros, sintiendo como si tuviera el estómago lleno de piedras. Por mucho que se mostrase encantada de la vida, a saber lo que Dina de veras estaba pensando en aquel momento.

—Y bien, ¿tienes previsto casarte con la afortunada?

—Eso espero —respondió en tono evasivo.

Dina empezó a hacerle una serie de preguntas de orden práctico en las que Gideon no había caído. ¿Cuánto tiempo de baja por maternidad le correspondía a Gwen? ¿O tenía previsto seguir trabajando a tiempo completo? ¿Su padre era un abogado especializado en la industria del entretenimiento? ¿La familia de Gwen era lo bastante adinerada para que ésta pudiera permitirse no trabajar en absoluto? ¿O pensaba vivir exclusivamente de su salario?

A medida que respondía a todas aquellas preguntas, Gideon se iba sintiendo cada

vez más incómodo. Estaba claro que Dina consideraba que le había tocado la lotería. Los ahorros metidos en un fondo de inversiones, el piso de cinco habitaciones en el Upper West Side eran unas bendiciones de naturaleza práctica, tan inequívocas como la buena salud. Qué contenta estaba de que Gideon pudiera llevar una vida un poco más desahogada, sin tener que preocuparse de imediateces materiales a la hora de criar a su hijo.

—¿Ya has conocido a sus padres? Supongo que ya sabrás que querer a tu pareja es bastante menos importante que querer a tus suegros. Tienes que fijarte bien en tu suegra y decirte a ti mismo: Así será mi mujer dentro de treinta años...

¿Gwen era judía? No. Dina trató de mantener la expresión neutra. Bueno, su padre era uno de esos judíos que detestan su condición y ni quería hablar del tema, mientras que su madre era la típica anglosajona protestante de Nueva Inglaterra cuyos antepasados...

En un intento de calibrar sus intenciones, Dina le hizo una pregunta digna de un clérigo familiar a la vieja usanza: ¿la pareja feliz se proponía vivir como un matrimonio tradicional, casados debidamente y convertidos en el señor y la señora Wolkowitz, bajo el mismo techo, con la misma cuenta en el banco? ¿O más bien estaban planeando uno de esos acuerdos preferidos de las parejas de profesionales con querencias bohemias y dinero: una especie de acuerdo de paz entre hippy y yuppy por el que cada uno iba a conservar su propio nombre y su propio piso, y se encontrarían todos los fines de semana alternando uno y otro apartamento?

Entre tartamudeos, Gideon le explicó con sinceridad que para él lo importante no era decidirse entre el matrimonio y el no matrimonio, como también le daba igual el apellido que fueran a emplear de ahora en adelante —por él, como si querían hacerse llamar Fido o Colocón, uno siempre podía echar marcha atrás y recuperar el apellido antiguo—; lo importante era el amor, y, a sus ojos, el amor nada tenía que ver con las cuentas bancarias, sino que era un absoluto. El amor entre un hombre y una mujer, las promesas de cuidar siempre el uno del otro, olvidándose de todo lo demás, y que el abrazo del amor era lo bastante intenso para producir y criar otra vida humana, acaso varias de ellas.

—Así se habla —dijo Dina, mirándoselo con calidez.

(Como tantas veces sucede, pronunciado su discurso, Gideon empezaba a creerse todas aquellas cosas. Ahora se avergonzaba de sus anteriores pruritos de pequeñoburgués y de su implícita falta de fe.)

—¿Dina?

—¿Gideon?

—Espero que las dos os vayáis a llevar bien.

—Pues claro que nos llevaremos bien. No nos queda más remedio. Te juro que acabaremos viviendo juntas como ancianitas jubiladas en Florida, siempre quejándonos de que nuestros nietos no nos llaman nunca.

Gideon trató de engullir un último bocado de tostada. Pero no podía tragar. El

estómago se le rebelaba contra lo innombrable. Lo que la generosa Dina se estaba prohibiendo a sí misma pensar —él lo sabía— era en la disparidad de sus destinos: Gideon, radiante por su matrimonio inminente, por su novia deslumbrante. Dina, por su parte, iba a seguir matándose a trabajar y continuaría viviendo en aquel edificio desvencijado, sin ascensor y con las escaleras iluminadas por fluorescentes, como continuaría preparándole a Ethan platos de salchichas de Frankfurt con judías que el niño se negaría a comer. Y de aquí a no muchos años, el propio Ethan se marcharía de su lado.

¿Cómo se explicaba aquella discrepancia entre dos destinos que durante mucho tiempo habían estado entrelazados? Porque él era un hombre, lo que implicaba que tenía toda la vida por delante, un campo abierto de mujeres deseables. Mientras que Dina, prematuramente envejecida por un empleo de mierda y su condición de madre soltera, tenía más probabilidades estadísticas de ser secuestrada por Abu Nidal que de encontrar a un compañero en su vida.

Esto era lo que nadie quería reconocer en este nuevo mundo de sexo sin límites y juventudes perpetuadas por la cirugía, se dijo Gideon: que había un montón de gente que no conseguía echar un polvo ni a tiros. Tíos que estaban demasiado quemados y hechos polvo para hacer el intento. Mujeres antaño casadas que estaban demasiado desalentadas y envejecidas para competir con veinteañeras con pechos como lirios.

—¿Dina?

—¿Qué?

—¿Te parece que podrás arreglártelas para pagar el alquiler tú sola?

—Pues claro —respondió. Dina hizo una mueca sardónica y agregó—: Si Ethan el año que viene consigue ingresar en Stuyvesant, me voy a encontrar con que tengo un montón de dinero para gastar. Y si no ingresa, tú y Gwyn...

—Gwen.

—...podéis adoptarlo.

LIBRO CUATRO

CAPÍTULO UNO

1

Almuerzo en Les Hironnelles, en el Midtown de Manhattan. Primavera de 1996.

Un friso con cuatro personas y a cámara lenta. El hombre de mayor edad empuja la pesada puerta de cristal e invita a las dos mujeres a entrar. El hombre más joven (si éste fuera un antiguo bajorrelieve, aparecería representado con la estatura de un niño) vacila un momento y finalmente entra tras las mujeres. El hombre más mayor ayuda a las féminas a quitarse los abrigos; el más joven se lo tiene que quitar él solo.

El más mayor entonces ejecuta un movimiento de carácter casi bíblico (pensemos en el patriarca Jacob recibiendo a Esaú): hace que las dos mujeres caminen por delante y se adentren en el ancho río de luz, y sin embargo es obvio que ambas están bajo su mágica protección. Bajo la que permanecen un momento, bien visibles por obra de la iluminación reluciente, hasta que un hierofante vestido con traje oscuro se las arregla para sortear su presencia a fin de saludar al hombre de más edad.

Una bienvenida: apretones de manos, una mano en el brazo ajeno, risas joviales, nombres y apellidos: Gérard, señor Lewis, bromas, preguntas sobre las respectivas saludes, insultos jocosos... La bienvenida finalmente es extendida, con mayor deferencia, a las dos mujeres. (Las bromas y los chistes vienen a ser una especie de ejercicio de seducción entre machos.) El hombre más joven permanece en segundo plano, sin que nadie lo presente.

El hierofante a continuación conduce a las mujeres a una mesa ante la que, una vez más, permanecen inmóviles hasta que el hombre más mayor les indica dónde tienen que sentarse.

2

Se trata del primer encuentro con la familia de Gwen.

Después de haber estado posponiendo la ocasión de una forma neurótica, Gwen finalmente se ha pasado la mañana telefoneando a sus familiares y amigos para hacerles saber que tiene previsto casarse con un hombre para ellos completamente desconocido. Martin, quien está hablándole desde el teléfono de su automóvil mientras se dirige al aeropuerto, comparte el mismo terror que su hija y le dice a ésta

que hable con su secretaria Melanie.

Jacey suele comentar jocosamente que Martin se divorció de su segunda esposa porque ésta osó criticar a Melanie. Y es verdad que Jacey, muy al contrario, desde el primer instante se dio cuenta que esta solterona con el pelo rubio escarchado por laca y la mecánica voz de pito era el ser esencial en la vida de Martin. (La misma Gwen de pequeña sabía que era a Melanie a quien había que dar las gracias por los patines en línea o la fuente de soda de juguete comprada en los lujosos almacenes FAO Schwarz y recibida como regalo de cumpleaños, o, incluso, por el simple privilegio de recibir permiso para visitar a su padre, a última hora de la tarde en su bufete de la Rockefeller Plaza por lo general.)

Naturalmente, fue Melanie quien, con mucha guasa, le dio las felicitaciones nunca ofrecidas por Martin, tras de lo cual exigió ser invitada a la fiesta de despedida de soltera que Gwen sin duda iba a celebrar en un local de striptease masculino, y quien —tras estudiar la agenda de Martin— al segundo sugirió la celebración de un almuerzo entre familia el día veinticinco en Les Hirondelles, establecimiento enclavado a dos cuadras del bufete de Martin. Uno de estos restaurantes franceses a lo grande y a los que Christopher, el amigo de Gwen, solía ir cuando tenía veintiún años para impresionar a sus amistades, pero que Martin Lewis ha dejado de frecuentar porque las comidas allí consumen demasiado tiempo, porque los platos rebosan de colesterol y porque en la nueva atmósfera de negocios la gente tiende a celebrar reuniones, que ya no «almuerzos».

Gérard, el propietario, vuelve algo después para hacerle un poco más la pelota a Martin. Los dos charlan un momento sobre los planes que Gérard tiene de retirarse muy pronto a su granja en Auvernia. Charlan sobre el viaje que Martin y Jacey recientemente han efectuado a París, y Martin se explaya en detalle sobre los platos de restaurante que allí tuvieron ocasión de degustar. Jacey elogia ante Gérard la belleza de las flores que hay en la mesa. (Es la nuera del propietario la que se ocupa de los arreglos florales). Y Gwen, que está bastante nerviosa y siente ciertas náuseas, se ve embargada por una repentina punzada de placer al contemplar las torres de lirios que hay en la sala, los blancos manteles de lino almidonado, los camareros rubicundos y formales, los murales con ninfas y cornucopias, las educadas conversaciones en murmullos que huelen a dinero. Es una verdad como un templo que estos restaurantes franceses tradicionales rezuman civilización por los cuatro costados, sobre todo si una los compara con el informal frenesí de los locales estilo garaje que Gwen frecuenta con sus amigas: camareras jovenzuelas escuchimizadas y siempre de morros, música atronadora y menús que ofrecen cosas como *chirashi* de atún con salsa de mango, como si la comida hubiera sido descubierta ayer por la tarde y fuera a pasar de moda mañana por la mañana.

Gérard los ha acomodado en una mesa con bancos en primera línea del local, desde la que Jacey puede divisar a amigos o clientes. Oriunda de Texas, Jacey se interesa de forma profesional por la alta sociedad neoyorquina.

—Mira, ahí está Pamela Short —apunta, dándole un codazo a su hijastra—. ¿A que no sabes cómo se las arregla para estar siempre tan delgada?

—No. ¿Cómo?

—Con irrigaciones colónicas.

—Oye, que vamos a comer... —reprocha el marido de Jacey.

—Una especie de enemas a la velocidad del sonido. Pamela dice que son mejores que el sexo.

—¿Y para qué...?

—Para mantenerse delgada.

—No te digo que no sean mejores que el sexo con *ella* —apunta Martin.

Las cejas de Gideon se despliegan en la primera sonrisa del día. Gideon se había negado a aceptar consejos sobre cómo ir vestido al almuerzo, y Gwen —quien confiaba en que su novio sorprendería a su padre con su personal estilo a medias entre Huckleberry Finn y la drogota generación *grunge*— se ha visto decepcionada por las ropas escogidas.

Gideon lleva puesto un traje que en su momento debió de ser adquirido con ocasión de una ceremonia de graduación del bachillerato: beige y de poliéster inmune a las arrugas, con una corbata a rayas de aspecto astroso. No, Gwen en la vida hubiera pensado que el guardarropa de Gideon pudiese incluir una corbata, y menos aún una corbata como ésa. En este restaurante, su aspecto es el de... Un clérigo vestido de civil, acaso. Y Martin todavía no le ha dirigido la palabra, ni una sola...

Jacey, como si quisiera compensar por la indiferencia de su marido, está hablándole a Gideon de diversos destinos de vacaciones, están pensando en pasar la semana santa con los niños en Saint Lucia, que a algunos no les gusta porque... ¡La arena de la playa es negra! (Gwen advierte que, mientras asiente solemnemente con la cabeza, Gideon tiene que esforzarse para contener la risa.)

Martin, por su parte, está demasiado absorto en decidir lo que va a comer y en si pedir o no una botella de vino para acompañar la conversación. Es creciente su irritación por el hecho de que sus invitados no están por la labor.

—Jacey, ¿puedes callarte un momento, por favor? —interrumpe finalmente—. Gérard está tratando de decirnos cuáles son los platos del día.

Prestan atención, y Gwen al momento se deja seducir por el recitado de unos platos que una ya no se encuentran porque son demasiado pesados y complicados de elaborar para la gente de hoy. Jacey y Martin se embarcan en un debate supuestamente gracioso sobre si él va a pedir asado de cerdo con gratén *dauphinois* o se contentará con pedirle al chef que le prepare un lenguado de Dover a la plancha, sin salsa. (Está claro quién ganó.) Demasiado tarde, Gwen advierte que en el menú no hay un solo plato que Gideon, parcialmente adherido a las leyes dietéticas judías, pueda comer.

Gideon se muestra envarado; su rostro expresa desaprobación. Gwen nunca lo ha visto así antes.

En realidad, Gideon está confundido por la discrepancia existente entre sus preconcepciones sobre Martin Lewis —agente de los poderosos del entretenimiento que están acabando con el arte de Gideon, una mancha en el historial de Israel, la fuente de la infelicidad de Gwen— y la impresión física que este hombre le ofrece: bajito, pecoso, a todas luces aturullado. Un judío pelirrojo, con el pelo color óxido y los ojos castaños y furtivos. Uno casi se apiada de él al verlo encajonado entre todas estas mujeres que tan costosas le están saliendo: este hombre que, le guste o no, está a punto de convertirse en el abuelo del hijo de Gideon.

La propia Jacey —pequeña, morena, con un rostro afilado listo y ansioso como el de un fox terrier— tampoco responde a la imagen clásica de la cazafortunas texana. Tiene pinta de ser judía, cosa que Gideon nunca había pensado. Y que Gwen tampoco ha pensado nunca, eso está claro. ¡Que Dios se apiade de todos ellos!

Martin y Jacey se han puesto a discutir. No es el mejor momento para ello, pero es evidente que forman una pareja tendente a enzarzarse —así es como fluye su energía sexual, así es como ella lo provoca, hasta que él se abalanza sobre ella y la hace callar de una vez—, y sin motivo alguno de pronto están en plena pelotera. Jacey acaba de llegar de una reunión en Dalton, donde el psicólogo de la escuela le ha recomendado que sometan a Alexander a un tratamiento con Ritalin. Jacey está furiosa.

Martin opina que vale la pena tener en cuenta la propuesta del psicólogo. Probamos con el Ritalin, y si no se funciona, pues dejamos el tratamiento y ya está.

—¿Y ya está? ¿Eso es lo que tú piensas?

—Yo creo que vale la pena pensárselo. Si el médico...

—Ese hombre no está titulado...

—Si ese asesor...

—Te he dicho que no.

—Bueno, ¿y por qué no llamas al doctor Hattauer, a ver qué opina él?

—Martin, no entiendo ese exagerado respeto tuyo por la autoridad, por todos estos expertos autotitulados.

Martin enarca una ceja, mira a Gwen y a Gideon e indica:

—Me lo tengo merecido por haberme casado con un producto de los años sesenta.

—Lo que pasa es que yo no me creo nada de todos esos diagnósticos a la moda que son pura cháchara. Quiero decir, ¿qué significa eso de desorden de déficit de atención? ¿Que el chaval es inquieto y nervioso? Mira, Martin, si a ti ahora te sentaran ante un pupitre minúsculo y te soltaran un rollo de tres cuartos de hora sobre, sobre la erosión del terreno en las montañas Ozark, pongamos por caso, a ti también te entraría la impaciencia. ¿Es así o no es así? A ver una cosa, Martin, tú ni eres capaz de concentrarte lo suficiente para ir a esas reuniones escolares con los padres, ¿y me estás diciendo que hay que tratar a tu hijo único como si fuese un

enfermo?

—Alexander no es mi hijo único. —Jacey se muerde la lengua, por un segundo arrepentida de sus palabras—. ¿Y tú qué me estás diciendo ahora? ¿Que a mí también tendrían que recetarme Ritalin? Pues bueno, que me lo receten. Me lo tomo, y ya está. Alexander y yo nos lo tomamos juntos, y se acabó el problema.

—De eso, nada. Por mucho que un indocumentado te diga lo primero que se le ocurra, no tienes por qué andar medio sedado por la vida...

—Yo pensaba que el Ritalin no era un sedante, sino que...

—Es verdad: es un estimulante, un, eh... Un incrementador del rendimiento, un poco como los esteroides.

—Me parece que ninguno de los dos tenemos la suficiente información.

—A lo mejor podría someterse a irrigaciones colónicas —sugiere Gwen.

—El problema del niño no tiene que ver con su peso.

—¿De qué se trata entonces? —pregunta Gideon, en el tono más inocente que puede encontrar, tratando de expresar interés genuino.

—¿De qué se trata? De nada. De nada de nada, de eso se trata. No hay problema ninguno. Es un niño normal, de nueve años, al que le gusta jugar a juegos de ordenador y no le gusta la lectura. El problema es la escuela. La escuela ésta nos sale por cuarenta mil dólares al año. Y no sólo eso: una vez por semana me tengo que poner uno de esos delantales fosforescentes para dirigir el tráfico cuando los alumnos van a cruzar la calle; cada dos por tres tenemos que ir a funciones, cenas para recaudar fondos y cenas de padres en las que todo el mundo tiene que traer algo. ¿Es mucho pedir que a cambio de todo esto se comprometan a educar a nuestros hijos o a enseñarles algunos hábitos de aprendizaje? ¿Es que ni siquiera pueden dignarse a decirle a un niño que deje de armar follón en clase? La actitud de la escuela me parece una mierda de...

—Jacey...

—Perdón. En el fondo se trata de un chantaje. Oigan, que su hijo distrae a los demás alumnos, y tenemos miedo de que el promedio descienda. O le dan sedantes para que se quede tranquilito, o ya pueden buscarse otro colegio...

—Jacey, ya está bien.

Martin justo acababa de asumir la expresión fría y amenazante con que los policías antidisturbios inmóviles durante horas finalmente se encaminan hacia unos manifestantes. La diversión se ha terminado, y ya no hay más que hablar. Si quieres hablar de algo, sigue hablando de playas con la arena negra. Jacey suspira, le dirige una mirada hostil y, a pocos decibelios, se pone a explicarle a Gwen cómo son los padres de otros alumnos de Dalton, cuya riqueza en cuadrafónico («en serio, al lado de algunos de ellos, Martin y yo parece que no tengamos donde caer nos muertos») parece inspirarle una mezcla a partes iguales de fascinación, envidia, repugnancia y respeto.

Trabajosamente, Martin centra su atención en el joven que está sentado frente a él. Un chaval débil. Una alma perdida. Está claro que lleva barba para compensar su calvicie total. Chugga no me había dicho que el tío era calvo. ¿El futuro marido de Gwen? Algo le dice que ese matrimonio nunca va a tener lugar, que si él se lo toma con calma y no mete la pata, esta persona acabará por desaparecer de sus vidas.

—Oye, Chugga me dice que trabajas en el teatro. ¿Tienes tu propia compañía?

—Soy marionetista.

—Cuando trabajaba para la televisión pública conocí a Jim Henson.^[12] ¿Llegaste a conocer a Jim alguna vez? Para haber empezado jugando con cuatro muñecos, el hombre terminó por crear un verdadero imperio. Como suele suceder, a raíz de su muerte, la empresa que fundó dio algunos pasos en falso, pero el nombre de la marca sigue teniendo mucho potencial. Chugga estudió en Chicago con la hija de Jim, ¿no es así, Chug?

—Pero dejó la universidad en segundo curso —dice Gwen.

—El entretenimiento infantil es un negocio en expansión. Mi buen amigo Mort Brenner está en el consejo de Nickelodeon, que se está llevando de calle al público infantil. Chug, recuérdame que un día de éstos quedemos con Mort...

Gideon ahora está sentado tan tieso como un buda. La imagen que ofrece es pulcra y recatada, muy poco propia de él.

—A Gideon no le interesa la televisión —explica Gwen—. En sus obras ni siquiera utiliza sonido grabado.

—¿Qué es eso de que no le interesa la televisión?

—Que soy una especie de luddita medio chalado —confirma Gideon en tono amistoso.

—¿Y con eso qué me quieres decir?

—Martin se pasa el día mirando la tele —se interpone Jacey.

—Bueno, tampoco es que vaya a poner una bomba en los estudios de la NBC, pero ni tengo tele en casa ni tengo ganas de tenerla.

Martin asiente con la cabeza, haciendo saber que ha captado la broma por medio de un sombrío je, je. Al momento gira la cabeza para ver por dónde anda Gérard. Se le está haciendo tarde para volver pronto al bufete.

—Oye, ¿y qué opinión te merecen la electricidad o... o la penicilina?

—No sabía que la televisión sirviera para curar enfermedades o iluminar la casa.

—Espera a que tengas hijos. Ya verás como entonces acabas por comprarte una tele —dice Martin.

(Gwen se pregunta si se trata de la primera mención que ha hecho a su compromiso de unión.)

Jacey le dirige una mirada de reproche, y Martin vuelve a embarcarse en un interrogatorio amistoso. ¿Dónde actuáis? ¿Qué clase de público tenéis? ¿De donde

proviene vuestros fondos? Pregunta lo suficiente para hacerse una idea, y es evidente que dicha idea le está resultando patética.

—Bueno, Gideon, ese trabajo tuyo me parece muy, eh... ¿Cómo decirlo? Muy admirable. Imagino que Gwen ya nos avisará cuando vayáis a estrenar una obra. Pero, la verdad, no sé qué decirte... Yo provengo del otro extremo de esta industria. Cuando tenemos que ir a Brooklyn —la mujer de mi asociado está en el consejo de la academia de música de Brooklyn—, siempre le digo a Jacey que me despierte cuando se acabe el concierto. Aquello se parece demasiado a un trabajo de verdad. En mi campo, el entretenimiento es el entretenimiento. En el caso de la gente como vosotros, siempre tengo la impresión de que andáis metidos en otras cosas, en denunciar el calentamiento global, en promover la homosexualidad o lo que sea...

—Ahí me ha pillado —dice Gideon con despreocupación—. De hecho, mi próximo espectáculo va a llamarse *¡Hay que ser gay o morir!*

Je, je, je, responde Martin. Ja, ja, responde Jacey.

Jacey, que empieza a detectar a un posible aliado, empieza a contarle a Gideon, en voz baja de conspiradora, lo mucho que le entusiasman las performances artísticas de última tendencia y que lleva mucho tiempo siguiendo el trabajo de Bill T. Jones, pero lo que pasa es que Martin es de lo más aburrido. Como no haya un cliente de por medio, lo normal es que a las diez ya esté metido en la cama.

A todo esto, Martin le está contando a Gwen cómo fue su viaje a París, un viaje de negocios que luego coronó con una estancia de cinco días a solas con Jacey, expresamente venida de Nueva York para la ocasión.

—A mi modo de ver, París es una ciudad para que la disfruten los adultos. Pero ya conoces a Jacey: a veces recuerda la protagonista de *No sin mi hija*. Me costó lo suyo convencerla para que viniera sin los niños.

—Tampoco te costó tanto —interrumpe Jacey—. Llevaba soñando con París desde que... Desde que tenía la misma edad que Serena. Lo pasamos en grande —informa a Gideon—, y a los niños les compramos unas ropas monísimas. Los grandes del diseño francés llevan un tiempo comercializando líneas de ropa para niños. Junior Dior, por ejemplo.

—El negocio del siglo —suspira Martin, con satisfacción—. Doscientos dólares por una camisa que se les queda pequeña en tres meses.

Mientras toman el café, Martin vuelve a escrutar a su hijo político en potencia.

—¿Wolkowitz es un apellido corriente? Se escribe W-O-L-K, ¿no?

—Eso es, sí. No, no es muy corriente.

—En el ejército coincidí con un Wolkowitz de Minneapolis. ¿Imagino que no sería tu padre?...

—Mi padre se apellidaba Brager.

Preguntas aparentemente inocuas. Dónde vivías con tu familia, a qué universidad fuiste. El propio Martin fue a Harvard, y más adelante pensó que Gwen estaba loca por no tratar de matricularse allí. Tal como él lo veía, estas universidades de

renombre te costaban cien mil dólares, sin que por ello aprendieras casi nada. Eso sí, luego tenías un buen empleo asegurado...

—Yo no fui a la universidad. A esa edad ya estaba trabajando.

—¿Con las marionetas? —pregunta Martin. Como si siguiera albergando la esperanza de que se trata de un hobby con que el hombre se entretiene los fines de semana, cuando no está dirigiendo un fondo de inversiones.

Gideon cada vez parece estar pasándolo peor.

Martin vuelve a dirigirse a Gwen y le habla de su nuevo dermatólogo, quien hace poco le ha sacado un lunar de la espalda a Jacey, de veras recomienda a este médico entre cuya clientela se encuentra mucha gente conocida de la que Gwen nunca ha oído hablar. Gwen haría bien en visitarlo para que le mirase ese lunar en la cara, le dirá a Melanie que la llame y le dé su número, su consulta está a dos pasos del Lavrinsky.

Gideon se muestra nervioso, disgustado por este sentido de la propiedad que rivaliza con el suyo (pues ese lunar le pertenece a él, la pequeña mancha negra que Gwen tiene bajo la barbilla) y con el que no esperaba toparse después de lo que Gwen le había contado sobre su padre siempre ausente.

Y de pronto les han pagado la comida. Martin se levanta, se lleva al bolsillo la tarjeta platino y empieza a repartir propinas entre el camarero, el maitre y la chica del guardarropía. Las dos mujeres se levantan de la banqueta de cuero rojo, moviendo las sillas en su éxodo, y los tres se quedan esperando junto a la puerta a la espera de Gwen, a quien de repente le han entrado ganas de orinar. Suben el corto tramo de tres, cuatro, cinco escalones y... ya están fuera. Bajo el nítido azul de Manhattan. Un frío día de primavera. La calle está llena de mujeres cuyas siluetas aparecen hinchadas por obra de los grandes abrigos de falsas pieles, de mensajeros con ajustados pantalones de lycra a lomos de bicicletas, de oficinistas que vuelven del almuerzo.

Sin perder el tiempo en: ¿Para dónde váis?, ¿Os parece si compartimos un taxi? Jacey (que llega tarde a una reunión con un cliente en el edificio D&D) ofrece a su hijastra uno de esos rígidos abrazos de practicante de artes marciales que de hecho te tiran para atrás, así como una versión de lo mismo en forma de apretón de manos con Gideon, seguido por otro apretón más cálido de Martin, quien tiene unas manos bonitas y cálidas. Encantado de conocerle, Gideon. Que vaya todo bien. (Prácticamente efusivo por obra del alivio que siente al largarse.) Imagino que Gwen ya nos avisará cuando vayáis a estrenar una, eh... obra.

5

Gideon guardaba silencio mientras se dirigían a Madison Avenue, donde Gwen iba a coger el autobús. ¿Le había dicho ella a su padre que se iban a casar, que estaba embarazada? ¿La culpa de lo sucedido la tenía la avergonzada reticencia de Gwen, o más bien sucedía que su padre de veras estaba empeñado en insultarlo? Mudo de rabia porque Martin Lewis a todas luces pensaba que él, Gideon, andaba tras su

dinero. Sin saber qué hacer al encontrarse en un entorno en el que no lo consideraban como una bendición para la hija, ni tampoco como un próximo familiar, sino como un depredador. Como un depredador incompetente.

Sabes una cosa, quisiera decirle al padre de Gwen, todo ese valor añadido que has conferido a tu hija a mí me parece una puta mierda. Tu vitalicia lucha por escapar a tus orígenes proletarios y convertirte en producto estimable de las escuelas públicas (sí, en la era dorada previa a que los republicanos como tú por cuestión de principio lograrais que a los chavales de los barrios deprimidos les fuera imposible acceder a una educación de calidad), la lucha que con el tiempo te llevó a Harvard, a la facultad de derecho, hasta culminar tu existencia como asociado de Esto, patrocinador de Lo Otro, para que con el tiempo bauticen con tu nombre un ala del New York Hospital: esta típica historia americana de éxito personal que se supone que tiene que conmovernos hasta las lágrimas, a mí todo eso me pone lo que se dice enfermo. Todo lo que te has empeñado en olvidar, en esconder: tus padres que inmigraron con pasaje de tercera clase, no sabemos si píos o socialistas (a juzgar por tu antipatía hacia la izquierda, lo más seguro es que fuesen lo segundo), tu padre que se ganaba el jornal conduciendo la furgoneta de una panadería (era todo lo que Gwen había podido saber merced a una confidencia puntual de Katrina), tus orígenes son lo único que me merece respeto de ti. (Sus orígenes y, quizá, Jacey, cuya maternal fiereza había sorprendido a Gideon.)

Gwen, que caminaba a su lado igualmente sumida en pensamientos oscuros, de pronto se volvió y le cogió la mano. Con fuerza. Gideon al principio no respondió, hasta que finalmente también se la apretó con fuerza. La cálida presión venía a sugerir los primeros síntomas de una resurrección.

—Con mi madre te llevarás mejor, ya lo verás —dijo ella, con una media sonrisa lánguida. Gideon la miró con expresión de duda.

Y de repente ambos se echaron a reír. Entre risas, se abrazaron y se besaron con torpeza, tropezando el uno con el otro. Gideon la llevó por un callejón, hasta que se detuvieron frente a una tienda cuyo escaparate había sido pintado de blanco, «Cerrado por orden municipal». Arrinconando a Gwen en el umbral en sombras, metió la mano bajo su falda y la llevó hacia sus bragas.

Gwen seguía riéndose sin remedio cuando el humedecido índice de Gideon enfiló el túnel vertical, mientras su cuerpo la protegía de posibles miradas ajenas. Húmeda, ansiosa, suya. Túnel oscuro arriba estaba empezando a crecer una semilla minúscula que también era suya, circunstancia que a Gideon sin saber bien por qué también le resultaba excitante.

—¿Qué es esto? ¿Es que te propones hacerme abortar?

—Es una especie de irrigación colónica de callejón.

—Hmm...

—Ay, mi reina, mi...

—Oh... Ahí, ahí.

Por Dios que Gwen lo amaba. Porque después de haber pasado por aquel inquisitorial almuerzo, todo cuanto Gideon le dijo, entre risas, fue:

—Tu pobre padre. ¿Qué habrá hecho para merecerme? El hombre andaba loco por largarse de allí... Me paso años pagándole una educación a Gwen en los mejores colegios privados, y luego ella va y se lía con el primer titiritero ¡judío! que encuentra por la calle. Gwen, esto no te habría sucedido si hubieses ido a Harvard.

CAPÍTULO DOS

Que Dios nos evite conseguir aquello que ansiamos.

Gideon aquel domingo tomó prestada la furgoneta de Sancho y liquidó el asunto en un periquete. Un viaje para transportar las cajas de cartón, y el Vanderveer se convirtió en su nuevo hogar.

Valió la pena quebrantar sus principios, aunque sólo fuese por la cara de anonadamiento que Gwen puso al ver que no sólo iba a tener que cederle la mitad del armario, sino también un nutrido porcentaje de los estantes de su librería. Al final resultaba que el pobretón de Gideon tenía un montón de cosas. Desordenadas y más bien en precario estado, eso sí. (Gideon no se había dado cuenta de que el piso de Gwen contaba con una estética propia hasta que él llegó y la violó.)

Que Dios nos evite conseguir aquello que ansiamos. El viernes por la tarde, Gwen llega a casa y se encuentra la sala de estar rebosante de calcetines sucios, toallas entre húmedas y rancias, tazas con enmohecidos restos de café y un libro de la biblioteca que tenía pensado leer abierto sobre la mesa y con el lomo roto (¿A Gideon de veras le interesa leer sobre la purga antijudía a que Stalin se aplicó en el último minuto, el denominado Complot de las Batas Blancas?).

Envuelto en su albornoz, Gideon está en el estudio, parlotteando al teléfono, en voz tan alta que Gwen no puede pensar más que en la imperiosa necesidad que ella misma tiene de llamar por ese teléfono monopolizado por los chanchullos del Lower East Side.

—¿No se te ha ocurrido abrir la ventana para ventilar un poco el piso?

Gwen se dirige al balcón, cuya puerta corredera abre, y se queda mirando con la expresión en blanco el edificio del Empire State: otra figura solitaria y coartada.

Confucio sentenció que los espíritus generosos encuentran su ámbito en la virtud, mientras que los espíritus mezquinos siempre atienden a cuestiones de territorio, y está claro que cuanto más insignificante es el territorio, mayor es la obsesión del espíritu mezquino. Gideon tiene razón en una cosa: Gwen no está acostumbrada a compartir nada. Sus generosidades suelen ser dispensadas por medio del correo postal o por Internet; no es casual que su mejor amiga viva en Singapur. Gwen conoce a otros esclavófilos cuyos sofás son un permanente camping de antiguos residentes en

Moscú; muy al contrario, ella lleva años volviendo por las tardes a un apartamento equiparable a la celda de un asceta cristiano. Y si ahora le dieran a elegir entre Gideon y su estudio... Bueno, está claro que se quedaría con Gideon, pero no resulta fácil cambiar de costumbres a los treinta y un años, sobre todo cuando estas costumbres se amparan en unos privilegios y unos disfrutes que ni los de un rey medieval. (Una disyuntiva que pondría en apuros a la mayoría de los manhattanianos: ¿Con qué te quedarías: con un amante o con una habitación más en tu piso? La respuesta: Con un amante que tenga piso propio.)

Me he pasado demasiados años viviendo a solas, piensa Gwen. Me despierto el lunes por la mañana y, antes de salir para la oficina, lo que en realidad me apetece no es hacer el amor, sino leer el diario. Pero, bajo su tutela radiante, poco a poco iré cambiando. Pero, ¿por qué tenían que irrumpir los dos a la vez en su vida: el padre y el hijo? Era una invasión en toda regla, por dentro y por fuera. Y lo que al final pasa es que por la mañana ni hay sexo ni hay periódico, sino que estás con la cabeza sobre la taza del baño, vomitando las hormonas de la mañana mientras tu Querido está de cuclillas y te acaricia las coras mientras implora tu perdón con unos ojos preñados de remordimiento.

CAPÍTULO TRES

—Hola, Deen, perdona que lleguemos tarde; el tráfico está que no veas. Se ve que en la ciudad está de visita algún payaso oficial. —(El Nuevo Gideon se desplaza en taxis)—. ¿Por dónde anda el enano?

—Está en su cuarto —responde Dina—. Se ha trasladado a tu antiguo dormitorio. Es fantástico que ahora tenga su propia habitación. Ahora puede invitar a sus amigos a casa, y hasta les puede decir que se queden a pasar la noche, como una persona normal. Y tú, Gwyn, ¿cómo estás? ¿A que es estupendo saber que vas a ser madre?

Un toquecito de consuelo en el estómago de Gwen. El embarazo convertía el cuerpo de una en propiedad común, rebajaba tu persona en uno o dos grados, de forma que ahora todo el mundo se atrevía a darte consejos, a compartir contigo unas intimidades infantilizadoras. De ser una persona con ideas propias sobre la reforma de la seguridad social en Rusia o sobre la forma de apartar a los elementos mafiosos del tráfico de contenedores portuarios en Vladivostok te veías reducida a un ser que se limitaba a responder si iba a ser niño o niña, y a escuchar los relatos de otras mujeres sobre varices en las piernas y problemas de incontinencia urinaria. ¿Por qué tenía que ser tan personal en todo momento, tan de vuelo raso la solidaridad femenina? Pero cuando Gwen se quejaba ante Gideon, cuando le decía, por Dios, leamos a Mandelstam juntos un rato, hablemos de *Tristia*, hablemos de su crítica de Dante, éste le respondía que las mujeres no eran las únicas aficionadas a hablar de sus cuerpos, que los tíos también gustaban de charlar sobre sus problemas de calvicie o los ejercicios que hacían en el gimnasio. Igual tengo que emigrar, decía ella. ¿A otro planeta? Se hacía necesario olvidarse de la propia envoltura carnal.

—La pobre sigue vomitando a todas horas. Tenemos unas ganas de que pase de una vez el primer trimestre...

—¿Habéis probado el jengibre? El jengibre y la acupuntura, eso es lo que yo recomiendo. Cuando tenía a Eeth, me pasé nueve meses enferma todas las mañanas.

Gwen se sentó. Gideon se sacó un casquete de punto del bolsillo de los vaqueros y se lo puso en la cabeza. En el aparador había dos velas encendidas. Dos hogazas de *challah*, cubiertas con sendos paños bordados. Es para que no nos sintamos avergonzados, explicó Gideon. ¿Pan? ¿Avergonzados de qué? En el horno se estaba cocinando algún repugnante rancho originario de Europa del este, cuyo olor estaba

volviendo medio loca a Gwen.

—¿Qué nos vas a dar de cenar, Deen?

—Una musaka sin carne. Es una receta del restaurante vegetariano Moosewood.

—Ya he prevenido a Gwen sobre tus platos. Entre *kosher* y macrobióticos: entre antinaturales e incomedibles. Hemos traído una botella de vino. Que no es *kosher*, claro está.

—No pasa nada. Últimamente no nos mostramos muy devotos. A veces me sorprende diciéndole a Ethan que bueno, vale, que aunque estemos en *skabbos*, puede jugar al nintendo. Yo creo que es el tiempo éste que hace últimamente... Estoy pensando en ponerme a estudiar otra vez, en apuntarme a un curso en la escuela Drisha, pero la verdad es que no tengo ni el tiempo ni el dinero...

Gideon le entregó la última botella de Châteauneuf du Pape que le quedaba a Gwen (era una costumbre que ésta había heredado de su padre, la de encargarse el vino por cajas), que Dina dejó a un lado con cierta vaguedad.

—Mejor sería que no bebieras, Gwen. Si quieres, tenemos zumo de arándanos, agua con gas...

Pues sí, Gwen seguía bebiendo alcohol, como si se tratara de su último recurso para decirle a los desconocidos: Por qué no me dejáis en paz de una vez. ¿Y qué más daba? El alcohol no le duraba en el cuerpo lo suficiente para afectar al niño en lo más mínimo. De buena gana se tomaría un lingotazo de los buenos en este mismo momento, pero estaba claro que antes habría que pasar por alguna previa pesadez protocolaria.

—Eeth, ven, que vamos a hacer el *kiddush*...

Dina sacó una botella de Manischewitz y una copa con inscripciones doradas. Y aquí llegaba Ethan procedente del antiguo cuarto de Gideon. Un chaval flaco y muy moreno enfundado en una camiseta talla XXL de Black Sabbath (por puro cachondeo) que le llegaba a las rodillas y unos pantalones holgados cuya entrepierna se bamboleaba entre los tobillos. No sólo los dientes, sino también las ropas resultaban excesivamente grandes en aquel cuerpo de pajarillo.

—¿Qué pasa, Eeth? ¿Cómo va la vida...?

Gideon y Ethan se abrazaron de lado; Ethan rodeó con su brazo larguirucho el cuello de Gideon, quien rápido como el rayo apresó el brazo con una llave de jiu-jitsu que sirvió para romper el hielo y para que los dos se echaran a reír. Falsos amagos de puñetazos, que se disolvieron en un abrazo sin medias tintas.

Finalmente se congregaron en torno a la mesa de la cocina, todos equipados con sus libritos respectivos, en texto bilingüe y con transcripción fonética.

—Vamos a empezar por la página once. Se lee de derecha a izquierda.

—Ah, vale.

Y los tres —Dina, Ethan, Gideon— se echaron a cantar: la hermosa voz de contralto de Dina, el ronco barítono de Gideon, el soprano todavía cristalino de Ethan, una canción sobre los ángeles en el cielo. Gwen nada tenía contra los ángeles,

pero algo estaba empezando a revolverse en su estómago. Un visitante muy poco angelical, bastante más prosaico.

Por Dios, que aquí estaba. La volcánica bilis ascendiente. A ver si aguanto hasta que acaben de cantar, no puedo salir corriendo a media canción, sí, sí que podía, y mejor que lo hiciera cuanto antes, suerte tendría si llegaba al wáter a tiempo.

Gwen salió disparada de la cocina. Atónitos, Dina y Gideon abrieron los ojos como platos mientras sus voces quejumbrosas seguían con la letanía.

—*Malachei Ehhh... Ehhhhliooooon...*

Y... bggg... Puaj. Una y otra vez. Una vez y otra vez de nuevo. De la cocina llegó el final de la lamentación.

—*Ha-KAAAAH-doshh-BAAAAH-rook-HOOOO.*

Un instante de lucidez, abyecto, con estremecimientos, con la mejilla sobre las hexagonales baldosas blancas amarilleantes, hasta que las convulsiones la asaltaron de nuevo. A una le entraban ganas de matar. Una de pronto odiaba a la humanidad entera. Una de pronto se preguntaba: ¿Qué hago yo aquí arrodillada sobre una sucia toalla para los pies en un piso del Lower East Side en cuya cocina hay gente cantando himnos religiosos? ¿Por qué habremos nacido mamíferos? ¿Por qué Dios no hizo que las mujeres pusieran huevos? Todo sería mucho más sencillo si el Wolkowitz pequeñín en estos momentos estuviese calentándose en casita en una microincubadora Electrolux...

Otra pausa en el canto, un momento de silencio que no puede llegar en peor momento. El baño tiene unos tabiques tan delgados que lo más seguro es que en la cocina todos estén oyendo sus arcadas amplificadas, por mucho que los grifos estén soltando agua a chorro. Incluido ese pobre Ethan, quien a pesar de su neutral cortesía sin duda no gustaba mucho de esta invasora de fuera, esta mujer que le había robado a Gideon. Gwen se puso a buscar un tubo de pasta de dientes, un tubo del que no saliese fijador brillante para el pelo.

—Perdonadme —dijo Gwen al volver. Estremecida, temblorosa. Con sudores fríos en aquella cocina demasiado calurosa.

Ethan tenía la mirada fija en sus propias botas. Como si nunca hubiera reparado en que llevaba las Carterpillar desabrochadas. Como si estuviera preguntándose lo que había que hacer para atarse los cordones.

Gideon le rodeó el talle con un brazo gorillesco e hizo que se sentara en su regazo.

—Si quieres, me quedo con el niño un rato. Para que descanses.

—Sí, anda, quédatelo. Y ya puestos, ahógalo.

—¿Vamos con lo nuestro? —preguntó Dina con voz animosa.

—Pues claro, no vamos a dejarlo...

Y Gideon asumió lo que claramente era su papel habitual en estos casos y se puso a recitar el relato de la creación del mundo por parte de Dios la víspera del sabbath, su obra divina, el descanso que se tomó tras habernos creado a los humanos. No, a los humanos todavía no: el cielo y la tierra, y a aquellos ángeles que Gwen había

encontrado tan repelentes.

Era una imagen equívoca: Gideon presidiendo una mesa ajena, el hombre de la casa cuando la casa no era suya. Ver cómo bendecía el vino —mientras la madre y el hijo agradecían cantarínamente a Dios por haberlos escogido y santificado, a ellos, que no a ella, de entre todos los pueblos de la tierra—. Ver cómo bendecía el pan que Dina a continuación rompió en trozos, espolvoreó con sal y entregó a todos en silencio. El suplicante de la barba negra al momento le suplicó con la mirada: Acéptalo, cómetelo. Es mi cuerpo y es mi sangre, la sangre que he vertido... Gwen en aquel momento sintió la desgarradora intuición de que el cuerpo y la sangre de Gideon —por mucho que fluyen en miniatura por sus propias entrañas— en el fondo acaso no terminaran de pertenecerle tanto como ella creía, que su cuerpo y su sangre acaso tenían lealtades anteriores o más profundas a las que deberse, unas lealtades que ella hasta el momento no había tenido presentes. De repente se acordó de aquel sueño en el que la mujer y el hijo de Gideon en realidad no eran otros que Dina y Ethan; le entraron ganas de llorar. Por Dios que llegaba a ser infantil y egocéntrica, hasta ese punto.

Los otros ahora habían acabado de lavarse las manos según el ritual, de forma que ahora ya podrían hablar otra vez. Dina estaba hablándoles a Gideon y a Gwen del profesor de trompeta de Ethan, Stan Weiss, quien antaño fuera acompañante de Bill Evans y que ahora se dedicaba a la enseñanza en Mannes y en la escuela de música fundida por Vladimir Feltsman. (La mención a este conocido disidente ruso era un guiño dirigido a Gwen.) El fin de semana pasado, Ethan y ella habían ido a ver una actuación de Stan en el Fez.

—¿Te gusta, Eeth? —En referencia al jazz.

Sin decir palabra, Ethan meneó la cabeza para responder: así así. A Ethan lo que en realidad le iba era el tecno y el heavy metal, pues sus gustos musicales eran directa respuesta a la artificiosa querencia por las antiguallas de sus mayores, para los que las canciones de Woody Guthrie como *Get Along Little Doagies* o *This Land is Your Land* seguían siendo el no va más. Con todo, a insistencia de su madre, se había prestado a explorar el término medio del jazz. Según reveló Dina, lo que finalmente lo empujó a hacerlo fue el hecho de que el chaval que más molaba de su clase de karate —el chaval molaba tanto que hasta se llamaba Andre— era hijo de un músico profesional de jazz.

—Y de una bailarina clásica —añadió Ethan—. Aunque no por eso pienso dedicarme al ballet.

Dina tenía pensado enviar a Eeth a Lubeck para que pasara dos semanas ayudando un poco a los del Mystical Circus. Dina quería que su hijo volviera a tratar con Jerome.

—Es sabido que Jerome se lleva estupendamente con los niños. Tan sólo los adultos se dan cuenta de que en realidad es una especie de Hitler con el pelo recogido en coleta.

—Bueno, pero sus hijos han salido estupendos... —matizó Gideon, quien estaba claro que encontraba desleal hablar así de Jerome.

—¿Ah, sí? ¿Es que los has visto últimamente?

—Bueno, no desde...

—Pues Zeph es un chico que nunca dice ni palabra y da la impresión de tener problemas serios en la cabeza. El día menos pensado se va a cargar a sus padres. Y Roxanne es el vivo retrato de su padre. Sólo os diré que está escribiendo una tesis sobre Brecht. ¡Pero si hasta lleva siempre unos zapatos igualitos que los de su padre! Esa niñez supuestamente bucólica... Que si estudiaban en casa y no iban a la escuela, que si comían alimentos sin conservantes. Un control excesivo sobre los hijos, eso es lo que los padres ejercían. Porque, hablemos claro: el abuelo de estos chavales era dueño de unos grandes almacenes, la abuela tenía su propio palco en propiedad en la Metropolitan Opera. Y a mí no me extrañaría que los pobres chavales en el fondo hubiesen preferido vivir a lo grande en vez de pasarse media niñez limpiando mierdas de pollos...

Gideon no terminaba de darse por aludido.

—Supongo que es lo que pasa cuando tu padre es un genio. A los demás no nos ha pasado, eso está claro.

Mientras comían el *strudel* pasaron a conversar de cuestiones profesionales. El nuevo proyecto a medias con Milena Hanak, el nuevo taller que iban a abrir en Saint Anne, por qué su obra *El falso mesías* nunca terminó de despegar y si había alguna posibilidad de retomar el proyecto. Su charla, la charla de quienes llevan muchos años viviendo y trabajando juntos, era un río que fluía con lentitud y por el que Gwen se dejaba llevar de forma apenas consciente. Gwen se encontraba demasiado débil hasta para tratar de hablar con el muchacho sentado a su lado. Quien de pronto se levantó y...

—¿Mamá? ¿Puedo...?

—Espérate a que terminemos con el *bensh*, cariño.

El *bensh* resultó ser una secuencia de oración cantada todavía más larga, al final de la cual los cuatro se mecieron suavemente, con los ojos entrecerrados, y por turnos canturrearon lo maravilloso que resultaba que los hermanos estuvieran sentados en compañía.

¿Y Dina? A Gwen le era imposible detestarla de veras. Era imposible detestar a alguien tan infeliz que aún así se las componía para ser tan buena persona. Simplemente le irritaba el convencimiento que Dina tenía de que su misión en el mundo era hacer de mamá de cuantos hombres la rodearan, la Dina posesiva que ahora se estaba quejando de lo largo y revuelto que «Gidele» llevaba el pelo en la nuca. (Justo le había regalado una maquinilla para el cabello a Ethan la semana previa). Dina contemplaba la cuestión de los sexos de manera típicamente eslava: una llegaba a casa con las compras del día, limpiaba la casa, hacía la cena, pagaba los recibos y le cortaba el pelo a los hombres de su familia. Y se suponía que lo que los

hombres tenían que hacer era... ¿qué? ¿Emborracharse? ¿Gastarse tu dinero? ¿Mostrarse simpáticos?

Acabada la cena, Gideon y Ethan fueron a la habitación de éste último, pues Ethan quería enseñarle a Gideon cómo se conectaba uno a Internet. Con lo que las dos mujeres se encontraron frente a frente desde ambas esquinas del cuadrilátero.

Dina estaba sonriendo de modo desafiante, como diciéndole: no estarás pensando en ir al baño para vomitar otra vez, ¿verdad?

De modo tácito, Gwen concedía que una tal retirada sería vergonzosa. No, lo que había que hacer era echarle cara al asunto. Si Jacey se las había arreglado para ganarse a Melanie, ella bien podía manejarse con Dina.

—Tu hijo es fantástico —dijo a la otra—. Tienes un chico estupendo. ¿Cómo te las arreglaste para criarlo sola? ¿Te fue difícil? Lo que soy yo, en este momento no sé cómo me las arreglaré, ni con un marido siquiera.

Dina se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad me fue fácil precisamente porque no tenía un marido que me diera la lata. Y además contaba con la ayuda de la familia. (Dina se refería irónicamente a la compañía teatral como a la Familia, como si fuera integrante del culto de Manson.) El truco de ser madre soltera consiste en recompensarse a una misma de vez en cuando. Por ejemplo, si durante una semana entera consigo no referirme al padre de Ethan como al Capullo en presencia del niño, pues entonces nos vamos a tomar algo a un Häagen-Dazs. —Dina sonrió a Gwen, retándola a celebrar una broma en la que ponía en solfa su propio sobrepeso.

—Hmmm... —murmuró Gwen, dándose cuenta de que estaba a punto de perder el envite. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Preguntarle por el Capullo o por el helado? De pronto se sintió harta del juego, demasiado harta para seguir con él.

Al comparar a Moby Dina con su delgado hijo con la piel olivácea, una llegaba a la conclusión de que los genes del Capullo eran los que se habían impuesto. ¿Estoy lo bastante enamorada de Gideon para tener un hijo calvo y con esos extraños ojos color avellana? Y Gideon en ese momento reapareció del cuarto de Ethan y sonrió anchamente a Gwen, con una mirada entre conspiratoria y muy divertida que venía a prometerle que nada, ni la propia Dina siquiera, merecía ser tomado en serio. Y Gwen, en ese momento te tranquilizaste por completo, y pensaste que sí: vivir junto a cuatro ojos como éstos tiene que ser una especie de perpetuo orgasmo cósmico.

Gideon le acarició el vientre, y Gwen se estremeció, feliz.

—Coge tus cosas, nena, que te voy a llevar a casa. Se ha acabado la diversión. Te voy a llevar a casa y te voy a flagelar la espalda con ramas de abedul, como gustan de hacer tus primos los ingleses.

—Pues no me parece mal —dijo Gwen, dirigiéndole una sonrisa a Dina. Quien de pronto dio la impresión de desinflarse. De sentirse vacía. Como si estuviera ansiosa de estrechar sus propios brazos en torno al cuerpo de otro. Quien empezó a hablar de forma demasiado rápida sobre una paciente suya, Latoya, cuyo novio recién le había

soltado una paliza a su hijo Cleonce con una cadena de motocicleta.

—Cuando uno sale del Vanderveer se entera de cada cosa... —dijo Gideon—. Vamos, guapa, que estás cansada, nos vamos a casa.

Una vez en la calle, sin necesidad de embarcarse en el habitual debate pecuniario-ideológico sobre si coger un taxi o el metro, Gideon detuvo el primer taxi amarillo que pasó. En el asiento trasero, mientras subían Bowery arriba, él la abrazó de modo tan protector que a Gwen se le pasó la lástima de sí misma que sentía tras haberse visto mortificada por Dina y su mentalidad de boy-scout, como se olvidó del remordimiento renovado que le provocaba su resistencia a las súplicas de Gideon en el sentido de que ellos también podían empezar a quedarse en casa los viernes por la noche, para encender velas y orar... Y se quedó dormida.

De la misma forma en que un niño de mucho tiempo atrás que estuviera llegando tarde a casa después de una celebración navideña se hubiera podido quedar dormido en el trineo, cubierto con pieles y con la mejilla contra el abrigado pecho de su padre... Sintiéndose segura... Más segura que nunca...

CAPÍTULO CUATRO

1

El Monkey Bar. Las siete de la tarde de un día de entre semana.

Christopher, Gwen y el novio turco de Christopher estaban pidiendo una ronda de martinis después de haberse despedido de Gideon, quien tenía que ir al Downtown para asistir a una reunión del consejo de la comunidad.

Dos parejas que salen juntas, la oportunidad para que dos viejos amigos se presenten a sus respectivas medias naranjas. En realidad, Gwen estaba ligeramente cabreada por la agresiva equivalencia moral desplegada por Christopher, por su competitiva insistencia en sumar a Yilmaz a la ecuación. ¿Christopher no podía tener la delicadeza de aceptar que el futuro marido de Gwen, el padre de su hijo, merecía mayor atención que su juguetito sexual de esta semana?

Dicho esto, Yilmaz era impresionante. Un fornido joven de veintiséis años con el pelo negro tan espeso como el de un pony, los ojos azules, un amplio trasero y un aire de tranquila seguridad en sí mismo. Bastaba verlo una vez para entender que el dominante Chris por fin había escogido a alguien de su talla. Aunque hablaba perfecto inglés americano, Yilmaz estaba dejando que los otros llevaran la conversación, y cuando Chris —otra vez fastidiando— le pidió su propio veredicto sobre Gideon, el chico, sonriente, se negó a darla.

—En Turquía usamos esta palabra —*dost*, que es una antigua palabra poética que significa «amigo» y también «querido»—, y pensamos que un extraño no tiene por qué darnos su opinión sobre nuestro *dost*.

—¿Ésa no es una palabra persa? —preguntó Gwen.

—Sí, también es persa. Nuestras palabras más interesantes son de origen persa o árabe.

—Lo decía porque cuando Omar Khayyam escribe sobre Dios, utiliza...

—La verdad es que se os ve felices —interrumpió Christopher. Arrebatando a Gwen al terreno de la filología, no fuera a ser que se pasara horas explorándolo. Al punto añadió—: Quiero dejar claro que el hecho de que yo no tragara a Campbell no implica que este nuevo compañero tuyo me tenga que gustar de forma automática. Me reservo el derecho a detestar a todos tus novios y maridos. A fuer de ser

inmodesto, te diré que es posible que en la vida tengas mucha suerte con los amigos, pero no tanta en el amor...

—Es posible —concedió ella.

La camarera se acercó y les preguntó si querían tomar algo más. Una chica con el pelo color rubio sucio y con cara de cabreo. Todo el mundo parecía estar de mal humor esta noche.

—Sí, otra ronda de martinis y... ¿Qué tienen para comer? A ver... El magret de pato me parece un poco excesivo. La bandeja de canapés, venga. ¿Sabes una cosa? No me parece muy prometedor que, en su presencia, cada cinco minutos tengas que ir al baño a vomitar. En cambio, ahora, fíjate: hace una hora que se ha marchado, y tú ya no has vuelto al baño.

—Porque no tengo más monedas que darle de propina a esa mujer mal encarada que monta guardia en el baño de señoras.

—¿Es que eres demasiado tacaña para vomitar?

—No se lo recuerdes, Christopher.

A Chris, por su parte, no se le veía feliz. Más bien parecía nervioso. Yilmaz había llegado con un visado de estudiante válido durante seis meses, pero Christopher ya estaba haciendo planes para conseguirle un permiso de trabajo de cara al año siguiente. Yilmaz había trabajado para la mayor empresa turca de relaciones públicas y asimismo tenía cierta experiencia en el mundo de la moda. Encontrarle empleo a Yilmaz iba a ser fácil, le dijo Chris a Gwen, pero estaba decidido a solventar cuanto antes la cuestión de su status legal.

—Le he dejado un cuarto entero para que haga su vida en él. No quiero que se sienta constreñido —continuó Chris, como si Yilmaz no estuviera presente—. Y si le conseguimos la tarjeta verde, ya no tendrá que depender de nadie. ¿Por casualidad no conocerás a un abogado de extranjería que conozca bien su campo?

Gwen le dedicó una sonrisa a Yilmaz. Empezaba a sospechar que, aunque tuviera que dormir en una caja de cartón en un centro de detención de la INS, Yilmaz no era persona que tuviera que depender de nadie.

Chris, que se había acercado un palmo para escamotearle a Gwen la aceituna del martini, interceptó aquella larga sonrisa de ida y vuelta.

—¿Es que os estáis burlando de mí? —preguntó.

—Dios me libre —contestó ella, y de pronto tuvo la intuición de que Yilmaz no era verdaderamente gay, de forma permanente cuando menos. Le asaltó la premonición de que antes de cumplir cuarenta años estaría casado y con hijos, de que Christopher por entonces sería aquel gran amigo de su juventud, un padrino del que se acordaría con gusto y gratitud.

2

—¿Por dónde andabas esta tarde? Te llamé a las cinco, pero no...

Estaban ante los fogones de la cocina, preparando un guiso de atún con piñones y

alcaparras. Como si se encontraran en Sicilia, y no en Nueva York un brumoso atardecer grisblanquecino de mayo. El Empire State ofrecía un sorprendente perfil rojizo e inestable entre la niebla. Como si tuviese resaca.

—Salí a tomar un café con un tío que lleva un espacio cerca del nuestro. ¿Sabes la última? Parece que nos las hemos arreglado para asustar a Steve Menkes, quien ya no tiene tantas ganas de comprar el edificio. —(Lo cierto era que había sido fantástico. Cada vez que se habían acercado por La Merced, Menkes y sus secuaces se habían encontrado el edificio rodeado por una cadena humana de manifestantes untados con falsa sangre que los recibían a grito pelado)—. El ayuntamiento ahora está hablando de vendernos en subasta pública...

—¿Y quién va a querer un edificio con treinta okupas dentro?

—Ésa es la cuestión. Es verdad que a Menkes nos lo hemos comido, pero los demás especuladores inmobiliarios de esta ciudad no tienen tantas manías ni son precisamente delicados de modales. No me extrañaría que recurrieran a...

Gwen dejó de remover el guiso.

—Necesito ayuda.

—¿Qué pasa?

—Me he olvidado de las pasas.

Gideon revolvió en el interior de un armario. La cocina de Gwen por fin se había convertido en un lugar destinado a cocinar: los estantes estaban abarrotados de cuscús, aceite de oliva, especias, miel... Alimentos que vendían al mayor en la cooperativa de comida orgánica de First Street.

—No, lo que me hace falta son pasas sultanas. Antes he comprado; están... — Gwen sacó las sultanas de la bolsa del supermercado—. Pero que hay que dejarlas diez minutos en agua antes de ponerlas en la salsa...

Gideon conectó la tetera eléctrica.

—¿Qué más?

—Vinagre de vino blanco. ¿Te parece que nos arreglamos con el balsámico?

Gideon, que en su vida había preparado un plato siguiendo una receta, fingió considerar la cuestión.

—Así que estuviste tomando café con ese tío...

—Hablamos de organizar a varios artistas de la comunidad en una plataforma: Salvemos La Merced.

—¿Y ése a qué se dedica?

—¿Isaac?

—¿Se llama así?

—Isaac Hooker.

—Ese nombre me suena. ¿No había un clérigo puritano que se llamaba así? ¿Uno que escribió un tratado en cinco volúmenes sobre la predestinación?

—Es probable. Pero eso debió hacerlo antes de que se fuera a vivir al Lower East Side y se integrara en La Merced. Lo dirás en broma, pero este hombre es una especie

de chiflado religioso. Un ateo religioso, como él mismo dice. Antes pintaba unos cuadros en los que él mismo salía levitando. Ahora se dedica a rodar películas en súper-8...

—¿Te cae bien?

—Sí. No para de hablar. También está convencido de que vivimos en una época parecida a la del final del imperio romano. Cuando le dije que tú trabajabas en Rusia...

—Eso era antes —repuso Gwen, en tono sombrío.

—Cuando se enteró, me dijo que quería conocerte. Me explicó que de niño estaba obsesionado con Napoleón. Incluso me vino con una cita de Napoleón: «A quienes no creen en Dios no se los gobierna. Se los fusila».

Gwen esbozó una sonrisa y fingió que acababa de recibir un balazo.

—¿Quién, tú? Eso no es verdad. Tú con Dios no tienes problemas. Los problemas si acaso los tendrás contigo misma. —Gideon en este momento la estaba abrazando por detrás, con las manos en sus pechos mientras ella trataba de dar con una fuente en la que servir el atún.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer con nuestro niño del alma? ¿Vamos a remojarlo o qué? —(«Remojarlo» era sinónimo de «bautizarlo», de forma que pudieran celebrar una boda judía, para que el niño naciese judío)—. Si nos decidimos a remojarlo, me las arreglaré para sacar a un rabino de la chistera. Josh seguro que estaría encantado de officiar...

Josh era rabino auxiliar en la *minyan* de Pitt Street, la *minyan* entre progre y hasídica puesta al día a la que iban Dina, Dan y, ocasionalmente, el propio Gideon.

—No sé. ¿Por qué tenemos que hablar de todo esto? La verdad, preferiría seguir hablando de Napoleón.

—Como quieras.

—A mí no me parece que sea tan fácil cambiar de una religión a otra. —A la defensiva, con un regusto discutiendo, acaso con una pizca de lástima de sí misma—. El hecho de que yo soy protestante no practicante tampoco significa que...

—Como quieras. A mí me da lo mismo, en un sentido o en otro.

3

Gideon lo dejó ahí. No insistió. A Gideon le daba grima tener que justificar su fe delante de ti.

Y, Gwen, por eso prefería dejarte a solas con tu Dios: una deidad que apenas daba golpe, ecuménica hasta la nulidad, un soltero poscristiano carente del poder de condenar o salvar, sin nada que ver con los ayunos, los terremotos y las fiestas populares dedicadas a los santos, un dios que acaso estaba en el ADN del mismo modo que la vitamina A está presente en las zanahorias, mientras que el dios de Gideon seguía insistiendo en que él-era-el-que-era, inescapable y metomentodo, dictador de platos grasientos y poco saludables, de prohibiciones anticuadas: íntimo,

asfixiante, rayano en el histerismo. Dina, pero con barba.

Y las dos ramas de deidades nunca llegaron a conocerse mutuamente, nunca se decidieron a solventar sus diferencias, a guantazos si hacía falta.

Gideon, tendrías que haber hecho como Jacob, quien una vez le dijera a Shechem: si quieres algo mío o de mí, córtate el prepucio y derrumba tus altares, como Jesús cuando dijo, dejad a vuestro padre y vuestra madre, pues yo soy vuestro padre y vuestra madre.

Pero en vez de ello te quedaste calladito, cortés y pasivo, a la espera de que Gwen encontrara la revelación por sí sola. Y diste tu consentimiento a lo que para ti era una forma de aniquilación cultural: la boda se iba a celebrar en la casa de Gwen en Newburyport, oficiada por un juez.

Una boda que para ti, Gideon, tenía que ser un salvaje rito dionisiaco de tres días de duración en el que los jóvenes se pasaban tres días enteros pataleando descalzos sobre el polvo, en el que se sacrificaban bueyes y las mujeres no cesaban de ulular mientras agitaban sus manos pintadas con henna, al final iba a resultar castrada, transformada en un oficio civil, esto era, en una chorradita insustancial para episcopalianos que no practicaban.

CAPÍTULO CINCO

1

—Mejor no hablemos de la boda. Es el tema de conversación más aburrido del mundo, ¿no te parece? Yo lo encuentro tedioso a más no poder —estaba rezongando Gwen ante su mejor amiga Constance.

Estaban almorzando en el Royalton. Constance estaba de lo más contenta, pues a Roger por fin le habían anunciado el fin de su misión de trabajo en Singapur. Iban a volver a Londres aquel mismo verano.

—Me preguntó: ¿cuánto tiempo crees que necesitas para meter en cajas las cosas de la casa? Unos diez minutos, le respondí.

—Chica, eres de lo más estoico —dijo Gwen—. Nunca le diste a entender lo mucho que te desagradaba vivir allí...

—¿Que no se lo di a entender? Para que lo sepas, todas las noches salía a la calle y echaba un escupitajo al suelo. Es tremendo vivir en un país en el que un simple escupitajo está considerado como acto subversivo a más no poder. En fin, lo que cuenta es que estoy que doy saltos de alegría. Me da igual que nuestra casa de Londres vaya a seguir estando alquilada un año más, que no tengamos dónde vivir o que ya es muy tarde para buscarles escuela a los niños para el próximo curso. Por mí, como si tenemos que dormir en una tienda de campaña debajo del puente de la autopista... Pero, cuéntame cómo te va a ti. ¿Qué tal fue el encuentro familiar? Porque me dijiste que los dos fuisteis a ver a tu madre y al otro ése... ¿Tu madre os lo puso difícil? ¿Y el otro ése?

Gwen frunció el ceño.

—Gideon se mostró de lo más tímido y deseoso de agradar, casi en exceso. Se pasó todo el fin de semana tendiéndole la colada a mi madre y hablando de fosas sépticas con Hal. La verdad es que sus ganas de caer bien eran un poco exageradas, o eso me pareció, aunque igual son figuraciones mías producto del mal genio y el resentimiento familiar... Yo creo que él no termina de entender cómo son realmente las personas dominantes. Es tan pánfilo que piensa que si uno se muestra lo bastante amable, los demás se van a quedar prendados de él.

—Entiendo lo que dices —indicó Constance—. Por cierto, no sé si te he dicho

que a mí me parece adorable. Tiene que ser estupendo vivir con un hombre que se mueve con tanta elegancia... Roger anda a trompicones, como un jabalí entre la maleza. Lo oyes andar, aunque esté tres pisos más abajo. Pero Gideon... Tiene esa cara como de miniatura persa, esos ojos preciosos y delicados, esos huesos largos y pequeños...

—Ya. Pero me temo que en Nueva Inglaterra no sienten tanto entusiasmo por las miniaturas persas en lo que a los hijos políticos se refiere.

—¿No?

—No sé. Eso de la familia política es complicado. Yo tengo la teoría de que hay que ser muy francos desde el principio, de forma brutal si hace falta, dejarle claro a todo el mundo cuáles son tus condiciones.

—La familia política está formada por... por terroristas —convino Constance.

—Eso. Y yo supongo que la respuesta está en el antiterrorismo: dos ojos por un ojo. Pero, ¿yo qué voy a saber? No debe de ser coincidencia que me vaya a casar con un huérfano.

—¿Y?

—Mira, desde el principio quedó claro que a Hal no le parecía mal, pues Gideon para él puede convertirse en otra arma que usar en mi contra: Parece mentira que esta niña mimada infantiloides haya podido encontrar a un chaval tan majo y sencillo. A Hal le bastó ver a Gideon un momento para tenerlo claro: este chico es de los que recicla las basuras. A todo esto, Gideon y Maddock desde el primer momento se llevaron bien y sin problemas: se fueron por ahí a hacer cosas de chicos. Maddock le enseñó su moto, sus armas de fuego, su mecano, todo eso... Lo que pasa es que Maddock cree sinceramente en la familia: si un tío va a casarse conmigo, le coge apego al tío de forma natural. (No sabía cómo decirle a Constance, quien desde siempre encontraba a Maddock un poco inquietante, lo muchísimo que le había emocionado la cálida bienvenida de su hermano).

—¿Y tu madre?

—No sé... Al principio me pareció que él le caía bien. Tenían mucho de que hablar: de política de izquierdas, de cosas de progres. Está claro que ella a él le gustó mucho.

Con horror, Gwen recordó lo verdaderamente impresionado que Gideon se había quedado ante... ante aquella dama que era su madre. Ante su educada pronunciación al hablar, sus vaqueros desteñidos y su jersey Fair Isle, su falso aire desgarrado que llevaba a pensar en una niña un tanto hombruna, una niña que fuera de mediana edad, por supuesto. Pronto resultó palmario que Gideon se estaba aprestando a revisar la impresión que en él habían fijado los relatos de Gwen sobre su niñez infeliz, pues el caserón del siglo XVIII, el jardín, el columpio del manzano y la plata de la familia daban la impresión de apelar a algo muy profundo en su interior: a un concepto de educación y urbanidad bastante desarrollado pero nunca de veras encontrado. A una suerte de Teaneck elevado a los altares.

—Yo pensaba que todo iría más o menos bien; de la noche a la mañana me había liado con un hombre que iba a ser el padre de su primer nieto. Pero cuando aproveché que Gideon se había ido con Maddox y le pregunté a Katrina si podíamos celebrar la boda en su casa... De pronto me puso mala cara. La idea no le gustaba. Me preguntó en qué fecha estábamos pensando y... y me dijo que no. No, en esa fecha no le iba bien. Me dijo que era un poco precipitado y que no iba a tener tiempo de arreglar el jardín como estaba mandado. En abril hace muy mal tiempo para estar al aire libre, ni aunque alquiláramos una carpa. Y últimamente anda desbordada de trabajo, pues está organizando una exposición en Kennebunkport, y Hal tiene previsto ir a un congreso en Suecia, así que antes del verano, nada de nada.

»De pronto le salió esa vena pseudoaristocrática suya de la que tantas veces me olvido. Cuando pienso en ella, siempre me la imagino como esa persona excéntrica que gusta de pasear por la playa recogiendo maderas dejadas por las olas, hasta que de repente me acuerdo de que mi madre nunca terminó de aceptar que mi padre ganase tanto dinero: ella se había casado con un pobretón de Milwaukee, pero éste luego se licenció por Harvard con matrícula y se forró trabajando como abogado. Mientras que mi madre seguía reverenciando el recuerdo de su padre: aquel geólogo empleado por el gobierno que se pasaba media vida en la Antártica. Y a todo esto, Hal de hecho es un científico muy distinguido miembro de una institución prestigiosa... En el fondo, eso es lo que a mi madre le va. Está convencida de que una mujer tiene que estar casada con un hombre importante; tal como ella lo ve, es el único tipo de relación que tiene sentido.

—A los padres no hay quien los aguante. ¿Y tú qué le dijiste?

—Verás... En estos momentos, las hormonas me tienen medio loca. Si me subo a un autobús y me encuentro con que no tengo monedas sueltas en el monedero, al momento me pongo a llorar. Así que ya te puedes imaginar. Me puse como una moto y tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no llorar. Muy bien, le dije, pues nos casaremos en el ayuntamiento. Y ella, como si nada: es tu decisión, me dijo. No sé cómo explicárselo: no quiero esperar hasta agosto. No quiero casarme con un barrigón enorme, como si fuera de penalti, como si a Gideon lo hubieran obligado a punta de escopeta. Es muy feo. No quiero que el niño me esté dando de patadas mientras leo del libro de oraciones. Quiero una boda normal, porque los dos nos queremos con locura y porque no podemos seguir viviendo un día más... Sin que nuestro amor sea santificado de esa forma. Y ella va y me dice que no, porque el jardín no estará bien. Y por si fuera poco, luego nos enzarzamos en otra discusión porque Gideon insiste en que tiene que estar presente un rabino, lo que es una pesadilla, pues no resulta fácil dar con... Con un rabino lo bastante moderno para aceptar esta boda y que a la vez le caiga bien a Gideon. Lo que significa que tenemos que casarnos en domingo, y mi madre dice que de casarnos en domingo, nada de nada. Así que yo le digo, pues no pasa nada, nos casamos entre semana, y ella me dice que entre semana no vendrá nadie, y yo le digo: los que nos quieran de verdad sí

que vendrán. Entonces ella me dijo: pues tu padre no va a poder venir. Yo estaba por no decir nada, pues cuando tus padres se han divorciado de mala manera, tampoco sabes muy bien si conviene que los dos asistan juntos a tu boda... Y ella después me dijo: de la comida te tendrás que ocupar tú. No pretenderás que me ponga a cocinar platos *kosher*. Y eso que yo en ningún momento le dije que la comida tenía que ser *kosher*. Tampoco es que tuviera previsto invitar a todos a jamón, pero eso no... De pronto me doy cuenta: mi madre me está hablando como si en su vida hubiese visto a un judío. Como si yo... Como si me propusiera traerle a casa a una especie de ser exótico pero que en el fondo es repelente y vulgar...

—¿Gideon es religioso?

—Es religioso de la forma en que tú misma puedes ser religiosa: has bautizado a tus hijos, asistes a la iglesia en Navidad y semana santa. Gideon igual es un poco más dedicado, pero es que el judaísmo te obliga a ser más dedicado.

—A los padres no hay quien los aguante. ¿Y qué pensáis hacer?

—No lo sé. De momento no le he dicho nada a Gideon, pues no quiero que piense que Katrina lo tiene por un pobre diablo, o por débil o por una persona socialmente poco aceptable. Es tan cruel por parte de Katrina... Con lo contento que él estaba porque... El pobre no cesaba de decirme lo muy amable que mi madre se mostraba con él. Al final lo hablé con Maddock, que fue de mucha ayuda y me vino con una solución: Yo no veo que haya que preocuparse. Os casáis en mi casa, y ya está.

—La verdad es que estás hecha una especie de niña traviesa —dijo Constance con cariño—. Has elegido a este hombre precisamente porque es justo lo contrario de lo que tus padres representan, y ahora te quejas de que ellos no estén de acuerdo con ese rechazo tuyo hacia ellos...

—Es jodida la cosa, ¿verdad?

—Un poco.

El pánico empezaba a transformarse en melancolía, pues Gwen estaba dándose cuenta de que Gideon, con cuyo apoyo había estado contando para liberarse de su propia familia, en realidad no tenía los arrestos precisos para estar por la labor.

2

Se trataba de una claustrofobia al revés, por la que una ansiaba escapar de algo que estaba en su interior. En su interior, y creciendo. Una simiente ajena que estaba brotando, y que iba a seguir brotando hasta ocupar todo el espacio disponible. En un solo cuerpo no había espacio para dos personas; de hecho, en el cuerpo de Gwen hasta la fecha apenas si había existido espacio para ella sola.

Gwen siempre había sido una persona inquieta, de temperamento nervioso; era otro rasgo que tenía en común con Gideon. En este momento se acordaba del primer día en que se conocieron: en la habitación del hotel, Gideon se pasó el rato hojeando sus revistas, jugueteando con el mando a distancia y, finalmente, mirando por la ventana, dando muestra de un natural entre veleidoso y asustadizo en absoluto propio

de un aspirante a seductor, con una expresión en el rostro que decía: ¿y yo cómo he venido a parar aquí?, expresión que Gwen identificó como perteneciente a un alma gemela, a una de esas personas que cada dos por tres tienen que salir del piso donde están con otros para comprar un poco de leche o echar una moneda en el parquímetro. Para meterse en el coche e irse un rato... a ninguna parte.

Gideon, tengo un *dybbuk* dentro de mí, se quejó ella una vez, y no hace más que crecer. Ya no puedo más; es o él o yo.

Estoy que me muero, dijo ella. Gideon, lo tengo dentro, se está comiendo mi comida y está respirando mi oxígeno, Gideon, no puedo respirar, me está aplastando los pulmones, me está clavando los codos en las costillas, me está pisoteando la vejiga, creo que tengo un pinzamiento nervioso, Gideon, ya no aguanto más, esto es una puta mierda, Gideon, no quiero tener un hijo.

¿Qué es lo que quieres?

Quiero que me suban el sueldo. No, es broma. Lo que quiero es dejar el trabajo y conseguir una beca para estudiar farsi en Irán. Quiero pasarme dos años viviendo en Isfahán.

—¿En Isfahán?

—Todo este tiempo que he perdido aprendiendo ejercicios respiratorios podría haberlo empleado en aprender persa. A estas alturas podría leer a Nizami... ¿No te parece, Gideon?

Y Gideon suspiró, entristecido, sintiéndolo por ella y al tiempo esforzándose en no pensar que, si fuera él el embarazado, no armaría tanto follón al respecto. Sintiendo por ella (como era su obligación) al tiempo que esforzándose en no tomárselo de forma personal, en no pensar que su rechazo del niño equivalía al rechazo del propio Gideon.

¿Cómo era posible...? Después de haberse pasado la tarde quejándose, rezongando, paseándose nerviosa por el piso y vomitando, cuando finalmente se metían en la cama, Gwen todavía se las arreglaba para, como quien no quiere la cosa, llevar la mano a su entrepierna.

3

Estaba celosa. Sus celos eran un lobo famélico, un niño recién nacido cuyo llanto — despótico, inconsolable— te taladraba los nervios, y Gwen estaba anonadada por lo que sentía. No avergonzada, tan sólo... anonadada.

Ahora se acordaba de lo natural que le había resultado que Campbell —durante una de sus separaciones temporales— de nuevo volviera a acostarse con Mary Lynch, y de cómo, una vez que Campbell y él retomaron su relación, ella y Mary Lynch (con quien se llevaba bien) se veían con bastante regularidad para jugar al squash, sin que a Gwen en ningún momento le atormentara la imagen de las manos de su amante sobre aquellas nalgas altas y pequeñas (ahora envueltas en un pantalón de chándal), y así era la imagen que siempre había tenido de sí mismo: la de una persona

sexualmente razonable.

Y por eso no se reconocía en esta remilgada estrecha de miras que sollozaba de rabia si Gideon flirteaba un segundo con la chica del guardarropía de D'Agostino's, que por las noches no pegaba ojo y se martirizaba pensando en Jenny Randazzo, a quien Gideon se había tirado ¡cuando tenía catorce años! Quien quería ver muertos a Dina, a Dan, a Andrea y, lo peor de todo, a Ethan también. Quien tenía celos hasta de sus marionetas, nada menos, por las transgresoras caricias que recibían de sus manos. Quien juraba en arameo por no haberlo conocido cuando era virgen, porque no los hubiesen comprometido en matrimonio nada más nacer, como si hubieran sido gitanos o miembros de familias reales. Quien habría querido que Gideon en la vida hubiera tenido una erección antes de conocerla. A quien ponía ciega de rabia el hecho de que ni hasta la última gota de su semen, hasta la más minúscula partícula de leche, no hubiese tenido por objetivo la irrigación de sus propios campos hambrientos durante tanto tiempo.

A todo esto, Gideon —a quien asustaba lo desproporcionado de aquella posesividad sexual, que para él nada tenía que ver con el amor sino que de hecho era lo contrario del amor: desconfiada, vanidosa, egocéntrica— no decía nada. De mala gana se sometía a sus áridos dictados totalitarios mientras en silencio trataba de proteger de sus negativas a todos a quienes quería. Se le pasará, pensaba. Cuando finalmente aprenda a confiar en mí, se le pasará. Y tenía razón: la cosa nada tenía que ver con él, y a Gwen se le pasó. Lo que él no tenía previsto es que, con los celos, a Gwen se le pasó el amor. De un tifón a la calma más chicha, sin que ella en ningún momento terminara de reconocer quién era él en realidad. No, Gideon era tan invisible, desconocido y nunca querido de veras como la misma Helena de Troya.

4

La contención es lo que nos diferencia de los animales.

El caballo come hasta que las tripas le revientan. La rata de laboratorio esnifa cocaína hasta que el corazón se le para, pero Dios ha enseñado a los hombres exhaustos por la guerra a decir: ya está bien de derramamientos de sangre, a los ricos: ya está bien de acumular riquezas. La contención es una tregua, lo suficiente es un festín, lo suficiente es tocar de pies a tierra, saber que éste es tu lugar en el universo.

Para Gideon, la vida discurría en una dorada amplitud: su mujer, con su niño en las entrañas. Un apartamento en el que no hacía frío, un coñito húmedo. El trabajo de sus propias manos. No precisaba un solo dólar más. Lo suficiente era tan bueno como la luz del sol, tan bueno como la condición divina, tan bueno como la fama a perpetuidad, tan bueno como un mundo sin final.

Entonces, ¿por qué se sentía oscuramente insatisfecho, ansioso? ¿Era posible que la infelicidad de su infancia, el angustioso legado melancólico de su madre estuviesen pisándole los talones?

¿Fue entonces, Gideon, durante estos primeros meses del embarazo, poco antes de casaros, cuando con retraso empezaste a intuir que había algo sexualmente extraño entre vosotros dos?

Que, ante los orgasmos de tu compañera, vociferantes y a la vez extrañamente huecos, tan uniformes como las olas en la orilla de un lago, empezaste a albergar la inquietante sospecha de que todo eso nada tenía que ver contigo, que tú en realidad eras menos que un simple instrumento en todo aquel proceso.

Aquella forma de sexo era estrictamente de ida.

Ella era vagamente consciente de tu presencia, pero no de ti: Gwen estaba enamorada del amor, de la idea de estar enamorada de un hombre que podía o no parecerse a ti, de la excéntrica generosidad que la había llevado a emprender su mítico descenso sobre un mortal corriente.

Mientras lo que ella conseguía (de forma inconsciente, casi con indiferencia) era estremecer algo en ti que hasta entonces nunca había sido estremecido. Que ella y nadie más era capaz de estremecer. Algo tierno, carente de piel, cuya existencia en tu propio interior tan sólo a medias habías intuido, pero que había estado a la espera de ser finalmente detectado y dotado de vida.

CAPÍTULO SEIS

—¿Cómo estás, papá?

Martin ha perdido peso, para entusiasmo de Jacey, pero la carne se le ha caído en el rostro: tiene la cara amarillenta y medio hinchada. Parece un borracho, aunque no lo sea.

—Jacey me ha dicho que estabas enfermo...

—Estoy bien, para ser un viejo. Steve asegura que estoy en un momento de nuevas transformaciones en mi vida. Yo creo que esas nuevas transformaciones se refieren a que a otro hijo mío lo van a expulsar del colegio, lo que para mí es más viejo que nuevo.

Cuando la invitó a cenar, Jacey explicó a Gwen que su padre quería hablar con ella. La última vez que hablaron sobre algo importante fue hace diez años, cuando Gwen decidió no matricularse en derecho. Gwen se sienta en el sofá del estudio, echa mano a una revista.

—¿Cuál es el problema?

—¿De Al? El problema es que se cree muy listo, se pelea con los demás alumnos, va dos cursos retrasado porque todos los días se olvida de hacer los deberes, y a todo esto Jacey se ha convertido en una especie de adepta a la Ciencia Cristiana que se niega a solucionar los problemas del chaval por medio del adecuado tratamiento. Jacey de vez en cuando se lleva al chaval del colegio porque le apetece pasar un par de semanas en el campo con él, y luego se pregunta que cómo es posible que Al haya vuelto a suspender en matemáticas. Quiere que deje de estudiar en Dalton, por mucho que a mí me parezca un colegio muy bueno. No creo que vayamos a hacerle un favor a Al metiéndolo en una de esas escuelas modernas para progres en la que los chavales se pasan el día tumbados en el suelo, comiendo chupa-chups y soltando gritos para expresarse. El colegio no es el problema... Más valdría que me concentrara en tener hijas exclusivamente.

—Pues yo tenía la impresión de que tampoco estabas muy contento conmigo — apunta ella, tratando de congraciarse con su padre de un modo que resulta muy poco propio de ella. Hay algo en estas charlas de una vez cada diez años que la llevan a sumirse en una suerte de regresión.

Martin se encoge de hombros.

—Tienes treinta y tantos años, y ya eres demasiado mayorcita para preocuparte de si tu padre está «contento» o «descontento». En su momento no creo que te importase. No se trata de estar «contento» o «descontento»... Pero admito que estoy preocupado. En fin, así que seguís decididos a organizar esa boda, ¿eh?

«Organizar», como si lo principal fuese el evento social y el banquete. «Esa boda», como si Gwen fuera a casarse con un pobre desgraciado.

—Pues sí.

—Ya. Como digo, ya eres mayorcita. Tu madre tuvo a sus hijos cuando tenía tus años, poco más o menos, así que imagino que sabrás lo que te estás haciendo.

Martin entrelaza los dedos de las manos; se lleva un dedo a la garganta y tose.

Gwen se dice que lo tiene claro si piensa que ella le va a facilitar las cosas.

—Es verdad que... estoy un poco preocupado por esos planes tuyos, Chugga. Si no te importa que diga lo que pienso...

—¿Qué problema hay? —inquiere ella, repentinamente furiosa.

—Hay cosas que no termino de ver claras. Te recuerdo que no se trata de pensar únicamente en ti misma. ¿El niño y él van a vivir de tu sueldo...? No acabo de entenderlo, Chug. Tú trabajas muy duro, y preferiría que te hubieses comprometido con un chico que pudiera aportar un salario al hogar.

Gwen desvía la mirada. Se dice: este hombre y yo apenas si nos conocemos. Si por casualidad nos encontráramos los dos en un ascensor, dudo de que me reconociese. Con frialdad, responde:

—Papá, por propia experiencia sé que el dinero no es lo mismo que el cariño.

Pero no, Martin ni por asomo permite que los posibles remordimientos se interpongan. No está dispuesto a reconocer que, porque su primer matrimonio terminó mal, él fue un mal padre para sus hijos. Y sigue estando convencido de que un hombre tiene la obligación de mantener económicamente a su familia y guiar a sus hijos en los momentos importantes de la vida, lejos de operar como una especie de niñera y ama de casa carente de pechos.

—Me limito a ser realista, Chug —añade en tono paciente. (Gwen sabe lo que este virtuoso, cardinal «realismo» significa para su padre: la determinación a imponer su propia voluntad sobre la de los demás. Los partidarios de cambiar el status quo para él no es que sean poco realistas: son unos lloricas. Martin y Gideon no están destinados a ser compañeros del alma)—. Hablemos en plata: tú estás acostumbrada a un tren de vida determinado, y no me parece que el señor Wolkowitz esté en posición de seguir proporcionándotelo. Entiendo que el niño te deja agotada. ¿Y quién va a cuidar de él? ¿Tienes previsto ir a Rusia con un niño recién nacido? ¿O Polichinela se encargará de quedarse en casa para cambiarle los pañales?

Martin alza los hombros, de nuevo se lleva un dedo a la garganta. ¿Y quién era ese Brager?, pregunta. ¿Cómo es que el tío no lleva el apellido de su padre? ¿Ella sabe algo sobre sus padres? ¿Sobre su padrastro? ¿Tiene algún familiar vivo? ¿Una hermana? ¿Alguien la conoce? ¿Él ha estado casado antes?

—¿Estás pidiendo que te dé referencias? —inquire Gwen.

—¿Es que tú no necesitas referencias? Son cosas que yo querría saber antes de contratar a una simple recepcionista. Me sorprendes, Chug. Yo pensaba que tenías la cabeza bien amueblada. Ya no tienes quince años: estás a punto de ser madre, tienes que pensar en el bienestar de tu hijo, también, no sólo en las cosas a corto plazo... La bohemia es para los solteros.

—Papá —dice Gwen, que se lleva las manos a las rodillas, presta a poner fin a la sesión—. Vamos a casarnos dentro de seis semanas. En casa de mamá. Espero que vengas con Jacey.

Martin hace el gesto de darse por derrotado; levanta las palmas de las manos en jovial rendición.

—Está bien, está bien. Ya no digo más. Me callo esta boca que tengo.

Se levantan los dos.

—Joder, eres tan cabezota como tu propio padre. Eso de vivir en pecado tampoco es para ti, ¿eh? —(Así son los padres de hoy, muy capaces de decirles a sus hijos que no se casen, por Dios, que sigan viviendo con su pareja como hasta ahora, que así ya está bien)—. Pues claro que iremos. A la boda, al divorcio y a lo que haga falta. Todo el mundo toma decisiones equivocadas en la vida. Si no lo hicieran, mis colegas y yo no nos comeríamos un rosco.

Martin le dedica una sonrisa. Se alisa los pantalones caqui de pinzas y se dirige hacia su escritorio, como un médico que fuese a extender una receta.

—¿Quieres un consejo final, Chug? Te recomiendo sinceramente que pongáis por escrito un contrato prematrimonial de algún tipo. —(Incrédula, Gwen se pregunta si acaso se dispone a redactar dicho contrato en el acto. Pero no, tan sólo abre el cajón a fin de coger un caramelo para el resfriado. De nuevo se lleva un dedo a la garganta; tose nerviosamente)—. No estoy tratando de sugerir que el chico sea necesariamente codicioso, pero el dinero tiene un componente emocional y a veces se pone en primer plano si las cosas salen mal. Te lo digo por experiencia.

En la puerta del estudio, su padre le pone una mano calenturienta en el hombro. Es el mismo gesto que Gwen le ha visto dedicar al barbero chino Steve, al restaurador francés Gérard, si bien éste es un gesto que viene a decir: sin rencores, un poco como el apretón de manos con Alexander, después de que éste lo haya desplumado jugando al blackjack.

—No te importa que sea franco contigo, ¿verdad? Por supuesto, todos sabemos que vuestro matrimonio irá de maravilla y comeréis perdices, pero siempre hay que tener en cuenta todas las posibilidades. Lo que te digo es fruto de mi experiencia profesional y, ¿por qué no reconocerlo?, personal también.

Gwen le sonrío de forma sardónica. Cediendo.

—No sabía que tenía tanto dinero como para atraer semejante codicia.

—No lo tienes. ¿Cuánto ganas? ¿Setenta, setenta y cinco mil al año?

—Sesenta y cinco mil. —Avergonzada por no ganar más.

—Sesenta y cinco mil. Entonces no lo tienes. ¿Te queda algo de la herencia que te dejó el abuelo?

—Casi nada. Me lo gasté prácticamente todo cuando compré el piso.

—Esa no fue mala inversión. Ahora debe valer... Déjame que lo piense... ¿Cuánto pagaste en su momento?

—Doscientos setenta y cinco mil.

—¿Y cuándo lo compraste? ¿En...?

—En el noventa y dos.

—Entonces ahora vale el doble.

—Si fuera a venderlo ahora mismo, claro.

—La verdad, tampoco es que andes sobrada de fondos. Vas a necesitar hasta el último centavo... Ya sabes que Jacey y yo estaremos encantados de pagar los gastos de la boda. Y hay carta blanca. Organízala como más te guste, me dices cuánto cuesta, y yo te extiendo el talón. En su momento pagué la boda de Courtney, una boda que casi duró más tiempo que el matrimonio, así que, ¿por qué no iba a pagártela a ti? —(Courtney era su hijastra del segundo matrimonio).

—Gracias. Pero tampoco estamos pensando en grandes derroches. Invitaremos a cuarenta personas, como mucho. Y mamá nos deja la casa y el jardín gratis, así que...

Martin consulta su reloj y la hace salir al pasillo.

—Vamos a comer algo. Tanto hablar provoca que me entre... ¡Jacey! —grita en dirección a las escaleras—. ¿Así que te casas en lo de tu madre? ¿Hay algún hotel medio decente por la zona, o seguimos estando condenados a alojarnos en esa cutrería del Maypole Inn?

Jacey baja las escaleras a saltitos, enfundada en unos pantalones pitillo de ante marrón y corte a lo vaquero, así como una camiseta blanca sobre la que reluce un medallón de oro. Al llegar junto a ellos, abraza a Gwen con fuerza.

—Estaba pensando que siempre podemos hacer noche en Boston, ¿no, Jace...? Oye, ¿por dónde andan los niños? ¿Es que no vamos a comer, o qué? Esta mujer es lo que no hay —se queja ante su hija—. Desde que volvimos de París, ha decidido que cenar antes de las nueve de la noche es como de mal gusto.

—Porque lo es —dice Jacey, haciéndole un guiño a Gwen.

CAPÍTULO SIETE

1

*She is coming, my own, my sweet;
Were it ever so airy a tread,
My heart would hear her and beat,
Were it earth in an earthy bed;
My dust would hear her and beat,
Had I lain for a century dead;
Would start and tremble under her feet,
And blossom in purple and red.*

TENNYSON, *Maud*

Plum Island. Mayo de 1996.

Han montado la carpa (caldeada por estufas) en la playa. La luna casi llena pende pálida y fría en un cielo por el que jirones de nubes se desplazan a toda máquina.

El público se acomoda en el interior de la carpa. Gideon y Gwen están al frente. Detrás de ellos: Christopher, Yilmaz, Constance (Roger viene mañana por la mañana); Katrina y Hal; Jacey y sus hijos (Martin llega esta misma noche); la tía Sue, el primo Rich y su mujer Emily; Maddock y Riley. Ethan —que sigue siendo lo bastante niño para trabar indiscriminada amistad con otros chavales de su edad— se lo está pasando ruidosamente en grande con los dos hijos mayores de Rich y Emily.

Una novia de tres metros y un novio de tres metros, sentados ambos en tronos dorados.

Suena una música que no parece proceder de este mundo.

Se oyen unas risas delicadas.

Terror.

Se abre el telón, y comienza el cuento de hadas. La novia es raptada la víspera de su boda. El novio Orfeo emplaza a los elementos. El Viento del Norte y un dragón marino le informan de que su amada ha sido raptada por el Dios de las Profundidades. Orfeo desciende a ellas, le planta cara al demonio (que tiene el pene gigantesco y la cola en forma de tridente) y recupera a su querida bajo la condición de que una vez al año, cuando su aniversario de bodas, interprete su música en el

infierno.

Gideon y Gwen están sentados a solas en la primera fila, contemplando el epitalamio que los Pants on Fire han escrito expresamente para su camarada y la novia. Lo están contemplando con una fascinación próxima al miedo.

Detrás de ellos se encuentran sus seres queridos. Oyen cómo la tía Sue está diciéndole no se qué a Katrina, mientras Jacey reprende a Alexander y le dice que deje a Serena en paz de una vez. Les llegan los comentarios que Christopher hace en voz baja, así como las risas de Constance y las risitas de los chavales cuando sale a escena el diablo priápico. A la vez, se sienten... Mágicamente solos. Al otro lado de las paredes de lona se extiende una playa pálida, azotada por el estruendoso encaje de las olas. Por encima de sus cabezas, la luna despliega su enmallada cola de pez sobre el mar oscuro.

Gideon y Gwen aprietan con mayor fuerza sus manos entrelazadas por los dedos. Gwen está tiritando de frío: su vestido de terciopelo color verde claro es demasiado liviano para el aire de la noche, y por pura coquetería vanidosa antes no quiso ponerse un abrigo. Gideon la envuelve en el jersey que ella le ha proporcionado, una prenda holgada e informe de mohair entre rojo y violeta que huele a perro lobo.

Gwen pone las manos frías bajo la camisa de Gideon y nota las costillas que se despliegan tras la piel cálida. Un esbelto cuerpo mediterráneo que ha ido a parar a la costa del Atlántico. Cuando ella empieza a frotarle el pecho con las manos heladas, Gideon se estremece a medio camino entre el miedo y el placer. Pues lo que ella despierta en él siempre está a medio camino entre el miedo y el placer.

En una noche como ésta, la tierra y el mar y el cielo conforman un cuenco azul-negro-plateado. Demoníaco, frío, palpitante de un modo eléctrico. Como si los navíos de la creación jamás se hubieran estrellado, como si el mundo nunca se hubiera reducido a astillas.

En una noche así, un hijo del cielo bien pudiera desplegar su red iluminada por la luna con intención de pescar una hija de la tierra, para llevársela consigo a lomos de un caballito de mar.

Cabalga, cabalga, hermoso caballito de mar, sobre el mar y sobre las estrellas también. No llores, hija de la tierra. Te voy a convertir en la reina del cielo, y nuestras hijas se casarán con Orión y la Osa Menor, y nuestros hijos se casarán con las andrómedas.

No llores, hija del polvo, voy a transportarte al cielo, donde como aperitivo te podrás comer el Monte de los Olivos entero, donde podrás cazar junto a Nimrod, pescar con Jonás, reír con Sara, beber con Noé y bailar con las hijas de Shiló, baila, baila, mi amada, pues cada noche de bodas es la boda de noches de Salomón y la Reina de Saba, mientras que la semilla de Abraham es —y va a serlo por siempre— tan abundante como los granos de estrellas en la arena, como los guijarros centelleantes en el cielo del desierto.

Gideon suspira, y Gwen suspira. Están enfermos de amor, así como del niño que

entre los dos han creado; como una moneda recién arrojada a un pozo, el niño asimismo suspira en ese momento. Las estrellas se ponen mustias y se desvanecen en el gran cielo de Dios, las estrellas que llevan brillando desde la noche en que Salomón empezó a despojar a Shulamit de sus siete velos.

Cuando salen de la carpa, Gwen se fija en una estrella de cola verdiazul que cruza el cielo rauda. En las claras noches atlánticas de mayo siempre es posible ver muchas estrellas fugaces, pero esta estrella es vuestra por entero, mi mujer y mi marido, mi hermana y mi hermano, mis tortolitos.

2

—Oye, Gideon, ¿te apetece venirme a casa con nosotros?

Pues claro que le apetece. Apenas si ha bebido alcohol, ni la mitad que Maddock y su amigo Kid. Ahora que sus futuros suegros se han ido a dormir, está más que dispuesto a desmelenarse.

Kid tiene el pelo negro rizado y enmarañado, así como un diente frontal mellado perfectamente visible merced a su perpetua sonrisa de sátiro. Juntos, Kid y Maddock —el flaco moreno y el rubio corpulento— exudan cierto aire de libertad primitiva. Llevan puestas la mitad de las ropas que los demás invitados; está claro que los de la costa tienen la sangre caliente...

—¿Dónde están las chicas?

Riley, la compañera de Maddock, hace horas que se ha marchado a casa en el camión de éste. La tiritante prometida de Gideon poco antes de la medianoche fue secuestrada por sus madrinas, pues es costumbre cristiana que el novio y la novia no se vean durante las horas previas a la ceremonia. Dina, que tiene migraña, se ha vuelto con Ethan al motel. Maddock, Gideon y Kid se acercan a ver qué hacen los demás.

Elliott, el de los Klezmofunks, la banda que ha venido para tocar en la boda, Josh, el auxiliar de rabino de la sinagoga de Pitt Street, Amnon y Hector se encuentran en la habitación de Dan y Andrea en el motel, bebiendo refrescos, fumando marihuana y debatiendo cosas tan improbables como si Brecht era menos genial por su costumbre de plagiar a otros autores. Dan se ha metido en la cama y está durmiendo con una almohada sobre la cabeza.

—Eh, gente, ¿os venís a casa de Maddock?

—Pues claro —responde Andrea, que es de las que siempre se apunta a un bombardeo. Y el pequeño Dan en ese momento se levanta de entre los muertos y anuncia que él en realidad no tiene nada de sueño, que simplemente estaba harto de toda esa cháchara sobre Brecht.

—¿Eso de Brecht no es una marca de champú para niños? —pregunta Maddock.

Dan, Andrea, Gideon, Elliott, Josh, Kid y Maddock se meten en dos de los coches. Demasiado colocados para ponerse en movimiento, Amnon y Hector se han quedado donde estaban.

El vehículo de Kid es un jeep pintado de camuflaje a rayas atigradas que da la impresión de haber sido adquirido en una venta de material sobrante del ejército. Al cabo de un rato cruzan la línea de demarcación del estado de New Hampshire, el hogar de los hombres libres.

—¿A que no sabíais que New Hampshire también tiene un poco de costa? —aventura Kid.

—Yo sí que lo sabía —responde Gideon, que está sentado a su lado—. Nuestro grupo actuó en el Music Hall de Portsmouth un fin de año que hacía un frío de mil pares de cojones.

—¿En el Music Hall? Menudo rollo de local.

—Y que lo digas. Esa noche representamos un *Orlando Furioso*, y al caballero lo vestimos con una coraza hecha con latas grandes de aceitunas. Dan, ¿te acuerdas de que hicimos unas gaitas para el espectáculo? ¿Sabes si esas gaitas siguen por ahí?

—Pues claro. Las he traído para la boda.

A Gideon se le ha olvidado lo muy temprano que se acuesta la gente en el campo. No se ve una luz en las casas junto a la carretera, ciervos del tamaño de chihuahuas en los jardines delanteros, buzones en los que hay pegatinas con lemas patrioteros o de militarotes. La noche es desierta y parece invitar a los fantasmas. Junto a las estaciones de servicio de la A1 hay armerías con las ventanas atrancadas y tiendas donde se venden petardos y fuegos artificiales.

Se detienen en un aparcamiento al aire libre en el que hay diez o veinte remolques, y detrás de los remolques se encuentra la casa de Maddock y Riley, cuya parte posterior da a la marisma. La casa incluso tiene nombre propio: Madreselva o Brisa Marina, Gideon no alcanza a dilucidarlo en la oscuridad. Andrea, Gideon, Elliott y Josh se apretujan en la sala de estar y acaban por sentarse en el suelo. Los muebles están cubiertos de pelos de can. Maddock y Kid, en compañía de Dan, salen a comprar más alcohol.

3

Gideon se encamina hacia la cocina. Preguntándose dónde piensan Kid y Maddock encontrar alcohol en venta a la una de la madrugada. Pensando, necesito echarme un par de tragos más, estoy un poco hecho polvo. O igual lo que tiene es hambre, pues la comida ha sido todo lo frugal que estos protestantes adinerados requieren, al tiempo que Gideon estaba demasiado ocupado en otras cosas como para atender a su plato debidamente. Por un lado, en tratar de calmar el nerviosismo de su futura suegra, que estaba obsesionada por que no le desarreglaran el jardín. En flirtear con Constance, por otro lado.

En el mármol de la cocina hay una bolsa abierta con ganchitos de queso.

En la sala de estar, Elliott, quien se ha vuelto a matricular en la universidad para estudiar literatura clásica, está divagando sobre la teoría aristotélica de la tragedia. Elliott es un músico de primera, pero a veces le da por pegar rollos así, cosa lógica

proviendo de quien vive en una montaña y normalmente no puede conversar sino con las cabras.

A Gideon le encantaban los ganchitos de queso cuando era niño. Se acuerda con perfecta nitidez de la vez en que abrió su mochililla escolar, después de irse de Passaic a Teaneck, y se encontró con que en el interior había una bolsa medio llena de ganchitos, pasados y casi medio putrefactos. Sin pensárselo dos veces, se sentó en el suelo y se los comió uno a uno. Con un ojo en la puerta, por si alguien entraba y lo sorprendía. La vergüenza infantil muchas veces tiene que ver con la comida...

Junto a la bolsa de ganchitos, en el mármol de la cocina de Maddock hay un montón de revistas: revistas de motociclismo, revistas de informática, el *Soldier of Fortune*, la *National Review*.^[13]

En la cocina de pronto entra Josh, quien también da la impresión de estar hambriento. Gideon le pasa la bolsa de ganchitos.

—Están más pasados que el carajo, pero en fin. ¿Qué pasa? ¿Ya te has aburrido de esa conferencia sobre la tragedia griega?

—Hablando de tragedias... —apunta Josh en tono jovial. En la sala de estar, la conversación está cobrando un nuevo giro. Andrea y Elliott están pasando a debatir si la tragedia está en función de las convenciones burguesas sobre la justicia social.

—¿Sí?

—En mi humilde opinión, me parece una tragedia que tu futura esposa no sea judía.

—Hmm... —Gideon sonrío, con embarazo. Eso ha sido un poco fuerte, la verdad, un golpe bajo apenas mitigado por la voz en apariencia jocosa de Josh, por la mano que acaba de poner en el hombro de Gideon.

—Antes de conocer a tu prometida, yo me decía: es una pena que Gid no vaya a casarse con una buena chica judía. Pero ahora que la he conocido, he visto que tiene alma de auténtica judía.

—Hmmm... —repite Gideon. ¿Y qué le está queriendo decir con eso del alma judía? Tal como él lo ve, el alma judía acaso podría tener que ver con cierto conocimiento de origen puramente histórico, el tipo de conocimiento que lleva a un perro que ha sido azotado en el pasado a andarse con mucho ojo en el presente. Y en ese sentido, Gwen, quien sin duda está en posesión de sus propios secretos oscuros, siempre le ha parecido fundamentalmente inocente en el plano histórico...

Una corriente de aire frío y de risas cuando Maddock, Kid y Dan irrumpen por la puerta de la cocina en compañía del juguetero Labrador de Maddock. Con las mejillas enrojecidas. Haciendo gala de una estridente alegría de ruralía, portadores de varias cajas de cervezas, pilladas en casa de Buddy, el socio de Maddock.

—¿Cómo va eso? —saluda Gideon.

—Piensa en lo que acabo de decir. Antes de los romanos, los judíos acostumbraban a hacer proselitismo de su religión...

—No me digas. —Con un ojo puesto en Maddock. ¿Habrá escuchado la sentencia

del rabino en el sentido de que su hermana tiene un alma judía? Maddock se quita la sudadera de felpa y empieza a sacar botellas de cerveza de sus envases de cartón. Kid rebusca en los cajones para dar con un abridor.

—Chico, ni que fuera la primera vez que estás en mi casa —comenta Maddock, señalándole a Kid el abrelatas-abrebotellas que hay en la pared junto a la nevera. Maddock se da un par de pequeños coscorrónes en la frente con el puño y hace una mueca de retrasado mental.

—No sería mala idea que la animaras un poco en ese sentido...

Gideon asiente con la cabeza. De mala gana. Este tío se está pasando mucho. Gideon se pregunta: si la Gwen embarazada aceptase convertirse, ¿su feto asimismo se convertiría en judío en el minuto preciso en que ella entrara en las aguas del ritual? Nada de eso. El judaísmo nada tenía que ver con religiones como el bautismo, sino que era un fenómeno involuntario, orgánico-étnico en tanta medida como elegido deliberadamente. Era imposible que de un útero judío naciera un niño no judío, incluso en el caso de una madre violada por los chetniks serbios (Dios no lo quisiera).

Maddock abre tres botellas de cerveza Old Brown Dog en la puerta de la nevera y reparte con Josh y Gid. Luego mete un par de cajas de seis botellas en el frigorífico.

—Salud, chicos. Por el novio feliz...

—La verdad, no se te ve muy nervioso. Si el novio fuera yo, estaría... —Kid finge que le tiemblan las rodillas y los dientes le castañetean.

—El amigo está tranquilo porque lo tiene todo controlado: sabe que puede contar con mi coche para darse a la fuga después de la ceremonia. —Maddock le suelta a Gideon un palmetazo en la espalda.

—Ja, ja, ja —ríe Gideon.

4

Maddock, Kid, Josh y Gideon forman un nuevo corrillo en un rincón de la sala de estar, corrillo al que pronto se suma Elliott.

—¿Cómo va el trabajo, Maddock?

—No me quejo...

—Maddock se dedica a la construcción de tejados.

—Eso parece un chiste. ¿Cómo va el trabajo? Estamos en lo más alto.

—Pero como nos descuidemos, nos la vamos a pegar.

—Ja, ja.

Gideon no acaba de entender de qué vive Kid. Al respecto sólo sabe que es bombero voluntario, y de hecho ahora está hablando de cierto incendio en Rye la semana pasada. Un viejo hotel recién comprado por un promotor inmobiliario. El edificio ardió hasta los cimientos.

—No quedó nada de nada.

—¿Cuánto debió pagarle el seguro a ese tío? —pregunta Elliott.

—Qué pregunta más curiosa la tuya.

—Será que soy mal pensado.

Entre los de New Hampshire y Elliott se da una cuasifraternización. Aunque residente en la república socialista de Vermont, Elliott por lo menos no es un neoyorquino.

—¿Jackie no va a venir? —pregunta Maddock.

—¿Jackie? —Kid consulta su reloj—. Jackie a estas alturas debe de llevar durmiendo tres horas. —Kid explica que su compañera trabaja en un refugio para mujeres maltratadas—. No hace más que encontrarse con un caso horrible tras otro. La pobre anda siempre de los nervios. El otro día vino una mujer con los niños detrás. Como sucede tantas veces, empezó a contarle putas mentiras. La mujer ésta insistía en que era la primera vez que su hombre le ponía la mano encima. Y eso que tenía la cara hecha una hamburguesa. Jackie va y le dice: usted lo que tiene que hacer es ir a urgencias ahora mismo. Jackie entonces se fija que la niña tiene unas heridas en el brazo. ¿Qué es eso?, pregunta. ¡Parecen marcas de quemaduras! Y la mujer entonces empieza: verá usted, él en el fondo no es malo, siempre supo mantener a la familia cuando ganaba un buen sueldo en Pease... —Pease, explica Maddock, es la base de la fuerza aérea, hace poco cerrada—. Jackie al final le dijo: usted lo que tiene que hacer es hablar con asistencia social. Y por el momento váyase a casa de su madre.

—Qué horror... —apunta Josh. En tono de reproche, como si Kid encontrase divertida la historia que acababa de contarles.

Gideon a estas alturas lamenta haber reclutado a Josh para equilibrar la presencia del juez. Estira una pierna que se le ha quedado dormida. Inquieto, al tiempo excitado y aburrido. Gwen... ¿Qué estará haciendo en este minuto preciso? ¿Estará acostada, durmiendo bajo una delgada colcha prestada por su madre, o estará paseando de puntillas por el dormitorio, con sus dorados, largos pies descalzos, contemplando la luna de vez en cuando? Gwen... Su corazón ansia verla. Gwen... Ansias, ansias puras.

A modo de consuelo piensa que sus largos brazos le rodean el cuello, piensa en sus rápidos besos, en su olor a canela-especias-amargo-café. Nadie conseguirá separarlos jamás. Una vez que se hayan casado, no volverán a pasar una noche lejos el uno del otro. Imagina que le está quitando el blanco salto de cama de batista, tal como Salomón le quitó los velos a la danzante Shulamit. Besa sus pechos pequeños y erguidos, que ahora son más pesados, tienen más oscuros los pezones, están llenos de su maternidad inminente.

Ahora intenta imaginarse a Gwendolen envuelta en su vestido de novia, que a él todavía no le han dejado ver. Todo cuanto sabe al respecto es que el no visto vestido de novia ha salido por diez mil dólares. Cuando Gwen reparó en su mirada atónita — Gideon siempre hace lo que puede por no enterarse de los gastos de su futura esposa —, le explicó que el diseñador en realidad le hizo un superdescuento porque ella es cliente suya desde mucho tiempo atrás, desde antes de que se hiciera famoso. Gideon, quien también es un artesano, encuentra absurda la idea de que un confeccionador de

vestidos pueda ser «famoso». A pesar de sus reparos, en este momento siente una ingenua curiosidad por saber qué aspecto puede tener un vestido de diez mil dólares. Le gustaría que su madre, a quien asimismo le gustaba vestir bien, pudiera estar aquí para ver a su novia...

La víspera de una boda te visitan los espíritus de los muertos. Regalando sus bendiciones a Gideon —bendiciones de provecho, de prosperidad y de alegría—, Sonny —su propio Salomón— y Paula —la diestra aficionada al baile— lo visitan por la noche. ¿Su madre le desea que su prometida le aporte alegría?

Los espíritus de los muertos nos envuelven. Nos desean cosas y quieren cosas de nosotros: el disfrute de un poco de nuestra felicidad, de un poco de nuestra salud. Fuera de aquí, espíritus insignificantes. Ya nos llegará el turno de ir con vosotros, más tarde que temprano. Dejados a solas en la noche de bodas, madre insignificante, padre insignificante, no le peguéis tan grandes bocados a la luna-tarta nupcial emblemática de nuestra alegría muy pronto rubricada por el matrimonio...

CAPÍTULO OCHO

1

—Constance...

Ambas yacían en la cama de Gwen, la una junto a la otra. Constance, que desde su propia boda no había pasado una sola noche alejada de su marido e hijos, se había metido furtivamente en el lecho.

Brilla la luna. Hace frío. Quemado el champán y el coñac bebidos durante la velada, la mente de Gwen sigue runruneando en caleidoscopio.

Unos brazos desnudos bajo la eléctrica luz de la luna. Los brazos de Constance son de un blanco cremoso, salpimentado por las estrellas que son sus pecas. Los de Gwen son más amarillentos. Entre las dos se interpone, invisible, un niño menudo y delicado, quien asimismo runrunea, suelta codazos y hace volteretas en el interior de su translúcida jaula rosada.

Las dos mujeres estaban inmóviles; el bebé asimismo estaba estirado: un agudo talón en las costillas, un puño en la entrepierna. ¿Eramos su naturaleza, su tormenta y su lluvia?

Gwen seguía sintiéndose anonadada por aquel dolor.

—¿Constance? El niño me está dando patadas...

—Qué bonito... —Guiada por Gwen, Constance llevó la mano al estómago de su amiga. Una mano a la escucha—. Sí, lo noto...

—¿Las patadas te parecen de niño o de niña?

—¿No has pensado en hacer la prueba del anillo? ¿O con espejos?

Primavera en el mar, lilas en flor, el viejo caserón que cruje y chirría. Eran casi las cinco y media. A unos setecientos metros de ellas, ¿Gideon asimismo estaría despierto en una cama que le resultaba desconocida? ¿Desesperadamente ansioso, desesperadamente despierto?

—¿O con plata fundida?

—No me atrevo a probarlo. No estoy para adivinanzas... ¿Constance?

—Hmmm...

—¿Te parece que voy a ser feliz?

Constance se dio media vuelta en el lecho. Su respiración era regular. Su mirada,

fija en las manchas del techo de la habitación. Un largo silencio. Un silencio muy propio de Constance.

—Yo no soy muy creyente en eso de la felicidad —dijo finalmente—. A mí me parece que esa idea de que la felicidad es un derecho que todos nos merecemos seguramente tiene la culpa de la ruptura de la mayoría de los matrimonios. Es un poco lo mismo que designar a tu pareja como responsable de tu propio estado mental. No sé si me explico... Hay gente a la que le gusta estar casada; hay gente a la que no.

—Me lo estás poniendo difícil. Te recuerdo que he sido una solterona durante muchísimo tiempo.

—Igual te llevas una sorpresa. A lo mejor descubres que lo que en realidad siempre andabas buscando era precisamente la resolución de ese aspecto de tu vida.

—¿Qué piensas de... del marido que he elegido? ¿A ti te gusta él? A veces pienso que todo esto es excesivo: casarme y tener un hijo, así de golpe y a la vez. Se supone que es mejor llevar unos años casados y disfrutar de la vida como amantes antes de ponerse a tener hijos...

Constance lo meditó.

—Pues sí, a mí sí que me gusta —respondió por fin—. ¿No te habías dado cuenta? No sé si nada más verlo te dijiste: éste es el hombre que he andado buscando toda la vida. Pero lo que está claro es que tiene una sonrisa irresistible, y a mí me parece que con él lo vas a pasar muy bien durante años y años. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que te ha entrado miedo?

—A veces me entran ganas de salir volando en el primer avión para Vladivostok. ¿No te has dado cuenta?

Constance le acarició un pie con su mano cálida.

—Martin ha estado insistiendo en la cuestión del dinero. Piensa que Gideon es demasiado pobre.

—¿Y es demasiado pobre?

—Es tan pobre que yo misma he tenido que comprarme el anillo de bodas.

Las dos mujeres se ríen.

—Guapa, tu padre está obsesionado con el dinero. Y es un antiguo, eso está claro: si tu marido no gana lo bastante, siempre te queda el recurso de buscarte la vida y ganar más por tu cuenta. Tu padre tendría que estar contento de que por lo menos no te hayas fugado con un ruso fascinante —con una esposa y seis hijos no menos fascinantes—, que era lo que yo me temía que fuese a suceder. No estoy del todo convencida de que sientas verdadero respeto por él, pero eso es cosa que tenéis que arreglar los dos solitos.

—Todos los matrimonios que he conocido han acabado en divorcio. Y yo estoy acostumbrada a hacer lo que me viene en gana.

Constance guardó silencio durante tan largo rato que Gwen creyó que se había quedado dormida.

—Yo creo que hay un momento en la vida en que una se dice: lo que yo quiero es

esto —repuso finalmente—. Y si hace falta, entonces está dispuesta a renunciar a muchas cosas. Me parece que tienes un poquito de miedo a... a verte aprisionada con este hombre en una... en una especie de perpetua sucesión de trivialidades sin pies ni cabeza. Pero yo creo que las mujeres por lo general se casan con aquellos hombres que les resultan tranquilizadores.

—Y, para ti, ¿qué es lo que quieren los hombres?

—¿Sabías que la víspera —no, dos noches antes— de mi boda me fui a la cama con otro hombre?

Gwen rebuscó en su mente.

—¿Quién?

—No te lo digo. Lo pasamos bien, y no me arrepiento en lo más mínimo. En realidad lo hice para comparar y poner a prueba lo que sentía por el hombre que había escogido.

—Creo que sé quién es.

—Pues estás equivocada. Y no voy a decírtelo.

—Ya sé que no me lo vas a decir. ¿Sigues... sigues enamorada de él? ¿De Roger? ¿Cuánto llevas casada...? ¿Cinco años?

—En julio harán seis. Mira, yo nací para casarme. Lo mismo que Roger. Los dos somos iguales: apegados en exceso a la propia pareja, por completo programados para la vida doméstica... Cuando el uno lava los platos, el otro los seca a su lado. Roger también es de los que siempre anda planificando a largo plazo. Lo tiene todo previsto a diez años vista, y eso a mí me tranquiliza. Con un hombre de otro tipo, las cosas pueden ser bastante más difíciles.

—A ver qué sucede en mi caso... Supongo que estoy a punto de descubrirlo.

—Una a veces se queda mirando a su marido y sus hijos, y se pregunta: ¿Por qué no se largan y me dejan en paz? ¿Por qué no se van a vivir su propia vida?

—¿A veces te entran ganas de tirar la toalla?

—Todos los días, como es natural. Pero ya me conoces: tengo bastante paciencia. Sé que no falta tanto para que los niños se marchen de casa. Y como todos sabemos, los niños se marchan para no volver nunca más. Y si por casualidad vuelven, las cosas ya no son exactamente iguales... De hecho, quiero asegurarme de que, cuando se marchen, entre nosotros siga dándose algo... Un poco de suspense, por lo menos. Si quieres que te diga lo que pienso, has sido muy lista al casarte con un hombre que tiene una sonrisa tan misteriosa. Es algo que te alegrará la vida.

—No sé —dijo Gwen—. A veces pienso que esa sonrisa suya es pura cuestión de apariencia. Que en el fondo es más bien pánfilo. —Cosa que tampoco te vendrá mal. Pues tú de pánfila, nada.

2

Poco antes del amanecer, Kid y Maddock llevaron a Gideon al motel. Los demás se habían ido horas antes. Los únicos que siguieron con la fiesta fueron Kid y Gideon,

empeñados en acabarse el bourbon de Maddock. Estuvieron hablando de coches; estuvieron hablando de camiones (Maddock se lamentaba de haber cambiado su volquete Toyota por un Dodge: «Te voy a dar un consejo patriótico: ni se te ocurra comprar productos fabricados en Estados Unidos»). Hablaron de las tormentas. Hablaron de los últimos adelantos en armamento militar: por ejemplo, de si las bombas inteligentes de veras habían resultado tan inteligentes durante la guerra del golfo.

Cada dos por tres, Maddock o Kid se acordaban de Gideon y le decían:

—¿Sigues estando seguro de lo que vas a hacer? Recuerda que puedes seguir contando con un coche para darte a la fuga.

De vez en cuando, uno u otro prorrumpía a cantar *Chapel of Love*. En un momento dado, Riley, la novia de Maddock, apareció en camisón y les pidió que por favor se fueran con la música a otra parte.

Gideon se sentía casi demasiado feliz para articular palabra. Se sentía increíblemente próximo al hermano de Gwen, y ello a pesar de su creciente seguridad de que al hombre se le habían arruinado las neuronas por el consumo más que excesivo de drogas, hasta el punto de que lo que quedaba de él era una figura caricaturesca: un tierno oso rubio oscuro cuya mente no era muy despierta. Gideon sospechaba que si le comunicaba su intuición a Gwen, ésta se indignaría y le diría que no, que Maddock seguía siendo el de siempre, que simplemente se limitaba a esconderse del mundo. Por mucho que ella —a diferencia de Gideon— no tuviera ningunas ganas de tratar de dar con él en su escondite.

—Maddock —dijo Gideon de pronto y sin venir a cuento—. Ya sabes que tu hermana te quiere muchísimo. Un día tienes que venir a pasar unos días con nosotros. Lo pasaremos en grande, ya lo verás. Te llevaremos a los bares de Hell's Kitchen. Hay un montón de locales que visitar...

Maddock, quien hasta el momento se había estado mostrando tan indiscriminadamente cordial que uno pensaría que, de proponérselo, de buena gana se prestaría a ir al baño a cagar contigo, de pronto le dirigió la misma mirada desconfiada que Gideon había visto en Gwen y en su padre. Una mirada que decía: ¿Nos conocemos de algo? A mí me parece que no.

—Gracias, pero ya viví muchos años en Nueva York, cuando era un chaval. Lo conozco perfectamente, y no pienso volver a ese agujero de mierda nunca más en la vida.

Cuán distinto al de Gwen era su lenguaje, que sin embargo utilizaba con idéntico fin: como armadura de protección. Esto era todo lo lejos que uno podía llegar con Maddock —un dedo—, antes de tropezarse con aquel muro infranqueable. Y de hecho, un dedo era bastante más lejos de lo que uno podía llegar con el padre de Gwen. Estaba claro que estos Lewis se tornaban coriáceos con la edad; en vez de ablandarse, se endurecían.

Y con su prometida, la que iba a ser su Gwen, ¿cuán lejos podía llegar uno?

Gideon a veces pensaba que con ella podía llegar a los confines de la tierra y más allá; otras veces se decía que no, que con ella no podía llegar ni a un dedo. En ocasiones Gwen daba la impresión de consumir las mejores energías de su mente en el simple propósito de mantener el mundo a distancia.

3

La vida en el campo es así: hay más gente en la carretera a las seis de la mañana de la que había a las nueve de la noche. Gideon pregunta si podrían volver por el camino de la costa, y cuando llegan a Little Boar's Head insta:

—Para un momento.

Maddock y Kid se quedan en el interior de la cabina del camión, cantando a coro el *You Win Again* que suena en la emisora de música country.

Gideon sale al espigón. La luna está alta y parece una minúscula, blanca oblea blanca que las nubes se apresuran a esconder. Hay bajamar, y las aguas están tan lisas como una mancha de petróleo. La tempestad del invierno pasado ha dejado la playa cubierta por una capa de algas que llega hasta la rodilla. Gideon se quita los zapatos y vacila un instante en el espigón, ansioso de meterse en el mar y a la vez temeroso de entrar en este marino prado de algas.

Es un miedo atávico, a serpientes y dragones, de viscosos hematófagos que bien pudieran adherirse a tus tobillos desprevenidos, arrastrarte a esta profundidad hedionda.

Durante largo rato, Gideon sigue contemplando con horror los serpenteantes penachos, espirales, rizos y riachuelos de agua salada, rojizos-negrucos, verdinegros, anaranjados-negrucos a la luz del amanecer.

Maddock toca el cláxon.

Gideon duda una vez más, hasta que finalmente se obliga a saltar descalzo a la espesa ensalada. Le alivia comprobar que ésta es succulenta, húmeda bajo los pies. No rancia, sino joven, fresca y mullida. Gideon atraviesa la pradera de algas bajo el amanecer grisáceo y echa a correr cuando siente bajo los pies un sólido piso de arena. Corre, corre, salta —como en la canción—, y el bajo encaje de las olas de pronto le mordisquea los tobillos, perezosa, débilmente.

Dios santo, dentro de unas pocas horas, él y Gwen se habrán convertido en marido y mujer. Él, que toda la vida ha sido un mocoso huérfano, va a contar con su propia esposa en la cama, con un hijo en el vientre de su mujer, y nunca volverá a ser un desarraigado a medio camino entre un mundo y otro. El viento marino que me empuja a mi hogar...

Gideon baila ante las olas que van llegando, rebosante del éxtasis casi delirante que periódicamente le visita desde que era niño, el éxtasis que se deriva de sentir la majestad de Dios sobre el mundo. Es un día gris, el día de la boda de Gideon, hay grandes nubes y sopla un viento áspero, pero de repente divisa una veta dorada en el mar, junto a la línea del horizonte, un rayo de sol que se ha abierto paso en el cielo

roto y anguloso. La delgada cinta de oro rosado se mueve, se está trasladando hacia él; se trata del grueso dedo de Dios, que está acariciando el mar embravecido.

Cuando los cielos vuelven a cerrarse y el mar recobra su brumoso brillo verdegris, Gideon entiende que la veta de luz ha venido a ser lo que el arco iris para Noé: una señal tan sólo a él dedicada, una promesa de alegría conyugal, lo más parecido que entre los humanos existe a la relación que Dios tiene con el mundo.

Gideon comprende que durante el banquete de bodas su persona no será sino una especie de robot que mecánicamente secundará lo que las buenas maneras prescriben en tales situaciones. Hasta que no llegue la noche, y él y su prometida por fin estén a solas abrazados, no volverá a ser el mismo Gideon de siempre.

Pues lo que hoy hay que hacer —la firma en los registros, los contratos formulados oralmente— no pasa de ser un chalaneo tribal-dinástico entre humanos, mientras que la divina lealtad que Gideon siente hacia Gwen es eterna y hace tiempo que ha sido anotada en el cuaderno de Dios.

LIBRO CINCO

CAPÍTULO UNO

Julio de 1996.

—¿Hola?

—Cariño —dice ella.

—¿Hola?

—¿Me oyes, amor?

—¿Hola?

Qué raro. Ella a él lo oye perfectamente.

Gwen está llamando desde el hotel Yevropa en Ekaterinburg.

Una esposa menos dedicada al trabajo no se habría ido del lado de su recién casado señor durante tres semanas, pero Gwen se había dicho que aquel iba a ser el último viaje antes del niño. (También había jugado su papel el fatigoso desafío a las que las mujeres profesionales se ven abocadas: la diaria necesidad de demostrarles a sus superiores que, por mucho que una tenga el estómago como un balón de playa, el cerebro ni por asomo lo tiene encefalítico. Sus amigas le dicen que está loca, pero Gwen sigue estando convencida de que la maternidad no va a cambiarle la vida. Tan pronto como el renacuajo nazca, de nuevo volverá a embarcarse en sus viajes de siempre.)

—¿Hola? ¿Hola?

Gideon cuelga.

Gwen lo intenta de nuevo.

La conexión esta vez es mejor.

—Cariño, ¿estás bien? —En la voz de Gideon hay una áspera nota de ansiedad—. Estaba preocupado después de no haber podido hablar contigo...

—Sí, es que estaba en Ciudad 3.

—¿Todo está bien? ¿Cómo van las cosas?

Gwen quiere hablarle de la belleza desolada que Siberia exhibe al final del verano. Tamara Vorashina y ella habían ido en coche a una de las ciudades diseñadas para la guerra, en la actualidad cerradas y ofrecidas en venta al mejor postor, una ciudad situada a veinte kilómetros al este de Ekaterinburg, antaño llamada Sverdlovsk. Es el tiempo de la cosecha, y el paisaje que se contempla a través del parabrisas lleva a pensar en una época dorada: oleadas de rubios campos cortados al

cepillo y cruzados por ríos de aguas fundidas; segadores que armados con hoces trabajan alineados entre los montones de heno, bañistas con la piel blanquísima que bailan junto a una hoguera para entrar en calor.

Y por fin llegaron a la ciudad.

—Menuda Ruina... Una ruina futurista, eso sí. Si recuerdas, en Sverdlovsk se produjo una fuga de esporas de ántrax, allá por los setenta. En esta ciudad trabajaban ciento cincuenta mil científicos durante la época soviética. Estamos hablando de un montón de huérfanos que están a la espera de ser adoptados por Irán o Corea del Norte. Hará falta bastante tiempo antes de que este lugar se convierta en un nuevo Silicon Valley.

—¿Te dejaron mirar sin trabas?

—Bueno, hablamos con ciertos funcionarios y... sí, nos dejaron dar una vuelta. Hemos conocido a este cineasta francés que lleva seis meses allí, rodando un documental sobre la ciudad. Un chico interesante; luego lo invité a cenar y...

—¿Habla inglés?

—¿Pascal? No, pero yo me apaño un poco con el francés... Luego fuimos a un club que el año pasado no existía. El local estaba lleno de estos millonarios de veintipocos años, todos igualitos, casados con modelos rubias, rodeados de guardaspaldas, con un Mercedes blindado en la puerta... Y aquí a la vez te encuentras con estos científicos que tienen que rebuscar en la basura para comer, que llevan un año entero sin cobrar la pensión de sesenta dólares al mes. Aquí se ven unos contrastes que parecen salidos de la Edad Media. Y no te estoy hablando de Moscú o de San Petersburgo, sino de un agujero perdido en los Urales, de la ciudad en la que se cargaron al zar y a su familia. Una acaba dándole vueltas a la cabeza y piensa: lo que esta gente necesita es una buena revolución.

—Oye, ¿ahí no son las cuatro de la mañana?

—Sí, las cuatro menos cuarto...

—¿Y acabas de volver al hotel?

—Pues sí.

—¿Después de haber salido con este director de cine francés?

—Pascal, sí.

—Imagino que el hombre mañana tendrá que levantarse más temprano que otra gente...

Gwen vacila un momento, pues tiene la sensación de que la conversación empieza a seguir un rumbo indeseable. Y a la vez, aunque esta noche se lo ha pasado muy bien, le sorprende lo muchísimo que ha cambiado cuando todavía no lleva ni seis semanas casada. Se diría que ahora existe una barrera invisible entre ella y los demás hombres, hasta el punto —y eso que su barrigón a las claras deja su condición de mujer no abordable— de que en toda la noche ha sido incapaz de mirar a Pascal a los ojos. Cuando éste finalmente la llevó en coche al hotel, Gwen salió del automóvil corriendo, con una prisa poco menos que insultante.

A Gwen le sorprende de veras esta novedosa timidez: hasta el momento nunca había sospechado que la esencia de todas las relaciones entre hombres y mujeres radica en la posibilidad de sumirse en el sexo desbocado. Hasta el punto de que si una no podía insinuarle a un hombre que en las circunstancias adecuadas muy bien podían acabar juntos en la cama, entonces ni siquiera era capaz de sostenerle la mirada al otro. A Gwen le gustaría hablarle a Gideon de la pervivencia de este espíritu del harén, si no fuera por que entre ambos se interponen millones de kilómetros de línea telefónica.

Gideon se encuentra en Nueva York, donde la temperatura es de 35 grados y el aire acondicionado no funciona.

—¿Tú no habías ido a Rusia a trabajar? —pregunta—. Si lo que quieres es salir de noche, en Nueva York puedes salir todas las noches. Podemos salir juntos los dos hasta las cuatro de la mañana...

—Cariño, yo aquí estoy trabajando. Todo eso es parte de mi trabajo.

—Ya.

Un momento de silencio.

—¿Y tú qué has estado haciendo? —pregunta ella.

—¿Yo? Jennings y yo nos hemos pasado el día trabajando como cabrones para acabar la habitación del niño. —Su tono vuelve a ser acusatorio. Jennings es un antiguo artista reconvertido en contratista de carpintería para quien Gideon trabaja ocasionalmente. Entre los dos están transformando el estudio de Gwen en el dormitorio del niño. Gideon al principio simplemente se planteaba abrir una ventana más en la sala de estar para que hubiera más luz y ventilación, pero al final han acabado por fichar a un tercero para que ayude a Gideon a construir una puerta. Jennings les ha ofrecido esta estupenda puerta acristalada que salvó de una faena que hizo en Park Avenue...

—Esa puerta te va a gustar —asegura Gideon—. Es francesa —añade con énfasis.

—Cariño...

—Por lo demás, el piso está hecho un asco, una verdadera obra en construcción, pero ya nos las arreglaremos para dejarlo bien del todo...

—Gideon, me muero de ganas por verlo —dice Gwen, conciliadora—. Estaré encantada de ver lo que habéis hecho. Seguro que quedará fantástico.

—Te echo de menos —reconoce él finalmente—. Perdóname si ando un poco cabreado, pero es que estoy currando catorce horas al día para acabar el cuarto del niño antes de que vuelvas. Y, la verdad, también me preocupa un poco lo que te pueda pasar por ahí. Me gustaría estar a tu lado para cuidarte...

Gwen está pensando: a Gid le gustaba más la situación cuando yo por las mañanas estaba hecha polvo y a su merced. Es curioso que, ahora que me he convertido en esta especie de ballena que los hombres prefieren no mirar, a Gideon le hayan entrado los celos, precisamente ahora. Gwen tendría que sentirse agradecida por ello, pero en su lugar tiene la sensación de que él le ha puesto una suerte de

grilletes en los tobillos.

A todo esto, Gideon sigue siendo el de siempre, ligero y presto a coquetear con otras. ¿También es consciente de la barrera invisible que se extiende entre él y las demás mujeres? ¿Asimismo le tiene tanto respeto a los oscuros poderes del sexo que ni se atreve a mirar a Annie Dolores o a Jaime Gorelick a la cara? No parece probable.

—Te adoro —murmura Gwen—. Mira, sólo faltan diez días.

—No hace falta que me lo recuerdes. Es una puta eternidad.

Sin embargo, extrañamente, para Gwen no es suficiente. Echa en falta a Gideon, pero han pasado casi seis meses desde su último viaje a Rusia, y tiene mucho que hacer para ponerse al día. Tiene una cita con el antiguo gobernador de Nizni Novgorod, un joven reformista protegido de Chubáís; tiene que entrevistar a varios candidatos al puesto de director de programa en Kazán, va a cenar con Sergei Kovalyev, quien es una de las pocas personas en las que confía lo bastante como para creerse sus puntos de vista sobre lo que de veras está sucediendo en este país.

El ánimo en Rusia ha cambiado mucho desde que la oligarquía y el FMI lograron amañar la reelección de Yeltsin. Hay rumores de descontento entre los mandos militares, de una huelga de mineros del carbón que acabó como el rosario de la aurora, pero Gwen no tiene verdadera forma de evaluar el grado de insatisfacción.

Es curioso cómo Rusia —un estado esclavista a lo largo de toda su historia—, para ella siempre ha sido sinónimo de libertad. Incluso ahora le permite ser libre de su marido. Por mucho que con las piernas hinchadas tenga que acarrear con un vientre de doce kilos, por mucho que de repente sea incapaz de mirar a los hombres a los ojos, aquí se siente libre de una forma que es puro entusiasmo.

CAPÍTULO DOS

—Tengo problemas en el trabajo —dice Gwen. Está metida en el baño, marinándose en una ardiente sopa de camomilla. A estas alturas le resulta imposible yacer de espaldas; tiene que hacerlo de lado—. Bueno, tampoco es que sean problemas. —Gwen es demasiado altanera para tener problemas—. Digamos que se trata de un fastidio.

Hacía un mes que había vuelto a casa, pero Gideon seguía andando de puntillas a su alrededor, como si creyese estar ante el fantasma de una Gwen que en realidad hubiera muerto en un accidente de avión entre Ulan Bator y Bator Ulan.

Tan sólo vestido con unos pantalones vaqueros, Gideon estaba sentado sobre la tapa del retrete. Con aire ausente, frotándole la espalda a Gwen con una esponja.

—Igual tendría que clonarte —apunta—. Hacer una marioneta clavada a ti y llamada Gwen para que me preste compañía mientras tú estás de marcha en el GULAG. Es verdad que también tendría que hacer unos accesorios a escala: frasquitos de crema para el calzado, por ejemplo. Porque tú no vas a ninguna parte sin tu crema para el calzado, ¿eh?

—No me estás escuchando.

—Te estoy escuchando. Tienes problemas en el trabajo.

—No sé si te conté que Kalman ha contratado a este chico nuevo que estudió con él en Columbia. Para sustituir a Tim, quien gracias a Dios se ha largado por fin. Pero resulta que el nuevo es peor. Un sabelotodo arrogante que quiere hacerlo todo a su manera.

—¿Y ése qué es lo que sabe? —preguntó Gideon. Poco a poco se estaba aclimatando a la actitud que Gwen tenía en relación con el conocimiento. Una avaricia de índole competitiva: bastaba sustituir «conocimiento» por «dinero», y uno de pronto se encontraba hablando el mismo lenguaje que su padre.

—Sabe tanto como yo, pero más. Es decir: ruso, y también todos los lenguajes centroasiáticos derivados del turco. Por si fuera poco, el verano pasado estuvo de becario en el Banco Mundial. Así que a Mandy lo han mandado a Bielorrusia y Ucrania, para que este chaval se ocupe de Asia Central y el Cáucaso. Se supone que tengo que ponerlo al día, y el tío no hace más que mirarme por encima del hombro. Está convencido de que tenemos que ser mucho más exigentes a la hora de

asegurarnos de que nuestros programas están siendo aplicados de forma efectiva. El chaval en otros tiempos hubiera trabajado como controlador de una cadena de montaje. A todo esto, al chico le gusta viajar —normal, pues tiene veinticuatro años—, lo que se supone que nos viene de perlas, porque así puede hacer mi trabajo de campo mientras yo tengo el crío. En la oficina, los tíos no terminan de tener claro si el niño me va a ocupar cinco minutos o cinco años de mi vida. Cosa lógica, pues la únicas que allí han tenido hijos son las secretarias. En resumen, que no sé cuánto tiempo me van a tener en dique seco...

Gideon ahora se estaba ocupando de las partes del cuerpo a las que Gwen ya no podía acceder. Los pies. Uno a uno, estaba enjabonando los dedos, cuyas plantas aparecían rugosas y rosadas.

—Si eso significa que no te van a enviar dos meses a Chechenia, a mí me parece estupendo.

—A mí me gusta Chechenia. Y lo que no quiero es que Ari acabe por robarme el empleo.

—Bueno. A ver si hay suerte, y los secuestradores islamistas le cortan la cabeza.

—No... Lo peor de todo es que en el fondo no me cae mal. Está claro que la ambición le corroe, pero, a la vez, su idea de ser ambicioso consiste en aprender tayiko en tres semanas o en introducir de matute un transmisor de radio en Grozny. ¿Cómo puede no gustarme?

—Eso mismo me dije yo cuando te conocí —indicó Gideon.

—El problema es que yo no soy ambiciosa. Voy a tener el niño, y no me extrañaría que con el tiempo descubriera que lo que en realidad quiero hacer es sentarme en un banco del parque a charlar con otras madres sobre darle el pecho a los niños. Por entonces, Ari estará gobernando el mundo...

—¿De qué mundo me estás hablando? Explícame por qué un transmisor de radio es más importante que el dar de mamar a tu hijo. A las mujeres profesionales a veces no os entiendo. Si pudieran tener hijos, ¿tú crees que los hombres se hubieran tomado la molestia de inventar la radio? A ver si me explico: los antiguos israelíes tuvieron que inventarse una religión de la nada para acceder por las bravas al país de la leche y miel. Y vosotras encima os quejáis, cuando en el pecho tenéis leche y miel de forma sobrada y por constitución...

(A Gwen le hace gracia que Gideon, quien se pasa la mayor parte del día cosiendo ropitas de muñecas, se muestre tan celosamente desdeñoso de la supuesta hegemonía masculina.)

—Como te he dicho: no quiero que me robe el empleo.

—Pues lo matamos.

—A Kalman le cae en gracia, lo mismo que a Gerald, y tengo entendido que a Lavrinsky también le cae bien. No sabes lo harta que estoy de todos estos pasilleos y maquiavelismos de vía estrecha: quién está al corriente de la última intriga bizantina y quién no lo está, con quien estuvo hablando Lavrinsky hace poco en Connecticut el

fin de semana pasado, a quién llevó personalmente en su coche cuando la reunión del consejo del otro día... Me parece una forma muy cutre de llevar una organización que se supone fomenta...

Pero a Gideon le han entrado otras ideas después de haber hecho mención a sus pechos.

—¿Me vas a dejar que pruebe tu leche? —Sus manos sopesan el novedoso peso de las tetas, cuyos pezones ahora tienen el color del vino tinto—. ¿Me dejarás? ¿O es un tabú?

CAPÍTULO TRES

1

—Estuve soñando con el nacimiento —dijo Gwen a su marido.

Estaba tumbada de lado en la cama, con almohadas bajo las rodillas y el vientre. El conejillo estaba dando saltos, dando en las costillas de Gwen con sus vigorosos cuartos traseros, embistiendo contra la entrepierna con los brazos y el cráneo. Au.

Gwen había visto el pálido amanecer, mientras se paseaba arriba y abajo por la sala de estar, la biblioteca, el pasillo, lo había visto pasar del negro-rosado al lavanda y a un color como de huevo de petirrojo.

Los demás insomnes denotaban su condición en la oscuridad de Manhattan por medio de las catódicas luces azuladas visibles a través de las ventanas cuadradas de las bajas casas de piedra rojiza y los altos bloques de pisos. Viudas impedidas y demasiado viejas para dormir; jóvenes financieros que estaban mirando la CNN mientras hacían el equipaje para el vuelo de la mañana a Hong Kong.

Gwen había salido al balcón, desde el que estuvo contemplando el edificio Citicorp enclavado al otro lado de la estrecha isla, reluciente en la oscuridad como un iceberg dotado de parpadeantes ojos rojizos. De un blanco de alabastro, de un blanco de ballena blanca. *Sagrado*. Gwen lo miró del modo en que se miran las montañas o el mar. El santificado blanco plateado del edificio adquiere matices de nieve rosada a la luz del amanecer.

Gwen contempló el cielo de la madrugada, meditando a solas sobre el misterio opresor de estas noches de los tres últimos meses: el sueño era una especie de momentáneo dejarse llevar, un mortecino brillo de faro en la larga marcha dictada por las patadas del bebé.

El bebé. El bebé era insomne y exigía acción, era un bebé con ínfulas de estrella del rock que se dedicara a destrozar la habitación de su hotel, valiéndose de tus más tiernos órganos internos como trampolín. Odiabas a aquel niño nunca visto porque te hacía daño y, a la vez, estabas orgullosa de su vitalidad de bruto, de su frenesí por crecer y ser.

La noche anterior, Gwen había tratado de leer un libro mientras se paseaba por el piso. De la librería escogió un volumen de Mandelstam, imaginándose que la tersura

explosiva y empapada del verso acaso fuera más compatible que la prosa con la tolerancia cero de su vástago por nacer. Era posible leer una línea, encajar un patadón, pasear un poco, encajar un patadón, volver a leerla. Mandelstam y su mujer nunca tuvieron hijos. Nadezhda Mandelstam, si se acordaba bien, había sufrido un aborto mientras su marido estaba en el exilio. ¿Y abortar no era preferible a aportarle a Stalin ocasión para un nuevo, perfecto sacrificio?

Gideon le trajo el desayuno y los periódicos del día a la cama antes de marcharse. A las diez tenía cita con el director del departamento de teatro del Talbot College, quien andaba buscando a un director temporal de cara al año venidero.

—Aquí tiene, señorita.

—Soñé que acababa de dar a luz... —prosiguió ella.

Un huevo revuelto con un bollo de pan tostado, las vitaminas prenatales de la mañana, secundadas por las de un vaso de zumo de naranja rojizo como la sangre.

—¿Eh?

—Y no era niño ni niña: era un perro caniche.

Gideon se la quedó mirando, con afecto y cierta diversión en el rostro. Gwen estaba enorme a estas alturas, hecha una especie de colmena gigante sobre dos piernas delgadas, con tan precario equilibrio cuando andaba con sus pies hinchados que le era preciso aferrarse a la geriátrica barra de la pared cuando se duchaba en el baño. Hacía falta un toro de transporte para meterla y sacarla del baño...

Andaba de otro modo, tenía un físico nuevo y empleaba unos gestos distintos que Gideon necesitaba de cierto tiempo para asimilar. Andaba como un pato, con el barrigón por delante y las caderas en segundo término. Eructaba y se tiraba pedos. Se había vuelto grosera sin medias tintas, una perra maliciosa y obscena demasiado vieja y enferma como para que nada le importara un rábano. Se rascaba la escamosa, mugrienta cúpula del estómago —que picaba como la piel de un lagarto—, dejaba ambas manos sobre dicha cúpula como quien se hubiera pegado un atracón por Acción de Gracias. Parecía un viejo panzudo, un espantapájaros de Halloween, vestida con los viejos pantalones de chándal que Gideon ya nunca llevaba, calzada con unas zapatillas deportivas con los cordones sueltos. Tenía los pies demasiado inflados para embutirlos en alguno de sus bonitos pares de zapatos. Jadeaba al hablar, se sentaba en las escaleras para recobrar el aliento, se hundía en un sillón y luego no había quien la levantara.

Gideon se había convertido en el héroe griego cuya labor consistía en no descuidar ni por un segundo a un ente que constantemente iba cambiando de forma. Su amada a veces se convertía en cocodrilo, otras en perro de caza, otras en vaca, otras en un vejestorio incontinente y con el aliento fétido, otras en un puro demonio. El amor de Gideon estaba siendo puesto a prueba, y él se lo tomaba con bienhumorada deportividad. Mientras que ella lo odiaba, él lo sabía, del mismo modo que los enfermos no tienen más remedio que odiar a los sanos. ¿Y tú por qué no has cambiado?, quería saber Gwen. ¿Por qué se te ve tan feliz y contento, por qué te

muestras libre como el viento, por qué sigues siendo el mismo de siempre? ¿Por qué no te quedas tú con el niño, para variar? Furiosa de que la biología le hubiese hecho la zancadilla, después de una vida entera de paridad entre los sexos, entendiendo por fin lo que el misógino de Dios quería decir con aquello de que la vida era injusta, sin que la Comisión de Derechos Humanos pudiera hacer mucho al respecto. Así era la gente de hoy: presta a escandalizarse ante las jugarretas de la naturaleza, porque tenían niños o porque no los tenían, porque eran homosexuales o mujeres profesionales con sesenta y cinco años a cuestas, escandalizada por anacronismos tales como las enfermedades o el hecho de que uno fuera a morir igualmente.

No tienes curiosidad, le preguntaba ella en tono acusatorio, no te gustaría saber lo que se siente al estar embarazada y tener que cargar con quince kilos de más y en movimiento por encima del cinturón. No, respondía el precavido Tiresias, no quiero saberlo. Si estuviera en mi mano, te liberaría de esta carga, pero prefiero no saberlo. Me has convencido plenamente de que es infernal. Y además, bastante me ha costado sacrificar mis principios y prestarme a llevar conmigo tu teléfono móvil a todas horas, por si me necesitas. (La necesidad que ella tenía de él estos días era tan omnívora y vengativa como una guerra civil.)

—¿Un caniche? Eso que nos ahorraríamos en gastos de colegio.

—Tenía miedo de que Martin se enterara y observara: si ya lo decía yo...

—Yo también tendría miedo. Cuando veo a un perro, me cago en los pantalones. Para mí que debe ser un recuerdo inconsciente de los pogroms contra mi gente, del antisemitismo furioso de según qué canes empleados en esas ocasiones...

Gwen miró los titulares y estiró el cuello para darle un beso... que se prolongó. Manos que recorrían el cuerpo del otro, buscando vías de entrada, un placer que se convierte en urgente, en una confusa excitación...

—¿Estás completamente seguro de que quieres tener el niño? Lo que soy yo, prefiero tenerte a ti a solas.

Gideon se hundió en las almohadas que había junto a Gwen: la lateral postura de navaja era la que más tolerable les resultaba a la hora de estar físicamente juntos. Sus pechos, hinchados como un río en primavera, azotaron el duro reborde superior de su vientre azulado, cuando ella trató de unir su cuerpo al de él. Gideon miró de reojo el reloj digital mientras se sumía en el muelle abandono. Veintisiete minutos para llegar al Downtown.

—Amada mía, ¿tú te crees que un caniche nos va a plantear problemas entre los dos? Antes voy y lo tiro al estanque del parque...

2

—La mar de bien —dijo Gwen—. Un poco más de dinero nos vendría la mar de bien.

Gwen se sentía abatida por la perspectiva de tener que correr con todos los gastos de una familia de tres personas con el salario de la fundación. Adiós a los zapatos de Walter Steiger, adiós a los viajes a Londres, adiós a los almuerzos en el Royalton.

Gideon haría bien en mirar un momento los recibos del ginecólogo. Como era previsible, Gwen no se había apuntado al seguro médico privado del Lavrinsky y últimamente le entraban ganas de preguntarle a la enfermera: ¿de verdad es preciso que me hagan un análisis de sangre todas las semanas? Si Gideon pudiera contribuir aunque fuera un poco a los gastos familiares, todo iría mucho mejor...

—No sé si quiero ese empleo.

—¿Por qué no?

—Porque ahora mismo estamos ocupadísimos en luchar contra el desalojo. No tengo tiempo para nada, y menos para pasarme tres días a la semana en New Paltz.

—Es dinero. Y nunca se sabe... Al final el trabajo igual se convierte en fijo.

—Eso es precisamente lo que me da miedo.

Gwen le dirigió una mirada de Gorgona, pero Gideon no se dejaba aminalar fácilmente. En tono de seguridad y con calma, añadió:

—Voy a mandar la solicitud, claro. Pero yo nunca en la vida he trabajado en algo por dinero exclusivamente. Y, por cierto, no creo que tú tampoco lo hayas hecho.

—Gideon, no estoy muy segura de que eso sea motivo de orgullo.

—¿No te parece un poco prepotente decirle a los demás de qué tienen que estar orgullosos o no?

Antes no se embarcaban en semejantes peloterías. O, si se embarcaban, las peloterías pronto se disipaban en jueguecitos sexuales. Para Gideon, el sexo últimamente se había transformado en un ejercicio un tanto tedioso y por obligación: era frecuente que la fatiga o los males del embarazo se interpusieran, de forma que el resentimiento provocado por sus disputas no llegaba a desvanecerse, reduciendo las conversaciones del día siguiente a una sombría sucesión de mecanicidades: ¿Dónde has puesto el catálogo de Balducci? ¿Te has acordado de comprar limpiador para los platos? ¿Te acuerdas de que estamos invitados a cenar al Sutton Place por el cumpleaños de mi padre? Pues no, pensaba que íbamos al Hellfire Club, a follar como locos la noche entera en el interior. ¡Oh, el dinero! ¡Oh, el matrimonio! ¡Oh, el matridinero! ¡Oh, el dinemonio!

CAPÍTULO CUATRO

1

El día prefijado pasó, sin que se diera el parto previsto. Era impropio de Gwen, la típica invitada que se pasaba un rato paseando por la calle a fin de no presentarse a la cena con adelanto sobre los mismos anfitriones. Las enfermeras de la consulta de la doctora Landesmann trataron de tranquilizarla con bromas relativas a lo muy cómodo que el niño se encontraba en su interior. Por favor. El renacuajo se pasaba veintidós horas al día hendiendo meridionalmente con su cráneo diamantino, como un prisionero que pugnara por huir del castillo de If túnel abajo. ¿Cómo iba a estar cómodo? De cómodo, ni hablar. Más bien estaba hasta las narices, encajonado, mortalmente aburrido y ansioso por escapar a sus cuatro paredes. ¿Estarías cómoda en el interior de un ataúd mojado y dos veces menor que tú?

Sus amigos y familiares la llamaron. Otras madres, dotadas de profesional comprensión del nacimiento y su fruto temprano. ¿Ya?, preguntó Dina. ¿Aún sigues igual?, preguntó Jacey. La tía Sue. Constance. Su prima Emily.

—¿Qué quieres que te diga? —repetía Gwen—. Será que tengo estreñimiento uterino.

Por las mañanas, cuando se presentaba en el Lavrinsky andando como un pato, sus compañeros se la quedaban mirando con sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—¡Que se la lleven a la maternidad!

—Si que tarda el niño... A estas alturas pensaba que ya tendríais fotos suyas...

Gwen entonces se sentaba ante el primer escritorio vacío que encontrara, sin saber muy bien qué hacer durante la jornada, pues ya iban cinco veces que se había pillado el día de baja por maternidad.

Entonces, una tarde en la que Gwen y Gideon iban andando al Carnegie Hall para encontrarse con Sasha e Irina a fin de asistir a un concierto de Evgeni Kissin, el niño descendió de pronto; el alto, sólido vientre de Gwen se encogió sus buenos quince centímetros, y ella en aquel momento se sintió tan contenta como una gallina que hubiese puesto, orgullosísima de saber que no iba a convertirse en aquella-monstrua-que-nunca-dio-a-luz.

Aquella noche, cuando Gideon la penetró de lado, Gwen deseó que las (ahora disminuidas) reverberaciones del placer la ayudasen a parir. A tal se habían reducido los éxtasis de la pareja: a hacer el amor porque resultaba mecánicamente útil.

Las llamadas que casi todas las noches le hacía su madre, quien de pronto se mostraba verdaderamente interesada por su hija, la tenían desconcertada.

—¿Te parece que vaya a tu casa ahora mismo?

—No, no vengas. ¿Para qué? ¿Para que nos pasemos la noche sentadas y discutiendo mientras esperamos y esperamos?

—¿El médico te ha dado alguna pista sobre el día concreto...?

(A veces no me creo que tu madre haya podido tener dos hijos, decía Gideon. ¿Cómo se podía formular una pregunta tan médicamente absurda?)

A la noche siguiente:

—La tía Sue dice que lo que tienes que hacer es hablar con el médico y que te reserve un día para la cesárea. Es lo que hizo la hija de Patsy.

(Ya. Tu madre lo dirá porque así puede reservar el vuelo desde Boston con antelación y le sale más barato.)

—Me va a volver loca —se quejaba Gwen—. Me está dando a entender que no soy capaz de tener un hijo.

Gideon se la miraba exasperado.

—Tú lo has dicho. Los padres son así. Mira, dile que no te llame más, que yo mismo la llamo cuando vayas a parir. La verdad, a tu madre no la entiendo. ¿Qué significa eso de que no eres capaz? Como si esta maravillosa experiencia única y universal a la vez fuese una especie de concurso...

—¿Por qué soy tan cobarde?

—Tú no tienes nada de cobarde. Lo que pasa es que ahora tenías esa idea rara de que tú en realidad tenías que haber nacido hombre, y por eso todo este coñazo de las mujeres ahora te da miedo. Lo que tienes que hacer es relajarte. Tu cuerpo sabe lo que tiene que hacer, si dejas de aterrorizarlo, claro está.

2

La cigüeña ya se había retrasado nueve días, y Gwen de repente estaba harta. Lo que se dice harta a más no poder. No va a salir. No va a salir nunca, ¿y qué? El niño era un accidente, al fin y al cabo, ella nunca había querido tenerlo. La maternidad no casa bien con las manhattanianas ambiciosas. Por una razón: porque lleva demasiado tiempo.

Gideon pone la cabeza entre sus piernas —el minúsculo triángulo del pubis se ha convertido en insignificante bajo el barrigón digno de Santa Claus.

—Si quieres, me pongo a aspirar con la boca hasta que salga —ofrece—. Vamos de una vez, muñeco, tu mamá está cansada y tu papá se muere de hambre. Cuento a diez, y como no salgas de una vez, te meteré en el horno como si fueras un cochinillo y te comeremos para cenar.

Lo más irritante de todo son los afectados jadeos de Gwen, sus ansias de hacer las cosas como está mandado, mejor que nadie, por una combinación de competitividad y deseos de quedar bien, como si le fueran a poner nota por su maternidad. Gwen se ha pasado la vida entera demostrando que puede ser más hombre que cualquier hombre, y ahora que por fin se ha visto empujada hacia su propio género, se vuelve loca por demostrar que es más mujer que todas las mujeres juntas. Le es necesario integrarse. Y brillar más que nadie. Lanzarse a la ofensiva por el campo de batalla de la maternidad y mostrarse como una héroe. Para más tarde exhibir ante todos la encallecida indiferencia con que en su momento acogió un desgarró de perineo y un cóccix quebrado por el esfuerzo.

Hay que olvidarse de las batallitas que se cuentan, de las historias del tipo: Di a luz a la hora del almuerzo y a las dos ya estaba otra vez en la oficina. Pues yo a mi hijo lo tuve en el metro; yo misma corté el cordón umbilical de un mordisco. Lo que motiva a todas estas nuevas amazonas no es sino un pueril resentimiento hacia sus propias madres, cuya generación solía disfrutar de diez días de descanso en clínicas tan suntuosas como balnearios austrohúngaros y daban a luz sumida en una muelle anestesia general. Pues bien, a la mierda con todo eso. ¿Qué sentido tiene martirizarse a fin de mostrarse tan insensible como una oveja?

Era posible que Gwen no tuviese los arrestos necesarios. A la mierda con las cómodas zapatillas forradas, la música ambiental, las friegas en la espalda con aceite de ylang-ylang, la energía positiva que emana de los puntos sensibles, el marido reconvertido en asistente de comadrona. Era posible que Gwen no fuese a dar a luz. Muy al contrario, acaso se convirtiese en la mujer que, al iniciarse el parto, de pronto se levantara y dijera a la comadrona: Adiós, muy buenas. Me largo.

3

Una lluvia brumosa, una madura luna de otoño. La vieja leyenda de que la lluvia y la luna llena se conjuran para traer niños al mundo. ¿Su fantasmagórico huésped iba a encontrar la libertad esta noche neblinosa con luna llena? ¿El que no paraba de retorcerse por fin iba a morder el anzuelo y salir a la superficie?

Concluida la jornada de trabajo, Gwen se marchó a casa en el autobús de la calle 79. Aplastó el rostro contra el cristal cuando el vehículo pasó por el cruce de Central Park bajo la lluvia otoñal del crepúsculo. Escuchó los charcos que sus ruedas abrían bajo el túnel, mientras el viento azotaba las hojas de los árboles negros y empapados.

En Zabar's compró pato asado a la moscovita con salsa de ciruelas. En el colmado del coreano compró rúcula y maduras peras limoneras. Su intención era darse un otoñal atracón la noche del nacimiento de su hijo.

La llovizna caía a plomo cual un vaporoso matorral de agujas mientras se dirigía andando a casa, un matorral tan espeso que los bloques de apartamentos y los semáforos aparecían tan desvaídos y borrosos como si estuvieran en el fondo del mar.

Gwen pasó aquel atardecer paseándose arriba y abajo por el apartamento,

volviendo una y otra vez a la habitación del niño, que Gideon tan primorosamente había reconfigurado. Durante su paseo estaba sumida en la lectura de un libro sobre el bolchevismo cuya crítica le habían pedido que redactara para el *Slavic Quarterly*. A la espera de oír el clic de la llave de Gideon en la cerradura (era grotesco, pero incluso en aquel momento la entrada de su marido por la puerta conseguía sumirla en una excitación casi enfermiza). Las lluvias habían dejado paso a la niebla, a una niebla-niebla, y la rosada corona de espinas del Empire State justo ahora empezaba a ser visible entre la bruma, en el momento preciso en que ella murmuró para sí: Que sea esta noche, por Dios. Por Dios, que tengo que romper aguas.

4

Mañana. Mañana a las siete, está previsto que Gideon y Gwendolen Wolkowitz se presenten en el hospital, donde su niño (por desgracia alojado en la segunda, y no en el primero), verá la luz merced a una operación de nacimiento asistido.

Encerrada en su estudio, Gwen se acuerda de cuando era pequeña y tenía estreñimiento. Su niñera alemana le daba una última oportunidad para «soltarse», y si ésta vez tampoco salía, pues adentro con el supositorio. No era de extrañar que la niña que se negaba a cagar se hubiera convertido en una mujer que ahora se negaba a dar a luz a su bebé. Si la madre fuera él, Gideon sin duda se contentaría con acuclillarse en medio del campo...

Gwen estaba pensando en llamar a Constance para que ésta la tranquilizara un poco. Quería preguntarle: ¿Te has parado a pensar que el parto muy bien puede ser un retorcido método de control de la natalidad ideado por Dios? Y: ¿Es verdad eso de que la cesárea es como un parto en la silla eléctrica? Y: Constance, ¿te acuerdas de ese collar mío de cloisonné que tanto te ha gustado siempre? Pues te lo regalo.

Gwen estaba rebuscando en su interior a fin de dar con una suerte de kit de primeros auxilios para afianzar la Valentía. Pero nada. No lograba acordarse de oración alguna, excepto de cierta infantilidad sobre una chinche (pues qué bien) y de otra que decía no sé qué de morir antes de despertarse, lo que en su caso sería puro afán de escurrir el bulto.

Su madre (quien había llegado a primera hora de la tarde y estaba alojada en el Empire Hotel) jamás le había explicado nada sobre sus propios partos, habiéndose contentado con decirle que los días en que nacieron ella y Maddock fueron los más felices de su vida. Leyenda ésta que su hija —ahora se daba cuenta— no sabía si atribuir a un heroísmo espartano o a la poderosa magia de los analgésicos de los años sesenta.

Pero entonces se le ocurrió investigar más a fondo la vertiente valerosa de su madre y logró dar con una pepita reluciente de dicho filón inexplorado. En la época posterior al Belleclair, después de aquel nervioso intervalo en el que siempre andaba con gafas oscuras y tropezando con las cosas, insistiendo siempre en que los dos hermanos asistieran a la escuela dominical, Katrina finalmente había hecho algo que

resultaba doloroso no olvidar: empaquetó en cajas todos los enseres del piso de la calle 93, alquiló una furgoneta de mudanzas sin chófer y se marchó con sus hijos a Newburyport. Donde se las arregló para hacer todo aquello de lo que Martin se había estado ocupando hasta entonces: encontrar una casa, comprar un coche, matricular a los niños en la escuela.

La casi desmelenada osadía que su madre sacó a relucir aquel primer otoño e invierno, como si fueran peregrinos arribados a territorio de indios, de nieve y de viruela... Una infelicidad tan intensa que estaba próxima a la alegría. Su madre esos días dejaba todas las luces de la casa encendidas la noche entera, como en una celebración escandinava del solsticio invernal, como una casa del sol naciente. Como si el divorcio fuese un carnaval, una juerga, un año sabático. Como si por fin, después de haberse pasado la vida entera tratando de complacer a los demás, ahora fuese el Turno de Katrina. Gwen por entonces estaba horrorizada. En el internado seguía sin tener amigas, pero aquello nada tenía de nuevo: la pequeña Gwen apenas si había alcanzado a atisbar lo que podía significar la amistad, o incluso la mera posibilidad de pasarlo bien o hallar inspiración en la compañía de otros. Lo que de ella se enseñoreaba era la fría determinación de sentarse temprano en el pupitre. Gwen envidiaba y hubiera querido ser como aquellos huérfanos coloniales de las historias de Rudyard Kipling que nunca volvían a casa durante las vacaciones. Por entonces pensaba, de modo imperdonable, que era natural que su padre hubiese abandonado a la inútil de su madre... Por supuesto, ahora se daba cuenta del valor demencial, de la fuerza vital que salió a luz durante la saturnalia de su madre.

Mañana iba a ser el turno de Gwen en esta fría, oscura sala de partos del hospital, mañana iba a ser su día D y su hora H, el día en que le iba a tocar el turno de chillar con todas sus fuerzas. Le iba a tocar afrontar el dolor, cabalgar sus encabritamientos, dirigirlo a un punto inexplorado del exterior hasta llegar a un estremecido vacío en la creación, allí donde la materia dotada de uñas salía al exterior catapultada, azulada y aullante. Ella iba a morir un poco, un mucho tal vez, y luego se irían los tres a casa.

CAPÍTULO CINCO

1

Gideon pensaba que nunca volvería a oír un grito así. Pero de nuevo vuelve a oírlo procedente de una mujer ensuerada, con la diferencia de que esta vez es su propia esposa la que se agita de dolor, la que se lamenta y se retuerce.

La mujer no cesa de emitir unos aullidos rítmicos: oh, por Dios, me cago en la puta, los banales juramentos que la gente escupe en los momentos más críticos. Está agachada sobre la cama, a cuatro patas, emitiendo estos lamentos lobunos que echan para atrás a medida que el dolor se cierne sobre ella, y periódicamente (entre un espasmo y otro) vuelve hacia la enfermera un rostro contraído por lágrimas que nada tienen que ver con el miedo pero sí con la rabia. Gideon ha visto antes esta cara pálida y rabiosa, en una cama de hospital también, la rabia y el suero, la rabia y la bandeja de plástico marrón con comida de la cantina. La rabia y la ensalada de frutas de lata (para él) con el almíbar lloroso sobre las rodajas de piña.

En este momento tiene la impresión de que nunca se ha desprendido de aquellos últimos días de su madre, que cada jornada desde entonces ha sido una estremecedora, oculta, penitente reinterpretación de tan diabólica trayectoria. Los acabados brazos amarillos de Paula, el bronceado pellejo de su carcasa, el hedor de sus vendajes, la carne desgarrada y magullada, todo ello está inscrito en su ser. Su cósmica amargura y furia, su pena indefensa, su dolor; la vergüenza de esta última, definitiva traición a sus hijos... Tales son las emociones indestructibles con las que Gideon lleva años obligado a convivir.

Está escondido en el pasillo, en el exterior de la habitación de Gwen en la clínica, con la mirada fija en un póster enmarcado —flores anaranjadas en un campo—, estremecido por los sollozos, pugnando por recobrar el valor necesario para entrar.

Un rato atrás, antes de que el parto empezase de veras, estuvo al lado de Gwen, tratando de cogerla de la mano, de masajearle la espalda o de darle cubitos de hielo para que los chupara. (Tareas infantiloides destinadas a lograr que el hombre inútil se sintiera útil.) Hasta que ella lo echó de su lado, exasperada por su solicitud temblorosa y empapada en sudores.

Vaya a tomarse un café, aconsejó la enfermera. Cállese un poco, que nosotras

bien vamos a seguir aquí con su esposa.

Ahora el tiempo se había detenido. Han pasado... ocho... diez... doce horas desde el inicio del parto, y el tiempo no avanzaba. Los dolores de Gwen eran tan intensos que él ya no aguantó más: huyó. Si continuaba oyendo sus gritos, era señal de que ella seguía viva.

Otra enfermera (la del turno de noche) pasa a su lado.

—Si quiere hablar con la doctora Landesmann, la encontrará ahí dentro con su mujer. —De pronto se lo queda mirando, incrédula—. ¿Está usted llorando? A la enfermera no le hace ninguna gracia. (¿Qué podía ser más despreciable que un calvo abrumado por los sollozos?) Los hombres son lo que no hay. Su propio marido ni siquiera hizo acto de presencia en el hospital cuando ella tuvo su último hijo. El marido decía que era porque se aburría, pero ella sabía que se trataba de puro terror —. Me dijo que si veía salir aquello por ahí, igual él ya no era capaz de volver a meterla. Y yo le dije: pues muy bien, Brian, a mí ya me vale...

Gideon se la queda mirando, sin pestañear y sin comprender. La enfermera rompe a reír y se tapa la mano con la boca.

—Vaya a ver a su esposa, hombre. Está con la doctora.

Se queda plantado en el umbral del cuarto de Gwen. (La misma habitación pintada de verde mierdoso que en el hospital de Teaneck, con la tele colgada del techo, la mesita con ruedas, el lavamanos en un rincón, las persianas venecianas de color beige.) La doctora Landesmann, apenas reconocible porque lleva puesta la chaquetilla de cirujano y el pelo recogido bajo un gorro higiénico, justo se está marchando, y Gideon, quien se siente tan culpable como un niño que hubiese metido en problemas a su propia madre, se apresura a interceptarla.

La doctora Landesmann acaba de medir a Gwen; llevan diez horas de parto (joder, pues parecen diez mil), y Gwen tan sólo se ha dilatado cuatro centímetros, pero en la parte superior, precisa la doctora, y esos primeros centímetros son siempre los más difíciles.

—He aumentado la dosis de pitocín —agrega.

—Bien —dice Gideon, antes de recordar que el pitocín no es un analgésico, sino un inductor del dolor. Desde donde están pueden oír los gemidos de Gwen—. ¿No podrían darle algo para...?

—Sí, seguramente vamos a ponerle una epidural —responde la doctora, mientras sale por la puerta.

Mi niña, trata de decirle a su amada del alma, mi niña, suéltate de una vez. Abre esas puertas perladas, le ordena en silencio, DILÁTATE, o de lo contrario tendrán que hacerte la cesárea.

Pero abrirse implica abrirse al salvaje torbellino del dolor, y por eso ella se cierra —él lo sabe—, pues sus defensas enloquecidas la están instando a ello, al tiempo que insisten en seguir asegurando la fijación cervical del niño, para que éste no corra peligro alguno. Escúpelo, guapa, escupe al niño, libéralo de una vez.

Y ahora las contracciones fuertes de veras llegan sin aviso y a toda velocidad, sin darte tiempo a recobrar el aliento entre una y otra, como una montaña rusa salida de madre. El cuerpo de Gwen se encabrita como el de un bronco, pugnando por vomitar al niño al exterior. La cosa ahora es tan fuerte que Gwen cierra los puños y se clava las uñas en la carne. Uno podría sufrir una descarga eléctrica por parte del acumulado voltaje de sus convulsiones.

Gideon sabe con certeza que Gwen se está muriendo. El niño va a matarla, no van a ponerle la epidural, las enfermeras indiferentes van a dejar que se muera entre aullidos, y la perspectiva hace que él también quiera morirse, por su duplicada inutilidad al verse confrontado por el dolor de una mujer.

Y de pronto, una pausa y un murmullo entrecortado.

—Llamá a mamá.

—¿Y qué le digo? ¿Que venga o que no venga?

El rostro de Gideon por lo general hipercómplice, rapidísimo a la hora de entender a su mujer, de pronto se queda perplejo ante la pregunta, por la simultaneidad de sus ansias de contraerse y dilatarse, por la nueva contracción que llega en oleada. Dile que venga y que no venga, que esté presente y sea invisible a la vez, para que los dedos de Gwen puedan tocarla durante el momento infinitesimal que de ella necesite. No estamos hablando de su madre de verdad, sino de la madre ideal, de la atávica madre de la tierra, del mar y del cielo, de la fuerte María que ofrece amparo y consuelo amoroso tanto ahora como en el momento de la muerte.

—¿Quieres que venga, cariño? —insiste Gideon.

—¡Llámala! —gritó ella—. ¿Es que no tienes el número? —gritó.

(No, pues claro que no lo tenía. ¿Y una moneda de veinticinco para llamar? Tampoco.) Gideon de nuevo salió a escape. Cruzó el pasillo corriendo hasta llegar a los teléfonos públicos, rebuscando monedas en sus bolsillos. Todos ocupados. Un Uniformado en ese momento le puso la mano en el hombro e informó:

—Se están llevando a su mujer al quirófano...

—¿Por qué, por qué, por qué...? ¿Por qué se estaban llevando a su Gwen pasillo abajo...? En camilla empujada por las enfermeras, un bulto bajo las sábanas, IV en un costado, hubieras preferido morir antes que ver cómo se llevaban a tu amada encamillada a la casa de la muerte y de la vida, mientras por los altavoces convocaban al anestesista, *cuanto antes*.

¿Qué es lo que pasa?, suplica Gideon impotente, y la enfermera llamada Maisie, la gorda de origen caribeño, le explica: las constantes vitales del niño se han detenido. Van a probarlo con la cesárea.

Ésta es la historia de cómo naciste, mi Bella guapa, de cómo al final decidieron ahorrarte el ajetreteado viaje de salida en solitario y optaron por entrar y sacarte de allí...

Era maravilloso. Lo que Gwen, sin saberlo, había estado esperando durante la vida entera. Un empuje, un pellizco, una presión que eran las paredes del mar Rojo de su estómago abriéndose. Y entonces, en el momento preciso en que alguien llevó las manos a su interior para sacar al niño en volandas, soltó un grito. Era maravilloso.

A Gwen le dijeron en ese momento:

—Es una niña.

El niño —ahora la niña, por sorprendente que fuese: ¡una niña!— fue exhibido ante los ojos de Gwen. Del mismo modo que muchos, muchos años atrás, durante un verano en Newbury, el tío Rich le sacó una espina del pie con unas tenazas esterilizadas con agua hirviendo y se la mostró a la pequeña en alto para que la viese: Ahí tienes al culpable.

A Gwen, escasamente curiosa por obra del letargo anestésico que de nuevo estaba virando al dolor, el niño le pareció de un color entre negruzco y azulado. Cabreado. Color berenjena, con los ojos completamente cerrados para protegerlos de la media luz. Y flaco. Una niña delgada, una larga morcilla de niña.

Volvieron a llevarse a la niña de su lado, y Gwen otra vez pasó a sumergirse. Había dos mundos: el radiante ámbito al que la niña había sido arrancada y el mundo del quirófano. Gwen quería regresar al lugar de donde la niña provenía.

Años después, sobre todo se acordaría de la charla que la doctora Landesmann y la doctora Shaw sostuvieron mientras le cosían el estómago juntas: dos mujeres charlando con jocosa camaradería. Se acordaría de la muy femenina jerga, de la intimidad con la vida y con la muerte que sus palabras denotaban, dos mujeres en la boca de su cueva ensangrentada, cosiendo entre risas.

3

Cuando pusieran a la niña junto a su pecho, la Señorita Milagrosa no perdió un segundo.

Este gusano que se había pasado la vida anterior nutriéndose de forma intravenosa en una oscuridad rosada, supo perfectamente lo que tenía que hacer. Se imantó como estaba mandado, haciendo uso del fiero poder de sus encías recién acuñadas, como una entusiasta de la teta, como si hubiese escrito un manual sobre el amamantamiento y quisiera mostrar a su público algunas de las técnicas más habituales, siendo ésta la ocasión propicia. Se suponía que Gwen tenía que aplicarse a amar a su hija desde ese momento preciso, que el amor tenía que brotarle en un géiser paralelo al de la leche, pero lo que ella en realidad sentía entonces era otra cosa: deseaba a Gideon de un modo acumulado y formidable. A la vez, no las tenía todas consigo, pues los efectos de la anestesia estaban empezando a disiparse.

Esta era otra realidad inconfesada del nacimiento de un hijo: cuando se suponía que una tenía que contemplarlo con ojos de adoración y apuntar que tenía la barbilla de su padre, lo que en realidad absorbía su atención era la amenaza del dolor que volvía a la carga. Y ansiosa, pedías: ¿Me pueden dar un poco más de morfina?

Cuando la pequeña Wolkowitz tenía un día de edad (y seguía sin nombre, pues Gideon y Gwen estaban en tablas en lo tocante a la insistencia del primero por que la niña se llamase Paula), el padre y la madrastra de Gwen se presentaron de visita en el hospital.

Gideon justo acababa de comer por primera vez en veinte horas cuando de pronto se tropezó con Martin, quien aparecía sorprendentemente avejentado envuelto en un traje de *tweed* y un abrigo de cachemira. Martin estaba escudriñando a través de sus gafas bifocales el cristal (¿a prueba de balas?, ¿es que ahora la gente se dedicaba a tirotear a los recién nacidos?) de la maternidad, tratando de dilucidar cuál de los niños era su nieto.

—Tendrá que ser el niño blanco —oyó Gideon que Jacey comentaba, antes de que Martin carraspease a modo de advertencia que venía a decir: Ahora no me vengas con bromas de éstas, no es el momento de decir que parece una feísima cría de mona, que está claro que esa narizota tiene que proceder de la Otra Rama de la familia.

—Así que ésa es mi pequeña —dijo Martin, con vaga ternura. (Acaso porque no recordaba de veras si él era el padre o no.)

—No, más bien es mi pequeña —le corrigió Gideon con una sonrisa.

—¿Verdad que es guapa, Mart? Fíjate en ese pelo tan negro que tiene. Una se olvida de lo pequeños que son. ¿Cómo está Gwen, Gideon?

—Bien. Si se tiene en cuenta que ha pasado por una verdadera carnicería.

—Le hemos traído un paquetito de Petrossian con provisiones de boca.

—¿Y tú cómo estás, Gideon? —preguntó Jacey, solícita—. Has estado a su lado, ¿verdad? Cuando tuve a Serena, Martin estaba en Los Ángeles. Y cuando tuve a Al, tampoco se acercó por el hospital hasta que todo hubo terminado.

—Oye, tú tienes tu trabajo del que ocuparte, y yo también tengo el mío. ¿Por qué iba a meterme la nariz en el trabajo del médico? El hombre parecía competente.

—La mujer.

—¿La mujer? Ya decía yo que aquel tío era un poco rarito.

—Debe de ser tremendo eso de ver cómo tu mujer da a luz —insistió Jacey—. La cosa no es como en las películas, ¿eh?

—Jacey...

—No te avisan de que vaya a haber tanta sangre y todo eso. —Jacey estaba aprovechando la presencia de Gideon para zaherir a su marido.

—Un poco más, y se desangra hasta morir —dijo Gideon en tono pausado—. Lo que pasó fue que... Una mujer puede desangrarse del útero y morir en cosa de quince minutos. A uno le entran ganas de... cortársela.

—¿Que te entran ganas de... qué? —preguntó Martin.

—La polla. Te entran ganas de cortártela.

Y Martin, con el rostro congelado en una expresión de disgusto, se dio media

vuelta. Diciendo:

—Voy a ver cómo está Gwen.

Dicho esto, se encaminó a la sala de las enfermeras para preguntar el número de la habitación de su hija. Como si un tío tan obviamente repulsivo como Gideon no fuese capaz de decírselo.

LIBRO SEIS

CAPÍTULO UNO

1

Octubre de 1996.

De vuelta en casa tras un hospital. De vuelta a un apartamento silencioso y reconvertido en almacén de osos de peluche rosas y azules, de pilas de diminutos vestiditos, de botitas de lana tejida flácidas sobre sus tacones rojos en miniatura.

La niña tiene ya varios días, ocho, nueve, diez. Sigue siendo nueva de trinca. Todavía continúa estando ciega y mostrando las orejas velludas y novísimas, su ombligo sigue exhibiendo la costra ambarino-rojiza del corte, como el muñón del rabo de un terrier.

El extraño encanto de aquellas noches del otoño tardío, de aquellas madrugadas de primeros de invierno. Gwen, sentada en la mecedora, con el niño adherido a su pecho, las piernecillas recogidas bajo un codo, los ojos azulados de porcelana vidriada que exploran los de su madre mientras ésta con una mano sostiene abierto *La caída del bolchevismo* o el número de otoño de *Foreign Affairs*, que lee mientras el niño se harta y dormita, se harta y dormita. Gwen acababa de descubrir que los bebés gozaban de un rasgo fisiológico no igualado por ningún adulto: podían alimentarse y dormir al unísono.

Y tú, Gwen, absorbías tus lecturas con una claridad alucinada que en otras circunstancias pudiera ser síntoma de una inminente crisis de epilepsia o un brote psicótico. Tu mente estimulada por el insomnio lo engullía todo a velocidad de vértigo: los socialrevolucionarios, los socialistas democráticos, la caída de Martov, la ascensión de Yagoda, Brest-Litovsk y Kronstadt, todo ello mezclado con si Estados Unidos tenía que comprar el arsenal nuclear norcoreano, el pecho derecho, el izquierdo ahora, eso es, un percocet a las dos, dos pastillas de anaprox a las cinco. Unas horas cuyos entresijos no estabas acostumbrada a conocer en detalle. En los pezones te salían llagas causadas por la frenética rapacidad del bebé. Como si fueras víctima de una maldición, de tus pechos manaba sangre-leche. ¿La «sangre» no fue una de las plagas de Egipto?

La niña mamaba en sesión continua, veinticuatro horas al día. Se medio despertaba, chillando-moqueando en protesta, la enchufabas a tu pecho, ella entonces

flotaba en tu regazo, medio ebria, roncando, con la leche resbalándole mejillas abajo, mientras el reflejo incesante de sus rítmicos mordisquitos llevaba a pensar en un pececillo que insistiera en engullir el anzuelo una y otra vez. Tu marido era un bulto distante bajo la colcha. Aterido de frío, se había metido en la cama a las 7 de la mañana, cuando los camiones de la basura carraspeaban Amsterdam Avenue arriba y en tu mente seguían resonando los congresos del partido, los informes del Banco Mundial, los contratos gasísticos en Asia Central. Mientras la niña era una acordeón desplegado entre vuestros cuerpos dormidos.

Días carentes de horizonte, sin luz ni oscuridad. Alterada por esta novedosa combinación hormonal de amor y una fatiga tan inenarrable que te sentías omnipotente.

Gerald te telefoneaba para saber cuándo ibas a volver al trabajo, y tú te sumías en ensoñaciones a mitad de la conversación, despertabas de ellas pensando que estabas hablando con tu padre. Gwen, nadie te había avisado de que darle el pecho a un recién nacido suponía la fusión de dos en uno: un bivalvo, un trance a medias del que tan sólo salías para dar de mamar o para llorar. Lloras porque no puedes creer que estés tan exhausta. Lloras porque has olvidado tu libro en la otra punta de la habitación e, inmovilizado por el molusco mamón y un estómago en el que los puntos de sutura dibujan una sonrisa, no puedes levantarte para ir a cogerlo. Lloras porque Maddock te ha enviado una docena de rosas amarillas con una nota: «¡Así me gusta, guapa!», y las flores de pronto te provocan ansias de que tu hermano conozca y quiera a tu hija tanto como tú misma la quieres, pues la imagen de su manecita sobre los rubios, peludos brazotes de Maddock sanaría unas heridas cuya negación a ambos os tiene medio paralizados, medio lobotomizados... Pues el amor que por Ella sientes te lleva a comprender cuánta de tu energía pugna por no quererlo a él más, por fingir que vuestra común prehistoria ya nada tiene que ver con vuestro presente.

Gideon, el único que está en el secreto, revive los primeros días de vuestro amor casero y apenas sale del piso como no sea para comprar comida o escaparse al Downtown unas pocas horas para solventar algún asunto de la compañía. Y tú, Gwen, te sientes insegura en su ausencia, pues tan sólo él comprende lo imponente y bestial de la maravilla que es tu niña-salvadora; tan sólo él está lo bastante iniciado para pasarse la tarde entera preocupándose por la tonalidad de sus caquitas. Además, por el momento sigues encontrándote demasiado coartada por los puntos de sutura y el dolor que te producen como para que tú y la Niña Mágica podáis aplicaros a las cosas de todos los días. Un día, pronto, te las arreglarás para levantarte, ducharte y vestirte, pero por el momento sigues necesitando a Gideon, aunque sólo sea para mantener a las visitas a distancia. Tu madre; antes de volver a Newburyport; Jacey; Christopher y Yilmaz; Irina y Sasha y su hijo que ya tiene diez años; Ari, que resulta estar loco por los niños. Los compañeros de Gideon: Dina, a quien le hace mucha gracia tu confesión de que la niña no se ha bañado desde que salió del hospital porque tienes miedo de que se te pueda caer al agua.

—Esta niña es bastante más dura de pelar de lo que piensas, cariño. Venga, Eeth, échame una mano que vamos a poner a la chavala en remojo...

2

Jacey le ofrece consejos de hermana. Contrata a una enfermera de la maternidad, vuelve pronto al trabajo, lo que necesitas es que te hagan un buen masaje... ¿Quieres que llame a Gigi y le diga que venga a verte?

—Te recuerdo que en casa tengo un montón de ropitas de bebé. Ya sabes que los de Texas nunca tiramos nada. Será porque aquello es muy grande y desolado, y a veces no es fácil ir de tiendas; lo que soy yo, lo guardo todo. Tengo montones de vestiditos de Petit Bateau, que son los mejores, zapatitos de velour de Jacadi, vestiditos de fiesta con las braguitas a juego. ¿Qué más necesitas? ¿Una mesita para cambiarle los pañales? Tengo todo lo que te pueda hacer falta. No tienes que comprar nada.

Y Gwen, inusualmente sumisa, de repente se pone furiosa con Gideon porque éste la ha obligado a convertirse, ya que no en suplicante, sí en calladito recipiente de sus latazos. ¿Por qué no lo ha pensado antes? ¿Por qué no se le ha ocurrido salir a comprar una cunita de moisés para la niña? («¿Es que no puede descansar en la cama directamente?»). Ni tampoco se le ha ocurrido comprar una simple camiseta o un paquete de pañales. ¿Era tanto pedir? Ella había parido a la niña, y a él ni se le ocurría comprar un paquete de pañales.

Este crudo resentimiento, de ninguna parte llegado en torbellino, te sorprendía incluso a ti misma, Gwen. Te decías que estabas cansada, que tus hormonas seguían alborotadas. No sabías que esta rabia no era un ciclón pasajero, sino un rasgo propio del nuevo régimen. Un crónico cabreo contra el hombre que había sido el instrumento de tu colonización, este bruto inconsciente que te había convertido en madre sin que él mismo pareciera haber cambiado mucho.

3

La niña era una osezna robada a la guarida de su madre. Era una osita recién despertada de una hibernación que se había prolongado nueve meses y medio. Era de color rojo, tan rojo como el de Esaú, y la cubría un pelaje marrón oscuro. El pelo marrón oscuro aplastado sobre su cráneo palpitante, el pelo marrón oscuro que cubría su espalda y sus hombros, así como sus orejas redondas y rosadas, el pelo que seguía portando desde el útero, una prehistórica protección contra los elementos, de cuando vivíamos en cavernas y teníamos que luchar contra leones.

Cada día perdía una parte de esta condición animal, del pelaje protector; los ojillos astutos pronto reemplazaron a la nariz como centro de atención de su rostro; los dedos de los pies empezaron a conformarse de forma distinta a la de los de las manos; pero por el momento Gwen seguía estando encantada con disfrutar del

calorcillo hibernatorio de guarida que la cachorrilla seguía desprendiendo.

Bella (en honor a la abuela) Wolkowitz, así fue como la registraron ante las Autoridades, pero por el momento no se atrevían a llamarla por su nombre. Seguía siendo demasiado salvaje como para que unas sílabas caprichosas la antropofomaran: los nombres propios venían a ser una suerte de método de control de los seres asilvestrados. Y además, Gwen continuaba sin estar convencida del todo de que la niña efectivamente era de ellos y para siempre, de que ya podía quitarle la etiqueta de compra, doblar a la pequeña y meterla en el cajón, tirar el recibo a la papelera.

Y ahora que Gwen por fin había conocido en persona a la que venía a ser su secreta corresponsal que hacía el número cuarenta y dos, todas aquellas disputas prenatales sobre si la niña iba a ser cristiana o judía, si la iban a llevar a la iglesia por semana santa o si iban a hacer que siguiera el Pesach de repente les resultaban tan estúpidas como anacrónicas: lo que tenían ante sus ojos era un ser cuyos años se contaban por millones, anterior tanto a Abraham como a Jesús, un cachorro cavernario al que era preciso cubrir con pieles de lobo y alimentar con miel silvestre, cuyo tataranieto igual tenía suerte y acababa descubriendo el fuego, aprendiendo a convertir el pedernal en puntas de flecha o garabateando bisontes con yeso en las paredes centelleantes por la humedad.

—No quiero volver al trabajo. Lo que se dice nunca —repuso Gwen.

Había logrado que le ampliaran la baja hasta los tres meses y con el sueldo íntegro, circunstancia que había llevado a Gerald a bromear sin humor que ni que estuviéramos en la socialdemócrata Estocolmo, que ya sólo faltaba que la sala del consejo fuera transformada en guardería y que los directores del Lavrinsky se dedicaran a cantar las canciones de Barney con las manos unidas.

—A mí no me parecería mal que te quedaras en casa —dijo Gideon.

—Y quiero que tú también te quedes en casa.

—Pensaba que lo que querías era que de la noche a la mañana me convirtiera en financiero de Wall Street.

—Sí, claro. Pero como es evidente que no vas a ser tú quien traiga la comida a casa, no vendría mal que te quedaras para echar una mano.

Gwen lo dijo medio en broma, pero Gideon frunció los labios y de pronto la miró con un distanciamiento que ella nunca antes había detectado. En la Rusia soviética se empleaba la expresión «exilio interior»: están empeñados en que me someta como todos, pero dentro de mí sigo albergando mi propia libertad...

4

Gideon está sentado ante su escritorio en La Merced.

En teoría está tratando de cumplimentar la instancia para el empleo de director temporal en Talbot, pero la pantalla del ordenador se le apaga cada dos por tres, y no encuentra ningún archivo en el que el historial de Pants on Fire esté ni remotamente

puesto al día. También le piden tres referencias, y aunque él todos los días se promete llamar a Jerome, a Annie Dolores y quizá a Abel Ibarra, el del New Theater, lo último que quiere es ir mendigando favores profesionales por teléfono.

Le resulta una tortura estar sentado a solas en esta sala grande y fría a siete kilómetros de su hija-ángel y su madre. Se siente tan nerviosamente inquieto que no soporta estar a solas. Hector hoy no viene, así que sube escaleras arriba en busca de Sancho.

Carlos está en el despacho de Sancho, cuyas paredes rebosan de pósters del subcomandante Marcos y en pro de la puesta en libertad de Leonard Peltier, suena la radio; echado hacia atrás en su silla, Sancho está hablando al teléfono. Lleva puesto un chaquetón de leñador a cuadros rojos y negros, así como un gorro con orejeras a juego. Y es que hace frío. Dentro, claro, en la calle se está bien.

—Sí, ahora han cambiado la fecha. Sí, eso es, la han cambiado para el verano. Sí... eh... sí, en julio. ¿Y tú estás...? Ya. Ya. No lo dirás en serio, tío. ¿Estás mal de la cabeza? ¿Te crees que estoy yo para comprar este caserón hecho polvo, lleno de ratas y con agujeros en el techo? Ni loco lo compraría. ¿Para vivir en una ruina? Porque es una ruina, tío, que te lo digo yo. Si lo sabré yo, que me paso los días aquí metido.

Sancho cuelga.

—Siéntate, Gid, siéntate.

—¿Así que han cambiado la fecha de la subasta?

—Sí, me lo acaba de decir Kitty Chow, del departamento de propiedades del ayuntamiento. Van a por nosotros, colega.

—Que Dios nos pille confesados —suspira Gideon.

—Nos van a poner en subasta junto con un montón de solares abandonados... El diez de julio. Justo estaba hablando con Maurizio. Ya lo has oído. El muy anormal va y me dice que por qué no le compramos el edificio al ayuntamiento. Y yo le digo que para qué queremos comprar esta ruina de mierda infestada de cucarachas. Que si un día me da por comprar propiedades, me compraré una casita flamante con jardín y tres habitaciones en Montclair.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

Sancho y Carlos intercambian sendas miradas divertidas.

—Hacemos lo que siempre. Declararle la guerra al fñhrecito Adolf Giuliani, acusarlo de querer arrasarse con la cultura, manifestarnos ante el ayuntamiento...

—Ya tengo el eslogan: «NO HAY MERCED».

—Hay que hablar con los medios de comunicación, hacer una recogida de firmas, apelar a la gente que conocemos en los periódicos. Gideon, ¿tú conoces a alguien que yo no conozca en las televisiones locales?

Gideon se lo piensa.

—Oye, Gid, ¿y si hablaras con tu suegro? Toda ayuda nos viene bien: políticos municipales, productores de televisión... Me parece recordar que en el *Post* hace

poco hablaban de tu suegro. ¿No es amigo de Betsy Gotbaum? Si pudiéramos hablar con ella, lo tendríamos mucho mejor. ¿Te parece que el padre de tu mujer podría concertarnos una reunión con la Gotbaum? Lo ideal sería presentarle la cosa como un proyecto de renovación cultural, ese tipo de cosas que les va a los que viven en el Upper East Side, un poco como ese comité que han formado para la renovación de Penn Station...

—Grand Central —le corrige Gideon.

—Lo que sea. —Sancho tiene un morro que se lo pisa. Es un militante político bastante más dedicado que Gideon, y a la vez le encanta alternar con peces gordos y ricachones. Es muy eficiente como organizador de este tipo de cosas, y seguro que se las arregla para reclutar en su apoyo a bastantes figurones. En este preciso instante está empezando a garabatear un croquis de campaña con flechas que apuntan a los distintos objetivos de comunicación: instancias legales, medios de comunicación, organizaciones artísticas, ayuntamiento y distrito...

—¿Sigues conectado a Internet, Gid?

—No, tenía pensado mirar lo que hay y comprar un ordenador nuevo, pero... — («Mirar lo que hay» en este caso significa llamar a Ethan para que éste sin duda lo informe de que lo que esta semana hay que comprar es el Zonar Sketch-Pad 301)—. Mi mujer en casa tiene un portátil que puedo usar. —(¿Cómo es que siempre que menciona a Gwen ante sus colegas parece que esté hablando de su madre? ¿Acaso porque ella trata a sus amistades como una madre que tratase a los compañeros de clase menos recomendables para su hijo? ¿Quién de todos sus conocidos, y los hay muy diversos, es bien recibido en casa?)

—Oye, eso nos vendría bien, Gideon. He estado hablando con Isaac, quien sugiere que colguemos una página web.

Gideon trata de prestar atención, pero no es el mismo que era seis semanas atrás. Está locamente enamorado, por entero transformado por el moteado bebé llorón. Su hija le viene a la mente en los lugares más improbables, cuando coge el tren B — siempre maloliente de meados— a la hora punta de la mañana para dirigirse a esta utópica comuna poblada por santos que asimismo tienen que desplazarse para llegar a ella. Es adorable, la forma en que suelta patadas con sus piernecitas gordas y arrugadas cuando descubre que la estás mirando.

Por mucho que trate de concentrarse en las arengas de Sancho, a Gideon le resulta divertido lo imposible que ello le resulta, y es que tiene una niña en casa, y no se trata de una niña cualquiera, sino de una niña-mesías que es suya en exclusiva.

—¿Y qué me dices de Ed Lavrinsky, tío? —pregunta Sancho—. Tengo entendido que el hombre siempre ha defendido la libertad de expresión... ¿Tu mujer podría conseguir que escribiera una carta a Giuliani?

Pero Gideon acaba de levantarse y empieza a bailar un pogo para calentar las piernas, tras de lo cual se pone a patear el aire como en una danza ucraniana.

—En nuestro hogar ha nacido una niña —rompe a cantar—. Y su nombre será

Pele-yoez-el-gibor-avi-ad-sar-shalom...

—¿No te parece un poco largo, Gid? No sé si podré quedarme durante todo lo que dure el bautizo...

—Lo que pasa es que llevo un montón de días sin pegar ojo, eso es todo — explica Gideon—. ¿Os he enseñado ya las fotos?

—A mí sí —dice Carlos—. Pero enseñámelas otra vez, si quieres. ¿Tú las has visto, Sancho?

Sancho a toda prisa ojea las fotos: un ser informe en el baño, un ser informe vestido con un anorakito.

—¿Qué quieres que te diga? —suspira—. Disfrutadlo mientras dure. Antes de que le llegue la edad en la que les da por andar con pistola y robaros los condones de la mesita de noche. —Sancho vuelve a concentrarse en el croquis—. Y bien, Gideon — posa una mano afectuosa pero firme en su hombro—, lo que hay que hacer es enviar otro mailing masivo, imprimir mil folletos y decirles a los chicos que los repartan por el barrio, llamar a nuestros amigos en los medios de comunicación, con cómo se llamaba aquella... Erica no sé qué, del *Observer*, la que vino a hablar con nosotros la primavera pasada. Si hace falta, le dices que Susan Sarandon y Tim Robbins nos han ofrecido su apoyo.

Repentinamente intranquilo, Gideon de pronto piensa: Si esta vez van en serio y venden La Merced en subasta, no habrá más remedio que buscar un local en alquiler y a precio de mercado. Andrea y Dan habían ofrecido su propio apartamento, pero la perspectiva de meter un teatro en un espacio no diseñado para uso comercial vendría a ser un humillante paso atrás. La repentina comprensión de que Bella lo había cambiado por completo: no tenía ningunas ganas de seguir viviendo como un estudiante, a salto de mata y en precario.

Quería un hogar, que no una casa ocupada, quería construir algo con perspectivas de futuro, algo de lo que su hija pudiese estar orgullosa. Un estremecimiento le recorrió la columna: ¿y quién sabía? A lo mejor la niña de mayor quería participar en ello...

CAPÍTULO DOS

1

Es absolutamente erróneo, el biológico lugar común sostenedor de que los humanos son una excepción en el sentido de que nacen sin armas de defensa, carentes de hasta los más rudimentarios impulsos para su supervivencia.

La Osezna es una cazadora nata, implacable en su persecución de la Teta. Sólo tiene seis semanas, pero es capaz de oler la cena antes incluso de verla. Se acerca, arrincona a su presa, a quien observa con una concentración que la lleva a bizquear. Cuando se abalanza contra su objetivo, su cabeza se mueve de lado a lado con tanta rapidez como la de un terrier que estuviera rompiéndole el cuello a una rata a dentelladas.

Ahora que el pecho indefenso está a su merced absoluta, perfectamente fijada por la ventosa de sus encías, ahora que la leche amarilla-azulada cae en reguero por su garganta golosa, gruñe y arruga la nariz con satisfacción. Victoriosa, se puede permitir jugar con su presa capturada, palmearla con su mano escamosa, escarbarla con afecto. Por fin, exhausta por el ansioso dramatismo de la cacería, cae dormida.

Y Gwen, al sentir que el fluido de la vida escapa de su organismo, experimenta un fisiológico hundimiento del espíritu, una melancolía minúscula que acaso sea prima distante de la que embarga a los hombres quemados por la vida o de la triste exuberancia que se sienten los que mueren desangrados.

Es Acción de Gracias, el primer día de Acción de Gracias que Gwen celebra con Gideon, el primero que celebran en su propio apartamento. El primero en familia. La transición no ha sido fácil. Cada uno de los rituales propios de la celebración ha provocado discusiones de orden religioso, disputas de territorio o espasmos de culpabilidad por el olvido de las antiguas lealtades.

La transferencia de fidelidades no termina de ser completa: Tan pronto como la familia de Gwen ha terminado de visitarlos y por fin pueden hacer lo que quieran (Martin y Jacey ahora están en un balneario-rancho de Montana; Newburyport está demasiado lejos y es demasiado frío para ir con el bebé), Gideon empieza a hacer campaña para que inviten a Dina y a Ethan, a Dan y a Andrea y a Hector, cuyo padre

ahora vive en un hospicio para enfermos de SIDA. No, dice Gwen, quiero que estemos a solas, aunque sólo sea por una vez. Qué es eso de «una vez», rezonga Gideon, si siempre estamos a solas. Gwen además no tiene ganas de cocinar pavo para siete, por no hacer mención a los abominables requerimientos de los veganos, los seguidores del *kosher* y los preadolescentes caprichosines de su troupe...

(Otra pelotera en lontananza: el espinoso tema de lo que Bella va a comer. Aunque de vez en cuando come volatería, Gideon cada vez está más convencido de que la carne contamina el organismo, mientras que para Gwen, el cerdo es pilar fundamental de toda sublime niñez estadounidense que se precie. Negarle a la niña el bacon ahumado en roble, crujiente, blanquirojo y frito en la sartén sería someterla a verdadera privación, a la condena al hambre sustentada por un fanatismo de adeptos a la New Age. Pero ésta es una disputa que por el momento queda pendiente...)

Acción de Gracias en el Vanderveer, los tres Wolkowitz sentados en torno a una mesa rebosante: la dormida Bella, muerta de calor en su vestidito de terciopelo verde oscuro, está encajada en el brazo en ele de Gwen. Ésta, aún demasiada hinchada para vestirse con ropa de civil, lleva puestos unos pantalones masculinos de pijama, azul claro con costuras rojas, confeccionados en la Jermyn Street londinense y heredados de Campbell Gordon.

Tan sólo ha pasado un año, se dice, desde que estuve comiendo risotto de calabaza en el Calicó con Campbell, esforzándome en no hacer una mueca de horror cuando me sometía a la tortura china del agua que era la caricia de sus pálidas manos frías y con las venas azuladas, mientras me preguntaba: ¿Tengo que casarme con esta persona por la simple razón de que no se me ocurre ninguna razón para no hacerlo? Dios, no sabes cómo te agradezco que en lugar de ello me destinaras este resplandeciente hombre-niño verde oliva. Siente una gratitud feroz, por mucho que el hombre, ¡su marido!, esté de morros porque su suegro por Acción de Gracias les ha mandado un jamón, nada menos. (Gwen ha tratado de explicarle que no se trata de ningún insulto deliberado, que todo lo que Martin ha hecho es dejar que Melanie, como siempre, se ocupe del asunto, pero Gideon no por ello se ha puesto de mejor humor. Sería demasiado humillante reconocer que, en realidad, su suegro ni siquiera se acuerda de que existe...)

—Gideon —dice ella, poniéndole la mano en el brazo—. Tendríamos que rezar una oración.

A Gideon se le ilumina la cara, y una sonrisa se pinta en ella, lenta, muy lentamente, hasta terminar por ensancharse. Ha perdido peso durante el mes pasado; en su mejilla hay un pequeño hoyuelo alargado (fronterizo con la barba oscura) que antes no existía.

—*Baruch atah, Adonai* —pronuncia—. Gracias por ella... Y por ella.

En el exterior, la luz lleva a pensar en un láser. Un momentáneo resplandor azulado que apunta a la inminente transformación en ultravioleta. Se acerca lo más profundo del invierno, las noches frías en las que Gwen, su marido y la niña recién

nacida tendrán que apretarse bajo el edredón.

Más tarde recordarán este primer Acción de Gracias como una balsa de aceite en la que la seguridad era total, el único momento de alegría sin inquietudes en el generalizado naufragio de sus vidas. El rezo de Gideon, y el de ella, propio de un gladiador romano: Gracias por lo que nos va a ser arrebatado...

2

—Es tan despierta... Esos ojazos suyos tan vivos no pierden comba.

—Me pregunto de dónde vendrán... —dice Gideon.

—No sólo es que sea despierta; es que es un genio. —Gwen.

—Qué niña más de puta madre, ¿verdad? —Gideon.

—Es una diosa.

—¿Sabes lo que más me gusta? Me encanta cuando estáis jugando, y ella se acaba aturullando por completo y ya no sabe ni qué hacer.

—¿Y lo poquísimos que tarda en clichar a las personas? No sé si te fijaste, pero cuando Jacey la cogió por la cintura, empezó a pegar unos berridos...

—Bueno, yo también los pegaría si Jacey me cogiera por la cintura.

—¿Has visto el vestidito de Bonpoint que trajo el otro día? Es monísimo, ¿verdad?

—Hmm... Es una pena que no lo trajera con los criados incluidos.

—¿Qué quieres decir?

—Que es poco menos que imposible meter a un bebé de verdad dentro de uno de esos vestiditos, por no hablar de evitar que lo ponga perdido de vómitos. Tan sólo para abrochar los cientos de miles de ojales de botón cosidos a mano del vestidito haría falta un filipino trabajando a tiempo completo.

—Pues yo lo encuentro muy bonito, y no sabía que todavía hay artesanos que son capaces de hacer esas costuras.

—No son capaces. Lo que pasa es que tienen un taller lleno de niñas indonesias de ocho años que trabajan hasta quedarse medio ciegas dándole puntadas a un vestido que Bella luego no se va a poner, nunca, pues Martin y Jacey se olvidaron de hacérselo llegar con tintorera y planchadora incluidas...

—¿Y eso a qué viene, Gid? El vestidito se lo pondrá: una vez, cuando por Navidad vayamos a casa de Martin y Jacey. Yo misma me encargaré de ponérselo y abrochárselo como es debido.

—Por Navidad iremos a otro sitio... Y, ¿qué quieres que te diga? Me pongo enfermo al pensar en que unas niñas semiesclavas del Tercer Mundo pierdan la vista por coser a mano pijadas como ésa. Será porque yo nunca he tenido sirvientes. Y en cuanto a la ropa, a mí me gustan los cierres con velero...

—Mira, Gideon... Déjalo ya, anda. —Gwen echa un hombro hacia adelante, repentinamente furiosa.

—¿Que deje el qué?

—Que lo dejes. Tú... tú la tienes tomada con mi padre y con Jacey. Podrías ser un poco más magnánimo. ¿Y a ti qué más te da si nos regalan unos vestidos de niño? No será porque tú le compres muchas ropas a la niña...

—La niña tampoco es que salga a pasear a la calle, así que no necesita ropas. Y por lo que yo veo, en casa siempre lleva puestos los mismos pantaloncitos.

—Lo digo en serio, Gideon. Quiero que dejes de meterte con mi padre. Sé un poco más adulto... Es mi padre. Mis padres son... Son irritantes, pero también son los únicos abuelos que tiene la niña.

—¿Es que ahora me vas a discriminar porque sea huérfano? Pensaba que lo de ser huérfano era un punto a mi favor. Por lo demás, a mí tu padre me encanta.

—No digo que te tenga que encantar. Lo que digo es que...

—Me encanta, sí. Es... está hecho un padrazo. Me encanta. Nada me gustaría más que pasarme el día sentado con él en el sofá mirando el canal de los deportes.

—Le he dicho que te gusta el baloncesto. —Una sonrisa brota con timidez en el rostro de Gwen.

—Me gusta jugarlo, no verlo. No mirar apoltronado en un sofá cómo unos multimillonarios gigantescos juegan al baloncesto por mí.

—Gideon, mira... Mi padre no está bien...

—No hay nadie que esté bien. ¿Tú estás bien? ¿Yo estoy bien? La única que está bien es esa pequeña mujer-vampiro de la habitación de al lado.

—¿Es ella? —Pánico. No puede ser que la niña se haya despertado apenas una hora después de haber mamado.

—No.

—Es ella, Gideon —con aprensión.

—Yo no oigo nada.

—Gideon, ¿es que estás dormido? No puedo creerlo. Gideon, está llorando. ¿Es que vas a dejarla...?

—Lo que estoy haciendo es darle ocasión de dormirse por sí sola.

—Gideon, me cuesta creerlo. Un minuto atrás no hacías más que lamentarte por la suerte de las costureras del Tercer Mundo, pero tu propia hija se echa a llorar y tú ni...

—La pobre también debe de estar pensando en las costureras.

—Gideon, te juro que te odio. Gideon, como no te levantes ahora mismo, te juro que llamo a Martin y a Jacey y les digo que nos manden una niñera de maternidad.

—¿Vestida con un disfraz de jamón de Virginia? Vale, vale... Ahora voy... En un momento. Oye, y no sé a qué viene todo ese rollo por tu parte. Si ya estás lo bastante recuperada para echarme estas broncas, también lo estarás para levantarte y ocuparte de la niña tú misma... Mira, guapa, ya ha dejado de llorar. ¿Qué te dije?

Pero Gwen ya se había levantado, no sin dificultad, resoplando, soltando juramentos. Llevándose las manos al estómago, pues se acababa de hacer daño en un músculo afectado por la cesárea. Una madre mártir, que a trompicones se dirigió a la

habitación vecina, y, maldita sea, la niña que casi te vuelve loca de veras se había dormido, lo mismo que el propio Gideon, pero Gwen estaba demasiado indignada con éste para volver a dormirse ella misma, por mucho que fueran las 5.47 de la mañana, sabedora de que en el momento exacto en que el sueño la venciera, la niña otra vez volvería a la carga con sus lloros... La mente le daba vueltas por efecto de la fatiga nerviosa, de la rabia que le provocaba aquel marido inútil que tan increíblemente egoísta y de poca ayuda se mostraba...

3

La Osa está mirando cómo su padre duerme una siesta. Lo está mirando presa de tal estado de emergencia, de hipersuspense, que su cuerpo entero se estremece de excitación.

Las piernecillas que pedalean en el aire lo están mirando, la lengua lo está mirando, la nariz, la boca, las orejas, la barriga, la espalda lo están mirando. Sus brazos rubicundos sueltan puñetazos al aire como si estuviese bailando música disco, sus piernas rubicundas sueltan feroces patadas. ¿Qué es lo que está mirando? Está mirando a su padre, para que éste repare en ella, como un suplicante en un tribunal feudal-burocrático. A la espera de ser atendida. Tiene una petición que hacer: ABRE LOS OJOS, HAZME CASO, MUÉSTRAME CÓMO ES EL MUNDO.

Y Gideon, que se ocupa de la Niña mientras Gwen intenta acabar, con retraso notable, la crítica de *La ascensión del bolchevismo*, y que la ha metido en la cama a su lado con la idea de dormir una horita, en respuesta a los maullidos de la pequeña pregunta: ¿no quieres zzz un poquito, amor?

Pero en realidad disfruta cuando se levanta y en brazos la pasea por la casa, deja que le suelte palmaditas a su propia imagen en el espejo y se quede embobada mirando las luces que la rodean, como deja que intente derribar la bolera formada por las cremas faciales de su madre.

Te conozco, ricura, piensa él, te conozco. Eres una de nosotros. Con ello quiere decir que, lo mismo que él, es presa de un exageradísimo, ridículo frenesí en presencia de hasta la más nimia manifestación del ser, que está perdidamente enamorada del mundo y sus glorias, entre las que se cuentan las bombillas, los rollos de papel higiénico, los frascos de cremas faciales, adminículos todos ellos que le provocan una alegría sobrenatural.

¿Y eso Gideon cómo lo sabía? Él no tenía ni el recuerdo más leve y espectral de su padre, en absoluto se acordaba de haber cabalgado sobre unos hombros anchos, ni del olor de la loción de afeitar o unos dedos manchados de nicotina o del sonido de una canción cantada por una voz de barítono en la oscuridad. Hasta que en su vida irrumpió Sonny (quien más bien venía a ser un abuelo, como por entonces sucedía con las personas de sesenta años), Gideon había vivido en un mundo en el que — como por decreto herodiano— los hombres estaban extrañamente ausentes: en su entorno temprano no había contado ni con un mísero tío o vecino amable que hubiese

ejercido de contrapeso en relación con la sombría trinidad formada por Mamá, Sheryl, la Abuela Bella.

Y sin embargo, Gideon sabía, por medio de sus manos y de su corazón, lo que tu bebé necesitaba de un hombre, cómo llevar a Bella cómodamente encajada en el codo y con la cabeza apoyada para que pudiese mirar bien a su alrededor mientras él hablaba por teléfono o le calentaba el biberón en el microondas; se las arreglaba para aliviar sus malas digestiones con una palmadita en la espalda; sabía cuándo hacía demasiado frío o calor, o cuándo el sol la estaba dando de lleno en los ojos; entre sus manos, las mantas se convertían en aterciopelados capullos, carentes de pliegues o marañas. Por las noches se metía en el baño con ella, y la niña entonces descansaba, con su minúscula desnudez moteada abierta de pies y manos sobre el velludo pecho de Gideon. Los domingos por la tarde él dormía, envuelto en torno a su cuerpecillo.

Todos, menos Gwen, encontraban que Gideon era un padrasto de forma natural, que entre ella y la niña se daba una sincronidad prodigiosa, casi una comunión entre neuronas. Cuando la gente le preguntaba: ¿Verdad que Gideon es un padre fantástico?, Gwen decía que sí con cierta ambigüedad, poniendo mudos reparos. Pues, para Gwen, había algo insultante en la proposición. La posibilidad de que Gwen fuera un padre modelo implicaba, o eso le parecía, que ella no era una madre modelo o, peor aún, que la lealtad hacia ella no era tan absoluta como había pensado hasta la fecha. En uno u otro caso, alguien —ella— llevaba las de perder.

CAPÍTULO TRES

1

—¿Que qué pienso? Pienso que haríamos bien en duplicar nuestro presupuesto para la tuberculosis —dice Ari—. ¿Te das cuenta de que se habla de treinta mil personas enfermas de tuberculosis resistente al tratamiento? ¿De una tuberculosis incurable, de lo más contagioso? Diez veces más casos que hace cinco años. Y en Rusia siguen pensando que el tratamiento adecuado consiste en enviarte tres meses a un balneario. Las diferencias culturales son abismales...

—Y a todo esto, la esperanza de vida masculina ha bajado hasta los cincuenta y ocho años, pues a todos les ha dado por beber líquido quitesmaltes por las mañanas —conviene Gwen, girando el índice junto a la sien.

Recién llegado de la antigua URSS, Ari está repantigado en el sofá de la sala de estar ante Gwen, con la que comparte un té que él mismo se ha encargado de preparar. Gwen ha estado tomando notas de las evaluaciones que Ari ha hecho sobre las distintas oficinas, proyectos, personal (por ejemplo, ¿por qué no despiden de una vez a Sergei Vinogradov, ese individuo tan inútil como desagradable?). Ari acaba de contarle los últimos chismes sobre la hija de Yeltsin y sus amiguetes; han estado elucubrando sobre si Rusia está en el camino complicado de acceder al capitalismo democrático, de convertirse en un gigante euroasiático, acaso por pulir pero no carente de energía, un poco como Turquía, o si por el contrario se está dejando llevar por una pendiente que sólo puede conducir a una Edad Oscura peligrosa para todos.

—Estuve con tus amigos Bill y Jamila...

Gwen había pedido a éstos que invitaran a cenar a Ari.

—¿Y cómo están?

Ari le transmite las noticias: Bill ha sido ascendido a jefe de corresponsalía, pues a su jefe lo han trasladado a Bonn, Jamila (como Gwen ya sabe) en agosto ha sufrido un nuevo aborto, y el médico le ha dicho que lo dejen correr durante los próximos seis meses. A la escucha, Gwen está impresionada por el hecho de que Ari, quien al principio le parecía un trepa sin escrúpulos, resulte ser un hombre al que una mujer de más edad se siente capaz de confiar, durante su primer encuentro, sus cuitas falopianas.

—Mírala —dice Ari de pronto, con una expresión de maliciosa diversión en el rostro—. Ha crecido un montón desde la última vez.

Como de costumbre, Bella se ha quedado dormida a medio amamantamiento. Cuando Gwen trata de liberar su pezón, apresado por la sedosa trampa de las encías, la niña dormida vuelve a apresararlo con indignación.

—¿Y qué, cómo va la maternidad? —Ari es un hombre lo bastante moderno y sensible para mostrarse impertérrito ante el pecho desnudo de su colega a menos de un metro—. ¿Has aprovechado para leer un poco?

Gwen ajusta el cuerpo dormido para coger la taza de té y calentar sus manos frías en torno a la porcelana.

—Sí, de forma desordenada a más no poder, a las cuatro de la mañana... A veces, cuando se queda dormida en una posición que no me permite moverme, no me queda más remedio que leerme los anuncios por palabras del diario...

Ari es un lector nato. Poco después de entrar a trabajar en el Lavrinsky —por la época en que Gwen todavía lo detestaba— una tarde salieron juntos de la oficina. En aras de la diplomacia, Gwen iba a sugerir que tomaran unas copas en el Bemelmans Bar, que se achisparan un poco, pero Ari de pronto la dejó atónita. ¿Tú vives en el Upper West Side? Pues vamos a la Book Ark.

Gwen se había olvidado de la Book Ark, una librería de viejo enclavada en un sótano que era superviviente prostrera de la Nueva York en la que Ari y él se formaron: una Nueva York de cines cutres en los que pasaban películas de Ginger Rogers y Fred Astaire, de teterías vienesas frecuentadas por viejos profesores de música.

Y Ari había hecho bien en sugerirlo. Pasaron hora y media agazapados en una y otra punta de la librería, y en la calle examinaron las compras que el otro había hecho. Ella había encontrado el estudio de Clarence Brown sobre Mandelstam, el de Bertram D. Wolfe sobre Trotski; una selección de cistercienses; él había dado con el libro de Womack sobre la revolución mexicana; una descatalogada colección de relatos de S.Y. Agnon; un ejemplar de *El príncipe* de Maquiavelo que le había salido por cincuenta centavos, y cuando Gwen lo dejó a bordo del M79 —Ari vivía en la Segunda Avenida con su novia, quien trabajaba de becaria en el *New Yorker*—, ya eran amigos. Amigos de verdad, que no amigos de trabajo o conveniencia. No nuevos amigos al estilo neoyorquino, sino amigos de los que te llaman al timbre de sopetón porque resulta que andan por tu barrio.

—Esta mañana estaba leyendo a este psicólogo que tiene su propia teoría sobre la diferencia entre dar de mamar a tu hijo o alimentarlo con el biberón. (Ya ves que se trata de la única cuestión que estos días me interesa; estoy pensando en fundar una revista quincenal para el público estadounidense que se llamará *Leche*).

—¿Y cuál es esa teoría?

—Que los niños que maman de su madre con el tiempo desarrollan una... una visión del mundo más politeísta y más democrática, mientras que los criados con el

biberón tienden a desarrollar una mentalidad más autoritaria. El psicólogo encuentra que no es casual que la Guerra Fría, con sus buenos y malos maniqueos, fue el producto de la primera generación alimentada con el biberón.

—No sé qué decirte... A mí me suena a argumento típico de psicólogo, a que la culpa de todo la tiene tu madre, y esas cosas.

Estas eran las chorradas en que estabas pensando, a las cuatro y media de una mañana de diciembre, cuando fuera está todo negro, inmóvil bajo las livianas extremidades de tu hija. Presa de un amor tan salvaje, tan fuera de control, tan sin fronteras que resultaba aterrador. Temerosa de que un beso o una caricia tuya puedan dejarla sin respiración. La misión de mantener a este animalillo con vida hasta su niñez te parecía una responsabilidad por completo abrumadora.

Y cuando a veces buscaba tus ojos, Gwen, aferraba tu dedo con fuerza o te palmeaba un pecho, de pronto te dabas cuenta: esta niña de veras sabe que soy su madre. Ja, ja, ja. Y de pronto te entraba un miedo que te impedía respirar. Sólo tiene dos minutos de vida, no distingue entre un huevo y una castaña, y sin embargo empieza a entender lo que es una madre, y ésa soy YO.

2

La Osa está creciendo.

A Gideon la gusta dejarla de bruces sobre el suelo y presionar con las palmas de las manos sobre las plantas de sus pies, observar cómo la pequeña gruñe, se aclara la garganta, avanza un centímetro como si fuese un caracol, estirando el cuello hacia arriba. La biología la ha programado para el movimiento; de forma inconsciente, ya está empezando a ensayar su fuga de la familia, su escapatoria hacia el mundo, su búsqueda de pareja. Tan sólo sus ojos —que son del borroso azul de tinta vidriada de los arándanos— revelan una conciencia algo superior a la de las ranas o los gatitos.

Gideon, hombre a quien le resulta más fácil reparar un tejado o las cuerdas de un banjo que manejar un mando a distancia, finalmente ha dado con Internet.

Razón por la que, esta borrascosa tarde de invierno, tras dejar a su hija delante del espejo de cuerpo entero que hay en el baño del pasillo, está sentado ante el ordenador de Gwen, respondiendo al último correo electrónico de un tipo llamado Yannick, con quien se ha «encontrado» en la página web que Isaac Hooker ha colgado en defensa de La Merced. Yannick es miembro de un colectivo de artistas franceses llamado SOS ocupante ilegal de una vacía sucursal del Crédit Lyonnais en Lille. Los de SOS se valen de técnicas situacionistas: cuando los antidisturbios entran al asalto en el local ocupado, se encuentran con que la oficina está ocupada por un montón de individuos vestidos con disfraces de gallinas que están cloqueando sentados sobre varios enormes huevos de espuma de poliestireno.

Yannick, cuyo inglés escrito es pasable, lo sabe todo por la guerra que el alcalde Giuliani ha emprendido contra los pobres, los negros y demás enemigos políticos. Insiste en que Gideon contacte con sus colegas de American Direct Action, entre los

que se cuenta un colectivo antiglobalizador de Oregón, cuyos integrantes son expertos en la resistencia no-violenta. También le ofrece algunos consejos prácticos para minimizar los efectos de los gases lacrimógenos.

Por Dios, a Gideon le encantan estos momentos de solidaridad, cuando de pronto ya no se siente solo, sino que se da cuenta de que el mundo entero está atestado de otros movimientos de resistencia, empeñados en una bienhumorada yihad contra el neocapitalismo; lo único que hay que hacer es unir fuerzas.

—Y todo te lo debo a ti, Osa —dice a su hija, que está soltando unos gruñidos tremendos sobre la alfombra del baño—. Tú me das una razón para seguir trabajando. Tú, niñatita señoritita llenita de mocos por todas partes...

Gideon coge a la pequeña por las axilas y le besa en la nariz y los dedos de los pies, así como en su trasero grotescamente acolchado, mientras ella se aclara la garganta una y otra vez, fingiendo que no se da cuenta. Amor, trabajo, Bella, alegría...

CAPÍTULO CUATRO

1

Ocho de la mañana en Central Park. Ocho-cero-tres, confirma el reloj digital de la torre Hitachi, la temperatura es de dos grados. Una radiante mañana de diciembre, luminosa y nítida, montones de nieve que reluce azulada a la sombra. Los altos castillos que se alinean en Central Park West muestran manchas rosadas producto del sol naciente. En el extremo oriental del parque, los paseantes de perros se congregan en Dog Hill, exhalando vapor por las bocas, pateando el suelo con los pies para mantenerse en calor.

Junto a la puerta de entrada de la calle 76, una mujer más bien joven que lleva puesto un abrigo de visón que llega a los tobillos y cuyo aspecto recuerda al de Jacey, está bebiendo café en un vaso de papel con tapa que exhibe el logotipo de una cafetería griega: un friso blanquiazul de la Acrópolis en ruinas, con una leyenda en letras angulosas. América la demótica, capaz de reducir la civilización clásica a un logo para vasos de papel.

De la abertura del vaso asciende vapor como si de un fuelle de factoría.

—¡Titus! —exclama la mujer del abrigo de visón que se parece a Jacey—. ¡Tite!

Un labrador finge que no la ha oído.

Al acordarse de Jacey, Gwen contra su voluntad se acuerda de su padre, de quien más bien preferiría no acordarse. A Martin le pasa algo raro. Este invierno ha perdido mucho peso de sopetón: su barriga pende desinflada en el interior de su polo de algodón egipcio. Las últimas veces que fue a visitarlo con Bella, lo encontró un tanto apagado. Gwen se pregunta si no estará sufriendo una depresión.

Gwen ha tratado de hablarlo con Jacey, pero ésta no se entera; Jacey está muy contenta de que Martin por fin haya perdido un poco de peso. Y a Gwen, que procede de una familia en la que la gente no se mete en los asuntos ajenos, le cuesta insistir sobre la cuestión. Siempre había pensado que su padre era invulnerable. Ahora empieza a sospechar que su rapacidad de matón, su vitalidad, son simples consecuencias de un vigor físico inmenso que de repente y de forma misteriosa ha entrado en declive. Está enfermo, decide (mejor que esté enfermo; si lo que tiene es una depresión, a ver quién es el guapo que consigue llevarlo a un psicólogo), y las

rodillas empiezan a temblarle y de pronto se queda sin respiración.

Gwen ha quedado con Constance para desayunar en el Carlyle. Bella, quien pende de su pecho en un Snugli, está a buen recaudo en el interior de la cerrada parka de Gwen. La Osa pesa lo suyo, pero a Gwen le encanta sentir su infantil calor corporal contra el pecho. En el Snugli, Bella lleva puesto un jersey de cachemira rosado con botones de madreperla; Gwen lleva unos viejos pantalones de chándal de Gideon. Sigue pesando cinco kilos más de lo que pesaba antes del embarazo y tiene el estómago caído como la piel de un elefante, pues no tiene tiempo para nadar, hacer jogging o jugar al squash, y además (con la salvedad de las ocasiones en las que de pronto se siente tan fuerte como el propio Dios) anda por la vida muerta de cansancio.

No es más que diciembre, pero Gwen ya tiene ganas de que el invierno se acabe, pues está harta de embutir a la niña en anorakitos, gorros y guantes. Cansada de verdad. Está tan cansada que le gimen todos los huesos y músculos del cuerpo. Está tan cansada que después de acostar a Bella en la cama, cuando tiene que pasarse el resto de la velada haciendo varias llamadas telefónicas pendientes, de pronto se queda dormida con el rostro en el cuenco de sopa, a sabiendas de que esta noche será lo mismo de siempre: tendrá que darle el pecho a la niña a la una, y luego a las cinco, y acabará rebotándose en serio con Gideon, quien está «trabajando», lo que significa que nadie puede molestarlo.

Dentro de seis semanas vuelve al trabajo, y se encuentra desgarrada entre el horror a la separación y el recuento de las horas que le quedan para ser libre, pues lo que Gideon no entiende es que, si bien cuidar de un bebé (aunque sea el tuyo) resulta una labor agotadora y solitaria, el trabajo es una alegría. Estos días, hasta mirar el periódico es una alegría, pues una se entera de que el mundo sigue adelante sin ella, con sus petroleros que originan vertidos tóxicos, con sus guerras civiles y su ingeniería genética.

Gwen nunca ha vivido en semejante confusión mezcla de amarga negrura (soy demasiado mayor, nunca debí haber tenido una niña, tendría que dejar mi trabajo, mi matrimonio es un desastre, mi marido no hace nada y nunca está en casa, me siento como una madre soltera) y de ebullente, dorado éxtasis del amor maternal, en la que la fatiga, los reproches dirigidos a una misma y la claustrofobia (soy una madre fatal, yo con esto no puedo, no he nacido para pasarme la vida controlando caquitas de bebé, si esta niña no se calla ahora mismo, juro que la tiro por la ventana) se combinan con un ahora-mi-vida-tiene-sentido, una-se-siente-tan-realizada-que-casi-se-avergüenza-de-su-suerte...

Lo más fatigoso es la terrible responsabilidad provocada por su convencimiento de que si, aunque sólo fuese por un momento, dejase de aportar a la niña sus cuasijupiterianos poderes del amor, si decidiese que no quería que la niña siguiera respirando, la pobrecilla se encogería para morir sin remisión, aniquilada por la denegadora indiferencia del mundo.

La pecosa cara de luna de Constance aparece por la puerta de la habitación del hotel; sus blancos brazos se abrazan a ella entre adormilados y sensuales.

Constance lleva puesta un salto de cama de satén color ostra —del tipo que vestían las estrellas de Hollywood en las películas de los años treinta—, prenda que sugiere un guiño de tipo sexual que a Gwen en este momento le resulta de otro planeta; por un momento se siente como un novio adúltero. ¿Un adúltero con un Snugli? ¿Por qué la maternidad tenía que ser así de cutre? Tan voluminosa y hombruna como una peón caminera soviética, empieza a quitarse sus múltiples envoltorios en la sala de estar de la suite, arreglándoselas para tirar al suelo una bandeja del desayuno y un montón de revistas extranjeras de modas.

—¿Está dormida?

—¿Ella? Me extrañaría...

—¡Cielo santo, qué ojos! —exclama Constance—. Tiene aspecto de ser de armas tomar, ¿verdad? (¿Qué edad tiene?). No creo haber visto nunca una niña tan pequeña con una tal expresión de... de alegría. —Constance desempaqueta a la niña del todo y se queda admirando el producto de Gwen—. ¡Qué dedos! Aunque son un poco distintos a los tuyos, deben ser de... Tienes suerte, mis niños tienen las manos de Roger. Esta niña de mayor será payasa. Hay mucho humor en esos ojos fantásticos. Está claro que tiene muy desarrollado el sentido del absurdo. Es maravilloso tener una hija que va a ser así de divertida. Tarquín también era así de pequeño. Qué preciosidad... Por Dios, métela otra vez en esa caja ahora mismo, que me entra la envidia y encargo un tercer niño el día menos pensado...

De hecho, Constance está tan contenta como ella misma. Terminada su misión en las colonias, ha vuelto a instalarse con su familia en la casa de Notting Hill. Tarquín tiene ya cinco años y medio, mientras que Ruby anda por los tres y medio, lo que implica que ambos van a la escuela y son independientes de una forma casi alarmante. Su antiguo jefe le ha propuesto contratarla a tiempo parcial, para que lleve algunos casos de asilo político. Gwen sin duda habrá leído sobre la nueva ley de inmigración que el Home Office está terminando de imponer, represora de un modo inaudito. Los malditos laboristas están resultando exactamente iguales de xenófobos que los conservadores. Acaso porque se educó en Estados Unidos, Constance simplemente no entiende que el Reino Unido no garantice la nacionalidad de forma automática a todo el mundo con la posible excepción de algunos asesinos en serie... Los niños se pondrán contentos si vuelve a trabajar fuera de casa, eso está claro. Las madres que se quedan en el hogar no hacen más que darle la lata a los hijos constantemente, por mucho que ahora se diga lo contrario. Si lo sabrá ella, que se ha pasado años encerrada en casa.

—Estás muy guapa —aventura Gwen.

—Bueno, de pronto me encuentro con que puedo volver a vivir mi vida. No es lo

mismo que antes: ya nadie trata de ligar conmigo en las fiestas, ni me sueltan piropos por la calle, pero no me quejo en absoluto. Los sábados salimos a cenar, nos tomamos varias copas de más, nos acostamos tarde, y a la mañana siguiente de pronto me doy cuenta de que son las diez. ¡Por Dios! Pero no pasa nada, los niños llevan rato levantados y están mirando los dibujos animados tan tranquilos. Por fin somos libres en nuestra propia casa. ¿Y cómo te va a ti, cariño? Tú justo acabas de entrar en el túnel... ¿Verdad que no resulta fácil criar una niña tan preciosa...?

Gwen asiente con la cabeza.

—Estoy loca por ella, pero a veces me encuentro tan agotada que pienso que igual simplemente estoy loca a secas.

—¿Cómo lo lleva Gideon?

—Es un inútil total. —Gwen se echa a reír—. No sé si me explico... La mitad de las veces da la impresión de haberse olvidado por completo de que tenemos un niño. Siempre está trabajando. La verdad es que no para de trabajar: van a estrenar pronto en el P.S. 122. Llega a casa pasada la medianoche y se marcha a primera hora de la mañana, de forma que anda demasiado cansado para atender a Bella. Si la dejo a su cargo un momento para ir a mear, para ducharme o para llamar por teléfono, empieza a gritar: ¡La niña necesita estar contigo! Un día de éstos voy a matarlo. O igual voy a divorciarme, aunque lo del divorcio me parece más rápido.

—Te dije que contratarais a una niñera...

—Ya. Pero Gideon está completamente en contra.

—¿Por qué?

—Yo creo que por razones en parte financieras: ya que me quedo en casa, ¿para qué pagar el salario de una niñera? ¿Para que yo me pase el día en la peluquería?

—No me das la impresión de que te pases el día en la peluquería. De hecho, no estaría de más que fueras más a menudo.

—Y en parte por razones ideológicas.

—A mí me parece que la razón es ideológica por completo. Y de las ideologías yo desconfío. ¿También tiene alguna razón ideológica para no cuidar del niño él mismo?

—Me parece que también tiene celos.

—¿Celos de la niña? ¿Porque él también quiere niñera propia?

Se echan a reír. Constance coge a Bella y la mece en el aire, la sube cuan largos son sus brazos, hacia la lámpara del techo, y baja éstos de golpe, de forma que el bebé abre la boca con un asombro que al momento se convierte en frenética alegría...

—Necesitas que alguien te ayude como está mandado. ¿Qué piensas hacer cuando vuelvas al trabajo?

—Ya. Tienes razón. He estado preguntando por ahí. Jacey dice que conoce a una chica... Pero me va a costar lo mío, te lo digo yo. —Gwen coge el *Vogue* francés y empieza a hojearlo. Una rubia vestida en astracán gris, una negra envuelta en un abrigo de piel de conejo con cremallera. Así que el clon de Jacey que andaba con el perro lo tiene claro: las pieles vuelven a estar de moda. Piensa en lo mucho que le

gusta el astracán, en que le encantaría tener un abrigo de astracán. Al momento se olvida de la idea—. ¿Te parece que nos veamos antes de que te marches? ¿Queréis venir a cenar esta noche?

—Lo siento, pero estamos comprometidos: una de esas cenas-latazo de negocios de Roger. Roger esta vez me ha dejado venir a Nueva York con él porque está convencido de que sé cómo tratar con el señor Bullitt y señora...

—¿Y éstos quiénes son?

—Unos de no sé qué Bend. La gente como ellos siempre procede de pueblos que se llaman algo-Bend. South Bend. West Bend. New Bend. O algo-City. Indiana City. Henry James tenía más razón que un santo cuando escribía sobre los Verver y su museo en Estados Unidos...

—¿Y mañana?

—Mañana nos vamos. Al amanecer, nada menos. Acabamos de descubrir que también se puede volar durante el día. Pero ahora que estamos otra vez en Londres, no tenéis excusa para no venir a vernos unos días. En casa hay un piso entero vacío que os está esperando.

Frustrada por no poder ver a Constance otra vez, Gwen se pregunta por qué un viaje a Londres de repente le parece cosa de ciencia-ficción. Se diría que, gracias a su marido impecune, se ha convertido en una persona que ya no puede permitirse esos placeres, cuyo dinero hasta el último centavo tiene que recaer en el fondo común. ¿O es que su empeño de desenmascarar a Gideon como un irresponsable sin objetivos en la vida requiere que ella se muestre desprendida de un modo irreprochable, inmune a la tentación de cualquier pequeño gasto superfluo?

Gwen quiere que Gideon repare en lo mucho que su mujer ha madurado —se acabaron los abrigos de astracán—, para que él también ponga fin a sus propios caprichos. Ya que ella está dispuesta a recortar gastos, es preciso que él se ponga a ganar dinero. ¡Vosotros, insufribles negociantes adictos al regateo, vosotros, mártires de la clase media!

3

—Hola, ¿Tandy? —La voz de Gideon resuena un tanto envarada. Más aún porque Dina, quien finalmente ha dejado su empleo en el Kings County, está sentada a treinta centímetros de distancia.

—Soy Gideon. Gideon. Gideon Wolkowitz. Sí. Sí, sí, sí. Siento mucho no haber contactado antes contigo para entregarte la solicitud. Verás, es que esta temporada andamos de cabeza. Hemos estrenado esta obra de Hanukkah en el P.S. 122. No sé si has visto... Sí... Jaime Gorelick hace poco... No, yo... No, yo... Las críticas han sido excelentes, y... Sí, claro.

Gideon mira a Dina de reojo. La jefa del departamento dramático de Talbot acaba de ponerlo en espera. Con la mano, Gideon hace el gesto de una boca que no para de parlotear.

La obra de Hanukkah, que Dina y él esbozaron en una tarde, resulta delirante: el alcalde se metamorfosea en un Antíoco moderno, el emperador Rudolficus IV Giulianices, quien convierte el Segundo Templo en un centro comercial. Hacía tiempo que Dina y él no trabajaban juntos a solas, y los resultados han sido espléndidos.

La vida de Dina ha dado un vuelco inopinado. Muchos años atrás, en Lubeck, ella y Ethan fueron arrollados por un coche cuyos neumáticos patinaron en el hielo. Dina se hizo daño en la espalda; Ethan se rompió el brazo. El seguro del conductor finalmente ha apoquinado la compensación después de todo este tiempo, con lo que Dina se ha encontrado, no con una suma astronómica, pero sí con una ayudita que ha decidido considerar como una señal de Dios para que deje su empleo. Gideon no se había dado cuenta de lo muy hecha polvo que la tenía su trabajo en Kings County hasta que vio cómo su antigua energía de nuevo volvía por sus fueros.

Como en los viejos tiempos, Dina se esmera en ayudar a todo el mundo. Su primera causa es la del soso y sensiblero Josh, que ha sido descartado como posible sucesor del rabino de la sinagoga de Pitt Street. Dina lleva días sondeando a otros posibles descontentos para ver si merece la pena establecer su propia *minyán* escindida de la de Pitt Street.

—Hola. —Tandy se ha puesto otra vez al teléfono—. No pasa nada. Vaya... Como te decía, llevamos de cabeza toda la temporada, y por si fuera poco ahora tengo una hija recién nacida. Sí... Una niña, sí... Dos meses... Bella... Bella... Sí, se lo pusimos por... Es una niña que... Sí, ya lo creo que es complicado... ¿Cómo? ¿Y cuántos años tenías cuando...? ¿Es que te casaste cuando tenías trece años? Está claro que todo esto de tener hijos te debe de sonar a agua pasada... Sí... Ya lo ves, yo en cambio la he tenido tarde, pero... No, por el momento mi mujer cuida de ella en casa... Bueno, yo simplemente quería saludarte y disculparme por el retraso al mandar la solicitud. ¿Cómo? ¿Que no es demasiado tarde? Mira, he estado pensando mucho sobre ese trabajo, hay muchas cosas que los niños podrían hacer... —Dina pone los ojos en blanco—. Tengo un montón de ideas... Sí, sí, me encantaría. Pues claro que sí, ¿la semana próxima, quizá...? Como digas... Lo mismo digo... Vale. Muy bien. Un montón de gracias, Tandy. Espero que... Adiós.

Gideon se vuelve hacia Dina.

—Vaya una tonta.

—No te mostrabas tan falso desde la vez en que cenamos con aquellos fascistas en Varsovia. ¿Cómo es que no quieres ese empleo?

—¿Cómo es que no quiero enseñar a un montón de niños ricos, mimados y medio tontos? A saber. Y bien, Deen, ¿qué te parece si usamos marionetas de Karagöz?

Están hablando de representar otra vez *El falso mesías*, la vieja obra de Sabbatai Zevi, con intención de recabar fondos para el colegio de Ethan. Dina bromea que tan sólo el antisemitismo latente de Gideon lo lleva a tener semejantes ocurrencias: representar ante un impresionable público judío la historia de la mayor derrota jamás

vivida por el pueblo judío...

—Se me ocurre la posibilidad de insertar una especie de diálogo inquisitorial entre el visir y Sabbatai: el visir entra en la celda de Sabbatai y lo tienta para que se convierta al islam. Y en segundo término está presente un carcelero de tintes como shakesperianos... Se me ocurre que sería muy dramático representar esta escena por medio de sombras chinescas...

—Pero si las marionetas de Karagöz son muy pequeñas, hombre... Las viejas que tenemos son de...

—Sí, de pergamino de piel de camello. Gwen tiene un amigo que acaba de traer unas cuantas muy antiguas de Turquía.

—También podríamos elaborarlas nosotros mismos, del tamaño que queramos.

—Ese auditorio es bastante grande... Oye, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Me tiene muy preocupado lo que pueda pasar con el caserón.

—Hmm... —musita Dina, animándolo a explicarse—. Dime. —La experimentada, antigua empleada de sanatorio mental adopta un tono profesional.

—Como sabes, Dan y yo —bueno, todos nosotros— nos pasamos casi un año entero reformando este edificio. Donde no había nada, construimos un teatro. Si te acuerdas, conseguimos la madera para la tribuna...

—Sí, por medio del padrastro de Andrea.

—Construimos este taller, construimos los estantes del despacho de Sancho, construimos el almacén. Pusimos mucho trabajo en el proyecto.

Le revienta pensar que la bola de demolición de cualquier promotor codicioso eche abajo su obra construida con orgullo, que convierta en escaleras de hormigón el espacio en que él y la señorita Gwendolen hicieron el amor por vez primera...

—Es un sitio viejo y con encanto —coincide Dina—. Desprende estas extrañas vibraciones benevolentes, ¿no te parece? ...Un poco como un caserón con fantasmas.

—Tengo esta idea de lo más *meshuga*.

—Todas tus ideas son de lo más *meshuga*.

—¿Por qué no compramos nosotros mismos el edificio? Los intereses están por los suelos, así que no sería tan... Lo único que hay que hacer es dar con un banco lo bastante tonto para que nos conceda la hipoteca. Podríamos vivir aquí, podríamos trabajar aquí, podríamos alquilar espacios... Si Josh de veras está pensando en dejar a los de Pitt Street para establecer su propia *schul*, igual podríamos alquilarle un espacio... Sería perfecto.

—¿Me estás diciendo que te quieres convertir en propietario, en señor feudal de barrio bajo? No puedo creer lo que estoy...

—¿Te parece que estoy loco? ¿No sabes que hay ventajas fiscales para los que renuevan edificios abandonados?

Dina se lo queda mirando anonadada.

—En la vida hubiera creído posible oír la expresión «desgravaciones fiscales» de

labios de Gideon Wolkowitz, como no fuera para...

—No he dicho «desgravaciones fiscales», he dicho...

—Aún peor. Un eufemismo.

¿Por qué él y Gwen no podían hipotecar el Vanderveer por segunda vez y entregarle el dinero a La Merced?, se preguntó.

Dina sigue mirádoselo como si fuera un demente.

—Estoy de acuerdo en que tenemos que considerar todas las posibilidades, pero desde luego ésta no puede ser más disparatada... ¿Quieres que yo también te diga la verdad, Gideon? Llevo un tiempo pensando en justo lo contrario, en proponer que los Pantalones nos tomemos un año sabático. Para que cada uno se piense las cosas, se vaya en auto-stop a Bali a pasar un año, se esfuerce en descubrir el pequeño psicópata que hay en su interior, y todo eso...

—Flojucha.

Dina le responde cantando:

When the liquor first hit her

She said, I'm no quitter

But I'm tired of living on dreams...^[14]

—¿Y éstos son tus sueños, Dina? Pues menos mal que no conozco tus pesadillas.

CAPÍTULO CINCO

1

Katrina vino a pasar con ellos la semana previa a la Navidad. Gwen quería que se quedase más días, pero, lo mismo que su hijo Maddock, Katrina detestaba Nueva York.

En su momento vivió una vida neoyorquina —marido, hijos, un hogar—, una vida que creyó que no iba a tener fin. (Gwen no recuerda bien cómo era la textura de la vida de sus padres por entonces, cuando Martin estaba empezando. ¿Tenían amigos? No se acuerda de que nadie viniera nunca por el piso. ¿Iban al cine? ¿Al teatro? ¿Al Madison Square Garden? ¿O aquellos billetes para los partidos de los Rangers eran para los clientes de Martin? En términos generales se acuerda de su madre como de una ama de casa cuya dispersión resultaba divertida, quien les servía unos desayunos de leche con Nesquik y cereales Captain Crunch mientras su esposo desaparecía tras el periódico. Estaba claro que el diario para Martin venía a ser una especie de rápido refugio a prueba de descontentos inmencionables, hambres atroces, relaciones ilícitas, remordimientos... Escondido tras las páginas del Wall Street Journal en la cocina americana del piso de dos habitaciones de la calle 93 Este, ¿Martin ya por entonces estaba pensando en billonarias fusiones empresariales, en un terreno de veinticinco acres en Connecticut, en Jacey: morena y más menuda que su primera mujer pero presta a apoyarlo en lo que hiciese falta y como hiciese falta, completamente dispuesta a comerse el mundo a su lado porque había nacido tan hambrienta y avergonzada como él mismo?).

Desde que se fuera de Manhattan, Katrina se había convertido en una verdadera mujer del campo. En su jardín siempre había un montón de urracas, a las que en invierno alimentaba con manteca, y una zorra a la que también alimentaba, por mucho que supiera que no tenía que hacerlo. Cuando estaba de viaje echaba en falta el mar, y le costaba dormir por obra del tráfico urbano y las sirenas policiales, le preocupaba (con justicia) que Hal no estuviera alimentando adecuadamente a Snark. Gwen gustaba de imaginarse que, al regresar a casa, su madre se encontraría con que Hal, como el niño pérfido de *Struwwelpeter* de Hoffmann, había sido devorado hasta los huesos por la perra a quien había estado matando de hambre.

Pero Bella era su primera nieta, y su hija la necesitaba, así que Katrina vino a casa.

2

Esta vez Katrina va a dormir en un sofá-cama en el estudio, con las mejores colchas y un edredón.

A Gwen le sorprende lo mucho que llevaba ansiando la visita de su madre desde el nacimiento de Bella, la aprobación absoluta que esta vez espera obtener de su parte, la total sanación de sus propias vicisitudes entre madre e hija. (Cuando eras adolescente te portabas muy mal conmigo, le dijo una vez su madre. Lo mismo que tu abuelo, siempre hacías lo posible para que me sintiera como una tonta). Gwen está segura de que su madre la va a colmar de elogios y cuidados para la niña.

Es curioso cómo la maternidad ha hecho que Gwen se muera de ganas por relacionarse con otras mujeres, Jacey, su madre, la tía Sue, Constance, que ansíe participar de las procaces intimidades del harén. Eso era lo que querías en realidad, no una niñera a sueldo, sino a tu madre, a tu hermana mayor, a tu tía: a las que eran como tú. Justo lo que las mujeres profesionales urbanas habían desechado con imprudencia: la posibilidad de llamar a la puerta de la vecina para pedir un consejo, dejar a tu hija en casa de tu madre. Gwen no conoce por el nombre a una sola persona de cuantas viven en el edificio, excepto por el tal G. Lieberman, de quien siempre está recibiendo invitaciones para el Moth Bar, pero que sin duda se quedaría de una pieza si ella le pidiese que cuidara un rato del bebé.

Gideon, quien sabe lo mucho que Gwen espera de esta visita de su madre, se está portando mejor que nunca. Aunque anda exhausto, está decidido a hacer horas extras para ayudar en lo que sea necesario.

Pero, como siempre sucede entre Gideon y su madre, a pesar de los buenos propósitos iniciales, la cosa no funciona. Katrina, Gideon y Gwen se encuentran constreñidos en el apartamento demasiado pequeño y no hacen más que tropezar los unos con los otros. A pesar de sus buenas intenciones, Gideon no tarda en exasperarse ante la incompetencia de Katrina. La imagen de Bella en los oxidados brazos de su suegra que han perdido la práctica despiertan todas las alarmas en su mente: tan pronto como Gwen deja a Bella en el regazo de Katrina para darse una ducha, Gideon va y le arrebató a la niña, como si con su experta solicitud quisiera dejarle claro a su suegra lo inepta que fue como madre en su momento. Pero Gwen no está muy dispuesta a que Gideon se embarque en esta batalla a su favor, y menos aún si la prenda es su propia hija...

A todo esto, Bella, desorientada por el incesante parloteo de los adultos por si hace demasiado frío, hace demasiado calor, la niña tiene hambre o está cansada —«Mamá, ¿por qué no la dejas en paz de una vez?»—, no para de chillar hasta que se queda dormida, para luego despertarse a la una con intención de mamar, ignorante de que el destete está en marcha y dicho ágape ha sido eliminado. Gwen y Gideon se

deprimen al constatar los muy pocos progresos que han hecho.

Tan sólo hacia el final de la visita de Katrina, Gwen empieza a darse cuenta de lo muy equivocado de sus asunciones.

Katrina no quiere que la dejen a solas con la niña; Katrina no ha estado a solas con una niña en la vida, y es demasiado mayor para ponerse a ello ahora. Y aunque en un principio vino cargada de buenas intenciones, Katrina lo que quiere es ver un poco la ciudad. En ella subsiste un infantil entusiasmo por las luces navideñas, los escaparates de los grandes almacenes, los cantarines Santa Clauses del Ejército de Salvación, el árbol del Rockefeller Center.

La mañana del penúltimo día de su estancia, después del desayuno reaparece de su cuarto con los labios pintados, un jersey blanco de cachemira y cuello alto y el camafeo de su propia madre; sus mejillas están enrojecidas, y tiene planes y deseos, si bien prefiere no expresarlos, deseosa de que sean los demás quienes les digan lo que en realidad quieren que haga, que se vaya por ahí, donde dará menos la lata.

Lo que ella piensa es que hace veinte años que se fue de Nueva York y que por fin ha llegado el momento de hacer las paces con la ciudad. Quiere pasear por Central Park, volver a ver los Winslow Homer en el Metropolitan Museum y, además, últimamente ha estado tan ocupada organizando una exposición artística en la Old Schoolhouse que ha dejado las compras de Navidad para el último minuto.

Tiene que comprar una espinillera de calor en Hammacher Schlemmer para la tía Sue, que sufre de ciática, así como un champú de leche de cabra que fabrica Crabtree & Evelyn que ya no se vende en Boston y que Gwen le ha asegurado que tienen en la Aphorp Pharmacy; quiere comprarle un cárdigan irlandés a Hal, y a Riley una bufanda de cachemira. Y un móvil para el bebé, cierto tipo de móvil que es a la vez educativo y biodegradable. Y algo para Maddock.

—Me temo que en Manhattan no encontrarás motocicletas de moto-cross — observa Gwen con humor sombrío.

A pesar de que se siente culpable por contar con una mujer de la limpieza que viene a su casa tres veces por semana, Katrina jamás ha estado en un hogar en el que no hubiese niñera. Incluso la ultraeficiente Emily contaba con un «servicio» que le ayudaba con sus tres hijos. La situación en el piso le resulta tan rara como le resultaría que Gwen la informase de que en la familia han dejado de usar cuchillo y tenedor para comer. Todo el rato está pensando, pobrecita hija mía, alguien tendrá que cuidar de la niña mientras mi hija y yo salimos de compras o a almorzar, y dado que no hay otra persona más indicada —ninguna irlandesa con malas pulgas o jamaicana que «casi forma parte de la familia»— quien al final se queda con la pequeña es Gideon, que, desde luego, no forma parte de la familia.

3

El E.A.T. es un café emplazado en lo alto de Madison Avenue en el que priman las luces blancas y el suelo de parqué, cuya función parece ser la de amplificar el ruido

de los comensales.

Las mesas minúsculas están muy juntas las unas con las otras, y los estrechos pasillos entre ellas aparecen bloqueados por bolsas de la compra y abrigos de pieles, al tiempo que el espacio aéreo está dominado por los puntiagudos codos ajenos. Los parroquianos hablan a voz en grito, como si fuera imperioso ahogar la charla del vecino. Gideon detesta a más no poder este café cuyos precios son exorbitantes de un modo cínico, cuyo dueño codicioso no tiene empaque en apretujar a los clientes como en un vagón de ganado, mientras que Gwen... Bien, Gwen es una persona que ante todo gusta de observar la vida que la rodea, y el desagrado de Gideon tan sólo consigue reforzar su determinación a no efectuar juicios morales de ninguna clase. Ha escogido este local a medias consciente de que su madre asimismo se va a escandalizar, si bien a la vez es probable que semejante derroche le haga cierta gracia. Y también —hay que decirlo todo— porque, encerrada en el piso con la niña durante semanas, Gwen tiene muchas ganas de atisbar otra vez la atmósfera consumista, elegante y sin manías que se vive en el Upper East Side.

Tan ansiosa de glamour se siente Gwen, que sospecha que si se permitiera salir del piso a solas y armada con la tarjeta de crédito, en diez minutos se fundiría el salario de seis semanas. (A la vez, se pregunta por qué la claustrofobia tiene que encontrar su alivio en el gasto compulsivo. ¿Es que el gasto es una especie de movimiento?). A todo esto, la frugalidad de su madre siempre la lleva a mostrarse de lo más pródiga...

Katrina rebusca y se calza las gafas de leer.

—¡Por Dios! La vida en Nueva York está carísima. No sé cómo pueden cobrar quince dólares por una ensalada.

—Pruébala, que igual te gusta.

—Oye, ¿cómo andas de dinero? Ya sabes que tengo un rinconcito, lo que me quedó del abuelo...

—Gracias, mamá. Pero tenemos dinero de sobras.

—No me gusta que gastes tanto dinero en mí. Ya tenéis bastante con lo vuestro...

Gwen se pregunta si su madre le está reprochando algo o simplemente se está quejando.

—No hay problema. Y no sabe lo que me ha alegrado tu visita. Es una pena que no puedas quedarte por Navidad.

—Bueno, ya sabemos que la Navidad no es cosa muy importante para Gideon —dice Katrina—. Y, como digo, bastante tienes de qué ocuparte.

Mierda, por lo que dice, sospecho que me he mostrado muy malhumorada estos días.

—No hay problema —repite Gwen, con énfasis un tanto malhumorado.

Katrina hace amago de hablar, pero finalmente guarda silencio y se contenta con menear la cabeza.

—¿Qué, mamá?

—Me gustaría que alguien te ayudara un poquito con el niño.

—Pues a mí también. Y eso voy a solucionarlo muy pronto. —Gwen cree que podrá contar con una niñera a partir de Año Nuevo.

Su madre suspira, no muy convencida.

—¿Por qué tienes que volver tan pronto a trabajar? Estaría bien que te tomaras unos días más, para descansar...

—No puedo, tengo que volver. Mamá, no todo el mundo consigue que le den tres meses de baja.

—Sí... —suspira su madre—. Eso supongo. La verdad es que me preocupo un poquito por ti. Bastante tienes con lo tuyo.

Gwen levanta los ojos de su plato, que no tiene demasiado, la verdad: el caleidoscopio despatarrado de una alcachofa cruda.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que si Gideon tuviese un empleo, tú...

Gwen se la queda mirando con las cejas enarcadas mientras Katrina va picoteando de su ensalada de tres legumbres, otra vez hace amago de hablar y se calla finalmente. Y de pronto suelta:

—Supongo que estoy chapada a la antigua. Está claro que él es un padre muy atento, pero yo creo que nunca podría vivir con un hombre que no trabajara.

—Mamá, él trabaja como un animal...

Gwen se dispone a explicarle —ya que parece haber estado sorda estos días— que Gideon en este momento está organizando una gran campaña para que los artistas de La Merced no sean expulsados de su local, pero de pronto se le ocurre que la faceta gideoniana de activista-okupa resulta demasiado deprimente para mencionarla, incluso ante su madre que se las da de progresista. Sean cuales sean sus convicciones, ninguna mujer quiere tener a un inútil como yerno...

—¿En serio? Pues yo tengo la impresión de que se pasa el día en casa...

—Porque quiere estar con Bella.

—Debo de estar chapada a la antigua. Y no me gusta ver que tienes que trabajar como una muía para...

—¿Qué preferirías? ¿Que me hubiera casado con un hombre como papá que se acuesta con azafatas de vuelo y apenas recuerda el nombre de sus propios hijos? ¿Eso es ser un buen marido, a tu juicio?

—No hace falta que me levantes la voz, cariño. Y no, no pienso que tu padre sea ningún ejemplo en...

Gwen mordisquea un poco de la ensalada de alcachofa y siente una arcada. Por Dios, ¿los seres humanos de veras habían nacido para comer cardos crudos? Si no recordaba mal, hasta los discípulos de Bernard de Clairvaux consideraban que ésta era una mortificación alimentaria por entero inaceptable.

—No levanto la voz, es que me he atragantado.

—Se te ve muy cansada.

—No estoy cansada. Bueno, sí que estoy cansada, pero... ¿No te das cuenta de que somos felices juntos? ¿Es que eso no tiene importancia? —El corazón le late con tal fuerza que no puede respirar. Respira de una vez, pedazo de tonta.

—Sí, ya veo que sois felices... —empieza Katrina en tono de disculpa.

—¡Pero eso para ti no es suficiente! —interrumpe Gwen. (Ahora sí que está gritando de veras, pues alberga la demencial idea de que si eleva lo bastante la voz, su madre se verá refutada)—. Soy feliz con la vida que lleva. Mi trabajo me llena, tengo una niña preciosa, estoy locamente enamorada de mi marido, que es UN GENIO, por mucho que tú te lo mires por encima del hombro. Porque es un artista, y no un maldito consejero delegado de...

En la mesa vecina, las dos mujeres vestidas con pieles están escuchando abiertamente mientras intercambian miradas de inteligencia, y su madre está... avergonzada.

—No la tomes conmigo, cariño. Estás poniendo cosas en mi boca que yo no he dicho... —afirma con una voz queda que invita a guardar las formas—. ¿Quién ha dicho algo sobre...? Hal no... Los hombres de nuestra familia nunca... Ni el abuelo, ni tu tío Richard, ni Richie ni... ni... Eso que has dicho es... Quizá valdría la pena que él siguiera dedicándose a las marionetas, pero trataría de tener un poco más de éxito. La verdad, yo creo que se sentiría un poco mejor consigo mismo si...

—Lo miras con desprecio. —Gwen vuelve a hablar sin levantar la voz—. Porque no es rico. —(Porque es judío, porque procede de las afueras, porque tiene un acento de New Jersey que deja clarísimo que no pertenece a la misma clase que ellos, porque...)—. A mí me parece vergonzoso. Cuando entras en el piso, no le dices ni hola, porque en ese momento estás pensando que el piso no es suyo, que soy yo quien corre con todos los gastos. A ti lo que te gustaría es que yo hubiera seguido con Campbell, por mucho que no lo soportara.

Por Dios que sus palabras resuenan infantiloides. Petulante, de señoritinga. ¿Qué mujer que se respete mínimamente se pasa tres años saliendo con un hombre al que no soporta?

—Eso no es lo que yo pienso. Como sabes perfectamente. Pero sí que pienso que... Igual es que soy una especie de dinosaurio, pero sigo estando convencida de que un hombre tiene que sentirse obligado a aportar algún dinero a su familia... La verdad, tiene que ser incómodo ver cómo tu mujer vuelve a trabajar con una hija recién nacida mientras uno se queda en...

Ambas clavan sendas miradas furiosas en sus platos respectivos, avergonzadas, incapaces por igual de librarse del anzuelo. En las discusiones se daba un protocolo: o bien una huía hacia delante para que todo lo malo saliera a la luz, o bien una se retractaba de lo dicho. Pero ambas habían ido demasiado lejos para pedir disculpas, ¿y quién sabía si todo lo malo había salido a la luz?

—¿Sabes lo que pienso...? Tengo la impresión de que no te gusto. Mi presencia parece ponerte furiosa. Me parece que ése es el problema de fondo —dice Katrina por

fin.

Y Gwen se dice, no te enteras de nada, no entiendes cómo funciona el mundo, y a mí ni me conoces. Con muda furia, busca a la camarera con la mirada y le pide la cuenta.

4

Es verdad que Gideon lleva días trabajando como un animal. Está organizando una gala para Salvar La Merced en primavera y anda embarcado en el proyecto de alquilar un autobús para que los artistas del Lower East Side publiciten el conflicto montados en él y recauden fondos para la causa.

A todo esto, Sancho y él están explorando nuevas, más radicales posibilidades legales. Han estado hablando con otros activistas del barrio: Peter Moglia, del Union Community Center, Mike Rivka, quien está al frente de LOCO. Han expuesto su caso al consejo de distrito, cuyo director se ha puesto de su lado, lo mismo que la concejala municipal del barrio.

Esta tarde van a verse con el hermano de Andrea, que es propietario de un par de edificios en Hell's Kitchen. Bob se ha mostrado de acuerdo en echarle un vistazo a La Merced. Cuando finalmente recorre el edificio, en su rostro hay una expresión dolorida.

—El problema es que no sabemos lo que Giuliani tiene previsto en su mente retorcida —explica Sancho.

Se han dado otros casos en los que el alcalde ha autorizado la compra de propiedades municipales por parte de asociaciones de barrio a un precio simbólico. Pero de eso hace ya algunos años. Hoy los precios de la vivienda en el Lower East Side no están haciendo más que subir.

—Y hay otra cosa: Giuliani es un cabrón rencoroso, de éstos que no perdona ni una —apunta Gideon—. Y sabe que en nuestras actuaciones siempre sacamos a relucir la marioneta con su efigie. Así que seguro que se le ha metido entre ceja y ceja cerrarnos como sea.

Se sientan en el despacho de Sancho. Bob cruza las piernas, juguetea con su bolígrafo. Resopla una y dos veces.

—Mirad, si lo de la subasta va en serio, el edificio está hecho una ruina —afirma finalmente—. Una renovación mínima saldría por un ojo de la cara... Eso sí, el solar es enorme. Idóneo para construir un montón de apartamentos. Si los promotores se muestran interesados, igual os tenéis que enfrentar con tíos más que dispuestos a pujar tres millones de dólares. Lo más efectivo sería que empezara a bombardear al ayuntamiento con denuncias. Un edificio ocupado por treinta personas y que está envuelto en un mar de juicios que no se sabe cómo terminarán resulta mucho menos apetecible para los especuladores...

Sancho despide a Ed Moskowitz, quien es demasiado blandengue y tiene demasiados miramientos. En su lugar contrata al abogado que trabajó para la

Community Garden Coalition, quien se muestra conforme con pleitear sin descanso contra el ayuntamiento y acepta trabajar *pro bono*.

CAPÍTULO SEIS

1

—Parece que me van a asignar el nuevo trabajo —dice Gwen a Gideon esa noche, tumbada en el sofá, con Bella desnuda sobre su estómago, mamando mientras tironea del pelo de su madre.

Gwen acaba de presentar a Gerald y a Kalman un memorándum de mil palabras sugiriendo su reasignación por parte del instituto. Si Ari se muestra dispuesto a asumir el grueso de sus viajes al terreno, de forma que ella no tenga que ir a Rusia más que un par de veces al año, ella se concentraría en incrementar la eficiencia de la oficina central. Apunta la idea de organizar un congreso sobre la corrupción en Rusia, congreso que presenta como la suerte de debate filosófico-político —(¿el crimen organizado viene a ser una forma de capitalismo primitivo o es una enfermedad parasitaria anuladora del capitalismo?)— que a Lavrinsky le pone cachondo. A más largo plazo, tiene pensado crear una revista informativa por Internet que tenga bastante más gancho que los actuales boletines del instituto preñados de fotos de mineros en huelga y gitanos desposeídos.

—*Mazel tov* —responde Gideon.

—Pues yo no estoy tan segura —responde Gwen, con malhumor. Como es natural, a Gideon le aliviaría que no tuviese que ir a Rusia, pues ello le ahorraría tener que cuidar él de la niña mientras ella se pasa seis semanas al mes en la Siberia profunda—. La verdad, no me hace mucha gracia verme encerrada de por vida con Kalman y Gerald, atendiendo a todas esas pequeñas intrigas de pasillo. Es verdad que en nuestras oficinas de Rusia también abundan los trepas y las puñaladas, pero allí por lo menos están haciendo un trabajo de mayor importancia.

—Pensaba que te llevabas bien con Gerald.

—Eso era antes. —¿Por qué otra razón se pasó ella años trabajando en la puta administración de Bush, nada menos? Gwen piensa que la coquetería sexual, o el sucedáneo de ésta, es lo único que puede conseguir que una oficina funcione—. Pero el hecho de que antes me llevara bien con Gerald no es suficiente. Cada vez que Ari se marche de viaje, me voy a sentir como un viejo corresponsal de guerra al que por lástima le han asignado el papeleo de una redacción.

Bella en ese momento se estremece y suspira. Gwen la mira y advierte que se ha dormido. Sus espesas pestañas negras están desplegadas como alas de mariposa sobre las mejillas enrojecidas, en su labio inferior reluce la leche y tiene un puñito cerrado en torno al cabello rubio oscuro de su madre. Esta en ese momento se dice: No, no puedo separarme de ella. Es todo cuanto amo en la vida, es mi propio cuerpo y mi sangre.

Gwen mira a Gideon a los ojos para cerciorarse de que él también ha reparado en lo adorable de la Bella durmiente, pero los ojos de Gideon están fijos en otro lugar, inaccesibles.

2

Gideon está irritado con su mujer. Le molesta que haya contratado a una niñera sin consultarlo con él. Le enfada que Gwen haya contratado a precio exorbitante a la primera recién llegada que se ha mostrado dispuesta a liberarla de su niña. (En realidad, Gwen se ha negado a decirle lo que cobra la niñera. El dinero es mío, añade; tú no tienes que poner un chavo. Y Gwen a la vez se pasa el día quejándose de que están sin blanca, lo que a Gideon le parece verdaderamente obsceno.)

Gideon tiene la impresión de que, desde el mismo día del nacimiento de la pequeña, Gwen no ha hecho más que conspirar a sus espaldas, siempre de acuerdo con Jacey y Martin para hacer aquello que a él lo molesta. Pasan de él porque, por las razones que sean, Gwen ha decidido que él no pinta nada.

Bella todavía no tiene los tres meses. Gideon siente que sus instintos paternos más profundos se rebelan ante el hecho de que su hija se pase diez horas al día a solas con una asalariada desconocida. Por puro atavismo, quiere que tan sólo él —o Gwen— le limpien la caquita a la niña. Que sea Gwen la que dé el pecho a la niña cuando ésta tenga hambre. En lo más profundo de su ser, siente que se trata de un privilegio.

—¿Qué sucede? —pregunta Gwen.

Gideon se muerde el labio y finalmente se obliga a decir:

—No me ha gustado mucho la forma en que has contratado a esa niñera. Yo pensaba que eso íbamos a hablarlo los dos.

Gwen trata de liberarse de la niña dormida, pero Bella al momento se abalanza sobre el pecho recién retirado de su boca. Con un suspiro, Gwen reajusta pecho y niña, y apoya la espalda en un cojín.

—¿Y cuándo íbamos a hablarlo? Gideon, tú nunca estás en casa. Un poco de realismo, por favor. Tengo que volver a trabajar lo que se dice ya. Porque me gusta mi trabajo y porque necesitamos ese sueldo. Y punto.

—¿Y qué sabemos de esa mujer? ¿Quién nos dice que no es una especie de pedófila?

Gwen libera su pecho de los todavía mordisqueantos labios de Bella, levanta a la niña y la deja en un nido de cojines. El gilipollas de Gideon... Lo que él precisamente tendría que hacer sería disipar los absurdos miedos que ella misma siente en relación

con la seguridad de su hija.

—Pues Jacey nos la ha recomendado y habla bien de ella.

—¿Y Jacey te merece confianza? No sé con qué niñeras habrá estado contando, pero no me parece que sus hijos hayan salido muy bien educados...

—Marguerite lo único que ha hecho ha sido cuidarlos durante el año pasado. No es ella quien los ha educado. Y por lo demás, al hablar con ella me ha parecido una mujer simpática e inteligente...

—Por lo que me estás diciendo, Jacey apenas la conoce. La verdad, Gwen, no te entiendo. Me has dicho mil veces que de niña detestabas estar al cuidado de una especie de alemana medio nazi, y no de tu propia madre...

A Gwen ahora se le cruzan los cables.

—¿Es que me vas a venir con chantajes emocionales para que deje de trabajar? —exclama—. ¿Por qué no te ocupas tú mismo de la puta niña, para variar?

—¿La puta niña...? —repite Gideon, verdaderamente atónito—. ¿Qué es lo que pasa, Gwen? Yo sólo digo que habíamos quedado en hablarlo, que podías haberme preguntado mi opinión antes de lanzarte a pillar a una niñera...

Y sí, toda la verdad sea dicha, Gideon había estado albergando las secretas esperanzas de que si seguían posponiendo indefinidamente la cuestión de la niñera, el asunto acabaría por morirse de muerte natural. Gwen se podría quedar con Bella en casa un par de días a la semana, y él podría llevarse a la niña con él a La Merced, justo lo que Dina y la Familia habían hecho con Ethan en su momento. Y Ethan había salido un chaval estupendo, ¿no?

—Pues te voy a decir una cosa. Esta Marguerite a mí no me pareció ni tan simpática ni tan inteligente como tú te crees. A mí más bien me pareció que fuma porros y anda siempre medio colocada.

Una chica de caribeña con el blanco de los ojos un poco amarillento. Aunque sólo habló un ratito con ella, Gideon en su momento había fumado los canutos suficientes para detectar a otra adepta a la marihuana. Si Gwen quería una niñera, lo que tenía que hacer era fichar a una niñera, y no a una porrera. Y a él no le tranquilizaba que en una cuestión tan fundamental y de sentido común estricto, su mujer ni se hubiera dado cuenta de que la persona elegida para cuidar de su hija para nada era de fiar.

CAPÍTULO SIETE

1

Era primavera, y los días se iban haciendo más largos. Cuando Gwen volvía andando del trabajo por las tardes, los cerezos estaban en flor, el cielo era de un suave color rosado y el parque estaba lleno de oficinistas jóvenes con las americanas del traje al hombro. Parejas que cortejaban. Nadie quería irse a casa todavía. Pronto su hija y ella podrían estar en el parque de juegos hasta la hora de la cena...

Gwen había vuelto a trabajar en el Lavrinsky. Nunca había estado tanto tiempo seguido en la oficina central neoyorquina, y ahora que se encontraba allí reparaba en lo fatal que funcionaba, fatal de un modo muy distinto al que ella imaginara en un principio.

El problema fundamental no era que Gerald y Kalman estuviesen operando al frente de sendas taifas particulares, sino que el instituto, con arrogancia extrema, insistía en ignorar los proyectos ajenos para Rusia. En sus despachos campeaba una especie de quijótico narcisismo por el cual «nos ocupamos de hacer lo que el gobierno estadounidense no está haciendo», sin que nadie hiciera el menor esfuerzo por influir en la política de la administración.

Gwen propuso que contrataran a un delegado en Washington, para que se ocupara de cabildear al Congreso, al Departamento de Estado, al FMI, al Banco Mundial. Pero no tardó en descubrir que Gerald no esperaba de ella que reorganizase la oficina o redefiniera las misiones de trabajo, sino que lo liberase a él de su propio trabajo. Gwen todos los días se veía obligada a hacer funciones de negro y escribirle a Lavrinsky los artículos de opinión para el *Times*, el discurso que iba a pronunciar en Davos. A Gwen no le molestaba escribir (aunque carecía del estilo elegante y concienzudo de Gerald), pero hacer de negro la ponía de muy negro humor. Tenía la impresión de que estaba perdiendo el tiempo.

Cuando Ari se pasó por la oficina y le explicó que Sergei Kovalyev lo había invitado a una reunión de las madres-contra-el-reclutamiento-obligatorio, el grupo de protesta más significativo desde los tiempos de Sajarov, Gwen se sorprendió pensando: Pero si soy yo quien tendría que estar en contacto con Sergei Kovalyev...

En vez de ello, tenía que ponerle fin por anticipado a la entrevista con un becado

de la fundación Carnegie porque la niñera tenía cita con el médico. Se marchó a casa volando a las cinco (con un puto montón de llamadas por hacer) y se encontró el piso hecho un desastre y a la niña llorando a grito pelado porque no le habían cambiado los pañales. A saber cómo Marguerite, quien tan inteligente y simpática era, quien halagaba la buena conciencia de Gwen porque no era «del servicio», sino una persona en cuya compañía ella misma pasaría el día con mucho gusto, no había sido capaz de oler la mierda de Bella. Lo que pasaba era que Marguerite, si bien muy competente con los niños de mayor edad, no acababa de tener claro lo que había que hacer con un bebé y era demasiado señorita para que una le pidiera que bajase la basura, lavara los platos o hasta bajara al súper a comprar más toallitas.

Y Bella ahora necesitaba un baño, cenar, pijamas e irse a la cama, mientras que Gwen aún tenía que comprar comida, toallitas y lo que hiciera falta; Mimi estaba ¡otra vez! en Filipinas; las ropas sucias y la toalla mojada seguían en el suelo, allí donde el supuesto-socialista-y-feminista de Gideon las había dejado tiradas por la mañana; la chaquetilla de fiesta de Bonpoint, la de las costuras maravillosas, cedida por la Tercera Señora Lewis, exhibía unas imborrables manchas de tomate en la pechera porque a Marguerite no se le había ocurrido echarle mano al Woolite, y su marido nunca paraba por casa, ni tan sólo los fines de semana...

Y sin embargo, y sin embargo, la niña estaba tan ridículamente contenta de ver a su madre, tan muerta de risa, que cuando se puso de rodillas junto a la pequeña, Gwen cogió uno de sus mocasincitos, se lo puso entre los dientes y empezó a gruñir como un perro. La niña era tan alegre, tan dinámica, tenía tal salud de verdadero hierro que todas las cuitas doméstico-profesionales de Gwen se esfumaban en felicidad...

2

El teléfono suena en el momento justo en que Gideon se dispone a salir del despacho.

—¿Gideon?

—¿Sí?

La voz al otro lado es fría, acusatoria, y no le resulta familiar en absoluto.

—Gideon, no puedo creérmelo.

—¿Quién es, por favor?

—Tandy Kogan, de Talbot.

—Hola, Tandy. ¿Te ha llegado mi solicitud?

—¿Y tú has recibido mis llamadas? Este invierno te dejé tres o cuatro llamadas. Pensaba que te habías muerto. Cuando el otro día vi que tu solicitud había llegado, me dije: ¡Pero si estamos en abril!

—Es que voy fatal de tiempo. Con decirte que aún tengo que hacer la declaración de renta...

—¡Gideon, por favor! Me parece que no lo entiendes. La has jodido hasta el fondo, para que lo sepas. El plazo para las solicitudes terminaba en enero. ¿Es que no

sabes leer? Yo pensaba que este trabajo te interesaba. Y me parecías un buen candidato para el puesto. Pero luego no te has dignado ni a responder a mis llamadas.

—Entonces, eh... ¿Habéis contratado a otro?

—Había como cuarenta candidatos al empleo, y todos eran buenos. Y ahora no me vengas con que lo sientes mucho, porque tengo un cabreo de narices. Al final hasta le pregunté a Annie Dolores: ¿Y este capullo quién es? ¿Cómo es que anda así de sobrado por la vida?

—Ya veo que tengo que enviarte un ramo de rosas...

—No, Gideon. El problema no lo tengo yo. El problema lo tienes tú. Ya hemos contratado a un director temporal para el año próximo, y es un profesional muy bueno. Pero te lo digo para que lo sepas: aún te queda mucho que aprender.

Tandy le cuelga. ¿Y lo más raro? Gideon no siente ni una pizca de embarazo o remordimiento. Bueno, está claro que tampoco se muere de ganas de comunicarle a su mujer lo sucedido (Gwen cada dos semanas le pregunta si los de Talbot han dicho algo, sin que él se atreva a revelarles que en realidad no mandó la solicitud en su momento.)

Pero el halago de unos alumnos mimados de casa bien resulta mucho menos atrayente que la colaboración con Sancho en su *Reconquista*^[15] de Nueva York, en su cruzada por rechazar el embate de los Stargap y Bananabucks, en convertir a La Merced en una nueva Masada que no se rinde...

3

La niña estudia el cuerpo cercano, al que se abraza. Mete un dedo con restos de tostada en la fosa nasal de su madre. Hiende el pequeño lugar negro que Gwen tiene en un antebrazo.

—¡Daaagh! —murmura. Escarba en el lunar con más fuerza, tratando de sacarlo para llevárselo con ella, del mismo modo que los ejércitos de Tito en su momento arramblaron con los candelabros del Templo. De nuevo vuelve a señalar el lunar.

—¡Daaagh! —indica con satisfacción. Vuelve a poner el dedo sobre él, con orgullo de propietaria.

La íntima arqueología de la infancia: Bella ha dado con uno de los elementos que Gwen prefiere de su propio cuerpo: un signo emblemático que el mismo Gideon, por mucho que se imagine haber explorado hasta el último milímetro carnal, nunca ha llegado a detectar. Es uno de tantos emplazamientos que Bella, la astronauta de la anatomía (cuyos dedos en su momento exploraron los pulmones, la vejiga, el hígado de Gwen desde el interior) ha descubierto por sí sola y ha bautizado a su antojo.

Se acerca el día en que Gwen tendrá que destetar por entero a la niña, y la perspectiva la sume en un desaliento insoportable. Se fija plazos irrevocables al respecto, que luego pasa por alto, pues la líquida fusión la colma de felicidad, una felicidad cuya intensidad es frenética por obra de la separación inminente. Si no

desteta a Bella, no podrá ir nunca a Washington, por no hablar de Rusia. La avidez caníbal con que esos succulentos labios rojos devoran la leche y la carne humanas van a poner en peligro la carrera profesional de Gwen. A esas alturas empieza a olvidarse del olor que tiene Rusia, de la peste que se extiende de costa a costa —un poco similar a la del formaldehído o las cantinas de hospital— en este país que se está transformando casi tan rápidamente como un bebé. Gwen se dice: Si Marguerite fuese un poquito más flexible, podría llevarme a las dos a Rusia conmigo y aparcarlas en casa de Bill y Jamila durante mis horas de trabajo. Se dice... Se dice...

Se pregunta si la paternidad para Gideon asimismo representa un confinamiento inalterable, una fijación inexorable, una paradoja de alegría deprimente...

4

—Vale, vale, payasos. Venga, dejemos las chorradas por el momento. Pausa para comer. Lo digo en serio... Todos a comer. A pegar un bocado se ha dicho. Venga... CORTEN.

En el taller deben de estarse apiñando unas veinticinco personas. Es la primera reunión de los elementos locales que van a participar en la fiesta Salvemos La Merced, prevista para el primero de mayo: Meredith, Jaime, los Trycicle Karmanauts, Fran, Javier de *Las Abuelitas*,^[16] Isaac Hooker, Laura Shneerman, quien se especializa en narrar las historias que le han contado los obreros jubilados que viven en los bloques de pisos Samuel Seward —rusos judíos que trabajaron en la industria textil, un peón irlandés que perdió una pierna durante las obras de excavación del Holland Túnel—, así como un puñado de alumnos de la Rigoberto Menchú.

Gideon se lo ha estado trabajando a fondo, y todos aquellos a los que una vez ayudaron ofrecen contribuir con sus obras de arte, sus performances, sus productos o, aunque sólo sea con eso, con sus dos manos y sus espaldas. Además de la gente de por aquí, en la fiesta participarán los Klezmofunks, de Northfield, Vermont, y varios miembros de Infernal Combustion.

Queda mucho por organizar: en el edificio hay quince posibles espacios de actuación —más, si despejan un poco el lugar—, cada uno de los cuales va a ser asignado a un grupo de artistas. En la cancha de baloncesto cubierta con lonas, Pants on Fire va a presentar su Circo Místico, un espectáculo heredado de Infernal Combustion. Los marionetistas se encargan de la comida y la bebida; el padre de Andrea que es dueño parcial de unos viñedos en el North Fork, les vende el vino con descuento. Conocedor de la sed poderosa de muchos de sus asociados, a Gideon no le gusta mucho que se cobre por las copas, pero Gwen lo ha convencido de que es la única forma de recaudar un poco de dinero.

Todos están animados, excitados; se les escapan las risas. Inez, una alta bailarina con las cejas negras originaria de Bux, está persiguiendo a Amnon entre las mesas con caballetes a fin de hacerle pagar cierta ofensa imaginaria. Amnon, que no cesa de

gritar tremendos juramentos en árabe, finalmente se da media vuelta de pronto, agarra a la mujer entre sus brazos y hace amago de que va a rebanar su cuerpo con una sierra circular.

En cuanto a Gideon, Gideon está como una moto. Ya delgado de por sí, ha perdido otros cuatro o cinco kilos durante los dos últimos meses, de forma que los vaqueros ahora se le escurren culo abajo, los dientes resultan demasiado grandes en su rostro, su barba semeja un negro ciclón que estuviera devorando el negro promontorio de su rostro. ¿Y qué le va a hacer? Está demasiado agitado para comer o dormir: como un ángel, vive del aire y la luz.

Flaco como un estilista, al rojo vivo como un ascua, en este instante está discutiendo con Isaac Hooker en torno al Futuro de la Izquierda. Sobre cómo los dispersos restos de su cuerpo desmembrado en secreto se están volviendo a ensamblar en preparación de la próxima insur/resurrección destinada a traer un Nuevo Apocalipsis de vida cooperativa...

—¿Sabes una cosa? Reagan tenía razón. Reagan tenía toda la razón. Es duro, pero hay que reconocerlo: tenía que ser un fascista chocheante el que viera las cosas claras. Cuando se sacó de la manga el eslogan aquel —«En América está amaneciendo»—, Reagan tenía más razón que un santo. Por mucho que no entendiera a qué amanecer se estaba refiriendo, pues en realidad se trataba del negro amanecer del socialismo, tan sólo los más zorros comprendían que Reagan era un tonto útil, un Sansón que a la vez iba a precipitar el fin de las torres gemelas del comunismo soviético y el capitalismo americano, en una especie de doble suicidio alucinante que antecedería el renacimiento a lo ave fénix de un genuino socialismo de corte popular...

—Sin dejar de hablar, está sirviendo la comida en platos de papel. Se ha acabado la reunión; ahora lo que toca es comer. Andrea ha preparado este barreño de chile con carne que está buenísimo; Dan está sirviendo refrescos en vasos de plástico...

—Tú estás mal de la cabeza —contesta Isaac—. La fundación de nuestro país tuvo su origen en la negativa popular a pagar más impuestos. Han pasado doscientos cincuenta años y estamos en las mismas, con la diferencia de que ahora ya no se trata de recortarles la ganancia a los aristócratas ingleses, sino a las madres solteras americanas...

Chile, chile, chile... Que se desparrama por los bordes acanalados de los platos de papel. Los voluntarios apoyan los traseros en las mesas con caballetes, están sentados en un semicírculo formado por sillas metálicas plegables.

—Oye, que no, que no, que estoy hablando completamente en serio —de hecho, Gideon no termina de saber si lo está diciendo en serio o en broma—. Yo creo que esta especie de egoísmo personal enfermizo, este afán por que nos recorten los impuestos como sea han llegado a su punto álgido... Estamos ante una oportunidad única para plantear la posibilidad de una redistribución más justa de la riqueza.

—Es posible —dice Andrea—. Sería fundamental hacerle entender a la gente que

en este país las únicas que están siendo subvencionadas a lo grande son las empresas multinacionales...

—Te equivocas de medio a medio. La gente ya lo sabe, y muy bien, pero le da lo mismo. Pues a diferencia de lo que pasa en Europa, en la política estadounidense nunca se ha prestado atención a la cuestión de la lucha de clases...

—Es verdad que aquí la única lucha se centra en someter aún más a las clases que lo tienen peor —conviene Gideon.

—...Y la gente está embobada con todos esos nuevos billonarios. En vez de pensar en matarlos, se dicen que ellos también se pueden forrar de ese modo, que lo único que tienen que hacer es comprar ese casete que se vende por correo y promete hacerte rico en siete sencillos pasos...

—Lo que tenemos que hacer es poner a la venta un casete que explique cómo matar a los millonarios.

Gideon sigue sumido en la misma energía eufórica que lo lleva acompañando desde el nacimiento de Bella, durante todo el otoño-invierno-primavera, desde la adolescencia no había pasado por una tan prolongada fase de entusiasmo. Cuando llega a casa por las noches, su mujer lleva ya rato metida en la cama durmiendo, pero él sigue rebosante de energía nerviosa. Quiere hablar, quiere sentir algún tipo de conexión con esta mujer que lleva su anillo. El sueño le parece un confinamiento tan intolerable como la obligación de estar tranquilo y no moverse lo es para un niño. Con la mente todavía a cien, trata de calmarse un poco, se desviste y se tumba en la oscuridad junto al bulto envuelto en un sudario. La mayoría de las noches, al cabo de media hora se levanta de la cama y se dirige al estudio en busca de la zumbante, azulada compañía del ordenador. Revisa cuánta gente ha visitado la página web de La Merced ese día, envía correos electrónicos a sus amigos de Direct Action: Jean François del Espace Absurde y Yannick de SOS, Larry, de Eugene, Oregón, que se encarga de organizar grupos que simpaticen con las protestas no violentas. A veces sigue estando conectado cuando Bella empieza a gorgear a las seis de la mañana.

Y, hay que admitirlo, el matiz agresivamente burlón de su júbilo, la nerviosa locura que lo acompaña tienen origen en la rabia que siente por su mujer, quien, como él sabe, no lo soporta cuando es presa de este ánimo. Le tiene rabia por haber contratado a la niñera, por haber vuelto a trabajar a jornada completa, por hacer que él se sienta culpable de que ella ya no viaje más a Rusia, por haberse apartado de él sexualmente. En vez de mostrarse abiertamente furioso, se muestra furioso de una forma subterránea, a lo Vietcong, y se lo da a entender de forma indirecta, retorcida, irritándola con bromas constantes, con pequeños menosprecios, con pequeñas burlas que tienen su origen en tonterías, convencido de que si la arrincona lo bastante, la otra terminará por ponerse de uñas y sacarlo todo a relucir. Los propios colegas de Gideon están empezando a cansarse de que ande siempre como una moto.

Se ha terminado el almuerzo, los voluntarios se han desbandado y por allí sólo quedan Andrea, Dan y Gideon, cuando de pronto Dina entra andando con los

hombros caídos (ella también ha perdido peso, y de pronto exhibe una estampa encantadora a lo Janis Joplin), seguida por una mujer joven.

—Llegas tarde —acusa Gideon. Dina, quien ahora está al frente del *minyán* escindido en compañía de Josh y un antiguo seminarista llamado Avi Weissbrot, hoy tenía que haberse encargado de controlar los tiempos en los ensayos.

—Pues yo creo que he llegado justo a tiempo —contesta Dina—. Oye, Andy, ¿ese chile es para vegetarianos? Ñam, ñam.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunta su compañera a Gideon, acercándole la mejilla para que él se la bese—. Estuve hablando contigo el año pasado.

Emma trabaja en el departamento de historia del teatro de Columbia —informa Dina—. Está haciendo una tesis sobre los Combustibles.

Gideon no tiene muy buena memoria, pero le parece imposible que se haya olvidado de semejante preciosidad: una perla judía, morena como una yemenita, con los ojos verde claro.

—¿Así que vamos a pasar a los anales de la historia? —apunta él—. Si llego a saber que en la universidad había chicas como tú, en su momento me habría matriculado. No lo hice, y mis años formativos los he pasado en compañía de un montón de tías de ésas que calzan sandalias...

Emma se queda mirando con sorpresa a este titiritero a todas luces de izquierdas que en verano sin duda también lleva sandalias, quien a pesar de ello ahora le viene con tan machistas comentarios.

—No le des la satisfacción de mostrarte escandalizada —advierte Dina, quien se acaba de desprender de su mochililla y la está dejando en un rincón.

—¿Quieres comer algo, Emma? —pregunta Gideon, solícito—. ¿O llevas una falda demasiado corta para sentarte?

—¡No digas más animaladas, Gideon! Lo que pasa es que acaba de tener una hija —lo disculpa Dina—. Yo creo que tiene un problema de hormonas. Antes no eras tan misógino, ¿verdad, Gidele?

—Vrum, vrum —suelta Gideon.

—Para mí que es cosa de la depresión posparto. ¿Es eso, Gideon?

—Más bien se trata del síndrome de estrés traumático —dice él—. ¿Alguna vez te han dado con un misil Scud en la cabeza? Mi hija es una especie de Scud.

Esta estudiante viste con estilo, cosa que Gideon aprecia. Lleva puesta una graciosa, ínfima minifalda op-art en blanco y negro que a Gideon le recuerda el móvil que su suegra le regaló a Bella por Navidad, así como unos grandes pendientes de aro en plástico verde, y cuando se sienta, lo cierto es que la minifalda se le sube hasta la entrepierna, y ella con cierto disimulo la alisa sobre sus muslos jugosos. Huy, huy... Los deliciosos miramientos de una mujer que lleva puesto un modelito demasiado atrevido para su naturaleza...

—¿Hay tiempo para que hablemos un poco con Emma? —pregunta Dina.

Los otros intercambian miradas entre sí.

—¿Tenemos tiempo?

—Claro...

Emma echa mano a un bolígrafo y un cuaderno de espiral del tipo usado por los taquígrafos. Sonríe.

—Muy bien. Pues vamos a ello.

En este momento anda recabando información sobre las andanzas de Jerome en Latinoamérica durante los años ochenta.

Emma consigue que se involucren en la entrevista por medio de unas preguntas halagadoras y muy precisas que provocan que hasta Dan se sume a ella: Dan, quien, como una suerte de rata autista, recuerda con precisión extrema toda clase de detalles de tipo mecánico. Joder, se dice Gideon, mientras Emma asiente con la cabeza y garabatea, ¿es posible que de veras esté anotando cuánta gasolina consumía nuestro viejo autobús escolar y cuántos tablones de madera empleamos para construir unas graderías en San Cristóbal durante la Semana Santa de 1986?

Dina suspira y finge enjugar una lágrima.

—Estos recuerdos de los viejos tiempos me enternecen... —Ahora finge estar tocando un violín.

Gideon apunta:

—Lo único que hoy echo en falta es ir de gira por la carretera. En este momento no me importaría encontrarme en una aldea perdida en las montañas de Nicaragua, a tres días de camino de la población con electricidad más cercana. —Gideon se levanta—. ¿Camaradas? ¿Terminada la entrevista? Tengo que irme.

—¿Adónde?

—Ah, Gid, el tío de Tagle llamó ayer para decir que el ordenador ya está listo. ¿Vas a pasar cerca de Warren Street?

—Tengo que ir a hablar con los de la NOGA, a ver si les saco un poco de pasta. Y estoy citado con Craig Silverblatt, se llama así, ¿no...? A las cuatro. Esto es lo que me pone de los nervios en lo tocante a la situación actual de la compañía. —Los demás últimamente no hacen más que decirle que deje de quejarse de una vez—. Antes éramos unos titiriteros ambulantes que llevábamos el teatro entero metido en una maleta, pero ahora me paso el santo día tratando de captar fondos. Tal como yo lo veo, o nos lo montamos en serio para operar con cuatro chavos, lo que implica irse de esta ciudad, o nos buscamos un agente a tiempo completo que entre otras cosas se ocupe de captar fondos...

—Dina, por ejemplo —dice Andrea.

—No, Deen ahora lo que quiere es seguir viviendo sin dar golpe.

—Tú lo has dicho, encanto —reconoce Dina—. Aunque me temo que el dinero del accidente está menguando que no veas.

—Pues búscate otro coche que te arrolle —propone Gideon sin inmutarse.

—A todo esto, imagino que los problemas de dinero y papeleo se habrán visto agravados por el cierre de La Merced, ¿verdad?

—Hombre, lo de «cierre» todavía no...

—Me gustaría tocar esas cuestiones; me parecen importantes.

Eso es lo que Gideon lleva haciendo el mes entero. Buscar dinero. Buscar dinero y politiquear. Mientras sus compañeros se ocupan de la retaguardia, de las cuestiones artísticas, él va de puerta en puerta, recorre las tiendas de ropa usada, los bares de sushi, los salones de tatuaje, para que firmen la carta de protesta, que contribuyan con veinte dólares a cambio de un anuncio, que acudan a la fiesta, que escriban una misiva a Giuliani.

La labor le resulta tan insufriblemente de poca monta como pudiera serlo la venta de galletitas puerta a puerta a fin de captar fondos para las Girl Scouts; se muere de ganas por volver a su propio trabajo creativo, pero a la vez, no hay que esconderlo, Gideon es un animal sociable que se lo pasa bien abordando a desconocidos, disfruta de la libertad de andar por la calle al aire libre —en estos entontecedores tiempos putrefectos que corren resulta refrescante dar una vuelta por el barrio y comprobar que la gente sigue manteniendo sus convicciones políticas—, encontrarse con vecinos que se sienten igualmente marginados por el nuevo fascismo de tipo urbano, que a pesar de los pesares en absoluto le agradecen al alcalde que esté haciendo el trabajo sucio de convertir el Lower East Side en un reducto seguro para la cadena Starbucks.

Una o dos veces ha convencido a Ethan para que lo acompañe, y cuando han terminado, hacen alto en el Red Hen para tomar un refresco o juegan un rato al baloncesto con los chavales de Nathan Straus. La luz primaveral se prolonga más allá de las siete de la tarde. Entre ellos se encuentra este curioso grupo de chicos de origen chino, chicos y chicas por igual, tímidamente conscientes de las últimas modas, como lo demuestran sus pantalones acampanados con tachuelas y los múltiples anillos que llevan en las narices, tan alterados por las hormonas que no logran concentrarse en el partido.

Cosa que ya le está bien a Ethan, quien de la noche a la mañana ha crecido hasta superar el metro setenta, si bien tiende a moverse con desgarbo. Ethan está empezando a fijarse en las chicas, aunque sigue encontrándose más a gusto con los ordenadores. Es un ateo adscrito a la mejor tradición judía en ese sentido, orgulloso de pertenecer a la nación que dio a luz a Einstein, a Richard Feynman, a Glenn Gould. Con todo, opina que la Biblia es una viejísima tomadura de pelo y que no vale la pena que su madre se gaste el dinero en educarlo en vetustos cuentos de hadas del Medio Oriente cuando en el mundo hay campos como el etiquetaje del genoma y la tecnología digital, cuya exploración es mucho más interesante. Cuando sea mayor quiere ser programador informático; va a solicitar matriculación en Hunter, en Bronx Science y en Stuyvesant, y cualquiera que tenga ojos en la cara sabe que lo admitirán sin problemas.

Gideon lo mira mientras esconde el balón ante el acoso de un muchacho chino. Con orgullo, se dice: Yo contribuí a la formación de este chaval...

A Gwen le vuelve loca que Gideon, a diferencia de ella, no esté unida a la niña por sogas de carne sangrante. Gideon se marcha del apartamento por la mañana; Bella le sonríe y lo contempla con cierta curiosidad cuando él le dice adiós y agita la mano. Gwen termina de desayunar y se dispone a coger su cartera de trabajo; nada más verlo, la niña empieza a llorar a lágrima viva con el rostro escarlata, chillando como una cerda atrapada. En el trabajo, Gwen sigue estando tan afectada por el recuerdo de sus brazos tendidos hacia la puerta, de los aullidos convulsos por la pena, que muchas veces sale disparada por la puerta a la hora de comer y cruza el parque corriendo para reunirse fugazmente con la pequeña. Se echa entre los brazos de la niña, mientras promete: Nunca, nunca más nos vamos a separar...

¿Y qué pasa cuando Gideon llega a casa los fines de semana? «Para cuidar de ella un poco» (¡sin comentarios!) mientras Gwen se mete en la cama a rastras y se hunde en una siesta sin fondo.

Incluso entonces, su marido no parece sentir la necesidad de aprovechar estos inusuales momentos de compañía, de conocer a su hija un poco mejor, de dejar su «huella» en ella. No, cuando Gwen sale de su sueño, Gideon está en el estudio, charlando con su abogado o navegando por la red en el ordenador de Gwen, mientras la niña está inmóvil al otro lado de la habitación, amarrada a la mecedora.

—¿Has descansado un poco? —pregunta. Su sonrisa de bienvenida se desvanece cuando observa que Gwen lo está mirando con las manos puestas en sus caderas furiosas.

—Ni siquiera la estás mirando.

—Te estoy mirando a ti. La niña está bien. Yo también estoy bien. Relájate un poco, anda. ¿Qué problema hay?

—De mayor se convertirá en una sociópata si tú no interactúas con ella en lo más mínimo.

—Estaba dormida. Y estábamos interactuando, mientras ella dormía.

—¿Y ahora qué me estás diciendo? La niña nunca se duerme antes de las once. ¿Es que le has dado alguna cosa para que se quede frita?

Por supuesto, a la que oye la voz de su madre, Bella levanta los brazos y se echa a berrear.

—La niña estaba bien hasta que entraste en la habitación.

—Igual es mejor que me marche.

—¿Qué es lo que te pasa, Gwen?

—Tú sólo la ves un par de horas a la semana, pero la niña está cambiando día a día. Te estás perdiendo su proceso de crecimiento. Ni siquiera sabes lo que te estás perdiendo, en qué momento se encuentra. Estás tan acostumbrado a verla dormida que si te la encuentras despierta, al momento quieres que se duerma otra vez para que te deje seguir con tu trabajo.

—Estoy muy liado —dice él, sin alterarse.

—¿Sí? Pues yo también estoy muy liada. Mejor dicho, me gustaría estar liada en según qué cosas, pero en la vida hay prioridades. Hay cosas que son más interesantes...

—Yo pensaba que querías que me pusiera a trabajar...

Gwen ignora estas palabras.

—¿A ti qué te parecería si mi relación contigo se redujera a conseguir que te durmieras? Que cuando Constance me llamara y me preguntara: cómo está Gideon, yo le respondiera que muy bien, es un marido estupendo, duerme siete horas cada noche y el fin de semana hace la siesta, lo que me va muy bien para avanzar en mi trabajo. ¿Qué te parecería si cuando tú y yo estuviéramos a solas me pusiera a llamar por teléfono o a leer un libro mientras cenamos?

—Esas cosas ya las haces —dijo él con una sonrisa torcida—. Y por mí no hay problema. Yo sé que soy un buen marido.

6

«¿Por qué nunca te ocupas de Bella?» ...La frase lleva tiempo siendo un hacha cernida sobre la cabeza de Gideon, rozando peligrosísimamente los pelos de su cuello en este momento en que de nuevo pasa más tiempo con Ethan. Bueno, ¿y por qué no?, concede él sin alterarse, para desinflar un poco las velas de su mujer.

A la mañana siguiente anuncia:

—Ven conmigo, Osa, que nos vamos de aventura.

Gwen lo prepara todo: una mochililla con pañales, toallitas, una muda de ropa, una botella de agua, un tupper con yogur y un plátano machacado. Suspica, inquiera:

—¿Te la vas a llevar en el metro? Con lo sucio que está...

—¿Prefieres que me la lleve en la bici? —responde él con una sonrisa maliciosa, y a Gwen de pronto la atenaza el recuerdo desgarrador de la primera vez que vio a Gideon, junto a la estatua de Alicia en el País de las Maravillas, en bicicleta y con Ethan sentado en el cuadro: una punzada de celos ante Gideon-con-niño, de su ternura masculina, entre animal y juguetona...

A lo largo del día entero, en lugar de sentirse liberada, se encuentra perdida. Tenía pensado llamar a Christopher para ver si quería verse con ella en el Frick. (Gwen se muere de ganas de ver otra vez el retrato que Hans Holbein el Joven hiciera de Tomás Moro, casi puede ver los afeitados pelos blancos de la barba en su mandíbula cuadrada, su expresión de testaruda probidad.) En vez de ello, se pasea por el apartamento, regando las plantas, fregando las encimeras, haciendo una lavadora.

Cuando se presenta con Bella por la noche, Gideon trae consigo unas flores y una caja con sushi para la cena de Gwen, mientras que la niña está dormida en el carrito. A Gwen se le cae la baba cuando Gideon le refiere sus andanzas. Por supuesto (dado que Gideon es hombre), todo el mundo ha estado haciendo lo que ha querido con la niña, Andrea, Amnon y Hector se han pasado la mañana haciéndole monerías,

mientras Gideon y Sancho iban a entrevistarse con la concejala del distrito, una antigua trotskista que los está ayudando en su lucha. Por la tarde estuvieron jugando con marionetas (Bella casi se las arregla para decapitar al alcalde Giuliani, lo que Gideon se toma como buena señal) y luego fueron al Red Hen donde cenaron — pronto— emparedados de plátano con mantequilla de cacahuete y regados con batidos.

—Lo hemos pasado fantástico —concluye Gideon—. La niña es un encanto, pero, la verdad, prefiero estar contigo. ¿Por qué no vienes a trabajar conmigo un día?

Pone a Gwen en su regazo y aprovecha para deslizar su mano entre las piernas. Gwen le aparta la mano, se levanta y se va. ¿Adónde? Demasiado tarde, desea no haberlo hecho. Sería bueno descansar un poco la cabeza en su regazo como si fuese una gran muñeca, dejarse llevar y disfrutar de un poco de la carne (no son muchas las noches en que Bella está dormida a las siete y ella se encuentra tan descansada).

Pero no consigue permitírselo. Sigue estando demasiado irritada con Gideon por haberla dejado en la estacada con este bebé cuya brutal necesidad de ella Gwen encuentra aterradora. Le pone furiosa que él, en lugar de tratar de aliviarle un poco de la carga que a ella le supone esa necesidad —tratando de que Bella también necesite un poco de él, por ejemplo—, encima le eche en cara que todavía no es lo suficientemente desinteresada. Por una vez, Gideon podría reconocer que, dados su propio historial familiar y su escasa inclinación hacia la maternidad, ella no lo está haciendo mal en absoluto. A veces Gwen piensa que Gideon en secreto quiere obligarla a dejar el trabajo para que se quede en casa con Bella a tiempo completo, y que, una vez que él tenga éxito en lo suyo, un día se levantará por la mañana y la dejará.

CAPÍTULO OCHO

—¡Wolkowitz! —grita Gebler. Es un hombre grandullón con la voz resonante; si no se hubiera casado con una mujer rica, podría haber encontrado colocación como presentador de circo.

Gideon lleva un rato dando vueltas por el interior de la fundación Aurora, a la espera de que Gebler deje de hablar por teléfono. El edificio de la fundación es un palacio plateado con los espacios blanquecinos enclavado en First Street y diseñado por un arquitecto alemán con intención de que se asemeje a cierto Valhalla de criptonita. Gideon aprovecha para echarle un vistazo a la última exposición: una joven australiana ha creado un friso confeccionado con papel de taquigrafía en el que una mano infantil ha trazado unas cruces con rotulador indicadoras del número de días que faltan para el Nuevo Milenio, todo ello mezclado con oscuras fotocopias con grano de pirámides mayas y prisioneros vestidos con pijamas a rayas... ¿Ese de la jaula no es Eichmann?

Gideon vuelve al despacho de Gebler. Con el culo apoyado en su escritorio, un escritorio estilo imperio dotado de garras de león y águilas doradas que parece proclamar que a él en realidad eso del minimalismo no le va, está sirviendo whisky escocés en dos vasos anchos. A Gideon le encantan los licores fuertes, y Gebler acaba de sacar uno de esos maltas de edición limitada elaborados en algún islote con subsuelo de turba próximo a las Hébridas en el que no viven más que monjes y borrachos.

Gideon bebe un sorbo y suspira. Humo, fuegos de turba, carboneros, el Atlántico norte embravecido, una maravilla. Suspira otra vez, sueña con que es pescador en una isla escocesa tan sólo habitada por siete mudos octogenarios que no se dirigen la palabra los unos a los otros. Suspira. Bebe un sorbo. Sospecha que tiene la secreta vocación de convertirse en un alcohólico. Saca una cajetilla de puritos del abrigo del impermeable, le ofrece uno a Gebler, quien lo rechaza y en su lugar enciende un puro habano.

Gideon se ha pasado más de una semana jugando al ratón y al gato por teléfono con Alfred Gebler. Alfred Gebler y su esposa dirigen una fundación que, después de que el consejo neoyorquino para las artes escénicas dejara de subvencionarlos, se ha convertido en el donante primordial de Pants on Fire. La razón por la que la

fundación Aurora, que cuenta con instalaciones permanentes de Joseph Beuys y Richard Serra en su atrio y paga medio millón de dólares a artistas mundialmente famosos para que construyan torres de Babel en el desierto de Arizona, se preste a reconocer la existencia de una compañía de marionetistas tan minúscula e insignificante como Pants on Fire radica en que son vecinos. En los años setenta, cuando el SoHo seguía siendo un barrio de talleres y almacenes, cuando Gary Brager-Wolkowitz llevaba el pelo a lo afro y sus dos preocupaciones principales eran no catear geometría y meterle mano a Laurie Kotlow, los Gebler compraron un viejo edificio escolar en el Lower East Side y lo convirtieron en un Palacio de la Cultura. Lo que aporta esperanzas a Gideon de que, amén de apoquinar la beca anual para los Pants on Fire, acaso se muestren interesados en Salvar La Merced, una institución hermana amenazada con la extinción.

Gebler tiene unos cincuenta años y es un disoluto paterfamilias que gusta de relacionarse y hacer el tonto con la gente joven. Gideon lo conoció años atrás durante una fiesta navideña en La Merced, cuando por casualidad entró en el despacho de Sancho y se encontró a éste fumando crack en compañía de un hombre con una barba pelirroja y vestido con un esmoquin de terciopelo. Sancho más tarde se lió con una chica con carácter que no le deja tontear con las drogas, pero Gebler da la impresión de andar en la misma tesitura.

Gebler se mostró contento de recibir llamada de él.

—Aunque ya sé que sólo me llamas para sacarme dinero. Déjame mirar mi agenda apretadísima... Mi secretaria se ha marchado por ahí. ¿Quedamos para comer juntos el martes?

—El martes estoy en Queens todo el día.

—¿Vas a visitar a tu madre?

—No. Yo sólo voy allí donde me pagan. Estoy dando clases en un taller...

—Eso de los talleres nunca lo he entendido. Ni que fuerais mecánicos de coches. Espera un segundo... Mi mujer por Navidad me regaló esta agenda electrónica, y mira que yo no sé ni colocar una bombilla. Yo creo que lo ha hecho para que me quede en casa por las noches... Hmmm... Hmmm... Hmmm... No sé cómo salir de la página donde explican qué años son los mejores para los vinos. Vaya... Ni se te ocurra comprar Beaujolais del 95. Hmmm... Hmmm... Hmmm... Me rindo. ¿Qué haces ahora mismo? —preguntó finalmente.

—Ir a verte.

—¿Cómo va todo en vuestro grupo? ¿Cómo se llama la chica gorda ésa que trabaja contigo? —pregunta Gebler en este momento, con los ojos entrecerrados tras el humo gris-azulado.

—Dina Gribetz.

—¿Le habéis encontrado novio de una vez? Acuérdate de que una vez te dije que tengo este amigo en Detroit, Manny, al que le van las tías macizas...

Gideon está tamborileando con el pie.

—No creo que Dina esté por la labor de convertirse en objeto de perversión sexual para un desconocido.

—Pues explícale que las gordas se tienen que conformar con lo que hay.

—¡Hombre! ¡No es tan gorda!

—Explícale que si no deja de hincharse a dulces, un día de éstos va a quedarse atascada sin poder salir dentro de ese teatrillo vuestro.

Irritado, Gideon hace un gesto que dice: Ya está bien, hombre. En ese momento recuerda que Gebler una vez le dijo que, a sus ojos, en el mundo tan sólo había dos tipos de personas: los vivalavirgen y los puritanos. Está claro que Gebler debe de haberlo consignado ya al campo de los puritanos.

—¿Y Sancho en qué anda metido estos días?

De un modo u otro, Sancho y Gebler han perdido el contacto y hasta han dejado de apreciarse mutuamente, pues ambos son hombres que exigen una lealtad insostenible a sus amigos. Sancho se pone furioso cuando oye hablar de los Gebler, pues está convencido de que al principio se aprovecharon de él para ser aceptados en el Lower East Side, cuando el activismo de barrio era cosa de alemanes y estaba bien, hasta que se aburrieron del asunto.

—En hacer la revolución —responde Gideon—. Te supongo enterado de que el ayuntamiento esta vez va en serio y se propone subastar La Merced. La idea es aprovechar el solar y construir apartamentos para los ejecutivillos de Wall Street.

—La misma historia de siempre. Cuando vinimos a este barrio, éramos los únicos blancos en cincuenta cuadras de casas a la redonda. ¿Te acuerdas de Dominick's?

—No.

—Aquel restaurante que había en la Avenida A. Yo creo que alguna vez llegamos a comer juntos allí. La gente al principio pensaba que el propietario estaba loco: a nadie se le ocurría que un restaurante macrobiótico de calidad pudiese funcionar en este barrio tan hecho polvo. Pues al propietario lo han puesto de patitas en la calle. De la noche a la mañana le cuadruplicaron el alquiler. En el local ahora van a abrir una boutique de Christian Ibarra. En la esquina de First Street y la A... Me lo dicen hace unos años, y no me lo creo. Nueva York es demasiado. Antes no conocía a nadie que tuviera más dinero que yo mismo, por la época en que pillar un taxi era una especie de dispendio. Ahora cualquier pelanas que te cruzas por la calle tiene su propio avión privado Learjet...

Gideon le explica la fiesta que están organizando bajo el lema Salvemos La Merced.

Gebler se lo piensa.

—¿Y Sancho por qué no ha venido a hablar conmigo directamente?

—Bueno, aquí nos lo curramos todos por igual...

—Te diré una cosa: estoy hasta las narices de Sancho. Don Sancho Panza. Eso del nacionalismo puertorriqueño es una camama y está más visto que el mear de pie. Si no le gusta vivir aquí, que se vuelva a Puerto Rico.

—Es dominicano.

—Es un demagogo, eso es lo que es.

—¿Un demagogo dominicano?

Pero Gebler por una vez está hablando en serio.

—Ése va por la vida de defensor de la gente corriente, pero la gente no hace ni puto caso a todas esas tonterías tuyas revolucionarias, así que ahora le ha dado por chantajear a Giuliani para que le regale —en nombre de la gente, eso sí— lo que nadie quiere para nada. Porque una cosa está clara: si los neoyorquinos quisieran más centros culturales de barrio, todo dios votaría a la Rainbow Coalition.

—Bueno, a mí no me parece muy democrático que... —(Mientras piensa: ésta es la razón por la que hacen falta subvenciones públicas para las artes, para que no tengamos que seguir haciéndole la rosca a gente como tú).

—Te equivocas. Sí que es democrático. Lo que la gente del Lower East Side de veras necesita son viviendas a precio asequible. Y sería muy propio de los romanos darles circo en vez de viviendas. Pero, ¿sabes una cosa? A mí el circo me encanta. Y me gustaría echarle un cable. Cuéntame más, anda.

Hablan sobre la fiesta que se está preparando. Gebler finalmente consulta su reloj.

—Oye, ¿por qué no te vienes conmigo al Kicky's? He medio quedado allí con una amiga.

—¿El bar de topless? —Gideon se ruboriza de una forma absurda, y Gebler se da cuenta al momento.

—Una conciencia culpable. Eres lo que no hay. Hacía años y años que no veía ruborizarse a alguien.

Es verdad. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que la mujer de Gideon ha mostrado ganas de disfrutar del sexo con él? La misma cachonda sedienta que antes se ponía de morros si él no se la metía antes de desayunar, cuyo placer era descubrir mil formas retorcidas para que ambos se corrieran, ahora se acuesta envuelta en pijama y finge sufrir de narcolepsia. Pero Dios sabe que la libido de Gideon sigue siendo la misma de siempre. No hay nada más patético que un tío con una erección a quien su mujer ignora por completo, como si fuera un mendigo que anda pasando el sombrero por los pasillos del metro. ¿Qué se esperaba ella? ¿Que, una vez ella hubiese sido fertilizada, la polla se le cayera al suelo sin más?

Así rechazado, de vez en cuando se sorprende a sí mismo haciéndoles bromas con segundas a la cajera del D'Agostino's, a Wendy del Red Hen, a la vendedora del Jem's. Bromas que rozan lo baboso y que no se permitía efectuar cuando era un soltero tranquilo y orgulloso de serlo, cuando tenía en gran estima su castidad de judío, una especie de dote que un día iba a entregar a su prometida. Gideon ahora bromea con las desconocidas, tanteando el terreno, dejándolo todo en el aire... Pues, hablemos claro, por muy entusiasmado que Gideon esté con su niña pequeña —más loco de amor de lo que nunca se hubiese imaginado—, la paternidad no basta para contentar a un hombre, por mucho que esa fascista que tiene en casa piense que es

así. ¿Es posible que él en este momento desprecie a Gebler porque en su crapuloso dejarse llevar esté viendo el reflejo distorsionado de su propia imagen?

—Vale... Pues vamos al Kicky's.

—Max me ha dicho que acaban de recibir una nueva remesa de rusas con las tetas grandes. El fin de la guerra fría le ha venido que ni pintado a los garitos de topless. Te digo que todas esas natachas andan bien equipadas de melones. —Gebler se ríe y hace salaces gestos con las manos; Gideon se ruboriza de nuevo y le ruega a Dios que no vaya a tener una erección pensando en... en nada—. Vamos, Wolk, que a ese local viene todo tipo de gente. He quedado con mi amiga Penny, que lleva una galería en Chelsea. Va a venir con un par de amigas suyas.

Gideon se lo piensa mejor y se dice que no hay nada más patético que unos hombres casados en un bar de topless; de repente menea la cabeza.

¿Qué clase de nueva etiqueta es ésta a la que Gebler se propone someterlo? ¿Es que ahora va a tener que pasarse horas mirando a unas gordas fulanas en pelotas para que el otro les suelte el talón?

—Alfred, creo que es mejor que no vaya. En casa tengo un bebé de cinco meses y...

—¿Es que ahora te dedicas a robar bebés? —Gebler entonces finge caer en la cuenta—. No me digas que el padre del niño eres tú.

—De la niña.

—¿Has tenido una hija? ¡Gideon! No tenía ni zorra idea.

¿Y quién es la desafortunada? Déjame que lo piense. Te habrás casado con... Con una marioneta. ¿Con Caperucita Roja?

—Pelirroja no es —indica Gideon—. Su padre es... Igual vosotros lo conocéis. Martin Lewis...

—¿Qué Martin Lewis? ¿El de la Paramount? ¿El que...? Sí, ya sé.

—El abogado.

—Ése. Si no recuerdo mal, su mujer está en el mismo consejo de no sé qué con Dolly. ¡Coño! No me digas que te has casado con la rubiales.

—Pues...

—¡Me dejas de piedra, Gideon! ¡Te lo tenías muy callado, pero eres uno de los nuestros! Venga un abrazo, machote. Algo me decía que un día de éstos tú también ibas a pegar un braguetazo de los buenos...

—Ya. Estoy en ello, supongo. Pero entretanto... Como no espabile, nos van a echar del caserón y me voy a ver de patitas en la calle. —Expulsada de su mente la cuestión de las mujeres desnudas, Gideon está decidido a perseverar en el empeño que le ha traído aquí.

—¿Por qué no le dices a tu suegro que te compre La Merced como regalo de bodas?

Gideon sonrío sin alegría y deniega con la cabeza.

—Alfred, mi suegro es uno de los principales apoyos de Rudy Giuliani. Y además

no me traga. Lo que le gustaría es ver cómo este judío de tres al cuarto hace la maleta y desaparece de su vida para siempre...

Gebler se ríe con satisfacción. Se ha arreglado la dentadura desde la última vez que comieron juntos. A todos los conocidos de Gideon de pronto les ha dado por ponerse unas impresionantes fundas acrílicas y someterse a unos blanqueadores hidráulicos no menos tremendos. El cuidado de los dientes es una de tantas subsecciones de la vida social que mágicamente están en alza a finales de los noventa y que Gideon —que no tiene seguro médico— ha pasado por alto...

Gebler apaga su habano en el cenicero, se acerca a Gideon y le pone una mano en el hombro.

—Tendrías que haberte casado con una de mis hijas, hombre. Aunque, ahora que lo pienso, las tengo comprometidas con varias familias reales europeas. Una se la he reservado al príncipe Alberto de Mónaco. La otra se la guardo a... ¿Cómo se llama ése de Bélgica que tiene una narizota? Igual podrías liarte con mi hijo, que no sé si nos está saliendo de la acera de enfrente... Siéntate, Gideon. ¿Me dices que tu suegro pasa de ti? Pues nada hombre, ahora mismo te extiendo un talón. Ya sabes que te quiero como a un hijo.

Entre risas, Gebler echa mano a un pedazo de papel y finge extender un talón por valor de un millón de dólares.

Y entonces añade:

—Ahora en serio, camarada, estoy seguro de que podremos ayudarte en lo de la fiesta. Pero antes tengo que hablarlo con la jefa.

La jefa, por supuesto, es su esposa. Oh, las alegrías de ser impecune y estar casado con una mujer rica...

CAPÍTULO NUEVE

—Está confirmado —dice Jacey—. Nos acaban de dar los resultados de la biopsia y, sí... Tiene la enfermedad de Hodgkin.

Gwen ya se andaba temiendo algo por el estilo. Su padre lleva un año entero sometido a una especie de gripe. Una gripe acaso difusa pero cuyos síntomas generales están ahí. Gwen ha estado mirando en Internet, investigando de qué puede tratarse. Encaja la noticia con serenidad, pues ya estaba preparada. A esas alturas lo sabe todo sobre el linfoma de Hodgkin. Podría tratarse de algo peor, podría ser leucemia. Podría ser...

Gwen y Jacey están sentadas en sendos taburetes en la cocina del piso de Sutton Place. La cocina es el único rincón del piso que Jacey no ha llegado a reformar, acaso porque pasa muy poco tiempo en ella. En consecuencia, la cocina sigue siendo una oscura madriguera con despensa y cuartito para la fregona, empapelada con un papel pintado amarillento que a Gwen le provoca una dolorosa punzada en el pecho, pues se trata del mismo papel exacto —ornado con ramos de zanahorias, perejil y mejorana con etiquetas— que había en el antiguo apartamento de la calle 93, aunque está completamente segura de que su padre no ha reparado en el detalle.

—Lo siento mucho, Jacey. —Gwen se acerca a ella y la abraza con fuerza. Así es como se hacen las cosas: eres tú quien trata de consolarla a ella. Reconociendo que eres lo bastante madura y tienes la suficiente sangre fría para advertir que su dolor tiene precedencia sobre el tuyo: a estas alturas, Martin tiene más de marido de Jacey que de padre de Gwen. Jacey traga saliva y suspira temblorosa, reprimiendo un sollozo. Se suelta de Gwen para secarse un ojo, se ríe de sí misma porque está llorando. Ella ama a este hombre. Lo encuentra exasperante, pero se ajusta a su idea de un hombre de verdad, y por muy inaccesible y encerrado en sí mismo que sea, encuentra que su personalidad es tan sólida como una roca.

—Cosas que pasan. Pero los médicos dicen que se lo han detectado en la segunda fase, lo que está bien. De todas formas, tienen que hacerle un TAC para asegurarse.

—¿Él cómo lo lleva?

—Bueno, él es duro de pelar. No quiere hablar del asunto, ni siquiera conmigo. Le aterra que quienes trabajan con él puedan llegar a enterarse de que no está al cien por cien de sus facultades.

—Así que ahora tienen que asegurarse de la fase en que está...

—Sí, y entonces... Entonces te someten a tratamiento como paciente externo. La mayoría de la gente ni siquiera tiene que pasar por la quimioterapia. Te tratan con radioterapia, que es... nada. Te la aplican por las mañanas, y al mediodía ya estás otra vez en el despacho. El índice de curación es del noventa por ciento... Es lo que me han dicho los médicos del Memorial. De todas formas, voy a llevarlo a Boston para que nos den una segunda opinión. Vamos a consultarlo con Dana Farber, que es el número uno... (En esto se han convertido las enfermedades últimamente para los ricos: en una nueva forma de consumismo, en el recurso a profesionales de renombre que calman tus ansiedades con tecnología de ultimísima generación. Por Dios, se dice Gwen de repente, llevo demasiado tiempo viviendo con un progre.)

Gwen entra en el estudio, donde su padre está mirando la tele.

—Hola, Chug. —Sin apenas levantar la mirada. Joe Masón está comentando el partido de la jornada: los Yankees contra los Red Sox.

Gwen se agacha para besarlo.

—Papá, siento haberme enterado...

Su padre da el tema por zanjado con un enérgico movimiento de su brazo.

—Hablemos de cosas más alegres.

Con el pulgar regordete busca el mando del volumen, por si su hija fracasa en el empeño.

—Quería daros las gracias por haber venido el domingo pasado.

—Fue un placer. —Jacey y él se pasaron por La Merced al principio de la fiesta, con los niños (estaba claro que a su padre todo aquello le resultaba más digerible si podía catalogarlo como una celebración «para los críos»)—. ¿Cómo fue todo?

—Un éxito total.

—Había bastante gente.

Se muestran un poco envarados, como siempre sucede cuando están hablando de Gideon.

—Sí, la cosa superó todas sus expectativas. Gideon está contentísimo. La respuesta ha sido fantástica; la gente no hace más que llamar ofreciéndose a ayudar en lo que puedan. Y han salido en los periódicos; en el *Observer* les han dedicado un artículo entero... —Gwen está parlotando con insinceridad. Malditos sean sus nervios. Maldito sea su nombre, que se niega a reconocer las cosas—. Te he enviado los recortes de prensa por correo; supongo que te llegarán en un par de...

—Bien, bien —dice Martin, distante. Por descontado, Martin opina que el ayuntamiento tiene la responsabilidad financiera de subastar a precio de mercado sus propiedades en desuso—. Tenemos que presentarlo a Mort un día de éstos. —Con el dedo sube el volumen; empieza el partido, y es Boston quien batea—. ¿Cómo está la niña?

—Preciosa.

—¿Ya ha aprendido a decir «abuelito»?

—No, pero empieza a gatear. ¿Serena y Al están en casa?

—Están arriba. Jacey les ha comprado esos tamagochis... En la vida había visto un juguete más tonto.

—Que les ha comprado... ¿Qué?

—Unos tamagochis.

—Tama...

Martin de repente le dirige una sauriana mirada desdeñosa.

—Pero, ¿en qué planeta vives, Chugga? ¿Y tú eres madre? Estamos hablando del juguete del siglo. En Japón han vendido cuatro millones de ejemplares. Los de QVC vendieron seis mil en cuatro minutos el día en que los puso a la venta. ¡En cuatro minutos! Y esos cacharros no son baratos: te salen por unos dieciocho dólares.

Los Red Sox no han tenido suerte en las carreras, dejan los bates y se preparan para las casetas. Publicidad. Una gestoría de inversiones anuncia sus servicios. Gwen repara en que el mismo béisbol se está viendo afectado por el boom económico del momento. En los viejos tiempos, lo normal era que los anuncios fueran de cerveza Budweiser.

—¿Y qué son?

—Pues... Son como unas mascotas pequeñas en una pantalla de LCD que llevas en el llavero. El truco está en que son mascotas de verdad: uno tiene que sacarlos de paseo, darles de comer, jugar un poco con ellos cada cuarto de hora... Si no lo haces, se mueren. En la escuela de los niños andan de cabeza. Han tenido que recurrir al psicólogo —ya sabes que en Dalton tienen un psicólogo en plantilla—, pues los niños andan medio histéricos porque se les ha muerto el tamagochi...

—¿Los japoneses no creían en la reencarnación?

—Mejor prefieren cobrar dieciocho pavos otra vez.

Gwen sonríe. Si tuvieran costumbre de tocarse físicamente, le daría un beso, pero no la tienen. ¿Tú también te vas a morir, mi papá-tamagochi? ¿Vas a morirte porque nos olvidamos de sacarte a pasear? Los ojos de Martin están fijos en la pantalla demasiado brillante. Una pareja joven en este momento está siendo aconsejada por un hombre mayor y con las sienas plateadas. En el plano siguiente aparece la enorme casa de estilo colonial que acaban de comprar, unos niños rubios que corren por el césped, el hombre y la mujer se cogen de las manos. La imagen vuelve a ser la de la cancha deportiva de un verde fosforescente, la de los jugadores en el banquillo. La mano de su padre en ese momento se hace con el mando a distancia y sube el volumen a un nivel ensordecedor, excesivo para conversar.

Los Yankees batean dos veces seguidas, sin completar las carreras. En la caseta, Joe Torre está mirando la jugada con el rostro lúgubre y los hombros caídos. Asimismo en la caseta, Derek Meter suelta un largo salivazo de tabaco de mascar y le dice algo a un compañero de equipo cubriéndose la boca con la mano. Ahora le toca batear a Daryl Strawberry, esa gacela con la cabeza pequeña y los largos brazos y piernas, quien levanta el bate hacia atrás, por encima de su hombro, un poco más

atrás todavía, un poco más aún, presto a golpear... y no le da a la pelota. Plano general del estadio, con la caseta de los Yankees en primer término.

—Me parece que los Yankees esta temporada no se van a comer un rosco. Porque soy un aficionado de toda la vida, que si no me hacía seguidor de los Braves...

CAPÍTULO DIEZ

1

—Hola —saluda Christopher.

Como tantos individuos despóticos, Christopher habla bajito, sin levantar nunca la voz. (Cuando acercas el rostro para entender sus palabras, captas este aroma a loción del afeitado de las de antes, a virilidad un poco ambigua, y de pronto te sientes débil. Hace veinte años que se conocen, y Gwen algún que otro día sigue pensando que está enamorada de él.) Al teléfono, apenas resulta audible. Tras su voz se oye el mismo barullo de autobuses y sirenas que Gwen escucha desde su propio despacho.

—¿Dónde estás?

—Me ha dado por escaparme de la oficina. Si te tiro un guijarro a la ventana, ¿bajarás a verme?

Gwen cancela una cita prevista para primera hora de la tarde y se reúne con él en el Karoly, donde él la coge con fuerza por el codo y le hace de guía por una exposición de De Kooning: rubias serpenteantes y con los ojos redondeados, cuyos labios-vulva entreabiertos y fruncidos permiten ver los colmillos. Caníbales de un rubio desvaído, cuadros que son un delirio de odio/fascinación/deseo.

—Tal es la razón por la que De Kooning es el único artista que puede ser considerado descendiente directo de Tiziano.

—No me digas, Christopher.

Salen otra vez a la calle, donde el día es de principios de verano, y un viento retozón mece las verdes hojas de los plátanos jóvenes, el cielo es de un azul reluciente y no tiene sentido estar encerrado en un despacho tenebroso. Todo apunta a que Gwen también va a tener que cancelar la reunión de las cinco. Finalmente echa mano al móvil que tiene en el bolso.

—¿Carole? Me ha salido un imprevisto. ¿Puedes decirle a Gerald que esta tarde no voy a volver?

Pasean Madison Avenue abajo; beben sendos espressos y degustan unos sorbetes de mandarina en el Sant Ambroeus. Christopher allí saluda brevemente con la cabeza a un colega del trabajo, tras de lo cual agarra a Gwen por el codo y se la lleva a la calle.

—Es que no quiero estar un minuto más ahí dentro...

Y Gwen, quien se ha pasado la hora del almuerzo encerrada con su padre en el Sloan-Kettering, está igualmente ansiosa de disfrutar del sol de junio. Madison Avenue centellea, bajo un calor y un frío radiantes, bajo la caprichosa rayuela reluciente del sol y la sombra. Pasean hacia el sur, deteniéndose ante la tienda de un anticuario chipriota especializado en objetos clásicos («Este hombre es famoso porque contrata a delincuentes turcos para que roben en los yacimientos arqueológicos...») para admirar a una mujer de alabastro de las Cicladas, una diosa de la fertilidad tan perfecta como una palmera datilera: una forma carente de rostro con pechos y un pubis encajado entre los muslos rollizos.

—¿La compro? —se pregunta Christopher.

—Claro...

Vuelve del establecimiento con una tarjetita en la que está escrito con tinta el precio de salida de la diosa. ¿No era aquello lo que todos los hombres querían: una mujer sin cabeza? El propio Gideon siempre le estaba diciendo, medio en serio, si no pensaras tanto, estaría la mar de bien...

Pasan junto a escaparates en los que hay muestras de caligrafía otomana, cuero florentino, las novelas de la temporada. Gwen contempla la mercancía en ellos dispuesta con concupiscencia no disimulada: esta exuberancia, esta opulencia imperial tardía, la vertiginosa profusión de putos objetos que poseer. Es de suponer que esto es lo que Gideon tacha de consumismo, aunque a ella más bien la lleva a pensar en la zorra suelta en el gallinero.

Gwen se contentaría con seguir mirando fascinada los escaparates, pero Christopher, que disfruta imponiéndose a los dependientes de las tiendas, entra en ellas sin vacilar.

—Por favor. Mira que Armani llega a ser aburrido —observa—. No sé qué encanto le ven al color beige.

Pasan junto a la tienda de un diseñador que sí que le gusta: Christian Ibaranguoitia.

—Los del *Vogue* francés no paran de hacerle publicidad, pero en una cosa tienen razón: sus prendas están cortadas como tiene que ser. Su madre fue costurera de Balenciaga, y de niño él se entretenía en confeccionar vestidos para muñecas a partir de retales.

Entran, después de tocar el timbre y de que les abra la puerta una muchacha afroasiática con aire melancólico y zapatillas deportivas plateadas de plataforma.

—Déjame comprarte algo —dice Christopher.

—No, yo... No puedo.

—No seas ridícula. Quiero regalarte algo. ¿Es que no te gustan estas ropas?

Gwen tartamudea, desvía la mirada.

—Christopher, no puedo.

—¿Por qué no? —pregunta él, frunciendo el ceño.

Gwen echa una mirada a las prendas que hay en un perchero, presta atención especial a un vestido bordado de chiffon y reprime el impulso de cogerlo.

—Cógelo —urge él—. ¿Es tu talla? ¿Qué talla gastas, la 38?

—No lo sé, desde que tuve a Bella... —En realidad, Gwen ha vuelto a perder peso, y hasta es posible que esté más delgada que antes.

Entra en el probador, sintiéndose embargada por un placer que le resulta familiar. El vestido de noche tiene un corte al bias y se ajusta a las caderas y el trasero, cayendo en pliegues como una túnica griega y dejando sus hombros al desnudo. También hay una camiseta de charmeuse color albaricoque rematada por una guerrera de chiffon con manga corta de un alucinante color lavanda luminoso con bordados en naranja. Gwen se niega a mirar el precio: el vestido, que viene sujeto por los hierros reservados a las prendas de mayor valor, tiene toda la pinta de costar billones.

Cuando sale del probador, la dependienta suelta un gritito al ver lo bien que le sienta. Gwen se mira al espejo y contempla una estampa de reina, casi salvaje, una estampa que quiere recuperar.

—Te lo compro —ofrece Christopher.

—Ya lo pago yo —responde ella—. De verdad. Me he pasado un año entero viviendo como una eremita; tengo ganas de darme una alegría.

Sigue sin atreverse a mirar el precio del vestido; a ciegas (con una rúbrica ostentosa y descuidada), firma el recibo de la tarjeta de crédito. Qué coño, antes se gastaba miles de dólares en ropa. No se va a arruinar por un vestido.

En la calle, Gwen balancea la bolsa verde oscuro de la tienda, en cuyo interior el vestido está envuelto en papel rojizo de tisú. Paseando Madison Avenue abajo, con un hombre apuesto cogido de su brazo... Esta es quien soy yo en realidad, se dice, éstas son las fantasiosas adquisiciones a las que estoy acostumbrada.

En la calle 56, Christopher la dirige hacia Park Avenue, donde ambos acaban en el Monkey Bar. Gwen se desliza en una banqueta, pide un bullshot, pilla un puñado de cacahuetes. Cruza una mirada con su vecino de mesa. Un hombre alto y con las mejillas chupadas que está fumando en pipa. ¿Holandés? ¿Inglés? Se siente atolondrada, una impostora ante este hombre que imagina como Christopher: un hombre para quien las mujeres son sinónimo de complejidad, de elegancia, de capricho. De perdición.

—Por Dios que me alegra verte así, un poco más animada. No te miento si te digo que vuelves a tener la cara con buen color.

—¿Te parece que es posible calcular el dinero que he gastado en función del color de mis mejillas? La verdad, estaba desesperada por soltarme un poco —confiesa—. Lo de la enfermedad de mi padre ha sido un golpe bajo.

—Es curioso, ¿verdad? Cuanto uno más piensa que los detesta, luego más complicada resulta la cosa. Mira, yo me pasé años enteros deseando que mi padre se muriera, y cuando eso por fin sucedió...

—No creo que Martin vaya a morir tan pronto. El problema es Jacey, quien se

ha... derrumbado. No tiene la menor idea de cómo llevar la situación.

Gwen contempla las lámparas simiescas, el papel pintado con dibujos de monos. Siente que han pasado mil años desde que conoció a Yilmaz en este local. Se ha convertido en otra persona; por mucho que vaya haciendo ostentación de su bolsa de Christian Ibarraengoitia, ya no es una de las elegidas. Los políticos podrán cortejar su voto prometiendo ventajas para los enfermos de cáncer o mejoras en la baja por maternidad; los fabricantes de automóviles podrán cortejar sus dólares con nuevas prestaciones de seguridad; pero ésa es toda la atención que puede esperar de los hombres, a no ser que un día de veras entre en el mercado laboral, en cuyo caso tratarán de matarla.

—¿Qué haces este fin de semana? —pregunta Christopher.

—No sé —dice ella—. ¿Quieres que nos veamos? Gideon está trabajando, y tenía pensado salir con Bella a algún sitio...

Gwen se imagina que está con Christopher y Bella en el tiovivo de Central Park, tomando el té en el Plaza. ¿Siguen tocando valsos vieneses en el Palm Court? Se muere de ganas de que Christopher conozca a su hija, le dé su aprobación.

Christopher lleva puesto un traje de tweed cuyos cuadros óxidos y marrones están cruzados por rayitas violetas, así como una camisa de color lavanda; los gemelos en sus puños —ambarinos de camafeos— son increíblemente bonitos.

—Este fin de semana me marchó a Londres; un artista que conozco expone en una colectiva en Whitechapel.

—¿Yilmaz también va?

—No puede salir del país hasta que tenga los papeles en regla. Voy a dormir en el Stafford. Es mi último descubrimiento: hacen los mejores martinis del mundo. Estoy invitado a cenar en casa de Constance y Roger el sábado por la noche. ¿Por qué no te vienes conmigo? Tampoco es tan caro.

Gwen suspira, de modo audible, y siente embarazo ante lo feroz de sus ansias de marcharse.

—Los bebés no son muy buena compañía en un vuelo transatlántico.

—Pues deja a la niña en casa. ¿Es que tienes algo especial que hacer este fin de semana?

—Nada. Ir al parque. ¿Qué más, si no? —Gwen mira otra vez de reojo al delgado holandés fumador en pipa, quien en ese momento se levanta y... se va.

—No te castigues, Gwen —dice Christopher, con énfasis notorio—. Tú no has nacido para hacer de esclava. Estoy convencido de que lo mejor para tu hija es contar con una madre que sabe disfrutar de la vida. Vente conmigo a Londres. Tienes un marido que es un sol con la niña. Bastante más sol que tú misma, todo hay que decirlo. Tienes una niñera. ¿Qué problema hay? Lo pasaremos bien, y tú luego te sentirás mucho más feliz. Estás tan deprimida que ni te das cuenta de que estás deprimida.

Pero no puede. No puede, porque no se imagina que pueda decirle a Gideon: oye,

que me voy a Londres este fin de semana; te quedas con Bella. No puede, y no porque eso sería injusto para él, sino porque ambos se han enzarzado en una especie de jueguito en el que ella es una mártir que todo lo hace por el bien del niño y él es un mártir que todo lo hace por el bien de la familia, de forma que nadie tiene un momento para pasárselo bien.

2

Un deslucido edificio municipal en Centre Street.

En la calle, los manifestantes protestan tras las azules barricadas policiales. Sábanas blancas con lemas pintados en rojo: «¡Viva La Merced!», «¡Rudy, enemigo de las artes!», «El Lower East Side necesita más teatro y menos yuppies».

Gritos que se alzan y desfallecen. Un par de policías están al cargo de la manifestación. Algunos oficinistas que vuelven del almuerzo se detienen a curiosear; los manifestantes les entregan folletos. Un periodista de *El Pueblo*^[17] está entrevistando a Gideon y a Sancho; alguien está grabándolo todo con una cámara, y Gideon está convencido de que ese alguien es un secreta. Entre los presentes distingue a Wilbur Gutiérrez, que ha venido con sus amigos de la Community Garden Coalition, a John y a Javier de Las Abuelitas; a Annie Dolores; a la concejala, qué bien, a la novia de Sancho y su hijo que está muy crecido, quienes llevan consigo termos y una canasta de espuma de poliestireno para picnic. Habrán unas cuarenta o cincuenta personas. Todos están preparados para pasar la larga tarde calurosa en la acera, pues les está vedada la entrada al edificio, en el que va a celebrarse la subasta. Con todo, Carlos está en el interior y ha prometido transmitirles información por medio de su teléfono móvil.

Gideon, Dina, Dan, Andrea, Sancho, Carlos y el abogado Thomas Healey, todos ellos vestidos con sus mejores ropas, están apretujados en el ascensor. Enfilan el pasillo, se dirigen a la Sala 314 y ocupan sus asientos. Escrutan a los hombres vestidos con trajes de verano, tratan de adivinar quién es el enemigo. Murmullos, codazos, susurros. ¿Conoces de algo a ese tío de las gafas? Nos está mirando. No sé, me suena de haberlo visto en la oficina de Steve Menkes. Yo pensaba que Menkes había tirado la toalla... A la media hora, el subastador municipal sube al estrado. Empieza la diversión. Se subastan lotes pertenecientes a cinco distritos distintos. Un edificio en la Gowanus Street, un solar vacío en la Van Dusen Street que resulta ser lo que ha atraído hasta aquí al hombre elegantemente trajeado que Gideon tenía por posible pujador para La Merced.

Minutos, minutos que se arrastran, minutos que pasan volando. Algunos lotes no llegan a ser vendidos. Por lo general, los precios finales no están muy por encima de los de salida. El aire acondicionado runrunea pero acondiciona muy poco. Sancho y Thomas Healey debaten entre ellos murmurando ruidosamente.

A las tres cuarenta y cinco llega el turno del lote 17. El subastador lee en voz alta

una concisa descripción de La Merced. Una pausa, e invita a pujar por ella.

Momento en que Thomas Healey, como una hada mala en un bautizo, se levanta.

—Señor, quisiera dejar constancia de que este edificio en realidad no está a la venta. El edificio es sede de doce organizaciones distintas, todas las cuales pagan alquiler y están en desacuerdo con la venta. Si alguna persona mal informada tiene intención de adquirir el edificio, ya puede irse preparando para pasarse la vida entera metido en pleitos muy costosos, con muy pocas probabilidades de hacerse con el control efectivo de la propiedad.

Un rumor sordo en la sala. Las dos filas enteras de partidarios de La Merced que se han hecho pasar por compradores en potencia empiezan a corear una y otra vez:

—¡Las manos fuera de La Merced! ¡Las manos fuera de La Merced!

Los alguaciles necesitan un par de minutos para expulsar de la sala a los que protestan, tras de lo cual se reabre la subasta. En la sala siguen Sancho, Gideon, Carlos, Tom Healey y Dan. El subastador invita a pujar por la antigua escuela parroquial sita en el 235 de Attorney Street.

—¡Diez centavos! —grita Sancho.

Su oferta es ignorada.

—Aquello es una ruina —explica Sancho en voz alta—. Si lo sabré yo, que vivo en ella.

Risitas. El subastador demanda silencio.

—¡Cuatro centavos! —exclama Gideon. El subastador anuncia que si se dan más interrupciones, los alborotadores serán expulsados de la sala. El precio de salida es de 750.000 dólares.

Un hombre alto y vestido con un traje beige ofrece ochocientos mil.

—El caballero ofrece ochocientos mil dólares —indica el subastador.

—¡Tres centavos! —grita Gideon.

Un policía que hay se acerca a su lado y en voz baja le pide que por favor lo acompañe. Gideon se deja caer en el asiento y empieza a chillar:

—¿Es que la libertad de expresión ahora es delito? ¿Por qué quieren arrestarme?

Dos policías lo agarran, por una axila cada uno, y lo arrastran al pasillo lateral de la sala sin que sus pies apenas rocen el suelo.

En la sala se hace el caos. Los ocupantes de La Merced que siguen en ella no paran de gritar, un hombre corpulento vestido con pantalones de pinzas color caqui está empujando a Carlos, quien lo agarra por el cuello de la camisa. Más policías. La gente se ha levantado de sus asientos y estira las cabezas para contemplar el follón. Sus rostros expresan asombro, curiosidad, fastidio.

—¡La Merced no está en venta! ¡Es un centro artístico, y nosotros vivimos en ella! ¡Esta subasta es un robo! —grita Gideon, mientras a empujones lo hacen salir al corredor y lo meten en el ascensor. Alguien le ha soltado una colleja en la sien, de modo que ahora le zumba un oído. En la calle, los manifestantes ven que la policía está sacando a Gideon por la fuerza y empiezan a chillar:

—¡Cerdos fascistas!

Gideon se pasa el resto de la subasta en comisaría, bajo la acusación de ser un coñazo de tomo y lomo. Es un aburrimiento estar detenido: todo el rato sentado y a la espera. Cuando por fin le permiten llamar a Thomas Healey, se entera de que la subasta ha sido bastante reñida y que el hombre del traje beige finalmente se plantó en los 2,6 millones, permitiendo que un agente de los hermanos Safir ofertara 2,7 y se adjudicara La Merced.

—¿Los hermanos Safir? ¿Los propietarios de todas esas casas de pisos hechas polvo de Chinatown?

—Y también de Farleigh East, ese proyecto que está en marcha en DeWitt... ¿Te suena?

—Coño. Esos tíos son chusma de la peor especie.

—Un cuñado de ellos está en el talego por evasión fiscal y lavado de dinero negro colombiano.

—Joder. Si lo llego a saber, le digo a Menkes que se quede con el caserón.

Sancho se pone al aparato.

—¿Qué, cómo va en la cárcel? Si quieres, te organizamos una fuga. Tu mujer ha llamado: quiere saber si vas a estar en casa a la hora de la cena.

Como es de esperar, Sancho Panza está preparándose para la guerra de guerrillas, contento de tener unos adversarios que no le hacen ascos a una buena bronca.

CAPÍTULO ONCE

1

Julio de 1997.

Nueva York en la peor época del año. Como si la muerte fuera caliente. Como si una bruja de cementerio hubiera fijado en ti sus labios de sanguijuela y te estuviera chupando el aliento. Nubes exterminadoras; un penacho de blanco gas venenoso, y New Jersey desaparece. Lo mortal y frigorífico de los actuales interiores comerciales: virtuales Antártidas de aire recirculado, en oposición a las calles apestosas.

Gwen dijo:

—Voy a abrir una oficina en Ultima Thule, para investigar la democracia en Groenlandia.

Tan sólo Gideon seguía mostrándose contento, y cada noche traía a casa sorbetes de mango y zumos de mandarina, como un cazador que se presentara con un bisonte muerto. Gideon andaba contento porque estaba a punto de marcharse.

Pants on Fire se iba de gira seis semanas, por la Costa Este, desde Maine a Georgia, al oeste hasta llegar a Nuevo México para subir luego al norte, a Washington y a Oregón, donde la amiga de Jerome Mindy Buckett, estaba organizando un festival de marionetas. Iban a representar *El Dybbuk* y *La triste pero real historia de Rumpelstiltsky*, así como su nueva versión de *El falso mesías*.

Gideon le había pedido a Gwen que se encontraran en el oeste, en Santa Fe o en Seattle o en Eugene, y ella le había dicho que no, por puras ganas de hacerse la víctima. Se diría que lo que este año estaba en la onda era ir de mártir por la vida; Gwen había cambiado sus minifaldas transparentes de Prada por pijamas de reclusa y una permanente cara de perro.

Miradlo: tendría que estar abatido, pero no lo está. Los hermanos Safir han hecho públicas sus intenciones de demoler La Merced sin dar compensación alguna en metálico a sus ocupantes. ¿Y veis que Gideon se queje del tiempo que hace?

2

Odio el verano, dijo Gwen, sin que nadie excepto Bella pudiese responderle. Cuando por primera vez estuvo de vuelta en la ciudad, Gwen disfrutaba de los veranos

neoyorquinos por puro chauvinismo, del mismo modo que los siberianos aman su permafrost, como cuando Algies le dijo: Los viajeros que os aventuráis por aquí en agosto no tenéis ni idea de que la época verdaderamente bonita es en diciembre, cuando se hace oscuro a la hora de comer y los mocos se te congelan en las fosas nasales...

Eran las repelentes superficies de Nueva York las que por entonces la atraían, su rechazo a hacer concesión alguna a la humana delicadeza, sociabilidad, necesidad de seguridad, a cualquier otro sentimiento que no fuera la eficiencia y la codicia, y a veces ni siquiera éstas.

Inmigrada de Massachusetts, Nueva York le encantaba a finales de los años setenta, cuando la ciudad entró en quiebra económica; venida de Ann Arbor y Moscú, le encantaba durante los años ochenta marcados por el crack y los sin techo, cuando los turistas inocentes morían tiroteados en el metro y los negocios y las clases medias «cambiaron de aires». Atrapada en Washington a principios de los noventa, Gwen por entonces andaba planeando su restauración a aquella ciudad de la que se había ido con doce años pero que había quedado marcada a fuego en su propia alma no menos inhóspita. Gwen no quería vivir en un lugar en el que los niños pudiesen ir en bicicleta al colegio y los vecinos nunca cerraran con llave las puertas de sus casas; estaba soltera, sin compromiso, forrada, no quería un hogar, lo que quería era... quedarse impactada, recibir un puñetazo en la mandíbula propinado por un eremita aullante que avanzara por la calle 79 vestido con un abrigo de pieles falsas, quería sentir el mismo horror, terror y rabia que llevaba en su interior y que reflejaban aquellas calles implacables, aquellos hediondos vagones de metro atestados de muertos vivientes cuyos ojos amarillentos, dientes podridos y alientos amargos te decían: Nosotros también hacemos lo que podemos por sobrevivir, el sábado por la noche lo pasamos en las urgencias del hospital, el lunes por la mañana esperamos que venga la asistente social...

Aquellos anuncios en el metro de tratamientos contra el SIDA, líneas telefónicas de emergencia para denunciar casos de abusos a menores, hogares para esposas maltratadas, eliminación de ratas y cucarachas, fianzas a bajo interés, divorcios de la noche a la mañana sabían a qué público se estaban dirigiendo. Los neoyorquinos eran gente que iba tirando para sobrevivir, y a veces ni eso.

Eso era entonces. Ahora Gwen quiere que el mundo se redima —resulte comprensible— antes de que su hija celebre su primer cumpleaños.

3

—¿Vas a estar en casa durante la próxima hora?

Son las doce. Gwen y Bella acaban de volver de almorzar tras haberse pasado la mañana en Central Park. Gwen ha estado columpiando a Bella en un columpio tras otro, tras sacar de la arena los vidrios rotos y las cagarrutas de perro, y ha tratado de impedir que su hija se comiera las colillas o le metiera el dedo en el ojo supurante a

un dormido vagabundo sin techo.

Al mediodía, la niña está sucísima. Tiene los pies negros allí donde no están cubiertos por las sandalias. Sólo están en julio, así que a saber cuántas semanas de bochorno les quedan por padecer. Gwen no hace más que pensar en gélidos ríos espumosos, en bosques oscuros. En Siberia, en pocas palabras.

—Sí que vamos a estar. ¿Por qué, tienes pensado venir? —Con el teléfono encajado entre la oreja y el hombro, Gwen está tratando de limpiar de yogur de fresa la mejilla de Bella, quien se resiste a ello.

—¡Naaa! ¡Naaa! ¡Naaa! —grita la niña, mientras a la vez trata de esconder el rostro, de pegarle a su madre con la manita y de agarrar el teléfono.

—Es que voy a acercarme a Quintessentials. Quiero comprar unos pomos para los armarios de la cocina, y resulta que tengo lo que se dice un montón de juguetes usados para ti: granjas en miniatura, teléfonos de niño, de todo. ¿Te parece que se los deje al portero?

—No, Jacey, por favor... Sube a tomar un café. Me encantaría charlar un poco...

Gwen ha quedado en recoger a su padre en el hospital a última hora del día. Mierda, eso significa que tendrá que andar cargando con Bella, a no ser que Gideon se las arregle para salir antes.

4

—Si no quieres todo esto, dímelo y lo doy a caridad... —repite Jacey. Ansiosa de que le hagan elogios.

—Pero, ¿qué dices? Si es perfecto, justo lo que la niña necesitaba...

Gwen sirve un poco de agua mineral San Pellegrino.

—¿Te apetece un emparedado?

—Gracias, nunca como nada al mediodía. —Jacey se lleva la mano al cóncavo estómago.

—¿Cómo está mi padre? Anoche hablé con él, pero...

—Me está volviendo loca. No puedes imaginar lo infantil que se ha vuelto. No permite que me aleje un segundo. Si me levanto para coger el teléfono, me pregunta: ¿adónde vas, Jace? Y no para de quejarse. Gracias a Dios que el tratamiento termina hoy. Si no fuese porque está enfermo, te juro que lo...

¿Que lo qué? ¿Cuán lejos es capaz Jacey de llegar en su mente entre enloquecida y respetable? Gideon ni siquiera puede alegar la excusa del cáncer. ¿Es que todos los hombres resultan igual de intolerables, con tan sólo diferencias de matiz?

—¿Por qué no os vais unos días fuera? —Es lo que Gwen haría si ella tuviera dinero—. A ese balneario de Montana, por ejemplo...

—Cariño, ¿tú sabes lo que me cuesta conseguir que Martin vaya a Connecticut los fines de semana? Anda empeñadísimo en que nadie piense que está dejando un poco el trabajo, que sospechen que sufre de una enfermedad que puede matarlo. Y además...

Lo que a Jacey le es imposible decir: que su padre sufre una depresión de caballo, y que a ella le da miedo estar a solas con él.

—Además, estos días tengo mucho trabajo con el apartamento de los Pappas. Llevamos seis semanas de retraso porque no terminan de entregar esos putos armarios para la cocina...

—Ah, sí, me dijiste...

El dueño de la empresa que fabrica los armarios de cocina ha tenido el detalle de mal gusto de volarse la tapa de los sesos.

—¿Y tú cómo estás? ¿Te las arreglas para dormir un poco?

—Estoy exhausta —confiesa Gwen—. No hay forma de que deje de mamar a las seis de la mañana...

—Tendrías que destetarla por completo, Gwen. ¿Qué edad tiene ahora...?

—Nueve meses.

—Destétala. Te mereces un respiro. ¿Dónde está Marguerite?

—Lo mismo ando preguntándome yo, cada vez con mayor frecuencia. Esta mañana me ha llamado —y ya van cinco veces este mes— diciéndome que no se encontraba muy bien. —Mientras Gideon desaparecía por la puerta a mitad de conversación, antes de que pudiera establecerse una negociación sobre quién se ausentaba hoy del trabajo para quedarse en casa—. El mes que viene se marcha, pues quiere tomarse unas vacacioncitas antes de volver a la universidad en el otoño, y no te voy a decir que lo sienta...

Jacey se palmea una sien.

—Esto era lo que quería hablar contigo. Sobre Zara, la antigua niñera de Serena y Al... Anoche me llamó: quiere volver a trabajar después de haber estado cuidando de su nieto. Le di tu número, pero sería buena idea que tú misma la llamas cuanto antes, porque le van a llover las ofertas. Esa mujer es estupenda, una especie de Mary Poppins negra. —Gwen piensa en una Mary Poppins a la que le hubieran pintado el rostro con betún, en una especie de virgen de Czestochowa—. Cuando llegas a casa, te encuentras que los niños están metiditos en la cama y te ha remendado los pantalones vaqueros viejos... Es una de esas personas que siempre anda buscando algo que hacer. Si la niña está durmiendo una siesta, aprovecha para esterilizar los biberones, limpiar bien la mesita para cambiarle los pañales y poner las cortinas nuevas en la cocina...

—Qué maravilla. ¿De dónde es esa mujer? —(La geografía del «servicio».)

—Del Caribe.

Naturalmente Gwen se imagina que está siendo acunada por un gran pecho algodónado, por el aroma del sudor reseco y la nuez moscada. Constance tiene la teoría de que el bebé nunca pinta nada, de que a las niñeras las queremos para nosotras mismas, nosotras, las niñas carentes de afecto por parte de las frías, frágiles madres formadas durante los años sesenta que nos mantenían siempre a distancia, asustadas por que necesitaríamos tanto de ellas.

—¿Cuánto pide? —Gwen más que nada lo pregunta para saber a cuánto se cotiza la «maravilla» hoy en día.

—Quinientos a la semana, lo que en Manhattan está regalado.

—Lo dirás en broma.

—Pero si eso no es nada. Es de lo más barato. Te lo dice una que conoce el paño. Créeme.

—Quinientos... —murmura Gwen—. Jacey, eso de momento está fuera de nuestras posibilidades.

—Tú llámala. Mira, ¿sabes qué...? —Jacey saca su teléfono móvil y agenda electrónica. Marca un número y deja un mensaje—. Zara, mira, estoy aquí charlando con mi hijastra y...

—Así que a Martin van a dejar de tratarlo durante un par de meses.

—Sí, los médicos están contentos. Piensan que, toquemos madera —en vano Jacey mira y se remira las laminadas superficies de la cocina—, lo peor ya ha pasado. Me gusta pensar que dentro de un par de años este episodio no habrá sido sino un mal sueño... *Finito*. ¿Qué haces este fin de semana?

—Nada. Gideon se marcha de gira la semana que viene. Estaremos por aquí.

—Tendrías que llevar a Bella a Connecticut; esta noche voy a llevar a Martin en el coche. Estamos con Sabine, con Martha y con su hija. Podréis descansar un poco.

¿Alguien podría decirnos por qué Jacey sabe que puede abstenerse de incluir al marido de Gwen sin que ésta le diga nada?

5

Por supuesto, la justificación formal se refiere a que Martin se encuentra enfermo y no está para tratar con su hijo político. Por lo demás, está la conveniente leyenda de que Gideon siempre anda trabajando. Y aunque el trabajo en principio es una buena cosa en el léxico de Jacey/Martin, no es buena en el caso de Gideon, pues éste no se está ganando la vida, sino que se dedica a perder el tiempo con chorradas. A jugar con marionetas, a jugar a la guerrilla urbana mientras vive del dinero de su mujer.

Jacey, quien una vez empleara su querencia por dárseles de seguidora del arte para alistar a Gideon en su falsa lucha contra lo fastidioso de Martin, ya no quiere saber cómo le van las cosas al marido de Gwen. Se ha convertido en recipiente de la muda desaprobación de Martin, de su creencia en que ahora que tiene familia, a Gideon le toca crecer y conseguir un empleo de verdad.

Un empleo de verdad significa trabajar en la Industria de las Comunicaciones: Martin, supone Gwen, estaría encantado de ver a Gideon empleado como ayudante de producción en una empresa multimedia u ocupado en crear su propio negocio de programas infantiles por Internet. Es sabido que estos medios están ansiosos de nuevos productos, y lo que Gideon necesita es dejar de perder el tiempo y prestarse a aportar tales productos. Martin está convencido de que Gideon opera en un terreno potencialmente muy lucrativo, pues los niños de los años sesenta ahora están

empezando a tener hijos y familias propias, si bien también piensa que Gideon está demasiado atontado para enriquecerse en el sector del Entretenimiento para Niños.

—Una invitación que me tienta... Me encantaría ir.

—¿Y por qué no lo haces? Tenemos previsto irnos hacia las siete de la tarde...

—No sé.

—Bueno, la invitación sigue en pie. Como digo, estaremos allí casi todo el mes. Esto es, iremos a Nueva York a trabajar todos los días. Serena y Al están de campamento, así que tendrías la casa para ti sola.

—Lo pensaré. Tengo que ver cómo...

—Tengo que irme —dice Jacey, mientras consulta su Rolex rectangular—. Tengo una reunión con el contratista, y es necesario que pillemos esos pomos cuanto antes...

—Espera, que bajamos contigo. Vamos al parque —explica Gwen, quien se apresura a coger los pañales, las toallitas, una botella de agua. ¿Dónde habrá dejado Mimi...? De pronto le desespera la perspectiva de quedarse a solas en el piso.

Con un poco de suerte, Bella se quedará dormida en el carrito, con lo que Gwen podrá descansar una hora antes de ir a buscar a su padre en Sloan-Kettering. Una hora en la que rehacerse con su alma, en la que abstraerse de los problemas. Se imagina a sí misma tumbada en el banco junto a Alicia en el País de las Maravillas y se dice que haría falta algo bastante más fuerte que una tormenta para despertarla, así de exhausta se encuentra. Lo que de veras necesita es irse a Rusia. Gideon tendría que quedarse en casa con Bella, y ella tendría que irse a Rusia.

6

Gwen está tumbada en el frío colchón, contemplando cómo el hombre se desviste a la luz de la bombilla desnuda que pende del techo. El hombre tiene el pecho cubierto de pelo gris y tatuajes azulados en los brazos. Un cordero, una cruz. Su piel es blanca, y sus músculos son fibrosos. Se desnuda hasta quedarse en calzoncillos largos y se mete en la cama. Aproxima su cuerpo al de Gwen, quien lo estrecha con sus brazos. El hombre no va a hacerle el amor, aunque Gwen entiende que le gustaría. No va a hacerlo porque ella tiene diecinueve años y es virgen. Es inútil que trate de mentirle; él lo sabe. Y le parece bien: en su adolescencia ha estado haciendo cosas más interesantes que abrirse de piernas.

—No me parece bien que el primero en tu vida sea un viejo que se ha pasado media vida entre rejas —explica—. Luego lo sentirías.

El hombre le explica que su primer amante tendría que ser otro: acaso un veinteañero de buena familia licenciado en matemáticas o ingeniería. Gwen se echa a reír; es 1984, pero el otro nada sabe de los yuppies. Allí de donde procede, la riqueza se evaluaba por la porción de bosque de la que uno era dueño.

El la abraza; ella pone la cabeza en su pecho. Al poco, en lugar de sentirse rechazada, se siente segura de una forma casi inimaginable. El aguardiente de

ciruelas que el otro le ha dado a beber le nubla un poco la cabeza, pero no está borracha. En el exterior de la casa sin duda se encuentran los dos hombres que siguen a Algis a todas partes. Gwen siente que por su culpa Algis se vea cercado por la policía secreta en medida aún mayor, pero a él le da lo mismo. Su casera lleva la cuenta de sus idas y venidas; el vecino se presenta para charlar con él haciendo gala de una curiosidad excesiva; al jefe de Algis en el museo de los Pueblos Aborígenes lo visitan regularmente unos hombres que calzan zapatos marrones de plástico. El seguimiento para él no es más que mucho ruido y pocas nueces.

Algis se abraza a ella y le canta una canción entre cómica y luctuosa cuya letra habla de un hombre cuya suegra no le deja vivir con su mujer. Gwen yace en brazos de Algis en la habitación pequeña y fría que apesta al gas de la estufa. Le gustaría que pudieran intercambiar recuerdos. El ahora está sonriendo, con cierta malicia.

—¿Qué es lo que te divierte?

—Me acuerdo de un tipo a quien conocí en el campo, un tártaro del Volga que había matado a su propio hijo, un niño de tres años. El hombre siempre decía: ¿Cómo pueden castigarme por dañar aquello que es tan sólo mío? Tan sólo he acabado con algo que me pertenecía. Si alguien ha sufrido por lo sucedido, ése soy yo. Yo me decía: Este hombre mató a su hijo porque tenía resaca y el niño lo despertaba con sus risas. Mientras que yo nunca he oído la risa de un hijo mío. ¿Es posible que en el mundo haya gente convencida de que las cosas —la gente incluso— les pertenecen en exclusiva?

Gwen, quien en parte ha venido a Rusia porque el problema de la pertenencia se ha convertido en excesivo, está de acuerdo en que bastante suerte tienen aquellos que se las arreglan para estar en posesión de sí mismos. Gwen a esas alturas ya sabe que el conocimiento de sí misma no es precisamente su fuerte, sin que el saberlo le sirva de nada.

7

Gideon sale de puntillas del cuarto de Bella, con una expresión solemne y reverente en el rostro.

—Mi pequeño ángel maravilloso —susurra.

Son las once de la noche. Gwen, quien a duras penas acaba de conseguir que la niña se duerma después de que Bella se haya pasado horas chillando por obra del calor, no levanta la mirada del libro que está leyendo. Es el primer momento en que se respira paz desde las seis de la mañana pasada, y Gideon no entiende por qué su mujer prefiere leer un artículo sobre las voces de Bakhtin en la *New York Review of Books* mientras se bebe una cerveza mexicana Dos Equis helada a prestar atención a los melindres que su esposo le dedica a la pequeña ahora que ésta se ha dormido por fin.

—¿Ha ido bien el día? —pregunta él.

(Es extraño que Gideon considere que quien esté leyendo una revista o un libro en

realidad lo que quiere es conversar con él. Su mentalidad es de analfabeto. Y no habría estado de más que este día lo hubiera compartido con ambas, pues está a punto de irse durante seis semanas.)

—Jacey vino a verme.

—Ah. ¿Y cómo está?

—Bien. Estoy pensando en llevarme a Bella a Connecticut mientras estás fuera.

—Como si «fuera» fuese más o menos lo mismo que «aquí».

—¿Te apetece?

—¿Que si me apetece? —repite ella, exasperada.

Como si estos días hiciera algo que le apeteciese. Gwen tira la *New York Review of Books* en gesto de derrota, y su irritación no hace sino crecer cuando Gideon la recoge y echa una mirada a los titulares de portada.

—Bueno, me parece que Jacey necesita ayuda, y a Bella seguramente le irá bien. Y la verdad, estoy harta de la ciudad.

—Lo mismo que yo —dice él con entusiasmo.

Lo que Gideon se niega a reconocer es que, por mucho que el calor la esté machacando, lo último que Gwen quiere es convertirse en la invitada de Martin y Jacey. Gwen detesta la casa de éstos (en principio pensaba que el contar con su propia familia tenía por finalidad principal evitarle ir más a Connecticut), pero lo que más odioso le resulta es verse convertida en una especie de recipiente victoriana de las limosnas ajenas.

Para Jacey y Martin, todas las relaciones se basan en el dinero y el poder, y ella, gracias a Gideon, se ha visto desplazada al campo de los carentes de poder y de dinero. En un momento en que Martin está enfermo de gravedad, Gwen no está prestando a Jacey todo el apoyo necesario. Gwen odia con toda su alma a Gideon por dejarla a merced de la pareja.

—¿Y qué te ha contado Jacey?

—Nos ha encontrado una niñera. Una niñera de verdad, esta vez.

—¿Sí? Peor que la otra no puede haber. Bueno, quizá en alguna mafia dedicada a la prostitución infantil, no te digo que no. ¿Cuánto cobra?

Se está volviendo cínico, su Gideon.

—Quinientos.

—¿A la semana? Oye, igual yo mismo me reconvierto en niñera.

—Si eso es lo que hace falta para que pases un poco de tiempo con Bella, estaré encantado de pagarte.

—De tal palo, tal astilla; lo mismo que tu padre. Parece que sólo te sientes cómoda con aquellas personas a las que pagas por algo.

Gwen de pronto pierde la cabeza y empieza a chillar.

—¡Tú no tienes idea del día que he pasado! No sabes la de reuniones que he tenido que cancelar, la de trabajo que he tenido que dejar de lado, para pasarme el día achicharrándome en el parque con la niña. Me van a echar de un empleo que ME

ENCANTA, al que ME MUERO DE GANAS de volver... ¿Y a ti te parece mal que contrate a una niñera que se lo trabaja? Para variar, ¿por qué no te has ocupado tú mismo de la niña?

En tono más bien frío, Gideon contesta:

—Yo no veo dónde está el problema. Ni que pasarte el día jugando con la niña en Central Park fuera una especie de equivalente de Auschwitz.

—¿Por qué no te has ocupado tú mismo de la niña? —repite ella—. Si te ocuparas de ella aunque sólo fuese un día, no...

Gideon hace amago de irse de su lado.

—Yo me pasé días enteros cuidando solito de Ethan cuando tú aún creías que unos pañales eran unos poemas tradicionales en eslavo antiguo, y nunca pensé que fuera para tanto. La verdad, lo encontré más bien chupado, un chollo en comparación con un empleo de verdad...

En voz alta, Gwen se pregunta maravillada:

—Mira que es difícil de entender. Lo que en su momento hiciste con Ethan te cuesta horrores hacer con tu propia hija.

Mientras piensa: ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué fui tan tonta de quedarme embarazada?

Gideon se marcha a la cocina, y Gwen —quien se arrepiente, no de lo que ha dicho, sino de sus pensamientos imperdonables— deja la revista y pregunta:

—¿Has cenado algo?

Gideon se está sirviendo un vaso de leche.

—Sí. Andrea compró unos falafels.

Cuando termina de beberse la leche —de forma lenta y deliberada, deja el vaso vacío en la encimera, y de pronto Gwen se acuerda de que su marido es un actor profesional—, Gideon se da media vuelta y la rodea con sus brazos. Empieza a masajearle la espalda, acariciante, desplegando su magia, y cuando ella finalmente se deja llevar y empieza a fundirse, en el momento preciso en que hay que olvidarse de altruistas masajes curativos y ponerse a cosas más serias, le agarra el trasero, una manzana en cada mano, y con fuerza lo acerca a su propio cuerpo.

—¿Por qué no me has dicho que otra vez vuelves a estar buenísima?

Y ella murmura, resistiéndose medio en broma:

—Pero si lo que yo quería era leer ese artículo sobre Bakhtin...

CAPÍTULO DOCE

1

Te parece que sabrás encontrar el momento para hablar con tu padre. Para preguntarle (entre su inmóvil contemplación de los deportes, de las noticias de Wall Street y de la actualidad según la CNN, entre la rutina, puesta en práctica por la servidumbre, de los baños de los niños, las cenas y a la cama) quiénes fueron sus padres, de dónde procedían, si tiene hermanos o hermanas con vida. (De hecho, lo mismo exactamente sobre lo que él en su momento te reprendiera por no haberlo averiguado sobre tu prometido.) Pero no puedes. El hecho de que esté enfermo convierte en tabú todavía mayor la formulación de estas preguntas que pueden venir a implicar que piensas que se está muriendo...

¿Y por qué y por qué y por qué el hecho de que tu padre esté enfermo te pone todavía más furiosa con tu marido? Antes, su mortalidad os habría unido más, pues, ¿quién sino Gideon hubiera podido consolarte de la tristeza no consumada de la muerte inminente de tu padre?

Pero en lugar de ello, Gwen, sigues estando furiosa con Gideon, por haberse mostrado tan infantilmente celoso, por haber tratado de obligarte a elegir entre los dos.

2

Saltamontes. Estrellas. Cirios votivos que parapean al viento. Sentadas a solas en el porche, las dos mujeres están un poco achispadas por obra de las margaritas que Martha les ha preparado.

—Llevas un vestido precioso, Jacey... —Gwen se acerca un poco y palpa con los dedos el rojo encaje de la minifalda de Jacey—. Llevo toda la tarde fijándome en él.

Jacey se echa a reír.

—Martin sólo me lo deja llevar cuando no hay invitados en casa. Tengo unos zapatos a juego que son de lo más llamativo, una auténtica invitación a follar. En este vestido me siento de lo más suelta. Cuando lo vi en Donna Karan, me quedé...

El acento de Jacey se torna más sureño cuando bebe.

—A ti te gusta que te cuenten historias, ¿verdad? Pues te voy a contar una

historia. De cuando era una muchacha y vivía en Lenora, Texas. Un día en que mi hermana y yo habíamos ahorrado un poquito de dinero —mi padre nos obligaba a trabajar todos los veranos, sin dejarnos holgazanear junto a la piscina—, hicimos un pedido a Frederick's de Hollywood. Yo pedí un corsé de encaje rojo con un sujetador que realzaba el busto. Y eso que era tan lisa como una tabla de planchar, lo mismo que ahora.

»Por las noches echábamos el pestillo del dormitorio y nos vestíamos de fulanas. Yo tenía una Polaroid —¿te acuerdas de ellas?— que eran ideales para hacer fotos atrevidas, pues no tenías que llevarlas a revelar a ninguna parte. Lauren y yo nos vestíamos con corsés y panties, nos poníamos rímel y lápiz de labios, y nos hacíamos mutuamente fotos tumbadas en la cama, posando con mucho descaro. —Jacey hace una pausa—. Lo que hacíamos en realidad tenía menos que ver con el sexo que con una forma de expresarnos... Y el sexo era la única forma que teníamos de expresarnos. Lo que queríamos era pillar por banda a un millonario, ponerle una pistola en la sien y decirle: Llévanos a París, llévanos a Nueva York, llévanos a Houston incluso. Para nosotras, dos niñas que vivíamos en un poblachón dominado por la religión de los baptistas, aquellas prendas tan horteras eran... No sé, el no va más del glamour, de la osadía, de la riqueza, de la aventura, de todo cuanto ansiábamos.

»Cuando lo conocí, tu padre fue de lo más paciente y generoso conmigo... Mi primer matrimonio había resultado fatal, y por entonces no estaba en disposición de confiar en nadie. La vida que hemos llevado juntos, estos niños tan estupendos... En la vida había soñado con algo así. Quiero que sepas que yo no provengo de una familia con dinero; en eso somos diferentes. Supongo que por eso sigo trabajando, aunque Dios sabe que no necesito el dinero. Podría hacer como otras mujeres que conozco, que se pasan el día almorzando en Le Cirque y yendo al gimnasio. Tu padre para mí es un verdadero héroe. Antes de conocerlo salí con muchos más capullos y perdedores de los que te puedas imaginar. Yo iba de lista, pero me metí en más de un follón. Cuando conocí a tu padre... —Jacey rompe a reír—. Yo por entonces estaba hecha una pájara de cuidado. Quería a tu padre para mí, pero lo quería a cambio de nada. Y tu padre tenía tanto, tantísimo que ofrecer a una pueblerina de Texas como yo... La verdad es que me llevó años descubrir qué era exactamente lo que teníamos en común. Los dos nos habíamos tenido que buscar la vida desde el principio, y ambos teníamos nuestras propias heridas interiores. Creíamos que lo sabíamos todo, pero en realidad seguíamos siendo unos niños con la mirada puesta en el escaparate de la tienda de caramelos, soñábamos con disfrutar de una vida distinta... Y ahora que lo hemos conseguido, nadie nos va a arrebatar lo que tenemos... Nadie, ni el mismo ángel de la muerte...

Jacelyn se detiene y echa un trago rápido.

—Por eso, cuando me enteré de lo de Armanda...

¿Armanda? Gwen entiende que se ha perdido algo de la historia.

—...Sentí como si el mundo se me hubiera caído encima. O sea, él me dijo que estaba enamorada de ella. No que se la estaba tirando, sino que estaba enamorado. Una cosa así no te anima demasiado. Lo primero que pensé fue en coger a los niños y largarme de casa. Y eso que estábamos a mitad de semana, y los niños tenían que ir a la escuela. Serena estaba ensayando esa función teatral de la escuela, Al seguía clases particulares... Los niños se quedaron de piedra. ¿Qué es lo que pasa?, preguntaban. A mí me daba igual; estaba resuelta a que él ni los tocara. Dormíamos los tres juntos en mi cama, y los niños se pasaban el día entero en pijama mirando los dibujos animados. Por lo que yo sabía, él muy bien podía haberse traído a la puta ésa a vivir al piso de Sutton Place. (Todo esto sucedía en un momento complicado para Martin, cuando estaba metido en las negociaciones para la compra de Time-Warner por parte de AOL, que por entonces no avanzaban en absoluto.) Y de pronto tuve una revelación: Valía la pena luchar por un hombre como él. Quizá yo no fuera rubia ni tuviera veintidós años, pero sí podía aportarle todo el amor del mundo. En vez de acorralarlo, pillarlo por los cojones y exigirle un trillón de dólares a cambio de perderme de vista, quizá fuera mejor mostrarme franca con él y decirle la verdad, tragarme mi orgullo y explicarle: Cariño, eres lo que siempre he querido en el mundo y más. Lo nuestro es demasiado bonito como para que lo echemos por la borda.

—Hmmm... —dice Gwen, incómoda—. Tuvo que ser... difícil.

Gwen se pregunta por qué nadie es capaz de observar la mínima cortesía familiar referente a que los hijos, por muy mayorcitos que sean, no quieren saber nada sobre la vida sexual de sus padres. ¿Por qué a todas las amiguitas de Martin siempre les da por confesarse a una cascarrabias como ella? Pero Jacey a estas alturas está tan ebria de tequila que no necesita demasiada comprensión...

—Y la cosa funcionó. Tu padre no acostumbra a expresar sus sentimientos profundos, pero resultó que tenía muchas frustraciones acumuladas, y con justificación. Seguramente crees que nuestra vida sexual es magnífica, ¿verdad? Yo también lo pensaba. Cuando pensaba en ello. Pero lo que en realidad sucedía era que mis hijos tenían preferencia sobre mi marido, quien era el último de la fila, y había llegado el momento de cambiar todo aquello, de aceptar que a un hombre no le pone cachondo estar casado con la mamá perfecta. Así que aprendí a ceder un poco, nos fuimos a París juntos, y a mí también me fue bien que empezáramos a pensar en nosotros dos como en amantes otra vez.

—Hmmm... —repite Gwen—. Claro, claro...

Y piensa: ¿Es que estamos condenadas? ¿Es que siempre tiene que suceder la misma historia, siempre tiene que darse la misma insatisfecha insaciabilidad de la sexualidad masculina, el mismo ciclo mecánico de denegación de uno mismo, traición y remordimientos que tan sólo toca a su fin cuando los hombres son demasiado mayores o están demasiado enfermos para seguir con sus engaños?

Armanda, se dice, y el nombre le provoca ganas de echarse a reír.

La Osa está cenando. Han vuelto al piso, aleluya, y el calor del verano parece haberse saciado. La semana que viene empieza septiembre, y las hojas de los plátanos de Central Park se están volviendo de un marrón arrugado, mientras que el aire comienza a ser fresco. Hace dos años exactos desde que Gwen y su amiga Constance se tropezaron con un hombre dormido en un banco y calzado con unas astrosas zapatillas Converse. Lo que significa que ha llegado el momento de volver a Siberia, donde abuelas con el pelo rubio oxigenado se dedican a la venta callejera de pantuflas y raquetas de ping-pong. Para comprobar si la economía rusa, por primera vez desde que el conde Witte fuera ministro de Nicolás II, se las arregla (gracias a la subida de los precios del crudo) para entrar en beneficio.

La Osa palmea un grumo de tomate que hay en su plato. Suelta una risita pensativa. Agarra unos cuantos espaguetis, los chupa hasta tragárselos y sin dejar de reírse fija la mirada en Gwen.

Gwen hace amago de morder los espaguetis que cuelgan de la boca de la Osa. Esta suelta una risotada y deja que su madre mordisquee un espagueti. A continuación repesca de su boca el medio deshecho resto del mismo espagueti y lo mete en la boca de su madre, a quien se queda mirando con una expresión de gravedad y ternura. Abre la boca a tope, para demostrarle a Gwen cómo hay que comer. Lleva otro puñado a la boca de Gwen y abre la suya como un escualo, para indicarle a su madre que tiene que hacer otro tanto.

Casi nada enloquece a Gwen de amor en tanta medida como la determinación de su hija a hacerle de madre. Y ésta es la verdad horripilante: nunca se ha sentido tan protegida como lo está al amparo de su hija.

Siguen siendo así de atávicas, madre e hija, así de consustanciales. Dos bocas, un solo corazón. Todo el amor que Gwen ha conocido antes —el amor entre un hombre y una mujer, por ejemplo— resulta limitado, corrupto, cobarde, autojustificatorio. Ella quería a Gideon tanto como sabía querer: de la forma en que un adulto egoísta, jodido y perverso puede querer a otro. Sin embargo, lo que Gwen y la Osa comparten va más allá del amor. Es orgánico, neurológico; si cesara por un segundo, se morirían las dos.

Gideon vuelve de la gira en menos de una semana, y, la verdad sea dicha, Gwen espera su retorno con horror. Las cosas son más sencillas cuando está fuera. Cuando de veras está fuera: no ya más o menos ausente del hogar, sino cuando se ha llevado consigo el cepillo de dientes y las maquinillas de afeitar, cuando a Gwen le llegan llamadas a cobro revertido desde Albuquerque y Eugene, cuando la cama es ancha y está fresca. Gwen le prepara a la Osa beicon y gofres para desayunar, la lleva a la casa de Sasha e Irina en Red Hook, suben al tiiovivo que hay en Central Park, hacen un picnic en Sheep's Meadow, Bella duerme en la cama de Gwen y se despierta cantando.

Mientras que cuando Gideon está en casa, Gwen siempre se siente resentida. Siempre está pendiente de los mismos regateos de mercachifle, los sábados por la tarde consulta su reloj y dice: has estado durmiendo una hora y tres cuartos mientras yo he cuidado de Bella, así que ahora voy a pasarme una hora y tres cuartos en la oficina.

La ausencia de su esposo ha forzado a Gwen a convertirse en tan omnipotente, tan por entero conferidora de vida, que entre la melosa unicidad de madre e hija ya no se da la menor apertura, ni el menor resquicio por el que él pudiera infiltrarse a rastras...

4

Están desnudas en la cama. Carne con carne, entrelazadas, explorando los ojos de la otra. Mirándose con arrobada solemnidad. La boca de la Osa está adherida al pecho de Gwen mientras su mano acaricia, palmea, pellizca, retuerce y mece el pecho libre. Una rolliza piernecita morena envuelve el rubio muslo de Gwen. La niña suspira con hartazgo solemne y, sin dejar de mirar a su madre, sin dejar de mamar, levanta su manita tostada y toca el ojo de Gwen. El ojo de la Otra. El Ojo. Entonces aparta la boca del pezón y sentencia:

—Aaaaagggghhh. Y Gwen, apretando con más fuerza la pierna de la niña sobre la suya, repite:

—Ooooojo.

Y toca el ojo de la niña. Su ojo glorioso. Su ojo rasgado y reluciente, moreno de reina de los gitanos, que ahora le mira con dulzura y con una ternura que derrite. Y la niña vuelve a chupar de la teta de su madre, lleva su rollizo dedo marrón a la boca de su madre y suelta una risotada satisfecha cuando ésta finge mordisquearlo.

Encajadas la una con la otra, madre e hija, con sus piernas desnudas en torno a las de la otra, como si se propusieran remediar el error que fue el nacimiento, volver de nuevo al útero hospitalario.

Oh, felicidad. Oh, madre e hija. No es de extrañar que representemos a Dios como a un hombre... ¿Cómo justificar si no la incomodidad de tiquismiquis que los seres humanos sienten en el universo, nuestra inspirada insatisfacción, nuestra propensión a estallar de repente y sumirnos en peleas? Pues si Dios fuera la madre de la tierra, no habría ni terremotos ni sequías. Flotaríamos en los brazos del mundo, soñadores y alegres, mamaríamos y gorjearíamos, y no habría más guerras, ninguna guerra más, sino tan sólo un suspiro de hartazgo.

Pero en el mundo —en nuestro mundo— Hades siempre viene a arrebatarse a la Niña Perséfone de los brazos de su madre, y el resultado resulta... siempre ocluido, siempre incompleto.

Hasta su llegada, todo iba bien.

5

—Ya no besas como antes —comenta Gideon, mientras da un paso atrás para mirar a su mujer. La una de la mañana. Es la primera noche que pasa en casa después de seis semanas en la carretera. Está exhausto, desastrado, sucio y cachondo.

—¿No? —La congoja en la voz de Gwen parece genuina.

—No... Tienes la boca como tensa...

Y lo que Gideon no se atreve a decir es que tampoco folla como antes. Sus labios inferiores asimismo están tensos: secos, menos acomodaticios. Ya no le es posible irrumpir-fundirse en su interior sin preaviso, y ya no se encuentra con aquel torrente cálido que convertía en difícil saber quién estaba penetrando a quién, como si fuera su verga la que se estaba fundiendo ante el embate del coño.

En vez de ello, ahora se ve obligado a penetrarla haciendo frente a una resistencia a altibajos, y el rígido abrazo separador que Gideon ha observado tanto en Jacey como en la madre de su mujer viene a asemejarse a lo que ésta hace con los muslos cuando él trata de entrar entre ellos, mantenerlo a raya, encogerse hacia atrás con temor, como si, Dios no lo quisiera, él fuera a hacerle daño.

Su verga llora ante las puertas del jardín y grita: Ábreme, hermanita, mi mujer querida, mi mujer perfecta, pero las manos de su querida ya no chorrean de mirra como antes, sus entrañas ya no se mueren por él, y ella ya no se abre, sino que permanece cerrada a cal y canto.

—Vaya —dice, genuinamente acongojada—. No sabía que estaba haciéndolo de forma distinta.

Gwen trata de sonreír, de cogerle la mano a modo de disculpa, pero, comoquiera que no la encuentra, en su lugar le da una superficial palmadita en el hombro.

—Lo siento, no sabía que...

Pero él se ha vuelto en la cama, le está dando la espalda y tiene los ojos cerrados.

LIBRO SIETE

CAPÍTULO UNO

1

Octubre de 1997.

En el estudio, Gwen está hablando por teléfono con Arseniy Suslov, que está en la ciudad para participar en una reunión de cinco días de los directores de programa para Rusia y los países del CIS.

Por insistencia de Gwen, el instituto finalmente ha contratado a una asesora «de recursos humanos», una escocesa de clase alta que trabajó en la privatización del sector ferroviario británico y que hoy cobra sumas millonarias por explicar a las empresas lo que tienen que hacer para que sus empleados estén más contentos y sus divisiones sean más productivas.

Gwen, quien piensa que a su vida empantanada tampoco le vendría mal una asesora de recursos humanos, no termina de ver claro que una persona acostumbrada a tratar con los jerifaltes de los trenes británicos sepa mucho del embrollo perverso que es Rusia (acostumbrada a tratar con yonquis de los barrios deprimidos, Dina sin duda se haría cargo antes de la situación). Pero la primera decisión de la señorita Burris —que a los directores les «motivaría» considerablemente una semana de diversión en Nueva York con los gastos pagados— no ha estado nada mal. Gwen espera que ninguno de ellos pida asilo político...

Bella cumplió un año hace tres días. La organización de la fiesta corrió a cargo de su niñera Betty, quien asimismo escogió a los invitados: una selección de los niños dorados del Upper West Side acompañados por sus no menos doradas niñeras. Betty es una cincuentona incansable que lleva el tiempo suficiente en Manhattan para saber que nunca es tarde para establecer contactos potencialmente útiles.

Los adultos no pagados asistentes a la fiesta de Bella fueron los padres de la niña, su abuela Jacey y, brevemente, su abuelo, quien se presentó al final para recoger a Jacey. ¿Disfrutó Bella de la fiesta? De forma moderada. Mostró escaso interés por los demás niños o en los regalos, aunque el envoltorio plástico de burbujas sirvió para hacerla reír, si bien empezó a menearse adelante y atrás cuando Gideon puso un disco de música gitana de los Balcanes. A menearse y a retorcer los bracitos. Luego caminó hasta situarse ante el gran pastel blanco y rosado dispuesto sobre la mesita del sofá,

se puso a cuatro patas y, sin dejar de menearse adelante y atrás, le dio un gran lametón, mirando a su madre con los vivos ojos oscuros, provocadora, invitándola a decirle que No. Pero a Gwen le es imposible decirle que No. La pequeña es astuta y se sale siempre con la suya.

—Así que vas a cenar en casa de Ari y Patti... ¿Y qué haces después? —pregunta Gwen a Arseniy. (Gwen sigue estando molida tras la juerga de la noche anterior, que se inició en una discoteca de Brighton Beach llamada Skandal y terminó con un desayuno en el Kentucky Fried Chicken de la calle 125.)

—Volodya quiere ir al Blue Note a ver a James Cárter. ¿Lo conoces?

—El nombre me suena.

—Tocó en San Petersburgo el año pasado. Es un chaval joven, guapo como él solo, y haces estas cosas un poco raras con el saxofón. Escupe en su interior, y el saxo luego le devuelve el escupitajo y hace esos ruidos un tanto embarazosos... ¿Por qué no te vienes con tu marido?

—Igual venimos —dice ella—. Las situaciones embarazosas nos gustan. Se supone que vamos a casa de mi padre a cenar, lo que siempre es muy embarazoso. ¿A qué hora es la actuación?

—El segundo pase es a medianoche. Primero hemos quedado con Soloviev en el Mercury Lounge. ¿Te acuerdas de Soloviev?

—¿Que si me acuerdo? Su madre fue profesora mía.

—No te hacía tan viejísima.

Gwen toma nota de los distintos itinerarios y citas de Arseniy. (Sus demás actividades son menos bohemias al viejo estilo y vienen a consistir en una sucesión de distintos locales de striptease y tiendas de Armani.) Gwen ya ha salido de compras con Tamara Vorashina y su marido, quienes estuvieron saqueando los almacenes Bloomingdale's y las tiendas de Sharper Image y Burberry's con la rapacidad autista y sombría de unos niños a quienes en casa hubieran prohibido comer caramelos. Después se fueron por su cuenta a los almacenes Macy's. Será divertido ver cómo Vladimir Levin se las arregla para cargarle los gastos de su noche de farra en Atlantic City al instituto. Gwen se dice que los rusos ya debían de ser codiciosos antes de los setenta años de comunismo, pero asimismo le parece claro que éste estuvo lejos de curarles de dicha codicia.

En la habitación de al lado, Bella está poniendo en práctica la flexión de las rodillas mientras su niñera se ocupa de doblar y meter en la cómoda las ropas que acaba de planchar. Bella ha cumplido un año y ya es una niña, que no un bebé. A Gwen le divierten los rasgos propios que detecta en la pequeña: su vanidad, por ejemplo. Pero todavía le divierten más los rasgos heredados de Gideon: las miradas entre desafiantes y flirteadoras, la gracia de payaso, lo confortable en extremo que se siente en su propia piel. A una edad en la que los demás niños siguen arrastrándose, Bella se atreve a correr hacia atrás, a bajar por la escalera del piso de su abuelo en Sutton Place, erguida. No será una niña que disfrute de la lectura, Gwen lo sabe; pero

antes de que aprenda a hablar será muy capaz de montar una tienda de campaña o bailar sobre zancos, y si en el futuro ellos son tan tontos como para mandarla a la escuela, se escapará de ella para buscarse la vida como jinete que monta caballos a pelo, como funambulista o como contorsionista. Y Gwen la tranquiliza al respecto: yo quiero que seas tú, ágil y tú sola, no quiero que seas como yo, desgarbada y siempre detestándome a mí misma, cabezota y presa de mis ideas anticuadas.

Gwen oye que se abre la puerta del piso, Gideon que entra y deja cosas en el suelo. Por lo que se oye, da la impresión de que se marcha otra vez...

—¿Gideon? Arseniy, un momento, por favor. —En inglés, agrega—: Gideon, ¿vas a salir?

Su marido asoma la cabeza por la puerta, y en el rostro exhibe una expresión entre culpable y ofendida.

—Voy un momento a coger unas cosas en el Pro-Image antes de que cierren. Estoy con Ethan y Dan.

—¿Te acuerdas de que hemos quedado en ir a casa de mi padre esta noche?

—Mierda. ¿A qué hora?

—Hacia las siete, o eso creo. A la hora en que empiece el partido... Vamos a casa de mi padre a ver las World Series —explica a Arseniy. (La puerta se cierra de un portazo que la lleva a estremecerse)—. No hay cosa más americana, ya sabes.

2

En la comida, Gideon da la nota.

El partido resultó inesperado. Al final del octavo, el resultado es de 2-0 cuando Bobby Bonilla de pronto logra un *home run* que cambia la suerte de los Marlins. Había que ver a todos aquellos delgados dominicanos y cubanos de Florida con las pieles satinadas dando saltos de alegría por su triunfo. No menos bueno el final del décimo, cuando Edgar Renteria golpeó limpiamente en largo, echó a correr y de pronto miró por encima del hombro y se dio cuenta de que su golpeo acababa de suponer el triunfo de su equipo en las World Series. Así que siguió corriendo, dando saltos como una gacela en arcos de éxtasis perfecto, lanzándose al aire, tan libre como el primer día de la creación. América, América...

Muy emocionante, hasta que uno se acordaba de que los Florida Marlins eran este equipillo formado de la noche a la mañana cuyo creador recientemente había hecho pública su intención de vender a los mejores jugadores antes de fin de temporada. Es posible que se esté haciendo viejo, pero a Gideon cada vez le deprime más lo efímero de las cosas. Durante el verano entero, mientras bebía café y más café en los restaurantuchos de la Costa Oeste con los coordinadores de Direct Action, mientras descansaba en salas de estar en los pisos de otros marionetistas en Phoenix y Seattle, mientras contemplaba a Dina, a Andrea y a Dan, tan confortables, tan vistos, tan familiares en el interior de sus sacos de dormir, con su buen humor y sus humores de perros, no ha dejado de pensar: Ésta muy bien puede ser la última gira de Pants on

Fire. Los hermanos Zafiro amenazan con demoler el edificio la próxima primavera, e incluso si Gideon se las arregla para encontrar un nuevo hogar para la compañía (el espacio, de hecho no es el problema principal: siempre pueden compartirlo con Jamie Gorelick en el Lighthouse, o con Fran Neuhaus), por una coincidencia nefasta, dos de las principales fundaciones subvencionadoras de Pants on Fire acaban de anunciar que les cortan el grifo. Lo que significa que, incluso en el supuesto de que Pants on Fire siga adelante, Gideon ya no va a seguir cobrando un sueldo.

A ver quién es el guapo que le explica a su atareadísima esposa que su trabajo hasta ahora simplemente poco remunerado se ha convertido en un hobby con todas las de la ley. Mientras Gwen no cesa de preguntarle si no podría aportar algo al alquiler, para la mujer de la limpieza o el recibo del teléfono, que está inflada por efecto de sus excursiones por Internet a Lille, a Amberes y a Eugene, Oregon. Tal como están las cosas, Gideon no sabe cómo va a pagar los recibos de la tarjeta de crédito de octubre, a no ser que recurra al viejo truco de sacar de la Visa para pagar la MasterCard...

Jacey levanta su copa de Merlot en la dirección de Gideon. Brindan, con sonrisas forzadas.

—Porque seamos felices.

—Salud y pesetas^[18] —responde Gideon, tras de lo cual vacía su copa con rapidez acaso excesiva. Carajo, no se acordaba de lo nervioso que le pone siempre venir a este piso de Sutton Place.

—Gideon, hace meses que no te hemos visto el pelo... —se queja Jacey—. Y esta época del año andamos ocupadísimos, desde el día del Trabajo hasta Navidad. Esta semana casi no he visto a los niños, ¿verdad, Martin? Anoche fuimos a una gala de recaudación de fondos para Dalton...

—Por cierto, Chugga, hace poco les envié un talón de los buenos de tu parte —Martin está de malhumor, pues apostó por los Indians, y apenas ha abierto la boca en toda la noche.

Gwen frunce el ceño.

—¿Por qué? A mí Dalton no me gustó nada...

—Porque nunca se sabe —dice Martin—. Ha cambiado mucho desde entonces. Y además nunca es pronto para que empecéis a pensar adónde vais a mandar a la niña dentro de unos años.

—A mí siempre me ha hecho gracia la idea de educar a los hijos en tu propia casa —apunta Gideon en tono amigable.

—Por supuesto, hay otros colegios para chicas muy buenos —prosigue Martin, como si su yerno no hubiera hablado.

—Y la escuela de circo Hermanos Ringling tampoco está mal —dice Gideon con una sonrisa. Echa mano a la botella y se sirve otra copa.

—Yo creo que aún tenemos mucho tiempo por delante —dice Gwen, no sin lanzarle una mirada de advertencia a su marido.

—Bueno, yo que vosotros empezaría a mirar —responde Martin—. Las cosas han cambiado desde los años setenta, cuando las familias se iban de la ciudad y los colegios casi tenían que sobornar a los padres para que matricularan a sus hijos en ellos. Hoy en día hay que tocar muchas teclas para que acepten a un hijo tuyo.

Gideon ya no sonrío. Gideon tiene la curiosa sensación de que su suegro le ha estado pasando dinero a Gwen a sus espaldas, dinero para la niñera, dinero para las clases de música. Se siente en deuda con este hombre a quien detesta porque goza de unos privilegios que le revientan. Deja el tenedor en el plato, estira el cuello y dice:

—¿Sabéis una cosa? Da la casualidad de que tengo mis propias ideas sobre la educación de mi hija. Y de ninguna manera pienso permitir que ponga los pies en una de esas escuelas privadas del Upper East Side.

Es curioso lo rápido que ha cambiado la atmósfera.

—¿No? —inquire Martin, en tono frío—. ¿Es que estáis pensando en marcharos de Nueva York?

—Todo es posible. Estamos pensando en muchas posibilidades.

—¿Como la de emigrar a Marte?

Jacey suelta una risa.

—Martin... Martin tiene esta anticuada confianza en la calidad de la enseñanza americana que a mí me hace mucha gracia.

—Yo no tengo la menor confianza en la calidad de la enseñanza pública americana.

—Pero, Martin, si tienen razón... Bella sólo tiene un año.

—En Inglaterra inscriben a los hijos al nacer —indica Martin, sombrío.

—Sí, y en Inglaterra también los azotan con tiras de cuero...

—Eso me gusta —dice Gideon.

Unas risas poco espontáneas.

—¿Le apetece un poco de pudín... señor? —Jacey habla con acento británico de pega—. Un pudding como el que come Su Graciosa Majestad. ¿No es así como lo dicen?

CAPÍTULO DOS

1

La ciudad triste, ajada y exhausta.

Pues está claro que Nueva York no se reduce a las fastuosas boutiques de Christian Ibaranguoitia ni a los colegios privados del Upper East Side, ni es únicamente la brillante ciudadela del Nuevo Paradigma Económico que sus publicistas insisten en vendernos.

La ciudad triste, bajo la lluvia otoñal, en la hora punta. La ciudad anterior a la guerra, marchita y decrepita: una ciudad manufacturera, triste y mugrienta, la ciudad que pintaron Edward Hopper y George Bellows. La ves allí donde Madison Avenue se cruza con las calles 20 y veintitantos, en Park Avenue South: altas hileras de húmedos edificios de oficinas, con los techos bajos, cuyas cuadrículas iluminadas por los fluorescentes muestran a hombres en mangas de camisa, secretarías con zapatos de tacón cuyas suelas se convierten en cartón deshecho cuando luego pisan los charcos. Tiendas de ropa deportiva, papelerías. ESTACIONAMIENTO PROHIBIDO. Desayunos con oferta del día, el Deauville Hotel, un chico vestido con una roja chaqueta de béisbol que está de pie ante la pizzería Mamma Mia y al que recoge su madre, que lleva un abrigo de falsas pieles. El vapor que brota de las rejillas de los edificios de oficinas, de las tapas de alcantarilla, el olor sofocante a contaminación que desprende ese vapor.

Hora punta en la ciudad, hora punta bajo la lluvia, atrapado en un taxi en el túnel bajo Park Avenue South. El amarillo destello de los taxis, el rojo florecer de sus luces traseras. Gideon está en el vehículo con Alfred Gebler.

Irritado, Gebler le dice:

—Por lo que veo, no te has enterado de lo sucedido.

Gideon medio vuelve el rostro y lo mira, a la espera de que el otro se explique.

—Pues los periódicos no han estado hablando de otra cosa desde... En la revista *New York* del mes pasado incluso nos dedicaron un titular de portada... No te veo lo que se dice muy enterado. Sobre el pleito en que andamos metidos.

—El plei...

—Nos han puesto en la calle.

—No, no estaba enterado. Qué mal. ¿Qué es lo que ha pasado?

Gebler se pasa un dedo por la garganta y hace un ruido sibilante.

—En pocas palabras: un golpe de palacio. La mitad de los miembros de consejo y las grandes fundaciones de las que Aurora depende nos han denunciado por supuestas violaciones de los estatutos a la hora de financiar nuestras adquisiciones. La cosa ha sido muy fea. No voy a aburrirte con los detalles; el resultado fue que los malos se salieron con la suya. Como siempre sucede. Nos vemos obligados a empezar de nuevo, salvando lo que podamos de la quema. Estamos vendiendo nuestra colección a precio de saldo. ¿Me compras un Jasper Johns por sesenta mil dólares?

—Sí, claro, cómo no.

—Pues haberlo comprado hace treinta años, cuando estaba tirado de precio.

—Alfred, lo siento mucho. Esto es una tragedia para el arte moderno. Por Dios que vivimos en una época que da asco. —Gideon se lleva las manos a la cabeza, se mece adelante y atrás. Está... anonadado—. Que te puedan arrebatarse la obra de tu vida así como así... Es inhumano. Es una vergüenza. Oye, de verdad que no sabes cuánto lo siento.

—Vamos, Gideon, tampoco te lo tomes así —dice Gebler—. En el fondo no es para tanto. Todavía nos queda una colección particular que vale trillones, así que no necesitamos de vuestra lástima social-populista-marxista-zapatista-brechtiana-stalinista...

Y Gideon responde:

—En realidad lo siento por nosotros dos... Porque... Porque... —Su voz está al borde de la quiebra—. Porque nosotros estamos en las últimas. Nos estamos hundiendo, y no sé cómo vamos a salvarnos. No tenemos ni un puto centavo y... Las pocas subvenciones que teníamos se han volatilizado de repente, y los hermanos Safir van a echar abajo La Merced...

Gideon no puede creerse que esté ofreciéndole esta imagen patética a Gebler, a quien apenas conoce, pero la tensión de la lucha contra el desalojo, de los días en los que otra modesta esperanza se viene abajo (la fundación Chillingworth de forma misteriosa ha trasladado su sede a Cincinnati, donde se dedica a efectuar una especie de beneficencia entre los artistas locales; el VICO justo acaba de ponerle fin a su programa de apoyo a las artes escénicas, ¡y ahora la Aurora!), de ocultar su propio pánico bajo una máscara de valor de repente le resultan excesivos; lleva semanas sin dormir; tiene este tic en el ojo; tiene la boca seca, y sus tripas emiten unos ruidos que está seguro de que Gebler oye; se está hundiendo y está al borde del colapso; y no hay nadie con quien pueda hablar en confianza; ni con sus compañeros siquiera, pues se siente como un estúpido por haber perdido el caserón y la financiación en un momento de crecimiento económico en el que hasta Mirko, el portero del Vanderveer, ha ganado tanto dinero en la bolsa que está pensando en abrir un café en Dubrovnik. Y cada vez que trata de animar a sus compañeros a arrimar un poco más el hombro, de recordarles que saben bien cómo producir obras sin apenas medios, de decirles que

pasarán años antes de que efectivamente los desalojen de La Merced, Gideon entiende que, de la forma menos traumática posible, todos están haciendo planes sobre sus futuros respectivos, todos están intentando decirle con delicadeza: Gideon, ha llegado el momento de dejarlo...

—Ya encontrarás alguna cosa en la que meterte —responde Gebler—. Algo mejor remunerado. Y si no, siempre puedes hacer como yo y dedicarte a vivir de tu mujer.

—¿Y vosotros qué planes tenéis?

Gebler levanta las palmas de las manos en señal de indiferencia budista. Abre la boca y entona:

—*I will survive...* La verdad, tenemos cierta libertad para hacer lo que queramos. Nuestras dos hijas están en la universidad. Leopold, que aún no sabe que técnicamente no tiene nada de judío, está viviendo en una especie de *ashram* hasídico en Jerusalén. En cuanto a Dolly, no me extrañaría que acabase por dedicarse a la recogida del repollo —o lo que crezca por allí— en algún asentamiento en la puta Samaría, con una Uzi bajo el brazo. Mi mujer necesita creer en algo, y ahora que el arte moderno nos ha dado de lado, vete tú a saber qué religión acabará abrazando. Eso sí, como se haga ortodoxa, yo me largo.

Tratando de calmarse un poco, Gideon mira por la ventana. Tamborilea con los dedos sobre la puerta. Han salido del túnel y suben Park Avenue arriba, han dejado atrás el Waldorf-Astoria, al que su mujer de adolescente acudía con ocasión del baile de la escuela todas las Navidades.

—¿Habéis pensado en iros de Nueva York...? Lo que soy yo, esta ciudad cada vez me parece más diferente...

—¿Irnos de la ciudad? —Gebler se lo queda mirando—. ¿Sabes una cosa? Aún no la sabes, pero no tardarás en saberla. Tú miras a tu niña, y a los cuatro años es el ser más maravilloso que hay en el mundo. A los catorce, siempre está de malhumor. A los veintidós, está pasando por una crisis de tipo espiritual-emocional. A los veintitrés, se ha liado con un tío al que no puedes ver ni en pintura. A los veinticinco, descubre que en realidad ella es lesbiana. A todas las edades, sigue siendo tu hija de siempre. ¿Adónde quieres que me marche? ¿A Pittsburgh? ¿A Los Ángeles? ¿A vivir al puto campo?

—A mí no me importaría vivir en el campo...

Gebler clava sus ojos en él.

—Te diré una cosa, Gideon: a mí las marionetas nunca me han gustado; me parecen una bobada y un asco. Lo que pasaba era que tú me caías bien. Me alegro de que no acabaras casándote con la gorda, en eso tomaste la decisión acertada.

Gideon suspira, y el suspiro se le escapa como una especie de involuntario gruñido.

Gebler le da una palmadita en la rodilla.

—¿Por qué no pruebas con la escultura? Seguro que eso de manejar un soplete se te da bien. Límitate a pensar que eso de las marionetas fueron tonterías de juventud

de las que ya te has olvidado.

2

Ha dejado de llover, y una delicada neblina gris y rojiza, infinitamente húmeda y bondadosa, envuelve el paisaje urbano con su cálido aliento. Gideon tiene la espalda encorvada sobre el plato de espaguetis que se han enfriado y está contemplando la niebla por la ventana. La mutabilidad de Nueva York, que en el momento preciso en que estás pensando en renunciar a ella, te acaricia con una ternura olvidada...

—¿Has terminado? —Retirados los platos, su mujer coge el periódico. Oficialmente terminada la cena, ahora cada uno puede seguir haciendo su vida por separado.

—¿Gwen...?

—Mmmm.

A estas alturas ya se ha escondido tras la cortina color gris trapo del *Wall Street Journal*. Gideon en ese momento se imagina que está persiguiendo a Gwen por un teatro de papel, corriendo en su pos entre pantallas de papel de tres metros de altura que reflejan las cotizaciones de la bolsa. ¿Por qué será que ella lo odia de esta forma?

—Gwen, los de Aurora ya no van a darnos dinero el año que viene.

Gwen deja el periódico.

—Sí, algo he leído sobre esa disputa. Me había olvidado de que tenías una beca suya. El dinero de Aurora procedía de una empresa farmacéutica o algo así, ¿verdad...?

—Sí, de una empresa de Chicago que no se sabe bien lo que fabrica. Debieron de considerar que una diosa griega era mejor tapadera que la crema para el acné.

—Romana —corrige Gwen de forma automática—. La diosa griega del amanecer era Eos. ¿Cuánto os estaban dando hasta ahora?

—Un montón: más de la mitad de nuestro presupuesto. Porque éramos del vecindario y se sentían un poco obligados con nosotros. En su momento los habíamos ayudado con unos proyectos artísticos para alumnos de escuela. Así es como contactamos con Hector, de hecho... Yo tenía la idea de que en cierta forma podíamos contar con ellos para siempre...

—¿Y qué vais a hacer? —Su tono es de curiosidad, con distanciamiento. Si Gideon fuera un desconocido sentado a su lado en una cena de sociedad, sin duda mostraría mayor calidez.

Gideon se encoge de hombros. Molesto, pues la dinámica que entre ellos se da establece que a él le corresponde dar seguridades a Gwen.

—Ya nos arreglaremos. O sacamos la pasta de algún otro sitio, o... No lo sé. Tendremos que dejarlo... Durante un tiempo. Estamos repasando todas las posibilidades. —Está hablando sin ton ni son por efecto de la fatiga irritable, mientras trata de adivinar qué es lo que ella está pensando. Pero Gwen no dice nada. Di algo, maldita sea, pero no lo hace, tiene la mirada vacía y el ceño fruncido en el rostro, sin

que él sepa qué es lo que le está queriendo decir con ello.

—Mala suerte —dice ella por fin—. ¿En serio piensas que igual tenéis que disolver la compañía?

Gideon vuelve a encogerse de hombros y al momento se irrita por haber recurrido por segunda vez a un gesto tan facilón. Gwen lo está poniendo nervioso.

—Es una de las opciones que estamos considerando, sí...

Gwen tiene la mirada medio perdida, como si estuviera mirando por la ventanilla de un avión. ¿Le preocupa la cuestión del dinero? ¿Le revienta tener que decirle a la gente que en esta época de pleno empleo su marido se las ha arreglado para perder el trabajo que tenía? Acaso es presa del miedo neoyorquino —gregario, como de camada de lobos— al fracaso, a tener que admitir ante sus amigas que se ha casado con un hombre que, lejos de ser un artista experimental, le ha resultado un fracasado de padre y muy señor mío. Basta con que los demás huelan la sangre para que se lancen contra tu garganta.

—Y si la compañía se disuelve, ¿qué vas a hacer...? ¿Vas a... buscar otro trabajo?

Gideon se encoge de hombros por tercera vez. Así que lo que la preocupa es el dinero. El dinero, y que sigue yéndole bien que él se pase el día fuera de casa. Se suponía que la esposa de uno tenía que brindar apoyo cuando las cosas venían mal dadas, recordarle que la carrera de un artista siempre es cíclica y pródiga en resurrecciones y que, dado que eres un genio como no había sido visto desde el mismísimo Meyerhold, es pura cuestión de tiempo que el mundo entero se dé cuenta y caiga rendido a tus pies. Se suponía que la mujer amada en casos así tenía que decir: Olvídate de la falta de dinero, por lo menos nos queremos y contamos el uno con el otro. El no va más sería que ella le dijese: No pasa nada, cariño, venderé algunas de mis acciones e hipotecaré el piso otra vez; le pediremos dinero prestado a mi padre.

CAPÍTULO TRES

—Hola, Eeth. ¿Te han dejado solo?

Ethan, que va descamisado y lleva puestos unos pantalones de chándal, asiente con la cabeza. De pronto tiene un físico masculino: un pecho huesudo y los brazos musculosos. ¿Será que le ha dado por levantar pesas?

—¿Te he despertado?

Es la una del domingo, y Gideon acaba de llamar al timbre del piso de Rivington Street. Diciéndose: Tengo que hablar con Dina o reviento...

—Mamá está fuera.

—¿Sabes si tardará mucho en volver? ¿Sabes adónde ha ido?

—A encontrarse con Avi.

Gideon se queda en blanco un momento. Piensa que el chaval se está refiriendo a Avi, el colega de Gwen en el Lavrinsky, el que vive con una becaria del *New Yorker*. Hasta que cae en la cuenta: Avi Weissbrot, el seminarista que dejó la escuela religiosa, el que anda empeñado en establecer una nueva *minyán* con Dina y con Josh. Avi Weissbrot, quien, con su barba rubia y sus mejillas sonrosadas, lleva a pensar en un cruce entre un hasídico y una campesina suiza ordeñadora de vacas, pero que en realidad es miembro de una prominente familia de San Francisco. Gideon se acuerda de que el tío de Avi es el abogado que está llevando el caso de los judíos como esclavos para las empresas alemanas durante la guerra mundial.

Gideon se sienta a la mesa de la cocina y mira cómo Ethan termina de calentar unos pastelillos en la tostadora. Ethan le ofrece uno.

—¿De canela o de fresa?

—Gracias, pero no.

La cocina resulta acogedora. Alguien ha pintado las paredes de este llamativo amarillo claro reluciente. El suelo es de un nuevo linóleo blanco y negro que evoca cierto distante concepto de elegancia metropolitana. Sobre la encimera hay una tarta casera de pipas de girasol cubierta por una quesera que Gideon nunca había visto antes. Aunque el piso es pequeño, da la impresión de ser un lugar en el que los amigos de Ethan se sentirán cómodos cuando vengán a visitarlo. Aunque grande en comparación, el piso del Vanderveer no le resultaría cálido a los amigos de Bella, si éstos vinieran a verla...

Ethan, quien se acaba de poner la camiseta color morado de los Grateful Dead que en su momento perteneciera a Gideon pero que tampoco le sienta particularmente grande, está preparando un par de altos vasos de leche con cacao. Le pregunta a Gideon si quiere un trozo de tarta de pipas.

Gideon le dice que no, pero al momento se da cuenta de que está famélico.

—Qué suerte que te he pillado —dice con una sonrisa—. Hace años que no tomo leche con cacao.

No le resulta fácil encontrarse con Ethan estos días. En primer lugar, el chaval está tan ocupado como sólo los chavales con trece años de hoy pueden estarlo. Y en segundo lugar, cada vez que Gideon le menciona a Gwen que tiene pensado recoger a Ethan en la escuela o llevárselo a comer el domingo, su mujer siempre se las arregla para complicarle las cosas. La última vez le hizo chantaje emocional hasta que consiguió que Gideon accediera a llevarse a Bella consigo, para que la niñera se pudiera marchar antes ese día. Un desastre. Se encontraron en el café Lalo, después de la clase de trompeta, pero Gideon apenas tuvo ocasión de hablar con el muchacho, pues todo el rato tenía que estar controlando que la pequeña —que no paraba de chillar— no le diera patadas a las camareras o saliera corriendo a la calle llena de tráfico. Cuando volvió a casa, estaba furioso consigo mismo, furioso con su hija y furioso con su mujer, sin saber bien por qué.

—Por lo que veo, el *minyán* de Dina avanza viento en popa, ¿eh? La celebración que organizaron hace poco fue verdaderamente impresionante. Tu madre hubiera sido una buena rabina.

Ethan, a quien desde la marcha de Gideon del piso le han salido granos además de bíceps, asiente con la cabeza.

—¿Vas todas las semanas?

—De eso, ni hablar. —Ethan sonrió con astucia—. Bastante tengo con ir a casa de Josh para la preparación del bar mitzvá.

—Te entiendo. La preparación del bar mitzvá fue uno de los principales puntos negros de mi propia juventud, y mira que en ésta hubo puntos negros a porrillo. Y ni siquiera conocemos a los suficientes ricos como para que la ceremonia nos salga verdaderamente a cuenta. Más vale que de la lista de invitados se ocupen tus abuelos, te lo digo yo.

Ethan echa mano al segundo pastelillo y se lo come en dos bocados, sin sentarse en absoluto. Se chupa los dedos.

—La verdad es que estoy hecho un lío. Yo soy ateo desde siempre, pero el bar mitzvá sigue significando algo para mí. No sé si me explico. No lo hago simplemente para complacer a mi madre.

—¿En el colegio tienes compañeros que sean religiosos?

Ethan está en su primer año en Stuyvesant.

—Pues no. Mi amigo Chris es budista, pero yo a eso no lo llamo religión. Es más como... Como que no hay que pisar las hormigas, si puedes evitarlo. Ahora bien, si

un día me caso, no me importaría que mi esposa fuera creyente, siempre que no me estuviera dando la lata todo el día con el asunto...

A Gideon le hace gracia. Sin que él apenas se haya dado cuenta, Ethan se ha convertido en un hombrecito. Le alivia sentir que está pisando otra vez el terreno conocido de la masculinidad, aunque sólo sea durante una hora. Gideon sabe que si quiere darle a Ethan ocasión de lucirse, sólo tiene que preguntarle por su opinión sobre las distintas marcas de equipos de música, o si piensa que Microsoft se las ha arreglado de una vez para mejorar un poco su navegador de Internet. Gideon, que ahora tiene su propia hija, siente el levísimo deseo de que Ethan asimismo fuera hijo suyo. En el fondo, se muere de ganas por tener un hijo varón.

En lugar de referirse a estas cosas, aventura:

—Oye, tu madre... Tu madre está bien, ¿no?

—Sí. Está la mar de bien —responde Ethan con firmeza—. Le fue muy bien dejar el trabajo.

Otro punto a favor del chico: siempre está con su madre. No es que la quiera o necesite de ella, es que en todo momento está de su lado.

Gideon y él hablan de la escuela, de música, de ordenadores, de deportes. Ethan le confía que ha estado tratando de crear su propia música. El padre de Andrea trabaja en un estudio de grabación y a veces deja que los chavales tonteen un poco con el equipo...

El teléfono suena en ese momento. Gideon se queda sentado donde está, esperando que se trate de Dina.

—Hola, ¿qué tal? —responde Ethan, y por el tímido balanceo de su cuerpo Gideon deduce que está hablando con una chica. Su mirada entonces repara en el reloj de la cocina, y se levanta de un salto. Gwen se va a poner hecha una fiera: le ha pedido que se ocupe de Bella esta tarde mientras ultima un discurso que Lavrinsky tiene previsto pronunciar. Ni siquiera ha podido ver a Dina. Gideon siente que tiene que ver a Dina como sea. Es la única persona que puede darle una opinión lúcida sobre si vale la pena o no tratar de mantener unidos a los Pants on Fire.

Gideon pone su mano en el hombro de Ethan para indicarle que se va. Ethan hace un gesto: espera.

—Leah, ¿puedes esperar un momento? Tengo un amigo en casa y...

Ethan se acerca a su lado. Los dos hombres se abrazan. Gideon le masajea el hombro al chaval.

—¿Te parece que si voy por la Avenida 12 igual me cruzo con tu madre?

Sucede que Gideon durante todo este tiempo ha estado pensando que Dina y Avi Weissbrot simplemente se dedican a reunirse con Josh para hablar de la *sukkah* o de la *parsha* de la semana próxima...

Ethan guarda silencio un instante. En su rostro se pinta una expresión de aprensión. Como si su instinto extrañamente le empujara a encubrir las cosas.

—Bueno... Verás... Mamá y Avi han ido a la ópera. —Gideon sin duda se ha

quedado boquiabierto—. A ver *Rigoletto*.

Lo que son las cosas, se dice Gideon una vez que ha alcanzado la seguridad de la calle, me he pasado media vida viviendo con Dina y jamás se me ocurrió invitarla a la ópera. Se acuerda de que su amiga últimamente había adelgazado mucho, del buen aspecto que presentaba y se dice: *Yashar Koach*, Avi, por intuir que aquel árbol olvidado aún podía dar frutos muy sabrosos.

CAPÍTULO CUATRO

1

Christopher d'Aurilhac vive en una casa de propiedad en Chelsea: una alta casa de ladrillos rojizos enclavada frente al seminario.

En el interior, las pequeñas habitaciones están pintadas de color azafrán, bermellón, rosado. Con ojo profesional, Gideon admira la cremosidad con que la pintura ha sido extendida, lo immaculado de los acabados.

—Sí —conviene Christopher—. El chico que me pinta la casa ahora mismo está en la Bienal. Pero es mucho mejor pintor de paredes que de cuadros.

Los amigos de Gwen sí que saben vivir.

Gideon se pregunta qué pensará Christopher de esa especie de suite para ejecutivos que es el piso de Gwen en el Vanderveer, y se dice que el otro seguramente opina que Gwen es demasiado inteligente para disfrutar de una verdadera vida privada. O acaso demasiado frugal al estilo de su clase social para permitirse un poco de belleza en la vida. O acaso (como Gideon sospechaba en el pasado) se trata de una reacción adicional contra su madre con temperamento artístico...

—No tienes ninguna fotografía —observa.

—No, casi ninguna. Bueno, en el vestidor tengo un par de esos icebergs de Lynn Davis —responde Christopher—. No me gusta mezclar mi trabajo con mi casa, y en eso soy muy poco neoyorquino.

En lugar de fotografías hay una pequeña natividad flamenca al óleo. Y un retrato español de una monja datado en el siglo XVII.

—Antepasada mía —explica Christopher.

—¿Por vía directa? —inquire Gideon.

—Ni se te ocurra decir esas cosas —reprende Christopher—. Las mujeres de mi familia son todas castas, y los hombres, bravíos.

—Eso tu madre no me lo había dicho.

Un aparador de Biedermeier, junto a una piel de cebra en el suelo. Una diosa cicládica de la fertilidad en alabastro.

—¿También es una antepasada?

—No. Ésta la compré hace un par de meses una tarde que estaba con Gwen.

(Gideon siente que el otro acaba de clavarle una puñalada en el estómago. A él también le gustaría estar en disposición de comprar cosas bonitas y caras en compañía de Gwen...)

—Pasa, que te presento a mis amigos —invita Gideon, quien conduce a Gideon a la biblioteca.

Gwen está sentada en un sofá junto a una rubia con las piernas largas y rebosante de oro que parece conocer de antemano.

—Molly Kellaway, Gideon Wolkowitz. El marido de Gwen —explica Chris, cuya mano sigue en el brazo de Gideon.

—¡Gwen! ¡No me digas que te has casado! ¡Por Dios que no me lo creo! —exclama la rubia con entusiasmo, agarrando a Gwen por el brazo, de manera que ahora ambos, marido y mujer, se ven aferrados por manos ajenas.

¿Y por qué no se lo cree?, se pregunta Gideon. ¿Por qué no se cree que una mujer de treinta y tres años se ha casado? (¿Acaso porque recientemente la ha visto en brazos de otro? ¿O inmersa en una orgía particularmente sórdida?)

—Y hasta tengo una hija —confirma Gwen con calma. Lo que deja a Gideon fuera de la ecuación.

En el sofá de enfrente se encuentra una mujer de mayor edad a quien Christopher le presenta como Agnes. Una escultora con mucho talento, añade. Gideon se sienta junto a ella y pronto aprende que vive y trabaja en una sinagoga renovada sita a algunas cuadras de La Merced. En ese momento, un individuo con aspecto mortecino envuelto en un uniforme gris y un delantal blanco entra y anuncia que la cena está lista.

Christopher y los invitados cruzan unas puertas francesas y pasan al comedor, donde las sillas están dispuestas en torno a una mesa oval de madera de palosanto con decoración en marquetería, uno de los objetos más preciosos que Gideon haya visto fuera de un museo. (No acaba de decidir qué le fastidiaría más: que la mesa fuera otro legado de los píos ancestros franco-españoles de Christopher o que éste también la hubiera adquirido en compañía de Gwen.)

Durante la cena hablan del verano, que en el caso de Christopher parece haberse prolongado hasta principios de octubre. Christopher, Molly e Yilmaz acaban de volver de Turquía, donde Christopher alquiló una casa en la costa. Una hermosa casa vieja de piedra en una antigua aldea griega próxima a los Dardanelos.

—¿Por qué no os vinisteis con nosotros? —pregunta Yilmaz a Gideon—. Aquello es un paraíso para los niños. Estuvimos con siete de mis sobrinos y sobrinas.

—¿Un paraíso? —gruñe Christopher—. Tu familia es lo más lejano que hay a un paraíso, a no ser que te estés refiriendo al paraíso que tienen en mente los hombres-bomba de Hezbolá. Lo que soy yo, mi paraíso es de carácter más célibe. El paraíso radica allí donde no está la familia Izzik.

Molly explica que ante los familiares de Yilmaz tuvieron que fingir que Yilmaz y él eran pareja.

—Por suerte, son muy tradicionales, así que Yilmaz y yo no nos vimos obligados a dormir en el mismo cuarto. No sabes la envidia que tengo de vosotros dos —añade, dirigiéndose a Gideon—. Me muero de ganas de tener un hijo.

—Molly, primero tienes que encontrar un marido —le advierte el anfitrión.

—Un niño para mí solita... —gorjea Molly.

—Molly, yo creo que lo que tú quieres es otra cosa: un marido, rico a poder ser. Estoy tratando de convencerla de que se case con Yilmaz —explica a los demás.

—Ya, claro. Para él sería estupendo porque así podría conseguir la nacionalidad y su familia no se enteraría de que es gay, pero para mí no sería tan estupendo... —medita Molly en voz alta, todo sonrisas—. Claro está que eres un encanto... —agrega, medio disculpándose—. Si me fuera a casar por amor, está claro que me casaría contigo.

—Te recuerdo que siempre es mucho más fácil dar con un marido si has estado casada antes. Los hombres son unos borregos: todos quieren ir allí donde otro ha estado antes —afirma Christopher.

—Yo tengo un novio —explica Molly a la mesa—. Es muy buen chico, pero cuando veo a Chris y a Yilmaz juntos me digo que necesito algo más...

(Una segunda polla, piensa Gideon con muy escasa amabilidad. Una buena enculada.)

Molly explica que su pretendiente es inversor profesional, divorciado y residente en Denver. Sus hijos ya son adolescentes, y está completamente loco por ella.

—Lo que pasa es que es un poquitín aburrido. No sé si está feo que lo diga. Pero también es muy dulce e increíblemente generoso. —Molly muestra su reloj de pulsera a la luz de la lámpara—. Mirad, hace poco me ha regalado este reloj...

—Un Bulgari —informa Christopher a la concurrencia—. Feísimo a más no poder, pero de los que cuesta diez mil pavos. ¿Por qué no lo vendes?

—Lo que pasa es que él en realidad tampoco me gusta tanto. Yo creo que eso es lo que pasa en realidad.

—¿Tú lo has conocido? —pregunta Gwen a Christopher en voz baja.

Éste tuerce el gesto y acerca su rostro al de ella. Intercambian unas palabras rápidas, casi con indiferencia, detalle poco cortés que Gideon sin saber bien por qué encuentra revelador de una intimidad profunda, más revelador que una caricia incluso.

Son co-conspiradores, piensa, y está absolutamente seguro de que Gwen siempre se lo dice todo a Christopher. Gideon se siente desesperadamente vulnerable al sospechar que este hombre a quien odia —y que le odia a él, su enemigo— sabe algo sobre el destino de Gideon que él mismo ignora a estas alturas. Seguro que le ha dicho que está pensando en dejarme, piensa Gideon. Y nos ha invitado aquí esta noche, sabedor de lo orgullosa que Gwen es, para hacerme quedar como un gilipollas delante de sus amigos.

—Lo que quiero saber es: si rompo con Davis, ¿tengo que devolverle el reloj?

—Por supuesto que sí. Por lo menos tienes que ofrecérselo, si bien él quedaría como un individuo muy ruin si entonces lo aceptara. Lo verdaderamente correcto sería enviárselo a su dirección, para que no pudiera decirte que no.

—¿Estás seguro? —interviene Agnes—. Un reloj no es lo mismo que un anillo de compromiso —explica—. Cuando abandoné a mi marido, tiré el anillo al Tíber.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —inquire Molly—. Podrías haberlo donado para caridad. O podrías habérselo dado a una chica pobre, para que tuviera una dote que aportar...

—Bueno, yo tenía la idea de que aquel anillo tenía una especie de maldición. Mi marido era un sujeto muy poco recomendable.

—¿Es que estamos en San Nicolás? Las chicas ya no se casan con dote —reprende Christopher a Molly con afecto.

—¿Tu padre a ti no te dio una dote? —pregunta ésta a Gwen.

—Molly, vaya una pregunta. La dote de Gwen era su virtud...

Gideon finge toser.

Molly sigue mirándose la muñeca.

—¿En serio te parece feo? Yo no lo encuentro tan feo.

Christopher se encoge de hombros.

—A mí Bulgari no me va.

Molly coge su muñeca y apunta:

—Veo que llevas uno de esos relojes rectangulares... Un Cartier. Éste sí que es un clásico.

Todos se ponen a comparar relojes. Yilmaz lleva un viejo Rolex de Chris. Agnes tiene un Swatch. Gwen luce un Swiss Army.

—Sorpresas de la vida —bromea Christopher—. La señorita Gwendolen nos ha salido una militarota. Pero, ¿no te parece que el ejército suizo acaso es un poquito demasiado civilizado? Te pegaría más un reloj de los comandos israelíes ésos que siempre andan echando casas abajo...

La conversación se traslada de la joyería al chismorreo sobre gente que todos (menos Gideon) conocen, entre los que se incluye un amigo de la universidad de Molly y Chris que se acaba de suicidar en un hotel de la Rué de Rivoli. Del suicidio pasan al asesinato, y mientras degustan un helado casero de caramelo con galletitas charlan sobre crímenes famosos, entre los que destaca el no resuelto caso de una reina infantil de la belleza aparecida muerta en el sótano de la casa de sus padres en Denver. Gracias a su aburrido novio que vive en dicha ciudad, Molly está en disposición de ofrecerles algunos detalles de tipo forense de los que no se habrían enterado sin su concurso.

Gideon está deprimido. Deprimido de una forma casi insoportable por el abismo existente entre la alta cultura denotada por las hermosas pertenencias de Christopher y lo cutre de la conversación en la cena. ¿Qué importa que tus antepasados fueran guillotinado durante la Revolución Francesa si luego no haces más que hablar de

pornografía de periódico sensacionalista?

—¿Leíste el artículo de la *New York Review of Books* sobre el matrimonio gay? —pregunta Agnes a Christopher de improviso—. ¿Vosotros lo habéis leído? —pregunta a los demás.

Christopher frunce el ceño.

—Sí. Pero me parece que el artículo no termina de dar en el blanco. Mirad, la mayoría de nosotros estamos verdaderamente anonadados por lo que hemos visto en los matrimonios de los demás... ¿Para qué queremos el matrimonio gay? ¿Para que haya adulterio gay, divorcio gay, abuso gay de menores y padres gay indeseables? ¿Qué sentido tiene multiplicar el mal?

—Bueno, a mí me pareció que el artículo por lo menos demolía los argumentos en contra. Como apuntaba el autor, si la finalidad del matrimonio es tener hijos, a los viudos y las viudas no tendrían que...

—¿Y por qué un hombre no puede casarse con un hombre y una mujer con una mujer? —pregunta repentinamente Molly, con una convicción apasionada que provoca las risas generales.

—¿Es que lo que quieres es tener el doble de oportunidades, Molly? —bromea Chris.

—No, pero me parece estúpido que una pareja de gays que llevan cuarenta años juntos —como Giovanni y Ted— no tengan el mismo derecho a...

Christopher se encoge de hombros.

—No estamos hablando de una cuestión de derechos legales, estamos hablando de...

—Un ejemplo: si Yilmaz y tú seguís juntos dentro de cinco o diez años, ¿no te gustaría...?

—¿Casarme con un musulmán yo? —corta Christopher—. Lo dirás en broma.

Gideon mira a Gwen, que está al otro lado de la mesa. Trata de captar su mirada, de arrancarle un discreto rechazo del consenso establecido por las otras dos mujeres. Pero ella asiente con la cabeza como si estuviera de acuerdo. Por Dios, se dice él, ¿tan poco representa el matrimonio para ella que ninguna broma sobre su sagrado significado consigue ofenderla, ni tan sólo la cínica cháchara de Molly sobre los maridos millonarios? ¿Es que la Biblia no deja clarísimo que el matrimonio tiene que darse entre hombre y mujer para que éstos se conviertan en una sola sangre sagrada, que la cópula entre dos personas del mismo sexo está al mismo nivel que el bestialismo y la idolatría?

—¿Y tú qué piensas, Gideon? Eres el único hombre casado de la mesa... —apunta Molly—. ¿No te parece que los gays tienen derecho a casarse?

A Gideon de pronto le late el corazón con fuerza, y se dice que le están tendiendo una trampa.

—Claro —dice por fin—. Y los monos también tienen derecho a ejercer el voto.

Un momento de silencio consternado, hasta que Yilmaz, y luego todos los demás,

se echan a reír a carcajadas.

2

En el taxi que los conduce a casa, marido y mujer guardan silencio. Es la medianoche pasada. Ambos están muy cansados, más cansados aún al saber que Bella, que siempre se despierta en mitad de la noche cuando no es su madre quien la ha acostado, sin duda empezará a quejarse y a chillar dentro de unas tres horas.

El taxista, que es un sij de la India, conduce demasiado rápido y se salta un segundo semáforo en rojo. Gwen golpea con los nudillos en la mampara de separación y le llama la atención.

—¿Tan mal te han caído todos? —pregunta ella por fin.

Está furiosa con Gideon. Furiosa porque se ha pasado la noche sentado sin decir nada, amarillento y marchito, encerrado en sí mismo, sin ni siquiera molestarse en fingir que estaba escuchando. Suspirando audiblemente cada dos por tres. A Gwen le toca el orgullo que él haya estado tratando de dejar claro ante sus amigos lo cataclísmicamente infeliz que es. Y lo que ha dicho al final sin venir a cuenta... No es de extrañar que nunca salgan juntos.

—Todos no. Molly no. Ella por lo menos no tiene la culpa de haber nacido sin cerebro. Son los otros los que se desviven por aparentar que no son licenciados por las mejores universidades del mundo...

—Te refieres a Christopher.

—¿Cómo puedes soportarlo?

—Pues yo no me he aburrido en absoluto. Quizá porque conozco a la mayoría de las personas de las que hemos estado hablando. —Pensando: me lo habría pasado en grande si hubiera ido sin ti.

—¿No te parece aburrido pasarse la noche hablando del Bulgari de este año y del Rolodex del año que viene?

—Rolex.

—Pues eso. Mira, mi padre era vendedor de electrodomésticos. Mi padrastro tenía una tienda de deportes. ¿Tú crees que cuando salía a cenar con los amigos se pasaba la noche hablando de cómo le iba el negocio? Pasando por alto lo hortera que resulta hacer mención a esos juguetitos carísimos, ¿a ti te parecería bien que yo me pasara la noche hablando de si las sierras circulares Black & Decker son mejores que las de los almacenes Sears?

Gwen no responde.

Gideon de repente se estremece de rabia. La negativa de su mujer a contestar, su expresión de superioridad lo vuelven loco.

—Dime una cosa: antes de que nos liáramos, ¿tú habías salido con alguien que tuviera menos de diez millones de dólares en el banco?

Gwen mira por la ventana, irritada.

—Sí, el primer chico con quien me fui a la cama. Había estado en el reformatorio.

Su padre trabajaba de encargado en un motel en la carretera nacional y su madre era una india abenaki. Solíamos hacer el amor en una de las habitaciones del motel, y a mí el chico me gustaba mucho, más que los demás con los que estuve saliendo durante años. ¿Te has quedado satisfecho?

Gideon se pone todavía más pálido.

—Será porque a los ricos os gusta alternar con los inferiores —dice en voz baja y temblorosa.

—No —contesta ella con absoluta calma—. Eres tú quien gusta de tratar con inferiores. Estás convencido de que a mí me rescataste del arroyo, de una especie de arroyo moral. Y crees que tendría que agradecértelo.

Gideon se muerde la lengua. Durante el resto del trayecto y mientras suben en el ascensor, no dice palabra. Pero después de haber metido a Betty en un taxi con destino a Queens, se mete en el estudio y cierra la puerta.

Los chirridos y ruidos de mantas le dicen a Gwen que su marido ha extendido el sofá-cama y se ha acostado en él. Tan sólo entonces se da cuenta de lo mucho que para ella representa —por muy desagradable que él se haya mostrado— sentir su cuerpo cálido y liviano al lado.

CAPÍTULO CINCO

1

El tren A está inusualmente vacío mientras lleva a Gideon al Up-town, donde éste tiene previsto encontrarse con Annie Dolores para tomar una copa. En el vagón hay una chica con unas gafas muy gruesas, vestida con una americana verde oscuro de alumna de escuela religiosa, cuyo rizado pelo negro está peinado con unas trenzas complicadísimas que su madre tan sólo puede haberle arreglado tras levantarse a las seis de la mañana. Un pelo que lleva a pensar en una maceta con geranios en la ventana de un piso de protección oficial, un pelo que viene a proclamar al mundo amenazador: esta niña es única.

La muchacha de las gafas está aprovechando para hacer sus deberes de la escuela. Gideon estira el cuello y contempla sus negros trazos, las casillas en las que pone cruces después de pensárselo mucho. ¿Qué será de mayor?, se pregunta. ¿Enfermera, funcionaría...? Su solemnidad, la forma en que contiene el aliento al escribir las cursivas, la atención de su madre, un día le reportarán un empleo en el sector público, una vida convencional, con asistencia incluida a la iglesia los sábados por la noche. (Y Gideon sabe, lo sabe, por el rebelde destello de los ojos de Bella, que su niña, la Señorita Travesuras, nunca será tan modosita, que siempre le plantará cara al mundo.)

Annie Dolores le ha encargado que se ocupe de los números: que sume el dinero que a Pants on Fire le queda en el banco, reste los gastos mensuales, haga una estimación de lo que pueden ganar el año que viene y piense cómo pueden recortar gastos. Gideon se siente incapaz. Las cosas han llegado a un punto en que sabe que lo mejor sería llamar a Jennings. A Jennings no paran de salirle encargos de carpintería: cuatro millones de manhattanianos están reformando sus apartamentos este invierno, encargando escritorios y archivadores a medida para los despachos de sus casas, y Jennings estará encantado de reclutarlo para una de sus cuadrillas, pero a Gideon no le apetece...

La niña termina de hacer los deberes, devuelve la carpeta al interior de su mochililla y cierra los ojos. Junto a ella se encuentra un obrero rubio vestido con un peto de trabajo con manchas de pintura, polaco, probablemente (es él quien ha llevado a Gideon a pensar en Jennings), que se baja en la estación de la calle 14 para

hacer transbordo en dirección a Woodside o Jackson Heights. (Un individuo embigotado, con pinta de ser corto de luces y vestido con una chaqueta ornada con la leyenda «Agencia de seguridad Madison Square» ocupa su lugar, y Gideon casi puede sentir lo confortable que resulta, en una tarde fría como ésta, sentarse en un asiento recalentado por un trasero ajeno.)

Todo el mundo parece cansado. Todo el mundo va o viene de trabajar. Todo el mundo vuelve a casa, y la casa está muy lejos del trabajo, pues en Nueva York nadie puede permitirse vivir a menos de una hora de trayecto de los lugares en los que se gana el dinero.

El Nueva York trabajador. El Nueva York de verdad, que hoy se ha trasladado a los barrios de la periferia, pues Manhattan se ha convertido en un escenario ocupado por arbitrajistas y embajadores de la ONU. Las elecciones municipales van a celebrarse antes de una semana, pero Ruth Messinger a estas alturas no tiene posibilidades de ser elegida. Ha sido demasiado prudente y calculadora para proclamar lo que todo el mundo piensa: que este boom económico es una farsa, que los oropeles de los ricos encubren que nadie tiene un centavo.

El invierno pasado, cinco vagabundos sin techo murieron abrasados bajo el espigón de madera de Brighton Beach. La primavera pasada, el «último» asentamiento de chabolas fue derribado en el solar para almacenamiento de carbón que hay debajo de Penn Station, para que Donald Trump pudiera construir uno de sus proyectos monstruosos (el magnate había llegado a un acuerdo con la alcaldía por el cual el proyecto iba a contar con un parque con vistas al río; por supuesto, ahora se ha olvidado del parque).

Lo curioso de los años noventa, se dice Gideon, no es que la pobreza o la proliferación de vagabundos sin techo se hayan vuelto aceptables, sino que el abismo entre los prósperos y los pobres se ha ensanchado de tal forma que las clases medias se han olvidado genuinamente de estos últimos. Tal es lo que Giuliani entendió a la perfección desde el principio: que su misión consistía en garantizar la discreta desaparición de los pobres.

El hecho de que millares de familias vivan encerradas en asquerosos, apestosos centros de detención en Queens por el crimen de aspirar a convertirse en americanos, a compartir nuestra libertad y prosperidad, no es conocido. Si llegaran a enterarse, nuestros conconsumidores —conciudadanos, perdón— tomarían la alcaldía al asalto, pero hoy por hoy están demasiado ocupados en llevar a sus hijos a clases de pronunciación o de ballet, en cultivar alergias a los productos lácteos y al trigo, en inquietarse por los niveles de plomo que hay en la pintura de sus dormitorios: tengo intolerancia a la lactosa, no puedo comer gluten... Tales son las materias de conversión aceptadas entre gente que en otros tiempos se hubiera dedicado a leer a Kierkegaard o a Rilke.

Esta, piensa Gideon, es la verdad en la que hay que hacer hincapié una y otra vez. Cuando los medios de comunicación se dedican al halago y la elusión de

responsabilidades, todos nos convertimos en los medios de comunicación; nuestros pedazos de fieltro y cordel, nuestra pintura, nuestras manos son las únicas herramientas que nos quedan para decir la verdad. Gideon siente que Pants on Fire no tiene derecho a desaparecer en estos tiempos peligrosos y perjuros en los que vivimos...

2

Fluorescentes temblorosos, las luces de tubo parpadean repetidamente mientras el tren aúlla por el túnel. Gideon piensa en todas las espléndidas canciones sobre trenes: una de las mejores, de hecho, se refiere en su letra a este mismo tren preciso. Sin los trenes, la música estadounidense no existiría. Gwen siente que el estómago se le desgarró al acordarse de la vez en que Gwen le confesó haberse enamorado de él cuando descubrió que se sabía de memoria la letra entera de *Casey Jones*. ¿Y qué pasará cuando lo nuestro termine? ¿Bella también se va a enterar de que «tiene otro papá en el tren de Salt Lake»?

Sentado junto a Gideon, un joven con la cara llena de granos está subrayando con rotulador rojo pasajes de un ejemplar en letra grande de *Los actos de los Apóstoles*.^[19] A su lado, una joven negra a quien le sobran veinte kilos, con los labios pintados de un color violeta igual al de su bufanda, está leyendo los horóscopos de los famosos de la tele.

La calle 34. Una abuela china con cara de malas pulgas sube al tren y trata de vender unos monos de peluche color rosa fosforescente. Nadie le dirige la mirada. Gideon le compra uno; la vieja lo mira con unos ojos negros y fríos que dicen: hay que ser tonto. Todas las mujeres del mundo, su hija incluida, parecen mirarlo con esos ojos que dicen: hay que ser tonto. Pero a las niñas pequeñas no les importa que sus padres sean bonachones, y Bella sin duda bailará su india danza de contento cuando él le regale el mico unido a un cordel.

Los niños son felices, o bien fingien serlo. Los niños son muy hábiles a la hora de fingir. Lo mejor que hacen es fingir que son niños, esto es, tal como los mayores piensan que son los niños: carentes de preocupaciones. Cuando en realidad son unos seres indefensos al perpetuo borde de una ansiedad casi insoportable.

Gideon asimismo era hábil al fingir alegría, en consideración a su hija: Es un actor, capaz de fingir lo que haga falta, pero ahora ya no tiene ánimos para seguir haciéndolo. Y además, Bella da la impresión de mostrarse genuinamente impertérrita por las amarguras de sus padres, por la desdicha aportada por su nacimiento. Bella está bien. Incluso la propia Gwen está bien, a su manera. En los viejos tiempos, Gwen embromaba a Gideon por la tendencia que éste tenía a ser gregario. Ahora ella es la que gregariamente se ha sumado a la hermandad de madres que trabajan (esta secta formada por mujeres que se pasan el día en la oficina quejándose de lo inútiles que son sus maridos), y es él quien de pronto se encuentra... a solas consigo mismo.

Su pasión por el trabajo ha disminuido en razón del desprecio que su mujer siente por dicha labor; se siente alienado de sus compañeros. Cuando Gwen se burla de Dina o de Dan, Gideon los defiende, pero el juicio de su mujer corroe por dentro. Con el resultado de que todo en lo que él ha estado creyendo hasta la fecha de pronto le parece de pega, hueco, barato. Una especie de estridente rabieta infantil contra el mundo y sus cosas serias: las cosas que para Gwen son importantes, como el dinero, el éxito y el poder. Lo que la lleva a asentir mecánicamente como una sicofante cuando la conversación de una cena se centra en los relojes Bulgari y los asesinatos pedófilos publicitados por la prensa amarilla.

Gideon está atrapado entre varios mundos, lo que lo deja a merced de Gwen, a una merced todavía mayor. Parece que ella no lo quiere en su vida, pero antes de expulsarla de ella tiene la intención de arrebatarle lo que otros tomarían por sus cualidades.

Y si él se ha constituido en una decepción para Gwen, ella —en sus momentos de desesperanza está empezando a sentirlo— no es la esposa adecuada para él.

3

Lo que a Gwen le falta —cosa que resulta extraña en quien ha hecho de la filantropía su carrera profesional— es precisamente generosidad. El reconocimiento de que la propia vida profesional de Gideon en ocasiones puede sobrepasar los confines estrictos del horario de nueve a cinco y llevarlo a presentarse en casa acompañado de media docena de desconocidos hambrientos y amigos de la charla, de que todo se arregla con un paquete adicional de espaguetis y un par de botellas de vino más.

Gwen podría haberse dado cuenta, haber entendido que nada les costaba invitar a Dina y a Ethan a almorzar algún que otro domingo. Podría haberse dado cuenta de que ya que no le pagan nada a Hector —quien es huérfano—, por lo menos bien pudieran darle de comer. Pero para Gwen y Gideon, el «su» individual nunca se ha ampliado a un «su» común a ambos; Gwen lo ha obligado a asumir en solitario sus propias obligaciones profesionales, a asegurarse de que no interfieren en «su» tiempo, en el «su» de ella. Gideon no puede invitar a sus amigos por las noches porque Gwen tiene que leer el diario.

¿No te das cuenta de lo bueno que sería para Bella crecer en el seno de esta alborotada familia teatral que sería pródiga en carantoñas? ...El complemento ideal a lo que las visitas a Sutton Place o a Newburyport puedan ofrecerle. ¿No lo entiendes, Gwen? A diferencia de ti, yo no tengo ni padre ni madre que ofrecerle a mi hija; esto es todo lo que yo puedo aportarle.

4

Gideon está pensando: ¿por qué nunca salimos? Podríamos contar con una niñera a tiempo completo, salir a oír música, ir a los clubes, la tía está forrada de pasta,

podríamos gastárnosla. Pero no salimos, porque, por definición, el tiempo que pasa a mi lado es puro aburrimiento y tedio matrimonial; si Gwen sale, lo hará con alguien divertido, como Christopher, ¿y acaso soy cínico e injusto al pensar que, para mi mujer, ser divertido por definición significa ser rico?

Está pensando: ¿por qué ya nunca hablamos, y eso que nos pasamos las noches en casa? Seguimos teniendo lenguas, oídos y cerebros. Ni que fuéramos sordomudos.

Pero cuando él se esfuerza en preguntarle qué es lo que está leyendo o pensando —porque SÉ que su mente sigue siendo escenario de pensamientos ácidos y veloces lo mismo que antes, sé que no ha sido del todo abducida por el grupo de robóticas madres que trabajan, obsesionadas por reunirse con otras madres con sus hijos y por la ascensión profesional—, ella se niega a explicárselo. *Pit'chi li*, pero no.

5

Un motivo más concreto de insatisfacción: el cumpleaños de Bella, hace tres semanas.

Gideon tenía pensado organizar un espectáculo de marionetas para Bella en La Merced; Andrea podría hacer ese pastel de chocolate buenísimo; luego vendrían los regalos. Pero Gwen vetó la idea: no podía pedirle a su padre enfermo que se trasladara a ese frío caserón del Lower East Side. (Ese frío caserón en el que te bajé las bragas por primera vez y te comí el coño; por entonces sí que nos las arreglábamos para entrar en calor, cariño.)

Y Gideon no se decidió a plantarle cara porque si se acaloraba demasiado, Gwen sin duda lo acusaría de proyectar en Bella los pequeños mimos y placeres que él mismo ansiaba. (Porque de niño nunca disfrutó de una fiesta de cumpleaños. Porque cuando fue lo bastante mayor para organizar una él mismo —con ayuda de Jenny Randazzo, a los diecisiete años—, a su madre le dio por morirse la semana antes...)

Así que Gideon se calló. Y Gwen finalmente organizó esta insípida celebración en el Vanderveer, tan costosa como rutinaria —un pastel de pastelería, platitos infantiles y servilletitas— para la que importó a los amigos de la niñera, unos niños desconocidos que para Bella nada representaban, como si la pequeña no tuviera amigos. Y Gideon en aquel momento pensó: ¿Para qué estoy aquí, Gwen? Soy tan irrelevante, tan ajeno a este festejo. El hombre de los globos pinta más en esta casa que yo mismo. ¿Por qué estoy aquí?

Los mañosos se atienen a una norma a la hora de proyectar un asesinato: antes de matarla, a la víctima hay que aislarla. Y el aislamiento de Gideon era creciente y cada vez más peligroso.

6

Lee el borrón de los nombres de las estaciones en mosaico azulado. Lee los anuncios publicitarios y trata de no echarse a reír a carcajadas, de no gruñir o toser, aprieta los

dientes para reprimir esta ansiedad terrible porque... el miedo a que su... Idiota. Cálmate un poco, hombre. Porque tu mujer no quiera follar contigo, no tienes que hundirte. Es patético que no sea capaz de ver las cosas un poco a largo plazo, más allá de este mal trago, de esta incertidumbre infernal, de esta época en la que de hecho ambos tendrían que ser felices. El primer cumpleaños de la niña, que está creciendo sin problemas: un logro compartido del que tendrían que estar orgullosos. Hemos fabricado a esta fierecilla valerosa y encantadora. Antes de lo que piensas volverás a estar viviendo tu vida de siempre, Gwen; la niña muy pronto dejará de precisar de tu imantada presencia constante, uno de estos días se quedará dormida la noche entera; hasta es posible que por fin la destetes del todo. ¿O es que las necesidades de Gwen ahora son otras?

Cuando Gideon mira a su mujer —tan cansada y de malhumor, tan ojerosa y demacrada—, siente por ella la misma ternura; incluso cuando se muestra áspera y rencorosa, Gideon la conoce en las venas y en el corazón, y sigue ansiando su compañía. No hay fase de su ira que él no comprenda en su interior, que —lo que es lo último— él hasta fomenta y aplaude, pero ella, ciega como está, no lo conoce a él.

Gwen lo ha reducido a un primitivo, utilitario jeroglífico del Mal Padre, que nunca se sabe si está dispuesto a cambiarle a Bella los pañales, darle de comer la cena, bañarla en la bañera, ir a su cuarto por la mañana: se ve resumido en un mudo listado de tareas efectuadas o malévolamente denegadas, y la evaluación que Gwen hace es tan fría como un parquímetro: el hecho de que Gideon se haya pasado el domingo entero en el parque con Bella, no lo redime el lunes. Y si él obedece —si reprime sus energías de mozalbete, su sed, su impaciencia, su palmario deseo sexual a fin de convertirse en un padre que no hace más que cuidar de la niña—, ¿lo amarán ella entonces? Pues no, qué coño. Una vez que ella vence —lo quiebra y lo obliga a hacer por la pequeña todo lo que una madre tendría que hacer—, sí es cierto que se muestra un poco menos rabiosa y le da unas gracias tan desdeñosas como insinceras, pero en realidad no se muestra más complacida. Muy al contrario y de forma característica, Gwen encuentra entonces que su marido carece de virilidad.

Un inútil acertijo: te tiene rencor porque eres un hombre, y te desprecia una vez que ha conseguido que te avergüences de tu propia hombría.

Lo que es peor: una parte de Gideon sospecha que ella lo está provocando con la esperanza precisa de que si lo empuja lo suficiente (hasta la locura de ribetes criminales), él acabará por perder la cabeza y le soltará un bofetón. Que lo que ella quiere, en pocas palabras, es una pelea: no ya con palabras desdeñosas e hirientes, sino a puñetazo limpio. Así: él la pega, ella lo muerde, él la pega otra vez, y acaban jadeantes, llenos de morados, follando. Pero él no puede. La doma de las fierecillas siempre le ha dejado frío, y la idea de que a una mujer haya que castigarla como a una niña le parece absolutamente degradante para ambas partes, un muermo sin remedio...

Por el altavoz anuncian apagadamente que la próxima parada es la de Columbus Circle, donde Gideon tiene que hacer transbordo a la línea 1. Pero no lo hace. La colegiala de la americana verde sale del vagón a toda prisa, pero Gideon se queda. Le falta el aliento y se siente tan débil que le parece que si se levantara, se desmayaría. Las piernas le tiemblan con violencia, siente como si fuera a vomitar, la puerta empieza a cerrarse sin que él se mueva.

Un largo brazo negro se cuelga entre las puertas que se están cerrando, las puertas dan una sacudida y se abren, alguien se ríe, las puertas terminan de abrirse otra vez a la estación de Columbus Circle y cinco o seis chavales jóvenes entran apresurándose en el vagón. El bing-bing de las puertas al cerrarse, y el tren se pone en marcha. Próxima parada: Harlem. El tren ahora avanza a una velocidad que proclama que este trayecto es mucho más largo, sin frenos entre la 59 y la 125. Y Gideon de pronto siente el más extraño de los entusiasmos. Sus piernas temblorosas se calman, se relaja y se siente presa de una languidez deliciosa, como si acabara de correrse.

Los chavales visten vaqueros muy holgados e impermeables Tommy Hilfiger, al estilo medio pijo que está de moda en los barrios humildes. Se empujan entre ellos, bromean y se ríen, se cuelgan de las argollas de metal. Los demás pasajeros se los miran de reojo con desconfiada rigidez, pero los chavales para Gideon simplemente están de un buen humor inocente. Se pregunta de dónde vendrán y adónde irán, y por un momento piensa que le gustaría ir con ellos. El más alto de todos lleva el pelo cortado al cepillo y tiene las orejas pequeñas y pegadas al cráneo; Gideon lo mira y se siente embargado de afecto por este veinteañero a quien no volverá a ver en la vida. El joven tiene la espalda erguida y las extremidades largas y bien diseñadas de todo atleta que se precie, es un animal muy saludable ante el que Gideon por contraste se siente envejecido, gastado, un tipo que siempre anda encerrado entre cuatro paredes. El hecho de que esté pensando en golpear a su mujer es señal de que ha llegado el momento de irse de casa. Se acuerda de Edgar Renteria y de sus saltos de gacela libre en la cancha de béisbol, y el cuerpo se le estremece de envidia.

El tren ralentiza su marcha cuando va a llegar a la 125, y Gideon se dice que mejor que salga de una vez o acabará en el Bronx peligroso, si bien en lugar de pensar en dirigirse al andén opuesto que lleva hacia el sur, se pregunta: ¿A quién conozco en el Uptown?

Gideon, en la estación de metro de la calle 125, que gracias a Dios rebosa de vida y gracia: una muchacha con leotardos de estampado de piel de leopardo, un hombre que lleva un largo abrigo de cuero y unas rojas gafas de sol. El corazón le late con fuerza: el mundo lo rodea, no hay razón para quedarse encerrado en tu pisito con la estufa a medio gas, el mundo está que se sale.

No quiero ir a casa, se dice. Todavía no he sido ni a medias derrotado como para meterme en esa cama en la que no existe el amor, entre esas sábanas insoportables

por inmaculadas, que ya nunca, acaso ya nunca más, huelen a Nosotros. No puedo consentir esta excomunicación, este lento entierro en vida.

En el bolsillo tiene una tarjeta del metro y dieciocho dólares. Cuando hay toda esta vida de la que disfrutar, ¿qué sentido tiene volver a casa para que la otra persona te dé la espalda, para qué encogerse y morir por cuestión de quítame allá unos centímetros?

Gideon corre escaleras arriba, comiéndose los escalones de dos en dos, y va a salir al nítido aire azul marino, a un río de rojos faros posteriores de coches, al danzante vaso de martini en neón del rótulo de un bar, a las radios de los automóviles. Gideon emerge al chillón refulgir de la noche: un hombre con las piernas largas que en la mano lleva un palo del que cuelga un mono de color rosa.

CAPÍTULO SEIS

1

No había afrenta mayor a la naturaleza o el sentido común que un padre «moderno» de mediana edad, estaba pensando Gwen, sentada en el rectángulo de arena a las nueve de la mañana de un viernes, contemplando a un hombre con el pelo canoso y vestido con una formal cazadora de ante que estaba ocupado en ayudar a su hijo de tres años a construir un castillo de arena.

Exasperado por las ruinas en desmoronamiento, las chabolas de arena que su hijo estaba erigiendo, primero ofreció su ayuda a éste. Hasta que —incapaz de seguir soportando que su crío erigiera tan mediocres proyectos inmobiliarios— el cincuentón acabó por lanzarle una OPA hostil y arrebatarle de las manitas la pala y el cubo.

—Mira, Jake, te voy a enseñar cómo hay que construir un castillo...

Demasiado absorto para reparar en que su hijo, así desposeído, ahora estaba encogido e inmóvil, con la mirada babeante perdida en algún objeto remoto, acaso en un niño con más suerte (a cargo de una niñera que estaba sentada en la otra punta) y con permiso para disfrutar de sus propios juguetes.

No había nada más ridículo que un padre moderno de mediana edad. A no ser que fuera una madre moderna de mediana edad. Y éste era el verdadero problema, pensaba Gwen: que la gente ya no tenía los hijos cuando había que tenerlos, cuando tenían veinte años y eran fuertes, alegres y egoístas con despreocupación, sino que se lo iban pensando hasta que llegaban a la cuarentena y eran débiles, pomposos y egoístas con ansiedad.

Aquí estaban, en el casi desierto parque de juegos infantil bautizado en honor a Diana Ross una mañana de un viernes de finales de noviembre (la mañana libre de Betty). Bella iba vestida con un abrigo de tweed rosado, cuyo cuello de terciopelo no menos rosado en el pasado perteneció a su medio-tía Serena; Gwen iba vestida con unos pantalones de chándal que en el pasado pertenecieron a su medio-marido Gideon Wolkowitz; ambas tenían el ceño fruncido y estaban al borde de las lágrimas.

Gwen estaba furiosa porque aquella mañana había tenido que someterse a una entrevista telefónica que Bella le había estado saboteando a conciencia, mientras que

Bella estaba furiosa porque Gwen le había estado gritando durante todo el camino hasta el parque, y ambas estaban exhaustas por igual porque Gwen había tenido que luchar a fondo para embutir a la pataleante y gritona Bella en ropas de calle para salir de casa un rato, porque si se pasaban la mañana encerradas y en pijama acabarían por matarse la una a la otra.

Gwen se estaba preguntando por qué Gideon seguía yaciendo comatoso en la cama cuando ella le había repetido tres veces que a las ocho tenía una entrevista para la BBC radiofónica, y por qué el sueño de su esposo tenía precedencia sobre su propio trabajo, y por qué había tenido que aguantar los chillidos y lloros de Bella mientras trataba de decir algo coherente sobre la crisis sanitaria en Rusia cuando las insustanciales charlas telefónicas de Gideon con Dan o Dina en todo momento tenían que ser sacramento preservadas de toda posible interferencia infantil. ¿Por qué él no reconocía abiertamente de una vez que lo que quería era acabar con su carrera profesional, para que fuera tan tristemente inempleable como él mismo?

Se estaba preguntando por qué cuando quería salir de casa —aunque fuera bajo algún pretexto hipocritón, como el de comprar pañales—, se suponía que tenía que llevarse consigo a la niña, mientras que Gideon se marchaba así por las buenas, sin dar explicaciones ni excusas, sin negociar las cosas antes. ¿Y por qué siempre estaba allí a su lado, dando vueltas a su alrededor, subrepticio, deseoso de conversación cuando ella necesitaba con desespero estar sola? ¿Y por qué nunca estaba allí cuando ella necesitaba de su ayuda para cuidar de Bella?

Gwen estos días pensaba que su vida sería mucho más sencilla y armoniosa si en lugar de haberse casado con su marido lo hubiera hecho con su niñera.

—Olvídate de que soy un hombre —le dijo Gideon hacía poco. En tono amable. Durante una de sus treguas cada vez más infrecuentes—. Olvídate de que soy un hombre y de que tú eres una mujer. Olvídate de mis cojones y olvídate de tu coño. Olvídate de quién cambia los pañales o baja la basura a la calle. Piensa que soy un... un arbusto medio seco. Y que tú eres una máquina de coser. Un álamo o un grano de arena, lo que sea. Y si quieres que yo sea la máquina de coser, pues no hay problema. O si quieres, los dos somos arena. Lo importante es amar. Y lo demás son mierdas. Tonterías medio perversas.

Insegura, Gwen se echó a reír y dejó que él la besara.

—Pero no se trata de eso... —protestó por fin, liberándose de sus brazos—. Es...

Pero no consiguió decirlo. Algo más profundo. Una rabia que en su raíz era ajena a Gideon, según sospechaba ella a veces, una rabia... ¿dirigida a sí misma, quizá? De la que él, pobrecito, ahora era un satélite y un rehén.

—Es...

Pero no consiguió decirlo. No lo sabía. Y al fin y al cabo, ella contaba con un pretexto: Gideon era tan infantil, tan inútil...

—¡Ma-má! —Cacareó Gwen imperiosa, señalando las tres ramitas que acababa de plantar en la arena, y Gwen aplaudió, admirada, maravillada, hundiendo el rostro

en los rollizos carrillos de la pequeña, cubriendo sus manitas de besos, abrazándola en culpable penitencia por todo lo que había estado pensando, por todo lo que le quedaba por pensar y por todo lo que había dejado sin pensar.

2

Domingo por la tarde. Pants on Fire organiza un taller infantil para la Hanukkah; ha sido mencionado en la *New York Press*, *The Village Voice* y hasta en *Time Out*. Se presentan diecinueve niños (de entre 5 y 10 años de edad) con sus padres: Gideon, Dan, Amnon y Dina (acompañada por Avi Weissbrot) los sientan en el suelo delante de cajas con cartulinas, gomas elásticas, purpurina, grapadoras a prueba de niños, tijeras, pegamento.

Una vez que los niños han confeccionado sus propias máscaras y disfraces, van a interpretar un entremés en el que harán de victoriosos macabeos sobre los malvados romanos interpretados por los Pantalones.

Gwen viene con Bella. Bella es demasiado pequeña para entender qué es lo que está sucediendo, pero echa a correr en círculos inestables y cada vez menores, a medio galope como un poni, chasqueando con la lengua sin cesar, hasta que se cae y se golpea la cabeza en un archivador. Suelta un «au» con filosofía. Al rato se siente presa de renovada excitación y empieza a hacer pedazos las máscaras y disfraces de papel de los niños más mayores. Gwen se la lleva a un rincón del taller, donde la pequeña agarra un pecho de su madre bajo el jersey de ésta y se pone a mamar sin dejar de mirar a los demás niños con los ojos muy abiertos.

Han pasado meses desde la última vez que Gwen vio a Gideon embarcado en su trabajo, e incluso en estas circunstancias propias de guardería pobretona, le provoca cierta triste ternura contemplar su viejo entusiasmo, su paciencia, su espontaneidad mientras se pasea entre los pequeños tocado con un casco romano rematado por un penacho de plumas rosadas. El ávido destello lobuno de sus colmillos que brota sobre su barba oscura cuando vuelve el rostro hacia Bella y le dedica una sonrisa cómplice.

¿Por qué no puede ser así siempre, en lugar de andar siempre alicaído y haciéndose el mártir?, se pregunta ella. Pero tal es la trampa del amor descarriado: retiras tu amor, y tu amante, quien ya no se siente amado, se porta de modo que hace que una lo ame todavía menos...

—Venga, Osa, que nos tenemos que ir —indica Gwen, levantándose, con la niña en brazos cuyas extremidades ahora están desplegadas en equis.

Y Gideon, quien no ha mirado una sola vez a su mujer en toda la tarde, se vuelve en redondo y pregunta:

—¿Os váis a casa tan pronto?

—He quedado para cenar temprano en casa de Jacey.

Gideon se la queda mirando como si le hubieran soltado una bofetada.

3

En el piso de Sutton Place, Serena, quien lleva puesta una minifalda de peluche rosado, luce los labios pintados de un color rosa helado y lleva sombra azul de ojos coge a Bella de la mano y la conduce a su dormitorio, que está cubierto de pósters de las Spice Girls y Leonardo Di Caprio. Suena música.

—Las niñas queremos estar solitas —dice Serena, soltando una risita.

Gwen vacila: Bella está que se cae de sueño; se ha quedado dormida en el taxi en que han venido al Uptown.

—¿Martin está en casa? —pregunta. (Gwen nunca sabe bien cómo referirse a su padre en común; por extraño que resulte, la expresión «tu padre» es la que le viene con mayor naturalidad a los labios.)

—No sé. No lo he visto.

—Bella, ¿quieres ir con Serena?

Bella está encantada: música, maquillaje, una niña mayor para ella solita. Sigue a Serena al cuarto, chillando:

—¡Yiii, yiii!

Gwen entra en la cocina, donde se encuentra a su padre hablando por teléfono.

—Sí, sí. Milt ya me dijo que... Melanie, yo... Melanie, quiero que sepas que... No, eso no es verdad... No, él dijo que haría que me llegara al despacho el viernes... Melanie, que te estoy diciendo que eso no es verdad. ¿Por qué te empeñas en defender a ese capullo de tres al cuarto? —Con un gesto, le indica a su hija que ahora mismo lo deja—. No, Melanie, no tienes que pedírselo. Se lo ordenas. Es una orden. Que no, que no me estoy pasando... Es lo que hay que hacer... Melanie, oye, que estoy aquí con Chugga... No quiero que... —Volviéndose hacia Gwen—: Dice Melanie que como mañana mismo no tenga unas fotos de tu hija, te mata.

—Papá, pero si te di un montón de fotos del cumpleaños de Bella para ella...

Gwen se sienta ante la barra de la cocina. Mientras habla, su padre está mojado sopas en un recipiente con tofu de sabor salmón bajo en grasas y colesterol. Mientras con una mano sostiene una galletita con sabor bagel untada en el tofu, con la otra abre la puerta de un armario y saca una enorme bolsa de fritos de maíz. Se la ofrece a su hija, que deniega con la cabeza.

—Como te puedes imaginar, Jacey me prohíbe comer fritos de maíz, que es lo que más me gusta del mundo. (Como su nieta, Martin vive en un confortable harén regentado por hembras.)

—A mí también me encantan. Pero sólo las de...

—No, Melanie, que te estoy diciendo que no...

—¿Tu secretaria también trabaja los domingos?

Martin la mira frunciendo el entrecejo.

—¿Y eso de los domingos qué es? ¿Una especie de fiesta de cuya existencia no me he enterado...? En todo caso, las secretarias no están agrupadas en ningún sindicato... por el momento. Debe de ser por eso que una vez al año celebramos el Día de la Secretaria, para camelarlas con flores. Melanie, ¿tú...? Esta mujer es lo que

no hay...

Gwen sube al piso de arriba y esta vez se tropieza con Jacey, quien justo acaba de salir del dormitorio y tiene el rostro preocupado. Indica a Gwen que la siga.

Gwen se sienta en la tumbona que hay frente al ventanal que da al este. A sus pies brilla el río oscuro. El apagado ruido del tráfico en la autovía FDR. Al otro lado del East River —un canal, que no un río— se extiende la llanura de Queens, un paisaje liso como el de Flandes en el que los puntos más altos son las agujas de las iglesias. De la calle llega el runrún de la ciudad nocturna, de los coches y taxis que se desplazan al sur hacia el Battery Park y al norte hacia el puente Triborough, mientras aquí en lo alto dos mujeres están sentadas en un dormitorio decorado con chintz color rosa. La una tiene el ceño fruncido y se muerde las uñas; la otra está pensando, nerviosa: ¿no será mejor que vaya a ver cómo está Bella? ¿Y si me necesita y no me encuentra?

—Se le ha reproducido —informa Jacey.

—¿Qué? Mierda. No. ¿En el mismo sitio?

—No, eh... uh... Piensan que se ha extendido al abdomen... Los médicos del Memorial recomiendan la quimioterapia, pero quiero enterarme bien de las demás opciones que hay... Martin está... Martin se niega a hablar del asunto. Martin prefiere negarse a admitir la realidad. ¿El Hodgkin? Está superado, pero eso fue el año pasado. A veces es conveniente tener una capacidad de atención que vaya más allá de los diez segundos...

4

Por la noche, después de que la históricamente exhausta Bella haya dejado de chillar y al final se haya puesto a cantar y se haya quedado dormida, Gwen, domada por este latigazo de la mortalidad, deja que su marido la reconforte un poco.

Gideon, que aún tiene purpurina verde en las cejas, le aparta el pelo espeso de los ojos y trata de recogerse las orejas, si bien los cabellos de nuevo vuelven a caerse. Gideon suspira.

—Tengo miedo —dice ella.

—Claro que tienes miedo...

—Tengo un miedo que me cago —insiste ella. Y añade—: Tengo un miedo que me cago de que mi padre vaya a morirse.

Gwen se lo queda mirando un instante, preguntándose si su marido piensa en que la eventual muerte de su padre puede suponer que les caiga un poco de dinero. Pues bien, no les va a caer ni un centavo.

Gideon estrecha a su mujer entre sus brazos. Gwen se deja abrazar; está respirando con fuerza y con dificultad. (Por lo que sea, su cuerpo ya no le responde como antes; en este momento le parece que su cuerpo es endeble, tan poco de fiar como el cuerpo de un adolescente.)

—Respira, cariño. Respira y dirige el aire al lugar donde sientes ese miedo y ese

dolor.

Gideon la abraza durante horas, hasta que ella suelta un quejido y se vuelve para apagar la luz del dormitorio.

Gideon permanece despierto hasta que oye que la respiración de su mujer se suaviza y desemboca en el sueño. Una vez, en mitad de la noche, ella de pronto grita:

—¡No!

Pero se da media vuelta en la cama y sigue yacente, sin haberse despertado. A la mañana siguiente se ha marchado al trabajo, y Bella está con Betty y Mimi en la cocina.

Gideon telefona a Gwen dos veces ese día, pero no la encuentra en su escritorio, y ella no le devuelve las llamadas. Y cuando él llega a casa por la noche, Gwen no levanta la mirada del periódico que está leyendo.

CAPÍTULO SIETE

Están sentados en la Katz's Delicatessen. Son las cinco o así de una tarde de diciembre. La lluvia mancha las ventanas nubladas. En East Houston Street siempre está lloviendo. Repentinamente hambriento, Gideon está devorando un emparedado de pastrami. Llevaba años sin comer carne roja (bueno, grisácea en este caso.) Los demás están bebiendo refrescos.

—¿Y qué plan tenemos, caramemos? —pregunta Dina jocosamente.

Gideon, que acaba de reunirse con Fran Neuhaus, se irrita ante la pregunta.

—¿Qué plan tenemos? Yo no sé cuáles son vuestros planes, y ése es el problema.

—¿Y tú cómo...?

—Mirad... No os entiendo, la verdad es que a vosotros no os entiendo. Tengo la sensación de estar metido en esta guerra en solitario. Tal como están las cosas, tenemos la oportunidad de presentar una batalla política. Giuliani ha ganado las elecciones de calle, y nosotros ahora somos la oposición. Porque alguien tiene que plantarle cara a ese tipo para que no termine de destrozar esta ciudad que es nuestra.

»Tal como yo lo veo, se trata de una gran oportunidad para nosotros. No hemos tenido una ocasión tan propicia desde la época de Reagan. La cara del mal. Ha llegado el momento de liarse a bofetadas, de estrenar una obra nueva todas las semanas, para comentar la actualidad política como si fuéramos columnistas de la prensa, de hablar del racismo de la policía, de la persecución de los inmigrantes ilegales, de la criminalización de la pobreza, de la censura que las grandes empresas ejercen sobre la prensa. De la globalización, de la ingeniería genética, del fin de la democracia, de lo que haga falta. Fran me ha dicho que no hay problema, que podemos usar su espacio. Está muy entusiasmada y... y la cosa nos saldría gratis. No entiendo cómo estáis dispuestos a entregarle el caserón a Giuliani en bandeja de plata.

Un suspiro de Andrea.

—Mira, Gideon, no me tomes por una aguafiestas, pero no todo se reduce a Giuliani. La política es interesante, pero también somos una compañía teatral. Hay cuestiones teatrales y cuestiones personales que tendríamos que... Te recuerdo que somos una compañía de marionetas.

—Y yo te recuerdo que todo tiene que ver con la política —insiste Gideon,

testarudo.

—Todo tiene que ver con la política, así que a lo mejor tenemos que tomar una decisión de tipo político y... No quiero hablar por los demás, pero en este momento... Cada uno por separado hemos llegado a la conclusión de que...

—¿Cuánto llevamos juntos...? ¿Nueve años ya? —interviene Dan.

—En marzo harán diez —dice Dina.

—Todos tenemos que renovarnos, explorar nuevas posibilidades...

—Os queréis rendir a la primera que...

—No se trata de rendirnos, se trata de crecer —dice Andrea—. Lo que soy yo, me encuentro quemada, como si siempre estuviéramos haciendo la misma mierda.

—Pues yo no —indica Gideon—. Y no creo que la obra que hicimos sobre el caso Abner Louima tuviera nada de mierdosa. Justo acabo de enseñarle el vídeo a Fran; la verdad es que pone los pelos de punta. Yo creo que es de lo mejorcito que hemos hecho. Y Jerome piensa igual. Dice que tendríamos que darles lecciones a los de su propio grupo. ¿Tú crees que hacemos mierdas, Dan?

A Dan esta conversación le está resultando muy difícil. El eczema provoca que tenga las mejillas de un rojo encendido.

—¿Quieres que te diga la verdad? Yo estoy pensando en dedicarme más a mi música.

—¿Y con eso qué me quieres decir?

—He hablado con Elliott sobre la posibilidad de meternos otra vez en serio con los Klezmofunks, incluso de integrarme en el grupo a tiempo completo. Justo acaba de irse el violinista que tenían...

—¿Y te vas a ir a vivir a Vermont, nada menos?

—Pues igual. Está claro que necesitamos encontrar alguna forma de financiarnos, pero...

—¿En serio estás pensando en irte de Nueva York?

—Mira, cada vez que Dan y yo nos planteamos lo de tener un hijo, siempre lo tenemos que dejar por culpa del puto dinero —interviene Andrea.

—Tampoco me parece que Nueva York sea el único lugar en el que se está haciendo música interesante. O teatro. En todo caso, cuando Elliott me preguntó si quería volver con ellos, le dije que primero teníamos que resolver la cuestión en común.

—Lo que está claro es que no vamos a ponerle fin a Pants on Fire hasta que todos estemos de acuerdo en que lo mejor es dejarlo.

—¿Y tú, Andy, qué piensas hacer si os váis a vivir a Vermont? ¿Vivir como una campesina, prepararle la cena a los chicos? ¿Tú cómo encajas ahí? Pensaba que tenías la idea de volver a la universidad.

Andrea se contenta con echarse a reír.

—Mira... Esto en realidad es cosa de Dan —responde por fin—. Yo fui quien lo saqué de Boston, así que ahora me toca el turno de acomodarme a lo que él diga. No

me importaría dejar Legal Aid. Y siempre me ha gustado la idea de vivir en el campo.
—Por mímica, finge estar ordeñando una vaca cuya leche va a salpicarle en el rostro.
Todos se ríen, menos Gideon.
—¿Dina?
Dina rehúye su mirada.
—Dina tiene algo que decirnos —afirma Andrea.
—¿Dina? Pues normalmente no es lo que se dice una mujer callada...
Dina sigue sin levantar la mirada. Gideon lleva la mano a su barbilla. Sus ojos oscuros están llenos de lágrimas.
—Por Dios, Deen, ¿qué pasa?
Pero ella entonces empieza a sonreír.
—¿Qué? —pregunta él, exige casi—. ¿Qué? ¿Qué es lo que todo el mundo sabe y yo no sé? ¿Qué es esto? ¿Una conspiración, un golpe de palacio?
—¿De qué se trata, Dina? —repite, tamborileando con los dedos. Mordiéndose los labios—. ¿Qué es lo que estás ocultándome?
—Yo tampoco sé nada —explica Dan.
—A ver, chicas, ¿nos vais a decir algo de una vez o qué?
—Bueno, Andrea, muchas gracias, no es así como tenía pensado plantear la cuestión, pero...
—¿¡Qué!?
—Bueno... Avi y yo vamos a casarnos.
Un silencio atónito. Y:
—Dina, no sabía que...
—Sí, llevamos saliendo juntos desde... No mucho, la verdad. Ocho meses o así. Pero lo tenemos claro.
—Se te ve muy contenta —dice Andrea con una sonrisa.
—Sí. Es fantástico, un fantástico encuentro de dos personalidades gemelas. Ha sido... —Dina levanta la mano y curva los dedos—. Kármico.
—¿Os entendéis bien? —pregunta Gideon, tratando de que en su voz no resuenen notas de resentimiento o de duda.
—Es... Es... Estoy sin habla. Así que ya podéis imaginaros. Nuestra primera cita la pasamos en el Lincoln Center, viendo *La flauta mágica*... Luego estuvimos hablando toda la noche sentados junto a la fuente. Y cuando salió el sol, nos metimos dentro de la fuente... Lo mismo que Anita Ekberg en *La dulce vida*. Avi es una persona muy intensa, idealista de veras. Dejó el seminario porque encontraba que los rabinos que dirigían el movimiento conservador eran de lo más deshonesto, pero tampoco quería sumarse a los ortodoxos por la forma en que éstos tratan a las mujeres. Al principio lo encontré un poco ingenuo, pero ahora me doy cuenta de que tiene las cosas muy claras. Lo que pasaba era que no me daba cuenta de lo cínica que me había vuelto, de lo cansada que estaba de todo. Avi me ayuda a mirar las cosas con optimismo. En fin, no sé cuánto tiempo habríamos seguido como hasta entonces,

pero la cosa cambió cuando este cuñado suyo lo llamó hace poco. El cuñado está formando su propia empresa de software y cuenta con un socio capitalista. Y le ha propuesto asociarse.

—¿Y?

—Bueno, su hermana y su cuñado viven en San Francisco, ciudad de la que él se marchó porque su familia es de allí y son de lo más insoportable. Avi quería abrirse camino en el mundo por su cuenta, y por eso pensó en hacerlo en otra ciudad... Pero, claro, esta oferta que le han hecho es de las que sólo salen una vez en la vida. Y Avi estuvo trabajando en Dell antes de ponerse a estudiar para rabino. Dejó la empresa porque el ambiente de oficina le resultaba asfixiante, pero, claro, con esta nueva oferta...

—Una oferta ideal para alguien tan ingenuo e idealista, ¿no, Dina?

—Bueno, yo le insistí para que la aceptara. Y él me decía: ¿y qué va a pasar con la *minyán*? Yo le decía que Josh se las apañaría sin él y que ya estaríamos en contacto por correo electrónico, pero él todavía no... Hasta que de pronto va y me dice: yo no vuelvo allí si tú no te vienes conmigo. ¿Yo?, le digo. ¿En la Costa Oeste? Y él me dice: tú, no. Nosotros dos.

Los demás están sonriendo, asintiendo con la cabeza. Andrea ha puesto su mano sobre la rodilla de Dina. Dan se levanta con las mejillas rojas, se acerca a la mesa y la abraza largamente. Cuando se separan, ambos tienen lágrimas en los ojos.

—Te lo mereces, guapa.

Gideon ya no puede contenerse.

—No puedo creerlo —estalla—. ¿Y qué va a ser de Ethan? ¿Se te ha ocurrido pensar un momento en tu hijo? Tu hijo ha tenido un montón de sobresaltos en la vida —mi propia marcha del piso, por ejemplo—, y ahora que está estudiando en un colegio nuevo en el que le va de maravilla, tú...

—Gideon —intercede Andrea—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que quieres crearle mala conciencia a Dina? Cuando Dina en la vida no ha hecho precisamente más que pensar en el bien de Ethan.

—A Ethan la idea le parece fantástica. Se lleva de fábula con Avi, le encantan los ordenadores... Incluso le ha pedido a Avi que lo fichen para trabajar durante el verano. Está lo que se dice contentísimo.

—Lo que vas a hacer es trasplantar a este chaval que está en una fase crucial de la existencia a una ciudad desconocida, en la que tú como mucho has estado tres días en toda tu vida, en la que no tienes amigos, donde estarás a merced de este tío al que apenas conoces y que tampoco se lo pensó dos veces al marcharse de allí...

—Pues si conviene, nos dedicaremos a odiar San Francisco en común. Y si no funciona, pues me vuelvo. Porque el contrato de alquiler del piso de Rivington Street no lo dejo, eso está claro.

—Gideon, cálmate un poco. ¿Qué problema tienes?

—No puedo creer que estés pensando en hacerle algo así a tu propio hijo.

—Mira, Gideon... Es verdad que Ethan está en un momento muy importante de su vida, intelectualmente, socialmente. Sexualmente. El pobre. Y yo estoy orgullosa de lo muy preparado que está para afrontar todos estos cambios.

—¿Preparado? Fanfarronadas de muchachito. Lo que está es aterrorizado... Nadie puede estar preparado.

—Ethan empieza a vivir un poco por su cuenta. Tiene muchos amigos y...

—Unos amigos de los que lo vas a separar...

—Empiezan a interesarle las chicas —prosigue Dina—. Y él empieza a interesar a las chicas. Nuestro Ethan nos está saliendo un poco intelectualoide, pero a las chicas les cae en gracia. Las que lo llaman a casa parecen bastante mayores que él. Hay una, una tal Shana de Stuyvesant, que tiene la voz clavada a la de Mae West. Lo que me inquieta es... Yo tuve a Ethan muy joven. Me preocupa que se sienta obligado a quedarse en casa para hacerme compañía, que no sea libre de salir a la calle y hacer lo que quiera porque su madre está sola y es una infeliz.

»¿Por qué crees que al final dejé mi empleo? Es verdad, que me cayó la pasta del seguro, pero... ¿Porque con un hijo adolescente al que pronto habrá que pagarle la universidad era un buen momento para dejarlo? Lo que pasaba es que no quería contaminarlo de mi infelicidad. Me parecía que era más importante que me viera contenta, libre, dedicada a hacer algo que me gustase. Aunque no tuviéramos un chavo. Y eso también vale para mi vida personal.

—Mira, me parece que tú no entiendes lo que se dice nada de la psicología de los chavales de su edad. Tratas de hacer pasar por altruismo lo que no es más que... Si lo sabré yo, que lo viví en mis propias carnes. Lo último que un chaval a esa edad quiere, puede manejar es cuanto tenga que ver con la satisfacción sexual de su madre soltera.

—Gideon, estás reduciendo todo esto a... —protesta Andrea.

—No pasa nada. —Gideon levanta las palmas de las manos y se vuelve hacia Gideon—. ¿Quieres hacer de abogado del diablo? Todo cuanto me has dicho me lo he dicho yo misma antes.

—Sí, pero insistes en veniros con el cuento de que todo lo estás haciendo por el bien de tu hijo y...

—¡Y una mierda! —estalla Andrea.

—Eso no es cierto. Lo estoy haciendo por mi propio bien.

—¿Y Ethan?

—A mí me parece que en San Francisco también hay colegios. Supongo. Que también hay chicas. Supongo. Que también hay judíos. Supongo.

Gideon se la queda mirando con sospecha.

—¿No estarás pensando en tener más hijos?

—Gideon, lo preguntas como si fueras miembro de las Juventudes Hitlerianas.

—Hace un año ni por asomo se me habría ocurrido la posibilidad de tener otro hijo. Lo que se dice ni por asomo. Pero, ¿sabes una cosa? Desde que dejé el trabajo

en el hospital, me he dado cuenta de que todas aquellas guerras administrativo-burocráticas me estaban chupando la sangre, todos aquellos odios, aquella mala leche y aquellas intrigas...

—¿No crees que estáis un poco mayores...?

—Tengo treinta y seis años. Avi tiene treinta y tres. *Baruch Ha Shem*. Ya nos apañaremos.

—¿Y qué va a ser de la *minyán*? ¿Josh qué piensa de todo esto?

—Gideon, te recuerdo que llevo trece años viviendo en Nueva York. Por supuesto que hay cosas que me va a costar dejar atrás. Lo extraño sería lo contrario: que no las echara en falta o que otros no me echaran en falta después de tantos años...

Gideon suspira. Echa la silla hacia atrás y hunde los ojos. Todos están en su contra. Andrea lo está fulminando con los ojos. Dan le rehuye la mirada, y el buen humor de Dina consigue que se sienta todavía más injusto con ella. Suspira y levanta la cabeza. Mira por la ventana. Todo negro. Negro y lluvia. Tiene las zapatillas empapadas, lo mismo que los calcetines. Tiene la impresión de que está pillando un resfriado.

¿Cuándo tenéis previsto marcharos?

—Avi se marcha ya mismo a verse con algunas personas y amarrar ciertos cabos sueltos... Si lo del socio capitalista va en serio, el cuñado de Avi quiere empezar cuanto antes. Lo que está claro es que no nos iremos antes del verano. La idea es que primero vayamos una semana o así con Ethan para ver qué colegios hay y para que conozca a los abuelos de Avi. Pero no nos vamos a mudar antes del verano...

Gideon lo medita un momento.

—¿Y nosotros? —murmura, repitiendo de forma consciente una expresión que Avi formula con frecuencia.

—¿Sabes una cosa, Gideon? —En los ojos de Dina vuelven a haber lágrimas—. Te quiero como a mi propia alma, pedazo de animal. Tú y yo somos familia, y eso no va a cambiar nunca. Pero tengo la sensación —estoy hablando por mí; no sé lo que los demás pensáis— de que estás llevando a la compañía en otra dirección. Cuando empezamos, nuestro proyecto era el de hacer cosas como el *Circo místico*, el de revivir algunos clásicos en yiddish, el *Breindele Cossack* y cosas así, sin que tuviéramos intención de prenderle fuego al ayuntamiento. Dejando aparte las cuestiones geográfico-económicas del alquiler y el presupuesto, tengo la impresión de que estás tratando de llevarnos a un terreno que a los demás no nos interesa de forma especial. Sancho es... es buena gente. Es un misógino asqueroso, pero es buena gente. Y que pudiéramos trabajar en La Merced fue una verdadera bendición de Dios, pero yo de él no termino de fiarme. El tío se lo curra, y nos fue bien trabajar con él mientras nuestros intereses coincidieron, pero no acabo de ver que Pants on Fire tenga que ajustarse a esa cruzada suya en pro del separatismo hispano. Yo creo que es buen momento para hacer un aparte y pensarse bien adónde queremos ir. Individual y colectivamente.

—Hmmm —responde Gideon. Su tono ahora es pensativo—. Hmmm. Ya. Así que se trata de esto. Así que lo dejamos.

Gideon suspira profundamente y aparta su plato del lado.

—¿Y qué vamos a hacer con nuestras cosas? Tenemos los disfraces, el material, las herramientas... El ordenador...

—Lo mejor sería que te las quedaras tú —opina Andrea.

—¿Que me las quede yo? ¿Como una especie de premio de consolación? No, valen dinero, y lo mejor sería venderlas. Y repartir la pasta.

—No, no, lo mejor es que te las quedes. Es mejor que alguien las guarde.

—¿Para qué?

—No es la primera vez que lo dejamos. Este no es el final.

—Supongo que tenéis pensado seguir actuando...

—¿En solitario, quieres decir?

—No, con Sally, Hector, Amnon y... Los demás amigos que tenemos: Fran, Annie, Jamie, Bueno, Dan, Dina y yo entonces nos buscamos la vida por nuestra cuenta durante un par de años. No es la primera vez que sucede. Pero os digo lo que va a pasar: dentro de un par de años Dina nos llamará y nos dirá que odia San Francisco, que allí no hay escena teatral y que se vuelve al este con Avi, quien también quiere convertirse en marionetista, pues con eso del software no se gana un centavo. Pants on Fire ataca de nuevo. Volveremos a la carga, de una forma u otra, cuando llegue el momento...

Gideon se está mordiendo los labios, quiere que lo consuelen, quiere mostrarse inconsolable. Suelta otro suspiro. Andrea pone el brazo a su alrededor y, para su vergüenza, los ojos se le llenan de lágrimas y la garganta se le atasca.

LIBRO OCHO

CAPÍTULO UNO

1

Abril de 1998.

—Por Dios, Gwendolen Lewis, pareces... pareces una maestra de escuela. Me siento como si *mademoiselle* Hérault acabara de presentarse en casa para darme clases particulares. —Christopher se fija en los zapatos de tacón alto color magenta—. Hmm... O acaso una gobernanta vestida por Karl Lagerfeld.

Marie-Claude acaba de hacer pasar a la biblioteca de la casa de Seminary Row, una habitación pequeña pintada de verde malaquita cubierta de pared a pared por los volúmenes encuadernados en piel que Chris heredó de sus abuelos franceses.

El fuego repiquetea; estamos en abril, pero sigue haciendo mucho frío. Un hogar de alabastro coronado por un reloj imperio de bronce. Sobre la repisa hay una panoplia de invitaciones, a aperturas de exposiciones, a cenas; en la estancia hay jarrones con irises.

Y Christopher, quien está convaleciente de una bronquitis monstruosa y cuyo aspecto efectivamente es el de un colegial francés merced a sus pantalones de pana azul oscuro con vuelta, se encuentra acurrucado en el sofá leyendo un libro junto al fuego.

El clac-clac-clac de unas suelas de cuero en la escalera; entra Yilmaz, con las mejillas sonrosadas, sonriente, oloroso a la loción de afeitar de Christopher.

—¿Por qué corres? —Por el tono, Christopher parece irritado.

—Es que llego... —Yilmaz consulta su reloj— ...catorce minutos más tarde de lo que tenía previsto. Soy muy comodón y no me gusta andarme con prisas —explica, mientras le da un beso a Gwen. Yilmaz ahora está trabajando como relaciones públicas de un joven diseñador angloiraní que está abriendo boutique en Nueva York—. Así que la solución estriba en llegar siempre con adelanto.

—A su lado soy un vago —confirma Chris—. Uno se olvida de que los turcos estaban al frente de un imperio. En este chaval corre la sangre de generaciones enteras de funcionarios imperiales...

—Eso no es verdad. Yo lo que soy es campesino. Y mi sangre es la de generaciones de rebaños de cabras. —Yilmaz da un paso atrás, con las manos en las

caderas, y se queda mirando a Christopher con enfado fingido—. Hoy tiene mejor color. Ha estado amarillo un mes entero, Gwen.

—Por culpa de esas asquerosas pócimas homeopáticas con que has estado tratando de envenenarme —rezonga Christopher—. ¿Te espero para cenar?

Yilmaz se agacha y le da un rotundo beso en los labios.

—Sí, pero, ¿no habíamos quedado en...?

—Oh, Dios... Es verdad. Se supone que la horrible señora Shelton viene esta noche. —Una cliente de Los Ángeles—. Pero tan sólo a tomar una copa.

Yilmaz se marcha por la puerta, que cierra con cuidado. En el momento preciso en que Marie Claude, que lleva puestos un vestido negro y un delantal blanco, anuncia que el almuerzo está listo.

Christopher conduce a Gwen al comedor, donde la mesa está dispuesta para dos y les espera una abierta botella de borgoña.

—¿En qué anda metido Gideon?

—Gwen, quien no quiere revelar que Gideon no anda metido en nada, a botepronto se inventa una historia: su esposo desempleado, bajo la influencia de Sancho, este agente provocador propio de Dostoyevski, está sumido en una conspiración para echar al alcalde de su puesto, para lo que está preparando manifestaciones ante el ayuntamiento y barricadas en Stanton Street.

Christopher menea la cabeza.

—No sé... —apunta—. Tu marido me resulta un poco desconcertante. Es muy dulce, de una forma que me parece auténtica, pero a la vez tiene ese ramalazo de amargura que me parece muy desproporcionado y que...

—Sí —dice ella—. Que a veces escapa a su control.

—Por lo demás, sus ideas políticas a mí me resbalan. La izquierda americana no hace más que quejarse. A mí me parece evidente que esta ciudad necesita financiación a través de los impuestos. Si nos dedicamos a ahuyentar a las clases medias, a expulsar a las empresas de Nueva York mediante la conservación de una ruina infestada de cucarachas —que es exactamente lo que su amigo Sancho está haciendo—, ¿quién demonios va a financiar entonces las artes escénicas? ¿Los granjeros que viven en el Nueva York rural?

—Exacto.

—La última vez que hablé con él, Gideon se pasó el rato elogiando a los franceses. Ya conoces ese tipo de mentalidad: ¿por qué nuestro gobierno no puede subvencionar las artes al estilo europeo? Le dije que si eso era lo que quería, ya podía empezar a besarle el culo a Giuliani, pues así es como funcionan las cosas en Francia: por medio de las influencias y las capillitas. En fin, yo a ti te veo bien. Un poco menos pálida...

—Estoy mejor. La maternidad empieza a ser un poco manejable.

—Ja. Eso me lo dices dentro de unos años. ¿Cómo está la niña?

—Fantástica. Mejor que nunca. Una fierecilla de cuidado. Aún no habla. Tengo

tantas ganas de que comience a hablar...

—¿Cuántos años tiene?

—Ocho y medio.

—¿No es muy pequeña para que hable?

—No, qué va. Los demás niños —las niñas, sobre todo— a esa edad ya están escribiendo sonetos. Ella sabe que quiero que hable, y por eso precisamente se resiste. A veces oigo que está en la cuna, tratando de formar palabras, pero tan pronto como oye que me acerco se calla la boca.

Gwen no le revela lo que de veras piensa: que Bella se niega a hablar porque todo lo que oye de sus padres son palabras de odio, de acusación. Porque para ella el silencio es una forma de no violencia.

Marie-Claude reaparece con un soufflé de queso. Gwen lo admira un segundo, y hunde el tenedor y la cuchara de servir en la dorada cúpula de su alta corteza tostada. El interior es un pringue fundido.

—Y dejando aparte lo de tu enfermedad, ¿a ti cómo te ha ido últimamente? Te he estado echando mucho de menos. Es lo peor de ser madre: que ya nunca veo a mis amigos. Hasta después de tener la niña no me he dado cuenta de que contaba con amigos, y para entonces ya los había perdido.

—Bueno, no me quejo. Estoy de mejor humor desde que me decidí a leer a Proust otra vez. El pasado verano me leí *Le temps retrouvé* en Assos y me dije: mira que eres patético, a ver si te entretienes con otras cosas...

Se sirve del soufflé. En cantidad. La codicia de Christopher es uno de sus inmutables puntos fuertes: un gran apetito por la comida, por el dinero, por las cosas.

—¿Y dónde estás?

—Al principio del libro.

—¿Has llegado ya al episodio de la tía Léonie?

—Sí, claro...

—Que no para de repetirse —ambos se están riendo— que tiene que recordarles a los demás que por la noche no ha pegado ojo, ni por un minuto...

—Sí. Es una cosa que le debo a mi padre, cuya presencia en mi vida por lo demás fue más bien poco relevante...

—¿Qué cosa?

—El francés —responde Chris, mojando un resto del soufflé fundido con un mendrugo de pan.

A Gwen de hecho le parece que todo el mérito es de la madre americana de Christopher, quien lo siguió escolarizando en el liceo francés incluso después del abandono de Hubert. Cada vez que Gwen ve a esos cocodrilos de niños y niñas del liceo que desfilan por Central Park ataviados con trencas azul marino y pasamontañas se acuerda de Christopher y se pregunta si sus pasos alguna vez se cruzaron a los ocho o nueve años...

Ensalada verde.

—Por Dios, no sabes lo que me gustaría hacer como tú y pasarme el día leyendo a Proust junto a la chimenea.

—Tendrías que hacer el esfuerzo de leerlo en francés. Lo que soy yo, por ejemplo, nunca me atrevería a hablar contigo sobre *Los poseídos*. Porque sé que, para ti, ese libro no lo he leído de verdad.

—No, la verdad es que no.

—Su lenguaje tampoco es tan difícil.

—Ahora mismo preferiría aprender persa antes que tratar de leer a Proust en el original.

—Por favor... No me seas ridícula —reprocha él—. A veces tengo la sensación de que siempre estamos hablando de lo mismo, de que estoy tratando de enseñarte lo mismo desde que teníamos dieciséis años. Que Yilmaz quiera que aprendas el persa me parece bien; eso forma parte de su herencia otomana. Pero tú... Te empeñas en perseguir lo exótico de forma indiscriminada, y eso me parece muestra de pereza por tu parte. No entiendo que comas comida birmana para llevar cuando podrías comer esto. —Christopher añade énfasis a sus palabras pillando con el tenedor otro bocado del soufflé, ahora ya solidificado—. Queso, leche, huevos, mantequilla, harina. Y una ensalada verde. Más sencillo, imposible. No entiendo que te compres cedés de música saz que cuatro tíos han hecho en una yurta cuando seguramente te quedan por escuchar siete de los cuartetos de Beethoven. ¿Te parece que soy pretencioso? Pues claro que lo soy. Soy pretencioso hasta cuando estoy durmiendo. Pero tengo la impresión de que te encaprichas de cosas de las que luego te cansas antes de que empieces a entenderlas... Es una especie de turismo cultural que a mí no me parece suficiente. Incluso en el caso de Rusia, que tanto conoces y tanto te interesa. ¿Y qué es Rusia en realidad? Una cultura en la que el karaoke es el no va más, un barniz de civilización de décima categoría que recubre una barbarie absoluta, un país al que se le ha pasado el cuarto de hora durante el que disfrutó de cierta importancia geoestratégica. Cuando llegas a entender a Rusia, descubres que no has aprendido nada de verdadera importancia.

Gwen hace una mueca de desacuerdo. Se pregunta si Christopher asimismo incluye a su marido entre sus caprichos exóticos. ¿Será que Passaic es exótica?

—Eso no es cierto. ¿Puedes concebir la literatura del siglo XIX o la música del siglo XX sin la aportación de...?

—Déjate de camamas, por favor. La única cultura que hay en Rusia es la que tiene que ver con la policía secreta y los campos de concentración.

Gwen se rinde. Es como discutir con un octogenario. Es imposible conseguir que Chris cambie de idea o hasta le escuche a una. A ver un momento, señor d'Aurillac. ¿Me estás dando lecciones sobre el exotismo...?

—No, eres tú quien...

—¿...tú, que vives con un... con un turco?

—Guapa, cuando me lié con él ya lo había probado con representantes de los

cincuenta estados de la unión. Y con gente de toda la Unión Europea.

—Mira —dice ella—. Si lo que quisiera fuese atenerme a mi propia cultura, me alimentaría a base de cereales para el desayuno. Y es un hecho que mi familia es originaria de Rusia...

—Sí. Donde supongo que los estuvieron tratando de maravilla.

—Pero es mi...

—Venga ya. Todo eso es simple reduccionismo étnico. Una perversión sentimental que a ti y a mí no tendría que decirnos nada. Sabes tan bien como yo que nuestra verdadera Cultura, nuestra Herencia es anglocontinental. Los ingleses del siglo XIX vivían en una islucha brumosa, pero no alardeaban de descender de pictos salvajes que se pintaban los rostros de azul, sino que se imaginaban los herederos de Homero y Virgilio: la tradición mediterránea clásica es la nuestra...

—Bueno, pues igual que los ingleses le metieron mano al Mediterráneo, yo se la meto al Caspio.

—Que sí, burra, que sí, que todo eso está muy bien. Lo que me pone enfermo es esa manía tuya de encapricharte de lo que es inferior. ¿Por qué no te encaprichas de una civilización que esté a tu altura?

En la arenga de Christopher hay algo tan reconfortante que en lugar de discutir, Gwen se arrellana en la silla y sonríe.

—Igual lo que necesito es que me enseñes Europa otra vez.

—¿Lo dices en serio? Pues los recuerdos que tengo al respecto son de que ni nos hablábamos por culpa de tu comportamiento abominable. —Christopher sigue estando demasiado acelerado para dejar de flagelarla.

—¿Lo dices por lo que pasó en Amsterdam?

—En Amsterdam. —Donde pasaron una semana gélida y lluviosa encerrados en una pensión—. Y en Venecia. Y el verano en Bretaña en el que tan grosera te mostraste con mis primos.

—Igual he crecido desde entonces.

—Igual yo soy un elefante.

—Lo eres. ¿Te parece que un día podremos volver juntos a Europa?

—Pues claro. ¿Y por qué no? —dice Christopher sin vacilar. Entendiendo, piensa ella en retrospectiva, que la pregunta de Gwen está en código y significa: si consigo librarme de mi matrimonio, ¿estarás a mi lado para echarme una mano?

Cuando aquella noche le cuenta a su marido —en un raro arranque de confianza— que ha pasado un día maravilloso junto a Christopher, Gideon frunce los labios y tamborilea con los dedos. ¿Y por qué exactamente?, quiere saber. No lo sé, responde ella como puede, fue bonito volver a hablar de Proust y...

Gideon pone los ojos en blanco al imaginarse a estos dos diletantes con herencia millonaria asegurada pavoneándose mutuamente de los prestigiosos libracos que han leído. Y Gwen, a quien la vergüenza enmudece, lo odia. Se pregunta qué la llevó a uncirse a un semianalfabeto cuya cultura planea a ras de tierra, cuyos prejuicios son

copias banales, aprendidos de memoria, de rigor.

2

Ésta era la verdad. Había cometido una equivocación, por causa de un terror no reconocido a convertirse en solterona. Gideon fue para ella alguien con quien follar, pero no un compañero para toda la vida.

Ojalá lo hubiera conocido unos cuantos años antes: se habrían pasado una semana encamados y luego se habrían dicho adiós con afabilidad. Gwen se imaginaba cómo habrían acabado las cosas: le haría cierta gracia recibir de vez en cuando en el correo programas de *Pants on Fire*, peticiones de la campaña para acabar con las minas antipersona, boletines de su senador, papeles que luego tiraría sin más a la basura.

Si se hubiera casado con un marido de verdad, Gideon sería un simple recuerdo, un ligue de antaño que mencionaría para embromar a su hombre. El follador que conoció en Siberia, el que hacía maravillas con la lengua y tenía una verga insinuante de una forma deliciosa. Si hubiera tenido un poco más de consideración hacia sí misma, pronto se habría marchado de su lado. Se habría dicho: ¿y qué más da si sigo soltera? Igual conozco a la persona de mi vida cuando tenga sesenta años, o igual no. En mi interior tengo lo suficiente para seguir siendo resoluta, útil, serena...

Y en su lugar se había comprometido con Gary-Gideon Wolkowitz-Brager, hasta un punto por completo excesivo, y había descubierto que bajo la capa de simpatía se escondía una persona frágil, histérica, deshonesto.

Con aprensión creciente, se dijo: Incluso si nos las arreglamos para superar el tormento de la paternidad, aun si sobrevivimos a los primeros años de Bella, éste no es un hombre que vaya a envejecer bien, con quien de mayor me sentiré a gusto sentada las largas noches de invierno a su lado junto al fuego...

3

Vivimos en esta era sexualmente liberada, en la que se supone que la verdad nos hará libres. Pero, ¿cuánta gente dice la verdad sobre sus propias vidas sexuales? Los escritores escriben sobre el sexo bajo la pretensión de que, ya que existe, hay que escribir sobre él, del mismo modo que Jonathan Swift en su momento escribió sobre los pedos y el cagar, pero todo lo que escriben es mentira. Lo que vemos en las pantallas son cuerpos jóvenes e irreprochables que se unen en el frío delirio de un primer encuentro.

Pero no leemos sobre la experiencia real de la mayoría de la gente, considera Gideon, que consiste en no follar en absoluto, en verse rechazados o en una tragicomedia en la que uno obliga a su mujer al fornicio cuando es evidente que ésta preferiría estar mirando las noticias de la tele.

No leemos sobre la frustración sexual (nunca coincidís a la hora de tener ganas, o, si coincidís, resulta que tu niña en ese momento está pidiendo a gritos un vaso de

agua); la humillación sexual (das un paso, y ella entonces te rechaza o se presta con insinceridad o indiferencia, de forma que sientes como si estuvieras suplicando un favor); el aburrimiento sexual (cuando frenéticamente estás pensando en la última persona que te puso cachondo y de pronto te preguntas en quién estará pensando ella a su vez —con no demasiado empeño, eso está claro— y te imaginas que la ciudad entera está llena de camas matrimoniales sobre las que siempre flotan dos espectros); o el abierto fracaso sexual (no consigues que ella se corra, o lo consigues pero por entonces tu polla se ha encogido y tiene el tamaño de un cadáver de ratón). O todo ello junto y a la vez.

¿Por qué nadie tiene la honradez de expresar la desesperación del hombre a quien su mujer sigue excitando pero sin prestarse al juego, por razones que él está demasiado jodido o desmoralizado para comprender, de manera que cuando ella finalmente lo invita a pasar a la acción, él ni fuerzas tiene para darle un simple beso en la boca?...

4

Ahora es Gwen la que está trabajando como una muía, la que anda siempre ocupadísima y sin tiempo para nada más en absoluto, y él es quien se supone que no tiene que hacerle ninguna pregunta ni formularle demanda alguna de tipo sexual-emocional. Gideon cumple. Cada noche cocina lo que ha comprado para cenar, pues naturalmente no tiene nada que hacer durante todo el día.

Gideon había estado pensando que el desempleo por lo menos le daría ocasión de pasar más tiempo a solas con Bella, quien está más crecida y a quien se le puede llevar de paseo y enseñar cosas. Él tenía previstas diversas expediciones, alegrías: irían en barco a alguna de las islas cercanas, disfrutarían de un picnic en el jardín botánico, participarían en el carnaval de Flushing Meadow.

Pero resulta que a las niñeras no les gusta que los padres secuestren a sus fuentes de ingresos. Dado que Betty estaba en casa, con el taxímetro puesto a diez dólares por hora, diez horas al día, a Gideon no le resultaba fácil desbaratar la apretada agenda de niña y niñera. Era fundamental que no se viera alterado el aprendizaje de la interacción social por parte de Bella, o sea que tenía que dejar que las niñeras siguieran pasándose el día reunidas y chismorreando en el dúplex de Dick Snyder. Que el padre y la hija pudieran estar juntos era de importancia secundaria.

Triste porque hoy no puede ir con Bella a tomar un té en casa de Annie Dolores, pues a Bella se la llevan con Mallory y Hunter y sus niñeras a la librería de la cadena Barnes & Noble, donde esta tarde cuentan cuentos infantiles, Gideon se pregunta por qué todas las actividades organizadas por Betty siempre tienen una vertiente corporativa y contribuyen a que una multinacional u otra se haga con una mayor cuota de mercado. ¿Es que ya no se puede ni jugar en el parque?

5

Nada perduraba en esta ciudad. Por eso se llamaba «Nueva» York. Porque nada tenía ocasión de madurar. Todo había nacido la semana anterior y estaba llamado a morir dentro de un mes.

Uno no se sentía ciudadano de Atenas o Jerusalén, o incluso de la «vieja» York, que setecientos años atrás ya era lo bastante avanzada como para exterminar a sus residentes judíos (tal era lo que la civilización había supuesto en la Europa tan amada por Gwen: el progreso civilizador de adoptar el pogrom). Muy al contrario, Nueva York era una ciudad provisional de llegadas y salidas, de desplomes colosales y de rebajas por liquidación del negocio. Si uno prosperaba, se trasladaba a vivir allí donde fuera posible disfrutar de un jardín y unas buenas escuelas; si se estrellaba, que se las arreglara como buenamente pudiese.

El viento empujaba a la gente sobre su áspera superficie mellada como si las personas fueran muñecos. Uno iba al cine Little Bombay y se lo encontraba cerrado a cal y canto. O iba al Lupe's East L.A. Kitchen, donde por diez dólares era posible comer hasta hartarse, y de pronto se tropezaba con que el local había sido reconvertido en un salón de hidroterapia. Tu agenda de direcciones cambiaba tan rápido como un tablero de anuncios en Penn Station: una automática cascada de aperturas y cierres, de adquisiciones con o sin financiación ajena. Del exterminio por tierra quemada que mil años atrás era cosa de los hunos invasores ahora se encargaba la cadena Gap de tiendas de ropa.

¿Por qué iba a ser distinto en el caso de Pants on Fire?

Alguien con quien Gideon no había hablado en un año de pronto lo llamaba para saber dónde tenían previsto actuar esta primavera y se encontraba con que, no sólo los miembros del grupo ahora estaban viviendo en Vermont, California o donde fuera, sino que el edificio además había sido convertido en polvo. Allí donde el año pasado había espacios de artistas, un taller de danza, una compañía de marionetas, un teatro y un laboratorio cinematográfico hoy estaban enclavados los cimientos de cemento y acero de mala calidad que sustentaban otro feísimo edificio de pisos destinados a ser ocupados por una pléyade de inmigrados del Medio Oeste.

Lo que antes era una familia ahora se había convertido en un solar de orfandades: una madre soltera, un hijo abandonado, un padre divorciado. Un dolor de miembros amputados, de órdenes judiciales, de batallas por la custodia. De personas que dormían en sofás ajenos y luego seguían con su vida.

¿Había alguna ley que dijera que las cosas tenían que seguir siendo las mismas?

6

Betty lleva toda la semana excitadísima en relación con una fiesta de cumpleaños a la que Bella ha sido invitada. La niña de la fiesta es Zoe, cuya niñera es la reina del círculo de niñeras a que Betty y por ende Belle pertenecen. Zoe vive en la exclusivísima Central Park West. Sus padres trabajan en televisión. Según explica Betty, tienen ya sus años, y él tiene otros hijos procedentes de un matrimonio anterior.

—Toma —dice Gwen, rebuscando en su cartera hasta dar con dos billetes de veinte y uno de diez—. ¿Tendrás bastante? Lo siento, pero no tengo tiempo de comprarle el regalo a Zoe yo misma. ¿Podrías comprarle también una tarjeta de felicitación, Betty?

Gideon está recitando con sarcasmo los nombres de los niños desconocidos pertenecientes al círculo de Bella: Courtney, Brittany, Mallory, Kylie, Hunter, Zoe, Jack, Jake, Zeke... ¡Nada menos que Zeke! Un verdadero mantra de pretenciosos nombres de pila para hijos de arribistas.

—¿No te parece un poco inquietante que no conozcamos a ninguno de estos niños ni a sus padres tampoco? —pregunta él.

Gwen finge que no le parece inquietante. Y a punto está de sugerirle que si tan inquietante lo encuentra, lo que tendría que hacer es salir un día con los niños, pero al momento se da cuenta de que Betty no se lo tomaría a bien y se lo piensa dos veces.

—Lo que debe de ser inquietante es conocer a los padres.

—¿Cuánto le has dado para el regalo de cumpleaños de esa niña? —quiere saber él, después de que Betty se haya ido con Bella.

—Eh... —Gwen se hace la longuis. La verdad es que siente embarazo por haberle dado tanto dinero a Betty. ¿Es que se ha propuesto impresionar a la niñera dándole para el regalo a una niña desconocida lo que ella tarda cinco horas en ganar? ¿O se ha tratado de una venganza contra Gideon, de un recordatorio de que ella está acostumbrada a un tren de vida con detalles por el estilo? Absurdo, en uno u otro caso.

—Oye —apunta en son de paz—, Sasha e Irina nos invitan a comer con ellos el domingo. Al principio pensaba decirles que no, pues el fin de semana estoy reventada, pero igual podríamos ir...

Sasha e Irina son casi los únicos amigos de Gwen (junto con Constance, cuyo culo respingón le pone a cien) cuyos valores personales Gideon encuentra aceptables. Por supuesto, dos personas con un hijo que hacen lo posible por sobrevivir en Nueva York con un salario de profesor de música de dieciocho mil al año difícilmente pueden tener unos valores reprobables, o tal es el juicio de Gideon...

CAPÍTULO DOS

1

Primavera de 1998.

El acerado filo de cuchillo del sol y la sombra de Manhattan. A la sombra hace un frío que pela; al sol, uno se asa. La luz centellea, parpadea, tiembla, cae en cascada. Se traslada, rápida y caprichosa. El azul es tan limpio que quema.

A la cambiante luz primaveral, los vientres verde plateados de las torres espejadas ondulan en motas diáfanas como las escamas de un pez, como una cota de malla. La ciudad es un mar en el que saltan los delfines y hay sirenas con cola de pez y naufragios titilantes cubiertos de percebes.

El Midtown de Manhattan bajo la luz primaveral: el tramo de la Quinta Avenida más bien cutre que se extiende a partir de la calle 20, tiendas de artículos electrónicos, estancos, comercios de souvenirs. Regateos, ofertas, engañabobos. Un jugador a las tres cartas que está en la esquina de la 43 y atrae a un corrillo de curiosos; algo más allá, pasadas la 45, la 46 y la 47, los judíos hasídicos, tan bajitos y fornidos, tan bajitos y flacos, tan bajitos y rubicundos, tan bajitos y pálidos como la gente del siglo XVII deambulan bajo los arcos.

Gideon está paseando con Bella. Vienen de la biblioteca pública, donde la niña acaba de sacar tres libros con su flamante tarjeta nueva y le ha ladrado «guau guau» a los leones de piedra.

Gideon lleva a Bella sobre los hombros. A la altura de la calle 57 cruzan en dirección este para enfilear Madison Avenue. La nueva ciudad limpia y segura para todos, americana a más no poder, un centro comercial habitado por tiendas de cadenas multimedia en los que se expenden artilugios de marca a los turistas pequeñoburgueses.

Gideon le está explicando a su hija que ha crecido mucho y ahora pesa mucho más, tanto que le resulta difícil cargar con ella a hombros, y acaso sea el momento de poner un asientito infantil en su bicicleta si a ella le gusta la idea y si cree que mamá se lo permitirá.

—¡Ma-má! —dice Bella con entusiasmo, agitando sus piernecitas.

Mientras anda por Madison Avenue con la niña sobre los hombros y las manos en

torno a sus tobillos, mientras ella le acaricia el cráneo, Gideon explica:

—¿Sabes una cosa, Bellísima? ¿A que no sabías que tu papá antes tenía tanto pelo en la cabeza, un pelo rizado igual que el tuyo? Ya sé que esto es decirte que el Sahara en tiempos fue un océano, pero es la verdad, te lo juro por Dios...

Madison con la 58, Madison con la 59, Madison con la 60. De nuevo acaban de entrar en una ciudad distinta, tan diferente a la anterior que uno piensa que tendrían que haber puesto a unos guardias de frontera que revisaran los documentos de los visitantes antes de dejarlos pasar. Aquí las tiendas son más pequeñas, bruñidas, exquisitas, enclaves coloniales de imperios cuya capital está en Milán, Londres, Bruselas, Ginebra.

En los escaparates se exhiben trapitos de un modo agresivo que quiere ser irónico. Un par de katiuskas con plataforma de color rosa chillón, un par de pantalones de chándal color lavanda y plateado que parecen ser de nailon pero cuestan un billón de yens.

Las calles de por aquí son patrulladas por guardias privados de seguridad, una milicia para los ricos, ataviados con este obscuro uniforme de pantalones caqui de pinzas y americana cruzada, como si fueran estudiantes de Princeton de vacaciones y no una especie de escuadrones de la muerte al estilo latinoamericano. ¿Llevan armas consigo? ¿Y qué más da si las llevan o no? Esta milicia privada es muestra de lo despiadado de los comerciantes de Nueva York a la hora de machacar toda amenaza en potencia al feliz clima consumista, a la tiranía de la última moda, la gente guapa y el optimismo descerebrado. Dinero fácil y dinero rápido para todo el mundo menos para él... Lo que lo pone de los nervios.

Gideon se pregunta cómo puede comunicarle a Bella —cuyo abuelo anda empeñado en comprar su voluntad y en sedarla con los caramelos envenenados de la América corporativa (la comercialización de la infancia es otro tema que lo pone negro: la inspirada revelación de los mercaderes de que los niños son dinero)— su propio, violento desacuerdo con el espíritu de los tiempos.

Odio vuestras lunas nuevas y vuestros festines; me enferma el olor de vuestras ofrendas en llamas. Que el juicio llegue como un río, que la corriente de la justa indignación se lo lleve todo por delante.

¿Cómo insuflarle ética a esta niña? ¿Cómo educarla en el respeto por el trabajo honrado, el trabajo de sus propias manos y el de los demás?

¿Cómo puede uno vivir en perpetua oposición sin convertirse en un amargado medio loco?

Pasan junto al nuevo edificio Calvin Klein, el nuevo edificio Armani. Pasan junto a otros templos del comercio, todos tan limpios como una dentadura con fundas, blancos luminosos y resplandecientes. ¡La ciudad fiel se ha convertido en una ramera! De la noche a la mañana, Madison Avenue —que cuando Gideon llegó a Nueva York seguía siendo una calle destartalada en la que había viejas casas de piedra rojiza, papelería y cantinas de hamburguesas— se ha convertido en una

especie de fresco renacentista italiano de la Ciudad Ideal, con la diferencia de que el Nasdaq ha reemplazado al Gobierno Virtuoso...

No hay nada que sustente los pilares y pórticos neoclásicos de este edificio fantástico excepto un mercado especulador en expansión. No hay habilidades tradicionales, ni nada de verdadero valor, todo es cuestión de marketing y de promoción. En un siglo, Madison Avenue ha completado el círculo: de la arteria en la que se inventó la publicidad a la encarnación palpitante del anuncio...

Mientras camina y le explica todas estas cosas a Bella, quien se muestra conforme y dice «da», «baah» o «yii», o canta una especie de monótona letanía (Gideon tiene pensado grabar uno de sus cantos un día), o trata de bajarse de sus hombros para correr en pos del carrito ambulante del vendedor de pralinés, una mujer de pronto lo detiene y pregunta:

—¿Gideon?

La mujer es una auténtica belleza. De chaval uno tenía fantasías de que una mujer así un día lo parara en la calle.

—¿Gideon...?

Mujeres como las que nunca habías visto antes. Pero cuando sucede, resulta que en hombros llevas a una niña pequeña cuyos pañales abultan de mala manera.

—Tenía pensado llamarte. ¡Qué casualidad, oye! Te iba a llamar esta misma semana.

Gideon saluda a la damisela con aire de profesor cuyos pensamientos están puestos en otras cosas, se agacha como un camello y deja a su hija en la acera.

—¡Ta yii! —chilla Bella, quien tiende un brazo hacia él con dramatismo—. ¡Ta-yii! —La niña se deja caer de rodillas, como si estuviera tan exhausta que le fuera imposible mantenerse erguida—. ¡Ta yii!

—Guapa, llévate a ti misma un rato, anda. O mejor, ¿por qué no me llevas a mí a hombros?

Gideon sigue sin tener ni idea de quién es esta mujer joven.

La chica sonrío y en su cara aparecen sendos hoyuelos. Tiene el pelo liso y negro cortado a lo Cleopatra, los ojos verdes y una boca que es perfecta como si hubiera sido manufacturada por una máquina, el labio superior tan lleno como el inferior, eminentemente besable.

—¿Te acuerdas de mí? Fui a entrevistaros un par de veces. Emma Rogan. Estoy escribiendo una tesis...

—Ah, sí, sobre Jerome, eso es, sí —dice él.

Bella de nuevo lo está distraendo, alzando los brazos, tironeándolo de las perneras, insistente en sus «ta yii». Presa de un dolor extravagante, la niña finalmente se deja caer de bruces sobre la acera.

—Qué niña tan guapa —dice Emma, agachándose a mirarla.

—Mira quién fue a hablar.

Emma se ruboriza, y a él le gusta.

—¿Qué haces en este barrio? —Lo pregunta mientras sube a Bella en brazos, para que la niña se calle de una vez.

—Vengo de visitar a mi padre.

—Vaya. Yo pensaba que tan sólo las momias egipcias vivían en el Upper East Side.

—Bueno, él es médico. Tiene la consulta por aquí...

—¿En qué dirección vas? Te acompaño un rato.

Echan a andar, hacia el sur. Gideon ahora lleva a Bella en brazos.

—Hacía años que no pasaba por aquí —explica Gideon—. Madison Avenue me pone nervioso. Todas estas boutiques... Es puro materialismo europeo, no sé si me explico, algo más frío que la simple codicia americana...

Emma le sonrío cortésmente, a todas luces desconcertada. Lo que provoca que sigas hablando cada vez más embarullado.

—A veces tengo la sensación de que éste no es mi Nueva York. La ciudad a veces me resulta igual a esos poblachones con que uno se encuentra en el Medio Oeste o en el sur. Fíjate: una tienda de la cadena Eddie Bauer. Que alguien me explique qué hace en Madison Avenue la tienda de una empresa de venta por correo... Y lo demás es pura invasión europea. A ver si me explico: hace cincuenta años aquí venían filósofos y científicos judíos de Europa, gente como Einstein o Hannah Arendt. Ahora lo que nos llega son boutiques de Giorgio Armani, y me pregunto qué es lo que eso dice de nosotros.

Emma entrecierra los ojos un segundo.

—Nunca había oído a nadie pintar el Holocausto como algo romántico. Yo creo que es mejor que los europeos vengán aquí porque a la gente le encantan sus vestidos que porque anden huyendo de Hitler.

—Ja. Emma, no te das cuenta de que nuestra idolatría de la imagen convierte en más probable un próximo holocausto...

La otra hace una mueca que viene a decir: Y una mierda.

—¿Dónde vives tú, Emma? ¿Ibas a alguna parte?

—Bueno —dice ella—. Justo iba a Lexington Avenue a coger el metro...

Se detienen. Jugando con los rizos de su hija, Gideon apunta:

—Así que tenías pensado llamarme...

—Sí. He estado revisando mis notas, y hay algunos puntos que quiero terminar de aclarar antes de que me vaya otra vez a Lubeck. ¿Estás muy ocupado? ¿Cómo lo tienes para vernos y hablar un poco durante el próximo par de semanas?

—Será un placer. A mí lo del palique me encanta. ¿Por qué...? ¿Por qué no me das tu número?

Emma trata de dar con algo para escribir, en vano.

—Mira en mi bolsillo, tengo un boli...

Gideon tiene las manos ocupadas con Bella. Emma al punto le saca el bolígrafo del bolsillo de los pantalones y garabatea su número.

—¡Da! —chilla Bella, imperiosa. Agitando los brazos, pues acaba de divisar el carrito ambulante de un vendedor de helados.

—¿Da? —repite Emma.

—Su madre es eslavista.

2

Gwen efectivamente es eslavista. Esa noche, después de cenar, Gideon está tumbado en el sofá escuchando cómo su mujer está al teléfono con alguien, con Irina posiblemente. Medio dormido, escucha hablar a Gwen en un ruso precipitado y aguzado.

Es curioso, pero cuando habla en ruso se transforma en otra persona. Se expresa en este farfulleo grave y gutural, hasta que de pronto la voz se le torna chillona. Se está riendo ostentosamente mientras habla, y a Gideon le parece claro que Gwen es más divertida cuando charla en ruso. Una persona distinta: más primaria, menos desconfiada, más sincera, con una calidez imprecisa en la voz.

No es de extrañar que ame a Rusia: es su identidad rusa la que le encanta. A Gideon se le ocurre de pronto que igual se llevarían mejor si entre ellos hablasen en ruso. No es casual que se enamorasen en Novosibirsk. Ojalá pudiera apelar a este sosias ruso de Gwen, por entero opuesto a su encarnación neoyorquina: estirada, superficial, obsesionada por el éxito y el estatus. Si lo consiguiera, igual podrían salvarse.

Cuando ella cuelga, Gideon se acerca a su lado, le acaricia la pantorrilla y con un dedo recorre el muslo arriba hasta la entepierna. Pero Gwen de inmediato asume una inescapable expresión de fatiga. Está demasiado cansada para que la toquen.

—Justo me iba a dormir... —Se levanta y empieza a despejar de vasos sucios y periódicos la sala de estar.

Con amargura, Gideon se dice: pero no está cansada para irse a la peluquería después del trabajo o para pasarse una hora al teléfono con Irina.

—Tengo la impresión de que esta ciudad no está hecha para nosotros —indica.

—¿Ah, no?

Gwen frunce el entrecejo mientras mira los titulares del diario que se dispone a tirar. Últimamente anda tan liada de trabajo que no tiene tiempo de leer la prensa hasta la medianoche. No acaba de digerir lo que Gideon le ha dicho, que para ella no es sino una entonación quejumbrosa: una voz que ni su propio sonido soporta.

Gwen está organizando un congreso sobre la corrupción y la criminalidad en Rusia que va a tener lugar el próximo octubre, durante un puente festivo de tres días. Ha elaborado un listado de invitados, a los que ha empezado a llamar, a fin de perfilar las materias de debate y exposición. Kalman ha dado su visto bueno al presupuesto, que al principio parecía faraónico, pero que Gwen ahora entiende modesto, pues hay que pagar los vuelos, el alojamiento, los honorarios, el recinto...

Está tan nerviosa como ilusionada. Hay que organizado todo hasta el último

detalle, y ella no está muy versada en esa clase de tareas, aunque por suerte puede contar con la ayuda de Mandy y de Carole. Si todo va bien y el congreso tiene éxito, Lavrinsky estará satisfecho y sin duda se prestará a aumentarle el sueldo congelado desde hace mucho. No sólo eso, sino que ella habrá contribuido con algo de interés al entendimiento general de por qué en Rusia ha fracasado la revolución democrático-capitalista. Pero sólo faltan seis meses para el congreso, lo que es... nada.

—¿Qué tiene de malo esta ciudad? A mí me parece que hoy está mejor que casi nunca...

—Eso es lo que dices, pero mírate un momento al espejo: estás estresada a más no poder, tienes unas ojeras que ni un mapache. Y lo mismo pasa con Bella. Está siempre cansadísima porque Betty la somete a esta vida social tan competitiva que es propia de Manhattan.

Gideon ahora está paseándose por la estancia. Gwen se lo queda mirando. A Gideon últimamente le da por hacer este gesto nuevo, el de apretar ambas manos contra las sienes de su cabeza, como si su cráneo fuera un casco que le viene pequeño. Gideon se detiene y fija la vista en sus propios pies.

—A veces voy en el metro y veo cómo las ratas corretean junto a los raíles, y me digo: No sé cómo puedo estar educando a mi hija en esta especie de manicomio en el que las sirenas y las ambulancias a uno no lo dejan dormir por las noches, en el que no respiramos más que contaminación, en cuyas calles impera la brutalidad policial y el odio entre razas. Crecer aquí es algo así como ser huérfano en Sarajevo. A no ser que uno tenga tanto dinero para aislarse de los demás y convertirse en un sociópata de otro tipo.

—No sé —responde ella. (Es ocioso tratar de discutir con Gideon cuando está de este humor.)— A mí me parece un buen lugar en el que criar a los hijos... Mira, tú no has estado nunca con Bella en lo de Lucy Bella, pero te aseguro que es maravilloso.

—Pura cuestión de dinero.

—No, aquí el dinero no pinta. La Lucy Bella es una academia dirigida por Vladimir Feltsman, una academia pública de música para niños con talento. La mayoría de los padres son rusos inmigrados... A mí me parece que en esta ciudad hay un nivel de cultura que...

—¿Me estás hablando de cultura? Pues yo aquí no veo cultura, sino una carrera entre ratas. Aquí lo único que cuenta es la pasta. Cuando ves a esos niños que vienen con sus niñeras, cuando ves a los hijos de Jacey, todos están pálidos y tienen las miradas vacías. Estamos hablando de niños de dos años, de seis años, que se pasan el día sometidos a una especie de régimen Victoriano. Piano, ballet, esgrima... Mierdas así por un tubo. Yo a eso no lo llamo cultura. Lo que veo son unos padres que crían a sus hijos entre algodones porque quieren inculcar en ellos el espíritu competitivo que ellos mismos sienten. Unos niños cuyas mismas caquitas tienen que ser productivas, para que en el futuro también puedan ganarse la vida desalojando a inquilinos de sus casas. Y los niños no se dan cuenta de que a sus padres ni los ven durante semanas

enteras. Unos niños que...

—¿De qué niños me estás hablando?

—Estoy hablando de Serena. Estoy hablando de Alexander.

De unos niños que viven en una extraña mezcla de mimos e indiferencia. De muchos estímulos pero de ningún amor.

—A mí no me parece que Serena y...

—¿Te crees que no tengo orejas? ¿Te crees que eres la única que va con Bella al parque? —Su voz ahora es estridente—. Cuando estoy sentado en el parque oigo a estas mujeres hablar de su Caleb, que no aprende el alfabeto ni a tiros; de su Wally, que sí que lo aprende; de su Yahoo, a quien están llevando a terapia de voz para que le curen el ceceo. Yo lo oigo y me hago cruces. Esta es la cultura de Nueva York: impedir que los niños sean niños. A estos niños los han empujado a la edad adulta desde el principio, tanto como si los hubieran puesto a trabajar en las minas.

—Entiendo lo que dices, pero no me parece que...

—¿Y los padres? Los niños son adultos, pero los padres son infantiles. No tienes idea de lo perverso que es todo esto. Cuando fuimos a casa de tu padre por Semana Santa, de pronto me di cuenta de que había algo raro en Jacey y los niños. Hasta que caí en la cuenta: los niños iban vestidos de negro, y los adultos llevaban pantalones cortos. Puedes estar seguro de que vamos a criar una generación de sociópatas fracasados que no nos van a perdonar lo que les hemos hecho.

—¿Te parece que las cosas serían distintas si viviéramos en el campo?

—Me parece que tendríamos mayor control sobre el veneno que les dan a los niños. ¿Sabes lo que pienso? Que nos iría bien irnos a vivir al campo, aunque sólo fuera por cuestión estética, para disfrutar de un poco de paz en nuestras almas. Que estamos viviendo en el enclave más rico del país, más rico de la tierra, y que no estaría de más que el dinero lo empleáramos en disfrutar de un poco de belleza y tranquilidad. Por el precio de este apartamento podríamos comprar un terreno de cien acres en la parte rural del estado, una granja del siglo XVIII con su propio río...

—Estás pensando en Lubeck.

—En donde sea. O en Vermont, adonde se marchan Andrea y Dan. Y no creo que sean tontos al hacerlo. Mira, hace un año que Andrea quiere ser madre, y está claro que su mísero empleo en Legal Aid y su pisito a una cuadra del hospital, en el que se oyen las sirenas de ambulancia veinticuatro horas al día, no ayuda demasiado a la productividad, creativa o... o biológica. A veces me inquieta que los pulmones de Bella puedan enfermar por culpa de toda la mierda tóxica de los coches y los autobuses... Y de la envidia, la codicia y la infelicidad de la gente. ¿Y para qué todo eso? Aquí imperan unos valores nefastos... A mí no me gusta que en las jugueterías vendan armas de juguete, que... Lo mejor sería que nos fuéramos. Esta ciudad no es buena para nosotros, que nunca andamos con tiempo para disfrutar un poco de la vida.

Gwen se lo queda mirando con aire desconfiado y exhausto.

—¿Y qué vamos a hacer en el campo?

—Cuidar de nuestra hija. Hablar. Leer libros. Plantar un huerto. Tocar música. Querernos.

—¿Y de qué íbamos a vivir? A mí me parece que en el campo también hace falta el dinero. Tal como están las cosas por aquí, estoy esperando que me aumenten el sueldo...

—No quiero que tengas que trabajar tanto. Podría emplearme como carpintero. Podríamos vivir con poco.

—Pero... —Gwen por un segundo piensa en seguirle la corriente, pero de pronto se impacienta—. A mí me gusta mi trabajo.

—Pues nos vamos a vivir a Rusia. A vivir en una cabaña de troncos en la taiga. Lo que me contabas de tu amigo aquel del museo a mí me parece bien: criar abejas, hacer tus propios encurtidos y destilar tu propio licor... No me importaría vivir en Siberia como los pioneros antiguos.

—¿Ah, sí? —Gwen le sonrío, por mucho que no quiera hacerlo—. Ya te veo. Quieres escapar de unos valores dudosos y de la contaminación del ambiente y no se te ocurre nada mejor que irte a Rusia... —Nerviosamente, añade—: En todo caso, yo creo que... Me parece que podemos inculcarle a la niña unos valores adecuados aquí donde estamos.

—Pues a mí no me lo parece. —Gideon tumbado boca arriba en el sofá, con la mirada fija en el techo.

Sus ojos negros están vacíos. Mudos, opacos. Hay que atreverse a decirlo: muertos. Tiene la piel blanca como la tiza.

Gwen imagina que se van de la ciudad: ella, Gideon y la niña, en un intento final de salvar la situación. Se imagina viviendo en una granja en las montañas Catskill, en las Adirondack, en las White Mountains, sin un empleo al que escaparse durante el día, sin las calles, sin las luces de la ciudad, sin amigos ningunos. Y la perspectiva la llena de horror. Se acuerda de lo que su padre le dijo cuando empezó con la quimioterapia y le dijeron que se pasara menos horas en el trabajo.

—Lo peor de estar casados es eso de tener que almorzar con tu mujer todos los días.

—Al campo... —murmura—. Para que puedas educar a tu hija en casa, tal como hizo Jerome. ¿No te parece que eso sería ejercer un control peligroso y excesivo sobre la niña?

De forma no intencionada, el tono le ha salido desdeñoso, y Gideon se enciende.

—Pues sí, no me importaría ejercer un poco de control sobre las mentiras que a mi hija le han estado contando. A ti igual eso te parece raro, porque está visto que no crees en nada.

»Me pone malo que tu padre se pase el día regalándole a Bella muñecas barbie y vídeos de Disney: es una forma de violar su imaginación, de arrasar con sus neuronas. Como me pone malo que a estas alturas ya esté tratando de imponernos a

qué escuela para ricachones hay que enviar a la niña. Pues sí, Jerome a su lado es todo un ejemplo y...

—Mi padre tan sólo se muestra realista, porque sabe cómo funciona el mundo.

—¿Y ese mundo qué tiene de interés?

—Lo que quiere es que la niña tenga oportunidad de...

—¿Qué tiene de bueno un mundo en el que se sigue matando a los judíos? — insiste.

Gwen se lo queda mirando.

—Creo que no te entiendo... ¿Es que en los colegios como Brearley matan a los judíos?

—¿Un mundo en el que el gobierno americano le pone un pleito a Sudáfrica para evitar que allí tengan acceso a los medicamentos contra el SIDA de que aquí disfrutamos? ¿Qué clase de mundo es éste? ¿Un mundo en el que se sigue matando a los judíos, en el que se deniega la medicación contra el SIDA a...?

—Ya estamos otra vez con lo mismo —dice ella—. ¿Te importa si leo un rato el periódico?

Gwen se aparta de su marido, cuya infelicidad apesta como una herida, y se dice: Está mal de la cabeza. Es necesario que uno de los dos siga haciendo su vida y traiga dinero a casa, o Bella lo va a pasar muy mal. La niña no puede criarse en este capullo de amargura enfermiza. Tengo que trabajar más duro, pues a él no lo quiero lo suficiente, pues me da miedo estar a solas con él.

Pero incluso en este momento, algo le dice a Gwen que la única razón por la que Gideon amenaza con llevárselos a todos a Siberia y educar a la niña en casa radica en que ella rechazó sus avances cuando él le acarició entre las piernas. Que bastaría con que un brillo juguetón apareciese en sus propios ojos muertos para que él dejara de despotricar sobre una existencia tóxica, con que él la abrazara y ella lo dejara hacer, besarla y hacerle cosquillas en el clítoris hasta que ella se corriese entre risas.

Pero este conocimiento le resulta demasiado difícil de admitir, pues en este momento tiene tal fatiga nerviosa que preferiría matarlo a hacer el amor con él, de hecho quiere matarlo porque le ha provocado una sensación de culpabilidad de cariz sexual en este momento en que está hecha una puta mierda de cansancio. Gwen se pregunta: ¿Qué tiene prioridad: el desespero sexual de Gideon o su propio desespero porque él la deje en paz?

CAPÍTULO TRES

1

—¿Qué haces hoy? —pregunta Gwen mientras apura su café y coge una manzana antes de marcharse al trabajo.

Gideon se encoge de hombros, sombrío. Como si Gwen tuviera la culpa de que él no tenga nada que hacer.

—Hay una reunión de directores esta tarde. ¿Te parece que podrías estar aquí sobre las cinco y media, cuando Betty vuelva con Bella?

—¿Cuando vuelva de dónde?

—Ya te lo dije. De una fiesta de cumpleaños que se celebra a las tres.

—¿De quién es el cumpleaños?

—De Zoe.

—¿Y esa Zoe quién es? ¿La conocemos de algo?

A Gwen se le hace tarde y tiene prisa por marcharse, más aún cuando Bella ha vuelto a quedarse dormida en la cama. Está desesperada por irse de casa ahora mismo que Bella descansa sin problemas, para ahorrarse el psicodrama de la separación en la que su hija siempre se embarca agarrándose a sus rodillas y gritando...

—Es del grupo de Bella.

—Lo mejor sería que Bella se quedara en casa esta tarde. La niña anda cansadísima.

A Gwen empieza a entrarle la rabia. Una furia asesina venida de ninguna parte. Da unos pasos y, con gesto violento, empieza a meter cosas en su maletín. Documentos, propuestas. La agenda.

—Muy bien. Pues dile tú mismo a Betty que no quieres que Bella vaya a la fiesta de Zoe.

—¿Y ahora qué es lo que pasa, Gwen? No veo por qué tenemos que fatigar de esta manera a nuestra hija para que la niñera se entretenga. ¿No te parece un poco extraño que Betty sea incapaz de ver por sí misma que la niña no puede con su alma? A lo mejor ha llegado el momento de que pensemos en qué es lo mejor para Bella, en si está cansada, en si quizá necesita quedarse un día en casa mirando sus libros, en si vale la pena que se pase el santo día yendo y viniendo de casas de gente que ni

siquiera conocemos.

Gwen coge el regalo adquirido por Betty —un arca de Noé envuelta en papel azul real con una cinta color rosa— y lo deja ante las narices de Gideon en la encimera de la cocina.

—Aquí tienes. Encárgate tú mismo de llamar a Betty y decirle que no quieres que Bella vaya al cumpleaños de Zoe. Encárgate tú mismo de devolver el regalo a la tienda West Side Kids, en Amsterdam Avenue con la 88 o la 84, en la misma esquina; te darán un vale de compra, así que cómprate un juguetito que te guste. Y ya puestos, a partir de ahora ocúpate tú mismo de organizar la vida de Bella. Por cierto, no sé si te he dicho que Annie Dolores te dejó un mensaje el otro día.

Gideon asiente con la cabeza.

—¿Se lo has devuelto?

Un gesto inescrutable.

Gideon suelta un resoplido. Suspira. Levanta las manos como si quisiera apartar a su mujer de su vista.

—Necesito un poco más de tiempo para pensar, para decidir qué es lo que voy a hacer. No estoy preparado para...

—No me pareció que te fuera a proponer el matrimonio, sino que...

—Sí, vale, me ofrece participar en uno de esos talleres de Saint Anne. ¿Y para qué? Para deslomarme a cambio de los gastos de transporte y unos dónuts.

Gwen se lo mira. Un día de éstos va a asesinar a esta persona.

—Tú ya sabes cómo es Nueva York. A la gente de esta ciudad hay que darle señales de que sigues vivo...

Gideon clava sus propios ojos en ella.

—¿Es que sigo vivo?

2

Había momentos en los que Gwen se acordaba de que había otras formas de vida que iban más allá de la contienda mezquina entre ambos, de sus disputas, de sus menosprecios, de sus desplantes, de la ignorancia del otro. Cuando se acordaba de que hubo un tiempo en que tuvieron mucho.

Gwen se acordaba del libro de *La litada* que a veces encontraba tedioso y otras verdaderamente conmovedor: cuando Tetis sube al monte Olimpo y pide un nuevo escudo para su hijo que reemplace el capturado por los troyanos cuando la muerte de Patroclo, y Hefesto forja para Aquiles el escudo más maravilloso jamás elaborado.

El escudo de Aquiles exhibe unos grabados tan intrincados como una natividad hecha en un hueso de melocotón. En una de sus esquinas aparece representada la estación de la cosecha, con segadores que retozan entre el heno; en otra se muestra un banquete nupcial con músicos en el que el novio, la novia y los invitados están festejando bajo los álamos junto a un río ancho y tranquilo; en otra unos jóvenes están saltando y corriendo entre los vítores de los espectadores. Con cuánto detalle

maravilloso describe Homero este Otro Mundo que existe en miniatura en el dorado escudo de Aquiles: el ámbito jovial y augusto de la paz, con su ritmo natural de matrimonios, juegos y cosechas. Homero nos fascina con esta visión de cómo podrían ser las cosas, pues este mundo reflejado no es el mundo de *La litada*, su tema no se refiere a qué misión le va a ser encomendada a Aquiles (quien a esas alturas ya lleva la muerte en su interior): Aquiles tan sólo conocerá la quema de las cosechas, la matanza de los héroes, el saqueo de las ciudades, el reparto del botín, un temprano descenso a las tinieblas. Aquiles tiene por misión convertir la cosecha en hambruna, a las jóvenes casadas en viudas, crear una generación que nunca llegará a conocer a sus padres y cuyas madres son esclavas en los telares del enemigo.

Sabemos qué es lo que nos estamos perdiendo. Es la señal inscrita en las palmas de nuestras manos, el mundo de lo que hubiera podido ser, el mundo de la Bondad Natural: el sonido de una recién casada, el sonido de su hijo, el sonido de la felicidad y la alegría: el sonido del bebé medio adormilado que se está saciando del pecho de su madre. Aquiles admira la artesanía de su nuevo escudo, que su madre le ha traído del más allá, pero sabe que mañana al atardecer su oro reluciente estará profundamente mancillado por los sesos y las entrañas de los troyanos, y que dentro de unos pocos días será su propio féretro...

3

Qué mujer inhumana... Si él le hubiera propuesto que a partir de ahora dejasen de cepillarse los dientes, ella habría considerado que era un loco peligroso. Pero la puesta en práctica por parte de Gwen de este unilateral embargo sobre el sexo, convirtiendo en impensable el beso en la boca y hasta la simple caricia de sus cabellos, a ella le parecía lo más normal del mundo, algo que ni merecía ser debatido.

Gideon la contempló encogida en lo que se había convertido en su inviolable lado de la cama, vestida (como si fuera a ir a la oficina, se diría) con un formal pijama abotonado hasta la barbilla, y se preguntó lo que muchos maridos se han preguntado con una angustia rayana en el auto-odio: ¿Es que lo que quiere es que me acueste con otra mujer? Las lágrimas rodaron por sus mejillas cuando pensó que acaso se iba a ver obligado a andar a la caza y a mentir cuando él tan sólo la ansiaba a ella.

Él no había necesitado del matrimonio para sentirse sólido y palpable en el mundo, tampoco había estado particularmente ansioso de perpetuar la casa de Wolfowitz. El matrimonio para él era la fusión de dos almas sellada por la unión eterna de dos cuerpos, y todo cuanto no estuviera a ese nivel era un fraude desolador. Era una declaración de saciedad por parte de un adepto a la supervivencia: un éste es mi coño, éstos son mi vientre y mis pechos, mi pelo de un oro oscuro, mis ojos grises, mi risa profunda, es todo cuanto voy a necesitar en la vida.

Y había que reconocerlo: para un hombre, la monogamia era tan poco natural como el ballet, casi más dura que la castidad, pues seguramente fuese más sencillo arrancarse los propios ojos que fijar tu mirada consciente en un punto determinado.

Se diría que al acceder al estado marital se había visto forzado a cauterizar un impulso universal, a meterse el miedo a Dios en las entrañas de que el simple saludo a otra mujer implicaba arder en el infierno para siempre. Gideon se había sometido al credo de que ella iba a ser el jardín amurallado en el que él encontraría la delicia eterna. Y ahora se sentía como, si tres mil años después del Sinaí, Dios le estuviera diciendo a Israel: Por cierto, ¿os acordáis de aquella prohibición del adulterio que dicté en su momento? Pues lo decía en broma. Pero no os pongáis así, pegadle un bocado a mi emparedado de jamón, ea.

Así se sentía él: un pardillo, estafado a fondo.

4

Esta ciudad devora tu corazón.

Gideon se acordaba de cuando vino aquí con Jenny Randazzo a finales de los setenta, en autobús desde Teaneck, con adolescentes en peregrinación a La Meca. Se acordaba de sus visitas al Carnegie Hall Cinema para ver las películas de Bertolucci; de cuando hurtaron un libro de Allen Ginsberg en la librería New Yorker; de cuando cogieron el tren y se fueron al Blue Note a ver cómo John Lee Hooker cantaba *One Bourbon, One Scotch, One Beer*.

Andando descalzos por las calles, pensando que en la historia se habían dado profetas predicadores de la humildad, del amor y la buena fe, que habían llegado a una Nueva Jerusalén en la que tales ideas muy bien pudieran prender, en la que él mismo —con la ayuda de unos cuantos amigos— iba a poder difundir el misterio del amor revolucionario con materiales baratos, con sus marionetas, con el teatrillo a lo caja de zapatos que llevaba amarrado a la espalda. Con su voz rota y ronca, con su encanto torpón.

Era lo único que había ansiado como recompensa por su esfuerzo, no la fama ni los premios, los encargos a sueldo o la aparición en las noticias. No su propio espectáculo de televisión. Ni siquiera una grandeza trascendental. Tan sólo un poco de amor fraterno. El se contentaba con jugar un partido de baloncesto con los chavales del barrio una noche de verano, con que los vecinos entraran y salieran libremente del apartamento, con que todos cuidaran de los hijos del prójimo y se echaran un cable cuando hiciera falta.

Y ahora, y ahora... Y ahora se encontraba con que estaba resbalando en la calle, perdiendo el equilibrio mientras la gente pasaba impertérrita a su lado, impaciente y agresiva. Juramentando entre dientes. Te aplastarían bajo sus suelas si llegabas a caer. Gente ocupada con fundas en los dientes, con los pechos de silicona, con los rostros operados de lifting, con los hijos al cargo de otro, en camino apresurado al trabajo, a congresos de ventas, al gimnasio. También a reuniones de oración, pues había iglesias y sinagogas en la propia Wall Street, en las que se predicaba la dádiva con deducción de impuestos. Gente que ignoraba el llamado de los dos Testamentos gemelos a alimentar al hambriento y vestir al desnudo, a cobijar a las viudas y a los huérfanos, a

socorrer a los desamparados. Los dioses de esta gente eran distintos: más jóvenes, reinantes en tronos de papel en lo alto de Times Square: dioses adolescentes, vestidos y desvestidos con calzoncillos Calvin Klein y camisetas Calvin Klein, agrupados en baratos frisos de cinco o seis, sombríos, con los rostros congelados, incapaces de mostrar afecto. Y qué pesadillesco resultaba, ser los súbditos de unas deidades adolescentes. Amorales, caprichosas, narcisistas, iletradas.

Una ciudad tragaperras que engullía tu dinero y te escupía al exterior. En la que no podías permitirte hacerte mayor o, menos todavía, ponerte enfermo, pues, como la mayoría de tus conciudadanos, carecías de seguro médico. No puedo ponerme enfermo, se decía una y otra vez. En el pasado infantilmente se había tenido por una persona muy dura, invulnerable. Ahora en el estómago y en el pecho tenía unos dolores misteriosos, había noches en las que no podía respirar, en las que los dedos empezaban a temblarle y los brazos se le dormían, en las que pensaba que se iba a desmayar. Y a veces, en el metro, cuando las puertas se cerraban, se abrían de golpe otra vez y de nuevo volvían a cerrarse, sentía una rigidez en el pecho y tenía miedo de ponerse a gritar, pero no tenía aliento para ello. Fue entonces que su madre tenía los mismos años aproximados que él ahora cuando empezó a morir poco a poco. Y él pensaba, voy a morir antes de llegar a viejo. Y cuando me muera, Gwen (a quien siempre había imaginado a su lado) no estará allí. Ni siquiera llegará a enterarse.

Pensaba en mudarse al campo con Bella, acaso al propio Vermont. Dan y Andrea, *Baruch Ha Shem*, pronto iban a tener su propio niño; igual podrían educar juntos a sus hijos. Él y Bella vivirían en una casita de alquiler, él montaría el taller de carpintería en el garaje, y la niña podría andar descalza en verano y jugar fuera hasta que se hiciera de noche.

¿Qué era mejor para una niña pequeña: lecciones de Suzuki y terapia de dicción o contar con su padre en casa, un padre que se ganaba la vida con un trabajo honesto y delante mismo de ella? Bella iría a la escuela dentro de un par de años, y él estaría allí para darle la bienvenida por las tardes, para prepararle una merienda de leche con galletas y preguntarle cómo había ido la jornada. Él disfrutaría del tiempo, el espacio y la tranquilidad suficientes para vivir con calma y escuchar lo que su hija tuviera que decirle.

Ésta era la dirección en la que sus pensamientos se movían cuando se sentía tranquilo, cuando por un momento le parecía que acaso iba a lograr hurtar el cuello a la soga. En otras ocasiones, las facetas torcidas de la ciudad se cernían sobre su persona, y a él le entraba un pánico animal que lo llevaba a dar boqueadas. Gideon era un organismo: si ya no era amado, si nunca había sido amado, tan sólo le quedaba volver el rostro y fijar la mirada en la pared.

CAPÍTULO CUATRO

1

Sábado por la mañana. Las ocho cuarenta y cinco. El lado opuesto de tu cama está frío desde hace un rato. La cuna de la Osa está vacía. En la cocina no hay nadie. El carrito no está. Ninguna nota, Gideon. Ningún beso de pintalabios en el espejo del baño. Ninguna señal de vida. Al principio te sentiste inexpresablemente abandonado; luego sentiste alivio. ¿Y si trataras de dar con ellos en el parque? Pero Central Park es muy grande, y ya sabes que si tienes éxito en el empeño, tu lealtad mañosa se verá recompensada con el frío reproche mudo de tu mujer porque tú tendrías que haber sido el que se levantara pronto y saliera con Bella esa mañana. Y además, en el parque estará con ese grupo de viejas rusas con quienes gusta de cotillear. Mejor tomárselo con calma.

Te duchas, te haces un café, pones el canal de los dibujos animados. (No obstante, los dibujos animados a Gideon le producen una tristeza entreverada de pánico, pues le recuerdan las mañanas pasadas a solas en Passaic a la espera de que su madre se levantara de la cama.)

Las nueve cuarenta y ocho.

Y de pronto, por impulso, rebuscas en los bolsillos de tus vaqueros.

No.

Miras en el cajón, rebuscas en los bolsillos de otro par de vaqueros.

Míralo bien, Gideon. Aquí, en el reverso del folleto propagandístico de un salón de uñas, está el número.

¿Es demasiado pronto para llamar a una chica soltera? Es una mañana de sábado, y la chica igual está en la cama con un tío.

Las nueve cincuenta y seis. Vas a la cocina, echas mano al teléfono. Cuelgas. Recalientas el café.

Lo coges otra vez. Marcas.

El teléfono suena una vez, y responde una voz adormilada. Cuelgas.

Es sábado por la mañana, y todavía no son las diez...

Sábado por la mañana. En el apartamento impera una calma que te pone nervioso. Tan sólo oyes los gemidos de las palomas. ¿...Y por quién estarán gimiendo?

Te pones unos vaqueros negros que no están demasiado sucios, una camisa blanca cuyo blanco es pasable. Y ahora empieza la gran cacería de las llaves. ¿Dónde habrá puesto tus llaves la Urraca Bella, Nuestra Señora de las Llaves? ¿O acaso te las ha quitado Gwen?

2

En la esquina de Amsterdam Avenue con la 79, bajo el melancólico rótulo art-deco pardorrojizo de la Last Pharmacy, Gideon vacila un momento.

Se propone ir, pero a la vez no quiere caer todavía más bajo en su propia estima y decirse que va a ir a la *shul* esta mañana para luego acabar no yendo. Para sumirse en el fango de los demás manhattanianos que no observan los días sagrados ni se respetan a sí mismos, irreverentes de un modo tontorrón, judíos emasculados para los que el sabbath ha sido desnaturalizado en «fin de semana», un día en el que hay que comprar bagels y salmón ahumado en Barney Greengrass, revistas en Barnes & Noble, un par de pantalones de pinzas en Ralph Lauren, y nada de postrarse ante Dios.

Hay una bifurcación en el camino. El infierno o la *schul*. Starbucks o Shaarei Tzedek. Lleva semanas pensando en ello, harto de caminar sin rumbo y a solas por Ámsterdam o Broadway un sábado por la mañana, mirando a los judíos observantes, hombres con trajes oscuros e hijos con trajes no menos oscuros, mujeres ensombreradas cuyas hijas llevan faldas largas. En comparación con ellos se siente una persona endeble, alguien que no entiende la diferencia entre unas cosas y otras.

El judaísmo, antaño su salvación y su orgullo, lo tiene abandonado, como antaño lo abandonaron tantos europeos de su raza, quienes a pesar del trabajo que se tomaron en no incomodar a sus esposas o vecinos gentiles con unas profesiones de fe primitivas o poco patrióticas fueron igualmente masacrados, incinerados, gaseados...

En esa cuadra hay una sinagoga, de tintes a lo hippy, carismática, una prima en el Uptown de la sinagoga de Pitt Street a la que una vez fuera con Ethan, cuando el bar mitzvá de Noah Liebman. A la que tiene pensado volver un día de éstos.

Y así es como al mediodía Gideon se encuentra cogido de las manos a dos hombres, dando taconazos y cantando:

—*Dai-dai-dai...*

3

La sinagoga de Ohelei Ya'akov era una pequeña estancia pintada de colores rosados y turquesas ornados con ruinas cabalísticas e imágenes de palmas a todas luces destinadas a traer a la mente el delirio extático de un santuario en Safed.

A Gideon el lugar más bien lo llevaba a pensar en una tienda para hispanos del Lower East Side en la que se vendieran plátanos verdes y ungüentos del vudú. Una tienda con una pantalla en su medio, con un lado para los caballeros y otro para las

damas, y con niños entre ambos continentes sexuales poniéndolo todo perdido de fluidos corporales y babas de caramelos.

Bauch atahy Adoshem, ha mavdil ben zachar u nekevah.

En el momento en que Gideon entró, un hombre joven con el rostro rollizo y las mejillas entre negras y azules justo acababa de empezar a leer la *haftarah* de la semana, extraída del Libro de Samuel.

4

Gwen, un día quiero hablarte de David y su primera mujer, Michal. Michal era hija del rey Saúl y, como sabrás, todos los miembros de aquella familia —Saúl, su hijo Jonatán, su hija Michal— estaban perdidamente enamorados de David.

Estaban locos por este pequeño recién llegado dotado con un par de cojones, y eso que sabían que estaba destinado a destronarlos: ellos representaban el antiguo régimen, eran caballerosos, arrogantes, propensos a la manía depresiva. Pero el pastor con el arpa era el niño de Dios. Lo mejorcito de lo mejor.

Así que David se casó con Michal, la hija del jefe, y ésta, lo mismo que su hermano Jonatán, en un momento dado se jugó el cuello para salvarle la vida a David. Pero una vez que éste destronó a su padre, estaba claro que Michal no iba a durar mucho...

La lectura de aquella mañana te explicó cómo el joven rey David, tras establecer su capital en Jerusalén, recuperó el Arca del Tabernáculo de manos de los filisteos.

Israel entero corre a unirse al desfile de la victoria encabezado por un David exultante. Todos menos Michal, quien contempla desde la ventana del palacio cómo su marido «saltaba y bailaba en ofrenda a Dios, y ella lo despreciaba en su corazón».

Cuando David vuelve a casa, su reina en tono gélido le felicita por haber estado mostrándole el trasero desnudo a las sirvientas.

Y David replica: es posible que a tus ojos sea vil, y tengo pensado hacer mayores vilezas aún, pero con sirvientas y Dios a mi lado —pues fue él quien me escogió frente a tu padre para gobernar a Su gente—, con ellos de mi lado siempre andaré sobrado de honor.

Pobre hija del rey, quien piensa que la gracia radica en una cara larga. Pobre orgullo, incapaz de soportar que a Dios le cayeran bien los bribones desvergonzados que gustan de divertirse a fondo. Fría mujer, celosa de la alegría de tu marido...

5

Tan pronto como fueron cerradas las puertas del arcón y los rollos de la torá fueron devueltos a su lugar, los hombres que había en la sinagoga empezaron a dar palmadas, a cantar y a saltar en honor a Dios. Y Gideon de pronto se encontró saltando con los demás en honor a Dios.

El rabino, un hombre alto y gordo con una barba entre dorada y rojiza cogió una

de las manos de Gideon, cuya otra mano fue cogida por el lector de la *haftarah*. Dando brincos, recorrieron el atestado pasillo arriba y abajo. Las mujeres emplazadas en su lado de la *mehitsah* asimismo estaban cantando y dando palmas. (¿Y entre ellas habría alguna que al ver a su marido dando saltos en honor a Dios, asimismo lo despreciaba en su corazón?).

Y lo que resulta patético es el alivio inmenso que Gideon siente en ese momento. La carga insoportable se desvanece de sus hombros en el entusiasmo del movimiento frenético, en la belleza cruda y muy viva de las canciones cantadas a gritos. Está sudando a mares, tiene la camisa blanca empapada y el corazón inundado de amor.

Oh, Dios en el cielo, por sus mejillas corren las lágrimas, en ese momento es el Efraín reprendido, Israel la ramera, estaba perdido y ahora ha sido encontrado, y la gracia de Dios le está oprimiendo el pecho, y aunque el resto de los fieles le parecen irritantes y el rabino le da la impresión de ser falso a más no poder, Gideon siente que de la mano del rabino se desprende esta calidez radiante que es casi... sagrada. Todo cuanto quiere es saltar y unir las manos calientes con el rabino y verse salido a flote en este mar de hermandad...

Su gente. Mi gente. Mía, de todos vosotros, enfermos o pobres, bajo la lluvia y el frío, en el desierto y en el Bronx. Luimos un incordio para el Faraón, fuimos un incordio en el Sinaí, fuimos un incordio en Toledo, en Maguncia, en Nínive y en Reims, y seguimos siéndolo aquí mismo, en la West End Avenue.

¿*Mi k'mochah*? ¿Hay alguien como tú, Dios? No, por suerte.

¿Hay alguien como nosotros? Nadie, por suerte. Una nación de incordios. Nuestros vecinos nos expulsan, queman, profanan, saquean, sin que este pueblo minúsculo y quejica, estos cuatro gatos que andan siempre peleados entre sí, cedan un ápice en su gloriosa voluntad de sobrevivir. Este desecho piojoso y mordido por Dios.

Esta escoria.

Mi gente.

Mía y de mí.

Esto no me lo puedes arrancar, Gwen. Me podrán quemar vivo, pero yo no diré ni pío mientras las coronas que hay bajo cada letra sagrada sigan centelleando doradas y negruzcas.

Pero, ¿por qué estos momentos son tan efímeros? Si le fuera posible prolongar esta alegría sana, si pudiese mantener el hábito de la fe, entonces nada importaría haber perdido todo lo demás. Su mujer cristiana, su hija pagana... Incluso a punto ha estado de decirle a Gwen: pues muy bien, bautízala si quieres, mejor una religión falsa que ninguna en absoluto. Los pecados que están en su mente y que la punta de su lengua se apresta a cometer...

Que este momento dure, que este momento dure...

6

Estamos viviendo en una época de antiamor.

Me refiero en particular al amor romántico, que se ha ido a tomar por culo, pero también al amor consanguíneo, y ello a pesar de nuestro oficial culto a los Valores Familiares.

Es muy extraño, pues hay otras pasiones determinantes que se han visto en retirada: nuestras almas más capaces no se presentan a las elecciones, se van a la guerra, se dedican a dar de comer al hambriento o a predicar la palabra de Dios entre los infieles.

Se ha dado un genuino envilecimiento de la vida privada, en la que al final resulta que no hay nada, pues nada es lo que hemos hecho.

El azulado destello titilante de una artificial chimenea electrónica, el montoncito de menús de comida para llevar junto al teléfono de la cocina a oscuras, tu —tu amante no, por Dios— compañera que te llama para decir que se queda trabajando hasta tarde.

Nos hemos olvidado del amor y nos hemos acostumbrado a las «relaciones». La diferencia entre una historia de amor y una «relación» no es sólo semántica, sino que también es radical. El amor lo viertes sin medida, una marea de vulnerabilidad y sacrificio, tan fuerte como la muerte, terrible como un ejército con sus banderas ondeando. Abandonad todo control aquellos que aquí entréis.

Mientras que una relación es un acuerdo contractual, sujeto a renegociación, dependiente de la satisfacción prolongada de ambas partes. Un hotel mantiene relación con un basurero, un contratista de obras mantiene relación con un reparador de tejados, pero una vez que la verga empieza a mantener una «relación» con el coño, el amor se escapa por la ventana.

Y el resultado es un insustancial casillero de resultados: se lleva él bien con tus amigas, qué tal es vuestra vida sexual, te habla de lo que siente. La sexualidad ya no es algo que está en cada mirada, en cada sonrisa, en cada movimiento de un dedo del pie, en cada PELEA, sino que ha devenido otro tratado multilateral —te follaré si antes lavas los platos—, otra actividad en la que mejorar el propio rendimiento, otra cosa «que hay que currarse».

Sabemos cómo trabajar y sabemos cómo mantenernos en forma, pero no sabemos cómo perdernos en el amor.

7

El domingo por la mañana Gwen salió a correr un rato por el parque y luego volvió a casa.

Bella estaba en la cocina con Gideon, sentada en su regazo, llorando. Estaba claro que llevaba un buen rato llorando. Tenía la cara roja e hinchada, los carrillos manchados de lágrimas.

—¿Qué pasa?

—Se ha hecho un corte en el pie —dijo Gideon, mirando a su mujer, que llevaba puestos pantalones cortos y una camiseta mojada de sudor: la viva imagen de una

ramera del ejercicio físico, de una adoradora del gran dios Fitness.

Gwen no era la misma mujer de la que se había enamorado apenas dos años y medio atrás. Su cuerpo se había liberado de las grasas de la maternidad, si bien ahora era de movimientos más económicos y tersos. Había perdido su orgulloso encanto de larguirucha en favor de cierto aire de eficiencia banal.

Gideon no le ha dicho a Gwen que la semana pasada estuvo en la *schul*. Es algo que prefiere callarse hasta que esté seguro de que efectivamente se trata de un impulso sostenible. Además, Gideon sabe (incluso si ella no se lo dice) que Gwen se lo tomará como simple síntoma de su infelicidad, una pérdida de tiempo y una evasiva para no ponerse a buscar trabajo de una vez. O acaso como un oblicuo reproche dirigido a ella misma.

—Mi pequeña... —Gwen se agachó para besar a Bella y cogerla del regazo de Gideon, pero en lugar de levantar sus bracitos como de costumbre, Bella se encogió y redobló sus lloros.

—¿Qué ha pasado?

—¿Es que rompiste algo antes de salir? —pregunta él a su vez—. Ha pisado esta puta astilla enorme de cristal...

—Mierda, sí. Esta mañana he roto sin querer una botella de V8. Pensaba que había recogido todos los trozos...

Gideon la fulminó con la mirada y meneó la cabeza.

—Pues éste era del tamaño de... ¿En qué andabas pensando? ¿En dejar que Mimi viniera el lunes y lo recogiera?

—Lo siento. ¿Lo has terminado de recoger todo?

—Esperemos que sí.

La niña se pasó el día entero histriónicamente sufriente, negándose en redondo a caminar. Y la caballerosa protección que Gideon en todo momento estuvo dispensando a su pequeña dama, a quien llevaba en brazos de un lado a otro del piso, con el pie vendado colgando en el aire, terminó por poner a Gwen de los nervios.

Eran el Padre y la Hija contra la Madre, la habían marginado de forma oscura, y lo más curioso de todo era que Gwen se sentía un tanto aliviada por ello. Se iba a Rusia dentro de tres semanas; tenía que verse con un montón de personas, los invitados al congreso del próximo otoño. Iba a pasar cinco días en casa de Bill y Jamila, y dos en San Petersburgo en casa de los Reznik. Al volver haría escala en Londres, donde pasaría dos noches en casa de Constance, en una visita que por feliz coincidencia iba a caer en el cumpleaños de su ahijada Ruby.

La ilusión se mezclaba con la angustia de tener que separarse de Bella. En el fondo sabedora de que no podía dejar a la niña, Gwen de vez en cuando aventuraba la posibilidad de llevársela con ella. Pero Gideon no estaba de acuerdo. La cosa no tenía sentido; Gwen iba a estar trabajando día y noche, y no era cuestión de que dejara a la pequeña en manos de desconocidos. (¿Y si me llevo a Betty?, propuso Gwen. Claro, pero te pediré mil dólares más por el caprichito. Diciéndose: para eso, llévame a mí.)

En un raro momento de firmeza, Gideon le dijo: Mira, así no se hacen las cosas. Los profesionales no se llevan a sus hijos consigo en viaje de negocios. Y además, en Rusia estos días se dan todas estas extrañas enfermedades...

Gideon quería a Bella a su lado, lo que era bueno. Desde el final de *Pants on Fire*, mostraba mayor interés en su hija, lo que era... bueno. Era bueno porque Gwen así tenía más tiempo para trabajar, cosa que le hacía falta. Y también era bueno para la propia Bella, ¿no?

Ahora que el viaje era inminente, Gwen se sentía como un globo atado a un hilo muy largo: a medias sujeta y a medias libre. Miraba a Gideon y a Bella, que en este momento estaba en el regazo de su padre, encogidos ambos bajo la mesa de la sala de estar. Dos niños pequeños en los bosques del Upper West Side. Gideon le estaba contando, como muchas veces hacía, un cuento protagonizado por una niña desvergonzada llamada Iddabella que no le tenía miedo a nada —ni a los tigres ni a los reyes— y que siempre andaba metiéndose en unos líos de mil demonios. Y cada vez que él hacía una pausa, Bella le pedía:

—¿Mah?

Mientras recogió los juguetes del suelo de la sala de estar, las tazas de café sucias, los platos del desayuno, los periódicos, Gwen sintió una punzada repentina. ¿Y qué historias emocionantes como la sangre podía ella aportarle a las venas narrativas de la niña? ¿El presupuesto de 1998 para su proyecto de bibliotecas en Rostov?

8

Gwen se marcha dos semanas de viaje a Rusia y se lleva a Bella consigo. Está todo arreglado: mientras Gwen trabaja de la pequeña se van a encargar Zarife, la niñera de Bill y Jamila, una azerí pechugona que tiene sus propios hijos, así como la hermana de la propia Zarife, que tiene diecinueve años.

Convencido de que Gwen y Bella nunca van a volver, Gideon se esfuerza en ignorar su marcha. Hace caso omiso de sus preparativos: la llamada de Gwen a la línea aérea pidiendo asiento de mamparo y una cuna de moisés; la llamada que hace al coche que vendrá a recogerlas para trasladarlas al aeropuerto; la preparación de sus maletas; el dinero que deja para pagar a Mimi durante su ausencia.

Con el ánimo lúgubre, Gideon contempla el equipaje de su esposa, cuya abundancia a todas luces excesiva lo reafirma en su convicción de que esto no es un viaje de negocios sino un secuestro.

La mañana del vuelo, Gwen pide a Betty que saque a pasear un momento a Bella por el parque mientras ella se ocupa de ultimar una mochililla para el avión: libros, juguetes, toallitas, zumos de frutas.

—¿Quieres decirle adiós a papá? —pregunta papá.

Gideon menea la cabeza en un no preventivo y huye al estudio. Allí se refugia en el sofá donde finge leer el *Village Voice* y se tapa los oídos para no oír las risas de Bella cuando Betty finalmente se las arregla para hacerla salir por la puerta.

—Dile a Tony que llame al timbre, que ya mismo bajo —oye que dice su mujer.

Si fuese un marido y un padre decentes lo que haría sería acompañar a su familia al aeropuerto, pero antes prefiere que lo quemem vivo. No quiere tener lo más mínimo que ver con la irresponsabilidad criminal que su mujer está cometiendo al llevarse a la niña a lo que es una zona de guerra.

Oye el ruido que la maleta de Gwen produce al ser arrastrada por el suelo de la sala de estar, oye que se abre la puerta del estudio, pero no levanta la cabeza, de pronto le entra el pánico y tiene la certeza de que nunca más va a volverla a ver. Sin Bella como rehén, Gideon no tiene ninguna baza que jugar.

Siente un nudo en la garganta, le es imposible levantar la cabeza, no hace gesto de reparar en el beso que ella le envía a distancia, en su adiós dicho en tono bajo. Está paralizado por el miedo. Tan sólo cuando oye el bing del ascensor echa a correr descalzo hacia el rellano, pero la puerta del ascensor se ha cerrado ya.

Se ha ido. ¡Y él ni siquiera se ha despedido de Bella!

Suelta un grito involuntario, un aullido de hombre-lobo que trata de disimular con una tos, y acaba por atragantarse en el momento preciso en que se abre la puerta del otro ascensor, del que sale, no una Gwen arrepentida, sino una mujer centroamericana pequeña y compacta con un perro scottie, quien le dirige una mirada de desaprobación.

9

Su mujer se propone abandonarlo. Gideon lo sabe.

Ella quiere que él se marche. Ha hecho un cálculo psicoeconómico, una «estimación aproximada» y se ha preguntado: ¿estoy mejor con él o sin él? Así es como la gente piensa hoy en día.

Gwen ha mirado a su esposo, ha mirado a su hija, ha sopesado sus opciones y ha calculado: es hora de cambiar de vida. Ha pensado: la niñera es más útil que mi marido; le diré a la niñera que se quede a dormir por las noches. Ya que tengo la sensación de que soy una madre soltera, lo mejor es que me convierta en madre soltera de verdad. (¿Y para qué?, se pregunta él. ¿Para ligar con otros tíos? Y algo muy retorcido en su interior lo lleva a pensar que casi preferiría que se acostara con otro, todo era mejor que aquel lecho fluvial desecado por entero.) Ha decidido que estarán mejor sin Gideon, Bella y ella misma, pues se siente como una madre soltera (estas mimadas mujeres profesionales, convencidas de estar siempre en posesión de la verdad, tras darle la espalda a sus maridos que las adoran gustan de repetir la dichosa expresión), así que se va a marchar con la niña para siempre.

En el apartamento vacío pregunta en voz alta:

—¿A quién quieres engañar, cariño? A ti te gusta tan poco como a mí estar sola. Diez minutos después de que me echés empezará a buscarte un sustituto, si no lo has encontrado todavía. Cada vez que entro por la puerta me vienes con la misma historia: Gideon, no me funciona la impresora. Gideon, ¿podrías ir a recoger el

equipo de aire acondicionado? ¿Quién te instalará el aire acondicionado cuando yo me haya ido?

CAPÍTULO CINCO

1

Las fachadas posteriores de las casas de Elgin Crescent, en el este londinense, dan a un jardín comunitario del tamaño de una cuadra de viviendas. Es en una de estas casas blancas estucadas, dotadas de un anexo acristalado que da al gran jardín, donde viven Constance y Roger.

Tanto Constance como Roger proceden de familias numerosas en las que se da una confortable mixtura de dinero nuevo y sangre vieja, y ello desde hace generaciones. La casa es alta, de tres pisos, con gastadas alfombras persas, sofás acaso demasiado muelles cuyas patas son garras de grifones, y retratos de la bisabuela de Constance, una heredera americana que se casó con el nieto de un primer ministro.

—Por la forma en que la pintó, está claro que se acostaba con ella.

En la casa se da una mezcla de sillones con fundas rellenas de espuma de poliuretano, propios de estudiantes sin dinero, y de exquisitos aparadores del siglo XVIII que denotan que sus propietarios gustan de los artículos de calidad, pero tampoco tienen excesivo interés en ellos. (Constance se queja de su suegra, quien cuando viene de visita no deja de darles la lata sobre la conveniencia de retirar las tazas de café de las superficies trabajadas de las mesas...)

Gwen está de pie ante una estantería llena de libros. Después de haber estado en Rusia, donde ha experimentado una sobredosis de la actualidad del momento, está ansiosa de leer textos antiguos como los de Heródoto o escrupulosos como los de Pascal. En general, los libros de Constance y Roger están agrupados por temas. Hay novelas de cacerías y Padres de la Iglesia, así como ejemplares encuadernados en piel del *Rambler* de Johnson o del *Edinburgh Quarterly*, los poetas persas que le gustaban al padre de Constance, Goethe en letra gótica. Echa mano a un volumen de Kipling encuadernado en rojo y oro, se lo lleva al anexo y se acomoda en una tumbona de mimbre para leer sobre cómo el joven Kipling y su esposa recién casada estuvieron viviendo en una cabaña sin calefacción de ninguna clase en el Maine gélido...

Gwen está exhausta después del viaje a Rusia. La atmósfera allí estaba tan enrarecida, tan insalubre, tan pródiga en rumores, en crímenes violentos, en riqueza

adquirida por las bravas que una se daba cuenta de que las cosas iban a estallar. Así es como debían de haber estado las cosas en Rusia allá por la década de 1880, se dice, cuando todas las semanas se producía un nuevo intento de asesinato contra el zar.

La sorpresa feliz se la proporcionó Bella, quien, encantada de que las ancianas le dieran caramelos en el metro y de que economistas de reputación mundial dejaran que se sentase en sus rodillas a jugar, daba la impresión de reconocer que esta nación bárbara, por algún misterio de la sangre, también era la suya.

Tan sólo después de que Bella se mostrara como una esclava honoraria se disiparon los temores de Gwen a que su hija rechazara de plano toda aquella extranjería rusa o no gustara de ver a su madre hablar en un idioma desconocido. (Alexei, el hijo crecido en Estados Unidos de Irina, se pone furioso cuando a sus padres les da por hablar en su lengua nativa, como cuando el general Franco ordenaba a vascos y catalanes: ¡Hable usted en cristiano!)

2

Hoy es el cumpleaños de Ruby, quien cumple cinco años. Desde el anexo, Gwen contempla cómo los invitados a la fiesta de Ruby se despliegan por el jardín común entretenidos en una gimcana.

Unas nubes gris oscuro atraviesan el cielo en volandas. La luz de tormenta realza con vividez los verdes del jardín. Este clima hace que uno se sienta vivo, asegura siempre Constance en referencia al clima que ha generado el rojo pelo de vikingo de Tarquín, la piel amelocotonada de Ruby.

Esta noche, después de un té de cumpleaños, Constance y Roger van a irse con Gwen a cenar al River Café.

No me importaría vivir en esta ciudad; es civilizada, se dice Gwen, quien preferiría no tener que irse a Nueva York al día siguiente.

Ruby lleva puesto un vestido indio de patchwork con lentejuelas, así como unas botitas Doc Martens. Clement, el primo de ella y Tarquín, luce una camisa de seda cruda con cuello a lo Nehru, así como unos bombachos a juego. Los nombres de los niños son igualmente coloristas: hay una Apollonia, una Thea, una Cosima.

Constance, quien acaba de entrar para coger la cámara, observa:

—Por Dios que no sabes cómo me arrepiento de no haber bautizado a mis hijos como Tom y Jane. No hay nada más embarazoso que encontrarse de repente en el furgón de cola de una moda. Y la cosa además plantea problemas a la hora del té, pues una tiene la sensación de que hay un protocolo papal-imperial que respetar. Está claro que a Diocletian no lo puedes sentar junto a Augustine.

Constance se queda un momento junto a Gwen. Las dos mujeres miran el jardín y contemplan a los niños que andan a la busca de los regalitos escondidos en las moreras y los macizos de rosas. Bella, quien es demasiado pequeña para dar con el botín, se ha emparejado con Ruby.

Gwen se siente aliviada al ver a Ruby y a sus amigas, tan razonables, tan modosas

incluso en su frenética búsqueda de caramelos.

—Así que esto es todo lo que hay que hacer: sobrevivir hasta que tu hija cumpla los cinco años, momento en que vuelves a ser libre —indica—. Sin que tengas que seguir preocupándote de que se les ocurra beber lejía o electrocutarse...

—No —dice Constance, tras pensarlo un momento—. Los problemas son otros, eso es todo. Ahora lo que pasa es que Tarquín se pone muy nervioso porque al día siguiente tiene una entrevista en la escuela. Estos niños son tan formales... Eso es lo que me asusta. Me entran ganas de decirles que prueben a fumar porros o algo así. En lugar de practicar con el piano, podríais dedicaros a escuchar a los Grateful Dead, digo yo...

Roger entra en el anexo, se sitúa tras Constance y acerca su cuerpo al suyo, abrazándola por detrás. Sonriente, le dice al oído en voz baja:

—No te lo vas a creer, cariño. Mirjana ha llamado para avisar de que no viene.

—¡¡No!! —responde Constance, a quien se le escapa la risa—. ¿Y esta vez de qué se trata? —pregunta, volviéndose hacia él y mirándosela—. Mirjana es nuestra niñera de recambio... Una gandula de narices.

—No me lo dijo con claridad. ¿La regla, quizá?

—Por Dios, esa excusa no la había oído desde que iba a clase de gimnasia. Y ya le he prometido a Eva que se podía ir a casa a las seis... ¿No te dije que Mirjana se escabulliría?

—Sí —dice Roger, dirigiéndole una nueva sonrisa a su madre—. Pero no pasa nada. Ya me quedo yo en casa a cuidar de la niña.

Su cómplice aire de diversión está en tan absoluto contraste con la ruin penuria de la vida doméstica de Gwen que ésta se queda con la boca abierta. Aquello va tan allá que ni sentir envidia puede. No, de hecho, más bien se está muriendo de envidia.

—¡Mamá, mamá! —Seguida por Bella, Ruby entra corriendo y jadeante—. No puedo... No puedo abrirlo. —En la mano lleva un paracaídas de juguete cuyos cordeles se han liado.

—Que te lo abra tu madrina, que es más hábil con los dedos.

Gwen desenreda el paracaídas con rapidez y se lo devuelve a Ruby, quien está ansiosa de volver a la rapiña del jardín, a la acumulación de botín que está teniendo lugar sin ella.

Gwen coge a Bella, quien ya echa a correr tras Ruby, la abraza por detrás, en emulación inconsciente del gesto marital de Roger, y trata de apartarle los rizos enmarañados de la mejilla manchada de chocolate. Por Dios, cuánto ama el pequeño horno que alimenta el calor sanguíneo de su hija. Ansiosa de salir al exterior Bella grita «¡dop, dop!» y se las arregla para liberarse.

3

Central Park, entre gris y rojizo y tizado de hollín. Los árboles en flor entre la bruma, colgantes y pesados, almizclados, soporíficos. Un impreciso, bienhumorado

aire de valentía se da entre quienes siguen al abrazo del parque después de la llegada de la oscuridad. Patinadores, amantes, bebedores. El lago se convierte en laguna. Una languidez oriental. Las luces de las farolas electrifican la demencial monocromía de verdes.

Un hombre y una mujer suben colina arriba desde la fuente de Bethesda. Él luce tirantes, una camisa de madrás, un maltrecho sombrero de paja, a lo Huckleberry Finn. Está bromeando y diciéndole tonterías a la chica, en busca de amor. Salta en el aire como si fuese a encestar una canasta y se agarra a la rama de un plátano. Ahora se balancea suspendido en el aire como si fuese un chimpancé, agarrándose a la rama con una mano; con la otra se rasca un oído, el sobaco. Finalmente se deja caer. La muchacha menea la cabeza con incredulidad. Es una chica con el pelo negro y los ojos verdeclaros. Lleva puesto un veraniego vestido azul claro sin mangas. Es exquisita, y se da una perversa disonancia entre sus labios sensuales y su actitud recatada que está volviendo loco a Gideon.

Es Emma Rogan. Quien le está refiriendo sus impresiones de Jerome y Bridey, sus propios problemas con el supervisor de su tesis, sin que él preste atención a una sola de sus palabras.

Al comienzo de la velada llevaba los labios pintados de carmesí, pero el color se le ha corrido, y los labios le duelen, así de intensamente se han estado besando, así de intensamente besas a una mujer cuando sabes que no tienes que follar con ella, hace dos horas que tienes una erección, y ella lo sabe, la pequeña Cleopatra...

Cuando se encontraron para tomar una copa, Gideon le avisó de que él ya andaba un poco achispado. (La ebriedad le servía de excusa para permitirse ciertas licencias.) ¿Es que estás celebrando algo?, le preguntó ella con una sonrisa insegura. Sí. Estoy celebrando que mi familia está fuera de la ciudad, lo estoy celebrando.

Hay un componente remilgado y fácil de sorprender en esta Emma que Gideon no puede resistir, que sospecha es cosa generacional. La generación de Emma se anda con muchos remilgos.

—Aquí no puedo hablar —dice ahora—. La naturaleza siempre me distrae. Yo me crié en el centro urbano de Passaic, y la naturaleza siempre me deja sin habla. Ven a mi casa, y te enseñaré unos vídeos de *Infernal Combustion* que grabamos durante una gira. En Checoslovaquia representamos *El desgarró del infierno* una noche junto al río, cincuenta personas con antorchas, tienes que verlo...

Emma vacila.

—Vamos, vamos, Emma, tienes que venir.

—Emma vacila un poco más.

—Ven —insiste él—. Cuando veas mi piso, lo último que se te ocurrirá será acostarte conmigo. Hay juguetitos de niño por todas partes. No creo que se te ocurra retozar con un tío cuando en el suelo hay un montón de muñecas barbie... Eso tiene que ser un tabú verdaderamente transgresor.

Emma se lo queda mirando, pensando: ¿cuán borracho está?

—Ven —dice él—. Te pasaré el vídeo. Prometo que ni te cogeré de la mano en la escena que más miedo da.

4

—La gente piensa que los niños pequeños son aburridos —dice Constance.

Están cenando en el River Café, donde Gwen y Gideon cenaron la noche en que descubrieron que ella estaba embarazada.

El viento se ha llevado la lluvia hace rato. Es una velada de verano que se alarga de forma agradable. Por el Támesis se deslizan algunos barcos. Mientras caminan del río al restaurante, Gwen repara en la primera estrella de la noche y desea que... No sabe qué desear. Desea que Bella sea siempre tan feliz como lo ha sido esta tarde, corriendo en pos de las niñas más mayores, con churretes de caramelos en la cara, muda de excitación.

—Pero de aburridos, nada. De hecho, son lo contrario de aburridos, hasta tal punto que te obligan a convertirte en aburrida tú misma.

—A convertirte en trivial —conviene Gwen.

—Cuidar de un niño de siete años es algo así como estar casado con Isaac Newton o Stephen Hawking: te encuentras ante un ser que está tan monstruosamente consumido por problemas existenciales como la elaboración de un mapa del cerebro o la forma más rápida de salir de la Vía Láctea, hasta tal punto que es incapaz hasta de limpiarse el trasero por sí mismo.

»Esa es la razón por que me parecería absurdo estar casada con una persona famosa. Las personas de ese tipo reservan todo su talento para su trabajo o su público, y una tiene que andar siempre detrás de ellas con el orinal en la mano.

»La diferencia estriba en que, por suerte, los niños pequeños no tienen con quién hablar más que contigo. Es el opuesto del amor romántico, cuando amas al otro por una especie de emoción narcisista, porque amas lo que eres cuando estás a su lado. Lo cierto es que yo no he conocido a una sola madre que no deteste a la persona en que se ha convertido por culpa de sus niños: una malhumorada bestia de carga que no piensa más que en los calcetines mojados de su crío o en comerse las zanahorias de tu ensalada. Pero a tus hijos los idolatras, porque aunque te han convertido en una estúpida, a la vez son unos genios como nunca has visto antes, unos pequeños vampiros que te chupan hasta la última neurona, que te roban hasta la última brizna de autonomía, de risa o de juventud.

Gwen no la está escuchando.

—Constance, las cosas no van bien.

—Es verdad que estos días te veo un poco... apagada. Más de lo que es normal en una madre que trabaja fuera de casa.

—Odio a mi marido.

Acaba de decirlo.

Constance levanta la mirada.

—¿En serio? Qué bien oírtelo decir en voz alta.

—Pues sí, le tengo verdadero odio.

—Yo también. Al mío, quiero decir. El tuyo a mí me parece un encanto. Tengo la sospecha de que la mayoría de las mujeres odian a sus maridos la mayor parte del tiempo.

—No, esto es peor... No se trata de simples resentimientos domésticos. No se trata únicamente de que ya no quiera acostarme con él, aunque esto en nuestro caso viene a ser una catástrofe... Lo que pasa es que ya no creo en él. Encuentro que todo en él es falso. Que dentro no tiene nada.

—Esto empieza a ponerse serio.

—Y me odio por ver a través de él. Y por estarte diciendo esto. Porque estoy siendo muy desleal al volverle la espalda en un momento en que las cosas no le están saliendo bien. Pero, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Esperar a que encuentre un empleo para divorciarme? Igual tendría que ir a un psicólogo, pagarle a un profesional para liberarme de estos pensamientos. Igual así me parecerían menos desleales.

Constance considera el problema.

—Te voy a decir algo que te parecerá muy raro. ¿Qué edad tiene Bella ahora...? Estoy bastante segura de que dentro de seis meses lo verás todo de otra forma. Es natural que ahora pienses en matarlo: tienes una niña pequeña y seguramente llevas dos años sin pegar ojo mientras él no para de roncar como un animal, confiado en que serás tú la que se levante cuando la niña tenga una pesadilla. En esta época, una no acaba de entender para qué sirve un marido. Hay que pensar que los hombres están biológicamente programados para otras cosas en esta fase de su vida: para irse a guerrear a las Cruzadas, por ejemplo. La verdad inadmisibile es que en el fondo no odias a tu marido, sino que en realidad odias a la niña que te está amargando la existencia. Pero ya que has decidido no cometer un infanticidio, sino convertirte en una santa de la maternidad, tan sólo te queda echarle las culpas a tu marido. Pero más adelante cambiarás de idea, ya lo verás. Igual piensas que es un asqueroso, pero estoy segura de que tu hija no lo va a ver de ese modo. Y vete a saber: es muy probable que dentro de poco tiempo te encuentres con que quieres tener otro niño.

—No. Una sola hija ya me resulta lo bastante aterradora. La miro dormir y me digo: no puedo creer que siga viva.

—Ten un poco de paciencia y verás cómo él te resulta muy útil a la hora de mantener ocupada a tu hija mayor, a quien a esas alturas habrás pasado a odiar de segunda mano, por todos los quebraderos de cabeza que te está dando el recién nacido. Sé de qué hablo, pues los primeros dieciocho meses de Ruby me los pasé chillándole a Tarquin, y ello porque la niña no conseguía dormirse. La única razón por la que no llegué a odiar a Roger fue porque él por entonces se pasaba la mayor parte del tiempo en otro país. Yo creo que Gideon es un chico con recursos y que pronto volverá a tener trabajo.

—No creo que vaya a tener trabajo. A mí me parece que está hundido. Y el hecho de que sea yo misma la que lo está volviendo loco no me convierte en más paciente.

—¿Puedo hacerte la pregunta de rigor?

—¿Cuál...?

—¿Hay otra persona?

—Sí. —Gwen de nuevo se echa a reír—. Hay otra persona que... —Ahora se ríe con ganas y le cuesta proseguir—. Una persona que sufre de incontinencia y cuya conversación es muy limitada y monosilábica, pero a la que quiero con locura... A mí me parece que nuestra vida sería mejor si estuviéramos ella y yo solas. A ver, ahora que he estado con ella en Rusia me he dado cuenta de que se puede hacer. Si me he apañado con ella en Rusia, me puedo apañar en cualquier otro lugar.

—Sí, pero... La cría de una hija no es una especie de examen de supervivencia. La niña seguramente está mejor con dos padres y, a poder ser, con diez abuelos y veinte tíos y tías y un montón de sirvientes, quienes con ella se tomarán las cosas de forma mucho más relajada que tú. Piensas que sin tu marido inútil te sería más fácil, pero no. En lugar de gritarle a él, lo que harás será gritarle a Bella el día entero. Porque, para ser completamente sincera, los niños son todavía más inútiles que los hombres. Pero está claro que gustan de ellos. Los niños gustan de tener un padre.

Gwen aparta un dedo de la vela; sobre la yema tiene una mota de cera fundida. Quema.

—Constance... Yo no... Creo que no me estoy explicando... Se ha acabado. Ya no... Se ha acabado. Yo a él no lo quiero más, y no me parece que sea justo para él que sigamos viviendo juntos cuando ya no lo quiero más. Porque lo veo: esta situación lo está matando. Lo digo en serio, Constance. No se trata de quién tiene que cambiarle los pañales a la niña. Esto está... llegando al fin.

—Entiendo. —Constance saca un cigarrillo del bolso. Acerca el rostro y lo prende en la llama de la vela. Inhala, saca el humo. Están sentadas en silencio, pensando—. ¿Te parece que sin él tu vida sería más satisfactoria? —pregunta por fin—. ¿Y no por el simple expediente de que así no tendrías que andar cuidando de dos niños a la vez...?

Gwen acerca la mano y arranca de la vela otra estalactita de cera.

—Sí. Sería más satisfactoria si la niña y yo estuviéramos solas. Eso lo tengo claro.

CAPÍTULO SEIS

1

Cuando Gwen vuelve del trabajo, el apartamento está a oscuras y no está el carrito de la niña. Sí, claro, se acuerda, es miércoles, día en que Betty lleva a Bella a casa de Hunter para cantar a coro con otros niños.

Gwen coge el teléfono inalámbrico para llamar a su padre, entra en la cocina, enciende la luz y... ¡OOOhhh!

—Por Dios... ¡Qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí...? ¿Estás bien?

Gideon está sentado en un taburete. A solas en la oscuridad. Inmóvil, con la cabeza entre las manos. Gwen se asusta de veras.

—¿Qué sucede? Dime, Gideon. ¿Qué es lo que pasa?

No hay respuesta.

—¿Qué pasa...?

Gwen se acerca a su lado y le pone una mano en el hombro. Gideon suspira y se estremece con fuerza.

—Dímelo. Háblame.

Pero él ni levanta la mirada ni le habla.

Gwen entra en el dormitorio para dejar sus cosas. Enciende la luz. Y entonces ve sobre la cama la bolsa de Christian Ibarraengoitia. El vestido de noche que compró en compañía de Christopher está extendido a su lado sobre el lecho.

Gwen se queda petrificada. Es curioso: tras comprar el vestido, Gwen lo dejó metido en la bolsa, escondido en la parte trasera del armario. ¡Durante más de un año! Un vestido de noche cuya opulencia es de tintes verdaderamente bizantinos, todavía envuelto en el papel de tisú violeta. Digno del propio Porfirogenitos.

Con las manos alisa las arrugas de la prenda. Oye que Gideon se acerca a sus espaldas y se vuelve. Gideon tiene el rostro contraído de forma extraña y se está mordiendo el labio. Está tan pálido que Gwen se asusta. La ha «pillado», como a una niña mentirosa, a ella, que siempre se las da de santita.

Gwen se pregunta si habrá visto la etiqueta con el precio. ¿Cómo interpretará la compra de un vestido tan ostentoso en un momento en que él está desempleado, en el que ella no cesa de recordarle sin piedad que en el banco no tienen dinero y que él

tiene las tarjetas de crédito en descubierto?

—Póntelo... —dice Gideon.

—¿Qué?

—Que te pongas el vestido.

Asustada, Gwen se quita las ropas del trabajo y se embute en el vestido, que no tiene cremallera, botones o corchetes, que ha sido confeccionado con varias capas maravillosamente acariciantes de satén y chiffon. Gwen se alisa la prenda sobre las caderas. Y se lo queda mirando desafiante. Por el rabillo del ojo ve su imagen reflejada en el espejo: sus ojos relucen como los de un animal, las puntas de sus pezones emergen bajo la tela. Su aspecto es de quien está medio loca. Los ojos inyectados en sangre de su marido, parpadeantes por obra de un tic, no se apartan de ella. Con la mano invita: vuélvete. Ella se da media vuelta para él. Es una lúgubre parodia de sus antiguos juegos, de la delicia lujuriosa que a él antes le producía su elegancia.

Gwen se da cuenta de que lo que le duele no es el precio del vestido, sino el hecho de que éste ha sido una adquisición que nada tiene que ver con su vida en común. Un vestido comprado en secreto, y en secreto escondido para su vida futura, para su vida sin él: se trata del ajuar que aportará a su próximo marido.

Gideon tan sólo habla después de que ella se haya quitado el vestido, lo haya colgado en el armario, se haya puesto unos vaqueros y una camiseta.

—¿Cómo está Cash? —inquire.

Cash es el apodo que le ha puesto a Campbell, quien antes le caía bien (en teoría).

—No lo sé. Bien. ¿Por qué? Tengo entendido que sigue viéndose con Mary Lynch.

—¿Sí? ¿Y tú? ¿Con quién te estás viendo?

2

Por la noche, una vez que Bella se ha quedado dormida, Gwen está leyendo en la cama el tratado que Ailred de Rievaulx escribiera sobre la Amistad Espiritual, presente en el libro cisterciense que compró con Ari mucho tiempo atrás. Gideon está sentado en el balcón. Gwen está a la vez nerviosa y rendida de fatiga. A la espera. Finalmente sale al balcón.

—¿Vas a tardar mucho en acostarte?

Gideon está sentado en una silla de cubierta y tiene un vaso largo de whisky en la mano. Está inmóvil de un modo que es muy poco característico. Mirando la ciudad. La ciudad iluminada y maravillosa, susurrante, viva. Él está muerto; la ciudad está viva. No le responde.

—¿Gideon...?

Se vuelve hacia ella, y Gwen advierte con sorpresa y un poco de miedo que está tan borracho que apenas si consigue mantenerse erecto en la silla.

—¿Y a ti qué más te da?

Gwen sigue de pie allí donde está, sin saber bien qué hacer. Gideon agarra la tela de su camisón. Tira de él con fuerza hacia arriba. Mira sus muslos desnudos, su vientre. Lleva la mano a su pubis y lo agarra con fuerza, hasta el punto de que le tira de los pelos. En silencio, Gwen hace un gesto de dolor. Él la suelta.

—¿Y a ti qué más te da? Tú no me quieres en tu cama...

—No puedo dormir si no vienes...

—Ah... ¿Así que te estoy manteniendo despierta? Acuéstate, acuéstate... No voy a seguir manteniéndote despierta.

Se levanta como puede y cruza la sala de estar.

—Gideon...

Se ha ido.

3

Lo que Gwen no sabe es que Gideon también tiene algo que está ocultándole a su mujer. Gideon ha rescatado de su propio ajuar de cajas de cartón un mantón de rezo que perteneciera a Sonny, que ha complementado con un par de *tefillin* adquiridos en una tienda de Alien Street.

Lo cierto es que le da un poco de vergüenza llevar el mantón de rezo a la sinagoga, y no tiene ni idea de cómo ponerse los *tefillin*: se los ha estado mirando un par de veces, anonadado ante aquellas correas que llevan a pensar en los accesorios de un yonqui, pero cuando esté listo, si es que llega a estarlo, se dará cuenta de que hay muchos otros aspirantes a judíos renacidos en la ciudad, asimismo ignorantes del modo en que hay que ponerse los *tefillin*, y que en la ciudad también hay un montón de gente que está más que dispuesta a enseñárselo. Los caminos que conducen a Sión son plácidos, sombreados, frecuentados...

¿Por qué le esconde estas cosas a Gwen? Porque el menor comentario desdeñoso por parte de ésta convertiría su práctica judía —que él mismo no termina de ver clara, que le parece un recién nacido minúsculo, rojo y lloroso que puede dejar de respirar en cualquier instante— en una suerte de engaño. Como todo en él. Y él quisiera decirle, de forma preventiva: mi motivación puede ser vil y débil, es posible que yo sea judío cuando me conviene, pero la religión no por ello es menos noble.

Gwen ha estado escondiendo un vestido de noche que piensa ponerse cuando Gideon no esté con ella; Gideon está ocultando un mantón de rezo y filacterios que piensa utilizar en ausencia de Gwen. Lo que al uno le gusta el otro lo encuentra inaceptable. Ya no tienen pasiones en común, con la excepción de su hija, sobre la que no logran ponerse de acuerdo.

4

Para Gwen y Gideon, el mundo se había convertido en tal terreno minado que nada podían mencionar sin arriesgarse a perder una extremidad.

Ni la política, ni los libros, ni la salud del padre de ella, ni Rusia, ni el teatro ni nada. Estaban amordazados, los dos. Inflamados, rabiosos por dentro. Helados y mudos en la superficie.

Por las noches Gideon miraba a su esposa mientras ésta leía. Suplicándole en silencio, desafiándola a que dijera algo. Dime algo de lo que hay en tu interior. Dime lo que has hecho hoy, quién ha venido a verte a la oficina. Cuando empezaban a salir juntos, a ella le gustaba hablar del tiempo que hacía: diseccionar la calidad de la luz, el grano de las nubes, los árboles de Central Park. Gideon nunca le prestaba mucha atención. Por las mañanas ella le pedía que le contara sus sueños. Él solía embromarla sobre lo aburrido de su conversación sobre el tiempo; él, que nunca se acordaba de lo que había soñado, fingía bostezar cuando ella le explicaba sus propios sueños. Gideon ahora hubiera empeñado los días que le restaban de vida a cambio de tenerla otra vez en su regazo hablando y contradiciéndose, volviendo atrás y dejando las frases a medias mientras se esforzaba en referirle la psicomauia de su mente dormida.

Gideon la oía bromear con Mimi en la cocina; la oía parlotear al teléfono con sus amigas. Todo cuanto sabía sobre las venturas y desventuras de su mujer en el trabajo, de su opinión sobre la investigación que Starr había emprendido para encausar al presidente Clinton, hasta de sus planes para el verano, lo sabía a través de los retazos de conversaciones que acertaba a escuchar de tapadillo.

Su propia interacción se había visto reducida a un frío, desganado reparto de tareas domésticas. Por la mañana ella le preguntaba si iba a estar en casa a las cinco, pues Betty tenía cita con el médico, a lo que él respondía que no lo sabía. (¿Ah, no? ¿Y qué tenía previsto hacer? ¿Leer el *Time Out* sentado en el café Utopia?) ¿Tan esenciales eran sus deberes que no podía comprometerse a llegar a tiempo para que Betty se fuera a la consulta? Evidentemente. Ya. En tal caso, ya trataría ella de marcharse antes del trabajo. Si tenía pensado salir, ¿se acordaría de comprar bolsas de basura? Muchas, añadía ella, para que yo no tenga que volver a la tienda dentro de una semana. Compra de las industriales. Cien de ellas, si puedes.

Tras tan amorosa despedida, Gwen se marchaba por la puerta. Y Gideon se quedaba atrapado en el piso —¡Por Dios, cómo odiaba aquel piso!— en compañía de aquellas féminas desconocidas: esta Mimi y esta Betty. Calzada con zapatillas Polly Pocket y tocada con un sombrero Beauty and the Beast, su misma hija se estaba convirtiendo en enemiga de él, en transmisora de los valores del enemigo.

Por casualidad había descubierto que Betty llevaba un tiempo llevando a Bella a misa católica, y aunque le había pedido a Gwen que se lo prohibiera, tenía la sospecha de que la niñera seguía haciéndolo, con el consentimiento de su mujer. Así de amoral era Gwen en el fondo de su corazón: no creía en nada, en nada en absoluto. Gideon estaba convencido de que Gwen permitía que a la niña se la llevaran a misa por la simple razón de que había descubierto que él de nuevo había empezado a acudir a la *schul*. Si a Gwen le hubiera entrado el deseo apasionado de llevar a su

niña a la Iglesia de San Juan el Estreñido, Gideon se habría puesto hecho una furia, pero por lo menos sabría respetar su decisión. Pero esto era cínico de veras: permitir que la niñera educase a la niña en una religión que no era ni la de él ni la de ella. Ya puestos, ¿por qué no dejas que la sacrifiquen en el altar de Moloch, Gwen?

Gideon estaba empezando a sentir en relación con Bella lo que una mamá pájaro siente después de que unas manos humanas hayan tocado su nido.

Y lo que no entiendes, Gwen, tú que andas obsesionada con las bolsas de la basura a fin de eludir tus verdaderos problemas, es que Gideon asimismo se va a pasar la mañana pensando en bolsas de basura. Preguntándose por qué su mujer quiere que compre tan enorme cantidad de bolsas, preguntándose quién en el mundo podría necesitar cien bolsas, hasta que da con la respuesta que lo deja helado. Gwen quiere comprar todas esas bolsas para hacer limpieza a fondo después de que él se marche. ¿Ya tienes decidido el día de mi desalojo, cariño? Si me dejaras ver tu agenda de ejecutiva, igual me encontraría con la fecha fatal, rubricada: Mudanza de Gideon. Pero, ¿qué pasa si a Gideon le da por no mudarse, nena? ¿Y si no quiero hacerlo? Al fin y al cabo, no fue mía la idea de venir aquí. ¿O es que ya no te acuerdas, querida? ¿Te has olvidado de los ruegos, manejos y añagazas de las que echaste mano para vencer mi instinto de conservación y mi sentido del deber, de cómo me juraste amor eterno si accedía a alejarme de Dina y de Ethan? Me dijiste: Ven a vivir contigo, eres lo que siempre he querido, voy a amarte hasta el día en que me muera.

Apenas han pasado dos años y medio desde entonces, pero ahora andas loca por que me aleje de tu lado, como el marinero en el bote salvavidas que de un hachazo corta los dedos del hombre que está a punto de ahogarse. Y da la casualidad de que este hombre es tu marido, guapa, el padre de tu hija. ¿Es que no tienes vergüenza? Pues para que lo sepas, yo no la tengo en absoluto. Y voy a seguir aferrándome como sea. Ya me puedes rebanar los dedos, que seguiré aferrándome con los muñones. No es recomendable que una mujer tornadiza invite a vivir a su casa a un okupa.

Si quieres tu libertad (¿y qué significa eso de la libertad en labios de tu mujer? ¿Libertad para el fornicio? ¿Libertad para destruir la recién alcanzada paz mental de otros? ¿Libertad para reprogramar a tu hija, para comerle ese coco tan duro que tiene, para convertirla en católica discípula de la niñera? ¿Libertad para dejar a tu marido en la calle y sin techo?), vete tú. Pero la niña se queda conmigo. No me parece lo mejor para su desarrollo holístico que llegue un día a casa y vea cómo unos desconocidos se están follando a su madre por el culo.

5

Se acordaba de los primeros días. De cuando veía a Bella sentada en el regazo de su madre, dándole a Gwen pedacitos de comida, riéndose roncamente cuando Gwen fingía secuestrar la cuchara con guisantes de su hija.

Celoso, él murmuraba:

—¿Por qué no la pones en la trona? Tal como estáis ahora, os vais a poner perdidas.

Pensando: niña, estás como yo mismo lo estuve una vez. Y un día tú misma estarás igual que yo estoy ahora. Destronado. Pues por mucho que pienses que te está viendo, Gwen tan sólo se está viendo a sí misma: a la mamá modélica y maravillosa que cree ser. Cuando te convence —contra tu juicio, tu sentido común, tu propia experiencia de la vida— de que eres el sol, la luna, las estrellas, su dioscecita eterna y querida... En realidad se está refiriendo A SÍ MISMA. Tú no existes. Su truco estriba en conferirte una personalidad para que ella después pueda volver a arrebatártela.

Pero la niña morena que se está riendo aún no se ha enterado del asunto. Este encanto al que han estado engañando de veras cree ser el sol y la luna. Un día, pronto o no tan pronto, su madre le va a retirar el amor, y Bella entonces descubrirá que sin amor no es nada. Una nada diminuta y avergonzada, lastimada y empapada en lágrimas.

CAPÍTULO SIETE

1

La modorra de un domingo por la tarde.

Bella, que se ha quedado dormida a su lado, se despierta de la siesta en común mucho antes de lo previsto y también muy alterada. Gwen trata de sentarse, pero siente como si se estuviera moviendo en un elemento tan espeso como el agua. Se trata de un adormilamiento mezclado con mareos, del que se acuerda perfectamente.

—¿Osa? ¿Me dejas un momento?

Sentada a horcajadas sobre su madre, la niña con sus manitas está tratando de abrirle los ojos por la fuerza.

—¿Osita? ¿Me dejas un minuto...? Un minuto, y me levanto...

—¡Na, na, na, na! —chilla la niña con furia, incapaz de soportar la exclusión implícita en el letargo de su madre. Tirándole de un brazo—. ¡Aiba! ¡AIIIBA!

Gwen por los pelos llega a tiempo al lavamanos del baño. Bluggghhh. Y... le entra el pánico. Por Dios, ¿qué día del mes es hoy? ¿Y el mes pasado cuándo fue? ¿El doce...? ¿El quince? ¿Cuándo fue la última vez que ella y Gid...? ¿Fue...?

Acordándose de la última vez que hicieron el no-amor, la vez en que él irrumpió en el baño —armado con una erección como la porra de un policía— y la agarró sin decir palabra. Iba a ser grotesco que un emparejamiento tan pétreo, tan forzado, tan ásperamente despojado de ternura o de perspectivas de futuro, pudiera rendir fruto, pudiera obligarlos a... Por Dios, que no sea verdad. Cuando pensaba en todas aquellas personas, en las parejas asentadas que se morían de ganas de tener un hijo, que después de años de intentos sin éxito recurrían al in vitro de las clínicas o a la lista de espera de huerfanitos de la China... Le decía a su cuerpo traidor: sangra de una vez.

2

Durante varios días no le dijo nada a nadie. Con la mente se daba de cabezazos contra la pared. Y ahora qué hago.

Dándose de cabezazos contra un intolerable curso de acción, de inacción... En su cuerpo... Cada vez estaba más segura, aunque estaba demasiado acoquinada y

paralizada para hacerse una prueba... En su cuerpo había un protobebé. Con cabeza y con cola a esas alturas. Creciendo. Si no hacía algo al respecto, luego sería demasiado tarde y ya no podría hacer nada.

El feto (así lo llamabas cuando estabas pensando en un aborto), el bebé (así lo llamabas cuando estabas pensando en dar a luz) le estaba exigiendo que tomase una decisión. Quería saber si ella creía en su matrimonio, en que ella y su hombre tenían un futuro en común. Su existencia era un error horrible; su pervivencia supondría una renovación de los votos. Y Gwen no creía en todo aquello. Así que era urgente que obrara con rapidez y sin vacilaciones. Una no podía cargarse al hijo de un hombre y luego decidir que en realidad sí quería seguir viviendo con ese hombre y acaso tener otro hijo con él. A la inversa, una no podía traer un hijo al mundo a sabiendas de que lo iba a privar de su padre.

La regla se le había retrasado dos semanas, y el tiempo estaba corriendo en su contra. Gwen se despertó en mitad de la noche y quiso escapar a su piel. Se sentía intolerablemente invadida, presa de una compulsión que la empujaba a expulsar al niño de su estómago, al hombre de su casa. Virando, dándose de cabezazos. Contra una y otra pared, una y otra vez. Pensando: me separaré de él y tendré el niño. Si me divorcio, lo mejor para Bella será contar con un hermanito. Ansiando el niño, pues su cuerpo enloquecido se lo demandaba. Pensando: no tengo por qué decírselo a él. Me puedo ir con Bella y tener el niño. Pensando: no puedo, el niño también es suyo. Sin pensar nada en absoluto. Despertándose por la noche, por la mañana, presa de una aprensión enorme cuya causa en un principio no lograba identificar con precisión, hasta que entonces caía en la cuenta...

Una mañana, Gideon entró de repente en el baño y se la encontró vomitando en el retrete.

—Lo que me andaba figurando —dijo.

3

Gwen sale del dormitorio en mitad de la noche. Gideon otra vez está sentado en el balcón. Otra vez está muy borracho. Se la queda mirando y grita:

—¿Qué va a ser de mí?

Gwen no le sostiene la mirada.

Él se levanta.

—¿Quieres que me tire por el balcón? ¿Quieres que me tire para que preserves tu buena conciencia? ¿Para que puedas contarle a Bella que su padre estaba loco? ¿Quieres que me tire? ¿Es eso lo que en silencio me estás diciendo un día tras otro? ¿Es que soy obtuso o lo he comprendido y me estás diciendo: venga, hombre, no te lo pienses más... tírate de una vez? Y si me tiro, ¿qué vas a hacer con el niño? ¿Tenerlo o tirarlo por el váter? ¿Es en eso en lo que estás pensando? ¿En dos por el precio de uno?

Gideon acaba de subirse a la barandilla del balcón y está en cuclillas, agarrado

con la mano al naranjo de Gwen para mantener el equilibrio. Poco a poco, de forma inestable, se levanta sobre la barandilla, todavía agarrado a la rama delgada. Extiende un brazo en aras del equilibrio y se la queda mirando desde arriba. Su mirada refleja un odio salvaje.

Si se tira, el árbol caerá con él. Si la rama se rompe, es hombre muerto.

—Si te prometo portarme bien y tirarme por el balcón, ¿juras no matar a mi hijo? Aunque también es verdad que tu fuerte no es mantener las promesas, ¿verdad...?

Ahora se ha erguido por entero sobre la barandilla metálica. Ésta debe de tener unos quince centímetros de grosor. En el Circo Místico Gideon aprendió a hacer equilibrios sobre una viga de metal. Pero en este momento se está tambaleando.

Gwen le tiende una mano para ayudarlo a bajar. Pero él se echa hacia atrás, todavía mirándola con odio. Pierde el equilibrio. Se echa más hacia atrás. Hace unos movimientos que recuerdan a los de un luchador de esgrima. La acera de cemento. Metálicas escaleras de incendios. Seis pisos. Cemento. Y en ese momento salta. Y, como un gato, va a aterrizar en el balcón.

Se la queda mirando con furia mientras trata de recobrar el aliento. Respira, solía decirle él antes. Respira. Respira/no respire/contén el aliento/muérete.

Gwen tiene el corazón acelerado.

Gideon tiene el corazón acelerado.

—¿Y qué va a ser de mí? —repite él—. Dímelo. ¿Qué voy a hacer con este amor de mierda?

Gwen no responde.

4

Nueva York la inexorable.

Gideon se despertó aullando, aferrando como lo haría un estrangulador el cuerpo de Gwen, que se resiste. Más calmado, pero todavía estremecido, Gideon se traslada otra vez a su lado de la cama (su ex lado, muy pronto). ¿Qué había sido eso? Una pesadilla sobre... sobre niños que morían quemados. Se disponía a alimentar la chimenea de una fría casa de montaña que en teoría pertenecía a los padres de Gwen y en el hogar de pronto descubría... un montón de esqueletos de bebés. Blancas cenizas. Un montoncito de finos cabellos de niños. Cierta fastidiosa meticulosidad lo había llevado a exclamar: ¡pero si a los fetos no los queman! ¡Ayyyy!

Ari y su novia habían venido a cenar aquella noche. Otra farsa, la de invitarlos. Pero Gwen, por misteriosas razones de carácter social no había querido ahorrarle esta última humillación. Ari y su novia iban a casarse en el otoño, así que a G & G les tocaba quitarle el polvo a la cerámica de su propia boda y aparentar que en su hogar imperaba la dicha matrimonial.

Mientras metía a Bella en la cama, Gideon se bebió un vaso largo de Jack Daniel's apenas aguado, y cuando salió del dormitorio los demás estaban ya junto a la mesa, haciendo tiempo hasta que él llegara.

Todos sonrientes, a la espera.

Acercándose a Gideon y a Patti, Gideon dijo:

—¿Gwen os ha contado ya que está embarazada?

Amigo, uno tiene que aprovechar la oportunidad de darse una buena satisfacción. La ruindad había sido total, pero había que ver la exquisita incomodidad de su mujer en estos momentos: de su mujer, que estaba doctorada en traiciones.

Ari, el pobre, se la quedó mirando con sorpresa y entusiasmo genuinos.

—Así que vas a tener otro niño, Gwen... *Mazel tov*. —Abriendo mucho los brazos—. ¿Cuándo esperas tenerlo?

Pero Gwen tenía la mirada fija en su plato.

—Gideon, quizá será mejor que tú mismo se lo expli...

—Sí, ¿cuándo? —repitió Gideon—. ¿Cuándo, Gwen?

—¿Cuándo qué? —murmuró ella.

—¿Cuándo vas a abortar, Gwen? ¿Tienes ya fecha o has previsto jugártelo todo a una carta y apurar el asunto? Por cierto, Ari, ¿no será hijo tuyo, verdad? Porque, la verdad, no sé cómo puede ser mío...

El horror. El horror de aquel silencio. El horror de la estúpida malignidad de la barbada sonrisa torcida de Gideon. El horror de la inocente confusión de Ari. Tiene los ojos fijos en la mesa, pero cuando por fin levanta la mirada, Gideon advierte que no está confundido: lo que está es rabioso. De pronto entiendes que este chaval tiene verdadero carácter. Es posible que haya estudiado cultura y ética, que a su novia le dé masajes de shiatzu y que se ponga un delantal para cocinar, pero en el regazo ahora tiene dos puños que se mueren de ganas de reventarle la nariz a Gideon. Patti conoce bien a su prometido: al momento se levanta y dice:

—Ari, vámonos. Mirad —agrega—, yo a vosotros no os conozco. No tengo idea de a qué viene todo esto. Pero me parece claro que esto lo tenéis que arreglar vosotros solitos...

Es impresionante la rapidez con que recoge con las carteras de ambos —del mismo modelo, por cierto: una mayor y otra menor, de mujer—, y se marcha con su novio por la puerta, antes de que este hombre moderno y civilizado inesperadamente belicoso tenga tiempo de dar media vuelta y soltarle un puñetazo a su anfitrión. Acaso eso fuera precisamente lo que Gideon necesitaba por entonces: que le partiera la cara un chaval que pesaba la mitad de kilos que él. Y quizá Gideon en el fondo no andara tan desencaminado: era posible que Ari se hubiese encaprichado de Gwen. Que Gwen se hubiese encaprichado de Ari.

En la mesa seguían el *tajine*, los platos, los vasos de agua intocados. Apenas dos de las servilletas de damasco habían sido desplegadas. Gwen y él por fin estaban a solas, mientras su niña —su primer fracaso anticonceptivo— seguía dormida en la habitación vecina.

Así que éste era el castigo a su golpe bajo: una mente ocupada por niños carbonizados, por cenizas de niños.

Él no era ningún rey David. A duras penas llegaba a ser un gamberrete de tres al cuarto.

Gideon puso la mano en el hombro dormido de su mujer.

—¿Gwen?

Incluso en sueños, ella se estremeció para librarse de él.

—¿Gwen? ¿Gwen?

Ahora él estaba sollozando.

—¿Gwen?

Ella entonces volvió el rostro y lo miró con los ojos entrecerrados por encima del hombro.

—¿¡QUÉ!?

—¿Gwen? Tengo miedo, Gwen. No quiero que me dejes, no quiero que te lleves a Bella... ¡Por Dios, no me dejes!

Gideon estaba sollozando, sollozando a mares, y tenía la barba empapada de lágrimas.

Gwen lo miró y permitió que hundiera el rostro húmedo entre sus brazos. Así lo abrazó, sin decir nada, pero sin separarlo de su lado, hasta que al rato sintió que su cuerpo se suavizaba y cedía. Él no se atrevía a hablar, no se atrevía a decirle: por favor, sigamos juntos, tengamos este hijo que será el fruto de nuestra reconciliación, cuya concepción en mitad de este fragor de guerra es una señal de Dios, pero sentía el perdón en los brazos, en los hombros, en las piernas y en el pecho de su mujer.

Querido corazón, enterremos esta enemistad amarga y absurda, pues lo cierto es que los dos nos queremos con locura...

CAPÍTULO OCHO

1

El último día feliz que pasaron juntos. (Por lo demás, Gideon se niega a considerar que por separado puedan volver a disfrutar de días felices.)

Un domingo a finales de junio.

El Piccolo Teatro se dispone a representar *El sitio de París*, como parte de un festival artístico italiano que se celebra en la universidad de Nueva York y en el que también se van a proyectar películas de Nanni Moretti y se van a impartir clases de cocina típica.

Gwen, ¿Gideon alguna vez te ha explicado lo mucho que le gustan las marionetas sicilianas? Cuando con diecinueve años se sentó en un suelo de madera en un viejo teatro medio ruinoso de Palermo y vio una de aquellas anticuadas aventuras de los caballeros de Carlomagno en combate con los sarracenos, se sintió ebrio de orgullo.

Lo que sintió entonces fue una especie de revelación de afinidades: éste es mi mundo, éste es el mundo al que pertenezco. Una revelación comparable a la que Gwen sintió cuando, a una edad parecida, se encontró sentada a la mesa de una cocina moscovita, compartiendo una botella de vodka con tres veces que en los campos de Magadán habían perdido la salud, los dientes y todas esperanzas de llegar a viejos.

En el fondo, Gideon es un esteta: sin pensárselo dos veces cambiaría la dictadura del proletariado por un heroico caballero de armadura dorada. Estas obras sicilianas—por lo general fusiladas del *Orlando furioso* para ser representadas en onomásticas diversas— son simplemente hermosas: los jóvenes caballeros con bigotes y armaduras son hermosos, y los diablos y hechiceras todavía lo son más. En esas obras no hay política ni mensaje; lo que hay es pura brillantez y puro encanto. Y a Gideon le apasionan.

Hoy sucede lo mismo. El Piccolo Teatro es un negocio familiar: el padre, la madre, el hijo y la hija, a quienes Gideon conoce personalmente, no bien pero sí desde hace años.

Los Ragusa ponen en escena la vieja historia del caballero virtuoso que se refugia en el castillo de una bruja que trata de matarlo mientras duerme. Es un tontorrón

cuento de hadas mezcla de diversas leyendas, pero en la obra aparecen un hechicero, un demonio y una bruja-princesa, y hay que ver los rostros fascinados y aterrados de los niños que esconden las caras en los regazos de sus madres para ocultarse al hechicero y que luego se alzan como si fueran delfines, como hay que ver a Bella, que está contemplando todo aquel misterio con la expresión solemne. Uno entiende por qué Gideon y los Ragusa, Jerome y Fran y Annie siguen perseverando en este campo tan arcaico como poco lucrativo.

Cuando baja el telón, Bella susurra:

—¿Má?

Con una sonrisa, Gwen la secunda:

—¿Más?

Gideon se sube a Bella a hombros, toma a Gwen de la mano y se dirige con ellas a la parte posterior del escenario. Gideon intercambia abrazos y besos con los Ragusa; charlan en una mezcla de italiano de pega e inglés de pega. Tonino, Anna y su padre le hacen todo tipo de carantoñas a Bella, quien se hace de rogar y trata de esconderse entre las tetas de su madre. Tonino saca sendas fotografías de sus dos hijas. Gideon propone encontrarse con los Ragusa al día siguiente para comer: los recogerá en el apartamento de la universidad en el que están alojados.

Por espacio de una hora, mientras les muestra a Bella y a Gwen esto que tanto le gusta, a Gideon se le olvida lo que su mujer está haciendo con ellos.

La propia Gwen se queda conmovida por su buen humor. Mientras lo escucha hablar en un italiano tan incorrecto como exuberante, mientras contempla cómo gesticula con una mímica colorista, a la vez se acuerda de por qué una vez lo amó y de por qué no pueden ser padres juntos.

2

Gwen se quedó en la cama a la mañana siguiente.

Fue Gideon quien se levantó cuando Bella a las seis se subió a la cama de matrimonio. Cambió los pañales de la niña, le cepilló los dientes, la vistió y se la llevó a desayunar al Utopia, para que Gwen, presa del sopor del embarazo temprano, pudiera volver a dormirse.

Cuando Gwen por fin se levantó, eran las diez de la mañana y se encontraba bastante descansada. Se hizo un café, le echó una ojeada al diario, regó las plantas del balcón y se decidió a hacer una lavadora.

Gwen vació la canasta de la ropa sucia en el baño. Entre las prendas se fijó en unas bragas que no reconoció. Unas bragas como para niña pero de talla de mujer adulta, de nailon blanco, con estampado de florecitas rosas y azules. Gwen las cogió y las examinó. Luego se sentó en la cama.

3

Sí, lo reconocía. Lo había hecho. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Durante un tiempo? ¿Qué hacían? Quedaban para tomar una copa o para cenar. En lugares que Gwen no conocía, cercanos al piso de la chica. Porque así luego podían irse a su piso y... Sí. Entonces, ¿se veía con ella regularmente? Y lo hacían. Sí, lo normal entre dos personas que se ven con frecuencia. Sí, se habían acostado juntos. Así que lo hacían. Sí. ¿Dónde? No, él... ¿Dónde? ¿Aquí? Sí. ¿En este piso? Sí. ¿En nuestra cama? Sí. En la cama y... Y en todas partes. Sí.

¿Y ésa quién era? ¿La mujer que llamó una noche preguntando por él pero no quiso dejar mensaje?

¿Y había otras?

Gideon no se imaginaba que ella lo llegaría a descubrir. Ha estado tan furioso con ella que encontraba plenamente justificado acostarse con Emma. Toda la culpa la tiene ella; es ella quien lo ha empujado al adulterio.

Y sin embargo, la reacción de Gwen lo deja un tanto inquieto. En lugar de ponerse a chillar, empalidece. Tan pronto como ella le ha hecho todas estas preguntas y él le ha respondido, se excusa de forma cortés, se encierra en el baño y sale al cabo de un rato, vestida. Aunque se ha abrochado mal los botones del vestido.

Gideon está sentado en la cama. No se ha movido. Mira cómo su mujer revuelve en los cajones en busca de algo con lo que no consigue dar. Lo deja por imposible, se marcha a la sala de estar, vuelve a meterse en el baño, de donde llega el ruido de los grifos.

Cuando reaparece, está aún más pálida.

—¿Hemos terminado con la conversación? —apunta—. ¿Hay algo más que tengamos que hablar?

—No —dice él.

Gideon mira cómo su mujer se prepara para marcharse al trabajo.

Gwen lleva puesto un vestido de marinero de lino gris, y Gideon piensa con repentina ternura: no, haces mal en llevar este vestido tan bonito, porque nunca más querrás volver a ponértelo. De la misma forma que no volverá a ponerse el vestido de noche naranja y violeta que a él tanto le apenó descubrir, ni los zapatos de cocodrilo verde que ella empleó como cebo de pesca en la Novosibirsk lejana en el tiempo. A este paso la va a dejar sin ropas que vestir; Gideon siente ciertos remordimientos de que su mujer últimamente exhibe menos de su antiguo amor por sus prendas bonitas.

Es una mujer espléndida. Casi se ha olvidado de lo espléndida que es: alta como un hombre, con los hombros anchos, erguida, con una nariz que parece la proa de un barco y unos ojos con los párpados entrecerrados a lo Minerva que te miran con gravedad.

Ahora que está rendida, sometida al embarazo temprano, Gideon la encuentra casi más hermosa que nunca. La mira y piensa: esta mujer envejecerá bien. Será una anciana delgada, con la espalda erguida y con la excelente conformación ósea del rostro y la nariz ganchuda perfectamente visibles. No se arrugará cuando sea mayor,

seguirá mostrándose tan orgullosa como la cima de una montaña.

Pero por desgracia, en un momento crítico, Gideon se ha olvidado de tener en cuenta el orgullo de su mujer. Ese orgullo maldito, lo primero en que se fijó cuando la vio en el mercadillo siberiano. La altanera Michal, que no vuelve a dormir en la misma cama con el rey David después de haberlo visto bailar con el trasero al aire ante las sirvientas. Una mujer orgullosa que se niega a aceptar que Dios, el especialista en la antinomia, disfruta con los sinvergüenzas que tienen dos caras, con los que no le hacen ascos a la diversión estridente y chabacana. El orgullo de Gwen implica la caída de Gideon. Gideon puede bailar con el trasero al aire ante tantas sirvientas como quiera, pero no llegará a conocer la erguida vejez de Gwen.

A todo esto, su mujer (que es todo cuanto él quiere en el mundo) se muestra torpe, confusa. Con la cara de un pálido casi verdoso, pierde una cosa tras otra —la agenda, las llaves— y al momento se olvida de lo que anda buscando. Gideon la contempla recoger una pequeña sudadera roja de Bella, que trata de doblar al tiempo que alisa sus arrugas y frota una pequeña mancha.

La mira ponerse a cuatro patas para dar con uno de los calcetines a rayas de Bella, cuya pareja tiene en la mano. Va a la habitación vecina para meter las prendas en el cajón de la niña y vuelve con el mismo calcetín solitario en la mano, que al final se mete en el bolsillo del vestido. ¿Como un amuleto o por simple despiste?

Se muestra tan torpe que se diría que ha sufrido una embolia y está aprendiendo a moverse otra vez. La desafiante sensación de haber hecho justicia que siente Gideon se transforma en lástima de ella, de esta mujer que está embarazada y no sabe qué hacer.

Gideon, muy al contrario, sí sabe qué hacer. Aunque la emoción de la nueva aventura ha sido deliciosamente reparadora, entiende que tiene que dejar de verse con esta Emma, quien no está hecha para el papel de querida de un hombre casado, que no tiene el menor entendimiento de las normas fundamentales a la hora de relacionarse con hombres casados.

Esto es lo que propone: se compromete a dejar a la chica, y entonces es cuestión de que ambos hagan las paces de una vez y vuelvan a empezar de nuevo. Lo dice. Y añade:

—Por mi parte, esa relación se ha terminado. No voy a volver a verla nunca más.
Gwen responde.

—Me da igual lo que hagas o dejes de hacer. Lo que quiero es que te marches. Quiero que te vayas. Ahora. Lo antes posible. —Gwen de nuevo consulta su reloj, como si efectivamente le pareciese posible que él se fuera para siempre antes del mediodía—. Puedes seguir viéndote con esa mujer, puedes casarte con ella, puedes hacer lo que quieras. Pero espero que te vayas.

4

Demasiado fácil, Gideon. Se lo has puesto demasiado fácil. Tu verga estúpida te ha

dejado en evidencia. Siempre sucede lo mismo. Te esfuerzas en ser muy enrevesado y sutil, pero el ansioso cachorrillo jadeante y meón que tienes entre las piernas siempre acaba por delatarte. ¿Es que puede existir una polla sutil, una verga con estrategia a largo plazo, cuya percepción vaya más allá de su próxima comida, de sus urgencias comparables a las de un barco en una tormenta para el que cualquier puerto es bueno?

Gideon lleva su mano al reloj de Gwen para ver qué hora es, y ella se aparta de su lado. Es tarde.

—No sé —dice—. Mira, ahora mismo tengo que ir a ver a los Ragusa. Luego nos vemos y hablamos, ¿vale?

En este momento crucial, Gideon no termina de acertar.

CAPÍTULO NUEVE

1

Cuando Gwen por fin llegó al trabajo, era la hora del almuerzo. En la oficina sólo se encontraban Trish y Carole, que estaban sentadas en la sala de reuniones, comiéndose unos emparedados envueltos en papel de aluminio.

Empujada por la imagen del pepinillo encurtido y la mostaza amarilla, Gwen corrió a meterse en el baño, donde una vez más vomitó la amarilla bilis de él. Se lavó la cara con aspereza, con agua fría y jabón líquido de oficinas. Su rostro en el espejo: el rostro de un niño asustado, pero con arrugas. No has aprendido nada, se dijo. Eres tan ignorante del mundo como tu propia madre, y esa ignorancia no tiene nada de encantadora, sino que una abominación contra la naturaleza, que por algo nos dio capacidad para razonar y entendernos, por mucho que luego no la usemos.

—Trish, una cosa... —Gwen tenía la costumbre (acaso en reacción contra la familiaridad excesiva y coercitiva con que su padre se desempeñaba en su papel de jefe) de ser amable con las secretarias, pues era consciente de que éstas llevaban una vida aún más de perros que la suya. Pero hoy desconfiaba de tales amabilidades suyas, que apestaban a condescensión.

—¿Sí?

—Tengo que acabar un documento para ya mismo. ¿Hay algún sitio donde pueda trabajar tranquila?

—¿Por qué no te metes en el despacho de Kalman?

Kalman estaba en Budapest.

—¿Te importa cogerme las llamadas? Incluso si te dicen que es una emergencia.

Como su inquilino, la oficina de Kalman era pequeña y maloliente. Gwen abrió la ventana, cerró la puerta y apoyó la cabeza en el escritorio, como una escolar que no se encontrara bien en clase. Se acordó de los macizos pupitres de madera de Dalton, cuyas tapas amarillas barnizadas estaban plagadas de juramentos e imprecaciones: «Las mates son un asco», «Emily = Petarda». Cuán sólido, cuán reconfortante resultaba el escritorio junto a su mejilla cuando descansaba un momento del estudio de las leyes británicas sobre el maíz. Las tardes lluviosas de invierno —la clase de francés, con aquellos pósters fijados con chinchetas de los *châteaux* del Loira y el

anfiteatro romano de Nimes—, cuando los radiadores silbaban y emitían ruidos metálicos, y el aula olía a lana húmeda, y las manos del gran reloj de pared dejaban de avanzar. Cuando los días previos a las vacaciones de verano, los años previos a la edad adulta semejaban una eternidad larga y de esclavos, un avance arrastrado e imperceptible. La hija de Gwen pronto estaría en edad escolar, y en la vida iba a necesitar un respaldo más sólido que el aportado por esta estafa matrimonial basada en el engaño y el rencor para que por las mañanas pudiera salir al mundo andando a paso firme y sin lastres.

El escritorio de Kalman era beige y de formica, metálico al toque. A nadie se le había ocurrido jamás inscribir pullas en mayúsculas en su acabado sintético.

Gwen levantó la cabeza y miró por la ventana. El cielo blanco propio de una ola de calor de primeros de verano. Contaminado, inhóspito. El calor te pone todavía más enferma. Tontita que eres, a quién se le ocurre quedarse preñada en junio. Miró en dirección al norte, al autobús urbano blanquiazul que en aquel momento enfilaba la Quinta Avenida, a los hombres que vendían muñecas rusas expuestas sobre mantas junto al Metropolitan Museum; al oeste, a Central Park. Gwen divisó el tramo inicial del sendero que discurría por el túnel, ascendía por una pequeña ladera y bajaba hasta llegar a la estatua de Alicia en el País de las Maravillas, allí donde por primera vez viera al innombrable. El que se había tirado a otra mujer en la cama de Gwen. El que había metido su encabritado apéndice rojizo-marrón en coto ajeno.

La mujer aquella, ¿estaría húmeda? ¿Gideon la habría excitado, habría jugueteado con ella antes, la habría puesto cachonda, la habría llevado a sentirse tan en tensión como un arco extendido, la habría masturbado con el dedo, la habría lamido, le habría comido el coño hasta que ella le suplicara que la penetrase de una vez? Al quitarse la ropa Gideon, ¿ella se habría dicho: este tío tiene una verga bonita a más no poder? Un rostro más bien raro, pero una verga exquisita, que además sabía cómo moverse en el interior del cuerpo de una mujer. ¿Y ella? ¿Ella también sabía cómo moverse? ¿La sucesora de Gwen? (A Gwen, Gideon en su momento le dio a entender que el entusiasmo que ella ponía venía a sustituir la adecuada destreza congénita.) ¿Ella también habría soltado el mismo grito de agonía cuando él se deslizó en su interior? Orgullosa y entre risas la primera noche, ¿él también se la habría follado tres veces seguidas?

¿Ella —la tía, la sucesora de Gwen, veintitrés años le había dicho él con cierta jactancia, una niña— también se habría sentido maravillada y en cierta forma curada por el fresco olor a levadura de su leche, tan limpia como la masa fermentada, cuya viscosidad le chorreaba amarillenta muslo abajo...?

Cuando una tenía veintitrés años, ¿qué pensaba al dormir en la cama de un hombre casado? A saber. ¿Y si también se quedaba embarazada, o acaso era una chica de veintitrés que ya conocía el paño? ¿A esa mujer de veras le gustaba Gideon?, se preguntaba Gwen.

Ahora que sí que habían terminado, ahora que lo único que había que hacer era

conseguir que efectivamente se fuera, Gwen podía permitirse el lujo de lamentarse un poco por los atributos conjugados y dispuestos de la lealtad perjura de Gideon. De su ex amor echado a perder.

El estómago se le estaba hinchando otra vez, y en la boca volvía a notar el sabor de la bilis. Lo que quería (¿qué otra cosa quería estos días?) era echarse a dormir. No quería ser tan floja ni tener tanto miedo. En aquel momento se acordó de las orejas largas y pálidas de un dermatólogo al que de adolescente visitara para que la curase de un eczema. Se acordó de los maltrechos ejemplares de la revista *Yankee* que el doctor Whittaker tenía en su consulta de Newburyport; se acordaba del nombre de la recepcionista, Julie. Era un rasgo heredado de su padre, la tendencia entre feudal y halagadora de acordarse de los nombres de las secretarias y los porteros ajenos, de jugar a ser una simpática niña de la aristocracia en el mundo de los uniformados. Gwen recordaba los números de teléfono de su antiguo contable, las genealogías de los largo ha muertos perros de la tía Sue. Se acordó de la primera vez que comió ostras en la vida, con Christopher una Semana Santa en Bretaña. Demasiado orgullosa para admitir la repugnancia que le producían unos moluscos vivos que se estremecían cuando ella trataba de arrancarles el resbaladizo encaje grisáceo de su carne fluida. Pobres bichos, cuyo único atributo era la fijación, qué cruel le pareció entonces arrancarlos en vida de sus hogares. Cómo se encogían al verse arrancados, lo que para ellos suponía la muerte. Como una tonta, Gwen se las comió todas — media docena—, y luego se fue corriendo al baño. Lo cierto era que nunca tuvo una onza de valentía.

Los recuerdos al azar de pronto se vieron interrumpidos por su fatal descubrimiento, como por un digital rótulo-boletín de noticias que anunciara las noticias del día: GIDEON SE ACUESTA CON OTRA. EL SENADO RECHAZA LA SUBVENCIÓN DE 860 BILLONES A LAS TABACALERAS. EL DOW JONES SUBE 150 PUNTOS.

Gwen ni siquiera era capaz de establecer una cronología mínima. ¿Gideon se había estado acostando con Gwen y la otra en paralelo? La vez que él se abalanzó sobre ella en el baño, ¿acaso lo hizo porque andaba excitado por el recuerdo de la otra? ¿O lo que lo excitaba era la artera humillación de Gwen? (¿Por un momento había pensado que su mujer no llevaba protección alguna esa vez en que él se la clavó por detrás, durante aquel polvo doloroso y en seco, sin duda el peor de cuantos habían echado desde que se conocieron? ¿Qué clase de fruto podía brotar a partir de tan áspero terreno?)

Gwen trató de pensar en lugares hermosos en los que había estado, en Garni, un templo romano en Armenia, excavado en una piedra que era entre ocre y púrpura. Tras el templo había unos matorrales cubiertos de trapos que su amigo Sarkis le había descrito como pañuelos anudados por mujeres que hacían dichas ofrendas a fin de convertirse en madres. Un rito ancestral que bajo la dominación soviética estaba considerado como muestra de subversión política. ¿Tu madre también ató pañuelos

para tenerte?, le preguntó Gwen medio en broma. Mi padre sacrificó un carnero cuando nació, respondió con orgullosa timidez Sarkis, el de las largas pestañas. Por entonces, el ansia de tener un hijo a Gwen le resultaba tan ajena como la propia costumbre de atar trapos a unos arbustos. (Ahora se echa a llorar porque, que Dios la ayuda, siente este niño en su interior, lo siente dentro, siente sus turbulencias menores, su pequeña vigilia en remolino, y lo quiere, sus entrañas, su útero y su corazón suspiran por él.) Gwen recordaba que se quedó de pie en la escalinata del templo, fumando un cigarrillo. Cuando visitó Garni —durante su primer año en Rusia—, fumaba. Fumaba baratos cigarrillos rusos, baratos cigarrillos búlgaros, baratos cigarrillos norcoreanos. Había empezado a fumar porque el tabaco era un buen medio para conocer a desconocidos. Acaso fuera el momento de empezar a fumar otra vez.

Por Dios. Lo que tenía que hacer era dejar de pensar en esas cosas —cambiar de onda—, olvidarse de las campesinas armenias que amarraban retales de floridos pañuelos, del padre de Sarkis (¡un profesor de ciencia!) que le cortó el cuello a un carnero en agradecimiento a los dioses por su hijo rijoso. Lo que tenía que hacer era concentrarse en su suerte actual y desdichada. Por supuesto, lo primero era llamar a la clínica que le habían recomendado —no la doctora Landesmann, sino su anterior ginecólogo, el de antes de casarse— y ver si podían atenderla el miércoles.

Un aborto. ¿Y ello qué implicaba? No tenía ni idea. Durante su adolescencia, al llegar a la universidad, Gwen era la única de su círculo que aún no había follado. Se mantuvo estólidamente casta durante sus años en el internado, durante un año entero en Rusia (por mucho que bastantes noches durmiera con Algis en su frío camastro en el sótano). Cuando finalmente rindió su equívoca condición, lo hizo en un cuarto del Ocean Breeze Motel, a manos de Byron Beale, aquel amigo de Maddock. Lo hizo de forma deliberada, tras habérselo pensado a conciencia y emborrachado lo suficiente para armarse de valor.

Byron, medio indio, flaco y con las mejillas chupadas, con un ojo glauco, quien a aquellas alturas ya tenía un hijo de tres años, hizo con ella lo que quiso como un encantador de serpientes, y la dejó anonadada, cascorva y extrañamente extática.

¿Por qué? ¿Por qué se inició tan tarde, por qué fue tan torpe?

¿Por qué? ¿Y tú lo preguntas, ceporra? ¿Es que aún no lo sabes?

Porque tras el abandono de su padre estuvo viviendo con su madre, por eso. Lo que venía a ser como vivir entre los restos de un accidente ferroviario, entre piltrafas de carne, añicos de cristal, metal retorcido. (Razón por la que nunca consigue odiar del todo a Hal.) Porque había visto cómo terminaban los encuentros entre un hombre y una mujer. Porque no quería dejar —¿cómo los denominó el taimado de Francis Bacon?— «rehenes de la fortuna». Porque estaba por entero decidida a que a ella no la abandonaran jamás.

No sé qué esperar, pensó. (Desolación. Un vacío cósmico de cosecha propia. Pues matar a un niño cuando ya habías tenido otro constituía un asunto bastante más escabroso: una sabía lo que estaba matando...) ¿Podría irse de la clínica por su propio

pie o necesitaría tomarse una baja de un par de días? ¿Podría cuidar de Bella por su cuenta?

Le pediré a Betty que se quede a dormir en casa, pensó, le diré que tengo la gripe. La gente pilla la gripe. Y la gente cuyo marido se marcha de casa tiende a ponerse mala. Mierda.

Iba a abortar, pasado mañana, y Gideon se marcharía antes del fin de semana. Y ella empezaría a fumar otra vez. Iría a esos estancos anticuados de la Sexta Avenida, en los que tienen de todo: Lucky Strike, Gitanes. Así iba a pasar las noches después de la marcha de Gideon y después de acostar a Bella: sentada en el balcón, fumando y leyendo.

Mesrop, dijo en voz alta. Mesrop. Otra vez estaba pensando en Garni, en el mes de junio que pasó en Yereván —no una ciudad, sino una nuez asada, en definición de Mandelstam—, empapándose de un amarillento libro de gramática que encontró en el mercado, tratando de memorizar un alfabeto cuyas cursivas llevaban a pensar en la escoliosis. Según la leyenda, Merop era el nombre del sacerdote que dotó a Armenia de alfabeto propio (Merop asimismo confirió sendos alfabetos más: a los albaneses circasianos y a los georgianos, los orgullosos sobrinos de Medea) junto con la religión ortodoxa.

Un alfabeto era un regalo muy bonito: un ábaco en el que insertar tanto tus oraciones como tus compras. Lo mismo que los fenicios habían hecho, mil años antes: recorrer el Mediterráneo hasta llegar al mismo Atlántico mercadeando alfabetos, aceite de oliva, especias, conceptos (entre ellos el verdaderamente extraterrestre del monoteísmo). Podría decirse que estos comerciantes y sacerdotes semitas en su momento vinieron a ser una especie de programadores de software en Asia Menor. ¿O es que el *aleph-bet-gimel* no era un bien más sagrado y permeado por la divinidad que el Windows de hoy?

Su mente era un arsenal de información inútil, cuyas reservas podía reordenar de forma indefinida. Iba a abortar y se encargaría de criar a su hija. Se olvidaría de que una vez conoció a aquel hombre (que había convertido al mundo en ceniciento). Borraría el error de su existencia; se liaría con otros amantes, o con ninguno. Criaría a su hija a salvo de sus camelos y sus hipocresías. Iba a dormir sola, y no permitiría que nadie tocara lo que él había tocado.

Y una vez que Martin mejorara (o empeorara) sería libre de irse. Podría volver a Rusia con Bella, si tal era lo que quería. Alquilar su piso de Nueva York por cuatrocientos o quinientos al mes y pedirle a Mijail Becker que le buscara un apartamento bonito en Moscú. Decirle a Lavrinsky: a partir de ahora y para variar, voy a llevar las oficinas rusas desde la propia Rusia. (O no.) Ya se imaginaba viviendo en Moscú: Jamila y ella llevarían a sus niñas a los baños. Una azerí bien dotada por delante se encargaría de cuidar a Bella y, en un par de años, ésta iría a la escuela. ¡Donde aprendería el alfabeto cirílico antes que el latino! Y Gwen asimismo podría acumular nuevos idiomas. Aprendería armenio, aprendería georgiano, sendas

variantes del grupo lingüístico caucásico-iraní. Dos nuevos alfabetos que sumar a su lista de trofeos. Más palabrejas-caramelos que saborear y almacenar, a fin de eliminar el recuerdo acre y persistente del Payaso Wolkowitz y sus arengas paranoico-moralistas, del adúltero que se escondía tras su recién comprado mantón de rezo. Se acabó su matonismo encubierto, sus intentos de modelarla a voluntad, su enfermiza vigilancia constante de Bella.

El tiempo se estaba abriendo ante ella: y no en forma de caos acelerado, sino con un propósito. A partir de ahora iba a tener tiempo libre, sin un marido. Largos días, noches serenas y espaciosas. Su hija para ella sola. (Y sin embargo algo la lleva a sentirse incapaz de llamar a la clínica. Incapaz.)

2

—¿Cómo se llama ella? —inquire Gwen, cortés de una forma glacial.

Se lo pregunta tras haberle ofrecido, cuando las cosas se hayan arreglado debidamente, marcharse con Bella unos días hasta que él haya hecho las maletas y se haya ido. (¿Adónde?)

A Gideon, que tan sólo ahora empieza a calibrar lo serio de esta perspectiva, le entra el pánico. Ahora odia a Emma porque le ha metido en esto, la odia como si fuera el agente provocador de una operación destinada a hundirlo, su recuerdo le provoca una repugnancia histérica. Le cuesta un horror pronunciar su nombre. ¿Y Gwen por qué quiere saberlo?

—Rogan —murmura finalmente—. Emma Rogan.

—¿Rogaine? —repite Gwen, sarcástica—. Eso de «rogaine» me suena a «reganar». ¿Es que te ha prometido reganar el pelo que te falta? ¿Es eso?

—Yo pensaba que eso era lo que querías.

Ella al principio no lo entiende muy bien.

—Pensaba que lo que querías era que te dejara en paz, que me fuera por ahí y que me buscara la vida por mi cuenta en lo tocante a esa cuestión...

3

Lo más cruel de todo es que a ella, quien antaño fuese una Boadicea, una auténtica Pol Pot en lo referente a los celos sexuales, en el fondo no le importa nada que él la haya engañado. Ella misma lo ha dicho: el hecho de que se haya follado a otra es un síntoma de esta bancarrota general. Oh, es cierto que su orgullo vulnerable lo siente, que su pedantería de leguleya no soporta esta infracción del contrato conyugal, pero su coño ni rabia ni llora, ni se convierte en sal, en piedra o en pus ante esta traición rastrera donde las haya. Su coño se mantiene en silencio. Si todavía habla, no es a él a quien habla. El miembro inactivo de un hombre resulta despreciable; un trapo encogido, rancio, pendulón, un inútil pedazo de manguera; el de una mujer, inactivo, a ella no la avergüenza. Está sellado. Es secreto. Es imposible de conocer. Es suyo,

inviolado.

4

Gwen está encerrada en sí misma. No habla en absoluto. No expresa ningún dolor mitigador.

Se comporta como hace la gente cuando es necesario llevar a la práctica algo terriblemente violento y que va contra la voluntad propia: tiene una visión de túnel que la obliga a librarse de Gideon y del niño cuanto antes, sin que después de eso haya nada en absoluto. El esfuerzo que esta doble expulsión requiere no deja margen para la razón. Por lo demás, Gwen se está desempeñando admirablemente en el trabajo y en casa: vuelve al piso con la compra, revisa el correo y atiende a su hija como si nada hubiera sucedido, como si nada fuera a suceder.

Gideon contempla a su mujer, quien en este momento se finge un león rugiente y está a cuatro patas, persiguiendo a Bella. Por mucho que esté chillando presa de una aterrada excitación, Bella sigue siendo demasiado pequeña para concebir una acción tan antinatural como escapar de su madre. Cuando Gwen suelta un bramido y se lanza a por ella, la niña no huye, sino que corre hacia el león y se aferra a él.

Gideon contempla a su mujer, que ahora se ha tumbado de espaldas y finge ser un león simpático, mientras Bella da saltitos sobre su estómago. Pensando: algo no termina de encajar.

5

Otra sala de recuperación.

Y voces. Conversaciones. Risas.

Las voces están hablando de fiestas, de chicos y de la casa de quien van a ir esa noche.

Estas voces no son voces de médicos.

Gwen ha vuelto a la conciencia en una sala llena de camillas cubiertas con sábanas blancas en las que están tumbadas otras mujeres. Tumbadas boca arriba, dispersas por la estancia, y todas están volviendo a la conciencia en momentos distintos, pues a todas les han aplicado el mismo... procedimiento, por decirlo así.

Se trata de mujeres que estaban embarazadas pero que no querían tener hijos. Que ahora ya no están embarazadas. Gwen se pregunta si en este lugar habrá un alto contenedor lleno de niños muertos.

A continuación repara en que las demás mujeres —las demás pacientes— son chicas jóvenes. Hay dos amigas, quienes extrañamente debieron de quedarse embarazadas de forma simultánea e ir juntas a abortar, como quien va al dermatólogo.

Son dos muchachas negras, alegres y que conversan en voz alta —de unos catorce o quince años—, a quienes probablemente dejaron preñadas sendos chavales de su

misma edad. En su interior no llevan el conocimiento del pecado que Gwen sí tiene que sobrellevar: no tienen idea de lo que supondría dar a luz a sus niños, criarlos y darlos de mamar, y una vez que sean mayores y tengan hijos —Gwen está segura de ello—, ni en sueños pensarán en abortar otra vez.

Una punzada de dolor. Más dolor, en espasmos.

Todo lo que quiere en el mundo es tener en brazos a su niña que sigue con su vida, a su osezna entre rosada y morena, agitándose a buen recaudo en sus brazos.

6

—Lo siento —dice Gideon.

—Yo también lo siento —dice ella. Ambos son conscientes de que ahora sí que todo ha terminado. Gwen se propone no dejar sola a Bella ni a sol ni a sombra, en todo momento va a tenerla en sus brazos hasta que Gideon se haya marchado con sus cajas de cartón por la puerta.

Pálido, derrotado, Gideon en este momento le dice:

—Haré lo que tú me digas.

Se le ha desinflado la ira.

Tiene previsto mudarse a su estudio en La Merced, donde tiene cuanto necesita: una neverita y un hornillo de gas. (Gwen le ofrece el sofá-cama, pero él rechaza la oferta, con una levísima traza de desdén. Gwen va a necesitarlo para su «segundo esposo», como Gideon llama a Betty: su nueva pareja permanentemente consignada a dormir en el estudio. Gwen le ofrece dinero, pero él asimismo lo rechaza; Sancho ya le ha dejado algo. Ella incluso le ofrece su ordenador, para que pueda conectarse a Internet. Gracias, pero no, Gwen.)

Hace muy poco tiempo que Gideon tomó prestada la furgoneta de Sancho para trasladar sus cajas al piso de Gwen, y ahora de nuevo la toma prestada para sacarlo todo de allí. Con la diferencia de que esta vez no se está separando de Dina y Ethan, sino que está siendo arrancado a su propia carne y su propia sangre, y él no se atreve ni a pensar en cómo se las arreglará para vivir sin su hija.

Esta vez no tiene trabajo, compañeros, ni teatro de ningún tipo. Tan sólo puede contar con un espacio mal ventilado y un desalojo inminente.

Una noche se va a suicidar en el gran caserón vacío plagado de ratones y murciélagos, pero si no se suicida, entonces... seguirá adelante con su vida.

CAPÍTULO DIEZ

1

El último día que vivieron juntos. Un sábado de finales de julio. Un día ventoso, fresco para la época, en el que los altos cielos veraniegos exhibían el cándido azul entreverado de blanco de las canicas. Recién lavados, sin límite, inocentes y osados. Esa mañana salieron a pasear al parque temprano, cuando el rocío seguía brillando en las hondonadas herbosas, los tres, María, José y el niño Jesús, quien iba empujando su propio carrito Maclaren. María y José tenían los cuerpos exhaustos y las mentes entre envenenadas y fritas por la previa nochecita en la que no habían pegado ojo.

Tal era su circular viaje, de noches en las que el amor no los dejaba dormir a noches en las que lo que no los dejaba dormir eran los reproches, las lágrimas, los gritos, las súplicas. El desgarró ora furtivo, ora sádico de lo que antes tan absolutamente unido estuviera durante una eternidad y un día. Era visible el tic de fatiga nerviosa en la comisura del ojo inyectado en sangre de José, como lo eran las recientes arrugas de dolor a la defensiva presentes en el entrecejo de María. ¿Y Jesús? Jesús iba a la suya. Gritando, cantando, triunfante de un modo picaro, como si la autodestrucción retorcida y palpitante de sus padres a él le rindiera mayor espacio y mayor amor.

Se dirigieron al este en su huida de Egipto, avanzando sin prisas para no dejar atrás a la niña ocupada en lecturas adivinatorias de las ramitas, chapas de botellas y los restos de un globo reventado que se iba encontrando a su paso; fueron a detenerse en el claro de un vacío parquecito de juegos, y allí Gideon se tumbó en un banco, del mismo modo exacto que hiciera cuando Gwen por primera vez vio al hombre-vagabundo que iba a ser su enemigo mortal, su amoroso carcelero. Y tan exhausto estaba que se quedó dormido. Se puso a dormir y se acordó de Sión.

¿Soñaste, José? ¿Soñaste con estrellas que te hacían una reverencia, soñaste con gavillas de trigo y las vacas gordas y flacas? Su mujer separada lo contempló dormir, preguntándose en qué estaría soñando. Preguntándose si en sueños iba a encontrar un pequeño claro de vegetación, un indulto momentáneo. Si Dios lo dejaba soñar, sin duda así era. Su propia mente era un ardiente desierto: y no podías tocarlo, porque su calor era excesivo.

Gwen cerró los ojos y entró en el reseco baldío de su interior. Pensó en saqueos de ciudades, en ríos que renacían, en la disolución de los huesos en la tierra, en la tumba de la princesa escita cuya excavación Lavrinsky había financiado en parte. Enterrada junto a sus caballos, carro, joyas y sirvientes dispuestos en semicírculo. ¿Tú eres así de escita, Gwen? ¿Quieres que tus doncellas y caballos sean muertos contigo? Abrió los ojos y vio a Gideon tumbado boca arriba, con los ojos abiertos. Sus ojos inmensos y de párpados oscuros. Sus labios resecos, que ahora musitaron:

—¿Y quién va a cuidar de vosotras cuando me haya ido?

Gwen miró hacia otra parte.

Con los brazos cerrados en torno a un columpio, Bella llamó a su padre en tono imperioso. Gideon desenredó su cuerpo larguirucho (que aún seguía conmoviendo a Gwen, por mucho que ésta desde hacía meses detestara cuanto en su interior anidara) y echó a andar hacia su hija. Sentada bajo el sol moteado, Gwen miró cómo el hombre empujaba a la niña en el columpio: espectadora de una vida que iba a ser suya tan sólo un momento más. Quien viera a Gwen en ese instante la tomaría por una madre feliz que acaso pronto fuera a darle un poco de zumo de frutas a la niña, a cubrirle la cabeza con un gorriño para protegerla del sol, a recordarle a su marido que le pusiera protección solar en la nariz, a llevarse a su pequeña familia a casa para almorzar. Gwen miraba la escena y pensó en todos los hombres —su padre, el padre de Gideon— que en su momento también habían estado sentados mirando escenas similares, sabedores de algo que los mirados no sabían: que al día siguiente iban a estar muy lejos. Pensando: ésta es la última vez.

2

Era la última vez. Era la última vez que la veía sentada en la taza, perdida en ensoñaciones mientras hacía pipí. Era la última vez que la veía lavarse la cara, mirando con ceño fruncido y narcisismo ambivalente su imagen en el espejo. (Su imagen trascendente: ojos grandes como el mar verdegris. Si esta noche la estuviera viendo por primera vez, ¿de nuevo se enamoraría de ella? ¿O ella, alta tirana, simplemente lo había estado coaccionando para que la creyera tan perfecta como Afrodita? Si la contemplara por primera vez y de forma neutral, ¿no la encontraría un tanto hombruna, dura?)

Era la última vez que la veía descalzarse de sus zapatillas de terciopelo blanco, la última vez que veía cómo sus talones redondos y rosados desaparecían bajo las sábanas, tan rápidos como ratones. Era la última que yacía a su lado en la oscuridad, él, quien antes imaginara que los huesos de ambos irían a reposar fundidos en la misma tumba, en cuya lápida acaso imperaría una leyenda referente a sus proezas en términos de descendencia y sexualidad. A lo tenaz de ambos. Quien se imaginara a ambos octogenarios y tan cachondos como siempre: sus cojones arrugados seguirían azotando el arrugado trasero de Gwen todas las noches sin falta. Era la última vez que oía sus gruñidos leves e inquietos, los caninos gemidos de la Gwen dormida. (E

incluso a estas alturas finales era incapaz de reprimir el deseo de protegerla de sus propios demonios.) Pensando que el próximo hombre que la contemplara sumida en pesadillas deseoso de que éstas se borraran no iba a ser él.

¿El amor —o la fantasmal casa de los espejos que Gwen tomaba por amor— se trasladaba de forma progresiva? ¿Era posible que, después de haberle dado la espalda a cuatro maridos sucesivos, Gwen fuera a dar con el Hombre de su Vida? ¿Un hombre con mucho nervio, imposible de masticar y digerir? Pero entonces, al recordar que sus sucesores no iban a ser simples compañeros de cama de su esposa, sino también padres-usurpadores digitalmente asignados a su hija, se sintió furioso ante aquella injusticia.

Era la última vez. Se sentó de golpe en la cama, apretando la almohada contra su pecho a fin de frenar sus manos, de frenar sus manos, de frenar sus manos e impedir que se cernieran sobre el cuello de su esposa... Sus dedos apretaban la almohada, sus dedos eran presa de una terrible ansiedad, su cuerpo estaba demasiado vivo para pertenecer a quien ya nada esperaba de él.

A partir de ahora iba a tener que someter a su cuerpo, a desangrarlo un poco de su fuerza todos los días, o el vigor de su cuerpo iba a convertirse en terrible, su cuerpo que seguía siendo presa del hambre terrible del amor, el hábito del amor. Que seguía estando ansioso de proteger a sus dos mujeres.

Este cuerpo ahora ya no padre ni esposo iba a tener que domarlo, hasta que se convirtiera en pereza sombría, en egoísmo solitario. Gideon iba a envejecer a solas.

Anduvo hasta la habitación vecina para mirar a Bella dormida en su jaula con barrotes, en el calor profundo de su tardía condición de bebé. Unos churretes húmedos y circulares permeaban su rostro enrojecido, y sus brazos estaban muy abiertos en un gesto que llevaba a pensar en una rendición o una crucifixión. La boca húmeda y temblona soltaba dulces exhalaciones sibiladas, las espesas pestañas negras se estremecían por efecto de las pasajeras tormentas de los sueños.

¿Por qué tenías que ser tan obediente y tan abyectamente dócil, Gideon, otro corderito judío que de buena gana trotaba al matadero?

Podías haber cogido a tu hija dormida en brazos para hacerla desaparecer. Podías haberla tirado por el balcón para escuchar el subsiguiente golpe seco seis pisos más abajo; mejor todavía, podías haber saltado con ella en tus brazos, como quien escapa de un incendio, sabedor de que vuestra doble muerte conseguiría que la madre de la niña llegara a sentir un terror parecido al que ella misma te ha estado causando.

Miraste a tu hija, acariciaste su pringada mejilla almendrada, su oscuro, cálido pie desnudo, que se apartó por acto reflejo, como si una mosca lo importunara. Y cerraste la puerta de su cuarto.

Te vestiste sin hacer ruido, echaste a andar hacia la puerta del apartamento, todavía a la espera de escuchar a Gwen soltar un adormilado «¿Gideon?» que fuera sinónimo de indulto. Escuchaste el sonido de su respiración y te preguntaste si estaba despierta y fingiéndose dormida, a la espera de que te fueses.

Abriste la puerta y te detuviste. Vacilando entre llevarte tu llave o no. Te la metiste en el bolsillo, la dejaste, al bolsillo otra vez, la dejaste de nuevo. Te la llevaste. Abriste la puerta y te detuviste un segundo. Y dejaste que la pesada puerta metálica se cerrara.

Es la última vez.

LIBRO NUEVE

CAPÍTULO UNO

1

Nunca lo iba a saber. Y ella, que sí lo sabía, tenía que dejar de saberlo. Porque a él le resultaba intolerable pensar en que por las mañanas todavía oscuras Bella pudiera entrar medio dormida en la habitación de sus padres y, tras liberarse del abrazo de Gwen, empezara a buscar entre las sábanas vecinas. «¿Da?, ¿da?». Como si su padre estuviera jugando al escondite con ella. Las tardes en que Bella, al llegar a casa del parque, pudiera trotar de habitación en habitación a la busca de su padre. Su imperiosidad alegre trocándose en inquietud. Una sonrisa insegura, una risa alicaída destinada a congraciarse con los dioses de la ausencia.

2

Aquel lenguaje —el último lenguaje que Gwen había adquirido— tenía que pasar a la historia. El lenguaje de su común, atónita complicidad, de la seguridad que ambos se inspiraban. El lenguaje que su marido había bautizado como «gwenés», una parla demótica, insidiosa y escatológica que tanto tenía que ver con Dios como con el callejón y el arroyo, un dialecto empleado en la cocina, el dormitorio y el baño que era característico de su amor.

Las jergas pasadas de moda y las entonaciones de clase alta que Gwen había absorbido en el internado, lo aportado por su profesor de ruso, por Constance, las peculiares sentencias que solía emitir la abuela de Gideon, las expresiones de Sonny, de Dina, de Jenny Randazzo, de Jerome habían sido precipitadas en el tubo de ensayo de su hogar conyugal. Y ahora tenían que ser liquidadas. (Tan sólo retrospectivamente Gwen entiende que lo que los unió fue su incoherencia en términos morales: eran dos seres de aspecto cambiante que habían calculado: juntos podemos convertirnos en una persona. En una persona que era Bella. Una, pero no dos.) De forma que cuando Gwen amorosamente se refería a Bella como a su *vilde chaye*, apenas si sabía que estaba repitiendo lo que Bella Gradner solía decirle a su nieto Gary. Y cuando por su parte se quejaba de encontrarse un tanto «atabalado», Gideon tampoco sabía que la palabreja era típica de la madre de Constance. (¿Era posible que también se hubiera referido al clítoris de Emma Rogan como a una

sucesión de moluscos? ¿Cómo era que Gwen nunca encontró revelador que Gideon equiparase las partes pudendas de su mujer con unos seres que su religión consideraba abominaciones impías?)

Aquel lenguaje tenía que morir. Gwen primero iba a purgar de su conciencia el vocabulario característico: la forma en que él (y ella, tras ser versada en la mímica) decía: «¿Y ahora qué me estás contando?». O: «Oye, que lo digo en serio». O: «Un momento; no tan rápido». O: «*Takke*». O (un temprano favorito de Gwen): «*Hass v ha-leela*». O: «A ver», como al decir: «A ver, Gwen, cuéntame esa idea tuya». O, con voz quejumbrosa (y en este caso, más bien irritante): «Señorita, ¿le parece que cocine yo la cena mientras cuida usted de la niña? ¿O quiere cuidarse usted de la cena mientras yo cocino a la niña?».

Todo aquello eventualmente iba a desaparecer. (Tan sólo quedarían algunos restos aislados a la hora de hacer hincapié en algo, una sintaxis oculta a tal profundidad que su desarraigo resultaba difícil.) El lenguaje que era de ambos iba a dejar de ser hablado. Una lengua muerta, tan extinta como el tat de las montañas de Azerbaiyán, una materia que ni la piedad filial se ocupaba de desempolvar.

3

¿Cómo matar el amor? ¿Cómo se las arreglan un hombre y una mujer para disolver su unión anclada en la promesa? ¿Cómo haces para no besar nunca más una boca que antaño fuera tu sediento sustento, alejarte de una carne que antaño fue tuya, dejar de ser dueño de la sangre de tu vida, de tu todo absoluto, de tu corazón rabioso, empalagosamente sincero?

¿Te libras de tu pareja como si un aldeano balcánico fuera, prendiéndole fuego a su casa, confiscándole los documentos de identidad en la frontera? ¿O por medio de tanteantes intervalos, con numerosos remordimientos y vueltas atrás, con mensajes ambivalentes, con esperanzas renovadas que luego son aplastadas y te hunden todavía más?

Estaban los libros que ella le enviaba, las cartas que intercambiaban, las llamadas a las tres de la madrugada, la noche en que él la invitó a ver el *Rasselas* del teatro checo de marionetas, espectáculo al que asistieron vestidos en un estilo a medio camino entre el chic y lo fúnebre. Gideon aquella velada llevaba puesto su traje de bodas confeccionado en seda cruda y más tarde se acostó otra vez con ella en la cama del apartamento, juntos otra vez durante una noche espectral, en la que ambos lloraron (sabedores de que nunca más volverían a sentir una unión tan completa y profunda).

De puntillas, Gideon se fue del piso antes de que Bella se despertara, se sentó en un escalón cerca del Vanderveer y se puso a llorar a moco tendido. El portero Tony —padre de niños pequeños él mismo— hizo como que no lo veía.

4

A Gideon le ha entrado la obsesión por el dinero, más en concreto, por la vertiente económica de su expulsión de la casa de Gwen.

Va a tener que encontrar un abogado para que se ocupe de llevar a cabo lo que no quiere que suceda, y a ese abogado habrá que pagarlo. ¿Y puede ser posible que se vea arrastrado a un tribunal tutelar (inhumana paradoja) y lo obliguen a pasarle dinero a su esposa rica? ¿Puede ser que él, en venganza/castigo masoquista infligido a sí mismo por su antigua condición de niño no amado, haya acabado por convertirse en el coco de su propia niñez, en el padre sinvergüenza y ausente? (Si tu padre te quisiera, te compraría esos zapatitos de ballet, pero no sólo no nos pasa un centavo, sino que ni siquiera se molesta en llamar para felicitarte por tu cumpleaños.)

No hay nada en ninguna de las elecciones vitales que Gideon ha efectuado hasta la fecha que lo haya preparado económica o emocionalmente para superar esto que Gwen le está infligiendo.

Y ahora Gideon comprende lo muy jodido que está. Siempre había tenido la sospecha de que Nueva York venía a ser como un gran fanfarrón a quien uno siempre podía calar. Bastaría con subirse a un autobús y pasar seis semanas en otro lugar para librarse de esta adicción a la Metrópolis y darse cuenta de que uno podía vivir perfectamente sin necesidad de tropezarse con prostitutas adictas al crack antes de desayunar: los puercoespines y los ruisseñores también tenían su gracia. Uno podía vivir honradamente y con poco dinero en otro lugar, incluso permitiéndose el lujo de hacer algo que valiera la pena. ¿Cuántas de las ideas que efectivamente mejoran la existencia de la gente en este momento están siendo tenidas en Manhattan?

Pero todo esto no es sino el humor negro de las separaciones familiares. Tu mujer te echa de casa, pero tú no consigues irte; se declara libre de ti, pero tú nunca llegas a librarte de ella... porque tiene a la niña. Si quieres que la niña siga siendo tuya en cualquier sentido, te ves encadenado a los antojos de la madre, obligado a financiar dos vidas por separado en una ciudad en la que uno ya no puede ni le dejan echar una meada gratis.

A todo esto, los demás Pantalones están en fuga abierta. (¿Tanto les reventaba estar juntos que ahora tienen que esfumarse con tan impresionante rapidez?) Amnon ha entrado a trabajar como becario en la MTV; Dan y Andrea han alquilado un piso en el centro urbano de Northfield, si bien están tratando de que les concedan una hipoteca para comprarse una casa cercana a la de Elliott, proyecto al que el padre de Andy asimismo contribuye con un préstamo.

Y Gideon se alegra de ello. No había tenido en cuenta la faceta humillante del asunto: duerme en el suelo del despacho, se lava con el agua fría de un grifo, y no tiene muchas ganas de que sus compañeros se pasen el día solícitos a su lado, ofreciéndole emparedados con la expresión sandia y preguntándole cómo lleva la cosa la niña.

Dina sigue en la ciudad hasta finales de julio, preparando la mudanza del piso de Rivington Street, que va a subalquilar de forma ilegal por mil quinientos dólares al

mes a una pareja que trabaja en la publicidad. Pero Gideon estos días encuentra insoportable a Dina, quien no cesa de parlotear sobre lo maravilloso que es su futuro esposo y lo fantástica que va a ser su nueva vida.

En San Francisco, el espabilado Avi Weissbrot ha encontrado un apartamento enclavado en un distrito escolar cuyo colegio público parece tomarse en serio las asignaturas de ciencias. Y Dina está planteándose la posibilidad de convertirse en monitora de teatro para —¿cuál es el eufemismo?— los jóvenes con problemas, posibilidad que los Pantalones en su momento ya debatieron con frecuencia.

Mientras masajea los hombros encogidos de Gideon, Dina por pura bondad le ofrece:

—¿Por qué no te vienes con nosotros a San Francisco, Gid? Te encantaría. La luz me recuerda a la de Jerusalén... Es tan clara que tienes la impresión de encontrarte en un lugar que todavía está por hacer, en el que todo sigue siendo posible.

Gideon tiene que hacer un esfuerzo para no ladrarle: ¿es que no sabes que tengo una hija? (Y además, es precisamente esa ilusión de que todo es posible la que provoca que nada perdure. Si su mujer se hubiera visto afligida por un poco del pesimismo del Viejo Mundo, habría entendido que el adulterio es una etapa que hay que superar en todos los matrimonios.)

Hector y los chavales del barrio vienen a verlo un par de veces y luego ya no se presentan más. Lo que en realidad los atraía por allí era la diversión de Pants on Fire, y Gideon estos días aparece callado, no muy aseado, con los ojos enrojecidos, propenso a los gritos... No muy divertido.

Sancho sigue apareciendo con las últimas noticias llegadas del frente, pero a Gideon ahora le da lo mismo. La guerra ha terminado: el capitalismo la ha ganado, y a él le faltan los redaños precisos para situarse en el centro de algo parecido al rabínico enclave que mantuvo la fe con vida durante la ocupación de los romanos.

La mayoría de los vecinos asimismo parecen haberse ido de La Merced. El lugar se ha convertido en una ciudad fantasma. Por las noches, cuando la soledad amenaza con volverlo tan loco como un hombre-lobo, anda por los pasillos tratando de abrir los cerrados pomos de las puertas.

Nadie.

Queda el estudio que perteneciera a la compañía de danza Bux. ¿Y dónde andarán éstos? ¿Estarán de vacaciones en Saratoga Springs?

(Más tarde se preguntaría qué fue lo que entonces le impidió tirarse del tejado o cortarse el cuello. ¿El qué? Hubiera sido lo mejor. Pero por hundido que estuviera aquel verano, seguía en posesión de esa variante de la esperanza que es simple curiosidad desesperanzada por saber qué es lo que viene a continuación.)

5

Gideon es persona de costumbres. Si se siente lo bastante calmado durante las horas del día, hace acopio de valor y sale de La Merced. (Siempre con el miedo residual de

que cuando vuelva igual se encuentra la puerta precintada por la policía.) Anda cuadra abajo bajo el blanco sol infernal, esperando que sus vecinos —los viejos sentados en sillas plegables con la radio al lado, las señoras con bata y zapatillas de andar por casa que sacan a pasear al caniche— no lo reconozcan.

Entra en el pequeño supermercado, donde compra chokolatinas, refresco de cola y ganchitos de queso, luego visita la licorería y la estafeta de correos. Y a casa otra vez. Y a casa. Y a casa. Algún día tendría que salir de verdad, ir a los baños rusos, al cine, a ver si liga y echa un polvo.

Hay días enteros en los que no se habla con Sancho o con Carlos, quienes lo ponen de los nervios. La semana pasada vino un enviado de los hermanos Safir, un chaval joven con acné y vestido con una camisa blanca de poliéster que todavía mostraba las dobleces de su envoltorio. El chaval les dijo que firmaran este documento comprometiéndose a retirar todas las denuncias y a marcharse de aquí antes de la fecha tal. De lo contrario, la policía iba a venir a buscarlos. Sancho se le rió en la cara —era el momento que llevaba tiempo esperando—, pero Gideon... Gideon no estaba de humor para broncas. Si lo estuviera, seguiría viviendo en el Vanderveer.

Miremos a Gideon. Son las cinco y media de la mañana, y acaba de sumirse en una tiritante duermevela intranquila tras haberse pasado la noche escribiendo a Gwen, bebiendo, escribiendo a Gwen (ella le filtra las llamadas, así que tan sólo le queda escribirle); ha bebido tanto y ha estado aullando de tal modo que ni fuerzas tiene para hacerse una paja que lo ayude a conciliar el sueño, y en su especie de trance cree que está «en casa», puede ver con su ojo apenas entreabierto el resplandor entintado que precede al amanecer. Está pensando: mejor que no vuelva a dormirme, la Osa va a despertarse y en cualquier momento entrará en el dormitorio, gritando: «¡Aiba!, ¡aiba!», su cuerpecillo cálido se le abrazará al pecho, con sus manitas tratará de abrir los ojos cerrados de su padre. Y entonces se acuerda de dónde está.

6

Sueña con la absolución, con el amor absoluto, con un coñito cálido como una tostada, con un clítoris que es como pulsar un timbre —los de ella, y de nadie más— y le canta: Nuestro marinero por fin ha vuelto a casa... Las tristes canciones de su niñez, los largos brazos que rodean su garganta, su voz grave y maravillosa que le captura el oído, la señorial sonoridad de su voz, de ella, mi husky siberiana, mi... mi soplo en el corazón, mi noche sin fin, mi Jack la Destripadora... mi rata fugitiva del barco zozobrado de nuestro amor, mi pequeña cobarde, mi chaquetera Rosa de Tokio, mi querida traidora, mi muerte...

Se despierta durante el mediodía achicharrante, con la radio todavía en marcha. Una voz informa de que el mercado de valores se ha venido abajo, la situación financiera en Asia es crítica.

Pues me alegro, piensa él.

CAPÍTULO DOS

1

Martin Joel Lewis está sentado frente al televisor.

«Mirar» no es el verbo adecuado para describir nuestra relación con la pantalla, sugeridor como es de la vigilia alerta de un guardia.

Martin Lewis, conectado a la televisión, inerte salvo por el pulgar con que maneja el mando a distancia: baloncesto universitario, el tiempo, información bursátil, teletienda. Los locutores gorjean con un optimismo descerebrado y lindante con la histeria; los colores están tan saturados como unos dulces norteafricanos; inerte como un molusco, Martin Lewis está empapándose del ruido y del color. Con el cuerpo cuadrado y barrigudo, encogido sobre sí mismo. Martin Lewis, inerte.

Han dejado de tratarlo con quimioterapia, pero su piel sigue siendo la piel amarilla e icterica de un enfermo de cáncer. Cuando Gwen lo acompaña al Memorial, los niños pequeños, los adolescentes y las jóvenes madres que aguardan en la sala de espera exhiben la misma tez cerúlea, estén calvos o no. (Ahora que Gwen conoce el paño, no cesa de encontrarse con casos así por toda la ciudad y traga saliva cuando ve a un niño de diez años amarillento y sin cejas a quien sus padres están ayudando a subir a un columpio en el parque.) Su padre se niega a reconocer a sus compatriotas, se entierra en periódicos, como si su importancia profesional fuera a salvarlo. Y, en todo caso, los médicos, se muestran confiados en que estas sesiones efectivamente han liquidado las pequeñas células.

El reflejo oscuro del enorme equipo audiovisual, su iluminación en segundo plano como la de una coctelería de aeropuerto: confidencial, anónima. Aislado de los gritos del piso de arriba, donde Alexander está empeñado en patinar sobre las muñecas barbie de Serena, y Serena hace lo que puede por quitarle los patines a su hermano. Los niños lo ponen nervioso, explica Jacey, no quiere verlos. Con gesto irritado, los mantiene a raya, pide a Jacey, a Sabine o a Martha que se los lleven. Gwen no ha venido aquí con Bella desde hace meses.

Una mano pecosa pesca una almendra salada, los ojos escalfados, inmóviles. Cambia los canales, hace un alto efímero ante los anuncios. Suspira pesadamente.

—¿Cómo estás, Chug?

—Bien.

—¿Te ha llegado lo que te envié?

—Sí, gracias.

Insegura de a qué se está refiriendo: al recorte de prensa sobre las empresas petrolíferas rusas o a la mochililla de cuero rojo con el dibujo de Betty Boop regalada a Bella.

Lo siente por su padre, quien a todas luces está hecho mierda, y a la vez también viene a odiarlo, pues sospecha que el día en que se encuentre bien saldrá disparado en la dirección de la próxima Armanda, que lo único que lo ha mantenido en casa y con su mujer ha sido la pura debilidad física...

—¿Cómo se presenta ese congreso vuestro?

—Bien, de momento. —Gwen hace como si tocase madera—. La mezcla de asistentes es interesante. —El periodista ruso empeñado en una cruzada personal contra la concesión de préstamos a cambio de participaciones empresariales; un antiguo viceministro de economía que quijotesca mente defiende que el FMI deje de aportar créditos a Rusia. Un fiscal antimafia que ha estado investigando la extensión del crimen organizado ruso en América, Europa, Asia...—. Y es casi seguro que también asista Larry Summers...

Su padre asiente con la cabeza.

—Bien. ¿Cómo está la niña?

Prefiere no hablarle de las pesadillas de Bella, cuando Gwen se la encuentra de pie en la cuna, con la cara manchada de lágrimas y convertida en una máscara de horror.

—Es pequeña. Los niños se olvidan.

¿Qué quiere decir con esto? ¿Que Maddock y ella ya no eran tan pequeños? ¿Los niños se olvidan de qué? ¿De que una vez vivieron con un padre y una madre que se querían? Si tal cosa había sido cierta, si en su momento fue la impensada pertenencia del hijo, ¿era mejor olvidarse de ella?

Martin de nuevo coge el mando a distancia. En la pantalla, el azul curasao pasa a gris. Pulsa la tecla MUTE.

—¿Ya tienes un abogado?

—No.

—Necesitas un abogado. El tío te va a pedir dinero.

—No sé si...

—Tú no sabes. Los tíos como ese Gideon Wolkowitz opinan que tienen derecho a todo. Y más si alguien les ha dado con la puerta en las narices. Los conozco, hazme caso. Tu dinero para ellos es un desagravio. Y ése se siente muy agraviado...

—Creo que no es así, papá.

—Tú no sabes.

¿Me puedes oír?

—¿Me oyes?

—¿Me oyes?

3

Durante un tiempo, después de irme del piso, andaba por las calles con esta picazón tremenda en la entrepierna, con esta erección permanente. Me la cascaba tres veces cada noche, y no por eso me sentía aliviado. Miraba a las mujeres en el metro, con sus pezones grandes y duros perceptibles a través de los vestidos de verano, con sus culos marcados, con sus cuerpos relucientes por el sudor, y luego me hacía una paja.

Hasta que se me ocurrió que la bebida acaso fuera más consoladora.

¿A ti qué te parece, Gwen? ¿Cuál es tu idea del consuelo?

4

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Dan.

Tenía que ser Dan, ¿verdad? Dan, quien era tranquilo de un modo no mamífero, quien lo desconocía todo sobre los arrebatos y las intrigas humanas, era el único a quien se le ocurriría preguntar sin escrúpulos inhibidores:

—¿Qué es lo que pasó?

Como si el hecho de que su mujer hubiera puesto a Gideon de patitas en la calle fuese una curiosidad para naturalistas.

Dan iba a estar dos días en Nueva York para cargar sus últimas posesiones en el Honda Civic que le habían comprado a un vecino. Dan, que se había presentado sin avisar, sugirió una cena temprana en el Ratner's, pero a Gideon lo que le apetecía era un copazo, así que habían acabado en el Lansky's.

A Gideon le temblaban las manos. (Se preguntaba si en exceso para volver a manejar marionetas.) Su voz no era la de siempre: ahora era más aguda, con una nota de lágrimas, y sus sarcasmos resonaban quejumbrosos.

Cuando se miraba al espejo se encontraba gastado, en las últimas. Llevaba resfriado el verano entero y tenía unos calambres intestinales que no lo dejaban en paz. Hacía meses que alternaba las diarreas con las cacas con trazas de sangre. Pero si lo que uno quería era que el cuerpo se le desintegrara, mejor que se lo fuera tomando con calma: podía esperar cincuenta años.

—Pues que no quería que siguiera allí con ella.

—¿Allí dónde?

—En su agujero.

—Explícate —repuso Dan, animoso. Dispuesto a seguirlo, si se lo explicaba bien.

—Me casé con un escorpión —dijo Gideon—. Y ese escorpión, si se encuentra a alguien en su agujero, lo mata.

Gideon agachó los hombros y sorbió el hielo fundido que había en el fondo de su

vaso de escocés.

—¿Y cómo se lo ha tomado Bella? Imagino que es demasiado pequeña para entenderlo, ¿no...?

—Bueno, las mamás-escorpiones tampoco matan a sus crías.

Pero no creo que a la niña le vaya a ir muy bien crecer en ese agujero. No es muy sano, la verdad. Si pudiera conseguir la custodia... —Gideon vuelve a agachar los hombros y sorbe más hielo—. Ya lo ves, soy uno de tantos fracasados en el empeño. ¿Conoces esos mitos griegos en que a un personaje le encomiendan matar al monstruo... A la Hidra. A la Medusa. Al, al... Minotauro? Pues yo no lo he logrado. No he logrado sacar de su agujero al escorpión. He fracasado. Me ha matado... Pero vete a saber: igual el próximo que lo intenta, o el que hace cincuenta en intentarlo consigue matar a la bestia y convertir al escorpión en una princesa bellísima. No sabía que ella pensaba que el amor tiene carácter progresivo...

—¿Eso es lo que dice?

—Ella no dice nada. O sea, que nunca te dice la verdad. No se conoce a sí misma en absoluto. Es incapaz de admitir lo que ha hecho. Mira a Bella y... ansía que todo esté bien, que todo vuelva a ser como antes. Y te dice que Bella está bien. Un poco estresada con algunos de los niños con quienes juega en el parque. Y que sería mejor para la niña no verme durante una temporada.

—Eso es muy jodido.

—Eso me dice, pero si luego me retraso diez minutos para recoger a Bella, se pone a chillarme. Delante de todos los niños. A veces pienso que quiere volverme loco a propósito, lo suficiente para hacerlo.

—¿Para hacer qué?

—Para matarla —dice Gideon, quien ahora estaba masticando los cacahuets que cogía a puñados del cuenco. Tenía sed. Quería otro trago. Las cosas buenas siempre se acaban demasiado pronto. Hizo una señal al camarero—. A veces pienso que lo que quiere es que la mate. O que me mate yo. O que nos matemos todos. Creo que piensa que estoy lo bastante loco para matarnos a todos.

—No te vuelvas tan loco —dijo Dan—. Te interesa seguir viendo a tu hija. —Dan también tenía esta faceta práctica.

—Es verdad —asintió Gideon. Soltó un resoplido y suspiró con fuerza. Hizo un esfuerzo por no seguir balanceando el cuerpo adelante y atrás, por no encorvar la espalda. Se obligó a sentarse derecho, inmóvil. Refrenó el impulso de dar un salto y salir corriendo, de... saltar—. ¿Sabes lo que me gustaría? Me gustaría irme a vivir al campo con Bella. Eso sería estupendo. Ella... Ella no es una niña de ciudad. Es una zorrilla del campo.

—Es lo que no hay, sí —convino Dan, pensándose un momento. Dan era especialista en resolver problemas, y ésta era una de las razones por las que ambos siempre se habían entendido muy bien. Si Gideon decía que quería que la virgen de La Merced bajara del cielo, Dan al momento se ponía a calcular el tamaño de la polea

y el largo de cable que iban a hacer falta.

—¿Quieres venirte con nosotros a Northfield?

—Gracias, muy amable, pero...

—Que sepas que tienes la puerta abierta.

—Gracias.

—¿Y Lubeck? ¿Has pensado en irte a Lubeck? Si andas pensando en pasar otra temporadita en el campo, yo sé que Jerome necesita...

—No. Eso sería tan malo como irte a vivir con tu madre después del divorcio.

—Que lo sepas. Peter lo ha dejado, Roxanne lo ha dejado...

Gideon no dijo nada durante un minuto.

—No puedo volver a trabajar con Jerome. No puedo volver a meterme otra vez en lo mismo de antes. Todo ese rollo se ha terminado y está más visto que...

—Bueno, piénsatelo.

—Ya tengo bastante en qué pensar para volverme medio loco sin necesidad de...

Pero estaba pensando en ello. Estaba pensando en el altillo para la paja donde dormían los marionetistas, en el interior del granero pintado de rojo, del que la gente bajaba por turno para echarle más leña a la estufa. Se imaginó que salía tambaleándose a echar una meada y contemplaba la jungla enorme de estrellas saladas sobre su cabeza, los peñascos empinados y cubiertos de árboles. Que oía a los cazadores nocturnos: el chillido del búho; los aullidos de unos perros salvajes. Una primavera hasta tuvieron que ahuyentar a un oso negro que se estaba tornando demasiado sociable. Lo que más lo tentaba era imaginarse a Bella en aquel sitio preciso al que Gwen nunca había querido ir, lo que hoy por ello precisamente le resultaba tolerable: porque era algo que le pertenecía a él en exclusiva, anterior a su encuentro con Gwen, un lugar que él amaba.

—¿Peter se ha ido?

—Sí. Ha vuelto a matricularse y...

—Por Dios. Para mí que Jerome debe cobrar del departamento de educación de este país...

5

¿Me escuchas, querida señorita Gwen?

Durante aquellas primeras semanas la recepción era tan nítida que alcanzaba niveles telepáticos. Yo te hablaba, tú me respondías, oía tu voz profunda-dulce temblorosa de antiguo fervor y podría haber jurado que sabía lo que estabas haciendo y sintiendo minuto a minuto del día. Ahora va a encontrarse con Christopher para tomar una copa y tratar de explicarle qué era lo que no funcionaba entre nosotros (ojalá me lo hubieras dicho a mí, nena). Ahora está cenando con una de esas feúchas amigas tuyas con el corazón solitario o con alguna pobre viuda eslava necesitada de una comida de restaurante (aquí yo sentía ciertos ánimos renovados, pues me acordaba de tu bondad, de tu generosidad sincera y áspera, nunca trajiste mucho

dinero a casa, pero sí sabes escuchar, y ello me animó, pues de forma demencial me dije que acaso estuvieras reservando un poco de tu bondad para mí). Presa del autoengaño, me decía: puedo ayudarla, ella me necesita, es lo único que quiero en el mundo y con todo mi corazón deseo que prospere, que le vaya bien, que cure sus heridas, sin mí si es necesario. Si a una madre le dijeran: tu hijo enfermo tan sólo se pondrá bien si lo apartamos de tu lado y no vuelves a verlo nunca más... ¿Verdad que esa madre se prestaría alegre al sacrificio?

Pero entonces pasaron las semanas, y me di cuenta de que, por supuesto, tú no querías mi ayuda. Armada con el intenso desdén herencia de tu papi, lo que querías era verme en el suelo, subyugado. Muerto, en pocas palabras.

¿Por qué?, me preguntaba yo. ¿Qué he hecho para convertirme en tu enemigo? Y entonces lo entendí. Yo tenía que morir para que tú te convirtieras en una viuda animosa y distinguida, libre de empezar de cero otra vez. De forma que nuestra hija un día de mayor no te echara en cara la denegación de un padre aceptablemente atento y adorador. (¿En algún momento se le ocurrió pensar lo mucho que podría haberle enseñado? A tocar el banjo, a construir una estantería para libros, a plantar un jardín, a cambiar un neumático, a rezar a Dios en el lenguaje de sus padres, a amar... Pero estas habilidades menores nada son en comparación con la árida totalidad de tu orgullo...) Tú tenías que serlo todo para ella, por si a la niña le daba por desobedecer o mostraba inclinación a ser su propia persona, pues entonces podrías amenazarla con quitárselo todo de golpe.

6

¿Me escuchas, hermana? ¿Me escuchas? Es la última vez. Es la última vez. Es la última vez que vuelves a oír de mí. Es la última...

CAPÍTULO TRES

Mosquitos, hierbas de la marisma, el ruido de las puertas mosquiteras al cerrarse, los infantiles olores de las almejas fritas y la loción para el bronceado. Maddock lleva puestas unas Ray-Ban y una gorra de tirilla y está cantando las canciones que pinchan en la emisora de country mientras avanzan por el Ocean Boulevard a bordo de su pequeño volquete.

Estamos en agosto, y Gwen finalmente se ha venido abajo, de forma relativa, eso sí. Ha estado yendo día tras día a la oficina para... para estar allí sentada. Mientras se le iban amontonando el correo y los mensajes del contestador, hasta que un buen día se sintió demasiado débil hasta para hablar por teléfono.

Y entonces fue cuando te diste cuenta de cuál era el nombre que gritabas por las noches. Cuando las cosas iban mal, era a Maddock a quien necesitaba. Siempre.

La casita de Maddock consta de tres estancias. Gwen duerme con Bella y Blooper, el perro de su hermano, en la sala de estar, que está separado del dormitorio de Maddock y Riley por una pulgada de contrachapado. A Riley, que sale del trabajo después de la medianoche no le debe de hacer mucha gracia que la sobrinita de su compañero la despierte a las seis de la mañana con sus gritos, si bien tanto ella como Maddock se muestran infaliblemente generosos con lo poco que tienen y están prestos a hacer sitio a sus huéspedes inusuales.

Una vez allí, Gwen descubre que le cuesta lo suyo llevarse a Bella a la playa, donde las dos vadean los charcos del agua salada, recogen rotas conchas y cangrejos sin patas. Gwen aquí puede relajarse un poco y contemplar cómo un barco de carga está varado en primer término del horizonte a la espera de recibir permiso para entrar en el puerto de Portsmouth. Aquí no tiene que pensar. No tiene por qué verse anegada por remordimientos inútiles. No tiene que pensar.

Cuando llega el mediodía, carga con la niña y se la lleva al Sandpiper. Allí, a Bella le entran los lloros porque en su emparedado de queso caliente hay un imaginario punto negro, o porque la ha obligado a venir de la playa, o porque no le deja quitarse el bañador en medio del café o entrar en el interior con dos cubos llenos de arena hasta los topes. Los días que Gwen pasa con la niña por lo general se reducen a la constante gestión de sus pataletas. Es la edad. Y en todo caso, las pataletas centradas en bañadores son menos épicas que las centradas en ropa para la

nieve.

Esta noche de final de verano, Gwen y Maddock están estirados en la hierba bebiendo ron con coca-cola. A través de la ventana abierta les llega el pequeño rumor de los ronquidos de Bella, quien está dormida en su lecho de almohadas y cojines sobre el suelo de la sala de estar.

—Qué niña tan dulce —apunta Maddock con afecto. Gwen tan sólo ve el destello de su cigarrillo en la oscuridad. El de ella (quien tan sólo fuma después de que Bella se haya acostado) viene a ser una luz de respuesta en la noche.

—Cuando éramos niños ¿no se veían más estrellas por las noches?

—Contaminación luminosa. En casa tengo un telescopio, pero uno no ve nada con todas esas luces de la autopista. Si quieres, una noche lo cogemos y nos vamos a la playa.

—¿Tienes un telescopio? —a Gwen la sorprende.

—Sí, pero es un poco malo, y tiene sus años. Lo robé, hace unos años.

Gwen se acuerda de cuando en Nueva York los dos robaban caramelos y pomos de puertas. Los telescopios son muy grandes.

—¿De una tienda?

—No. De una casa en la que entré.

Gwen lo piensa un momento.

—Me había olvidado —dice—. De tus tiempos de ladrón.

—Bueno, tampoco es que me dedicara a reventar bancos o tiendas. Lo normal era que subiera por una cañería al dormitorio de alguien y arramblara con un frasco de percodán.

—¿Eso cuándo fue? ¿Durante mi último año en Milton?

—El invierno antes de que me fuera al oeste. Después de que me echaran de Thorndale. Yo y un amigo cuyo nombre no voy a decir. Buscábamos las segundas residencias, las casas de veraneo. Rompíamos una ventana, entrábamos, nos tomábamos una copa, mirábamos la tele, nos largábamos con una radio o un trofeo de golf. Con un telescopio. Con cualquier cosa que nos pudiéramos llevar andando.

—¿Por qué lo hacíais?

—Por aburrimiento. Aquí los inviernos son muy largos. Igual porque nos daba un poco de envidia ver cómo vivía aquella gente. Las familias convencionales con un papá y una mamá, esto es. La mayoría de mis amigos lo pasaban bastante peor que nosotros en sus casas, donde no tenían qué comer o en las que sus padres los azotaban con el cinturón. Yo quería ver cómo vivía la gente normal; si dormían en camas separadas o de matrimonio, qué pastillas tenían en el armario del baño. La mayoría de la gente se lo lleva absolutamente todo cuando dejan la casa al final del verano. Hubo una vez que lo único que nos pudimos llevar fue un diccionario médico.

—¿Tu compinche era Byron Beale? —pregunta ella.

—No te lo pienso decir.

—¿Qué ha sido de Byron? ¿Lo ves alguna vez?

Silencio. Maddock apaga su cigarrillo en la hierba.

—Quería ver si me lo ibas a preguntar. Él está bien. Sigue viviendo por aquí.

—¿Trabaja?

—Sí, de jardinero en el club Okateague. Vive con una de las hermanas Costello: Jessie, una de las pequeñas.

—¿Tienen niños?

—Tienen la custodia de su hijo, que andará por los dieciséis años. Byron a veces me pregunta por ti.

A Gwen de pronto la asalta la imagen del estómago de Byron Beale, que tenía una larga cicatriz provocada por un apéndice reventado... Su madre no le había creído cuando él le dijo que le dolía. Byron tenía más cicatrices, en los hombros, en las piernas, en la espalda. Así que Maddock siempre supo que Byron y ella se lo habían montado. Y ahora se había molestado por lo utilitario y frío de su pregunta. *Quería ver si me lo ibas a preguntar.*

—¡Eh...! ¿Has visto eso?

Ambos gritan por igual al ver la estrella fugaz de cola chisporroteante que parece ir a caer directamente sobre la tierra.

—Volviendo a lo de antes... ¿Os pillaron alguna vez a ti y a tu amigo anónimo?

—El tío Rich me sacó las castañas del fuego, como de costumbre. Nos cegamos. Me cegué. Entramos en una casa de la Meredith Road y cogí esta caña de pescar último modelo y de las caras. Yo ni siquiera sabía bien en qué casa estábamos. Pero uno de aquellos viejos pedorros que vivían junto al río Parker me vio pasar con aquella caña de trescientos dólares y se figuró que no me la habían regalado por Navidad. La policía se presentó y empezó a hacernos preguntas. Resultó que el de la caña era dueño de una gran marisquería en Newick. El tío Rich me hizo ir con él al restaurante, donde tuve que devolverle la caña al tío y pedirle disculpas. El otro dijo a la policía que me soltaran, pues no iba a ponerme la denuncia. Eso sí, al niñato éste le iría bien ingresar en el ejército, añadió. Lo que soy yo, no quiero volver a verlo hasta que lleve el pelo al cepillo y haya descubierto a Dios. La caña de pescar era fantástica. —Maddock hace una pausa—. Yo nunca fui como tú: nunca tuve grandes ambiciones. Y si a veces no lograba ir tirando, no le hacía ascos a buscarme la vida como pudiera.

—Yo tampoco tenía grandes ambiciones.

—No, pero al menos entendías que si aprobabas los cursos, la gente luego no iba a meterse contigo.

—Hmmm. Puede ser. —Gwen asiente vagamente, sin querer reconocer que de hecho se dedicó a sacar sobresalientes por la misma razón por la que él robaba en casas ajenas: como un recurso tan estúpido como inefectivo para suplicar un poco de amor—. Por lo demás, hoy parece que los que se buscan la vida como pueden son los que de verdad están ganando dinero...

Él y Riley la han llevado a mostrarle la parcela de la que son propietarios: veinticinco acres de bosque cerca de Durham, un terreno con algunos árboles muy viejos y bonitos. Maddock le ha estado enseñando los planos de la casa de cuatro dormitorios con calefacción central que piensan empezar a construir la próxima primavera. Gwen se queda impresionada al saber que su hermano se ha pasado años ahorrando para hacer algo grande.

—Nada de eso —responde él, desdeñoso—. La economía ahora va bien, y eso es todo. Hace diez años las cosas estaban fatal por aquí. Lo malo es que ahora seguramente he comprado demasiado caro...

Gwen piensa en la jornada anterior, en la que bajaron a Newburyport a visitar a Katrina y a Hal. La tía Sue, con Emily y sus tres hijos, más tarde se reunieron con ellos en Plum Island para celebrar un picnic. Todos los que tenían más de once años sabían que incluso en agosto el agua estaba demasiado fría para nadar en ella; tan sólo los niños se metieron en la orilla un momento, para al instante salir con los labios violáceos.

Katrina tenía cogida de la mano a Bella, quien a gritos estaba exigiendo que también la dejaran bañarse.

—Qué cabezota es... —dijo su abuela—. Me recuerda a otra persona que conozco.

Gwen no se las ha arreglado para recomponer las relaciones con su madre después de la desastrosa visita navideña. Una vez cada par de meses conversan un poco al teléfono, Gwen le envía fotografías de Bella, la otra le habla de cierta exposición colectiva que se va a celebrar en el viejo cuartel de los bomberos de Haverhill, pero la reconciliación nunca termina de despegar: los gestos son siempre sobresaltados, nacidos de la nada y a nada conducentes; los chistes y las bromas siempre resultan forzados. Al encontrarse esta vez en el jardín de la casa de Addison Road, Gwen intuyó que a su madre le estaba costando abrazarse con ella, que en su voz de bienvenida había nota oculta de resentimiento. Su madre está completamente convencida de que Gwen fue la agresora durante su último desencuentro; Gwen debió de decirle alguna de esas cosas que la gente nunca llega a perdonar. El hecho de que el matrimonio de Gwen se haya ido a tomar viento tan sólo parece haber contrariado aún más a su madre.

Hizo lo que pudo, se dice Gwen ahora. El esfuerzo que Katrina estaba haciendo resultaba visible en los músculos en tensión de su cuello. Su madre trató —con valentía— de piropear y acariciar a Bella, quien no tenía idea de la identidad de esta señora con el pelo rubio desvaído.

—¡Está enorme! ¡Siento como si mi propia nieta fuera una desconocida!

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos de Katrina —quien le había preparado al horno las galletas de mantequilla que tanto le gustaban de niña; les había preparado un café por completo indigerible—, Gwen por primera vez comprendió que las cosas no iban a arreglarse entre las dos. Se llevan mal de un modo próximo a

la repulsión física.

Gwen contempla a Maddock —quien llama a su madre «mamá» o «colega», cuya casita está decorada con las esculturas que Katrina hace con maderos de playa, con sus acuarelas, quien se sienta a comer con un brazo en torno al cuello de Katrina— y se da cuenta de que, a diferencia de él, Gwen siempre ha hecho que su madre se sienta no querida, como si su primogénita se pasara la vida enjuiciándola sin compasión.

—¿Sabes una cosa? —dice Gwen ahora, con la mirada perdida en las estrellas agrupadas—. Es bueno que otra vez nos hayamos visto Katrina y yo y hayamos hablado. Casi lo único bueno que me ha traído el fracaso de mi matrimonio...

—Lo siento por vosotros.

—Sí. A ti él te caía bien, ¿verdad?

Una pausa.

—Es un tío simpático. Y tú y él os las habéis arreglado para tener una hija estupenda. Algo es algo.

Pensando en el segundo hijo del que acaba de librarse, Gwen responde:

—Pero está claro que no vamos a tener otro niño.

—Entiendo.

—Quizá no lo traté muy bien.

—No te flageles. Si se ha acabado, lo que tienes que hacer es tomártelo con calma.

En tono pausado, Gwen añade:

—Muchas veces hago sufrir a los demás porque no sé bien qué es lo que quiero.

Maddock le tiende una mano en la oscuridad.

—Eres una chica muy fuerte, guapa. El hecho de que tengas que ocuparte de la niña hará que veas las cosas más claras. Y eres una madre estupenda, así que no veo por qué te culpas de todo...

En la oscuridad resuenan los saltamontes, rugidos de motocicletas cuando pasa de largo una pandilla de Hell's Angels. El temblor en la palma de la mano de Maddock te dice que su aparente generosidad espontánea es pura comedia. Tu hermana te llama pidiéndote refugio de su matrimonio que se ha ido a pique, y lo que tú tenías por una vida feliz ha resultado estallar en pedazos dejándolo todo perdido de un dolor puro y duro.

Suena el móvil de Maddock. Es Riley, quien le notifica que acaba de irse el último parroquiano. Maddock se levanta y se sacude las ropas de hierba. En un momento se marchará a recoger a Riley al Hemingway's, y Gwen se quedará a solas con este remordimiento insufrible. Una niña dormida, una conciencia intranquila.

En este momento no le basta con la certeza horrible de tener la razón.

—¿Te parece que estamos condenados a repetir las cosas? Me acuerdo de papá y mamá, de este ciclo absurdo de rupturas familiares...

Maddock, quien está bailando a la pata coja porque una pierna se le ha quedado

dormida, se lo piensa un momento.

—¿Quieres saber mi opinión? Yo no veo que las cosas sean tan parecidas. Aunque a veces me digo que en este país las cosas irían mucho mejor si el gobierno prohibiera el divorcio en lugar del tabaco. —Maddock apoya la pierna dormida. Da un paso inseguro; se echa a reír—. Pero yo tengo una cosa muy clara: Si las cosas entre Riley y yo llegan a este punto, que la chica tenga claro que el divorcio no es ninguna opción. La que me engaña y luego quiere dejarme conmigo lo tiene pero que muy mal. Me la cargo.

CAPÍTULO CUATRO

1

Querida Gwen,

Gracias por llamarme por mi cumpleaños.

Nunca había pensado que al cumplir los treinta y cinco años fuera a gozar de semejante libertad.

Lo celebré en casa de Dina. Como en los viejos tiempos. Más cajas de cartón. Me dije que a mis antiguos compañeros igual les daba por pagarme unas cuantas furcias para la ocasión. Que igual de pronto salías del pastel con los brazos abiertos.

No sucedió.

Ethan me regaló un libro sobre inteligencia artificial.

El autor hace mención al primer ordenador empleado para traducir, que estaba programado para traducir del inglés al ruso. Para empezar, probaron con unos proverbios.

Primera prueba: el programador escribe en el ordenador: «Ojos que no ven, corazón que no siente».

El ordenador responde en ruso: «Ciego, muerto».

Yo diría que en este caso el americano eres tú y el ruso soy yo.

Igual te dices que me las estoy dando de mártir, lo que pudiera ser una especie de heredado tic cultural.

En el mismo libro, el autor explica que hoy es sabido que los criptógrafos británicos durante la guerra interceptaron mensajes del ejército alemán en Rusia en los que se documentaba el comienzo del holocausto. Y cuando alguien preguntó si no habría que hacer algo al respecto, cierto diplomático anónimo contestó:

—Lo último que ahora nos tiene que preocupar son esos lloricas de los judíos.

Yo estoy bastante de acuerdo; de hecho, parte de la exasperante versatilidad de los judíos tiene que ver con el hecho de que incluso cuando están llorando a moco tendido se dan cuenta de que al mundo no circuncidado se la refanfinfla lo que pueda ser de ellos.

Como ves, vuelvo a leer libros, así que no todo me va tan mal. Desde que te llevaste tu amor —o sea, desde que me recomendaste la marcha—, mi vida cultural

ha mejorado bastante. En los ratos libres me estoy convirtiendo en una suerte de solterona con ínfulas de intelectual. Qué cosas tiene la vida.

Tu amigo a veces, G.

2

Una tormenta de finales de verano, un viento sulfuroso. Hojas que rebotan sobre la acera como esqueletos minúsculos, y dice Sión: «El Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado». ¿Puede una mujer olvidarse de su hijo de teta? Pero por el sitio de Jerusalén sabemos que las mujeres pueden comerse a sus hijos de teta, que esto sucederá y tiene que ocurrir a fin de que se dé el milagro de la redención.

Y Dios, que repara en esta maternal propensión, admite: «una mujer puede olvidar a su niño de pecho (“olvidar” aquí significa masticar su frágil columna, costillas y cráneo con sus piños recién arreglados, como si su niño fuese una sardina, una gamba, una codorniz fragante y crujiente), pero yo no te olvidaré (o sea: que no te devoraré). He aquí, en las palmas de mis manos, te he GRABADO (¡en las palmas de las manos de Dios!); tus muros están constantemente delante de mí».

¿Qué coño hay que pensar de todo esto, de esta mutilación, de esta teogónica circuncisión? *Dios, el novio sediento de sangre acaba de inscribir su nombre en las palmas de Sus manos.*

Gideon también tiene un cuchillo. Es un hombre que trabaja con las manos, y todos los trabajadores manuales llevan cuchillos consigo. Lleva el cuchillo —que es de caza— en el cinturón o en el bolsillo; a veces lo tiene con sus demás herramientas en el taller. En este momento echa mano al cuchillo —empieza a amanecer, y ya no es preciso que conecte la lámpara— y hace un ensayo. Una «G» en su palma derecha —sajando, cortando torpemente la carne moteada allí donde su vida y su destino una vez cantaron el nombre de ella: su «G» —gino, genoma, géiser, gota gorda— y la «G» de él. La G de Gary. Haría mejor en recuperar su nombre de esclavo —lo sabe—, pues ya no es un Gideon —o sea, un guerrero—, sino que es un Gary. ¿Existirán ritos tribales para la desiniciación? ¿Para celebrar la regresión desde la edad adulta?

Trata de tallar una «G» en su mano izquierda, pero (como es zurdo) no hace muchos progresos. La carnicería es aceptable, pero la caligrafía no tanto. Gideon concluye que Dios, a diferencia de él, tiene que ser ambidextro (lo que tampoco es tan sorprendente).

Le duele a rabiarse, y está todo hecho un asco. La sangre mana, brota, encharca, le cae por las muñecas empapando la manta, pero él vuelve a su biblia de Jerusalén, donde está en la parte en la que el Sión resurrecto va a ser criado por reyes, y aunque Gideon es consciente de que él nada tiene de rey —ni de la baraja siquiera—, le parece evidente que están refiriéndose a él, el padre de su hija. Un papel que él no eligió, que le fue conferido por obra de cierta horrenda metamorfosis ovidiana. Él tiene sangre, y por mucho que Gwen cuente con leche, Gideon puede alimentar a su niña con su propia sangre, como un pelícano.

Jerome, al teléfono.

Una calima horrorosa. Bochorno.

Jerome no es amigo de hacer llamadas.

Cada vez que el teléfono suena, Gideon da un respingo y piensa que se trata de Gwen. Diciéndose: son tantas las veces que no se ha tratado de ella que por pura ley de probabilidades esta vez tiene que serlo.

No lo es. Nunca.

¿Cuántas semanas han pasado desde que la llevó a ver *Rasselas*, desde que juntos yacieron desnudos en su vieja cama de matrimonio? Gideon sigue llevando las palmas vendadas. La mano derecha se le ha infectado. Los movimientos más simples —vestirse, abrir una bolsa de patatas fritas— le resultan torpes y dolorosos de una forma prohibitiva.

—Gidele, ¿alguna vez te he hecho un favor?

—No.

—¿Ni el favor más pequeño que concebirse pueda?

—Bueno, acaso el de enseñarme cómo no hay que tratar a unos empleados.

—Pues muchas gracias, Gideon. Pero bueno, dejémonos de tonterías. Al grano. Necesito tu ayuda. Dan me ha dicho que este otoño igual estás libre... Peter se me ha ido. Y necesito a alguien que lleve a la compañía de gira.

—Por lo que dijo Dan, entendí que tú mismo ibas a hacerlo.

—Ni hablar. Lo que voy a hacer es encontrarme con todos al final, en Budapest. Bridey y yo nos vamos de viaje solos, como dos tortolitos. De repente me ha dado por visitar el viejo *shtetl* de la familia.

—Pues yo a ti te hacía un *yekke*.

—Bueno, la familia de mi madre era berlinesa, pero la de mi padre venía de Besarabia.

—No me digas.

—¿Nunca te he hablado de mis abuelos?

—Lo habré olvidado. —Mentira.

—Verás. Mi abuelo era un famoso cómico de la troupe de Mogulesco. Mi abuela, cuya familia era muy pía, una noche salió a hurtadillas de su casa para ir a verlos. Mi abuelo, que era hombre casado, la convenció de que se fugara con la compañía. No te puedes figurar el escándalo que en su momento supuso que en escena salieran muchachas judías respetables... Y mi abuela fue una de las primeras en hacerlo. Hasta entonces, la escena era por completo isabelina: los papeles femeninos los interpretaban muchachos que ponían voz de falsete. Mi abuela se convirtió en una estrella con todas las de la ley, y fue ella quien se llevó a la familia a América antes de la guerra...

Gideon ha escuchado esta historia un millón de veces con pelos y señales, pero el

teléfono en estos momentos le hace compañía. Es un teléfono que habla por sí solo: un ídolo animista del que las frases brotan y se expanden. No me dejes, no cuelgues, le dice al teléfono, sigue hablando. De pronto tiene miedo de seguir a solas en esta estancia, en la habitación donde por primera vez le bajó los leotardos de lana a su mujer y le comió el coñito dorado y delicioso. Donde por primera vez probó su agridulce. Que nunca más va a volver a probar. Porque si otra vez le da por infligir cortes, a saber cuándo terminará...

Además, en la voz profunda y sabrosa de Jerome, en su egocentrismo de vuelta de todo se da una cualidad que Gideon encuentra reconfortante.

—Así que necesitas a alguien que se lleve a la compañía de gira —apunta—. ¿Cuándo?

—A partir del tres de septiembre. Durante dos meses.

Quizá no sea mala idea irse de la ciudad cuando a La Merced vayan a darle el pasaporte. Pero, ¿adónde irá él después?

—Mira, Jerome. Yo ya no tengo dieciséis años.

—Me alegro de saberlo —dice la voz de Jerome.

—Ahora soy padre, y se supone que tengo que aportar algo de dinero a mi, eh, familia...

—Lo entiendo, créeme. Por eso se me ha ocurrido...

—Si lo que quieres es ponerme a trabajar como una especie de esclavo, te advierto que hablo con el tío político de Dina y le digo que te ponga una denuncia...

—Gideon, ¿tú por quién me tomas?

—Te tomo por un cabrón que está forrado pero es un garrapo de cuidado. ¿Cuánto les pagas a tus directores de gira en estos tiempos que corren?

—Gideon, tú y yo nos conocemos demasiado bien para...

—Ese es el problema. Que te conozco demasiado bien.

—Gideon, si quieres, hacemos un contrato por escrito. Te damos un adelanto, hacemos un contrato formal, lo que tú quieras...

—Jerome, te lo voy a decir claro: ese trabajo que me ofreces tan sólo lo voy a aceptar a cambio de un montón de dinero.

—Entiendo. Mira, Gideon. No puedo prometerte un montón de dinero, pero sí que te pagaremos y...

—No. No me estás escuchando. Un *montón* de dinero, he dicho.

4

Estoy leyendo ese libro de Rumi que me regalaste el último San Valentín. (¿Recuerdas que te decepcionó que no me pusiera a leerlo de inmediato?) Nunca se me ocurrió pensar —tan persuasivamente habías eliminado mi desconfianza previa— que no gozaríamos de años en los que ambos seguiríamos disfrutando de los descubrimientos del otro. Por eso te lo estoy diciendo ahora, en un vacío, lo mucho que a mí también me gusta Rumi. (¿Será ésta una señal de que al final sí que

estábamos hechos el uno para el otro?)

Estoy relejendo la introducción, en la que se describe al antiguo amor de Rumi, Shams de Tabriz, quien vagaba por el mundo en busca de alguien «capaz de aguantarme», meta por la que está dispuesto a —lo jura por Dios— entregar su propia cabeza. Como en el Cantar de los Cantares, anda en busca de su Amado. El Amigo. Su *dost*. ¿Te acuerdas de cuando antes me llamabas tu *dost*?

En Konya un día le presentan a Rumi, quien por entonces tiene treinta y siete años, y quien nada más ver a Shams se desploma víctima de una crisis de epilepsia provocada por el reconocimiento del otro. Y durante cuatro años viven en un estado de éxtasis y comunión. Cuatro años, cariño. Nosotros apenas disfrutamos de tres.

Shams no puede soportarlo. No puede soportar la transparente verdad acusatoria del amor de Rumi. De vez en cuando desaparece, se esfuma para disfrutar de la vida por su cuenta.

Pero Rumi no le deja en paz. Cada vez, Rumi abandona a su mujer, a sus hijos, a sus discípulos, su *medresa*, para dar con el *dost* fugado, a quien termina por traerse con él. El regreso con Rumi cada vez resulta más efímero y complicado. Hasta que un día Shams desaparece, sin que esta vez ya no vuelva nunca, nunca, nunca más. Ha desaparecido sin dejar rastro, y para siempre.

Los amantes de las teorías de conspiración sostienen que los celosos discípulos de Rumi asesinaron al pequeño cabrón, pero yo creo que Shams se entregó en exceso. ¿Y Rumi? ¿Rumi se hunde? Rumi preserva su equilibrio y en el fondo siente distanciamiento. Es un pragmático. Al final, el despojado Amante se dice que el Amado de hecho reside en su propio interior. Soy mi propio Otro.

Buen truco, Rumi. ¿Qué otra cosa podía hacer un filósofo abandonado más que elaborar una filosofía del abandono? Pero a otro perro con ese hueso. Yo no me creo ese rollo, ni por asomo. Yo en su lugar hubiera contratado a unos asesinos a sueldo para que acabaran con Shams. Que dieran con la choza en la que estaba oculto con su vino y su amiguito de turno, y que se lo cargaran. ¿No había jurado ante Dios que estaba dispuesto a rendir la cabeza a cambio de dar con la persona que pudiera aguantarlo? ¿Cómo? ¿Que no lo aguantaste? Córtale la cabeza, Rumi, córtale la cabeza a quien tan poco aguante tiene. Y luego córtate tu propia cabeza. Polvo eres, y en *dost* te convertirás. Ni en amor, ni en tierra, ni en vida.

5

La tierra le pertenece al Señor, pero son vuestras las abominaciones que en ella cometéis.

Gideon oye ruidos en la noche y cree que son los matones a sueldo de los hermanos Safir, que vienen a por él. Se levanta, cuchillo en mano. ¿Será una rata o será un Safir? Oye ruidos y piensa que se trata de Martin Lewis, que viene a por él. Oye ruidos sordos y de roce. De gente que corre. De gente que se esconde. Oye ruidos y los sigue. Una noche acaba en el tejado, gritando. Cuando se levanta por las

mañanas, los ruidos han desaparecido. Martin Safir. Hermanos MartinSafirMartin. ¡Venid a por mí! ¡Venid a por mí!

Abre los ojos y se encuentra que hay una persona a su lado de pie, mirándolo desde arriba.

La luz del día. El calor. El borroso zumbido de una mosca que se está ahogando en un vaso de escocés. El día. El calor. Su manta está húmeda de sudor. La persona se ha ido.

Cierra los ojos.

Los abre.

El día. El calor. Esta vez le están dando algo.

Un hombre.

Un papel, para que lo firme.

No.

El divorcio o el desahucio.

No.

Un papel, para que lo firme. Por el que renunciará a los derechos sobre su mujer y su hija, renunciará a los derechos sobre su cama, renunciará a los derechos sobre su cabeza.

Otro hombre inclina la cabeza sobre él, y esta vez es un hombre corpulento, de él fluye un olor que es animal-estable-familiar. Un olor a caballos, a heno, a sudoración limpia. No un olor barato y untuoso a abogado, a ciudad: es un olor del campo, tan bueno como el de su propia hija de veintiún meses, tan limpio como el de una niña que está mamando del pecho de su madre. Huele como huele la propia sangre, como cuando Esaú olió a Jacob, dejó su arma en tierra y se echó a llorar. El hombre es corpulento y parece un ángel, si es que hay ángeles que pesen cien kilos, lleven gafas y tengan las patillas rubias.

Gideon al principio cree que se trata del rabino de Ohelei Yaakov, pero finalmente reconoce a su antiguo vecino de La Merced, Isaac.

Gideon se frota los ojos, se estremece el cuerpo como un can. Tiene frío. Su sudor es rancio, frío y húmedo. Se sienta.

—Tómame un café, anda —dice Isaac.

Es Isaac, su vecino.

Un vaso laminado de café para llevar junto a su cabeza. Un donut, arrugado, con el azúcar del exterior medio reblandecido por el papel encerado del envoltorio.

—Rosquilla francesa —explica Isaac—. El azúcar te despierta de golpe.

Como un vagabundo sin techo, Gideon se envuelve en una de las mantas y calienta las manos en el vaso de papel caliente.

Está tiritando, tiritando.

Estamos en agosto, y el blanquecino, ondulado filtro de luz le dice que no tendría que hacer frío, pero la habitación da al este, y la luz de la mañana acaba de pasar de largo. Gideon detesta el este. Que le den el oeste, el norte, el sur, lo que sea menos el

este. Nunca ha sido muy amigo de levantarse pronto. Preferiría que el sol no saliera nunca a que haya pasado de largo cuando abre los ojos... La gloria fugaz.

Devora el donut a bocados.

—He comprado una bolsa llena.

Se zampa otro. Mejor, mejor.

—¿Aquí hace frío o es que soy yo? —Está entrando en calor.

—Eres tú —dice Isaac, quien está erguido al pie del lecho de Gideon, vestido con una camiseta amarillo pipí con la leyenda «Ostrich Brothers Autos, Ashuelot, N. H.».

No te vayas, trata de decirle Gideon. Que no te vayas.

—Ashuelot —apunta—. ¿Y eso dónde queda?

—En New Hampshire. Mi tierra.

—¿Sigues teniendo familia por allí? —El texto subliminal reza: No te vayas. No te vayas.

—Pues no. La familia Hooker al completo lleva tiempo criando malvas; allí no queda ni dios. Mi madre se fue cuando se casó otra vez. Mi hermano vive en San Francisco; trabaja de programador.

Isaac acaba de dar con el paquete de Bustelo y con el cazo para el café turco, por intuición deduce cómo se enciende el hornillo de gas. Si va a preparar el café de la mañana... ¡es que se queda!

—Joder... A todo cristo le ha dado por trabajar de programador en San Francisco. ¿Conoces a Dina?

Dina se ha ido. Sigue llamando a Gideon casi a diario, aunque sólo sea para cerciorarse de que no ha caído muerto en mitad de la noche. Lo que él escucha tras desbrozar su oficial voz animosa que reserva para las conversaciones a larga distancia es culpabilidad por el hecho de que sus suertes se hayan invertido de forma tan inesperada. Si pudiera, Dina le daría un poco de su felicidad: las mujeres son más aptas para manejarse en la soledad que los hombres, quienes necesitan cercarla con alguna forma de religión para no terminar perdiendo la cabeza. Cuando su marido la dejó, Dina no se refugió a lloriquear en un lecho astroso, sino que siguió llevando a su niño a la guardería todos los días antes de irse a su propio trabajo. Sí, Gideon se dice, pero si a mí también me hubiera abandonado Michael Pinto, lo que yo habría hecho habría sido bailar de contento...

—¿Dina? Sí, creo que sí. ¿Más café?

—Las tazas están abajo —informa Gideon, encogido. Sabe que están en pleno verano, pero nadie le ha dicho que su cuerpo sigue tiritando y sus dientes siguen castañeteando, embarcados en su propia conversación de chimpancés independiente del resto de su persona.

Isaac sirve dos tazas. Las tazas son pequeñas y amarillas, herencia de la suegra de Andrea. Son medias tazas delicadas de un modo ridículo, rotas y recompuestas con pegamento cinco veces cada una.

Gideon se bebe el café en dos tragos para caldearse por dentro.

—¿Y vas mucho de visita a New Hampshire?

—A veces. Tengo amigos por allí.

—¿Alguna vez has pensado en volver?

Isaac deniega con la cabeza.

—No. New Hampshire es mi hogar, y ya se sabe que el hogar de uno es donde anidan los odios.

—¿En serio? Yo no lo veo así. Será porque nunca tuve un hogar de verdad. Mi familia era de ésas que cambian de dirección cada seis meses y...

—Y por eso te convertiste en teatrero ambulante —completa Isaac, bienhumorado.

—*Takke*. No sabría qué hacer con un hogar ni aunque me tocara en una tómbola. ¿Y tú? ¿Sigues viviendo ahí, en Long Island? —Quiere hablar. No ha hablado con un ser humano desde que la semana pasada dejó a Bella en su casa. Si Isaac ha venido a verlo, será porque él tampoco le cae tan mal. Daría la propia cabeza por que alguien me aguantase...

La razón por la que los hombres se llevan bien con los hombres radica en que no son tiquismiquis; no tienden a juzgar a sus interlocutores con la rapidez propia de las mujeres. Tú sitúas a dos hombres desconocidos entre sí frente a un televisor, les proporcionas una docena de latas de cervezas, y todos felices.

Gideon se acuerda de la furia que a Gwen le entró la primera vez que él encendió el televisor en su presencia. Con mala cara y profusión de aspavientos, lo tachó de hipócrita, y, sí, Gwen, es verdad que la tele es un cacharro alienante, pero uno a veces necesita desconectar. Gwen, a veces no pareces entender cómo la gente vive su vida, tienes esta doctrinaria idea de la perfección que a tu pareja a veces puede resultarle un poco rígida.

—Y pienso seguir allí un rato largo. No puedo vivir en el centro: en su momento me hice la resolución de no leer libros durante las horas de trabajo; mi única oportunidad de leer me la proporcionan los trenes y los autobuses. Y por el centro todo está muy caro. Si viviera por aquí, igual tendría que pillar un empleo de verdad.

Gideon en este momento se acuerda de que Isaac tiene uno de esos trabajos-chollo que al que es listo le ocupan cosa de una hora al día.

—¿Y en qué andas metido? Hace tiempo que no te veo. —Antes fui querido, y ahora no lo soy. Si no soy querido, no voy a seguir viviendo.

—Chorradas varias. Acabo de formar una... una cooperativa de cineastas. O mejor sería llamarlo una unión de cineastas negados y poco cooperadores. Un puñado de inmaduros como yo a los que nos chifla Pasolini y nos creemos que el cine es el vehículo perfecto para la polémica. Hemos hecho un manifiesto por el que nos comprometemos a juntar todo lo que tenemos y rodar una película al mes...

—Mola —dice Gideon, asintiendo con la cabeza. Asintiendo con demasiado énfasis, incapaz de dejar de hacerlo.

De repente entiende con seguridad absoluta que Isaac Hooker está tratando de

reunir el valor suficiente para preguntarle si necesita un lugar donde vivir. Y Gideon lo odia por ello. ¿Qué derecho tiene este gorilón a pensar que puede llevarme a su casa como si yo fuera un perrillo encontrado en la calle, a mí, a un hombre adulto, un padre de familia, un vecino del trabajo al que apenas conoce? Se acuerda de que esta persona se autodefinía como un ateo cristiano, lo que en el fondo tiene que ser lo peor de los dos mundos: un autoritarismo moralista no mitigado por ninguna visión de conjunto en la que él no sea el centro del universo.

—¿Y tú? Sancho me ha dicho que...

—Pues sí, ahora vivo aquí. El jorobado de La Merced.

Gideon se sorbe los mocos y se levanta. Se anuda una mortaja en torno a la cintura. Recoge las tazas de café, las deja en el fregadero. Escupe en el fregadero. Tío, verdaderamente das asco. Se pregunta dónde habrá dejado la pasta de dientes. Hace que ni se sabe desde que se cepilló los dientes por última vez.

Se supone que a las tres de la tarde de hoy tiene que recoger a Bella, así que va siendo hora de ponerse un poco presentable. Los niños tienen el olfato más delicado. No sabe si echarse otro café al colete o tirar por la calle de en medio y beberse un lingotazo de whisky. No escocés del bueno que le gusta a él, sino el culo de botella de barato veneno que tiene en el archivador. El whisky que compra en una tienda regentada por indios que hay en Clinton Street y en la que aún no se han enterado de que el Lower East Side está siendo invadido por los pijos. El dependiente está protegido tras una especie de garita con la ventana enrejada desde la que te entrega la mercancía después de que tú hayas apoquinado la pasta. Ya se enterarán el año que viene cuando les quintupliquen el alquiler del local y se enteren de que ahora tendrán que pagar cinco mil al mes, pues es un verdadero privilegio encontrarse en un barrio últimamente poblado por jovenzuelos empleados en bancos de inversiones.

—¿Qué hora es?

Gideon se vuelve hacia el despertador. ¿La una menos veinte? Tiene dos horas para recomponerse un poco.

—¿La una menos veinte? —repite Isaac—. Mejor que me vaya. Voy a ver a Dushan. Se ha pillado un nuevo estudio en Gowanus.

—¿Du-quién?

—¿No te acuerdas de Dushan? El que siempre andaba ocupado en hacer aquellas estaciones del calvario. ¿Quieres venir?

—No puedo —dice Gideon—. Tengo que ir a recoger a mi hija.

Pero la mención a Bella lo hunde de pronto; se suena la nariz con la sábana y piensa: Más café. Nadie llora nunca mientras se bebe un café.

Isaac sigue haciéndose el remolón.

—Oye, ¿y qué te parecen los planes que Sancho tiene preparados para el día del desalojo?

—No sé muy bien...

—A mí me parece que van a resultar un cruce entre el asedio de Waco y el teatro

del absurdo: cámaras de televisión por un tubo, y un montón de gente tirándole flores a la policía.

—Ah. Muy bien —dice Gideon—. Pero dudo de que por entonces yo siga aquí. No sé bien adónde iré, pero tengo que salir de...

—Una cosa, Gideon —dice Isaac. Y ahora se lo va a soltar, pues el viejo zorro de Gideon acaba de proporcionarle la entrada que andaba buscando—. Si necesitas un lugar para vivir, que sepas que tengo una habitación vacía. El lugar es tranquilo. El cuarto sería para ti sólo, bueno, lo tendrías que compartir con unos tres mil libros...

—Gracias —responde Gideon—. Prometo tener en cuenta todas las sugerencias.

—Piénsatelo. La casa es antigua y bonita, y se puede ir en bici a la playa. Yo vivo en el último piso.

De pronto se siente galvanizado por la rabia.

Abre el grifo al máximo con la esperanza de que el chorrillo de agua marrón-anaranjada caiga por lo menos tibio. ¿Dónde he puesto el jabón? Mientras se pregunta si la manta está demasiado apestosa y tiene demasiadas manchas de sangre para emplearla como toalla.

Tiene que lavarse, aunque sea un poco.

Las dos últimas veces, la Osa se ha mostrado tímida con él. Cuando Betty se la pasa, se aferra a la mujer entre lloros. Y cuando al final del día Gideon la deja en casa, entonces es de él de quien no quiere separarse. Lo rodea con los brazos y las piernas como si su padre fuera una palmera a la que se propusiera trepar, hunde el rostro en su rodilla, emite un suspiro profundo y tembloroso que te parte el corazón.

CAPÍTULO CINCO

1

—Así que Rusia ahora se encuentra en caída libre —dice Martin, saliendo al porche seguido por su nieta, que se está comiendo una galleta de avena con pasas incrustadas—. Me temo que tu amigo Lavrinsky está a punto de perder un dineral.

Un día caluroso y azul, uno de los últimos días buenos de agosto, en cuya claridad el ojo perspicaz puede detectar el vértice del otoño. Un ancho césped en pendiente que un joven con el pelo al cepillo está recorriendo con un cortacéspedes. Más abajo, el chapotear de los niños: Alexander y su invitado del fin de semana, Jack, se están tirando a la piscina en bomba, salpicando a Serena y a su amiga Charlotte. Unos chillidos de enfado.

—¿Se sabe algo nuevo? —Envuelta en un veraniego vestido de piqué que a estas alturas ya muestra manchas del ketchup del desayuno de Bella, Gwen tiene a su hija en brazos.

—¡Mamá!

Bella se suelta y tira de la mano de su madre. La niña acaba de comerse la galleta y quiere otra.

—Shh —murmura Gwen, limpiándole la barbilla a la pequeña. Una perilla azucarada. Unas ganas de comer galletas imposibles de saciar.

—¿Lo dices porque el presidente Clinton acaba de ir a Moscú a estrecharle la mano a Yeltsin?

Padre e hija se echan a reír. Gwen acaba de ver en las noticias de la televisión el recibimiento de Yeltsin a Clinton, dos bufones gordos por igual y dotados de similares narizotas a lo W.C. Fields, el borracho y el guarro prestándose mutuo apoyo...

—Mamá, mamá, mamá... —suplica Bella, tirándole de la mano.

—¿Qué es lo que está pasando? —pregunta Jacey.

—Lo que está pasando es que en la práctica ya no hay un gobierno —explica Gwen—. Yeltsin acaba de cesar al primer ministro y al gobierno entero, el rublo ha perdido el cuarenta por ciento de su valor, los bancos están en quiebra y no hay gobierno ninguno. No sé con quién se pensará Clinton que está hablando... Ni Rusia

tiene un primer ministro ni nosotros tenemos un presidente digno de ese nombre.

—¡Mamá, mamá, mamá! —chilla Bella, con mayor insistencia. Preparándose para dejarse caer de bruces y sumirse en un ataque de frustrada glotonería.

—Es más bien irónico —dice Jacey. Jacey lleva unas gafas de espejo y está sentada en una silla de cubierta tras haber estado jugando a los dobles en el club con sus amigas—. Estados Unidos y Rusia, en crisis al mismo tiempo.

—¿Mamá? ¡Mamá! ¡MA-MÁ!

—Es fatal, eso es lo que es —dice Martin con aire irritado—. Hay cosas urgentes que hacer en el mundo, como arreglar la economía de Asia, por ejemplo. Y aquí nadie está por la labor porque el presidente está demasiado ocupado con sus perjuros. Es el momento idóneo para que a alguien le dé por empezar una guerra mundial.

Y es verdad que en un día de verano como éste Gavrilo Princip asesinó al archiduque Francisco Fernando...

—Ya, pero la culpa la tiene ese héroe tuyo, Kenneth Starr —incide Jacey—. No creo que Clinton andara buscando que lo sometieran a investigación.

—¡Ma-má! ¡Ma-má! ¡Ma-má!

—Shh, cariño. Espera un poco.

—Jacey, me temo que en este país sigue existiendo una constitución. Y lo siento mucho, pero mentir bajo juramento es...

—Yo creo que todo ha sido un montaje del KGB —dice Gwen.

—¡Mamá! —grita Bella, tirando con fuerza de la mano materna—. ¡Mamá! ¡Mamá!

—Shh —murmura Gwen, llevándose un dedo a los labios.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Bella tira, tira y tira con más fuerza de la mano de su madre sentada. Cada dos por tres, se suelta sin querer y se cae de culo. Aúlla de irritación. De nuevo agarra la mano de su madre y tira de ella. No es fácil ser una niña pequeña.

—Cariño, ¿por qué no vamos las dos un ratito a la piscina? —ofrece Jacey, cogiéndola de la mano.

—No, si me parece que lo que quiere es otra galleta, pero ya ha comido demasiadas...

—Serena tiene clase de tenis dentro de un ratito —informa Jacey a Martin—. Imagino que no estás pensando en llevarla a...

Martin se hace el despistado.

—Me lo suponía.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

—Shh...

—¿Y qué piensas hacer esta tarde tan bonita, Martin? ¿Mirar la CNN, como siempre?

—¡Mamá! ¡Mamá!

—No... ¿Lo preguntas en serio? Tengo un montón de trabajo... Martin vuelve a exhibir un poco de color en el rostro. Jacey le ha estado explicando que el caso

Clinton lo tiene interesadísimo, hasta el punto de que igual le ha salvado la vida. Ya se encuentra lo bastante bien para sumirse en las próximas negociaciones con la Time-Warner. La mejoría de Martin provoca que Jacey esté furiosa con él, en compensación por todos los meses en que no podía estarlo porque se suponía que Martin se estaba muriendo de cáncer. Quien no la conociera bien podría pensar que, para Jacey, la recuperación de su marido había supuesto una estafa monumental.

—¿Quieres bajar conmigo a la piscina, bonita? —Jacey empieza a descender por los escalones de piedra en dirección hacia Serena y Charlotte, que están tomando el sol—. Gwen, ¿quieres que me lleve a Bella al club? Igual le gusta mirar el tenis...

—¡Na! ¡Na! ¡Na! —chilla Bella. Quien ahora se da por vencida en su propósito de arrastrar a su madre al frasco de las galletas y se deja caer al suelo de bruces. Con los puños y los pies golpea contra la hierba. Hace lo que puede y más para volverse de color azul. A Gwen le es imposible tomarse en serio las pataletas de su hija, que son verdaderos modelos de interpretación actoral.

—¿Qué pasa, cariño? —quiere saber Martin.

—Grita porque quiere otra galleta.

—¿Quieres una galleta, pequeña? Pues ahora mismo te la traen.

—Papá, no quiero que coma más galletas.

—¿Y por qué no? Son galletas macrobióticas. Las hace Sabine con avena y...

—Papá, si sigue comiendo más, se va a poner enferma.

Martin se levanta y se alisa la camisa allí donde empieza a tener barriga otra vez.

—¿Qué haces esta tarde, Gwen? —pregunta Jacey.

—¿Yo? —Gwen sonríe con malicia—. Mirar cómo se hunde Rusia. Voy a salir a navegar con mi velero pequeñito y ver cómo se hunde el barco enorme...

Jacey se la queda mirando con expresión apiadada. Se suponía que Gwen iba a estar aquí tres días de vacaciones. Pero en vez de ello, se ha pasado las últimas treinta y seis horas pegada al ordenador y el teléfono, enviando correos electrónicos y escuchando por Internet emisoras rusas de noticias. Hablando con la oficina. Hoy ha estado llamando a sus amigos en Moscú, en San Petersburgo, en las provincias, quienes están a la espera de saber si todos sus ahorros e inversiones se han convertido en papel mojado.

—Sobreviviremos —le dice su amiga Masha, que se dedica a la importación-exportación—; mucho peor lo tiene Alex Tarielashvili, que anoche vino a vernos. —Alex ha tenido la suerte desgraciada de abrir un bar de lujo seis meses atrás orientado al público de los nuevos ricos—. No sabe con cuántos órganos vitales va a tener que pagar a los criminales que le adelantaron el dinero. La mafia ahora funciona así. Ahora no se contentan con matarte, sino que venden tu hígado y tus riñones. El suicidio igual es la mejor opción que le queda. Y sería una pena, pues tiene una hija de seis meses...

Gwen se levanta para traerle una galleta a Bella, un soborno para que se calle y le deje hacer un par de llamadas más en paz. Es curioso, pero esto se veía venir, piensa

ella. No hace ni una semana que George Soros publicó esta carta en el *Financial Times* clamando por la devaluación del rublo. Y al día siguiente, el rublo se va a pique...

Desde la piscina llega un grito amplificado de Serena, que detesta el tenis, que odia el tenis, que no ve por qué tiene que ir a jugar a tenis cuando en casa está su amiga Charlotte.

Gwen se dice: nada tiene ningún significado. Este mundo está hecho de escayola. De una materia hueca que es puro oropel.

Su hija pequeña, que sigue tumbada en el suelo, ladea la cabeza, atónita al oír que una niña casi mayor está llorando.

La disociación entre el césped impoluto y los riñones obtenidos por extorsión, entre las clases de tenis y su Gideon hundido resulta grotesca.

Todo por lo que ella había apostado resultaba ser un error.

Pero la alternativa era peor.

No hay alternativa: todo es una mierda, una mierda con pretensiones o una mierda sin adornos. Mierda, babas y asco.

Suena su móvil. Consulta su reloj y calcula posibles diferencias horarias. No es una llamada que empiece por el 212; no reconoce ese número. Espera que no sea Gideon presa de uno de sus arrebatos de rabia.

—Hola, Gwendolen, ¿cómo va eso? Supongo que estarás en el club de campo, bebiendo julepes de menta... —Es Gerald, quien lleva tiempo echándole en cara solapadamente el largo verano tranquilo que se está terminando de tomar.

—Bueno, casi. A los clubes de campo no voy. Ya sabes que los judíos no son bien vistos en ellos, razón por la que a mí me entran ganas de abrazar el judaísmo. Pero sí que estoy a unos pocos metros de una piscina olímpica...

Mira cómo se llevan a Serena al interior, como a un preso al patíbulo. Serena, delgada y piernilarga, vestida con un bikini con aros dorados, es casi tan alta como su madre, tiene la piel morena de Jacey y el cabello con vetas rubias aplastado hacia atrás sobre su cráneo pequeño. Su belleza prepubescente es perfecta, si bien se ve manchada por una expresión de rabiosa petulancia.

—Me ha llamado Paul Kravitz, del Wall Street Journal. Nos pide un artículo de Lavrinsky sobre la crisis. ¿Quieres escribirlo?

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—¿De cuánta extensión?

—Ochocientas palabras. Si quieres, te doy el número de Kravitz, para que lo hables directamente con él.

—Venga.

—¿Hay más noticias del país del rublo? ¿Quién hace de primer ministro esta tarde?

—Creo que Molotov —responde Gwen—. Por cierto, y julepes de menta aparte,

¿han dicho alguna cosa en la oficina? ¿Hay alguna noticia que no se refiera a la desaparición del país?

—Un no-país enorme, por decirlo así...

—Una tumba gigantesca que ha sido saqueada. Pasarán décadas antes de que sea un país de verdad. O no. Con Rusia nunca sabes. Pero lo que yo pregunto: ¿nos vamos a quedar sin trabajo?

Gerald se ríe. Puede permitírselo, pues a él Rusia nunca le ha gustado: disfrutó poniéndola de rodillas y le aburrió bastante la obligación de ayudarla a levantarse. Para él siempre será el enemigo, un enemigo que no le llega a las suelas de los zapatos de otros enemigos, como por ejemplo Alemania.

Si Lavrinsky decide que ya ha perdido demasiado dinero y que sus proyectos no funcionan, no será Gerald quien lo culpe: a nadie le gusta tirar el dinero. Y a todo esto, Gwen sospecha que Gerald, junto con Lavrinsky, está convencido de que ha llegado la hora de que en la política estadounidense irrumpa un tercer partido político. A Gwen no le sorprendería que Gerald pronto se encontrara haciendo campaña para la elección del archimillonario Steve Forbes...

2

El día en que la bolsa estadounidense se desplomó por causa de Asia —no, perdón por lo dicho: en esta era de crecimiento económico ilimitado, lo que sufrimos no son desplomes sino meras «correcciones»—, me dije: Igual pierdes todo tu dinero, y me dije: Igual tu padre también lo pierde todo, y Lavrinsky también, y entonces a lo mejor vuelves conmigo. Porque me habré convertido en el ciego capaz de ver en la oscuridad, quien te puede enseñar a ver con el ojo interno del corazón. Podemos enseñar a nuestra hija a robar huevos de pájaros y cosechar acederas en Central Park; nuestra risa nos mantendrá calientes, y nada más ansiaremos. Ya no seremos gigantes, sino que seremos muy, pero que muy pequeños. No Herodes, sino los pequeños, los supervivientes de Sión que se salvan porque se ocultan en una hendidura en la roca.

El día en que Rusia se desplomó me dije: huyyyy. Pues a esta chica no le gustan los que lo pasan mal como yo; tan sólo le gustan los ricos. Se hartó de mí porque era un perdedor, y ahora se va a hartar de Rusia porque siempre seguirá siendo pobre. Y yo pensé: ¿Y a qué nuevo proyecto te dedicarás ahora, mi querida viuda negra?

3

Un nítido día de otoño, esplendoroso —después de tres días de lluvia—, como si el propio Dios hubiera bañado la ciudad con sus propias manos. En Central Park, la hierba es de una seda recién lavada, y la tierra bajo la hierba es un estiércol lustroso y magnífico. El otoño es la estación de los comienzos.

Cuando llegan al bosquecillo de cerezos que hay junto al estanque para los barquichuelos de juguete, madre e hija echan a correr ladera abajo.

Gwen, que va detrás, está encantada con la destreza de su hija: de cómo se libera de los brazos maternos y corre colina abajo, con sus piececillos abiertos como los de un pato.

Gwen sabe que tendría que enseñar a su hija a ser más prudente, pero en vez de ello fomenta su vertiente asilvestrada, fascinada y contentísima como está por haber criado una niña que tiene menos percepción que un zorro del tráfico, las ventanas altas, los enchufes eléctricos. Se dice que hay quienes cortejan el peligro, pero en el caso de Bella, el peligro ha sido engatusado a conciencia.

Bella llega corriendo al estanque, y durante un segundo de pánico, Gwen, que está muchos pasos atrás, piensa que la niña no se va a detener. En el último segundo, un hombre mayor la agarra por la capucha de la sudadera, y la niña va a parar al suelo. A la vez asustada, furiosa e impresionada, Gwen llega corriendo.

Antes de que su madre tenga tiempo de regañarla, Bella sonrío con malicia, le besa las rodillas y sale corriendo otra vez. De nuevo se detiene para contemplar el agua.

—¿Baño? —pregunta, juguetona.

«Baño» significa «baño». La niña tiene ganas de echarse al agua. Hace ademán de que se quita la sudadera y se tira al estanque.

—¡No! —le grita Gwen. Una hija de dos años te obliga a convertirte en una especie de capataz soviético. Hay días en los que Gwen no cesa de repetir *niet* tras *niet*.

Gwen es un pez, una sirena a quien hipnóticamente atraen las superficies relucientes, los destellos, los parpadeos, los flujos. El próximo verano tendrá edad para aprender a nadar. Gwen piensa dejar que se quede varias semanas al cargo de Christopher y Yilmaz, que van a alquilar la misma casa de Assos. Bella aprenderá a chapotear en el Egeo majestuoso, lo mismo que Tetis, la hija de Nereo. Pero en este momento se queda donde está: sobre la gravilla que hay en torno al estanque para los barcos de juguete. Donde su madre por primera vez le puso los ojos encima a su padre hace mil tres años.

Gwen siempre había pensado que un día le relataría a Bella la historia del encuentro de sus padres: de cómo Gwen, sentada en un banco junto a Constance, la oficiosa madrina de Bella, tomó a su futuro esposo por un vagabundo. Gwen solía pensar en el retorno de Ulises cuando se acordaba de su marido-con-disfraz. Pero estos días, cuando Gideon se presenta a ver a la niña vestido con los mismos pantalones con los que duerme, con el alcohol emanando de todos sus poros marcados por la viruela, el error que cometió le resulta más parecido a una malévola jugarreta del destino.

Hoy en el parque hay vagabundos de verdad —más auténticos que Gideon—, junto al pequeño estanque: un hombre con el rostro hinchado, con el pelo anudado en un moño y vestido con un quimono japonés, una mujer vestida con unos anchos pantalones rojos que, similar a un pescador con su red, está tendiendo su ropa interior

a secar en un banco soleado mientras Bella se la mira fascinada. Gwen se la lleva de la mano cuando ya se dispone a coger uno de los desaparejos calcetines de la vagabunda.

Caminan sin rumbo definido, a la busca de otros niños. Junto a Alicia en el País de las Maravillas hay unas cuantas niñeras, vietnamitas, caribeñas. En un banco está sentada una madre rusa, con su hija pequeña al lado. Gwen detecta a los esclavos a una cuadra de distancia, pues siempre visten a sus niños como caniches de circo, con unas ropas neuróticamente inapropiadas para la estación. Si ve una salchicha pálida vestida con un peto de lana en tartán y tocada con unos lacitos de tartán a juego en el velo, está claro que su mamá es de Stavropol.

Gwen conoce a esta madre en particular. Siempre interesada en trabar relaciones potencialmente de interés, como buena neoyorquina que es, Gwen se dice que —ya que Bella no la va a dejar leer el diario o llamar por el móvil mientras se supone que ella está jugando en el parquecillo— nunca está de más aprovechar para charlar con rusos inmovilizados e incapacitados para la fuga.

—*¿Kag'dila?* —pregunta a la mujer pálida y deprimida que lleva puesto un pañuelo de Hermès y cuyo marido se dedica a los *bizniz*. Gwen alguna vez le ha preguntado por el tipo de negocio al que se dedica su marido, pero lo normal es que la otra responde ampliando el vocabulario ruso de Gwen en ciertos campos concretos: enseñanza de cómo usar el baño, infecciones internas de oído, lo preescolar. El vocabulario de la ansiedad, del miedo. De los nervios. De la ambición que se ha visto desviada. De una fatiga extrema de soldado en la trinchera.

Por su parte, Bella no muestra interés en secundar el esclavismo profesional de su madre: ella tiene claro que Nadezhda, la que tiene tres años de edad, es una flojucha. Y tras haberle robado a ésta las galletas Petit Beurre, lo que quiere es ir allí donde están los columpios y los niños que tienen triciclos y cochecitos de bebé de juguete asimismo susceptibles de ser afanados.

Y la madre de Nadezhda, si bien gusta de hablar en su lengua natal, está demasiado preocupada por el estreñimiento de su única descendiente para debatir sobre Rusia o el gran tema del momento, que sin duda habrá afectado en algo al *bizniz* familiar.

Pues la maternidad, como Gwen ha descubierto, si bien universal, no es social. Aunque idéntica, no puede ser compartida. Te limita, y mucho. Esta mañana lo ves cuando Gwen y Bella suben al parquecillo de juegos de la calle 76. Allí se encuentra un grupo de niñeras que están haciendo punto, chismorreando, riéndose y soltando grititos bajo el sol. Y luego están esas mujeres solitarias, sentadas las unas lejos de las otras, murmurando por sus teléfonos móviles. Las madres. Infelices, preocupadas. Individualmente escarificadas por su privado calvario de aburrimiento, depresión, fatiga. Mujeres macilentas con profundas arrugas en la frente, con círculos oscuros bajo los ojos, que a esas alturas de la mañana ya han perdido los nervios cuatro veces, y volverán a perderlos media docena de veces más antes de que se haga oscuro.

Mujeres profesionales que antes se comían el mundo y ganaban salarios de fábula, cuya inteligencia y energía ahora se gasta, hasta llegar a la bancarrota absoluta, en tratar de enseñarle a otra persona a ponerse sola los zapatos, y sin éxito. Con tal derroche de inteligencia y energía, una podría conseguir una autonomía para los kurdos de Turquía o negociar un nuevo gasoducto transcaucásico. O podrías yacer en la cama, con las cortinas echadas, tratando de compensar un poco las setecientas noches que llevas sin dormir y con una fatiga mental absoluta.

Pobres madres, piensa Gwen, quien empieza a ver la luz al final del túnel y se siente omnipotente. Bella ahora duerme con regularidad durante la noche; está aprendiendo (con satisfacción inmensa) a orinar en el orinalito, y aunque es nerviosa y cabezota, no es más que una niña, lo que significa que puede llevársela a casa de Christopher para el almuerzo del domingo, a las exposiciones de los museos, a pasar el día en casa de Sasha e Irina.

Gwen está saliendo del túnel, y sus dos vidas ya no se entorpecen ni colisionan. Es una alegría constante, volver a casa después de haberse pasado la tarde en una reunión sobre el momento económico ruso, y ser asaltada por una niña que grita de placer al verte y se empeña en subirse a tu espalda. Como también es una alegría escapar de la trivialidad de la vida infantil y sumarse al mundo próspero en adrenalina de las negociaciones con el FMI, la guerra civil, la evasión de capitales. Siempre contando con el seguro concurso de Betty, quien le ha prometido seguir con ella hasta por lo menos el próximo verano. Gwen de hecho bastantes veces le dice a la niñera.

—¿Por qué no te coges el lunes libre? Ya me quedo yo en casa con la niña.

Gwen, ¿a veces piensas en lo que se torció?

Gwen es una persona muy experimentada en el arte de no pensar, una persona a la que el olvido sistemático le parece higiene mental. Cuando Constance o Christopher, o Gerald o Jacey en un principio le preguntaron por lo sucedido, ella tan sólo les dijo que toda la culpa era de ella misma, que era imposible vivir con ella, quien era una persona horriblemente egoísta que lo mejor que podía hacer era vivir sola, sin compañía de nadie (excepto la de Bella, con quien misteriosamente nunca se enfada si no es a propósito). Si la parte de culpa de Gideon tuvo que ver con cierto oscuro impulso a la autodestrucción, eso lo tiene que decidir él mismo.

Cuando su marido se presenta para llevarse o traer a la pequeña, Gwen en él ve a un hombre caído y que le da mucha lástima. Un hombre roto, a quien no ha ayudado, a quien sabe que ha dejado en peor estado del que tenía cuando se conocieron. (Mientras que ella, gracias a Bella, está mejor.) Y aunque Gwen está convencida de que él en el fondo resiste lo que le echen, nada tienen ya que decirse entre ellos. En cada uno de ellos hay algo raro que nunca podrá ser reparado, y les es tan imposible volver a vivir juntos como regresar al útero materno. El cordón que los unía en su líquido amniótico se ha roto, y es hora de aprender a respirar.

La luz del sol se ha trasladado en el parquecillo, y el rectángulo de arena ahora se

haya sumido en una helada oscuridad dantesca. Gwen acompaña a su hija al tobogán, que ahora desprende destellos, y advierte que su amiga Galya acaba de entrar en el parquecillo. Galya, paticorta y con una larga trenza negra, es una matemática judía de Georgia, una de las pocas madres ex soviéticas del lugar que no resulta sosa, y cuyo hijo es lo bastante travieso para manejarse con Bella.

—¿Y bien? —demanda Gwen.

—¿Y bien? —repite Galya, con una teatral expresión de disgusto.

—¿Y bien?

—¿De qué quieres que hablemos? ¿De la economía, del payaso de nuestro presidente o del primer ministro de esta semana que es un empleado a sueldo de Gazprom?

—De todo.

—Mejor no me preguntes. Mejor hablemos de nuestras familias o de dónde no iremos de vacaciones el próximo verano. Todo forma parte de un complot del KGB destinado a que la gente se vuelva nostálgica del comunismo.

—Pues a mí me viene que ni pintado —dice Gwen—. En primer lugar, me voy a quedar sin trabajo porque Lavrinsky está harto de seguir perdiendo dinero en Rusia. En segundo lugar, estoy organizando un congreso para el mes que viene sobre la criminalidad en Rusia, materia que ahora viene al punto...

—No sé por qué te preocupas. Yo que tú haría un congreso sobre una cuestión más fácil, que no requiera tanto trabajo —dice Galya—. Un congreso sobre la honradez en Rusia o la inteligencia en Rusia, por ejemplo. Aunque lo que igual pasa es que no quieres hacer como el filósofo Diógenes y pasarte la vida antorcha en mano, buscando a una persona en vano...

—¡Ma-ma! ¡Ma-ma! —Bella llega corriendo, abriendo y cerrando su manita tendida para indicarle a Gwen que se suba al tobogán con ella.

—No sé. —Gwen se encoge de hombros mientras la niña se la lleva consigo, lejos de las personas con quienes gustaría de charlar—. Yo estoy pensando en volver a Rusia. El país no me gustó tanto el año en que la economía iba bien.

4

Gwen sueña que está cosiendo unos botones en el vestido de Bella. Es un viejo, bonito vestido de noche —el blanco camisón cámblico con que Gwen durmió la víspera de su boda, que en realidad compró en compañía de Christopher en un mercadillo callejero de Saint Nazaire, pero que en el sueño es de la talla de Bella.

Está cosiendo los botones en el vestido, que Bella lleva puesto en ese mismo momento. La niña está inmóvil, lo que es muy raro en ella. Al examinar la labor, Gwen se da cuenta de que ha estado atravesando la carne de su hija con la aguja, cosiendo la carne de la pequeña a la tela a cada nueva puntada.

La desgarrada carne del pecho de Bella está cosida al blanco tejido, y la niña no dice nada. En su rostro hay una pequeña sonrisa. Tiene los ojos abiertos, pero está

muerta...

Y Gwen empieza a gritar en sueños y se despierta gritando. Enciende la luz de la mesita. Las 3.47. Los días pasan bien, pero las noches son complicadas. Al principio eran las pesadillas de Bella. Luego a Gideon le dio por llamar a las tres o las cuatro de la mañana, histérico y acusante, borracho, incoherente, babeante. Gwen hoy descuelga el fijo y desconecta el móvil; la niña ahora duerme por las noches de un tirón. Pero estos días es Gwen la que se despierta en mitad de la noche, rígida de terror...

Hay una canción hebrea que Gideon solía cantarle a Bella que a Gwen le viene a la cabeza en momentos así. Su letra venía a decir: «El mundo entero es un estrecho puente, y lo que no importa es no tener miedo».

Esta frase ideada por algún místico hasídico (y que también pudiera ser presocrática o confuciana) había llamado la atención de Gwen por su humorística denegación del concepto del mundo como un lugar enorme y amplio. A veces pensaba en dicho puente como en un pontón medieval de una acuarela china o una xilografía japonesa, suspendido entre las brumas de un río, en el que había vendedores ambulantes de pájaros cantores y saltamontes, y gordos mercaderes que lo estaban cruzando a lomos de burros.

Estas noches, las palabras resuenan una y otra vez en su mente, y el puente que es el mundo más bien se asemeja a un armazón de cuerdas deshilachadas y travesaños de madera, oscilante inestable sobre el abismo, que hay que cruzar a cuatro patas. Y la claustrofóbica inseguridad del puente te lleva a saltar, porque toda persona con agallas u orgullo se dice: yo por este puente estrecho no paso, me niego a avanzar a cuatro patas.

Hay momentos en la noche en los que Gwen se dice: No puedo hacer esto. No puedo criar a mi hija a solas. No puedo plantarle cara al día.

Hay momentos en los que piensa: La he jodido tan hasta el fondo que no me merezco ni la custodia de la niña. Hay momentos en los que ella hasta está de acuerdo: Cuando crezca, no me lo va a perdonar.

5

Una tarde Gideon deja a Bella y le anuncia a Gwen:

—Me voy de la ciudad.

Gwen siente que el alivio inunda su cuerpo entero.

—¿Para siempre?

—Es probable. Me vuelvo a Lubeck una temporada.

Gwen no sabe qué decir. Diga lo que diga, él se lo toma a mal. Y si no dice nada, también se lo toma a mal. Pero esta noche parece estar de un humor más benigno. A invitación de Gwen, acepta sentarse en el sofá después de que Bella se haya ido a dormir.

—¿Y qué vas a hacer allí? —pregunta ella.

—Cuidar del lugar mientras los demás están de gira. Voy a vivir en una casita que era de los padres de la mujer de Jerome. Este dice que siempre hay trabajitos que hacer. Por lo menos pasaré el invierno allí, hasta que decida lo que voy a hacer luego.

Gideon quiere algo de ella. Su voz resuena suave, cortés.

—Estaba pensando en la posibilidad de llevarme a Bella allí los fines de semana. Tengo el coche de Jerome, así que puedo llevarla y traerla...

Gwen se lo piensa. La idea la horroriza. Por completo.

—Los fines de semana. ¿Todos los fines de semana, quieres decir? ¿Uno sí y otro no?

—O entre semana, si eso a ti te va mejor.

—¿Para que pase una o dos noches allí? —La idea le repele. Su hija y ella no han dormido una sola noche separadas.

—Sí, el viaje es bastante largo, y no tiene mucho sentido ir para pasar una sola noche.

Gwen vacila. La idea le da repelús. ¿Es éste el precio que tiene que pagar para mantener a Gideon a distancia? Poniendo a su hija en peligro. ¿Tiene derecho a decir que no?

—¿Qué son... Dos horas y media o tres de carretera? —apunta—. Perdóname, pero no me tranquiliza la perspectiva de que la niña vaya en coche contigo. Estos días no...

Gideon suspira.

—No voy a conducir borracho, si lo dices por eso. Créeme si te digo que la seguridad y la felicidad de la niña me preocupan tanto como a ti. Y por mi propio bien, no voy a...

Gwen reprime una tras otra excusa susceptible de generar una discusión en la que llevaría las de perder.

—¿No se puede ir en tren? ¿O en autobús, o en lo que sea? ¿Y cómo puedo yo saber que no le pasará nada los dos días que esté allí?

Tiene unas ganas tremendas de echarse a llorar, pero no quiere hacerlo delante de él.

—Tendrás que demostrármelo, Gideon. Tendrás que demostrarme que de veras te encuentras bien para... ¿Y por qué no te quedas con ella en otro lugar de la ciudad? Mira, si quieres, te puedes quedar aquí mismo con ella. Me voy a casa de Christopher o de mi padre un par de días cuando haga falta. Es que... Me pone nerviosa este plan. ¿Por qué no os quedáis los dos aquí en el apartamento?

Gideon está echando mano a todo su autocontrol a lo largo de esta conversación. Gwen nunca ha visto a su marido tan razonable.

—A mí me parece que eso no sería muy bueno para ella. Necesito llevarla a un lugar que sea mío, en el que podamos estar a solas los dos, nuestro propio lugar. Me dejan esa casita, y allí podemos tener algunos de sus juguetes y de sus ropas. También tendrá su propia cama. Allí estará a gusto, y podremos hacer cosas juntos los dos.

Está claro que ha planeado a conciencia este ofrecimiento que a ella la deja anonadada. Se siente acorralada y suspira.

—Tendrás que demostrármelo, Gideon. Tendrás que convencerme.

Él asiente con la cabeza. En su rostro impera una expresión de calma y seguridad que ella sabe que es pura actuación.

¿Qué es lo que de veras se trae entre manos?

CAPÍTULO SEIS

¿Quién puede jactarse de ser igual a ti, Dios?

—Nadie.

¿Quién puede jactarse de ser igual a ti, Dios?

Nadie. En comparación contigo, nuestras existencias son cristales hechos añicos. En comparación contigo, nuestras mayores esperanzas son un agujero negro.

¿Quién puede jactarse de ser igual a ti, Dios? Tú eres grande; nosotros somos rescos condones usados esparcidos bajo un puente. Pero aunque apestemos, somos tuyos. Así que, por favor, Dios, apiádate de nosotros y concédenos un año próspero y con salud.

La congregación se ha reagrupado tras Yizkor. Está lloviendo a cántaros. Habrán unas ciento cincuenta personas apiñadas en el pequeño santuario rosado y turquesa de la sinagoga de Ohelei Yaakov, judíos vestidos con sus mejores galas para esta celebración, medio atontados por el ayuno, inquietos por la alarma incesante referente al día del Juicio. Empapados, chorreantes. Gideon tiene la mirada ceñuda, fija, ardiente, radioactiva, una mirada que advierte a sus vecinos: a mí no me toquéis.

En agosto pasado (poco después de la velada que pasaron viendo el *Rasselas*), Gideon había reservado una entrada de grupo familiar para el día sagrado de los hebreos: un paso más en el plan retorcido por medio del cual pensaba recuperar a su familia. Había tenido la incitante revelación de que le había fallado a Gwen porque él no le había dado lo suficiente y a la vez no le había extraído lo suficiente a ella. Se acordó del amigo de Gwen, Ari, quien insistiera en que su novia católica irlandesa se convirtiera al judaísmo antes de tomar en consideración siquiera la posibilidad del matrimonio. Le diré a Gwen: córtate el pelo y ponte sombrero, voy a hacer una esposa judía de ti, y juntos exploraremos los caminos del bien. En su demencial optimismo (engendrado, ahora lo entiende, por el señuelo de haberse acostado otra vez con su mujer, de haber enterrado su semen de forma no anticipada en su útero sellado), llamó a la Ohelei Yaakov y reservó una entrada familiar para el día sagrado, por mucho que realmente no estuviera en disposición de gastarse 175 dólares en dicho sedán destinado al perdón, en la apuesta de que para finales de septiembre otra vez estarían juntos. (Como si su expulsión hubiera sido un simple test, tendente a demostrarle a Gwen que el *dybbuk* que entre ambos se daba efectivamente era

comunidad de almas gemelas, predestinado, irreversible.)

Y ahora este sobre con la leyenda «Gideon Wolkowitz y familia» le parece una burla obscena. Se siente horriblemente liviano y empequeñecido, una especie de protohombre, entre este gentío de maridos corpulentos y rollizas esposas con proles abundantes. Gideon, que es lo bastante alto para divisar lo que sucede en la sección de las mujeres, ve a jóvenes madres con sombreros caídos, a encorvadas abuelas de piel manchada con broches y velos, a desgarradas adolescentes a la última vestidas con sudaderas con capucha, negras maxifaldas, zapatillas blancas de plataforma, gráciles bellezas flacas como ellas solas, lo bastante mayores para flirtear pero demasiado jóvenes para casarse.

En la sección de Gideon, los entrecanos *makhers* —promotores inmobiliarios, abogados, agentes de bolsa que hoy calzan zapatillas Nike o New Balance en aras de la penitencia— se agrupan en parejas o tríos. Son hombres que están en la misma edad que Gideon, esto es, en plena juventud de la paternidad fanfarrona, ostentosa y grandilocuente. (No hay duda de que la cuarentena es la edad más pomposa para el hombre.) Hay jóvenes *yeshiva-wan* que asienten con las cabezas mientras rezan la letanía; jóvenes venidos de la costa de New Jersey, bronceados de playa y con los bíceps musculosos; adolescentes de labios llenos que como satélites se mantienen en la vecindad de sus padres que hacen chistes; niños de diez años con voz de pito que todavía van y vienen entre la sección masculina y la femenina.

Judíos, judíos, judíos. Judíos que parlotean, judíos que oran, judíos aburridos y absortos en sus propias ensoñaciones. Judíos que escudriñan el material que hay en la sección del sexo opuesto. *Gmar tov, gmar tov*. Judíos ricos, judíos sin un chavo, judíos con demasiados hijos, judíos que andan en busca del negocio, judíos que andan en busca del matrimonio. Judíos con zapatillas de tenis, judíos con *kittel*. Hoy su destino se verá sellado; el Libro del Juicio va a cerrarse con el crepúsculo.

Maridos y esposas se encuentran en la linde del *mehitzah*, intercambian niños, estrategias, admoniciones; los hombres están de plática. ¿Cómo va el negocio, Dave? *Baruch Ha Shem*, por el momento no hay despidos. ¿Y ahora dónde estás viviendo? El West Side es así... Riverdale es así... Mira, yo creo que Clinton se va a salvar de ésta. Lo último que a los republicanos les interesa es ver a Al Gore como presidente... Lo más curioso es que las obras de Water Street están paralizadas porque... ¿Y puedes creer que antes de una semana ya nos habían adjudicado este nuevo supervisor que...?

Las chispas más luminosas de cada época y cada sector geográfico del largo drama judaico han aportado lo mejor que tenían a la pasión de esta jornada. Genios medievales —«Ben Tal y Cual», «Ibn Esto y lo Otro»— originarios de ciudades de provincias catalanas o del Rin se dejaron la piel a fin de crear esta liturgia, estos febriles acrósticos, herméticos a propósito: Moisés, Jacob, Isaac... Alias el Manso, el Perfecto, el que fue Cautivo.

¡Tales cultos de ocultamiento, de sumisión, de exilio y sacrificio! ¡Tan vivos

relatos de martirio, de obscena gloria, de santos medievales que se dejaron quemar y despellejar sin emitir una queja! Son un ejemplo para ti, Gideon. Pensaste: Yo voy a ser como ellos.

Pero por mucho que trate de concentrarse en el texto, de abandonarse al arrepentimiento sentido y a la oración, Gideon se ve distraído por la pelmaza volubilidad de la cháchara masculina. Oye, Mike, estoy pensando en comprarle un ordenador a mi Ruchi... ¿Cuál me recomiendas? No sé por qué se lo preguntas. Este no tiene ni idea, lo que se dice ni pu...

Abominable, las fatuas inquietudes egoístas de sus compañeros de rezo, su incapacidad para dejar de hacerse los listos, fanfarronear y quejarse incluso bajo la misma sombra de la guillotina, en este momento más horrible y sagrado de todos, cuando está a punto de cernirse el juicio. Quién va a ser estrangulado, quién va a ser lapidado, quién va a ser devorado por las fieras hambrientas. Cuando sus pecados saltan a la vista, sus mentiras, sus chanchullos, sus engaños, sus duplicidades, sus complicidades en asesinatos, sus insidias, su alegría ante las desgracias ajenas, su codicia que los llevaba a esquilmar al incauto, sus fraudes fiscales, su propensión a hacer el mal, su ceguera ante la injusticia social, su negativa a dar de comer al hambriento, de arropar al desnudo, de proporcionar cobijo a viudas y huérfanos. Viudas.

No hay ventanas en esta sala, advierte Gideon, hay viudas por un tubo, pero lo que faltan son ventanas.^[20] No hay aire, ni una gota de aire, tan sólo el aire de los alientos y cuerpos rancios que circula merced al ventilador del techo. Los pasillos están atestados, y lo más seguro es que no haya una escalera de incendios en condiciones. Al fondo, el camino hacia el vestíbulo y la calle está bloqueado por una masa de rezagados, madres con bebés y solteros y solteras que buscan pareja.

Gideon ha estado haciendo ayuno, no ya desde el previo atardecer, sino desde la mañana anterior, ¿y qué es lo que comió entonces? Una bolsa de ganchitos. No ha comido más que unas artificiales porquerías con sabor a queso supuesto y teñidas de color naranja desde... desde hace semanas. El estómago le duele de forma permanente, unos calambres que no lo dejan en paz, está cagando mierda, está tan débil, ¡tan debilitado por el pecado! que lo suyo le cuesta arrastrarse por una cuadra de viviendas calle abajo. Su cuerpo, que se ha contaminado a sí mismo, es un saco de mierda sin el menor valor.

Mañana se va porque mañana se va. Obligarse a dejarlas es la decisión que más le ha costado tomar hasta la fecha. Se está arrancando a Ellas porque vivir para los diez minutos que cada semana puede ver a su antaño amada —cuando se lleva y trae a la niña— es peor que no vivir. No va a suceder, entiende ahora después de que se hayan visto por última vez, ella no va a cambiar su decisión, a él no lo va a dejar volver a casa. Se ha sellado el Juicio.

Mañana, Dan y Andrea, que se encuentran en la ciudad con ocasión del día sagrado, van a llevárselo a Lubeck junto con sus cajas de cartón. Y cuando de allí se

marchen, Gideon se va a quedar solo. Lubeck lo espera como la cárcel de su pasado. Un lugar en el que ha sido muy feliz, presa de una felicidad irrecuperable, pero también virulentamente infeliz, presa de una negra infelicidad aullante que ahora considera como su legado materno, la piedra con la que nunca cesa de tropezarse. (Y a saber lo que hará dentro de un mes, cuando Jerome vuelva con Bridey y la compañía, pues verse otra vez sometido a la voluntad caprichosa y manipuladora de Jerome sí que le parece una regresión verdaderamente espantosa...)

Gideon trata de seguir las salmodias del cantor, quien va y viene por el *siddur*, cuyas páginas pasa con rapidez para luego volver a donde estaba. Gideon se esfuerza en seguir la liturgia, pero la mente se le va, de pronto se encuentra cantando en contrapunto, el caballo se desboca al galope y tiene que esperar a que el cantor escoja un texto familiar para retomar el cántico como puede y sumarse a la congregación.

Ahora que ve que los demás congregantes de nuevo se están dando golpes en el pecho ante el Ashamnu, se suma con alivio, contento de sepultar sus propias faltas en el lote comunal.

Hemos mentido, hemos robado, hemos sido falsos testigos, hemos sido soberbios. Una y otra vez, como en un carrete continuo, el mensaje siempre es el mismo: Tú lo eres todo, nosotros no somos nada, somos rameras, eres nuestro cliente, perdón, nuestro marido al que hemos faltado, y Gideon asimismo se da golpes en el pecho mientras piensa: El presidente está siendo investigado por el Congreso por mentir bajo juramento en lo tocante a que se masturbó y se corrió sobre el azul vestido de Gap que llevaba puesta esta rechoncha fulana judía, y a mí mi mujer me ha dado la patada porque no le mentí y admití habérmelo montado con una fulana judía medio anoréxica, bajo el sol no hay más que delito e idolatría asquerosa, odio y una repugnante disparidad de suertes: para unos el hambre, la matanza y la epidemia; para otros el diario disfrute de fornicios por el orificio que haga falta y a tutiplén...

Lleva tres meses maldiciendo a su mujer por haberlo empujado al adulterio, fantaseando con mandarle una carta-bomba a Emma Rogan, de esperar a ésta una noche junto a la puerta de su edificio para agarrarla por el cuello e írselo apretando con las manos... Las manos se le mueren de ganas de apretar aquel cuello, y hasta ha pensado en desmembrarla con un cuchillo de carnicero PORQUE TODA LA CULPA ES SUYA, porque fue su calculada malicia la que la llevó a meter sus bragas manchadas de esperma en el cesto de la ropa sucia de su mujer (cuya tapa metálica no cierra bien, de forma que Emma tuvo que esforzarse en abrirla para dejar las bragas en el interior; Gideon ha estado pensando mucho al respecto), de no haber sido por Emma, su mujer nunca habría abortado, la reconciliación se habría sellado, los tres — G&G&B— se fundirían en un cálido abrazo de adoración, su esposa estaría embarazada de su segundo hijo y la principal preocupación de la pareja sería la de dilucidar si Bella se sentiría desplazada por la irrupción del hermanito.

Esa mujer es responsable de la muerte de mi hijo, ha convertido a nuestra hija en hija única. Se presentó en mi vida como una especie de topo enviado por el KGB para

arruinarme. Porque yo desprendía unas vibraciones que dejaban claro que el sexo había desaparecido entre mi mujer y yo, esa mujer fue como las plagas de Job, y yo, que de profeta no tengo nada, fui tan mezquinamente vengativo que no me resistí. Caí. Y mi caída provocó la de los demás. Todos caídos, los tres. Gwen, Bella, yo. Caídos. Por obra de esa mujer, hemos caído. Si no se hubiera acostado con esa mujer, ahora estarían juntos... Y si a Clinton no le hubiera dado por acostarse con esa mujer, si ella no hubiera bailado ante él y le hubiera mostrado sus carnes poco atractivas de vaca lechera, hubiera empujado su cigarro puro coño enorme adentro, la asquerosa Shulamit comemierdas, Estados Unidos en este momento también se habría evitado la rebajación a su actual condición de reino poblado por hienas y zorras.

Gideon otra vez trata de dar con la página correcta del siddur, pero (impaciente, no se ha dado cuenta de que su volumen es antiguo y tiene una numeración de páginas distinta a las de los demás) está perdido. Se sienta y escucha, momento en que advierte que acaban de entrar en una parte todavía más significativa del servicio.

El cantor ha empezado a recitar el *Ameetz Koach*: una historia del mundo culminante en el sacrificio del templo el día de la Expiación. Realmente es un texto alucinante. A ti, Gwen, que tanto te interesan las figuras esotéricas a lo Klebnikov, te interesaría el *Ameetz Koach*, una obra condensada de forma caleidoscópica y refractada, como si hubiera sido escrita por un simbolista francés ciego de absentia.

Gideon lee la versión en inglés de cómo los ancianos mantienen despierto al sacerdote las noches previas al Yom Kippur, para que no se mancille en sueños. (Gideon se acuerda de que, en su época de adolescente guarrindongo, no dejaba de sorprenderle el descubrimiento de que buena parte del día sagrado tuviera que ver con perversiones y secretos sexuales... ¡Hasta con los sueños húmedos!)

El cantor, quien parece estar recitando la historia de un tirón y sin respirar, tiene una voz al tiempo nasal y dulce, repulsiva y agradable. No resulta difícil imaginárselo en el papel del propio sacerdote, absteniéndose de las impurezas del sueño, bañándose, ungiéndose y envolviéndose en su túnica blanca para expeler al chivo expiatorio emblemático de los pecados de Israel, retirándose a solas al sagrario interior para reaparecer, tan radiante como Moisés, y certificar que la supervivencia de la comunidad está garantizada un año más.

A la escucha, Gideon es el único que se siente intolerablemente impuro. El peso de su propio pecado le aprieta el cráneo por arriba, amenazando con astillarle las sienas y aplastarle el cerebro.

La congregación otra vez se arrodilla, se postra entre crujidos y lleva las frentes a tierra, y Gideon de pronto es presa de un violento odio hacia sí mismo provocado por su recurrente incapacidad para conseguir que lo quieran que empieza a golpear con la cabeza contra el suelo de linóleo. Aplasta mi insignificancia, Dios, aniquíleme, reduce este saco hediondo a trizas, quiere hacerse pedazos la cabeza, inmolarse en cenizas euroorientales, despellejarse a sí mismo porque ya no tiene más voluntad de contaminar esta tierra de por sí envenenada, está golpeándose, golpeándose la cabeza

contra el linóleo polvoriento, se está ahogando, se está ahogando, su barba muerde el polvo, quiere asfixiarse, quiere MORIR MORIR MORIR...

Un rumor de inquietud sobre su persona. Obra del diablo.

Alguien lo ayuda a levantarse, alguien lo sienta con delicadeza. Cierra los ojos. No quiere ver quién es este metomentodo conmutador de su muerte. Si sigue con los ojos cerrados, puede soñar con que es la alta Gwen dotada de alas de tres metros, quien ha venido a llevárselo otra vez a su cama santificada.

Una voz intolerablemente masculina le pregunta si está bien.

Gideon responde, irritable:

—Estoy bien, estoy bien.

El largo día se niega a morir. Las puertas del arrepentimiento no terminan de cerrarse. El largo, largo día se ha convertido en piedra. Inmóvil. Un recuerdo repentino le viene a la mente —porque se ha pasado el día a la espera, porque unos desconocidos amables han tenido que ayudarlo—: El parto de Gwen, el póster con flores anaranjadas en el pasillo del hospital. ¡Por Dios! ¡Y él que pensaba que aquel era el peor día de su vida: su mujer presa del dolor, y él impotente! ¡Ni se dio cuenta de que en realidad era el mejor!

LIBRO DIEZ

CAPÍTULO UNO

1

—Lo primero que hay que hacer en Rusia es recaudar impuestos. En Rusia hay estos conglomerados —Gazprom, Oneximport, Sibneft, el complejo mediático de Gusinski, los bancos, etcétera— que en la práctica apenas si pagan impuestos. Las arcas públicas están vacías porque las principales empresas del país evaden al fisco por sistema. En 1994, el Ministerio de Economía estimó que Rusia había dejado de ganar cinco billones de dólares por obra de las deducciones fiscales, y entre quince y veinte en razón de la fuga de capitales. Se trata de un problema fiscal, pero también es un problema de civismo. Si ustedes...

—Eso es lo que nos dice la sabiduría convencional, Mike —dice Eugene Kolchuk—. Pero sucede que la sabiduría convencional a veces se equivoca, como en este caso. Inaudito, ¿verdad?

Risas entre el público. Eugene Kolchuk, quien mide uno sesenta y tiene un aplastado rostro de boxeador tras las gafas negras, sonrío con aire avisado mostrando unos dientes caballunos tan separados que una podría colarse entre ellos. Kolchuk nació en Odessa, y aunque vino a Estados Unidos siendo un niño, retiene el gusto por la teatralidad chabacana característico de dicha ciudad portuaria.

—Los números cantan —añade Kolchuk—: El treinta y uno por ciento del PNB ruso tiene origen fiscal. El porcentaje en Estados Unidos es del treinta y cuatro por ciento. Está claro que el problema principal de Rusia no radica en su sistema impositivo.

—Y en tu opinión, Eugene, ¿la causa de la crisis en Rusia es...? —interviene Gerald.

—¿Crisis? ¿Qué crisis?

Risas contenidas de Mike Kaplan y Ludovic Sanders, los otros dos participantes en la mesa redonda.

—No hay ninguna crisis. Lo que estamos viendo es una combinación de las reacciones propias de la burocracia soviética emprendidas por el tesoro —como si el control del capital alguna vez hubiese resuelto un problema— y del pánico a corto plazo en que se han sumido los bancos y los inversores occidentales, que de pronto

han caído en la cuenta de que sus asociados de negocio no operan según las normas convencionales. Pero la economía rusa sigue siendo fundamentalmente sana.

—Eugene, si lo que me estás diciendo es que el país tiene una fabulosa riqueza potencial en petróleo, oro, níquel y gas natural, te doy la razón. Lo mismo sucede con los países del África subsahariana. Pero, por desgracia, en el mundo poscolonial no parece darse una correlación significativa entre los recursos naturales y el nivel de bienestar de un país. Durante...

—Te recuerdo una cosa: hace dos años, el rublo ni siquiera era moneda convertible. Yo estoy convencido de que dentro de dieciocho meses o dos años veremos que Rusia empieza a registrar un crecimiento en positivo.

—¿Estás haciendo una apuesta, Eugene? ¿La hacemos en rublos? —inquire Gerald, quien está oficiando como moderador.

—Y ello por varias razones. La principal...

Gwen, que está sentada en la antepenúltima fila del público en la sala Renacimiento del hotel Siena; es la segunda jornada del congreso organizado por el instituto Lavrinsky sobre la nueva Rusia.

La asistencia es impresionante para ser un domingo por la mañana. Están varios de los periodistas que ayer por la tarde también estaban: Jim Beck, del *Washington Post*, Laurie Weiner, del *Wall Street Journal*, James Munro, del *Financial Times*, y una chica que se ha presentado como Charlene Grossman, del *Newsweek*. Y un periodista de *La Repubblica* que está cubriendo el evento le ha pedido una entrevista a Gwen.

Dii-Dii-Dii. Suena el nuevo teléfono móvil, cuyo timbre de llamada es la canción *El puente de Londres*. ¿O acaso se trata de *María tenía un corderito*?

Eugene Kolchuk sigue gesticulando. Si la historia no hubiera intervenido, acaso se habría convertido en corredor de apuestas en Odessa, en boxeador o en actor de carácter. En vez de ello, ahora es profesor residente en la Hoover Institution.

Los hombres detestan oír hablar a otros hombres. Ludovic Sanders, un rubio de expresión apocada con pequeñas gafas octagonales, está rojo de indignación. Michael Kaplan, que lleva puesta una sombreada peluca negro-canosa, se finge profesoralmente divertido por lo que está oyendo.

—...Se va a caer, se va a caer... —insiste el teléfono. (¿El corderito?) Su nuevo teléfono te dice quién está llamando antes de que lo cojas, prestación que casi convierte la canción del timbre en aceptable.

—Y la tercera razón es... —Kolchuk está contando con sus dedos cuadrados.

Un número del estado de Nueva York no correspondiente a la ciudad, lo que indica que es Gideon quien llama. En mal momento, pero es un alivio: Bella está pasando el fin de semana en Lubeck. Gwen acaba de sobrevivir (más o menos) a la primera noche de separación.

Un desgarramiento irracional fue lo que ayer por la mañana sintió al dejar a Bella (quien llevaba cruzada sobre el pecho la mochililla de cuero rojo con el dibujo de

Betty Boop) en el taxi con Gideon. Gwen apretó la nariz contra el cristal y le sopló un último beso a la niña. Apretando la mochililla como si fuera su propia hija, trató de devolverle el beso a su madre... soplando como quien sopla para apagar una vela. El taxi se puso en marcha, y Gwen sintió que el corazón se le hundía.

El estar junto a Bella exige una capacidad que no permite el colapso interior. Mientras Bella estaba a su lado, Gwen lo ha estado haciendo todo de manera perfecta, y la diaria batalla del vestirla-cepillarle los dientes-darle de comer-bañarla-leerle un cuento-hacer que se duerma ha demostrado ser una normalidad redentora. Esto era lo que la gente no te decía sobre los hijos: que el hijo te convertía en fuerte para que a él tú lo convirtieras en libre.

Fue brutal, asomar la cabeza por la puerta de su cuarto ayer por la noche, sentarse en la nueva de trinca cama infantil de Bella (sin barrotes) esta mañana y pensar: Ella es todo cuanto amo.

Incluso en mitad del congreso, la sigue echando en falta de una forma primitiva. Gwen tiene que recordarse que es bueno que la niña pase unos días con su padre. Que Gideon, también, necesita a la niña.

Además, Gwen este fin de semana anda de cabeza, pues tiene que ocuparse de los micrófonos que no funcionan, de los vuelos que llegan con retraso y de las conexiones no establecidas, de la distribución de los asientos para el almuerzo y de las intromisiones de último minuto de Lavrinsky. No va a tener un respiro hasta la noche del domingo, momento en que la niña le será devuelta.

2

Hasta que Gideon no se fue a vivir a Lubeck, Gwen no se dio cuenta de lo muy nerviosa que él la ponía. De cómo, cada vez que ella salía del Vanderveer o volvía a casa por la noche, casi estaba esperando encontrárselo agazapado entre las sombras a la espera.

Gideon sigue llamando todos los días, para hablar con Bella, se supone. Lo esquizofrénico y disyuntivo de tratar de borrar de la mente las recriminaciones de tu ex pareja mientras le dices a Bella en tono animoso:

—Es papá, cariño. ¿Quieres decirle hola?

Y luego escuchar cómo los gritos del auricular se transforman en gorjeos.

Con todo, Gwen encuentra que él está más calmado desde que se ha ido de la ciudad. No, mejor: Gideon jamás se permitirá que ella piense que ha mejorado; antes preferiría eviscerarse a sí mismo en el estrado de la sala Renacimiento del hotel Siena que permitir el más minúsculo atemperamiento de su atroz culpabilidad, de su crimen.

Pero —y aquí está el truco— a la vez necesita que ella lo tenga por lo suficientemente estable como para cuidar de Bella tres días, hazaña de la que desde luego él no era capaz antes de la separación. Gwen ha luchado, ha luchado, ha luchado —le mata separarse de la niña—, pero finalmente se ha rendido. Todos le

dicen que el padre de Bella merece «acceso a su hija»: Galya le ha explicado cómo, durante años, su ex esposo se presentaba con dos o tres horas de retraso a las citas mensuales con su hijo, antes de que se trasladara a vivir a Alemania sin molestarse en notificarlo. Tienes suerte de que tu hija cuente con un padre que la quiere, es el mensaje.

En todo caso, Gwen ha hecho cierta labor detectivesca por su cuenta. Ha dado con el número de Andrea en Vermont y la ha llamado para decirle que sí, que sabe que lo último que quiere hacer es hablar con ella, pero quería saber si habías visto a Gideon últimamente, y cómo lo has encontrado, es que tengo que saber la verdad, por Dios.

Y Andrea, pillada por sorpresa, demasiado amable para volverle la espalda a esta mujer a quien los Pantalones tienen por puro veneno, confirma que sí, que Gideon se muestra bastante más cuerdo. Dan y ella el otro día fueron a verlo: ha hecho gran cantidad de trabajo en la granja, está poniendo tejas nuevas de madera en el tejado del edificio principal. Se muestra de lo más animado por la inminente llegada de Bella: ha extendido una hamaca en la parte trasera de la casita; incluso les habló de construir una casa arbórea para la niña.

Gwen, que en este momento se odia a sí misma, se aclara la garganta y pregunta:

—Y... ¿Sigue bebiendo tanto como antes?

Un momento de silencio.

—A mí me parece que tiene el asunto controlado. Estuvimos cuatro noches con él, y... Y tampoco se pasó tanto de la raya.

Al final, Gwen accedió con la única condición de que se abstuviera de llevarla y traerla en coche —casi mil quinientos kilómetros en un solo fin de semana—, que dejara el automóvil en la estación y viajara con Bella en autobús. (Gwen sospecha que la falta de energía sostenida es el principal punto débil de Gideon.)

Gwen dribla a varias personas sentadas y sale al pasillo, pero la conexión se ha perdido. Pulsa la tecla de rellamada.

—¿Gideon?

3

Cuando Gideon recogió a Bella en el Vanderveer, tuvo la impresión de que la niña estaba un poco triste. Una o dos veces le preguntó:

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Viene?

Y por mucho que Gideon le explicó que ésta iba a ser una aventura de ellos dos solitos, cuando se bajaron del autobús en Holcombe, estaba claro que la niña creía que su madre los iba a estar esperando.

Gideon le preguntó si quería hacer pipí, y ella le dijo que no, pero cuando llegaron a la granja resultó que tanto su pequeño peto como el asiento del coche estaban hechos una sopa.

Por lo demás, el humor de Bella mejoró después de este incierto comienzo. Corrió

por el interior de la casita, entusiasmada por el ruido que con los zapatos hacía sobre los tablones del suelo, se tumbó en su camita (en la que él ya había dispuesto su Babar gigantesco) y fingió que se dormía y roncaba profundamente, y le ordenó que se tumbara a su lado y asimismo fingiera estar dormido. (Al momento lo tironeó de la ropa, gritando «¡aíba!», «¡aíba!». Una pena, pues a Gideon no le hubiera importado en lo más mínimo que los dos se quedaran durmiendo juntos hasta el fin de los tiempos.)

Bella mostró gran entusiasmo en la exploración de la granja. Él la llevó al riachuelo, que se podía cruzar saltando de piedra en piedra, y la pequeña se lo pasó en grande cuando su padre resbaló y se mojó hasta la rodilla. Luego subieron juntos al altillo del granero, y él le mostró los compartimientos que quedaban en el establo reconvertido en taller de actores; ella después se escondió en el interior del cobertizo para la leña. Gideon la condujo hasta la hamaca que había colgado entre dos abetos y la contempló enredarse entre sus cuerdas, de las que se cayó con una risa de alarma al cabo de un rato, yendo a caer de culo contra el suelo. La llevó a la casa principal, donde ella de inmediato se autocoronó reina de la habitación de los juguetes y se subió al viejo caballito de Roxanne y sembró el suelo de fichas para los juegos de cartas. También se subió a un sofá para echarle mano al reloj de cuco, que luego desmanteló por entero, pero sin persuadir al cuco de que saliera de una vez de su sagrario.

Durante la hora blanca y fría previa al descenso del sol tras Mount Temaquit, estuvieron cogiendo leña del cobertizo. Mientras miraba a su hija tambalearse bajo el peso del hatillo de ramas que él le había asignado, Gideon como siempre se sintió impresionado por la decisión y seriedad abordaba toda tarea que le fuese encomendada.

Después de la cena, la pequeña se quedó dormida en el sofá. Gideon la llevó a la cama de cubo (calentada por manta eléctrica) y se pasó despierto la noche entera, rabioso por los sentimientos que su hija acababa de revivirle.

4

—¿Gideon? Se me ha perdido tu llamada.

—¿Qué pasa? —chirporrotea la voz de Gideon—. ¿Es que estabas con un amante?

Este tono es nuevo en él: una mofa que se va elevando hasta convertirse en rabia descontrolada. Y Gwen se apresta a aguantar el chaparrón de sus sarcasmos porque... se siente atormentada. Porque Gideon es el padre de Bella. Porque Bella está con él.

—¿Te puedo llamar des...?

—¿Quién es el cabroncete con suerte? ¿Es Cash?

—¿Es qué? —¿Por qué le ha venido Campbell a la mente?—. No, estoy en mitad de...

—¿Qué ha sido del señoritingo? Espero que no hayan recortado plantilla y lo

hayan puesto en la calle...

—Gideon, estoy en mitad de un congreso. ¿Te puedo llamar dentro de...?

Marión Esterhazy, que sale del baño para mujeres, mira un momento a Gwen con curiosidad mientras entra en la sala.

—Lo siento... Será que estoy un poco celoso.

—¿Cómo? —La recepción va y viene de un raspar de electricidad estática a una claridad sorprendente. Gwen está preocupada por la marcha del congreso, y le preocupa mucho más la situación de Bella. ¿Cómo se presenta el día, cuando Gideon ya anda trompa a las once? Mierda, mierda, ¿cómo se le ocurrió dejar que la niña se fuera con él? ¿El no le prometió que no haría tonterías? ¡El puto mentiroso!

—Pues sí, tengo celos de que otro se las haya arreglado para vivir contigo todos estos años y salir con vida del asunto. Más vale evitar los mortales riesgos del matrimonio. No me extrañaría que Campbell se pusiera un poquitín nervioso al enterarse de que otra vez estás soltera y en pie de guerra... ¿Eh? —De pronto grita—: ¡Cariño, estoy al teléfono con mamá! Vuelvo contigo en un segùn...

Gwen consulta su reloj, asoma la cabeza y mira el interior de la sala. Aún quedan quince minutos.

—Suenas un poco bebido.

—¿Un poco bebido? —repite él entre risas—. No sé si te he entendido bien, pero sí, me parece una descripción ajustada. —Una pausa—. Estaba pensando... ¿Te acuerdas cuando te llamaba del trabajo o de gira y te pedía que te encerraras a solas y te tocaras, que te tocaras el clítoris, la vulva...?

Oh, Dios. Oh, por Dios. Están solos, él y Bella, en medio de las montañas, y él está como una cuba. ¿Se habrá pasado la mañana bebiendo o se trata del remanente de la borrachera de la víspera? Jesús, Jesús... Gwen se pregunta: ¿Hay alguien a quien pueda llamar para que vaya a ver a Bella?

Tiene una repentina visión de Gideon durante su primer otoño juntos, tan diestro a la hora de dirigir a los jóvenes jaguares reclutados para *Gracias, pero no*, a los Zapatas recalcitrantes y a las serpientes emplumadas en tan limitados confines. Gideon, vestido con el traje oscurísimo que llevaba puesto el día de la boda, con los ojos de avellana brillándole cuando la rodeó por el talle para el primer baile, mientras los Klezmofunks tocaban a toda velocidad. Cuando su hija todavía era un renacuajo en el vientre. Era un excelente bailarín, aquel hombre. Sabía cómo sujetarte, y una se sentía a mitad de camino entre un polvo y un vuelo. ¿Dónde está ese hombre ahora? ¿Dónde está ese bebé?

—¿Cómo está Bella, Gideon? ¿Está bien?

—¿Y a ti qué más te da? Pero cuéntame, quiero saberlo: ¿lo hacías?

Gwen se pregunta si habrá algún adulto que pueda arrebatarse a Bella de las inseguras manos de Gideon, mantenerla en un lugar seguro hasta que a Gwen le dé tiempo a llegar y recogerla. Y gracias a Dios que la niña es muy pequeña y seguramente no se inquietará demasiado ante el descontrol de su padre.

—¿Dónde estáis, Gideon? ¿Estáis en el edificio principal? ¿Zeph también se encuentra ahí?

Es un momento de terror que tiene que superar. Hay que superarlo, y todo irá bien. Tu hija otra vez estará en tus brazos. Segura. Nunca vas a dejarla en manos de Gideon. Se acuerda de los labios que la niña tenía pocas semanas después de nacer, suaves como el caramelo, tan húmedos como la pintura en su bote. La dulce boca de su hija ahora está reseca y resquebrajada, como las de tantos otros. Se acuerda de cuando con su boca de querubín trató de soplarle un beso desde el interior del taxi.

—Eso da igual. Pero dime. Es la pregunta del millón de dólares. ¿De verdad te tocabas el clítoris, de verdad te tocabas hasta que te corrías cuando yo estaba diciéndote monerías al teléfono, o eso era mentira como todo lo demás?

—Gideon, éste no es el...

—Responde a mi pregunta.

—Este no es el momento.

Gwen está pensando. ¿Y si llamo a la policía para que vayan a ver si todo está en orden? Pero eso él no me lo perdonará nunca; quedará fichado de por vida. ¿Y habrá policía en Lubeck? ¿Cuál es la ciudad más cercana? Le haría falta un mapa del estado. ¿Holcombe...? ¿No es ésa?

Finalmente dice:

—Creo que lo mejor es que vaya a veros. ¿Estáis solos los dos? ¿O hay alguien más por ahí? ¿Zeph sigue ahí? —Sin saber dónde exactamente se encuentra «ahí» ni para qué puede servirle que Zeph se encuentre ahí.

—De eso ni hablar. —En la voz de Gideon resuena el pánico—. No quiero que pongas los pies en esta casa. Prohibido el paso a la propiedad. Gwen, aquí no te queremos.

—Creo que estaría bien que fuera para ver si los dos estáis...

¿Y cuánto tiempo tardará en llegar: tres, cuatro horas? Le llevará un montón irse del congreso, alquilar un coche, comprar un mapa, dar con el camino adecuado. ¿Y quién puede sustituirla aquí? ¿Se atreve a pedirle a Gerald que asuma sus funciones y presente sus excusas a todo el mundo? (En este momento recuerda que Lavrinsky le ha confiado que después del almuerzo vendrá con Stanford Krauss, quien tiene muchas ganas de conocerla.)

Necesita hablar con Bella, como sea. La necesita para que la pequeña le insuffle un poco de valor a través del teléfono, para aportarle ella misma cierta mágica osadía, el amuleto del amor protector...

—Ni hablar. Me quedo con la niña otro... otro día o día y medio más. Es lo acordado.

—Gideon, sueñas un poco raro. No es una cuestión de derechos. Es una cuestión de seguridad. —Me lo prometiste, Gideon, gusano traicionero.

—Ni se te ocurra acercarte por aquí —repite su voz—. Lo único bueno que tiene este lugar es que tú nunca has puesto los ojos en él. Y bueno, Gwen, lo dejamos por

hoy. Vuelve a tu congreso ése, a hacer de reina abeja. Y si tienes que chuparle la polla a alguien, pues vas y...

—Quiero hablar con la niña. —(No se atreve a pronunciar su nombre, como si ello fuera un peligroso tabú.)— Me siento un poco incómoda. Estoy muy lejos de los dos y no sé qué es lo que está pasando.

—¿Que tú estás... incómoda? Tú, que has envenenado todo cuanto yo tenía. —Su voz ya no acusa; se limita a exponer—. Háblame, Gwen —dice de repente—. Háblame, dime qué es lo que estás pensando.

—¿En qué estoy pensando? —Gwen se esfuerza en reprimir el pánico lloroso, en no dejar que su mente entre en órbita, dónde habrá una agencia de alquiler de coches, pero son dos horas y media de carretera, incluso si te sabes el camino, tiene que encontrar un mapa, pues está claro que Gideon no le va a decir cómo se llega a la granja. ¿Será capaz de dirigir a la policía contra su propio marido?

—Estoy pensando en... En que a dos metros de donde estoy muy pronto va a empezar otra mesa redonda, y tengo que presentar a los participantes...

—Pues te dejo —dice él con tristeza—. Gwen...

—Estoy pensando, estoy pensando, estoy pensando en que tengo que hablar con Bella...

—Gwen...

—¿Puedes...? —Ahora está llorando abiertamente, por puro miedo—. ¿Puedes decirle a Bella que se ponga un momento, por favor, Gid?

Está llorando, pero mejor será que deje de llorar antes de que su hija se ponga al aparato, su hija, cuyas conversaciones telefónicas consisten en respirar con fuerza. Está pensando: si al teléfono oigo ese aliento húmedo y brumoso que es tan reconfortante como el aterciopelado resoplido de un caballo, entonces tendré fuerzas para hacer lo que tengo que hacer: salir de aquí ahora mismo e ir a por ella. Tan sólo tengo que escuchar su respiración al teléfono...

—Está bien, la niña está bien —dice Gideon. Irritable/impaciente, viniendo a decir que él es el que no está bien. Que es de él de quien Gwen se tendría que estar preocupándose en este instante.

—¿Qué está haciendo?

—Está jugando, montada en el caballito. Ahora vamos a hacer unas crepes y... Te diré una cosa, Gwen. Sin ti, se porta mucho mejor. La has estado mimando de una forma que no es buena para ella.

Una pausa.

—¿Puedo hablar con ella, por favor?

—Un momento —dice él—. Ahora voy...

Con el corazón en un puño, Gwen asoma la cabeza a la sala de conferencias.

El pesado aliento de Gideon vuelve al teléfono; se diría que su boca está demasiado próxima al auricular. Está jadeando como quien hace una llamada obscena. Unos jadeos, un estornudo, pero no de Bella, sino de Gideon.

—¿La tienes al lado, Gideon? ¿Me la puedes pasar?

—Voy a por ella —dice él con dificultad. Suenan golpes, acaba de dejar caer el aparato. La recepción vuelve a tornarse extrañamente nítida. El ruido de las pisadas de Gideon al bajar por una escalera con rapidez.

A la espera de hablar con su hija, Gwen entra otra vez en la sala.

Gerald parece estar presentando la mesa redonda, resumiendo las posturas de cada participante. Vestido con su traje de franela gris, muestra muchas tablas al hacerlo, o tal le parece a Gwen. Su estampa proyecta un potencial que Gwen nunca ha detectado y que en este momento le parece una simple ilusión provocada por sus cien kilos de peso y casi dos metros de altura. Ahora verá si es cierto o no.

—Acabamos de escuchar a Mike Kaplan, quien duda de la conveniencia de seguir financiando... ¿Qué expresión has usado, Mike? Un estado criminal-sindicalista, eso es —dice Gerald—. También ha hablado Ludovic Sanders, que opina que Rusia es hoy un peligro mayor que en la época soviética, pues ahora hay elementos mafiosos que están traficando con plutonio. Y Eugene Kolchuk, quien, si lo he entendido bien, propone la creación de un mercado libre de armamento nuclear... ¿Es eso, Eugene?

—Me temo que me estás difamando —indica Eugene—. Puedo ser perverso, pero no tanto. Aunque, ahora que lo dices, igual no es mala idea. —Todo el mundo se echa a reír—. Lo que a mí me parece claro es que su dinero —el de los contribuyentes de este país— no va a conseguir la reforma de la economía de Rusia. Y por mucha monitorización que se haga, está claro que parte de ese dinero acabará revirtiendo en las cuentas suizas de determinados elementos criminales —prosigue Kolchuk—. Creo que es sabido lo que pienso en este sentido: que el crimen organizado en Rusia es un factor positivo, pues supone la quiebra del monopolio estatal sobre la corrupción. El gangsterismo a su modo es una forma de capitalismo primitivo.

»No me extenderé en ese punto, sino que trataré de abordar la cuestión desde otra perspectiva. Podrán tacharme de cínico, pero *si* después de haber convencido a Rusia de la necesidad de abandonar el comunismo y desmantelar unilateralmente su imperio y sus satélites en África, Oriente Medio, Latinoamérica y el Surdeste Asiático, de pasarse al bando capitalista y democrático, sin que ellos supusiera una gota de sangre —y aquí podríamos hacer mención a los millones de varones blancos europeos que fueron necesarios para acabar con el imperio otomano o el Eje—, (y, por cierto, el día de la caída del comunismo fue celebrado con champán, con brindis por nuestros amigos disidentes, con telegramas de agradecimiento por parte de nuestros aliados europeos, pero a mí personalmente nadie me invitó a celebrarlo), *si* en Occidente entonces nos hubiéramos negado a ayudar a Rusia, habríamos quedado justamente retratados como los vencedores más amargados de la historia. Y cualquier eventual desastre que luego pudiera suceder en Rusia o que Rusia pudiera infligirle al mundo merecería ser achacado a nuestra racanería y cortedad de miras. Por eso digo que a los rusos teníamos que darles billones.

Más risas.

—Yo no estoy cuestionando la aportación de esos billones, Eugene —dice Ludovic—. Más bien me refiero al nulo control que se ha hecho sobre esos billones. Jeffrey Sachs y otros economistas en su momento propusieron un nuevo plan Marshall para Rusia...

—Sí, claro. Pero la Rusia de 1991 nada tenía que ver con la Alemania de 1945. Estamos hablando de un estado soberano aliado nuestro en dos guerras mundiales, con quien de hecho nunca hemos estado en guerra, que pacífica y voluntariamente se deshizo de un régimen que a nosotros no nos gustaba.

—Eso son sofismas. Tampoco estamos en guerra con Tailandia, Malasia o Brasil, pero...

—Lo que no podemos hacer es decirle a los rusos que los vamos a descomunizar a todos por la fuerza, les guste o no...

—Pero, Eugene, lo que tú estás defendiendo viene a ser la entrega a la oligarquía rusa de una especie de propina de sesenta billones de dólares. Es cierto que durante la guerra fría hicimos más de un pacto con el diablo y de buena gana nos prestamos a financiarle la jubilación a muchos dictadores. Pero hoy...

Del teléfono tan sólo llega silencio. Un silencio de electricidad estática. CFDTYYEREXD-Serserwwefdteyiouiouhwjjkgiw-tytyw. Silencio. Un rugido de electricidad estática.

—¡Gideon! —dice ella al auricular. Con suavidad.

De nada sirve, la conexión acaba de interrumpirse. ¡Gideon! ¡Gideon! ¡Gideon! Ahora no se oye sonido humano alguno, lo único que se oye es un rugido sordo, el rugido de una catarata, el rugido del mar. Gideon ha dejado caer el teléfono y se ha ido, de forma que ella ahora se encuentra pendiente de aquel rugiente vacío, sin haber hablado con su hija, sin haberse tranquilizado al escuchar su respiración sorda. Y ni siquiera puede colgar y llamar otra vez...

—Y bien, caballeros —dice Gerald, echándose hacia atrás en la silla, cruzados sus gruesos brazos—. Creo que ha llegado el momento de pasar al turno de preguntas del público.

Una cola de empollones se empieza a formar junto al micrófono de las preguntas.

—Les recuerdo que las preguntas tendrían que ser breves. Y ser preguntas, también. Nada de arengas o mítines, por favor. Antes de pasar a las preguntas, me gustaría agradecer la asistencia de estos tres caballeros que tantas cosas de interés han dicho.

Los aplausos acallan el estático rugido del teléfono, y Gwen, que sigue junto a la puerta, se retuerce las manos presa de un dolor animal...

CAPÍTULO DOS

1

Se había caído en el riachuelo, su pequeña niña-sirena. La idea más tarde reconcomería a ambos por igual: la idea de que la atracción que Bella desde el primer momento sintió por el agua acaso tuviera que ver con el hecho de que ellos no le habían aportado el suficiente apetito para disfrutar de la tierra. Como si su mutuo rencor hubiera anulado dicho apetito en ella.

Su evasión fue rápida. Después de haberse entretenido ocho minutos al teléfono, Gideon, quien había traído a Bella al edificio para cocinar unas crepes y permitirle hablar con su madre, reparó en el silencio y trató de dar con el hilo perdido de los pasos de su hija. Bajó a la planta baja, donde las fichas del dominó y los naipes, las mismas cartas estaban esparcidas por el suelo, donde el caballito seguía estremeciéndose ligeramente sobre sus muelles.

La puerta de la habitación de los juguetes estaba abierta de par en par. (Si Gideon no la hubiera retirado porque era invierno, la puerta mosquitera lo hubiera alertado al cerrarse de golpe.) Salió corriendo al exterior, dando voces para dar con Bella. Miró en la hamaca. En la casita también. Con creciente aprensión, salió fuera otra vez y se dirigió al riachuelo. Gritando su nombre. Al principio no la vio, hasta que dio con ella: sobre el vado de las piedras, una masa informe de reluciente rosa empapado, de escarlata brillante; una roja bota de goma flotaba solitaria corriente abajo.

Las inefables simultaneidades: una mañana de sábado en octubre de 1998, mientras su madre en el pasillo del hotel Siena estaba oyendo cómo un académico cuatro ojos predecía que la economía rusa dentro de dos años estaría en crecimiento en positivo, su hija que aún no había cumplido los dos años yacía boca abajo en un afluyente del Manapattox cuya profundidad no llegaba a la rodilla y la vida se le estaba yendo porque el agua le inundaba la nariz, la boca, los pulmones.

Para ti, Gideon, se trata del momento para el que has sido puesto en la tierra y por el que irás al infierno perpetuo, el momento en que tu mente revivirá hasta el infinito. El momento en que la ves y chapoteando echas a correr hacia el remolino maldito en que ha sido depositada, el momento en que la levantas y tratas de liberarla del lío de ramas al que se ha enganchado. Le das media vuelta y tratas de apartar de tu camino

la mochililla que sigue cruzada en bandolera sobre su pecho. Sus ropas chorreantes pesan como si fueran de cemento. Su cabeza pende inerte, de una forma horrible. En su rostro hay un morado, un verdugón que va de la sien al ojo. Tiene un largo arañazo en su otra mejilla, que, mientras él la saca del agua (resbalando, cayendo de rodillas en el arroyo, pugnando por levantarse —por levantarla— otra vez) empieza a sangrar. Se deja caer sobre la embarrada tumba de la ribera y extiende el cuerpecillo sobre sus propias rodillas, estrecha férrea, convulsamente contra su pecho aquel frío y aquella humedad inhumanas, y empieza a soltar alaridos. Pero no hay forma de que reviva, Gideon, en ese cuerpo ya no hay ninguna Bella, por mucho que tú te empeñes en meterle tu aliento en la boca, por mucho que soples y te enciegues.

2

Era corriente que los padres siguieran el rastro del viaje de la niña por el mundo. Su viaje a lo que no era el mundo. Bella, a solas en el cuarto de los juguetes mientras su padre está al teléfono de la cocina discutiendo con su madre, decide salir de aventura. Primero llena con trofeos su roja mochililla de cuero con la imagen de Betty Boop: un juego de damas, un cenicero de loza vidriada, un cascanueces de madera.

Se pone de puntillas, descorre el pestillo de la puerta, emprende su solitaria expedición. Es una gélida mañana de octubre. Las hojas son de un color carmesí-escarlata-anaranjado-dorado, el cielo está entre el violeta y el azul. Con la mochililla prendida al cuello, sigue avanzando. Quizá tenía pensado ir al establo o a la hamaca, pero entonces se acuerda del riachuelo: el punto cuyo acceso le ha sido vedado porque ella tiene algo de pez. En la orilla, se inclina para mirar la corriente marrón oscuro, chispeante, temblorosa. Y, cargada en exceso como va, resbala (más tarde darían en la ribera fangosa con la huella precisa del resbalón de las suelas de sus botas, similares a las que hubiera podido dejar un tractor en miniatura). La mochila llena de objetos le aprisiona los brazos, de forma que no puede apoyarse en ellos para evitar la caída y no puede salvarse: así inmovilizada, cae de bruces sobre el agua.

3

Las ideas que te acuden a la cabeza. De pronto te dices: ¡no le di el desayuno!

Gideon estuvo preparando la masa para las crepes mientras Bella jugaba en el sótano, y con sólo que hubiera tenido la lucidez suficiente para sentar a la niña a desayunar antes de llamar a Gwen. (Maliciosamente sabedor de que esta vez ella sí que le iba a coger el teléfono, pues tenía consigo el cebo preciso...)

Imaginas que las cosas podrían haber sucedido de otro modo, te imaginas el sendero que por error de cálculo no llegaste a pisar. La imagen inscrita en el escudo de Aquiles. En este grabado de oro, tu osezna está sentada sobre un taburete con cojín a la mesa del desayuno, medio aletargada por el atracón de jarabe de arce mientras tú la miras mientras hablas al teléfono. Llena de churretes pegajosos, Bella gorjea sus

sagas de alegría y maravilla, mastica y rezuma acompañándose de tarareos de satisfacción entre los que intercala preguntas sobre el «bailo» que antes vivía en el establo o el «allo» del gallinero. Proyectos de palabras que nunca llegará a dejar atrás.

Pasáis un fin de semana tranquilo, se la devuelves a su madre el domingo por la noche. La niña vuelve otros fines de semana. Con los años crece, y tú le regalas un hogar.

Pero no te comiste el desayuno, Bella... Así que nunca llegarás a crecer.

4

Sentado junto a Zeph Drexler en una hilera de industriales sillas de plástico en el sótano del hospital junto al depósito de cadáveres, Gideon oye ruidos: El bing-bing del ascensor. Murmullos que tratan de aportar consuelo, pisadas que se arrastran. Alguien se está acercando por el pasillo. Un gemido. Alguien que no puede andar. Más murmullos de consuelo, más pisadas que se arrastran. Sollozos estrangulados que se transforman en un agudo lamento. Doblan la esquina y aparecen, una pareja formada por enfermera y paciente: una mujer pequeña y enérgica en la que se está apoyando una mujer alta pero extrañamente encorvada, quien una y otra vez se vence por las rodillas. Convulsa, estremecida. Quien avanza arrastrando los pies un par de metros más y de repente hunde las uñas en su rostro y de nuevo empieza a lamentarse. La mujer más bajita la está sosteniendo por la axila mientras su cuerpo se dobla, a medias asfixiándose, a medias gemebunda.

—Ya hemos llegado, cariño —anima Jacey—. Verás cómo puedes.

La esposa de Gideon de pronto se yergue y echa la cabeza hacia atrás. Cuando se acerca a él, Gideon repara en que está cerrando los ojos con todas sus fuerzas, en que la boca le cuelga abierta e inerte...

5

Los días y las noches subsiguientes carecieron de luz y fueron informes, deslavazados por los sedantes que a ambos padres les estaban administrando en dosis masivas.

Aquella primera noche sin Bella, aquella primera noche de su nueva vida, de su vida interminable mancillada por la pérdida y el pecado. (Pues sí, existe un infierno y está aquí mismo y carece de final, sin que importe demasiado si estáis vivos o estáis muertos. El infierno es estar sin ella, ser conscientes de que fuisteis los responsables de su muerte injusta.)

Luego vinieron los encuentros: espectrales reuniones en Lubeck otra vez, y más tarde en Newburyport, en las que amigos hasta ahora no presentados o familiares que llevaban años sin verse se congregaban en fríos salones a horas improcedentes para debatir —con vosotros; sin vosotros— lo que había que hacer. Jacey; Maddock; Dan; Andrea; Katrina y la tía Sue. Jerome y Bridey, que volvieron en avión tan pronto

como se enteraron.

Naturalmente, fue Sue quien asumió el mando y persuadió a Katrina de la necesidad de reconocer la presencia de Gideon, quien era el padre de la niña y el marido legal de su hija, quien le ofreció alojamiento en su casa con ocasión del funeral. Maddock, quien hizo las veces de juez de paz en aquellas plomizas discusiones —reflejo paródico de las que Gwen y Gideon sostuvieran en su momento— sobre dónde tenía que ser enterrada la niña (cuyo cuerpo entre rosado y marrón ahora había definitivamente adquirido tonalidad de cadáver), arrancó el consentimiento a Gideon para que su hija yaciera en suelo episcopaliano (la tía Sue cedió su lugar junto al del tío Rich). Tras el funeral insoportable, Maddock asimismo se ocupó de trasladar en coche a su hermana a Nueva York y se quedó con ella diez días largos en el apartamento (apartamento que a Gwen ahora le daba miedo), durmiendo, no en el estudio, sino en la cama de Bella. Pues quería que Gwen —las numerosas veces que por las noches se acercaba al antiguo cuarto de su hija— lo encontrara a él allí: peludo, roncando, temporal pero real por entero.

Alguien (no Maddock) se había llevado las ropas y los juguetes de Bella en un momento de descuido de Gwen. Alguien le había arrebatado misteriosamente este tesoro en principio destinado a recordarle en un futuro lejano que ella una vez gozó del sol y de la luna y de un puñado de estrellas encarnadas en una niña que olía a tostada espolvoreada con canela, que gustaba de lamerte la mejilla y comerse los mocos propios, y cantar mientras estaba sentada en el orinalito y balanceaba las piernas con alegría. Con alegría corriente abajo... Boca abajo... La vida es... La vida es... Boca abajo, y nada más.

CAPÍTULO TRES

Tras supervisar el cierre de las oficinas en Rusia del instituto Lavrinsky, Gwendolen Lewis se quedó en Moscú.

Quien visitara Rusia en la primavera de 1999 podría imaginarse que el país se estaba recuperando de una colosal derrota militar: los ancianos se morían de frío en sus habitaciones alquiladas; la sífilis, el cólera y la tuberculosis hacían estragos; los jóvenes se automutilaban al cumplir los dieciocho años para no ser reclutados; una muchacha titulada en informática un día le dijo a Gwen que su máxima esperanza era la de emigrar a Occidente y trabajar como prostituta.

Gwen se sentía como una enfermera en primera línea de fuego. Después de alquilar dos habitaciones en un edificio del siglo XIX cercano al Arbat, se empleó como traductora por libre y ocasional para la oficina del alcalde, como asesora independiente para empresas y organizaciones caritativas extranjeras.

Merced a la venta de su apartamento neoyorquino, contaba con una renta vitalicia. Y en Rusia no existía el dinero; el trueque volvía a ser lo habitual.

A veces se pasaba días enteros sin hablar inglés; a veces durante días enteros no hablaba en absoluto. Su mente era el reducto de una vida —la vida imaginaria, recordada y proyectada con su hija— que resultaba demasiado absorbente como para ser interrumpida.

No quería participar de los diarios acontecimientos lo bastante notables o vividos que pudieran disipar las últimas imágenes que tenía de Bella: el silencioso beso de despedida que la niña sopla en su dirección a través de la ventanilla del taxi, como quien sopla para apagar una vela.

Cuando las imágenes amenazaban con tornarse débiles (los sonidos de una niña de casi dos años no son altos, no son más altos que un beso exhalado), Gwen recurría a la magia y echaba mano a lo poco que conservaba de ella: un minúsculo calcetín a rayas que encontró encajado en la parte posterior de su cajón, un mazo de fotos polaroid, el pequeño forro polar de color rosado. Gwen entonces les musitaba los nombres que llevaba en su interior.

Pues, lo quieras o no, siempre acabas por sanar. Por mucho que tú regularmente te arranques la costra de la herida, el cuerpo no tiene remordimientos y vuelve a la carga con la curación.

Durante largos años, Gwen no se rozó con nadie en su nueva vida moscovita. Su estampa era portadora de una leyenda que lo dejaba bien claro ante todo el mundo: No os acerquéis a mí; yo dejé morir a mi hija. Con el tiempo se ablandó y dejó que alguien compartiera su cama. Un alguien que no hacía preguntas, que más bien intuía. Un alguien que con el dedo le reseguía la cicatriz del abdomen inferior, pero sin hacerle preguntas. Un alguien lo bastante independiente y reservado para tolerar su cortés evasión de la existencia.

Había mucho de lo que no hablar. De aquella noche —acaso un mes después de que Bella se ahogara— en que Gideon vino de Vermont a verla y de nuevo se acostaron juntos en la cama nupcial: dos asesinos acabados, lo bastante patéticos para intentar enzarzarse en la cópula, presas de la demencial idea de que el espíritu de Bella, recién liberado, acaso accediera a reinsertarse en el cuerpo de Gwen para nacer de nuevo. Pero Gideon primero no fue capaz, y cuando luego fue capaz pero de mala manera, Gwen se sumió en unas lágrimas convulsas y, deshecha por completo, no se prestó a que él lo hiciera, por muy buena idea que en un principio les pareciese.

De cómo ella se había dicho: lo que tengo que hacer es morirme pronto, y así aún estaré a tiempo de atraparla. Hasta que cayó en la cuenta: lo que te espera al otro lado no es tu gitanilla alegre y balbuceante. Tus dos hijos, los que tú mataste, están muertos y lo van a seguir estando para siempre. Es el juicio lo que te espera porque hiciste cosas por las que has sido maldita: pecaste en contra de tu marido, pecaste en contra de los niños que Dios te dio, pecaste en contra de la misma vida.

Es curioso cómo reacciona la gente ante la muerte de una niña, ante el hachazo de la «tragedia». Los amigos que tenían miedo de volver a verte, los parientes de Nueva Inglaterra —Rich y Emily, Hal— que te daban palmaditas en el brazo pero no osaban mencionar lo sucedido. Los conocidos lejanos que de pronto habían hecho aparición con una nobleza antigua y ritual. Gail Lefever, la mejor amiga de Gwen en cuarto curso, quien ahora la llamaba todas las semanas y la invitó a su casa a cenar. Invitación que Gwen aceptó. La gente lo bastante chapada a la antigua para estar familiarizada con los hábitos del luto, como quien lo está con el bordado o el vals. La gente que en ese momento le fue útil pero que no volvió a ver desde que optó por encerrarse en sí misma. Los años en los que te olvidaste. De entonaciones. De promesas. De instintos: para qué servían aquel útero, aquellos brazos, aquellos pechos.

Sus amigos la urgían a visitar a un psicólogo, y ella una vez fue, a ver a un joven de aspecto grisáceo, con la tenue esperanza de que él la ayudara a remover el estiércol de su mente y le insuflara cierto mínimo sentido a sus pensamientos. Pero entonces se fijó en el cuerpo lobuno del otro, nunca hinchado por la presencia de un niño en su interior, y también había intuido que entre ambos se daba una diferencia incompatible: su ciencia era una ciencia que no reconocía la noción del pecado más que en términos de patología.

La solución que le propuso, llevar una vida de penitencia y castigo conducente a

una expiación imposible —solución que formaba parte de la sabiduría convencional de los humanos desde tiempo inmemorial y que todavía hoy está en la base de nuestro sistema carcelario—, a ella le resultaba tan ajena como las plumas y el alquitrán. Cuando comprendió que estaban hablando idiomas distintos, le dijo que llevaba cuatro meses sin dormir, y él entonces le hizo una receta, que ella nunca llevó a farmacia alguna.

Aquel invierno Gwen trató de dejar el trabajo, pero Gerald, entre amable y brusco, no se lo permitió y le recordó que cuando todo lo demás fallaba, siempre quedaba la oficina. Pero a Gwen la primavera siguiente ya no le quedó ninguna oficina.

EPÍLOGO

Gideon y Gwen están sentados el uno frente al otro en el café Galáctica.

Gideon se encuentra en Moscú con ocasión de un festival artístico organizado por Román Grinspan. En el último par de años, Gideon ha adquirido cierto nombre: dirigió una secuencia de marionetas en una producción de *L'Incoronazione di Poppaea* que se estrenó en Santa Fe, tras de lo cual recorrió Europa de gira. Ahora sus espectáculos son en solitario: los realiza de pie sobre una silla, con una marioneta de sí mismo denominada «Gary Brager» en la mano, y desgrana un monólogo entre cómico y amargo en el que habla de política, de la bolsa de valores, del terrorismo islamista, de su abuela, de los judíos. Alguien hizo llegar a Gwen un recorte de prensa con una crítica del espectáculo. Gwen se mantiene en contacto a distancia con sus viejos amigos. Es el primer día cálido del año, y han escogido una mesa junto a la ventana del café.

Gideon, que ahora se hace llamar Brager, no es exactamente el mismo de antes. Cuando se lo mira de cerca, Gwen se dice que parece haber envejecido quince años. La barba, que ahora lleva bien recortada, es blanca casi por entero; en su entrecejo hay tres arrugas paralelas y en vertical; en lugar de su antigua risa áspera que le nacía en el estómago, ahora suelta una risita de cortesía. Se le ve chupado, entrecano, santificado... Guapo, todavía. Con su calvo cráneo y su barba blanca-gris, parece un anciano. Pero cuando anda, la misma desfachatez piernilarga de siempre habla de un optimismo que sin duda no es sólo fisiológico.

Su hija ahora tendría seis años y medio, y si siguiera con vida, lo más probable sería que hubieran llegado a alguna clase de acuerdo sobre su escolarización. Ahora sabría leer y escribir, y acaso a leer el tiempo en las manecillas del reloj, gozaría de su propio círculo de amigos. Quizá ahora sería una niña fina, tan sólo interesada en princesas y el ballet. Empezaría a tener ideas sobre lo que quería ser de mayor. Habría aprendido a nadar. Y ellos tendrían un excedente de mil quinientos días de ella.

Gideon mira a Gwen cuando ésta no le está mirando a él. Sus ojos al momento se desvían.

—Así que has estado viviendo en Moscú...

Gwen asiente con la cabeza.

—¿Y qué tal?

—Bien. —Gwen piensa en cómo darle una respuesta que no sea ni seca ni reveladora en exceso—. También he estado un año y medio en Grozny... Bueno, yendo y viniendo entre Grozny y Moscú. Pero ahora estoy aquí.

Gwen trabaja para Memorial, un grupo pro derechos humanos formado por antiguos disidentes y presos del GULAG, que tratan de ofrecer una oposición de izquierdas al régimen actual.

—Es agotador... Yo creo en lo que hacemos, pero está claro que el país no se dirige en esa dirección. La asociación es vestigio de otros tiempos.

¿Y tú, Gideon? Gideon vive en Fort Greene, con una mujer con quien va a casarse, y por eso ha venido a verte, Gwen, porque creía que tenías que saberlo. (Gwen se lo agradece: sabe que ha necesitado redazos para llamar a Jacey y localizarla.)

La prometida de Gideon se llama Laura Shulevitz; es profesora en la universidad y está especializada en la antropología bíblica. Todos los días se desplaza entre Brooklyn y Charlottesville para trabajar. Gideon le explica un poco de qué trata su campo académico, y Gwen absorbe sus palabras asintiendo con la cabeza. Cree que no tiene derecho a hacerle demasiadas preguntas sobre su futura esposa, sobre los años que tiene, si ha estado casada antes, si tiene hijos o si aspira a tenerlos. Medita sobre lo que Gideon acaba de decirle y piensa que darle las felicidades sería un tanto frívolo por su parte. De hecho, es tan poco lo que ambos puede decir que la conversación pronto empieza a desecarse.

Cada uno está demasiado inmerso en su propio monólogo interno —en el carrete de las imaginarias conversaciones que sostienen con el otro, en la diaria liturgia de las preguntas, la confesión, la especulación, el remordimiento— como para ser capaces de transmutarlo en dicción sonora en vivo y en directo.

Gideon mira por la ventana. Mira por la ventana tan largamente que parece haberse olvidado de la presencia de Gwen. Ésta lo examina mientras mira por la ventana, más bien inconsciente de la presencia de ella. Como si estuviera tan acostumbrado a soñar con ella que fuese incapaz de distinguir entre el sueño y la carne y hueso. Gwen de pronto advierte que está mirando algo en concreto. Su cuerpo entra en alerta como el de un perro de caza, incluso su nariz ganchuda parece estar señalando en esa dirección y su rostro se estremece presa de una curiosidad afín. Gwen mira por la ventana y ve que está contemplando a un acróbata que está en la esquina, andando sobre las palmas de sus manos mientras con los pies descalzos es portador de un paraguas.

Y aunque Gwen sigue viviendo con lo que ella y Gideon hicieron (lo que le hicieron a los dos niños que Dios les dio, a ambos por igual y a cada uno también) como si se tratara de plomo alojado en el pecho, si bien buena parte de su libertad mental y de su espectro de emociones se ha esfumado para no volver, algo maldito y no sanado en su interior está pensado: Habría sucedido en cualquier caso. Con independencia de las circunstancias y del lugar donde nos hubiéramos conocido, nos habríamos unido igual. En cualquier época o en cualquier país, nos habríamos encontrado el uno al otro...

Quien se ocupa de domar a un caballo bronco recibe el nombre de Héctor, se dice Gwen. La quiebra de la voluntad del caballo garantiza al jinete un viaje confortable, pero la quiebra de tu amante te deja a solas con tu propia voluntad árida, un lecho convertido en suelo rocoso que nunca será hendido por el arado.



FERNANDA EBERSTADT (1960, New York City). Escritora americana.

Hija de dos patronos del vanguardismo de la Ciudad de Nueva York: Frederick Eberstadt, fotógrafo y psicoterapeuta; y la escritora Isabel Eberstadt. Su abuelo paterno es Ferdinand Eberstadt, consejero presidencial y financiero del Wall Street. Y su abuelo materno es el poeta Ogden Nash.

Entre sus obras se encuentra *Furias*, *Los demonios de Isaac*, *RAT*, y *Little Money Street*.

Notas

[1] Especie de buñuelos rellenos de queso, carne, patata... típicos de la cocina judía neoyorquina. (*N. del t.*) <<

[2] Referencia a una expresión coloquial del inglés —*Liar, liar, pants on fire*— habitualmente empleada para desenmascarar burlescamente a quien acaba de decir una mentira. (*N. del t.*) <<

[3] Música judía tradicional originaria del este de Europa, frecuentemente interpretada en bodas y otras ceremonias. (*N. del t.*) <<

[4] Festividad tradicional judía en la que con frecuencia se representan funciones de marionetas. (*N. del t.*) <<

[5] Personaje de cariz inquietante inicialmente aparecido en la película de Stanley Kubrick *El resplandor*: un hombre disfrazado de perro. (N. del t.) <<

[6] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[7] Referencia a un conocido anuncio publicitario de los cigarrillos Newport. (*N. del t.*) <<

[8] Tasajo de carne de caza. (*N. del t.*) <<

[9] Título de una canción de Jimi Hendrix. (*N. del t.*) <<

[10] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[11] En castellano en el original. (N. del t.) <<

[12] El creador de *Los Teleñecos*. (N. del t.) <<

[13] La primera revista versa sobre cuestiones militares y afines; la segunda es un órgano quincenal de opinión afín a determinada ala derecha del partido Republicano estadounidense. (*N. del t.*) <<

[14] La canción es *Lucille*, del cantante de country Kenny Rogers. (N. del t.) <<

[15] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[16] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[17] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[18] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[19] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[20] Juego de palabras. Los vocablos ingleses *widow* y *window* —viuda y ventana— se pronuncian y escriben de forma muy parecida. (*N. del t.*) <<